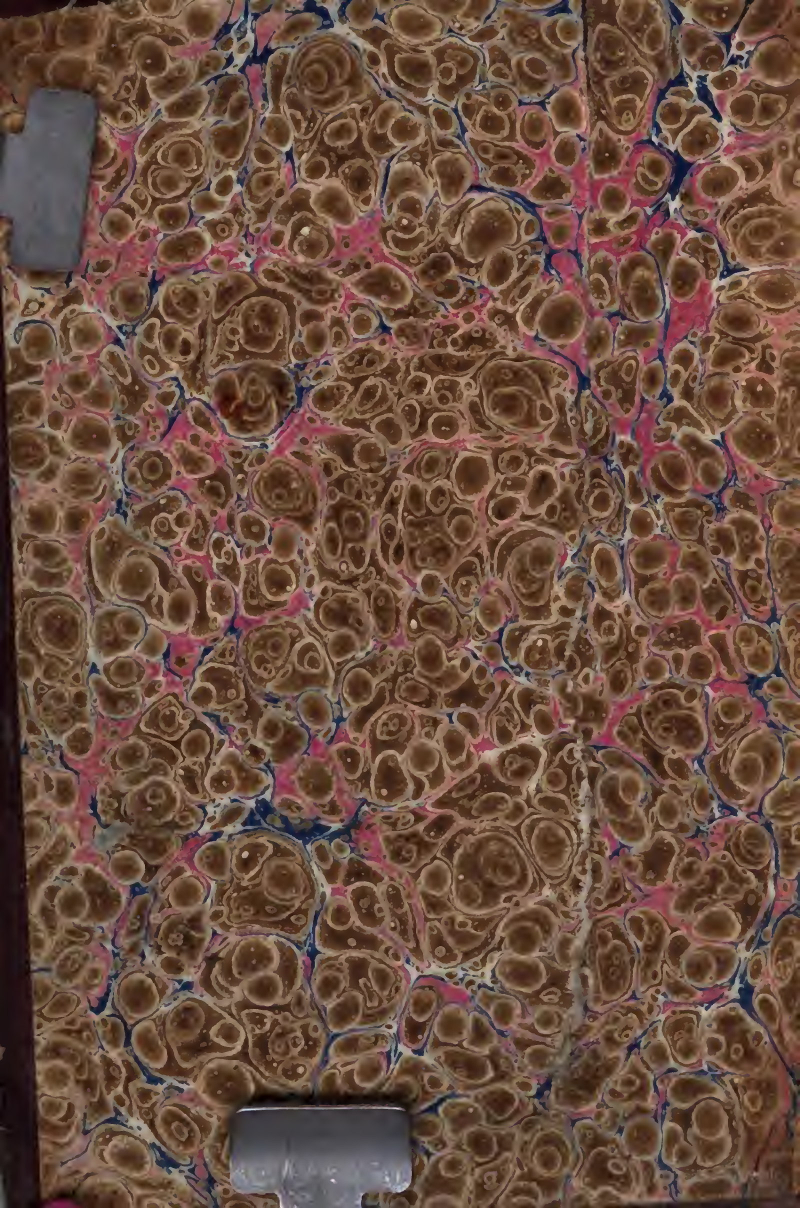
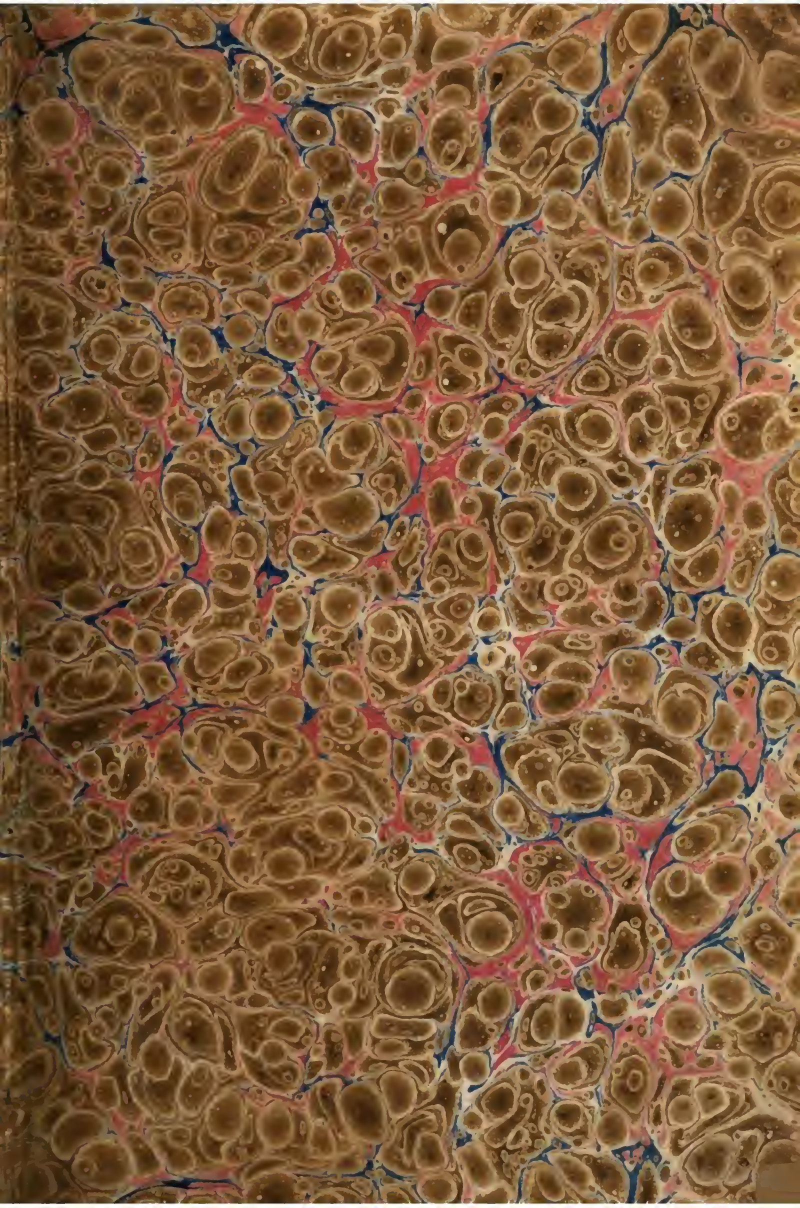


El Robinson Suizo

Johann David Wyss





EL

ROBINSON SUIZO.



Vi un animal muy grande que lentamente se iba alzando de entre las ondas.

EL

ROBINSON SUIZO,

POR

Y. R. WYSS.

TRADUCCION

DE M. LEAL Y MADRIGAL.



BARCELONA.

SOCIEDAD EDITORIAL LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, número 20.

MADRID.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE RELATORES, N.° 12.
1864.



Barcelona: Imprenta de LUIS TASSO, calle del Arco del Teatro,
callejon entre los números 21 y 23.

INTRODUCCION.

Felicísimo estuvo Daniel Foë al presentar en su novela un hombre en abierta y constante lucha con lo que más arredra y espanta al humano linaje: la indigencia, el peligro, y sobre todo el aislamiento. Propúsose que este hombre en su apurada situacion y absoluto desamparo sólo contase con dos poderosos auxiliares, la fuerza de voluntad, que todo lo vence y allana, y la Providencia, que siempre ayuda al que se ayuda; mostrando además en su admirable obra lo que alcanza el instinto de conservacion ancorado en la fortaleza de ánimo y en la resignacion, cuando llevan el sello de las virtudes cristianas. El *Robinson* inglés es un tipo inimitable del hombre abandonado á sí mismo, del hombre *solo*, absolutamente *solo*, por lo cual se conciben muy bien los encomios que le tributó la triste y misantrópica imaginacion de Rousseau. Posee además ese tipo la inapreciable ventaja de ser eminentemente religioso y social, siendo tanto más recomendable y extraordinaria la última calidad, cuanto que adorna á un personaje reducido por el infortunio á la incomunicacion más rigurosa. Tres son los grandes y esenciales deberes de la criatura racional, para con Dios, consigo y con sus semejantes. *Robinson* cumple los dos primeros con edificante fervor, y si le aguija la necesidad de llenar el tercero, consíguelo al fin en teniendo á su lado un prójimo á quien amar; empero el interes dramático de la fábula termina con esta peripecia. *Robinson* llega á poseer mieses, plantaciones, casas, y por último un reino; sus nuevos huéspedes serán en adelante sus obreros, los criados colonos, súbditos. Sin embargo, el autor inglés sólo tuvo presentes las necesidades materiales, olvidando las más íntimas, las del corazon; en ninguna página de su obra sentimos vibrar el suave acento de la mujer que consuela, ni la grata balbucencia del niño que embelesa; nadie nos inspira interes ó cariño sino el mismo Robinson, y la constante simpatía con que le seguimos en su heróica pugna con

el destino que le abruma, no nace de afectuosos sentimientos, sino únicamente de la idea retrospectiva que nos induce á pensar en nosotros mismos, y en el universal instinto de compasion ó egoismo que nos hace imaginar las desgracias que en semejante caso acontecernos pudieran. Y para comprender hasta qué punto nos interesa Robinson, aparte la desesperada posicion en que le coloca el novelista, basta notar la indiferencia con que le consideramos desde que abandona la isla, y el ningun deseo de averiguar su vida futura; lo cual dimana de que la obra de Foë no ofrece mas que una situacion, una existencia que realmente conmueva, una accion preñada de inquietudes y temores que tiene en continua zozobra la curiosidad del lector; y si bien entraña una moral dulce y pura que robustece el ánimo, lo cual no basta aunque mucho sea, carece en cambio de cuidados tiernos, solicitud mútua, pesares y alegrías de que participen otros; carece en fin de padre, de madre, de familia.

El Robinson inglés es invencion de un privilegiado ingenio, y con ser obra maestra, deja yerto el corazon, porque la solitaria unidad del interes se funda tan sólo en un hecho excepcional, porque el infortunio de Robinson asombra y aflige sin enternecer, porque este hombre con su indomable valor y claro entendimiento, analizado á fondo no es sino una individualidad rara y chocante, desnuda de todo lazo y obligacion, de las más caras afecciones de la vida comun. Robinson es admirable por su genio resuelto, por su incansable actividad, por su ingeniosa industria, y justo es que le admiremos; pero una novela que sólo admire ó asombre nunca será el espejo del alma, el libro del corazon. Nuestra organizacion reclama algo más que la conservacion y defensa de la existencia perecedera; el instinto moral es más precioso todavía, pues revela al hombre su destino, le inclina á buscar y amar al hombre, á ampararle, defenderle y servirle. Levántase en nuestro seno una voz íntima y profunda que nos dice con Terencio:

Hombre soy, nada humano me es indiferente.

Al expresarme de tal modo no intento, y líbreme Dios de imaginarlo, empañar siquiera el justo y bien merecido renombre del autor del *Robinson inglés;* concrétome sí á señalar el inevitable inconveniente hijo de la misma accion, y un vicio inherente á la forma que le plugo dar á su obra, de suyo acabada y perfecta.

Léjos de arrogarse el señor Wyss el mérito de la invencion, prohija el pensamiento ajeno presentándose como imitador y copista de un primoroso modelo; pero imitar del modo que lo hace el señor Wyss es más que inventar, es dar vida al bosquejo del artista, es animar la estatua de Pigmaleon. Sin que el *Robinson inglés* deje de ser un gran libro, el *Robinson suizo* tal vez descuelle en lugar preeminente sobre todas las obras de imaginacion destinadas á la enseñanza de la niñez y hasta de la edad adulta. Entre cuanto se ha escrito de este género, difícilmente se encontraria un libro más á propósito, que inspire tierna

filantropía y sea al propio tiempo un código de educacion física, moral é intelectual ilustrado por la ciencia.

El ***Robinson suizo*** del señor Wyss es el ***Robinson*** en familia. En vez del obstinado y temerario marino que á brazo partido lucha con la muerte en fatigosísima agonía, cautivarán nuestra atencion un padre, una madre y hermosos hijos de diferente edad é índole, sin que nunca decaiga el interes por la variedad del cuadro, ántes bien subiendo de punto la constante simpatía que á cada paso esta familia inspira. La combinacion del autor cambia la economía de la fábula y nos traslada del sepulcro abierto que aguarda á un aventurero, á la misma cuna de la sociedad humana, mostrándonos cómo se forman los pueblos alumbrados por la antorcha de la fe y sabiduría divina, y auxiliados por los milagros de la Providencia. La isla de ***Robinson*** nos parece cada vez más grande y capaz para estudiar los adelantos de una civilizacion rápida que en su conjunto abrace los períodos todos de la grandiosa historia del mundo.

El ***Robinson suizo*** es uno de esos doctos varones que han estudiado mucho con el único y loable objeto de instruirse, y á quienes la imperiosa necesidad de la indigencia, reguladora de la voluntad, obliga á poner en práctica las teorías. Por eso tiene sobre el hombre en estado natural é inculto la inapreciable ventaja de la instruccion; como nuestro primer padre Adan, conoce las cosas por sus nombres y propiedades, maravillosa facultad que en su primitiva creacion gozaba nuestra especie, y que perdió por su caida y degradacion, sin que pueda recuperarla sino lenta é imperfectamente, recogiendo uno por uno los descubrimientos y nociones que en su progresiva senda nos van legando las generaciones que á no volver pasan. En cuanto cabe á la inteligencia humana, nuestro ***Robinson*** tiene ya adelantado ese trabajo. Todo lo que se puede saber, lo sabe; la creacion le revela sus misterios, y acompañada esta ciencia é hija de un espíritu juicioso, humilde y sumiso, contribuye á desterrar el vano orgullo y á confirmarle en su fe. Este ***Robinson*** tiene esposa é hijos, á quienes forzosamente debe preservar de la intemperie y proporcionar alimento, abrigo, albergue, muebles y utensilios, para que vivan de una manera compatible con sus antiguas costumbres; y todo halo de encontrar en un desierto, alcanzándolo á copia del más rudo y acertado trabajo, á costa de asíduos é incansables afanes, con ilimitada confianza en la infinita bondad del Señor y dispensador de todas las cosas. Su historia es un epílogo de la del hombre y la sociedad, comprendida en breve espacio y pocos años; en resolucion, es la obra de la humanidad entera reducida á la economía interna de una familia; es el índice ó sumario, digámoslo así, de una vasta *enciclopedia* redactada por sabios y acomodada á nuestras verdaderas necesidades.

Basta un momento de reflexion para concebir que el plan de Wyss abarca un curso completo de educacion, que el autor va dirigiendo en una sola generacion hasta los límites racionales del *progreso*, tomada esta palabra en su genuino sen-

tido y justo valor, á saber, sin relacion alguna con las extravagantes utopías y pretensiones de los impíos y soberbios sofistas que, no obstante sus continuos desengaños y la confusion de la lengua en que exponen sus principios y doctrinas, todavía insisten en construir una Babel para escalar el cielo. El *Robinson suizo* pide á la naturaleza cuantos recursos ofrece al hombre, y ella nada le niega, porque para él crió Dios el mundo; con laboriosa paciencia ó hábil inventiva alcanza lo necesario, y lo que realmente no lo es, ¿para qué ha de conseguirlo?

Cierto que la supuesta isla del *Robinson suizo* no tiene rival en punto á fertilidad; pero esa riqueza se encuentra á fuerza de inteligencia é investigaciones, y aun, digámoslo así, por la de las mismas necesidades, que aguzando el ingenio nos dan á conocer y apreciar lo que en otro caso pasaria desapercibido. ¿Quién no ha hollado mil veces con indiferencia la ortiga ó el helecho, tenidos por inútiles y hasta perjudiciales, sin ocurrírsele que contienen un alimento agradable y sano, filamentos que compiten con el mejor lino, papel preferible al de trapo, pan sabroso y trasparente cristal? ¡Con razon debemos tacharnos de indolentes é ingratos! El *Robinson suizo* aprovecha estos beneficios de Dios y por ellos le glorifica; estudia, aprende enseñando á sus alumnos, que es el mejor modo de aprender; cada descubrimiento origina un ensayo, cada ensayo engendra un arte ú oficio; de cada dia se saca un fruto especial, y todos los descubrimientos, ensayos, frutos, todos los felices resultados se recapitulan redundando en alabanza del Criador. ¡Cuán halagüeña sería la vida, y cómo contribuyera al bienestar de los que peregrinamos en este mundo transitorio y de prueba, si la animaran los buenos estudios, las tareas útiles y saludables, la dulce y tierna emulacion que todo lo encamina y eleva hasta el Señor! Preséntenme un método de instruccion primaria que valga tanto como este, y venga de donde viniere, ya tiene anticipado mi elogio; pero ni Locke, ni Rousseau, ni los filósofos, ni la Universidad me lo han presentado, ni confio que lo alcancen.

Poco me resta que decir; únicamente advertiré que si mi entusiasmo por la grande obra de Wyss no cuenta para algunos con más extensas observaciones que lo justifiquen, no es porque me falte materia ni deseo para escribirlas, sino porque juzgo excusada esa tarea para dejar al juicio y consideracion del lector algo de lo mucho que he omitido, toda vez que tiene abierto el libro y puede comenzar á leerlo.

Para cuando acabe, á su fallo me remito.

CÁRLOS NODIER,

de la Academia francesa.



PREÁMBULO.

Una familia suiza que se dirigia á América con esperanzas de enriquecerse se embarcó en el Havre en un buque mercante destinado al trasporte de colonos al Nuevo Mundo. El señor Starck (tal era el nombre del jefe de esta familia) iba con objeto de recoger una herencia que le legara un pariente lejano á condicion de que se estableciese allí con sus hijos. Seis personas, el padre, la madre y cuatro niños de diferente edad y carácter componian esta familia. El mayor llamado Federico, de quince años, era ágil, robusto y más diestro para los ejercicios del cuerpo que para los del espíritu, y aunque no carecia de inteligencia no tenia tanta como el segundo hermano, Ernesto. Este contaba trece años, de carácter frio y algo perezoso, pero naturalmente reflexivo y observador, buscando siempre las ocasiones de aprender é instruirse. Su pasion favorita era la historia natural, sobre la que ya poseia no pocos conocimientos, fruto de su experiencia y continuadas lecturas. El tercero, Santiago, tenia doce años, y era franco, y si bien algun tanto aturdido y presuntuoso, emprendedor; pero con su excelente índole y buen corazon compensaba la ligereza y superficialidad de su carácter. Por último, el menor de todos, Franz, que no pasaba de los ocho años, era alegre, de complexion delicada, y su infancia enfermiza habia retardado su instruccion; con todo, como era atento y dócil se hallaba dispuesto á recuperar el tiempo perdido adquiriendo los conocimientos proporcionados á su edad y facultades.

El padre se encontraba en la plenitud de la edad. Como verdadero cristiano era al mismo tiempo buen padre y excelente ciudadano. Gracias á la educacion que recibiera de los que le dieron el ser, unida á su aficion á la lectura y aprovechamiento en sus viajes, podia educar de la misma manera á sus hijos y hacerles contraer desde pequeñitos los hábitos de la aplicacion y del trabajo, á los que debia la desahogada posicion de que hasta entónces disfrutara. Su constante afan era que á la teoría acompañase siempre la práctica, y sobretodo que sus hijos, en cuanto fuese posible y lo permitiese el decoro, se bastasen á sí mismos para una porcion de cosas y mecánicos servicios que para otros reclamaban la asistencia de un doméstico. Así es que no obstante sus pocos años estos niños ya manejaban la sierra, el escoplo y el martillo, y no se ponia un clavo ó una tabla en la casa que no fuese por la mano más ó ménos experta de alguno de ellos. Criados la mayor parte del tiempo en el campo, habian adquirido robustez y el hábito de arrostrar sin peligro de su salud el frio, el calor, la lluvia y otras inclemencias propias de las estaciones. Acostumbrados á visitar los establos y

cuadras de la quinta de su padre, estaban familiarizados con toda clase de ganado y animales domésticos, que en caso de necesidad podrian guiar. Al avezar á toda suerte de trabajos y fatigas á sus hijos, la mira del padre no era otra que fortalecer su ánimo, quitándoles el temor pueril que otros niños tienen á ciertos animales, y sobretodo proporcionándoles la experiencia práctica una idea de las vicisitudes y circunstancias de la vida, que no se aprende en los libros y que enseña al hombre á buscar en sí mismo recursos para cuanto puede acontecerle, acrecentando así su independencia y los medios de ser útil y apreciable para con sus semejantes.

La digna esposa del señor Starck, Isabel, era el verdadero tipo de una madre de familia ocupada asíduamente en los quehaceres de la casa, gobernando á todos con dulzura. El amor que profesaba á sus hijos era tan entendido como tierno, preservándola su arraigada religiosidad de toda debilidad respecto á los defectos de sus hijos, que corregia desde luego, y sus suaves amonestaciones surtian siempre saludable efecto en unos niños que, sin faltarla en lo más mínimo al respeto, la amaban con el más entrañable afecto.

Llamado, como queda dicho, el señor Starck á recoger una rica herencia, con la esperanza de asegurar á su esposa é hijos un porvenir más lisonjero, no titubeó un momento en abandonar la patria y embarcarse con su familia para Filadelfia. El viaje al principio fue de los más afortunados. Durante la travesía el padre no desperdició cuantas circunstancias y ocasiones se le presentaban para acrecentar los conocimientos prácticos de sus hijos. El órden y admirable arreglo que reinaba en la tripulacion, el manejo y direccion del barco, el exámen de la brújula, la potencia del timon y demás pormenores del arte náutica, constituian una leccion continua y aumento de instruccion para los hijos del señor Starck, que á su vez hacian oportunas observaciones para comprender mejor lo que veian y habilitarse para practicarlo si la necesidad les apremiase. Nada se ocultaba á su penetracion, con lo cual enriquecian su espíritu y memoria con multitud de nociones, que sin barruntarlo debian serles pronto necesarias.

Habia llegado el buque al 46° de latitud, y todo presagiaba que ántes de diez dias el viaje quedaria terminado, cuando el viento, hasta entónces favorable, cambió de repente, y con tal violencia, que á pesar de la pericia del capitan el buque perdió su rumbo y fué á parar á un mar desconocido. Sobrevino luego un horrible temporal que duró diez dias con creciente furor. En tan aflictivas circunstancias el señor Starck y su hijo Federico fueron los únicos que pudieron tomar parte activa en la tarea de la bomba y en otras que la necesidad imponia. Extenuados al fin por la fatiga á que no estaban acostumbrados, descansaban en un colchon en la cámara de popa, donde se hallaba tambien la madre con los demás hijos encomendando á Dios aquellos caros objetos de su ternura. Miéntras el sueño les rendia, un gran ruido sonó sobre la cubierta...

Dejarémos al mismo señor Starck continuar la relacion de este suceso y de cuanto se siguió. Creemos que su narracion será agradable para la juventud, demostrándola una importante verdad, y es que, sea cualquiera el grado de infortunio á que Dios por sus altos juicios nos someta, su Providencia nunca abandona á los hombres que no se abandonan á sí mismos, cumpliéndose asi el refran ó sentencia moral: *Ayúdate y te ayudaré.*

EL

ROBINSON SUIZO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Temporal y naufragio.—Salvavidas.—Balsa.

Despues de seis dias de temporal vino la aurora del séptimo á revelarnos nuestra precaria y aflictiva situacion: perdido el rumbo, embarazada la cubierta con los despojos de la arboladura y los aparejos, insuficientes las bombas para vaciar el agua que por todas partes embarcaba, la desmantelada nave á merced de las embravecidas olas corria á impulsos del huracan hácia el Sureste, siendo tal el desaliento y consternacion de tripulantes y pasajeros á tan desoladora escena, que nadie pensaba sino en encomendar á Dios el alma é implorar con fervientes votos su misericordia.

Al ver á mis cuatro hijos espantados y llorosos, díjeles:

—Valor, hijos mios, no lloreis, que Dios no permitirá que muramos si á su divina voluntad place; mas si por el contrario tiene decretada nuestra muerte, sometámonos humildemente á sus altos designios, con la esperanza de encontrarnos en el cielo y gozar juntos y para siempre la vida de los ángeles.

Noté que mi animosa mujer, aunque enjugándose furtivamente una lágrima, procuraba tranquilizar á los niños que en torno suyo se acurrucaban. El lastimoso cuadro que presentaba este grupo para mí tan querido, y la idea del peligro que les amagaba, desgarrábanme las entrañas. Hincámos las rodillas, inundándoseme el corazon de consuelo al escuchar las palabras de mis tiernos hijos, por las cuales comprendí que tambien sabian fortalecerse con la oracion, siendo notable la de Federico, quien, sin acordarse de sí, rogaba al Señor que se dignase salvar la vida de sus padres y hermanos.

Esta piadosa tarea nos distrajo por largo rato del peligro que corríamos, sintiéndome algo más aliviado al contemplar las cabecitas de mis hijos religiosamente humilladas. De repente, entre el fragor de las olas oímos una voz que clamaba: ¡Tierra! ¡tierra! experimentando al propio tiempo un fuerte sacudimiento que nos derribó á todos, al par de tan espantoso crujido, que por un momento temímos que la nave se hubiese estrellado en los escollos: estábamos varados. En seguida una voz, que conocí ser la del capitan, exclamó: ¡Estamos perdidos! ¡al agua las lanchas! Lleno el corazon de sobresalto, trepé al puente y comprendí que no nos quedaba mas recurso que perecer; apénas puse en él los piés, cuando lo barrió una furiosa ola arrojándome sin conocimiento contra el mástil; y al recobrarlo ví al último de los marineros saltar en la postrera lancha, alejándose todas del buque atestadas de gente. Empecé á dar voces, á pedirles auxilio con el más vivo encarecimiento, á suplicarles que nos socorriesen... ¡Vano empeño! los bramidos de la tempestad ahogaban mis clamores, y no pudieron oirme, ó el furor de las olas les impidió acudir á favorecernos. En medio de mi afliccion cabíame el consuelo de observar que el agua no alcanzaria la cámara do se hallaba mi adorada familia sobre el camarote del capitan, y escudriñando el horizonte al Sur parecióme columbrar á intervalos una costa que, á pesar de su aspecto áspero é inculto, llegó á ser el exclusivo objeto de mis ansias y deseos.

Apresuréme pues á volver al lado de mi familia, y afectando un tono de seguridad que distaba de alentarme, anunciéles que el agua nos respetaria y que al amanecer hallaríamos medio de tomar tierra, grata noticia que tranquilizó á los niños sin alucinar á mi esposa, acostumbrada á penetrar mi pensamiento, cuanto más que con una seña la signifiqué nuestro desamparo. Al observar que no decaia su confianza en el Señor y nos obligaba á tomar algun alimento, cobré valor y fuerzas; accedímos á sus instancias, y despues del frugal refrigerio durmiéronse los niños, excepto Federico, que se acercó á decirme:

—He pensado, querido papá, que deberíamos hacer para mamá y mis hermanos una especie de cintos llamados salvavidas, para sostenerse á flor de agua, pues V. y yo nadarémos hasta la orilla.

Aprobé la idea, y resuelto á ponerla desde luego por obra, comenzámos á buscar barriles capaces de sostener un cuerpo humano, atámoslos de dos en dos, y nos los ceñímos al cuerpo; en seguida, provistos de cuchillos, bramante, cuerdas, avíos de encender lumbre y otros útiles de primera necesidad, pasámos el resto de la noche en la mayor congoja, temiendo que de un momento á otro se sumergiese el buque. A pesar de todo, Federico se durmió rendido de fatiga.

Vino por fin la luz del dia á infundirnos confianza aplacando las bravías olas; consolé como pude á mis hijos, y absortos por la apremiante necesidad de salvarnos, dispersámonos por el buque en busca de los objetos al efecto más necesarios. Federico trajo dos escopetas con pólvora, perdigones y balas; Ernesto clavos,

tenazas y herramientas de carpintero; Franz cañas, sedales y anzuelos para pescar. Felicité á los tres por sus hallazgos, y tocante á Santiago, que se me presentó con dos perrazos, le dije:

—¿Qué pretendes hacer con ese par de animalitos?

—Nos servirán para cazar cuando estemos en tierra.

—¿Y cómo irémos allá, atolondrado?

—Fácilmente, replicó: sobre toneles, como yo lo hacia en la alberca de nuestro pueblo.

Esta idea fue para mí un rayo de luz: auxiliado de mis hijos, saqué de la bodega y subí á la cubierta algunas barricas para aserrarlas por la mitad con lòs instrumentos que á la mano teníamos, no parando hasta haber conseguido ocho tinas de igual tamaño. ¡Con qué satisfaccion contemplábamos nuestra obra! sola mi esposa no participaba del general y legítimo entusiasmo.

—Jamás, dijo, me resolveré á aventurar la vida en tan débil apoyo.

—No pienses tan de ligero, querida mia, y aguarda para juzgar á que concluyamos la tarea.

Sujeté las tinas á una larga y flexible tabla, con la cual y otras dos á los lados obtuve á copia de inauditos esfuerzos una especie de estrecha góndola dividida en ocho compartimientos, con la simple prolongacion de las tablas por quilla; así que ya poseíamos una embarcacion capaz de sostenernos á todos y conducirnos un corto trecho estando el mar sosegado. Hasta aquí todo iba bien; pero no parábamos mientes en que nuestras fuerzas no bastaban para botar la balsa, á pesar de su sencillez y ligereza. Pedí pues una palanca, trájola Federico, y apliquéla á un extremo de la balsa, levantándola lo suficiente para que los niños metieran debajo unos rodillos. Asombrados quedaron los pobrecitos, en particular Ernesto, al presenciar los poderosos efectos de tan sencillo ingenio, cuyo mecanismo les iba explicando miéntras proseguia el trabajo; sin embargo, Santiago con su vivacidad exclamó:

—Muy despacio va esto, papá.

—Poco á poco hila la vieja el copo, le contesté.

A costa de grandísimos afanes lográmos colocar la frágil embarcacion al borde del costado del buque y empujarla lentamente al agua hasta ponerla á flote, cuidando de amarrarla al costado de la nave; mas ¡oh fatalidad! apénas se meció en las olas, cuando se ladeó de tal modo que ninguno osó saltar en ella para enderezarla.

En medio de la pesadumbre que tal contratiempo me causaba, ocurrióseme que el lastre podia remediarlo, y por lo tanto apresuréme á arrojar en las tinas más altas cuantos objetos pesados me deparó la casualidad, con lo cual poco á poco se enderezó la balsa hasta mantenerse en equilibrio, prorumpiendo á la sazon mis hijos en gozosas exclamaciones, y deseando cada cual á porfía embarcarse el primero. Temeroso de que sus movimientos neutralizasen el efecto del

lastre, coloqué á los extremos un balancin parecido al que usan algunas tribus salvajes, para lo cual sirvieron dos trozos de verga que con un pasador de madera fijé á popa y proa de la almadía, con un tonel vacío á cada lado por contrapeso.

Sólo faltaba desembarazarnos de los restos del buque que obstruian el paso, y conseguímoslo con varios hachazos á diestro y siniestro; empero como lo más del dia lo empleáramos en la faena y era ya imposible llegar á tierra ántes de la noche, fuenos forzoso permanecer en la nave hasta el otro dia, sentándonos á comer con buen apetito, cuanto más que dedicados á nuestro importante trabajo, entre mañana y tarde no habíamos tomado sino un sorbo de víno y un pedazo de galleta. Antes de entregarnos al sueño encomendé á mis hijos que se atasen al cuerpo los salvavidas por si el buque zozobraba, y aconsejando á mi esposa iguales precauciones, disfrutámos luego un tranquilo reposo, por cierto bien merecido despues de tanta fatiga.



CAPÍTULO II.

Cargamento de la balsa.—Personal de la familia.—Desembarco.—Primeras disposiciones.—La langosta.—La sal.—Correrías de Federico.—El agutí.—Primera noche en tierra.

Al romper del alba estábamos todos levantados, y en habiendo rezado con mi familia la oracion de la mañana, previne que se dejase alimento para muchos dias á cuantos animales en la nave quedaban.

—Tal vez, entre mí dije, podamos algun dia recogerlos.

Resolví trasbordar á la almadía un barril de pólvora, tres escopetas, otras tantas carabinas, un par de pistolas, dos de cachorrillos, y la mayor cantidad posible de comestibles, amen de la bien abastecida canana que mi esposa y cada uno de los niños llevaba; tomando ademas una caja de pastillas alimenticias, otra de galleta, una olla de hierro, una caña de pescar, un cajon de clavos, otro de herramientas, y un gran trozo de lona para tienda de campaña; con lo cual y otros objetos, no obstante haber reemplazado el lastre con otros más necesarios, no nos fue posible recargar la balsa con muchas cosas que tambien deseábamos llevarnos. Invocámos en seguida el santo nombre de Dios, y ya nos disponíamos á partir, cuando cantaron los gallos como en són de despedida, inspirándome la idea de recogerlos junto con los patos, ánades y palomos; tambien tomámos diez gallinas y dos gallos, uno polluelo y otro viejo, y metímoslos en una tina que tapámos, soltando á las demas aves por si se les antojaba seguirnos á vuelo ó á nado.

Estábamos embarcados todos ménos mi esposa, que saltando en la almadía con un saco lo colocó en la tina donde iba el hijo menor, sin duda para que le sirviese de almohada.

Hallábase en la primera tina mi esposa, tierna compañera, pia y cariñosa madre; en la segunda Franz, de muy buenas disposiciones, aunque todavía ignorante de todo; en la tercera Federico, valiente y fogoso; en la cuarta las ga-

llinas y varios objetos; en la quinta los comestibles; en la sexta Santiago, atolondrado y travieso, si bien dócil y emprendedor; en la séptima Ernesto, tan inteligente como juicioso; en la octava y última yo, el padre de todos, gobernando la canoa con un timon. Empuñaba cada cual un remo, atado al cuerpo el salvavidas de que debíamos valernos en caso necesario.

Al abandonar la nave estaba la marea á la mitad de su creciente, circunstancia que nos vino de molde; y al notar los perros que nos alejábamos, arrojáronse al agua para seguirnos nadando, no habiéndonos sido posible embarcarlos por ser demasiado grandes. Turco, que así se llamaba el primero, era un alano inglés de los más corpulentos, y Bill una perra de igual pujanza y tamaño. Al principio temí que la travesía fuese para ellos sobrado larga; mas permitiéndoles de cuando en cuando apoyar las patas en los travesaños de la balsa, tal maña se dieron que ya corrian por la playa cuando desembarcámos.

Navegando con toda felicidad, en breve descubrímos la costa lo suficiente para notar su aspecto á primera vista poco atractivo, pues las peladas rocas que la ceñian eran claros indicios de esterilidad y pobreza. Serena estaba la mar, las olas rompian suavemente á lo largo de la costa, y en torno flotaban maderos y cajas procedentes del buque náufrago. Pidióme Federico permiso para recoger algunos de aquellos restos, y pudo atraer dos pipas que cerquita flotaban, las que conducímos á remolque.

A medida que nos aproximábamos perdia la costa su agreste aspecto, y los perspicaces ojos de Federico divisaron luego árboles que aseguró ser palmeras; mucho sentí á esta sazon no haberme llevado el anteojo del capitan; pero Santiago sacó uno pequeño que habia encontrado, con el cual examiné con detenimiento la costa á fin de elegir punto á propósito para el desembarque; y miéntras me hallaba embebido en esta tarea, á lo mejor una rauda corriente nos arrastró hácia la playa en la embocadura de un riachuelo, junto á una planicie triangular cuyo vértice se perdia en las rocas y cuya base formaba la playa. Como allí la orilla no excedia en elevacion á las tinas y el agua podia mantenerlas á flote, determiné desembarcar en dicho sitio.

Saltámos en tierra, excepto Franz, que por sus tiernos años hubo de tomarla con la ayuda de su madre. Los perros, que ya nos estaban aguardando, colmáronnos de fiestas, mostrando su agradecimiento con saltos y ladridos de alegría; los patos retozaban en la caleta parpando á más no poder, de suerte que, unidos sus gritos á los de innumerables aves acuátiles, pacíficos moradores de aquellos lugares á quienes asustábamos con nuestra inesperada presencia, heria los aires una algazara inexplicable; empero gozábame en escuchar tan extraño concierto, pensando que los infortunados cantores que me regalaban los oídos podrian en caso necesario proveer á nuestra subsistencia en aquella solitaria tierra. Así que la pisámos pusímonos de rodillas para agradecer al Señor la señalada merced de habernos guiado á ella salvos y sanos.

Al acabar la plegaria levantámos una tienda al abrigo de las peñas con el trozo de vela que traíamos, circuyéndola á modo de parapeto con las cajas de los abastos; hecho lo cual encargué á mis hijos que recogiesen musgo y hojarasca para no acostarnos en el duro suelo, y en el ínterin aderecé un fogon con piedras lisas y llanas que me ofreció un arroyo inmediato, sobre el cual mi esposa ayudada de Franz colocó un puchero de agua con algunas pastillas alimenticias, aderezando así la comida.

Al principio tomó Franz las tales pastillas por pedazos de cola, y como aventurase sobre el particular alguna observacion, desengañóle su madre manifestando que estaban compuestas de varias carnes reducidas á gelatina á puro cocerse, y servian en los viajes largos para tener siempre caldo más sustancioso que el de la carne salada.

A todo esto Federico, despues de recogido el musgo, fuése arroyo arriba con una escopeta, miéntras Ernesto se encaminaba al mar, y Santiago á las rocas de la izquierda para coger almejas. Tocante á mí, en tanto que me esforzaba inútilmente para sacar á tierra las dos barricas recogidas en la travesía, súbito hirió mis oídos la clamorosa voz de Santiago; incontinenti volé á su auxilio con un hacha, y encontréle metido en el agua hasta las rodillas, pugnando con una langosta de gran tamaño que se le enredaba en las piernas; salté al agua, quiso huir el espantado crustáceo, y como no me tenia cuenta, despues de contundirle con un hachazo lo arrojé á la playa.

Ufano Santiago con su presa, apoderóse de ella con ánimo de llevarla á su madre; pero como sólo estaba aturdido, dióle en la cara tal ramalazo con la cola, que el niño hubo de soltarla llorando á grito herido. Miéntras me reia del lance, repuesto el niño y lleno de coraje, aplastó con una piedra la cabeza de la langosta; reprendíle porque de tal modo mataba á un animal vencido, advirtiéndole que á ser más cauto, á no acercar tanto el rostro, se ahorrara el golpe.

Convencido por mis razones, cogióla de nuevo y corrió á su madre exclamando:

—Mamá, mamá, ¡una langosta! Ernesto, ¡una langosta! ¿Dónde está Federico? ¡Cuidado, Franz, que muerde!

Rodeáronle sus hermanos asombrados del tamaño del marisco, escuchando las hazañas de Santiago, y volví á la interrumpida faena, no sin felicitarle por ser el primero que habia hecho un descubrimiento útil, prometiéndole en recompensa una de las patas mayores.

—Pues yo, saltó Ernesto, he descubierto otra cosa buena para comer; mas no la he traido porque para cogerla tenia que mojarme.

—Serán almejas, replicó Santiago con cierto desden; no las cataré siquiera; vale más mi langosta.

—No, que son ostras, repuso Ernesto, porque están muy hondas.

—Ostras ó almejas, señor filósofo, díjele entónces, tráenos un buen plato pa-

ra la comida, pues en nuestra situacion nada debemos despreciar. Cuanto á lo de mojarte, continué con más suavidad, no se pescan truchas á bragas enjutas, hijo mio. Por lo demás, ¿no ves como el sol nos ha enjugado en un santiamen la ropa á mí y tu hermano?

—Tambien traeré sal, añadió Ernesto levantándose, pues hela encontrado en las grietas de las rocas, donde la habrá depositado el agua del mar, ¿verdad que sí, papá?

—Más valiera, preguntón sempiterno, que en vez de disertar sobre su orígen nos hubieras traido ya un saco. Vé en seguida por ella si no quieres que comamos la sopa desabrida.

Volvió Ernesto al instante, pero la sal que nos presentó era tan terrosa, que ya la íbamos á tirar, cuando á mi esposa se le ocurrió disolverla en agua y filtrarla para el puchero.

Miéntras explicaba al atolondrado Santiago por qué no aprovechábamos el agua del mar para el susodicho objeto, la cual no podíamos emplear por contener varias sustancias repugnantes al paladar, mi esposa nos anunció que la sopa estaba en su punto.

—Alto, la dije; aguardemos á Federico; pero ¡calle! y ¿con qué la tomamos, como no sea sorbiendo y quemándonos los labios?

—Si tuviéramos cocos, observó Ernesto, los partiríamos por la mitad y nos servirian de cucharas.

—Más cómodos serian nuestros cubiertos de plata, si los tuviéramos.

—¿Por qué no echamos mano de las conchas?

—¡Excelente idea! exclamé; pero ¿qué adelantarémos si carecen de mango? Con todo, anda á buscarlas.

Levantóse Santiago al mismo tiempo, y tan diligente anduvo que ya estaba en el agua cuando su hermano llegó á la orilla. Cogió gran cantidad de ostras que fue entregando á Ernesto, quien las metió en su pañuelo, guardándose de paso una gran concha en el bolsillo. En tanto que volvian, sonó á lo léjos la voz de Federico, respondímosle de recio para que nos oyese, y sentíme aliviado de un grave peso, pues ya me inspiraba seria inquietud su larga ausencia.

Acercósenos con una mano á la espalda, diciéndonos con fingida tristeza:

—¡Nada!

—¡Qué! ¿Nada? exclamé.

—¡Cómo ha de ser! ¡Nada!

Empero sus hermanos que le miraban por detrás clamaron:

—¡Un lechoncillo, papá, un lechoncillo!

—¿Dónde lo has encontrado? A ver.

Entónces con aire triunfal mostró su caza; reprendíle por haber mentido, y mandándole que nos refiriese circunstanciadamente cuanto habia observado en su excursion, algo repuesto del cansancio comenzó una pintoresca descripcion



Ernesto dejó su plato á los perros.

de aquellos lozanos y frondosos parajes, en cuyas orillas yacian restos del buque náufrago, é instónos á fijar los reales en aquel punto, donde hallaríamos abundante pasto para la vaca que se quedara en la nave.

—Poquito á poco, señor mio, interrumpí, todo se andará; díme primero si has encontrado rastro de nuestros infelices compañeros.

—Ninguno; pero en cambio, divagando por la campiña he topado con una manada de animales como este, que de buena gana trajera vivo, segun lo mansos que parecen, si no temiera que se me escapase y perdiésemos tan buen hallazgo.

Ernesto, que durante la conversacion examinaba atentamente el animal, manifestó que era un agutí (1), y confirmando yo su aserto, lo explané añadiendo:

—Oriundo de América, este animal tiene sus vivares como el conejo, aliméntase con raíces de árboles, y dicen que su carne es muy sabrosa.

Trataba Santiago de abrir una ostra con el cuchillo y no lo conseguia; prevínele que las pusiese encima del rescoldo, y abriéronse todas á un tiempo, proveyéndonos así cada cual de cuchara. Despues de muchos ascos decidiéronse los niños á comer los mariscos, que por cierto les gustaron poco, y en seguida apresuráronse á meter las conchas en la sopa; pero se quemaban los dedos, y esto les causaba risa. Ernesto entónces muy ufano sacó su gran concha, que era mayor que un plato, y llenándola en parte sin quemarse, desvióse del corro aguardando á que se enfriase el caldo. Dejéle obrar, y cuando iba á sorber le atajé diciendo:

—Egoista, sólo en tí piensas; esa porcion debes cederla á los fieles perros que nada han comido, contentándote con hacer lo que nosotros.

La reconvencion surtió efecto, pues Ernesto dejó el plato á los animales, que al instante lo vaciaron; mas como ni con mucho les bastase, aprovechando nuestra distraccion dieron buena cuenta del agutí de Federico, quien se levantó colérico y dióles tales culatazos con la escopeta, que torció el cañon, persiguiéndoles á pedradas hasta que desaparecieron aullando desaforadamente. Fuí tras él, y cuando se le pasó la ira manifestéle el disgusto que nos habia dado á mí y su madre, sin contar la pérdida del arma, que tanto podia servirnos, y la mayor y hasta probable de aquellos dos fieles guardianes. Reconoció Federico la falta, y con humildad me pidió perdon por su arrebato.

En esto el sol iba ya desapareciendo y la volatería agrupándose junto á nosotros, á la cual repartió mi esposa algunos puñados de grano que sacaba del talego que se llevara del buque. Alabé su prevision, advitiéndola empero que qui-

(1) El agutí pertenece al género de los roedores que comprende tres especies conocidas: el agutí propiamente llamado, el *acuchí* y el *agutí moñudo*. Es un hermoso animal casi igual en tamaño y forma al conejo, y se cria en la América Meridional, en las Antillas y en Méjico; es montaraz, se alimenta de fruta y cortezas de árboles, y se alberga bajo los troncos *N. del T.*

zá sería mejor economizar la semilla para nuestro sustento, ó bien para sembrarla, y prometiéndola en cambio traer galleta para las gallinas si tornaba á la nave.

Las palomas estaban ya apareadas en los huecos de las rocas; las gallinas con los gallos al frente se encaramaron encima de la tienda, y los patos se entraron por las junqueras del arroyo. Nosotros tambien dispusímos lo conveniente para pasar la noche, cargando las armas; pero apénas terminámos la oracion de la tarde, cuando repentinamente nos sorprendió la oscuridad sin crepúsculo intermedio: fenómeno que expliqué á los niños, deduciendo de él que debíamos hallarnos próximos al ecuador.

Como la noche era fresquita nos acostámos arrimaditos unos á otros en el musgoso lecho, y cuando ya dormian todos, con tiento me levanté á ojear los alrededores, saliendo de puntillas. Serena, pura estaba la atmósfera; el fuego aun despedia vacilantes resplandores, y para que no se apagase añadí ramas secas: entónces apareció la luna, y al recogerme, despertado un gallo por su claridad, me saludó cantando, y volví á acostarme ya más tranquilo, acabando por conciliar el sueño.

Apacible fue esta primera noche, en la que nada vino á turbar nuestro reposo.

CAPÍTULO III.

Exploracion.—Cocos.—Calabaceros.—Caña dulce.—Monos.

Despertados al alba por el canto de los gallos, lo primero que á mí y mi esposa se nos ocurrió fue emprender una correría por la isla con objeto de descubrir alguna huella de nuestros infortunados compañeros de viaje, y comprendiendo ella que la excursion no podia efectuarse en familia, acordámos que Ernesto y los dos hermanitos menores se quedasen á su lado, acompañándome únicamente Federico como el mayor y más juicioso. Despertaron uno tras otro los niños, y todos, incluso el perezoso Ernesto, abandonaron el rústico lecho.

Interin mi esposa preparaba el desayuno, pregunté á Santiago lo que habia hecho de la langosta, y corrió á buscarla entre las rocas, donde la ocultara á fin de que los perros no la hurtasen. Alabé su prevision, y sonriéndome le dije si consentiria en cederme una pata para la correría que iba á emprender.

—¿Qué correría es esa, papá? exclamaron de consuno los niños saltando de gozo; y ¿por qué lado partimos?

Agüéles el contento manifestando que solo Federico me acompañaria, y que ellos se quedarian con su madre en la playa bajo la salvaguardia de Bill, pues el Turco nos lo llevábamos. Ernesto nos encargó que si encontrábamos cocos se los trajésemos.

Disponiéndome ya á partir, previne á Federico que tomase su escopeta; pero el pobre lleno de rubor me pidió permiso para servirse de otra, por hallarse la suya inutilizada á causa de su arrebato de la víspera. Mucho hubo de rogarme para alcanzarlo; accedí, y pusímonos en camino con canana, zurron, hacha, pistolas, galleta y una botella de agua.

Antes de marchar nos arrodillámos todos para orar; despues encarecí á Santiago y Ernesto que en mi ausencia obedeciesen en todo á su madre, repitiéndoles más de una vez que no se alejasen de la playa ni perdiesen de vista la balsa, por considerarlo como seguro asilo á cualquier evento; y así, completadas mis

instrucciones, nos abrazámos y partí con Federico. Mi esposa y mis hijos rompieron á llorar amargamente; mas los silbidos del viento y el murmurar del arroyo que á nuestros piés corria, en breve ahogaron sus sollozos y voces de despedida.

Era tan escabrosa la márgen del arroyo y tan próximas al agua estaban las breñas, que á veces apénas habia sitio donde poner los piés; fuímos siguiéndola como mejor pudímos hasta que un peñon nos cerró el paso. Por dicha el arroyo estaba en aquel punto sembrado de rocas, y saltando de una en otra llegámos al opuesto lado. En adelante el camino, hasta entónces fácil, hízose por momentos más trabajoso, encontrándonos entre matorrales y yerbas agostadas por el ardor del sol, que al parecer se extendian hasta el mar.

No habíamos bien andado cien pasos, cuando oímos ruido á las espaldas y como que se agitaban las ramas; noté entónces con satisfaccion que Federico sin asustarse preparó la escopeta con la mayor entereza, dispuesto á recibir al enemigo, quien quiera que fuese. Afortunadamente era el caso que Turco, del cual ya no nos acordábamos, corria á juntarse con nosotros; acogímosle con caricias, y de paso felicité á Federico por su valor y presencia de ánimo, diciendo:

—Ya lo ves, hijo mio; si en vez de esperar con prudencia, como has hecho, te hubieses precipitado disparando al acaso, tal vez no arañaras siquiera alguna alimaña, á serlo este animal, y en cambio pudieras matar al pobre perro, de cuyo auxilio quizá necesitemos.

Avanzando siempre, observámos que á la izquierda y á corto trecho se extendia el mar; á la derecha y á media legua de distancia, la cordillera que terminaba en donde acampábamos corria casi paralelamente con el arroyo, ostentando su verde cumbre poblada de frondosos árboles. Como todavía fuésemos más léjos, preguntóme Federico por qué adelantábamos tanto con riesgo de la vida en busca de quienes tan villanamente nos abandonaron. Recordéle el precepto del Señor, que sobre prohibirnos volver mal por mal, nos manda por el contrario corresponder al mal con el bien; añadiendo además que al obrar de tal modo los compañeros de viaje, quizá más que á mala intencion cedieron á la fuerza de la necesidad y á las circunstancias. Calló el muchacho á esas razones, y ambos silenciosos y discursivos continuámos el camino.

A las dos horas de marcha llegámos á un ameno bosquecillo algo distante del mar, en el cual nos detuvímos un rato para gozar su fresca sombra á la orilla de un arroyuelo. Mansa corria el agua en la umbría espesura, revolando en torno infinitos pajarillos de bellísimos colores. Al penetrar Federico en el bosque se imaginó divisar monos encaramados en los árboles, en cuya idea nos confirmaron la inquietud de Turco y sus frecuentes ladridos; y levantándose para ver si los hallaba, tropezó en un cuerpo extraño, redondo, que por poco le hace caer. Lo coge y me lo presenta, dudando de si es ó no un nido de pájaro.

—Es un coco, respondí.

—¿Por qué no ha de ser un nido, habiendo aquí tanto pájaro?

—Cierto, pero en la corteza filamentosa conozco el coco, y si no, pártelo y verás.

En efecto, abrímoslo, y nos encontrámos que estaba seco; trinó el niño contra las relaciones de los viajeros que hacian tan apetitosa descripcion del líquido que encerraba el tal fruto y de la especie de nata que cubria la almendra, é interrumpíle diciendo que lo que habíamos encontrado estaba seco de mucho tiempo, y que probablemente hallaríamos cocos frescos. En efecto, á poco encontrámos otro, que algo rancio y todo, no dejó de gustarnos.

Proseguímos caminando por el bosque, siendo á veces preciso abrirnos paso con el hacha entre la multitud de bejucos y enmarañada maleza que lo obstruian, hasta que arribámos á un sitio donde la arboleda era más clara.

En aquel bosque la vejetacion se mostraba lozana y espléndida, y los árboles á cual más extraños y vistosos. Contemplábalos mi hijo suspenso y admirado, haciéndome notar lo raro de los frutos y hojas; pero al llegar á otro más maravilloso, preguntó:

—¿Qué árbol es este, papá, cuyos frutos están pegados al tronco en vez de colgar de las ramas? Voy á coger uno.

Al aproximarme reconocí con alegría que era un calabacero cargado de fruto, y notando Federico mi satisfaccion, me preguntó si era comestible y servia para otras cosas.

—De este árbol, respondí, uno de los más preciosos que en estos climas se crian, sacan los salvajes alimento y utensilios para cocerlo; y si bien tienen en mucho su fruto, los europeos lo desprecian, aprovechando únicamente la corteza, que labran de mil maneras.

Seguí explicando cómo los salvajes hacen de ella platos, cucharas, y hasta vasijas para hervir el agua; y al oirlo atajóme preguntando si aquella corteza era tan incombustible que resistiese á la accion del fuego, á lo cual respondí:

—No, porque los salvajes no necesitan lumbre para eso: echando en el agua guijarros candentes, la calientan hasta que hierve.

Manifestó Federico que con mi consentimiento trataria de labrar algun utensilio para su madre; preguntéle si traia bramante para dividir las calabazas, y contestó que tenia un ovillo, pero que mejor lo haria con la navaja.

—Pruébalo pues, le respondí, y á ver quién de los dos sale más lucido.

Pronto arrojó Federico despechado la calabaza que habia elegido, la cual destrozara enteramente por resbalarse el cuchillo á uno y otro lado en la blanda corteza; miéntras que yo á la mayor brevedad labré con el bramante dos magníficos platos. Maravillado de mi buen éxito, imitóme con facilidad, y despues de enarenar la porcelana de nueva especie, expusímosla al sol para que se secara. Luego continuámos andando, entretenido Federico en labrar una cuchara con

un trozo de calabaza, y yo haciendo lo propio con la cáscara del coco que nos sirviera de refrigerio. Empero debo confesar que la obra estuvo léjos de poder competir con las que de su género vímos en el museo labradas por los salvajes.

Si bien íbamos departiendo, no dejábamos de estar recelosos; pero do quiera imperaba el más profundo silencio. Á las cuatro horas largas de camino alcanzámos un promontorio que penetraba muy adentro en la mar, formando una alta y tajada costa, y como el paraje nos pareciese pintiparado para observatorio, comenzámos á trepar con gran trabajo la cuesta, desplegándose en la cumbre á nuestros atónitos ojos un hermosísimo panorama, que con creces nos compensó el cansancio de la subida.

Estábamos en medio de un admirable cuadro de vegetacion y colores, el cual examinado en sus detalles con el anteojo, era todavía más admirable y encantador. Campeaba por un lado una anchurosa bahía cuyas orillas gradualmente se confundian con el horizonte azul á lo largo del mar tranquilo y terso como un espejo, donde el sol rielaba con mágicos reflejos; por otra ostentábase una feraz campiña con frondosas alamedas y verdes prados. Exhalé un suspiro á tan grandioso espectáculo, pues en medio de todo no hallábamos el menor rastro de nuestros desventurados compañeros.

—¡Cúmplase tu voluntad, Dios mio! exclamé. Todos pudiéramos vivir aquí, si no con comodidad, á lo ménos sin fatigas ni molestias, y sólo á nosotros nos fue dado llegar, quizá porque así conviene á tus inescrutables designios.

—No me disgusta la soledad, dijo Federico, con tal que la anime la presencia de mis amados padres y hermanos. Los hombres de los primeros tiempos vivieron como nosotros vamos á hacerlo.

—Aplaudo tu resignacion, repuse; mas como el sol nos achicharra, vamos á la sombra á tomar un bocado y luego emprenderemos la retirada.

Dirigímonos á un bosque de cocoteros que coronaba la altura, atravesando un pantano erizado de cañas entrelazadas que nos impedian el paso; avanzámos despacio y con tiento por si encontrábamos algun reptil venenoso, precedidos siempre de Turco que exploraba el terreno. Ocurriéndoseme cortar una de aquellas cañas para que me sirviese á un tiempo de apoyo y defensa, noté que destilaba un jugo pegajoso que me pringaba las manos; acerquélo á los labios, y desde luego conocí que nos hallábamos rodeados de cañas dulces. Proporcionáronme una deliciosa bebida que me refrigeró. Deseando que Federico, que iba delante, tuviese la satisfaccion del descubrimiento, díjele que cortase otra caña para que le sirviera de cayado, como así lo hizo, y miéntras la blandia despidió gran cantidad de zumo que le humedeció la mano, la cual tambien llevó á los labios, y entendiendo al punto lo que era, exclamó alborozado:

—¡Caña dulce, papá! ¡y qué regalada! Llevemos algunas á mamá y á los hermanos.

Y así diciendo hizo trozos la que tenia para chuparla con más comodidad.

Tuve que irle á la mano para que no se lastimara, y á pesar de aconsejarle que no cogiese tantas, pues pesarian demasiado, cortó una docena, atólas con hojas formando haz, y se las puso debajo del brazo con grandes muestras de alegría.

En breve arribámos al bosque de cocoteros, y apénas nos sentámos para terminar la comida cuando vímos una legion de monos que amedrentados por los ladridos de Turco trepaban á los árboles, desde los cuales nos observaban haciendo gestos. Reparando que la mayoría de las ramas estaban cargadas de cocos, antojóseme obligar á los monos á que ellos nos los cogieran, para cuyo efecto me levanté á tiempo de impedir que mi hijo les disparase la escopeta.

—¿A qué viene eso? le dije; mira lo que yo hago, imítame, y verás cómo llueven cocos.

Cogí una piedra, arrojéla á los monos, y aunque á ninguno dió, encolerizáronse de tal modo, que sedientos de venganza nos tiraron gran cantidad de cocos, tantos que cubrian el suelo, sin saber nosotros adónde acogernos para que no nos lastimasen. Apretábase Federico los ijares de risa á mi astucia, y cuando aflojó la lluvia, comenzó á recogerlos. Buscámos luego un lugar umbrío, donde nos sentámos á saborear sosegadamente la carne de coco azucarada con zumo de caña, con lo cual tuvímos un manjar exquisito. Turco se comió las sobras de la langosta, pepitas de coco y pedazos de caña, los cuales machacaba á mandíbulas batientes. En seguida, Federico con el haz de cañas y yo con algunos cocos tomámos la vuelta de la tienda.

CAPÍTULO IV.

Regreso.—Captura de un mono.—Alarma nocturna.—Chacales.

Poco tardó Federico en hallar pesada la carga, cambiándola con frecuencia de posicion, ya sobre el hombro, ya bajo el brazo.

—No creia, dijo, que estas cañas pesasen tanto.

—Paciencia, y vamos andando; tu carga será como la de Esopo, que se aligerará conforme avances. Dáme una caña de esas y toma otra; cuando se haya agotado la miel de nuestros bordones de peregrino, tomarémos otros, y asunto concluido.

Efectuó lo que le previne, le até á la escopeta las cañas sobrantes, y seguímos andando.

Advirtió mi hijo que de cuando en cuando llevaba yo á los labios la caña que me habia dado, y trató de hacer otro tanto; pero por más que chupó nada sacaba: admirado de lo cual, y constándole que la caña estaba llena de jugo, preguntóme la causa. En vez de explicársela, dejé que la adivinase, y dándola vueltas acabó por descubrir que haciendo un agujerito en el primer nudo para dar salida al aire, obtendria el resultado.

Caminámos otro poco sin hablar palabra, hasta que Federico exclamó:

—¡Qué contenta se pondrá mamá con la leche de coco que llevo en la botella de lata dentro del zurron!

—Milagro será que con el calor no se eche á perder.

—Sería lástima; pero veamos.

Sacó la botella, y al punto saltó el tapon con estrépito, rebosando el liquido espumoso como vino de Champaña. Catámoslo, pareciónos muy sabroso, y así refrigerados continuámos la jornada más ligeros de peso.

Pronto llegámos al paraje donde expusiéramos las calabazas, y hallándolas ya

secas, las metímos en los morrales. Trasponíamos el bosquecillo donde parámos primero, cuando Turco echó á correr ladrando desaforadamente y arremetiendo con un enjambre de monos que en el campo triscaban descuidados. Huyeron los pobrecillos á la desbandada, pero atrapando Turco uno ménos ágil que los otros, lo despedazó en el acto, de suerte que por más que corrió Federico para detenerle, perdiendo de camino el sombrero y el lio, al llegar ya estaba Turco saboreando aquella carne palpitante. Con este sangriento espectáculo que nos entristeció á entrambos, formó notable contraste un incidente asaz jocoso, y fue que un mono pequeñito, hijo sin duda de la mona que mató Turco, saltó de súbito desde la yerba do se ocultaba sobre la cabeza de mi hijo, agarrándose tan fuertamente á sus cabellos, que ni á gritos ni á golpes podia sacudírselo.

Acudí á su auxilio con la presteza que me permitió la risa en que me deshacia al contemplar tan gracioso lance, en el cual no habia ningun peligro real, y sí sólo el terror de Federico, tan divertido como los gestos del animalito. Burlándome de su miedo y diciéndole que de seguro el mono huerfanito le tomaba por padre adoptivo, desembaracéle de la bestia no sin algun trabajo, y toméla en brazos cual si fuera un niño, discurriendo en lo que de él haria. Tamaño como un gazapo, todavía no se hallaba en estado de comer por sí solo. Suplicóme Federico que se lo cediese, prometiendo que le sustentaria con leche de coco hasta que tuviésemos la vaca del buque. Objeté que así añadiríamos otra carga á las muchas que nuestra situacion nos imponia; mas á sus ruegos y protestas consentí en que lo llevase, considerando que quizá nos serviria de mucho el instinto de la bestezuela para conocer las propiedades nocivas de ciertos frutos. Dejámos á Turco que se cebase en su presa, y con el monito sobre el hombro de Federico echámos á andar.

Al cabo de un cuarto de hora presentóse el perro con el hocico todavía ensangrentado; aunque le recibímos con frialdad, como si tal cosa siguió andando detras de Federico, no con poco pavor del nuevo compañero, que del hombro de mi hijo se le metió en el pecho; pero Federico lo sujetó con un cordel al lomo de Turco, al cual dijo en patético tono:

—¡Tú que has muerto á la madre, carga con el hijo!

Así el perro como el mono se resistieron á tal operacion; mas á golpes y amenazas pronto reducímos á Turco á la obediencia, y el monito, bien atado, acabó por habituarse á la montura, siendo tales sus ademanes y muecas que no pude ménos de reirme al imaginar la alegría de mis otros hijos cuando viesen tan burlesco jinete.

—¡Vaya si se reirán! exclamó Federico; y á fe que Santiago tendrá un buen modelo para aprender más visajes de los que hacer suele.

—El modelo que tú debieras tomar, respondí, es el de tu buena mamá, que en vez de notar vuestros defectos siempre trata de disimularlos.

Conoció Federico su falta y habló de la ferocidad con que Turco habia devo-

rado la mona. Sin vindicar la accion del perro, atenué su odiosidad recordando los grandísimos servicios que presta al hombre ese fiel animal.

—Es su único auxiliar, añadí, y le ayuda contra las bestias más fieras. Turco sería capaz de habérselas con una hiena, con un leon, si necesario fuese.

Naturalmente esta plática nos condujo á hablar de los animales del buque, y al paso que Federico echaba de ménos la vaca, el asno le parecia de escasa importancia.

—Te equivocas, dije; el asno nada tiene de gallardo, lo confieso; pero pertenece á una raza excelente. ¿Quién sabe si con el tiempo el buen alimento y sobretodo el clima acabarán por mejorar su perezosa índole?

Distraidos con la conversacion, hízose tan breve el camino que sin pensarlo nos encontrámos cerca del arroyo y de los nuestros. Bill fue el que primero nos saludó, recibiéndonos con alegres ladridos y meneando la cola; respondióle Turco, con que tanto se asustó el pobre mono, que rompiendo las ligaduras saltó de nuevo al hombro de Federico, de donde ya no se movió, miéntras Turco ladrando corria á anunciar nuestra llegada.

En breve nos reunímos con la familia, que nos aguardaba á la orilla opuesta del arroyo. Pasados los primeros trasportes, los niños comenzaron á saltar gritando:

—¡Un mono! ¡un mono vivo! Y ¿cómo se le ha cogido? ¡Qué bonito es! ¡Ay qué cocos, papá!

Y todo eran preguntas sin aguardar respuesta, hasta que calmándose algun tanto la algazara tomé la palabra.

—Me alegro de veros, queridos; gracias á Dios volvemos buenos y sin la menor novedad. De los compañeros de viaje no hemos hallado rastro ni huella.

—Conformémonos con la voluntad del Señor, dijo mi esposa, y bendigamos la misericordiosa mano que nos salvó y os ha restituido aquí salvos y sanos tras algunas horas que me han parecido siglos. Pero dejad ya la carga, que os habrá fatigado mucho.

Soltámosla al punto, y miéntras Ernesto recogia los cocos Federico repartió las cañas entre sus hermanos, que las recibieron saltando de júbilo. Grande fue el de mi esposa al ver los platos y cucharas de calabaza.

Llegámonos á la tienda donde nos aguardaba la cena. Estaban junto al fuego una buena sopa, boquerones ensartados en una espiguilla de madera, y un pato asado cuya abundante grasa caia en una gran concha de ostra; además un abierto barril de los que encontrámos nos brindaba con exquisitos quesos de Holanda.

—Amigos mios, exclamé al contemplar tal aparato, bien está que os acordeis de nosotros con tanto regalo y esplendidez; pero es lástima haber muerto este pato, pues debemos economizar la volatería.

—Sosiégate, respondió mi esposa, que todavía están intactas las provisiones; lo que tomas por pato no es sino un pájaro de sabrosa carne segun dice Ernesto.

—Papá, interrumpió el último, yo creo que es de los que se llaman penquinos (1) ó pájaros bobos.

Y citó las señales por las que á su parecer lo conocia. Confirmé su aserto, y observando la impaciencia con que todos deseaban cenar, sentámonos en el suelo; tocónos á cada cual una buena racion de sopa que no habia más que pedir; siguióse el pescado, y luego abrímos los cocos, que nos sirvieron de postres. De pronto se levanta Federico exclamando:

—¡Papá! y el vino de Champaña ¿lo ha olvidado V.?

Fué al punto por la botella; pero ¡oh desgracia! el supuesto vino se habia acedado. Con todo, aprovechámoslo para sazonar el pescado, y como el ave asada tenia tanta grasa, con el nuevo vinagre la encontrámos sabrosísima.

Miéntras cenábamos cerró la noche; entrámos luego en la tienda, donde se habia duplicado el musgo; los animales ocuparon cada cual su puesto, las gallinas arriba, los acuátiles en las junqueras, y el mono se agazapó entre Federico y Santiago, que le abrigaron. Yo me recogí el último como siempre, tardando poco en abandonarnos al sueño.

Apénas lo conciliámos cuando me dispertó el cacareo de las gallinas que se alborotaban y los ladridos de los perros. Levantéme inmediatamente, imitáronme mi esposa y Federico, y tomando las escopetas salímos de la tienda. La luna iluminaba una horrorosa refriega: los dos valientes perros, rodeados de hasta doce chacales por lo ménos, despues de malparar á cuatro ó cinco, contenian á los demás á respetable distancia.

—¡Cuidado! dije á Federico, apunta bien y disparemos á un tiempo para escarmentar á estos merodeadores.

Simultáneos fueron los disparos, y á la segunda descarga, que acabó de dispersar á los enemigos, arrojáronse los perros sobre los muertos para despedazarlos.

Sin embargo, Federico logró arrancarles uno, y con mi beneplácito lo arrastró hasta la tienda á fin de que á la mañana lo viesen sus hermanos. Asemejábase bastante á la zorra, y era tan alto como Turco. Dejando á los perros que saboreasen la sangre de las víctimas, derecho de que les invistiera su brava hazaña, tornámos al musgoso lecho junto á los otros niños, que afortunadamente nada oyeron, y dormímos hasta la alborada, en que dispertados mi esposa y yo por el canto del gallo comenzámos á pensar en qué emplearíamos el dia.

(1) El penquino ó *alca* pertenece á la rara familia de palmípedos sin alas, que sólo presentan los rudimentos de estos órganos, y por su conformacion especial parecen tan extraños á la tierra como á las regiones del aire, pues apénas pueden andar, ni volar. Los hay en el Sur, y en el Norte se conocen varias especies. El mencionado pájaro es el que se nomina *gran penquino ó penquino brachyptere* (*Alca impennis*). *N. del T.*

CAPÍTULO V.

Visita al buque.—Principio del saqueo.

Ansiosos de mejorar nuestra situacion, mi esposa y yo discurríamos sobre lo mucho que para conseguirlo faltaba, sin resolvernos á qué dar la preferencia. Miéntras por una parte juzgaba indispensable ir á recoger los animales y objetos de primera necesidad que en abundancia dejáramos en la nave, por otra me aguijoneaba el impaciente deseo de construir cuanto ántes una cómoda y segura habitacion. Mi esposa á todo respondia con aquellas palabras del Señor: «Nunca dejes las cosas para mañana, pues cada dia tiene sus deberes; hazlo todo por su turno.»

Por último decidí ir al buque acompañado de Federico, más robusto y formal que sus hermanos, quedándose la madre en tierra para cuidar de ellos.

—¡Arriba, arriba! les dije.

Levantáronse perezosamente á mis voces, excepto Federico que lo hizo con diligencia, corriendo luego á poner de pié al chacal junto á la tienda para gozarse en la sorpresa de sus hermanos. Al verle de tal manera ladraron los perros con furor, á cuyo alboroto acudieron los perezosos movidos de la curiosidad, y Santiago el primero con el mono al hombro. Fue tal el espanto del animalito, que de un brinco se ocultó entre la yerba, y pasado el susto de los niños, que tambien lo recibieron grande, cada cual empezó á definir la bestia. Ernesto afirmó que era zorra, Santiago que lobo, Franz que perro; pero Federico ufano les participó que era un chacal.

Satisfecha ya la primera curiosidad díjeles:

—Hijos mios, quien comienza el dia sin invocar al Señor, se expone á trabajar en vano.

Comprendiéronme, y nos arrodillámos.

Tras una breve oracion pidieron de almorzar, y por no haber otra cosa díles galleta, tan dura, que en la boca apénas podia ablandarse. En tanto que

con mi anuencia iba Federico á buscar un poco de queso, Ernesto callandito se encaminó á las otras dos barricas que quedaban por registrar, y volviendo en breve con aire satisfecho, exclamó:

—Mejor sería manteca salada, si la tuviéramos, ¿he?

—¡Ya! ¡si la tuviéramos! respondió Federico; un pedazo de queso y galleta dura vale más que todos los *síes* del mundo.

—Pues id á registrar la barrica, repuso Ernesto, porque por una rendija que he agrandado con el cuchillo muestra la rica manteca que contiene.

Acudímos presurosos y averiguámos la verdad del caso; pero no atinábamos con el medio de aprovechar el hallazgo: Federico optaba por quitar un aro y desfondar la barrica, á lo que me opuse considerando que con el calor se derritiria la manteca, y así dispuse practicar un agujero por do extraer con una pala de madera la que fuera menester para las necesidades perentorias; hecho lo cuál, con una cuchara de coco extendímos sobre las galletas la exquisita manteca, y aproximámoslas á la lumbre para que se empapasen.

Noté que los perros, que echados cerca de nosotros no tenian ganas de participar del almuerzo, habian recibido en la contienda de la víspera algunas heridas en varias partes, especialmente en el cuello, y por lo tanto encargué á Santiago que les frotase las llagas con manteca mezclada con agua, lo cual les excitó á lamérselas, consiguiendo así en breves dias su completa curacion.

Como Federico emitiese la especie de que las más de las heridas se hubieran evitado á llevar los perros carlancas, encargóse Santiago de labrarlas.

Dispuse por fin mi viaje, diciendo á Federico que se aprestase para acompañarme. Al embarcarnos previne á mi familia que tal vez pernoctaríamos en la nave, y que como medio de comunicacion levantasen á modo de bandera un asta con un pedazo de vela, y la arriasen si ocurria novedad, acompañando el acto con tres escopetazos.

Confiando hallar abastos á bordo, únicamente tomamos las escopetas, sin abandonar Federico al mono, deseoso de regalarle con leche fresca.

Nos embarcámos.

Remaba el niño afanosamente miéntras yo manejaba el timon, y aprovechando la rauda corriente del arroyo al desagüar en la bahía, ántes de tres cuartos de hora y sin fatigarnos arribámos al buque. No bien pusímos el pié á bordo, el primer cuidado de Federico fue por los animales, acercando el monito á una cabra. Despues de mudar el agua de los abrevaderos, renovámos los piensos, recibiéndonos las bestias con las más alegres demostraciones tras dos dias de ausencia. En seguida nos ocupámos en buscar alimento para nosotros, y habiendo satisfecho esta necesidad, pregunté á Federico por dónde le parecia que comenzásemos el registro; mas en su concepto lo más urgente era proporcionarnos una vela para la balsa. Sorprendióme á la verdad su respuesta, por carecer de infinitas cosas más importantes; empero al exponerme que en la

travesía habia sentido un viento fresco que le daba en el rostro el cuál sería favorable á la vuelta, accedí á su deseo y pusímos manos á la obra.

Fijando una sólida percha en uno de los tablones de la balsa, con una garrucha sujetámos á la punta un gran trozo de lona triangular, con el correspondiente cordaje á fin de manejarlo desde junto al timon; suplicóme despues Federico que en el remate del asta prendiese un gallardete encarnado, quedando más ufano cuando ondeó que con la vela hinchada por el viento. Sin levantar mano arreglámos un banquillo para mí cerca del timon, y á los costados fijámos fuertes argollas para sujetar los remos.

En esto iba espirando el dia, y no pensando ya regresar á tierra, enarbolámos las señales convenidas para anunciar esta determinacion á los de la playa, y el resto de la tarde lo empleamos en sustituir con otro cargamento más provechoso el cascote que lastraba la balsa.

Tomámos cuanto nos pareció conveniente, todo género de utensilios, y con preferencia pólvora y proyectiles, de que estaba bien provisto el buque, destinado como iba al establecimiento de una colonia en los mares del Sur. Sin embargo, en razon á la pequeñez de nuestra embarcacion, tuvímos que escoger con severa parsimonia, sin olvidar empero los cuchillos, cucharas y batería de cocina en que ántes no pensáramos, á lo cual agregámos jamones, chorizos, trigo, maíz, cebada y otros granos, hamacas y mantas; y como para Federico al parecer no bastaban todas las armas del mundo, apoderóse de otros dos carabinas y un cajon de puñales y espadas, embarcando además por mi parte un barril de pólvora, un rollo de lona y mucho cordaje.

Colmadas quedaban las tinas, excepto dos estrechísimos huecos para colocarnos nosotros, y sobreviniendo la noche durante el trasiego, resolvímos pasarla en la cámara de popa. Resplandecia en la playa una hoguera que nos tranquilizaba á cerca de nuestra amada familia, y para contestar encendímos cuatro farolas, á cuya aparicion sonaron en tierra cuatro estampidos en señal de inteligencia. Entregámonos desde luego al descanso, encomendando al Señor el precioso depósito que colocáramos bajo su divina proteccion.

CAPÍTULO VI.

Transporte de las bestias.—El tiburon.—Segundo desembarque.

Apénas alboreaba cuando sin poder contener mi impaciencia subí al alcázar del buque, y desde allí con un buen telescopio dirigí la vista hácia la tienda por si descubria á mi familia, ó de cualquier modo adivinaba lo que pudiera haberla acontecido desde la víspera. Federico me trajo un ligero desayuno, reducido á un poco de galleta, víno y jamon, y miéntras le tomábamos, volvia de vez en cuando los ojos hácia la playa. Al fin ví con placer que la tienda se entreabria, saliendo de ella mi esposa, la cual arrimada á su umbral contemplaba tambien el mar. En seguida izámos un pañuelo blanco y se calmó mi desasosiego al ver que me correspondia con la misma señal.

Tranquilo por ese lado ya no me urgia tanto la vuelta, y pensé en los pobres animales que quedaban abandonados en la nave y que perecerian infaliblemente si no me resolvia á sacarlos.

—Federico, dije á mi hijo, como no tenemos prisa, he resuelto salvar el ganado, ó al ménos todo el que se pueda.

—Si pudiéramos arreglar una balsa, sobre ella podrian pasar atándolo...

—Sería muy dificultoso, y ofrece además no pocos inconvenientes; hay que arbitrar otro recurso.

—Pues bien, por de pronto, el cerdo se puede arrojar al mar, el agua le sostendrá, y con una cuerda lo remolcarémos.

—El cerdo, pase; pero el resto del ganado, y sobretodo el asno y la vaca no pueden pasar así.

—¿Pues por qué no disponemos para cada animal un salvavidas á imitacion de los nuestros, y así nos seguirán á nado sin el menor peligro?

—Buen pensamiento, exclamé; manos á la obra.

Por via de ensayo dejámos caer al agua una oveja con dos trozos de corcho bien sujetos á ambos lados, observando ansiosos el resultado de la prueba. Por

de pronto nos la figurámos perdida, pues asustada por los golpes de mar, se fué á fondo; pero á poco salió á la superficie, y comenzó á nadar que era un gusto, hasta que extenuada de fatiga, sostenida á flor de agua por el corcho, dejó de mover las patas, y sin hundirse se dejó llevar tranquilamente por las olas.

Esto me llenó de alborozo; seguro ya de poderme llevar las ovejas y las cabras, el mismo expediente me serviria para hacer lo propio con el resto del ganado. Acto continuo comenzámos á disponer los salvavidas para las demás bestias. Para el asno y la vaca, que los exigian de otra forma y tamaño, echámos mano de cuatro toneles vacíos y bien tapados, que unidos cada par con una ancha tira de lona, se los ceñímos bien á los ijares como una albarda, sujetándolos con buenas cinchas y pretales para que no se ladeasen. Dos horas empleámos en enjaezarlos de tal guisa, tocando luego el turno al ganado menor que ocupó ménos tiempo. No pudímos prescindir de reirnos al ver aquellos animales con semejantes disfraces. Lo más engorroso, y que no dejaba de ofrecer dificultad, era el echarlos al mar; pero afortunadamente nos sirvió al objeto un boquete causado por los repetidos embates de la nave contra la roca. Aprovechando esta coyuntura, aproximámos al borde al asno, y empujándole bruscamente, le precipitámos al agua. Aturdida la pobre bestia se hundió desde luego, pero sacándola á flote los toneles, y repuesta en breve de la violenta caida, queriendo imitar á la oveja, comenzó á nadar con destreza digna de encomio. La vaca, las demás ovejas y las cabras, sufrieron igual suerte, y se portaron á las mil maravillas, dirigiéndose todos hácia la playa con majestuosa gravedad. La marrana como más indócil y arisca nos dió mucho que hacer para gobernarla, y sin querer asociarse á sus compañeros de infortunio, tomó la delantera y llegó mucho ántes que ellos á la playa.

Terminada esta operacion abandonámos el buque trasladándonos á la balsa, cortando la amarra que la sujetaba, y con la precaucion que tuve de atar una cuerda bien larga á la cabeza de cada animal, nos fué facilísimo remolcarlos con buen órden, si bien mucho costó arrastrar con el sólo esfuerzo de nuestros brazos la pesadísima mole que conducíamos. Por fortuna sopló un poco el viento, y el auxilio de la vela nos llevó dulcemente hácia la costa.

Ufanos con la hazaña vogábamos rodeados de nuestra escolta flotante, cuya marcha regular superaba á nuestras esperanzas. Sentados al pié del mástil y despues de tomar un corto refrigerio, miéntras Federico se divertia con el mono que ya empezaba á familiarizarse con él, inquieto porque desde hacia largo rato no divisaba á ninguno de los mios, asestaba con frecuencia el anteojo á la playa. De pronto me distrajo una fuerte exclamacion de Federico:

—¡Papá, papá, estamos perdidos! ¡Un pescado muy grande viene hácia nosotros y está ya casi encima!

Aunque el susto hizo palidecer el rostro de mi hijo, sin embargo al pronunciar esas palabras ya empuñaba la escopeta.



Fritz disparó contra el Tiburon.

—¡Cómo perdidos! le contesté. Prepárate, y serenidad sobretodo.

Al propio tiempo dirigí mi carabina cargada con algunas postas al punto que designara el niño, y ambos nos dispusímos á recibir al enemigo, cuando vímos pasar como un rayo y casi á flor de agua un desaforado tiburon, que en ménos que se dice se avalanzó á una de las ovejas que encontró más inmediata. Descerrajóle entónces Federico tan certero tiro, que las balas le partieron el cráneo, y el cetáceo se ladeó á nuestra izquierda, dejando un largo rastro de sangre, descubriendo su vientre blanco, lo cual nos indicó hallarse herido de muerte.

—Creo que ya tiene lo bastante el compadre, dijo Federico orgulloso de la hazaña.

—Y por cierto que es tanto más de apreciar tu destreza, cuanto que ordinariamente ese animal es de mucha vida y poco asustadizo, y á veces son necesarios muchos tiros para rematarle.

Sin embargo, por lo que pudiera suceder cargámos de nuevo las armas, dispuestos á cualquier evento; pero á poco, bien que la corriente se lo llevase, ó que se sumergiese del todo, el tiburon no volvió á parecer. Eché mano al timon, y ayudados de un viento favorable, terminámos felizmente la travesía, abordando la costa en punto cómodo para que el ganado pudiera tomar tierra fácilmente, como lo hizo en cuanto solté las cuerdas que lo retenian.

Estábamos quitándole los salvavidas; la noche se venía encima, y mi inquietud se aumentaba por no ver aun á mi familia á pesar de lo adelantado de la hora, cuando de repente hirió mis oídos un gozoso clamoreo, nuncio de la llegada de mis hijos, que seguidos de su madre me rodearon abrazándome. Calmada algun tanto la primera explosion de alegría, y despues de contestar á un sin número de preguntas, llamó sobretodo la atencion de mi esposa el extraño aparejo con que estaban rebujadas las bestias.

—Aunque me hubiera devanado los sesos, dijo mi esposa, para encontrar un medio de traer el ganado hasta aquí, jamás hubiera dado con semejante invencion.

—Pues ya lo ves, la dije, y lo mejor es que Federico es el autor del pensamiento; á él se debe todo.

Un tierno abrazo á su hijo fue la contestacion á estas palabras. Su corazon maternal gozaba en aquel momento, satisfecha de tener tal primogénito.

Miéntras alijábamos la carga y se desembarcaban todas nuestras riquezas, Ernesto y los demás niños se dirigieron á la balsa, asombrados á su vista del mástil, de la vela y sobretodo de la bandera. Santiago, que no acertaba á estar mucho tiempo en una parte, nos dejó luego, y encaminándose donde estaba el ganado, acabó de desembarazar las bestias de sus estorbos, viéndonos obligados para el intratable cerdo de valernos de los perros que lo redujeron á la obediencia, sujetándole por las orejas. Aun permanecia el asno ataviado con su ex-

traño aparejo; pero no pudiendo el chico por su falta de fuerzas y poca estatura soltar las correas que sujetaban el aparato, tomó por buen expediente saltar sobre el burro, y arrellanándose entre los toneles, arreándole á más no poder, se presentó ante nosotros cabalgando en esta forma. No pude disimular la risa al ver esta escena grotesca; pero como consideré poco grato para el pobre animal tan intempestivo ejercicio, acerquéme para ayudar á apearse á mi hijo. Entónces fue cuando por primera vez observé que llevaba un cinto de cuero que sujetaba dos pistolas.

—¡Ave María! ¿Quién te ha equipado así? le pregunté. Pareces un contrabandista.

—Mi propia industria, contestó con aire satisfecho. Y no es esto sólo: ¡repara en los perros, papá!

En efecto, observé que los alanos estaban armados con carlancas hechas del mismo cuero que el cinto.

—Está muy bien, dije, y mejor aun, si tú sólo has sido el autor y ejecutor de la obra.

—Yo, yo lo he sido todo; yo he arreglado la piel; únicamente mamá me ha ayudado á coserla.

—Esa es más negra. ¿Y de dónde has sacado la piel, el hilo y las agujas?

—El chacal de Federico ha suministrado la tela, dijo á la sazon mi esposa; en cuanto á las agujas é hilo, puedes contar que á una buena ama de gobierno nunca le faltan avíos de coser. A vosotros como hombres no se os ocurren sino cosas grandes y de bulto; las mujeres cuidamos más de las pequeñas, que no porque lo sean dejan de ser útiles y prestar gran servicio en circunstancias dadas como esta. Hé aquí por qué he guardado un laberinto de cosas en ese saco, que habeis dado en llamar encantado, y al que tendréis que recurrir no pocas veces.

Alabé como era justo la destreza del flamante curtidor, y no ménos la gran prevision de mi esposa; y notando que Federico sentia el mal uso que en su concepto se habia hecho del chacal destrozando su piel, reprendíle por el mal humor que tan sin razon mostraba, y que no podia disimular, con lo cual se serenó algun tanto.

—Es preciso, dije, echar al agua el cadáver de esa fiera que nos está ya apestando.

—El que tan bien ha sabido desollarle que se encargue de esa tarea, repuso Federico algo picado.

—¿Te parece contestacion digna de mi hijo mayor? le dije á media voz.

Al fin me comprendió, y con aire placentero y resuelto exclamó:

—Verdad es que Santiago y el chacal nos están apestando; pero miéntras esté con nosotros, que se quite de encima esa prenda propia de un contrabandista ó salteador, y yo con gusto le ayudaré á arrojar al mar los restos de mi pobre chacal.

Esta decision puso fin á la contienda, y me dió ocasion para estrechar la mano á mi hijo, como para demostrarle la satisfaccion que me causaba el dominio que comenzaba á tener sobre sí mismo.

Al acercarnos á la tienda reparé que nada habia preparado para cenar, y así encargué á Federico que fuése á buscar un jamon de Maguncia. Semejante órden en la situacion en que nos encontrábamos pareció una broma que hizo reir á todos; pero se quedaron estupefactos cuando le vieron volver cargado con un soberbio jamon fiambre de Westfalia, que no habia más que pedir. Imponderable fue el júbilo de mis hijos por semejante aparicion.

—Qué bueno es, exclamó entónces mi esposa; pero mejor será aguardar algo más y freir un poco. En el ínterin aquí tengo algunas docenas de huevos, que si son de tortuga, como asegura Ernesto, saldrá una famosa tortilla, pues manteca no falta, gracias á Dios.

—¿Y qué huevos de tortuga son esos? pregunté admirado.

—Si, papá, contestó Ernesto; si no lo son, al ménos tienen todos sus caractéres; los hemos encontrado á la orilla del mar soterrados en la arena en la excursion de esta mañana.

—¡Es un nuevo tesoro! ¿Y cuándo y cómo se ha hecho ese descubrimiento?

—Larga sería ahora la historia, contestó mi esposa; despues la referiré minuciosamente, si deseas oirla.

—Pues bien, da prisa á la tortilla y al jamon, y quedará la historia para los postres. En tanto, para entretener el hambre, dije á los niños, acabemos de sacar de una vez el cargamento de la balsa.

Con la ayuda de todos la faena quedó pronto terminada, y cada cosa ocupó su lugar. Se acabaron de reunir los animales, se les quitaron las trabas, y volvímos por fin al hogar, donde nos aguardaba la tortilla más soberbia que podia figurarse. Un tonel vacío sirvió de mesa. No faltaron cucharas, tenedores, cuchillos, servilletas y vasos de cristal. A la tortilla se siguieron unas buenas magras de jamon asadas á la parrilla, y con la galleta fresca, manteca salada y queso de Holanda se arregló una deliciosa cena, á la que dió complemento una botella de vino de Canarias procedente de la despensa del capitan.

Interin saboreábamos la cena, los perros, gallinas, palomos, ovejas, cabras, todos los animales, en fin, nos rodeaban, disputándose las migajas del opíparo festin, en tanto que los gansos y los patos se refocilaban en el arroyo con los cangrejos y otros mariscos que pescaban.

Al finalizar los postres y despues de haber contado nuestras propias aventuras, recordé á mi esposa su promesa, y tras una breve pausa comenzó su relacion de esta manera.

CAPÍTULO VII.

Narracion de mi esposa.—Carlancas.—Avutardas.—Huevos de tortuga.—Arboles gigantescos.

—Debes estar impaciente por oir la prometida historia, me dijo risueña, y así voy á referirla por entero. Ocioso fuera hablar del primer dia de vuestra ausencia, por no haber ocurrido nada que digno de contar sea; pero esta mañanita, al salir de la tienda ántes que mis hijos, y al descubrir vuestra señal, que por cierto me colmó de alegría, dime á reflexionar sobre nuestra posicion y á discurrir medios de mejorarla, diciendo entre mí: es imposible permanecer así todo el dia expuestos á los ardores del sol en esta desierta playa. ¿No fuera mejor trasladarnos al valle que mi esposo y Federico han pintado con tan peregrinos colores?

«Miéntras que así discurria, mis hijos se levantaban. Provisto Santiago de un cuchillo que afilaba de vez en cuando en la roca, se dirigió al chacal de Federico y le cortó unas cuantas tiras de piel, que despues adelgazó despojándolas de toda su carnaza. Ernesto, que con los brazos cruzados le estaba contemplando, no pudiendo aguantar más, le dijo:

—¡Qué haces, sucio! ¿No ves que eso es una porquería?

—¡Cómo porquería! contestó aquel, no creo que lo sea hacer carlancas para los perros, y sobretodo esto no es negocio tuyo.

«Temiendo que la disputa pasase adelante, me interpuse para terminarla, y reprendí á Ernesto su intempestiva repugnancia ajena de la posicion en que nos encontrábamos, y alabé al pequeñuelo por haber emprendido una faena, que si bien nada tenia de atractiva, servia para la utilidad genera..

«Mi aprobacion dió nuevo impulso al celo é inventiva del aprendiz de curtidor, y así, despues de bien descarnadas las dos tiras, fue colocando en ellas numerosos clavos de cabeza chata, y cortando un pedazo de lona más largo que las tiras, la puso doblada encima para sujetar las cabezas de los clavos, suplicándome le cosiera aquel forro con piel infecta por no creerse con la suficiente maña para

manejar la aguja. El encargo no era agradable por cierto, y me excusé; pero viendo el afan del pobre chico que no se amañaba en su costura, compadecíme de él accediendo á su deseo.

«Concluidas las dos carlancas, me suplicó de nuevo reiterase igual operacion con otra gran tira de piel que tenia preparada para hacerse un cinto. Accedí tambien á su deseo; pero tanto yo como Ernesto le advertímos, que si no se ponia remedio, al secarse el cuero, cinto y carlancas se encarrujarian en términos de quedar defectuosos y quizá inservibles; y por lo tanto, siguiendo nuestros consejos, sujetó con clavos sobre una tabla muy tirantes las correas, y puestas á secar al sol, á las pocas horas ya estaban en estado de servir: salvo el mal olor que les quedaba.

«El resto del dia pasó sin más novedad. Al anochecer tranquilos como estábamos por haber visto vuestras señales, nos retirámos á la tienda á descansar bajo la salvaguardia de los perros que defendian la entrada. Dormí regularmente; mas las reflexiones que me sugeria nuestra posicion me despertaron muy temprano. Mis hijos habian sufrido mucho con el calor que se iba haciendo insoportable, y me acabé de persuadir que nos sería imposible permanecer por más tiempo expuestos de tal manera á los rayos de aquel sol abrasador. Por un lado el deseo de hallar sitio más cómodo, y por otro la idea del riesgo en que te hallabas para proporcionarnos un imperfecto bienestar, me inspiraron la resolucion de contribuir en cuanto estuviese á mi alcance al bien general.

«Poseida de esa idea, encaminéme á la playa para haceros las señales convenidas, y como segun indicaban las tuyas no volveriais hasta el anochecer, dispuse lo conveniente para la excursion proyectada. Despues del desayuno participé á los niños mi resolucion, lo cual causó el mayor alborozo. Cada cual se equipó á su gusto proveyéndose de lo que creyó más necesario para el viaje; cada uno de los dos mayores llevaba su correspondiente escopeta, cuchillo de monte, zurron lleno de víveres y municiones, y yo llevé un saco, un jarro de agua, y un hacha pequeña por toda arma. Cerré la tienda lo mejor que pude, y tendiendo la última mirada al mar, emprendímos la marcha acompañados de los perros y dejando lo demás bajo la salvaguardia de Dios.

«Primero nos dirigímos hácia el arroyo. Turco, que conocia el terreno por haberos seguido en la primera expedicion, iba delante sirviéndonos de guia, y pronto llegámos al punto en que lo vadeasteis, lo que hicímos igualmente saltando por las piedras, no sin algun trabajo y temor de perder el equilibrio.

«Ya en la orilla opuesta, seguímos andando sin direccion fija. Al considerarme en aquella ocasion sola, en un desierto, sin más apoyo ni defensa que dos niños de once á trece años, temibles únicamente por el uso que podian hacer de las escopetas, bendije á Dios con toda mi alma por la feliz idea que te inspiró cuando pensastes ejercitarles en el manejo de las armas de fuego; á pesar de mi repugnancia en concederles ese gusto del que temia pudieran resultar fatales

consecuencias, siendo por el contrario una útil prevision y un medio de inspirarles valor y prudencia al mismo tiempo.

«Cuando llegámos á un collado, mi vista se recreó al contemplar aquella vegetacion admirable que tanto nos habias ponderado, y por la primera vez despues del naufragio renació en mi corazon la esperanza de un porvenir más halagüeño. Divisando á corta distancia una pequeña alameda á cuya sombra deseaba descansar un rato, nos dirigímos hácia ella, atravesando un buen trecho sembrado de maleza tan espesa y enmarañada que nos costó no poco trabajo abrirnos paso lo cual nos obligó á torcer un poco á la izquierda, donde encontrámos de nuevo vuestras huellas que fuímos siguiendo sin perderlas en direccion á la alameda.

«De repente un ruido extraño llegó á nuestros oídos, y de entre las matas tomó vuelo un pájaro grandísimo que nos asustó por de pronto. Mis dos noveles cazadores prepararon las escopetas; pero cuando se acordaron de apuntarle ya se hallaba tan fuera de tiro que hubiera sido en balde dispararle.

—¡Qué lástima! exclamó Ernesto, si hubiera estado un poco más listo en preparar la escopeta, de seguro le atrapo.

—¿Y por qué no estás más prevenido? le dije, el buen cazador nunca debe descuidarse.

—A otra te aguardo, repuso Santiago, preparando el arma; yo le diré cuántas son cinco; pero acerquémonos al punto de donde se ha alzado, quizá tenga allí el nido, y podrémos saber la especie á que pertenece el pajarraco.

—Por lo grande me parece un águila, dijo Franz.

—¡Qué disparate! no puede ser, contestó Ernesto; las águilas, para que lo entiendas, no anidan en el suelo, sino en las más encumbradas rocas. Mejor diria que es una avutarda por el color y por ciertas plumas en forma de bigotes que tiene junto al pico. ¡Qué lástima no haberla cogido!

«No acababa de pronunciar esta última palabra, cuando de la misma mata salió otra ave parecida á la primera, aunque un poco mayor, y pasó rozándole ántes que siquiera imaginara echarse á la cara la escopeta. No pude ménos de reirme al ver lo parados que se quedaron ambos, y la especie de vergüenza que les causaba el verse burlados por segunda vez. Habeis perdido un buen asado, les dije, lo cual os servirá de aviso para en adelante. Sin embargo veamos el nido, quizá encontremos los polluelos y ya sería algo.

«Pero estaba de Dios que la caza habia de ser completamente infructuosa, porque acercándonos al sitio de donde se remontaron ambas aves, hallámos un grande nido de yerba seca, pero vacío; y por los restos de cascarones de huevos colegímos que los pollos nacidos de pocos dias se habian tambien escabullido entre el espeso matorral.

—Ya estarás convencido, dijo Ernesto á Franz, de que el pájaro no era un águila. Estas no sólo no anidan en tierra, sino que sus hijuelos no pue-

den correr de esa manera al salir del huevo como lo hacen las perdices, los pavos, las gallinas y demás aves de esta especie; y respecto á las que hemos visto, por los colores de la pluma y forma del pico, creo poder asegurar que son avutardas.

—Creo, señor maestro, le dije entónces, que más os hubiera valido estar listo y apuntarla bien, que no entretenerse en reparar el color de las plumas y el pico del ave; pero casi me alegro de que no les dispararas, pues tu destreza hubiera privado á la pobre cria de sus padres. Olvidémoslo ya, y sigamos adelante.

«Estando en esta conversacion llegámos á la alameda. Multitud de pájaros de toda especie trinaban revoloteando alegremente entre las ramas sin asustarles al parecer nuestra presencia. Los niños anhelaban dar muestras aquí de su puntería; pero no se lo permití, y con tanta más razon, cuanto que sus ensayos hubieran sido infructuosos á causa de la grandísima elevacion de los árboles, en cuyas copas se posaban las aves fuera de alcance.

«Lo que de léjos me pareciera alamedilla ó bosquecillo, visto de cerca no era sino un grupo de hasta doce ó catorce árboles, pero tan gruesos y elevados, que jamás los habia visto semejantes; y lo más extraño era que estos gigantescos árboles formaban como un vastísimo pabellon, sostenido maravillosamente en el aire por una especie de arcos formados de raíces enormes, que presentaban el árbol como arrancado de cuajo fuera de la tierra, y su tronco sin adherirse á ella sino por la raíz más pequeña, situada en el centro.

«Santiago se encaramó á uno de los arcos, y valiéndose de un cordel midió la altura, que no bajaba de treinta y cuatro piés, contándose hasta cuarenta á cincuenta desde el suelo hasta el nacimiento de las raíces, y la circunferencia total de estas constaba de unos cincuenta pasos; la hoja es parecida á la del nogal, y por consiguiente su espesura da mucha sombra; mas no pude descubrir fruto alguno. Cubierto el suelo de menudo y fresco césped y sin maleza alguna, parece una verde alfombra, convidando todo en este ameno sitio para cómodo y agradable descanso.

«Le encontré tan de mi gusto, que lo elegí para el almuerzo, y sentados sobre la yerba comímos con el mayor apetito. Los perros, á los cuales hacia rato habíamos perdido de vista, se nos juntaron, y echados á nuestros piés se durmieron sin querer probar bocado.

«Ibame embelesando por instantes la belleza del sitio, y discurriendo en el aislamiento y desamparo de nuestro solitario albergue, se me figuraba que si encontrásemos medio para disponer un asilo en las ramas de aquellos árboles, estaríamos más resguardados de toda suerte de peligros; y como al mismo tiempo me parecia dificultoso encontrar sitio que reuniese más ventajas, resolví no pasar adelante y dar la vuelta; pero variando de camino y siguiendo el de la playa para ver de paso si el mar habia arrojado á ella algunos restos del buque que se pudieran aprovechar.

«En efecto, así lo verificámos, y nada de particular vímos hasta llegar al arroyo, cuyas orillas estaban cubiertas de despojos de cangrejos, lo que me hizo colegir cuál fuera el almuerzo de los perros y la causa de haber desdeñado el nuestro. Proseguímos andando por la playa que encontrámos sembrada de tablas, barricas, cajones y otros objetos procedentes de la nave, cuyo peso excedia á nuestras fuerzas; sin embargo, en cuanto nos fue dable arrastrámos algunos de estos efectos más adentro, á fin de que la resaca no se los llevase. Miéntras nos ocupábamos en tan ruda faena, noté que Bill desapareció ocultándose tras de una roca, y echando á correr tras él Ernesto, le encontró muy atareado en desenterrar de la arena huevos de tortuga, que iba despachando con marcada satisfaccion segun se relamia. Acudímos al sitio, y despues de costarnos no poco trabajo alejar la perra, que por lo visto estaba dispuesta á no dejar uno siquiera, recogímos hasta dos docenas todavía intactos, los mismos que han servido para la tortilla que tanto os ha gustado. Entónces dirigímos la vista al mar, y columbrámos una vela que se adelantaba rápidamente hácia la costa. Inquieta y sorprendida por semejante aparicion, fluctuaba entre el temor y la esperanza por no poder distinguir aun el casco á que pertenecia; Ernesto afirmaba que erais vosotros; á Santiago se le figuraba uno de los botes del buque que se acercaba, y Franz, como más medroso, asustado se asió á mi falda, diciendo que quizá serian antropófagos que venian con intencion de merendarnos.

«En tanto la vela avanzaba, y Ernesto fue quien acertó. Acudímos presurosos hácia el arroyo que atravesámos saltando por las piedras como á la ida, y llegámos á tiempo de que desembarcabais.

«Tal es, amigo mio, la detallada narracion de nuestro viaje. Si quieres complacerme, desde mañana abandonarémos este sitio agreste, para instalarnos junto á aquellos árboles gigantescos.

—Bien está, querida mia, la contesté sonriéndome; pero curioso será vernos encaramados como gallos en un árbol de sesenta piés de altura, ¿y dónde encontrarémos el globo aerostático que nos traslade á esa region?

—No te burles de la idea, repuso mi esposa, que no es ningun disparate, y sino, ¿no te acuerdas haber visto en nuestra tierra, en Zojinga, si no me engaño, un grandísimo tilo, sobre el que habian dispuesto un gran salon de baile, al que se subia por una escala de madera? ¿No pudiéramos acaso igualmente, sobre una de las ramas más bajas de ese otro árbol arreglar siquiera una habitacion para dormir? Al ménos allí podríamos reposar tranquilos sin temer á los chacales ú otras fieras peores todavía, que de seguro ni siquiera soñarian en molestarnos á tal altura. En cuanto al modo y forma de ejecutar el proyecto, os toca á vosotros como hombres que sois y con mayores recursos de imaginacion que una mujer, y de seguro lo alcanzarémos si poneis empeño formal en hacerlo.

—Sí, sí, la respondí, se hará cuanto podamos para darte gusto; pero en todo caso, y segun la descripcion que acabas de hacer de tan singulares árboles, me

parece que hasta se podria establecer una morada cómoda debajo de las raíces, que sirviendo de techumbre nos proporcionarian mayor abrigo que la tienda de lona que nos cobija ahora. En fin, mañana volverémos para examinarlo despacio.

Esta promesa devolvió la serenidad al rostro de mi esposa, que estaba desasosegada hasta conocer mi resolucion, y la cena acabó tan alegremente como comenzara. Entrámos luego en la tienda, cada uno ocupó su puesto, y dormímos como lirones hasta la mañana siguiente.

CAPITULO VIII.

....

El puento.

Al primer albor de la mañana despertámos.

—¿Sabes, dije á mi esposa, que me ha ocupado seriamente esta noche tu relacion de ayer, y que examinando despacio las consecuencias del cambio de domicilio en que estamos, preveo nos acarreará graves inconvenientes? Vamos despacio, y ántes de obrar discurramos. Por de pronto creo casi imposible hallar un sitio que ofrezca más seguridad pêrsonal que en el que ahora estamos, que pór un lado está protegido por el mar, que nos va trayendo los restos de la nave, á los que deberíamos renunciar si nos alejásemos de la costa; y por otro, le resguardan igualmente la cadena de montañas que tenemos delante y la confluencia del arroyo que se pudiera en un caso fortificar.

—Alto, no prosigas, interrumpió mi esposa, por cuanto no vamos acordes; la barrera que dices no ha impedido á los chacales llegar hasta aquí, como lo hemos visto. ¿Los tigres, los osos y otras fieras no podrian seguir el mismo camino y hacernos igual visita? Respecto al partido que piensas sacar de los restos del buque, que es otra de tus razones, te confieso con toda sinceridad, que muy contenta con los que ya tenemos de su procedéncia, desearia de todas veras que el mar sepultase bajo sus olas el casco de ese buque, que miéntras exista embarrancado será para mí causa perenne de angustia y desasosiego. Tú no cuentas, amigo mio, con los trabajos que aquí pasamos para guarecernos de los rayos de este sol abrasador, en tanto que Federico y tú os ocupais en vuestras correrías terrestres y marítimas. Reflexiona pues acerca de estos inconvenientes, y de seguro me darás la razon.

Tardé algun tiempo en contestarla, pues si bien la elocuencia de mi esposa no era suficiente para convencerme del todo, no dejaba de confesar que en el fondo habia mucha verdad en su razonamiento.

—Pues bien, la contesté, una vez que este cambio es ya una necesidad para tí, harémos la prueba yéndonos á establecer junto á esos asombrosos árboles, sin dejar por esto de conservar nuestra actual habitacion para que nos sirva como una especie de apeadero y de almacen para conservar la pólvora; y cuando por medio de barrenos haya hecho volar en algunos puntos las rocas que bordean el arroyo, será una fortaleza donde nadie podrá penetrar sin nuestro permiso. Pero ántes de todo y de salir de aquí con armas y bagajes es indispensable construir un puente para pasar el arroyo con más descanso y seguridad, que como hasta ahora se ha practicado.

—Eso no te apure, repuso mi esposa, deseosa de remover todo obstáculo á su proyecto, ¿para qué meterse en tamaña obra que retardará hasta Dios sabe cuándo nuestra traslacion? ¿No hemos pasado todos el arroyo á pié? El pollino y la vaca bien podrán trasladar lo demás. ¿Has calculado lo que es un puente?

La demostré como pude la insuficiencia de esos medios y el peligro que ofrecia el arroyo en la estacion de las lluvias, que imposibilitarian su paso ó al ménos lo harian peligroso, corriendo el riesgo de perder el ganado y hasta de resbalarnos ó tropezar alguno de nosotros cayendo en la corriente, lo cual nos ocasionaria además del susto un chapuzon estempóraneo. El puente que tengo ideado no es obra tan colosal como te parece; miéntras que tú arreglas los más indispensables aparejos para las bestias, mis hijos y yo lo construirémos, y nos servirá para siempre.

Mi esposa se rindió al fin á mis razones. ¡Sea lo que Dios quiera! contestó resignada. En seguida despertámos á los niños para enterarles de nuestros proyectos. La idea de cambiar de domicilio, y sobretodo junto á aquellos grandes árboles, les colmó de alegría; pero lo de hacer primero un puente para emigrar á lo que ellos ya llamaban la *tierra de promision,* no les agradó tanto, previendo el gran trabajo que les aguardaba para su construccion.

Miéntras que mi esposa, que ya ordeñara la vaca y las cabras, nos preparaba una buena sopa y leche abundante para el desayuno, ocupéme con mis hijos en echar lastre á la balsa, pensando en dar otra vuelta al buque para proporcionarnos la madera necesaria para la construccion del puente. Estando en esto, nos llamaron para el almuerzo, y terminado, me embarqué con Federico y Ernesto, á quien nombré segundo remero, previendo que la balsa necesitaria más fuerza para su manejo y direccion, cargada con el gran peso del maderámen que debia trasladar. Lisonjeado Ernesto con el favor que le dispensaba, tomó el remo y le manejó con la mayor destreza; y dirigiéndonos á la embocadura del arroyo, su rápida corriente nos sacó muy luego de la bahía.

Apénas estábamos fuera de ella y á la vista de un islote que se hallaba al paso, vímos una multitud de gaviotas y otras varias aves de mar revoloteando que nos aturdian con su pio pio, parándose unas y emprendiendo otras el vuelo desde aquel punto de tierra. Desplegué la vela á fin de cortar la corriente y acercarnos para

indagar la causa que reunia en aquel sitio tantos pájaros, lo cual logré auxiliado por el viento.

Ernesto, que no perdia de vista el islote, dijo: Creo que no debe ser otra cosa sino algun gran pescado muerto que atrae las aves.

En efecto, tan pronto como saltámos en tierra vímos entre la arena, medio cubierto por el agua, el cadáver de un pez monstruoso, al que devoraban aquellas aves de rapiña con tal glotonería, que á pesar de nuestra algazara y de un arcabuzazo disparado á quema ropa al grupo, no abandonaron su presa. Era el tiburon que Federico matara la víspera y que aun conservaba, brotando sangre, las heridas de la cabeza por donde le penetraron las balas.

—Si pudiéramos ahuyentar estos pajarracos, dije á los niños, no sería malo arrancar algunas tiras de su pellejo, que es durísimo y áspero, el cual en caso necesario hasta puede servir de lima.

Al oirme Ernesto, sacó la baqueta de su carabina, y repartiendo palos á derecha é izquierda á aquel enjambre hambriento, pudo al fin ahuyentarlo, y una vez dueños del campo, cortámos á la ligera algunos trozos del pellejo del mónstruo que depositámos en la balsa. Y no fue la única ventaja que nos proporcionó este incidente, porque examinando de paso la playa del islote, que en resúmen no era sino un banco de arena, la encontrámos cubierta de maderos de todas formas y dimensiones arrojados por la marea, tristes restos de buques naufragados. Este precioso é inesperado hallazgo nos ahorró el trabajo de ir hasta el buque. Elegí pues entre los mástiles rotos que allí encontrámos los que me parecieron más adecuados á mi proyecto, y despues, con ayuda de ganchos y palancas de que íbamos provistos, los fuímos poco á poco sacando de la arena y acercándoles al mar, para que flotasen. Unidos todos entre si por medio de travesaños clavados, se formó una especie de almadía, la cual remolcámos con un cable sujeto á la proa de nuestra balsa.

Para abreviar el viaje de retorno y hacerle ménos incómodo, traté de aprovechar el viento de la costa, y despues de algunas maniobras demasiado hábiles y superiores al alcance de marinos tan poco experimentados como lo éramos, vímos con alegría hincharse la vela y arrastrar majestuosamente la balsa hácia la playa. Durante la travesía, en la que los remos estaban quietos, Federico, siguiendo mis instrucciones, clavaba las tiras de la piel del tiburon en el mástil, para que estiradas se secasen al sol. Ernesto, cuyo fuerte era la historia natural, examinaba cuidadosamente las aves que con la baqueta habia muerto, y como conocedor de sus diferentes especies, se extendió en algunas particularidades bastante curiosas sobre el menguado instinto de las gaviotas y otras aves marinas, que no se alimentan sino de peces muertos, lo que dá á su carne un sabor tan detestable que es imposible comerla. De las gaviotas la conversacion giró sobre los trozos de pellejo que Federico se esmeraba en estirar, y que á pesar suyo arrugaba el calor; pero como le advirtiese que hasta en ese estado nos

servirian para lo que las destinaba haciendo veces de lo que en Europa llaman lija, á Ernesto se le ocurrió una observacion, que no debo dejar desapercibida:

—Es una suerte, nos dijo, despues de reflexionar algun tiempo y de oir hablar sobre la voracidad del tiburon, á quien pudiera aplicársele el nombre de lobo marino, que Dios le haya colocado la boca bajo el hocico y no al extremo.

—¿Y por qué? le pregunté.

—Porque tan ágil y gloton como es, á no verse obligado á volverse de espalda para afianzar su presa, él sólo hubiera bastado para despoblar el mar.

—¡Bravo, señor filósofo! justísima es tu observacion, y si es cierto que no están á nuestro alcance los secretos del Criador, nos es permitido conjeturar sobre ellos.

Distraidos de esta manera advertimos que tocábamos en la misma playa de donde cuatro horas ántes habíamos salido. Nadie salió á recibirnos, lo cual no me extrañó tanto como la vez primera; pero á nuestras voces otras correspondieron de léjos, y á poco llegó mi esposa y los otros niños, que venian de la parte del arroyo: Franz con una caña de pescar, y Santiago con un pañuelo cogido por las cuatro puntas y lleno de algo imposible de adivinar, que luego supímos ser cangrejos de agua dulce.

—¿Y quién ha sido el descubridor de ese nuevo tesoro? exclamé al verlos.

—¡Yo, papá! dijo Franz todo gozoso. Has de saber que estando entretenido en coger chinas á orillas del arroyo, tropecé con el cadáver del chacal que ayer arrojámos al agua, el cual estaba cubierto de cangrejos; Santiago acudió á tiempo, y con el agua á la rodilla me ayudó á cogerlos; más traeríamos si no hubierais venido tan pronto; pero con todo, no deja de haber bastantes.

—Bastan por hoy, hijos mios, les contesté; á ejemplo del pescador que lo entiende, echad al agua los más pequeños, que allá parecerán, y nos quedarémos con los mayores. Demos gracias á Dios que proporciona este nuevo recurso á nuestras necesidades, y no abusemos de sus dones.

Despues que volvieron á su elemento natural los cangrejillos chicos y que mi esposa recogió los que restaban, nos dejó para preparar la comida. Interin esta se disponia, se sacaron á tierra los palos destinados á construir el puente, los cuales formaran la almadía que quedara en la playa. Santiago, durante nuestra ausencia, ya se habia anticipado á buscar el sitio más conveniente para fijarle; y habiéndomelo mostrado, ví que en efecto era el más ventajoso, ya por ser el punto más estrecho del arroyo y por estar sus orillas á igual altura, como tambien por dar la casualidad de haber á un lado y otro gruesos troncos de árboles que parecian allí expresamente colocados para servir de estribos. La única dificultad consistia en la distancia que mediaba desde este punto al en que se encontraba la balsa. Careciamos de todo lo necesario para un transporte de tanto peso, y rayaba en lo imposible que lo lleváramos á cabo; pero acordándome del asno y la vaca, y de la manera sencilla con que los lapones, segun habia leido,

hacian arrastrar sus trineos, dí la cuestion por resuelta, y atando una cuerda á los cuernos de la vaca y otra por bajo del cuello del borrico y sujetando con ambas la extremidad de las vigas, salió tan bien el expediente, que los animales uno tras otro fuéron arrastrando todos los maderos hasta el sitio mismo designado por el pequeño ingeniero para colocar el puente.

Medida que fue la anchura del arroyo por medio de un cordel, resultaron diez y ocho piés; las vigas por lo tanto debian de tener tres piés más de asiento por cada parte, y así fue preciso elegir entre aquellas las que al ménos tuviesen veinte y cuatro. Faltaba saber cómo nos habíamos de componer para trasladar por cima de las escarpadas orillas del arroyo esos maderos tan enormes y pesados. Esto nos dió mucho que discurrir, y no hallando solucion al negocio, y oyendo la voz de mi esposa que nos llamaba á comer, la discusion quedó aplazada, y nos acercámos á la cocina donde nos aguardaba un exquisito arroz con leche y un soberbio plato de cangrejos, que decian comedme; pero ántes de sentarnos á la mesa, que era el santo suelo, mostróme mi esposa el resultado de la tarea en que ocupara la mañana, la cual consistia en dos pares de alforjas de lona para el asno y la vaca, que habia cosido con bramante. No pude ménos de admirar su gran paciencia, al considerar cómo se habia amañado para llevar á cabo su obra, careciendo de dedal, punzon y agujas fuertes para tan tosca costura, y sin más avíos que un clavo con el que agujereaba la tela para ir introduciendo el cordel con la mayor perseverancia. ¡Tan cierto es que en el diccionario de un ser inteligente no entra la palabra imposible!

Despachóse pronto la frugal comida, tal era la prisa que teníamos por emprender el gran negocio del puente. Miéntras comia, imaginéme haber encontrado el medio de colocar las vigas, y en el acto lo puse por obra. La operacion fue complicada, y baste decir que con varios gruesos cables, poleas convenientemente situadas en las ramas de los árboles, y la cooperacion de las bestias que se portaron admirablemente, lográmos colocar horizontalmente una viga á lo ancho del arroyo. Esto era lo más trabajoso; las demás, que llegaron á cuatro, fuéron pasando por encima de esta, y se unieron luego unas á otras con tablones colocados de traves, pero sin clavarlos á fin de poderlos levantar, á guisa de puente levadizo, é impedir el paso del arroyo si en algun tiempo tuviéramos que defendernos de algun ataque imprevisto.

La tarea de toda la tarde habia agotado nuestras fuerzas; nos retirámos á la tienda, y despues de una ligera cena y de dár como siempre gracias á Dios por los infinitos favores que nos seguia dispensando, fuímos á buscar en el lecho de musgo un descanso que tanto necesitábamos.



CAPÍTULO IX.

La emigracion.—Nuevo domicilio.—El puerco espin.—El gato montés.

Mi primera diligencia á la mañana siguiente fue juntar la familia, y dirigir á todos una corta alocucion sobre los peligros que nos pudieran sobrevenir en una tierra desconocida, tanto por su situacion como por sus habitantes, si acaso los hubiese, y de aquí la necesidad de ir todos juntos y con cuidado durante el camino. Todos oyeron con la mayor atencion mis prevenciones y prometieron cumplirlas exactamente. En seguida hicimos nuestras oraciones de costumbre, á las que siguió un ligero desayuno, y cada cual se dirigió á preparar lo necesario para la marcha. Se reunió todo el ganado; y el asno y la vaca cargaron con el bagaje que pudo caber en las alforjas, reducido á lo estrictamente necesario, como municiones de boca y guerra, herramientas y utensilios de cocina y mesa, sin olvidar las pastillas alimenticias, un poco de manteca, y las hamacas y cobertores de lana que iban encima de todo. Ya estaban para colocarse estos, cuando apareció mi esposa muy atareada y con el célebre saco bajo del brazo, reclamando lo primero, un puesto para las gallinas y las palomas, que segun ella no debian quedar abandonadas á merced de los chacales; despues otro para el pequeñuelo Franz, alegando que por su tierna edad no podria soportar las fatigas del camino, y otro por último para el saco que ella llamaba suyo, y nosotros el saco *encantado*, tanto era lo que de él cuidaba. Accedí á su deseo, y como las grandes alforjas, con honores de albardas, todavía no estaban llenas, metí en una el saco, y entre este y los paquetes, dispuse un sitio cómodo y seguro para Franz, en términos que no pudiera caerse aunque corriese ó tropezase la bestia.

Respecto á la volatería, tampoco me pareció dificultoso complacer á mi esposa; éralo sí por de pronto coger todas las gallinas que andaban dispersas, y por más que los niños corrian ninguna se dejaba atrápar, hasta que mi esposa, como más práctica, lo consiguió muy luego, sacando de su saco *encantado* unos cuantos puñados de grano que fué desparramando, hasta que el rastro llegó dentro de la tienda, donde al fin entraron todas á la voz de su ama, é impi-

diéndoles la salida, poco costó hacer prisionera á toda la gente de pluma. Los niños se rieron mucho de esta industria, confesando á una que su madre sabía más que ellos: Santiago fue el encargado de introducirse por debajo de la tienda como zorro en gallinero, y uno á uno nos fue entregando los cautivos, que con las patas liadas, quieras que no, se metieron en un canasto tapado con un cobertor, que se acomodó despues encima de la vaca.

Como mejor se pudo, se hacinaron luego dentro de la tienda los objetos que no pudímos llevarnos; se atajó su entrada con cuantas estacas, barricas y cajas poseíamos, encomendando ese resto de nuestra hacienda á la providencia de Dios, para que nos lo conservara si tal era su voluntad.

Ya dispuesto y arreglado todo, se emprendió la marcha, llevando cada cual á cuestas un saco con provisiones. Federico y mi esposa rompian la marcha. Seguíanles la vaca y el asno montado por Franz; las cabras guiadas por Santiago formaban el tercer cuerpo; el mono cabalgando sobre su nodriza la cabra no cesaba de hacer gestos y contorsiones grotescas; el grave Ernesto iba cuidando de las ovejas, y por último detras de estas, el padre vigilante y solícito constituia la retaguardia. Los dos perros, como ayudantes de campo, flanqueaban y recorrian sin parar toda la línea.

La caravana avanzaba con ordenada lentitud, y aquella marcha solemne tenia cierto aspecto patriarcal.

—Hénos aquí, dijo Ernesto, que siempre la echaba de erudito, viajando como lo hicieron allá en otros tiempos nuestros padres, y como lo hacen aun hoy dia los árabes, los tártaros y demás pueblos nómadas del Asia, que á cada paso cambian de domicilio llevando consigo sus familias, ganados y riquezas. Verdad es que para esa clase de emigraciones no carecen de buenos caballos y robustos camellos, miéntras que nosotros disponemos únicamente de una vaca medio ética y de un asno viejo y trasijado. Lo que es por mí, desearia fuese el último viaje hecho con tan escasos recursos.

—Así lo espero, contestó su madre un poco sentida de la especie de reconvencion que envolvian sus últimas palabras. Te repito que lo espero, y hasta me atrevo á asegurar que nos hallarémos tan bien en el punto adonde por mi deseo vamos, que al fin, si ahora hay quejas, luego todos me han de dar gracias por habérselo hecho emprender.

—No lo dudamos, querida mia, me apresuré á contestar; te seguimos con el mayor gusto, y el bienestar que como consecuencia en adelante disfrutarémos, será para nosotros de un doble precio por cuanto á tí únicamente lo deberémos.

Entretenidos en esta conversacion llegámos al puente, y allí se nos vino á reunir la marrana que se escapara cuando el llamamiento general. Mezclada con el ganado, siguió en su compañía; si bien sus continuos gruñidos demostraban claramente lo poco satisfecha que iba de la caminata.

Estando ya á la otra banda del arroyo, un obstáculo imprevisto desordenó las filas. La espesa y fresca yerba que cubria el suelo tentó á los animales que comenzaron á dispersarse, paciendo aquí y acullá; y mucho hubiera costado reunir toda esta tropa entregada al merodeo, á no mediar los perros, que rehicieron la hilera; y restablecido el órden por completo, se pudo continuar la marcha. Sin embargo, para que no volviese á repetirse semejante escena, mandé á la vanguardia que variase de direccion, acercándose á la playa que por su aridez no haria incurrir al ganado en semejante tentacion.

Poco habríamos andado en esa direccion, cuando oímos ladrar desaforadamente á los perros y esconderse entre las matas, como si hubiesen visto alguna fiera. Federico preparó la carabina y les siguió de cerca; Ernesto se aproximó á su madre, mas sin dejar por eso de preparar tambien la suya; y Santiago, siempre aturdido, corrió hácia donde soñaba el ruido, miéntras que yo, con el arma baja y el dedo en el gatillo, avanzaba en la misma direccion, encargando á todos la mayor prudencia y sobretodo sangre fria. Pero Santiago, que sin atender á razones ya se habia internado entre la maleza, salió en breve gritando:

—¡Corre, papá, corre; verás un puerco espin disforme! tiene puas como mi brazo. ¡Ven, ven pronto!

Cuando llegué, ví en efecto un puerco espin de tamaño regular, atacado por los perros, que cuando se le acercaban erizaba las puas de tal suerte y con tal rapidez, que sus dos contrarios, con el hocico ensangrentado, no acertaban por dónde entrarle.

Viendo esto Santiago, y que la lucha no llevaba trazas de acabarse, sacó del cinto una pistola, y disparándola casi á boca de jarro, tuvo tan buen acierto que la bala penetró por la cabeza de la fiera quedando muerta en el acto.

Reprendí á mi hijo su demasiada viveza, pues con la precipitacion hubiera podido causar la muerte de alguno de los perros; pero el ardor de la victoria tenia tan entusiasmado al chico, que apénas escuchó mis razones, sin pensar más que en ver cómo se apoderaria del puerco-espin. Ayudado por su hermano, atóle su pañuelo al cuello, y arrastrándolo por el suelo lo presentó á su madre, que tenia al lado á Franz, la cual se hallaba inquieta por nuestra ausencia y por el disparo que habia oido.

—¡Mira, mamá, venía gritando, qué animal tan terrible he muerto de un pistoletazo! es un puerco espin, que nos hemos de llevar porque papá dice que es bueno para comer...

A la par que mi esposa felicitaba al niño por su hazaña, demostró no llenarla del todo la proposicion. Ernesto, sin atender á lo que su hermano decia, se puso á examinar detenidamente la fiera, é hizo la observacion de que tenia dientes incisivos y que sus orejas y piés se asemejaban á los del hombre.

—Allí te hubiera yo querido ver, continuó Santiago dirigiéndose á su hermano con cierta arrogancia; allí, allí, y hubieras visto como erizaba las puas contra los

perros; mas no le valió, pues llegó, y ¡pum! de un solo tiro quedó muerto. ¡Ah! es un animal terrible cuando se le ataca.

—¡No será tan terrible, respondió Federico con visos de envidia que trataba de disimular, cuando te has atrevido á acercártele! Papá y yo le teníamos cierto respeto, y si no te hubieras adelantado...

—Lo cierto es que yo le he muerto, replicó con viveza y algo amostazado Santiago de la ironía de su hermano.

A cuya sazon llegué á tiempo de cortar la discusion que se iba agriando, y recordé á los niños la union y armonía que debia reinar siempre entre hermanos.

—Todos vosotros, añadí, trabajais de consuno por el bien general. ¿Qué importa que haya sido uno ú otro el más diestro ó afortunado en este encuentro? Vaya, dejemos eso, y ocupémonos de los pobres perros, que se han llevado la peor parte en la refriega, habiendo sido los más valerosos, sin que se vanaglorien de ello.

En efecto, los bravos alanos tenian clavadas en el hocico las puas que se desprendieran del puerco espin en la lucha, lo que hizo suponer en la antigüedad á los naturalistas que este animal despedia dardos cuando se veia acosado, siendo él mismo á la vez carcaj y arco. Miéntras me ocupaba en curar á los perros, operacion que requeria alguna destreza, de paso instruí á los niños de algunos curiosos detalles sobre la historia del puerco espin, rectificando sobretodo sus ideas sobre las preocupaciones vulgares á que diera lugar la extraña configuracion de su cuerpo.

—Es bien extraño, añadí, que la historia natural, que de suyo versa sobre objetos palpables, haya sido, entre todos los conocimientos humanos, la que el hombre ha desfigurado más á fuerza de adornarla con circunstancias maravillosas, ¡como si la naturaleza tan bella y tan fecunda por sí misma necesitase recurrir á la imaginacion de los hombres para aparecer cual es en sí: grande, magnífica, y sobretodo admirable!

A instancias de Santiago quedó decidido que el puerco espin haria parte del bagaje, y envolviéndolo en un pedazo de lona lo coloqué cuidadosamente á las ancas del asno, atándolo lo mejor posible para que no se cayese, ni incomodase á Franz que iba sentado delante. En seguida continuámos la marcha. Federico con la carabina dispuesta iba á la cabeza con la esperanza de encontrar algo que pudiera cazar él solo. No habríamos andado doscientos pasos cuando comenzó el pollino á correr y á dar coces, rebuznando de la manera más estrepitosa. Franz gritaba que por Dios le detuvieran, que si no se iba á caer, pues no podia sujetarle con el ronzal. Acudímos todos á ver la causa de aquel arrebato, la cual consistia en que las puas del puerco espin le estaban aguijoneando de una manera terrible. Se cambió el animal de donde estaba colocándole con mayor precaucion; y restablecido el órden, seguímos andando hasta llegar bajo los gigantescos árboles, término de nuestro viaje.

—¡Qué árboles, papá! exclamó Ernesto; con razon se les puede llamar gigantes; ¿pero de qué género serán? Por un lado parecen mangles, y por otro...

—¡Vaya! dijo Santiago que no se paraba en barras, poco tiene que discurrir. No hay mas que verlos para conocer que son nogales.

—Me parece que os equivocais ambos, dije entónces; tengo para mí que estos prodigiosos árboles por su aspecto y grandísimo desarrollo de las raíces pertenecen al género de las higueras y á la especie que se llama higuera de las Antillas, más conocida en las Indias con el nombre de baniano (1). Pero sea lo que quiera, poco importa, proseguí dirigiéndome á mi esposa que estaba gozando interiormente al contemplar mi sorpresa y admiracion. Sean higueras ú otra cosa, es preciso convenir que el hallazgo de estos árboles y tu idea de fijar aquí nuestra residencia te honra sobremanera; por de pronto, y provisionalmente, podemos alojarnos debajo de estas raíces, que parecen expresamente dispuestas para vivienda; y si más adelante podemos encaramarnos en lo alto, estarémos resguardados de la invasion de cualquiera fiera por trepadora que sea, y la desafío á que pueda subir por ese tronco tan derecho y liso.

Comenzámos á descargar el bagaje, se trabaron las bestias para que no se alejaran mucho, exceptuando la marrana, que, segun su costumbre, no quiso sujetarse á la ley general, y hubo que dejarla á su albedrío, como igualmente se hizo con la volatería, que más domesticada no ofrecia tanto riesgo de extravío, cuando nos asustó un arcabuzazo que sonó algo léjos; más pronto nos tranquilizámos al oir la voz de Federico, quien salió del bosque gritando:

—¡Papá! ¡papá! ¡mira qué gato montés he muerto! Es magnífico!

—Bravo, contesté al verle tan ufano con su presa. Acabas de hacer un gran favor á las palomas y gallinas de nuestra colonia. No dejes de estar alerta por si se presenta algun otro compañero á rondar por los alrededores, porque esos animales son enemigos encarnizados de toda especie de volátiles.

Ernesto no dejó de hacer sus observaciones científicas respecto á la nueva presa, y bromeándole por la erudicion de que hacia tanta gala, convenímos todos en que en lugar del nombre de gato montés que Federico habia dado al animal que acababa de matar, el de margai (2) era el que más le convenia bajo todos aspectos.

(1) Llámanse banianos los miembros de cierta secta idólatra de las Indias orientales que creen en la metempsícosis, y por tener en gran veneracion á esta clase de higuera, los naturalistas le han dado el nombre de Baniano. Este árbol gigantesco, cuyas ramas á veces se inclinan hasta tocar en el suelo, en cuyo caso echan luego raíces produciendo nuevos troncos, llega uno solo á formar selvas pequeñas de 1,600 pasos y aun más de circúito. Su fruto es del tamaño de una nuez.

(2) Este gato montaraz de América tiene allí por nombre *margai* ó *marque*. Pertenece á la clase de cuadrúpedos digitígrados. En mayor escala que los gatos comunes tiene las propiedades del tigre, y á veces se hace temible hasta á los mismos hombres (*Notas del Trad.*).

—Lo que yo ahora pido, dijo el novel cazador, es que el caballero Santiago me haga el favor de no entretenerse con la piel del gato como lo hizo con la del chacal, porque esta es muy hermosa y tan atigrada que da gusto verla. ¿No es verdad, papá, que sería lástima? Con ella me labraré un cinto algo mejor que el otro, del que colgaré las pistolas y el cuchillo de monte.

—Es muy justo, contesté, y así estaréis iguales; y como la carne de esta fiera no puede aprovecharse, lo mejor será echársela á los perros que les vendrá muy bien.

En consecuencia indiqué al niño cómo se debia manejar para desollar al margai á fin de sacar la piel entera sin estropearla. Lo hizo conforme le advirtiera, y la carne se repartió á los alanos. Como Santiago deseaba tambien sacar partido de la piel del puerco espin, rogóme que le ayudase á desollarlo, porque contaba con ella labrar una especie de armaduras para los perros como aditamento á las carlancas para que estuviesen de todo punto invulnerables. Terminadas ambas operaciones, hice varios trozos del puerco, uno de los cuales pasó al puchero que mi esposa tenia ya preparado para hacer la sopa, y los restantes los salé y puse en paraje fresco para el dia siguiente. Nos dirigímos al cristalino arroyuelo que á corto trecho corria en busca de piedras planas y lisas para disponer el fogon; y juntando las ramas secas que á mano encontrámos, encendímos lumbre, dejando á la solícita y tierna madre el cuidado de aderezar la comida.

Miéntras se aderezaba, me entretuve en formar una especie de agujas con las puas más finas y delgadas del puerco espin, regalo que destinaba á mi esposa para que le sirvieran para coser las correas y demás necesario á los arneses de las bestias. Con un clavo, cuya punta enrojecí al fuego, abrí en las agujas de nueva especie el ojo suficiente para enhebrar el hilo ó bramante, y aunque toscas é imperfectas, no por eso dejaron de ser bien recibidas por mi esposa, quien abrevió con ellas no poco su costura.

Ocupado siempre en nuestra morada aérea concebí el proyecto de una escala de cuerda, y no ocurriéndome por entónces medios para construirla de otra clase, era preciso como preliminar colgar de las primeras ramas un bramante que sirviese para subirla. A cuyo efecto ejercité á los niños á tirar piedras atadas á un cordel largo, para ver si acertaban á engancharlo en alguna rama; pero como la más baja estaba á más de treinta piés de elevacion, ninguno de los proyectiles alcanzaba, y así fue necesario recurrir á otro expediente.

En esto mi esposa nos avisó que la comida estaba lista, y dejé lo del cordel para otra ocasion. El puerco espin dió un gusto riquísimo á la sopa, y aunque estaba un poco dura, nos supo bien la carne, por lo que mi esposa no se resolvió á comerla, contentándose con una lonja de jamon y un pedazo de queso.

CAPÍTULO X.

Establecimiento provisional.—El flamenco.—La escalera de bambú.

Terminado el banquete me ocupé en preparar alojamiento para pasar la noche: al efecto, suspendí las hamacas bajo la especie de bóveda que formaban las raíces de nuestro árbol gigante, y cubriendo la parte exterior con un gran pedazo de lona, quedó constituida nuestra habitacion provisional, que resguardaba la familia y la ponia al abrigo del relente y de las picaduras de los insectos.

Terminada esta operacion y miéntras mi laboriosa mujer se entretenia en hacer los aparejos más precisos para el asno y la vaca, que pensaba emplear al dia siguiente para el acarreo de los maderos y tablas necesarias para la construccion de la casa aérea, encaminéme con Federico y Ernesto á la playa para examinar los materiales que allí hubiese, y sobre todo para buscar los que me habian de servir para la escalera que pensaba labrar.

La playa estaba cubierta de fragmentos del buque que la marea arrojaba constantemente; pero la mayor parte eran poco adecuados al objeto que yo deseaba, y á más se necesitaba labrarlos expresamente. Ya me figuraba abortado el proyecto, si por fortuna Ernesto, que todo lo escudriñaba, no me hubiese hecho reparar en gran cantidad de bambúes enterrados entre el cieno y la arena. Era justamente lo que más me convenía. Los descubrímos, y despojándolos de las hojas y retoños que todavía conservaban, los fuímos cortando en trozos de cinco piés de largo, de los que se hicieron tres haces, para trasladarlos con más comodidad á nuestro establecimiento. De paso, busqué carrizos para hacer flechas, las cuales entraban tambien en el plan que tenia concebido para subir al árbol gigante.

Encaminámonos en seguida hácia un matorral espeso donde pensaba hallar los carrizos, avanzando con precaucion, segun mi costumbre, y con la carabina preparada por si de pronto aparecia algun reptil ó cualquier otro

animal dañino. La perra iba delante de exploradora, y cuando estuvímos cerca de la espesura, Bill se abalanzó al cañaveral con su ímpetu ordinario, y levantó una bandada de flamencos, que batiendo las alas con gran ruido se elevaron en los aires. Federico, que siempre iba alerta, y sobretodo en esta ocasion, disparó al grupó, y consiguió derribar dos de aquellas aves. La una quedó en el sitio, y la otra, herida levemente en el ala, echó á correr con increible rapidez; y no pensando el niño sino en recoger la muerta, lo hizo con tal precipitacion que por poco no se hunde en el fango. Para evitarlo fuíme por el otro lado por si conseguia atrapar al pájaro herido, que de fijo se hubiera largado á no interponerse Bill que le cortó la retirada, y cogiéndole por un ala, lo trajo medió arrastrando á mis piés. Atéle las alas para que no se escapase, y lo mostré á mis hijos cuyo alborozo no tuvo límites al ver que aun estaba vivo.

—¿Si estará mal herido? decian.

—¡Qué lástima que no se le pueda curar!

—¡Gusto sería domesticarle y que se quedase con nosotros!

—¡Qué pluma tan hermosa, exclamaba Ernesto, y cuán vivos y brillantes colores! Es extraño, prosiguió el jóven observador, que esta ave, que tiene los dedos de la pata apropiados para nadar como los gansos, las tenga al mismo tiempo tan largas como la cigüeña, lo cual le permite correr tanto por tierra como por agua.

—Y puedes añadir, como vuela por el aire, porque sus alas son á cual más fuertes y consistentes. Existen otros géneros de aves que reunen todas estas ventajas.

—¿Y todos los flamencos, preguntó Federico, tienen como este el cuerpo de color de rosa y las alas encarnadas? Me parece haber visto entre los que se remontaron algunos de color ceniciento.

—¡Ah! contestó Ernesto echándola de entendido en la materia, esos que dices son los más jóvenes; los viejos son los que tienen tan hermosos colores.

—Pues en ese caso, el que yo he muerto duro será de cocer, porque tiene una pluma bellísima; sin embargo, nos lo llevarémos para que lo vea mamá (1).

Entusiasmados con su caza los niños se ocuparon, el uno en atar al ave por las patas para llevarla con más comodidad á donde estaba su madre, y el otro, á vendar con su pañuelo á la que estaba herida para que padeciese lo ménos posible. En tanto yo elegí algunos carrizos de los que usan los salvajes de América

(1) Mejor que flamencos, que parece indicar como cosa relacionada con el país de Flándes, debian llamarse estas aves *flamantes*, porque la etimología viene de haber llamado los griegos á sus alas *flammantes*, lo cual significa ardiente, encendido, ó brillante. Su verdadero nombre antiguo es *fenicoptero*, y pertenece al género de las aves zancudas, y familia de las pixidirostras. En la costa meridional de la isla de Haiti hay una bahía que por abundar en ella estas aves se la da el nombre de Bahía de los Flamencos (*Nota del Trad*).



Até al flamenco de una pata con un cordel para que pudiera pasearse.

para las flechas, y además corté dos ó tres cañas largas para medir con ellas por un proceder geométrico la verdadera altura de nuestro árbol. Ernesto tomó las cañas, yo el flamenco herido, y Federico, además del muerto, cargó tambien con los dos lios de bambúes que quedaran en la playa. En esta conformidad llegámos á donde estaba nuestra gente, y fuímos recibidos, como de costumbre, con exclamaciones de alegría y visos de sorpresa.

—¿Qué es eso que traes, Federico?

—¡Jesus, qué pájaro tan hermoso!

—¿Cómo se llama?

—¿Es manso?

—¡Y está herido el pobrecito!

—¿Si se le podrá curar?

Y otras cien preguntas semejantes ensartadas unas tras otras sin aguardar las respuestas.

Mi esposa no participó del gozo general, objetando respecto al flamenco vivo, que esa boca inútil iba á absorber una buena parte de las provisiones; pero se tranquilizó cuando la dije que el nuevo huésped no causaria ningun gasto, por la razon de que se proporcionaria el alimento sin sernos gravoso, buscando en el arroyo inmediato los gusarapos, gusanos y otros insectos que acostumbra á comer. Esta aclaracion calmó la inquietud de mi esposa y devolvió la alegría á todos. Examiné despues la herida del pobre flamenco, y ví que consistia en un pequeño rasguño en el ala derecha, causado por los dientes de la perra. Apliqué á la parte lastimada un poco de ungüento hecho con manteca y víno; sujeté el ala con una venda, y en seguida le até un cordel á la pata para que pudiera andar y bañarse en el arroyo. Este tratamiento dió buen resultado, y al cabo de pocos dias, la herida se habia cicatrizado, y el pájaro, á fuerza de caricias y esmero, domesticado del todo.

Los niños que ya habian empalmado las cañas una con otra, imaginándose que esto bastaria para medir la elevacion del árbol, vinieron á anunciarme, riéndose, que se necesitarian otras diez más para alcanzar á las primeras ramas.

—Demasiado lo sé, les respondí; pero hay un medio más sencillo para saber á punto fijo la altura que se desea saber, y es el que se emplea para medir la elevacion de las montañas más altas; la geometría nos lo enseña, y aquí lo podemos aplicar. Al punto con dos cañas fijadas en el suelo y dos cordeles que partian de la base del tronco del árbol, resultó un triángulo que calculé geométricamente, y siendo la distancia de un ángulo á otro de treinta piés, manifesté á la familia, que estaba embobada presenciando la operacion, que la altura de nuestra futura morada sería de esos mismos treinta piés, contando desde el suelo. La solucion del problema les pareció maravilloso, inspirándoles deseos de aprender

la geometría que yo estudiara en mi mocedad y de la que aun recordaba las suficientes nociones para salir airoso en la presente ocasion.

Una vez averiguada á punto fijo la altura, encargué á Federico que midiese todo el bramante que teníamos, y á los pequeños que lo fueran ovillando que pronto lo necesitaria. Sentéme en la yerba, y arqué un trozo de bambú, sujetando los extremos con una cuerda tirante; en seguida, con los carrizos recogidos al efecto, hice flechas embotadas, guarneciéndolas con plumas del flamenco para que su vuelo al despedirlas fuese más rápido y seguro, y así me encontré poseedor de un arma salvaje de bastante buena apariencia. Mis hijos que vieron el arco y comprendieron el objeto, comenzaron á saltar y gritar á mi al rededor:

—¡Ah, un arco!

—¡Un arco y flechas!

—¡Papá, déjeme V. tirar el primero!

—Tú, no: ¡yo! ¡yo!

—¡Paciencia, señoritos, paciencia! les respondí; á mí me toca disparar primero por ser el inventor. Supongo no lo llevaréis á mal; y tened entendido que esto no es un juguete, sino un instrumento necesario á mis proyectos ulteriores. ¿Tendrias, por casualidad, dije á mi esposa, algun ovillo de hilo fuerte?

—Verémos, me contestó, si lo da el saco encantado.

Fuése á buscarlo, y metiendo en él la mano hasta el fondo, sacó el ovillo pedido.

—¡Ya veis, prosiguió, que mi saco continúa mereciendo el nombre que le habeis puesto de encantado!

—¡Vaya una gracia! Mamá ha sacado del saco lo que ántes metiera, dijo Ernesto. Tambien yo haria lo mismo.

—No lo dudo, hijo mio, replicó la madre, todo esto es muy natural; pero el misterio consiste en haber guardado oportunamente en él lo que en mi juicio estimé poder servir en cualquiera ocasion. ¡Cuántas veces pasan por maravillosos para los ignorantes y aturdidos que no ven mas que á donde llega su nariz hechos incomprensibles que no son sino resultado de una sabia prevision!

Miéntras hablaban madre é hijo, tomé el ovillo de hilo y até el cabo á la extremidad de una flecha, púsela en el arco, y dirigiendo la puntería á una de las guias principales del gigantesco arbol, solté la cuerda, y la flecha disparada con violencia, arrastrando el hilo, pasó por cima de la gran rama donde quedó colgada cayendo al suelo por su propia gravedad. Satisfecho del buen resultado de mi invencion, pasé en seguida á labrar la escala. Federico llegó á la sazon con los dos rollos de maroma que le encargara medir, diciendo que cada uno tendria hasta cuarenta piés de longitud, que era justamente lo que yo necesitaba. A mi vista, fué luego partiendo con el hacha, y en trozos de dos piés, los bambúes que se habian traido para servir de escalones. Segun se cortaban, Ernesto me los iba dando uno á uno; y á distan-

cias iguales, los fuí introduciendo en los nudos, que previamente habia hecho en cada una de las maromas que debian servir de largueros de la escalera. En la parte que los travesaños sobresalian del nudo, Santiago atravesaba una clavija para impedir que se saliesen, y de esta manera, en poco tiempo, y con asombro de los niños, entre todos llegámos á construir una escala fuerte y sólida de más de cuarenta piés de largo. En seguida, al hilo que habia quedado pendiente del arbol, le añadí un bramante, y á este una cuerda, para que atada á la escala pudiese subirla hasta las ramas. Tirando del hilo, del que pendia todo, llegó la escala á la guia ú horquilla principal á donde debia apoyarse, y despues sujeté bien á una de las gruesas raíces hincadas en el suelo el cabo de cuerda que habia servido para la ascension de la escala, haciendo lo mismo con el primer peldaño de esta, para que estando tirante no se balancease y fuera más segura y ménos peligrosa la subida. Apénas estaban concluidas estas precauciones, cuando mis hijos ya porfiaban sobre cuál habia de subir ántes. Unicamente se lo permití por esta primera vez á Santiago como el más ágil y de ménos peso. El atrevido niño, que ya estaba familiarizado con los ejercicios gimnásticos que formaran parte de su primera educacion, subió como un gato de peldaño en peldaño llegando sin novedad á la cruz del árbol. Probada así la escala, Federico subió despues, pero con más cuidado, llevando consigo en un talego un martillo y clavos grandes para fijar sólidamente el extremo de la escala á la guia principal del árbol, y lo hizo tan bien, que yo mismo no titubeé en ascender igualmente á aquella elevada region. Las ramas del árbol eran tan numerosas, tan recias y espesas, que no sólo pudímos sostenernos fácilmente arriba, sino que conocí desde luego que no se necesitaba estaca alguna para establecer el pavimento de nuestra habitacion, siendo suficiente para constituirlo algunas tablas apoyadas en las ramas, despues de igualarlas. Valiéndome de un hacha comencé este trabajo preparatorio, y como el espacio era corto y los niños estorbaban mis movimientos, les hice bajar. Por medio de la cuerda que pendia aun de la escala, subí una polea que fijé tambien en una de las ramas más altas y salientes á fin de subir con facilidad al dia siguiente los tablones y demás materiales que se pudieran necesitar. Cuando terminé la tarea de tan memorable dia, alumbraba ya la luna, y si bien me sentia fatigado y el sudor manaba de mi frente, bajé henchido de las más halagüeñas esperanzas para juntarme con la familia. Al tocar en tierra, me sorprendió no ver á Federico ni á Santiago que habian bajado ántes que yo, cuando de repente dos voces puras y armoniosas hirieron dulcemente mis oídos: eran las de mis dos hijos, que encaramados en lo más alto del árbol entonaban desde allí, como para santificar nuestra morada, el himno religioso de la oracion vespertina. En lugar de descender cuando se lo dije se subieron más arriba, y conmovidas sus almas con el grandioso espectáculo que se ofrecia á sus miradas, su primer pensamiento

fue dirigirse al Señor. No quise interrumpirles, tal fue la emocion tierna que me causó aquella invocacion al Criador en medio de la más rica naturaleza y del solemne y profundo silencio que por do quier nos rodeaba. Luego que hubieron acabado, les mandé que bajasen, y sin atreverme á reprenderles, no estuve tranquilo hasta que los recibieron mis brazos.

En seguida que todos estuvímos reunidos, hubo que discurrir en tomar algunas disposiciones para pasar la noche, siendo una de las más importantes encender hogueras que ardiesen constantemente hasta la madrugada para alejar cualquiera fiera, si es que las hubiese por aquellos contornos. Mi esposa me enseñó entónces la obra en que invirtiera gran parte del dia. Con el auxilio de las agujas del puerco espin, dispuso dos aparejos completos para las dos bestias de carga. Para halagarla, la dí mi palabra de que al dia siguiente sin falta podríamos ya instalarnos y tomar posesion del nuevo domicilio. Ernesto, á quien no agradaban mucho los trabajos de fuerza, se habia quedado con su madre, y entre él y Franz la ayudaron en las faenas de la cocina. A la lumbre y en un palo colocado encima de dos ramas en forma de horquillas fijadas en el suelo, se estaba acabando de asar un pedazo bien magro de puerco espin que despedia un olor más grato que el incienso, miéntras que otro hervia en el puchero; un trozo de lona tendido sobre el césped servia de mantel; la manteca y la galleta, aunque algo dura, ocupaban su puesto: en una palabra, la cena nos aguardaba, y despues de disponer las hogueras al rededor de nuestro albergue, de reunir las bestias y arrendarlas bajo la bóveda de raíces donde íbamos á pasar la noche, de recogerse las gallinas y palomas que se mecian en las ramas inmediatas, y que el flamenco se subió sobre una de las raíces y encogiendo la pata izquierda se durmió; despues, en fin, que quedámos libres de todo cuidado para pensar únicamente en nosotros, nos pusímos á cenar con todo descanso, y la fatiga, el buen apetito y sobretodo los buenos platos que nos aguardaban, hicieron esta cena una de las más espléndidas y alegres. La temperatura no podia ser más grata, la luna brillaba con todo su esplendor; pero poco á poco la charla disminuyó gradualmente, los repetidos bostezos fuéron indicando el advenimiento del sueño; se rezaron las oraciones de la noche, y mandé se recogieran todos. Antes de hacerlo yo, aticé y añadí leña á las hogueras, hice la ronda al rededor de nuestra habitacion, en la que no entré hasta quedar seguro enteramente de que al ménos por el momento no amenazaba riesgo alguno á mi familia. Al principio esta encontró algo incómodas las hamacas, echando de ménos sus antiguos lechos de musgo y yerba seca, donde podian extenderse á su placer; pero el sueño las fué haciendo más dulces y agradables. A poco no se percibia ni el zumbido de un mosquito, reinando por do quier el más absoluto silencio, y no percibí á mi al rededor sino la débil y tranquila respiracion de aquellos seres, lo cual me probó que yo únicamente era el que todavía estaba despierto.

CAPITULO XI.

Construccion de la morada aérea.—Primera noche en el árbol.—
El domingo.—Los hortelanos.

Durante la primera mitad de la noche la inquietud no me permitió descansar en la hamaca. El menor ruido que oia, el viento que agitaba las hojas, las ramas secas que se desprendian y el lejano murmurio de las aguas, todo me estremecia y sobresaltaba. De vez en cuando me levantaba para atizar el fuego que se extinguia. A media noche ya creí vanos mis temores y me fuí tranquilizando; el sueño me rendia, los párpados á cada instante se cerraban, y ya se aproximaba la madrugada cuando me dormí tan profundamente, que en vez de ser el primero en despertar á mis hijos, ellos vinieron á comunicarme que el sol habia salido hacia tiempo.

Como ya se me figuró algo tarde, las oraciones de la mañana fueron cortas, el desayuno apresurado, y cada cual nos ocupámos en nuestra faena respectiva. Mi esposa ya estaba entregada á su tarea ordinaria de ordeñar la vaca y las cabras y dar de comer á todos los animales, despues de lo cual llamó á Ernesto y á Santiago para que la ayudasen á poner á la vaca y al asno los aparejos que les dispusiera la víspera, y los tres junto con Franz salieron para ir á la playa en busca de las tablas y demás madera que les dije necesitaba para mi construccion.

Miéntras volvian, Federico y yo subímos al árbol para seguir el trabajo comenzado el dia anterior. El hacha y la sierra nos desembarazaron de cuantas ramas inútiles nos estorbaban, reservando únicamente las que estaban á seis ó siete piés encima de las que debian servir de base al piso de la vivienda. Las destiné para colgar las hamacas, y otras aun más altas para soportar el techo provisional del edificio que se reduciria á un pedazo de lona. Toda esta faena, que no fue corta, duró hasta que mi esposa y los niños trajeron al pié del árbol dos cargas

de tablas y varios maderos, restos de alguna nave destrozada por los temporales. Por medio de la polea todo se subió hasta las guias; mi esposa ataba los maderos con la maroma; Federico y yo los izámos hasta lo alto, y á copia de mucho trabajo se fuéron colocando horizontalmente arrimados unos á otros para formar un piso unido y sólido. Poco á poco nuestro edificio comenzó á tomar un aspecto regular. Su parte posterior apoyaba en el gran tronco de la higuera; la vela que caia á derecha é izquierda, colgando de las ramas superiores, formaba los costados; miéntras que la fachada quedó abierta para dar paso al aire puro y fresco del mar que se divisaba desde esta elevacion. En esto se invirtió gran parte del dia, y tal era el ardor y la prisa que se dió al trabajo, que para no interrumpirlo no se hizo comida formal, sino que nos contentámos con tomar á eso de medio dia un corto refrigerio, compuesto de galleta y un poco de fiambre. A los costados y fachada del domicilio aéreo construí una baranda bien firme; y á fin de prevenir cualquier accidente y dar más seguridad á la habitacion, clavé la tela que constituia el techo y las paredes laterales al borde de la barandilla. Hecho esto, se izaron por la polea las hamacas, los cobertores y demás objetos necesarios que se colgaron de las ramas reservadas al efecto, y despues de desembarazar el suelo de las hojas, ramas y astillas de que estaba cubierto, bajámos mi hijo y yo anunciando á la familia que la nueva vivienda estaba concluida y dispuesta á recibirnos. Con la madera que sobró y aprovechando las pocas horas de luz que quedaban, no pude resistir al deseo de labrar una mesa y dos bancos que armé toscamente al pié del árbol en el sitio destinado para comedor. Esta superabundancia de trabajo, despues del de todo el dia, agotó mis fuerzas. Sentado en uno de los bancos, y limpiándome el sudor que me inundaba la frente, dije á mi esposa:

—Ya no puedo más, querida mia; hoy he trabajado como un negro; mañana descansaré todo el dia.

—Puedes y debes hacerlo, amigo mio; y bien lo mereces por cierto, respondió, tanto más cuanto que calculando los dias que van transcurridos desde que naufragámos, creo que mañana le toca ser el segundo domingo que estamos aquí, sin haber hecho caso del primero embebidos como hemos estado pensando sólo en nuestra conservacion sin dedicar á Dios la menor parte.

—Celebro mucho que me lo hayas advertido: el Señor me perdonará ese involuntario olvido, y así te prometo que este dia de fiesta no pasará como el anterior, si bien es cierto que en la posicion terrible en que nos hemos visto, y siendo mi primer deber asegurar la existencia de nuestra familia, hasta en medio de la distraccion del trabajo nuestros corazones no han cesado de elevarse al cielo invocando á su Hacedor; ahora que ya, merced á su infinita bondad, en cierto modo nos hallamos seguros y tenemos comestibles para algun tiempo, sería imperdonable si prescindiésemos de dedicar exclusivamente á Dios el dia que le está

consagrado; pero no se lo participes á los niños hasta mañana, añadí, y así será mayor su sorpresa y alegría cuando se encuentren con un dia de completo descanso y asueto que no esperaban. Y hablando de otra cosa: ahora que te he hecho una mesa de comedor y bancos para sentarnos, ¿qué nos tienes preparado para cenar? Cuenta con que tengo un apetito que bien pudiera calificarse de hambre.

—¡Ah! no pases pena por eso que yo sé mi obligacion. Avisa á los niños, que la cena está lista.

No se hicieron estos esperar mucho, y toda la colonia se reunió pronto al rededor de la mesa sobre la que ya estaba colocada una cazuela que contenia un ave grande en pepitoria de la mejor traza; era el flamenco que Federico habia muerto la víspera.

—Ernesto, que es buen voto en asuntos culinarios, dijo mi esposa, me ha prevenido de antemano, que esta ave, como vieja, deberia estar algo dura, y así me ha parecido mejor guisarla que no ponerla en asado; no sé si habré acertado; vosotros lo diréis.

No pudo ménos de causarnos risa la gastronómica prevencion de maese Ernesto, aplaudiendo su resultado, pues en efecto el flamenco estaba muy tierno; y como estaba bien cocido y sazonado nos pareció exquisito, y no quedaron mas que los huesos.

Miéntras nos ocupábamos en saborear el flamenco, su compañero, que se habia familiarizado con la demás volatería, se presentó gravemente acompañado de las gallinas para picotear las migajas que caian de la mesa; el mono saltaba de una parte á otra recogiendo lo que cada cual tenia á bien darle; pero siempre haciendo muecas y gestos los más ridículos y extraños, y para completar el cuadro, la marrana, que habíamos perdido de vista hacia unos dias, campándoselas por su cuenta, acudió tambien á la reunion, demostrando con gruñidos significativos su contento en volvernos á ver. Mi esposa la acogió cariñosamente para inclinarla á que cediese un poco en su vida errante y se acostumbrase á volver al anochecer á casa, regalándola con la leche que habia sobrado. La reconvine por semejante prodigalidad; pero me contestó que, careciendo como carecia de los útiles necesarios para hacer manteca y queso, valia más emplear de esa manera la leche que nos sobraba, que no dejarla agriar como sucederia por efecto del calor excesivo que reinaba.

—Tienes razon en lo que dices, contesté, y te prometo que la primera vez que vaya al buque trataré de no olvidarme de traerte los trebejos que te hacen falta.

—¡Ir al buque dices! ¡Ah! repuso suspirando, no estaré tranquila hasta que el mar se haya tragado la dichosa nave. No puedes imaginarte lo mucho que me afecta y las angustias que paso cada vez que os confiais al Océano en esa maldecida balsa tan expuesta y que tan poca seguridad ofrece.

La tranquilicé lo mejor que pude haciéndola comprender que sería ofender

á la Providencia prescindir, por un temor vago y exagerado, de recoger y salvar tantos y tantos útiles y preciosos objetos que parece que el cielo ha reservado allí milagrosamente para cubrir y satisfacer nuestras necesidades. Convino al fin en que tenia razon, pues si bien llegaba hasta el extremo su ternura para con todos nosotros, no por eso carecia del juicio suficiente para hacerse cargo de cualquiera observacion razonable.

Concluida la cena, y los animales recogidos en sus respectivos puestos, dispuse se encendiesen las hogueras para que ardiesen toda la noche á fin de proteger el ganado, alejando cualquiera fiera ó reptil que se le ocurriera acercarse. Deseosos todos de acostarnos, se dió la señal de subida al nuevo palacio aéreo.

Los niños subieron primero, y en un abrir y cerrar de ojos ya estaban en él; pero la madre, que ascendió despues, lo hizo más despacio, aunque sin miedo alguno por hallarse bien tirante y fija la escala en una de las más gruesas raíces del árbol. De esa ventaja ya no podia yo disfrutar, porque resuelto á retirar la escala, dejándola pendiente á una regular altura cuando todos estuviésemos arriba, quedó aquella flotante y sin sujecion por bajo, lo que hizo mi ascension trabajosa, y tanto más cuanto que llevaba á Franz á cuestas, lo que entorpecia no poco la libertad de mis movimientos. Sin embargo, á fuerza de precaucion llegué por fin á la barandilla, donde comenzaba nuestra vivienda, y depositando mi carga en brazos de mi esposa, por medio de la garrucha retiré parte de la escala atándola á una rama dispuesta al efecto. De esta manera nos encontrámos aislados completamente, y atrincherados en nuestro castillo como los antiguos señores feudales, que se consideraban separados del resto del mundo desde que alzaban el puente levadizo de su fortaleza. Aun que nos creíamos bien seguros, dispuse sin embargo quedasen cargadas las armas á fin de que si el enemigo se presentase pudiésemos desde la altura en que estábamos acudir á la defensa de los perros que quedaban de centinela al pié del árbol guardando el ganado. Tomada esta precaucion, y terminadas nuestras oraciones en comun, nos instalámos en las hamacas á disfrutar de un sueño apacible y exento de toda inquietud.

A poco rato todos estábamos durmiendo; y en esta primera noche que pasámos sobre el árbol reinó la tranquilidad más profunda.

Despertámos ya entrado el dia, habiendo descansado completamente y repuesto nuestras fuerzas; las hamacas que tan incómodas encontraron los niños la noche anterior, en esta ya comenzaron á hallarlas á su gusto.

—¿Y qué vamos á hacer hoy? preguntaron todos en seguida.

—Nada, hijos mios, nada absolutamente.

—¡Vaya que está V. de broma, papá! exclamaron.

—Nada de broma, añadí, hoy, descanso completo porque es domingo, dia consagrado al Señor, y que es menester celebrar de una manera conveniente.

—¡Calla! ¿hoy es domingo? ¡Ah! ¡qué gusto! ¡un domingo! exclamó Santiá-

go, ¡pues no es nada! ¡Tendrémos jolgorio largo! ¡Cuántas flechas voy á disparar! ¡y cómo voy á correr!

—Y cada uno hará lo que le parezca, dijéron los demás.

—No es eso lo tratado, caballeritos; el domingo es dia para dedicarlo á Dios y no para emplearlo en la ociosidad y pasatiempo. Nuestros corazones en ese dia deben alejarse, en cuanto sea posible, de las vanidades de la tierra y dirigirse á su supremo Hacedor para adorarle, darle gracias por sus beneficios, en una palabra, servirle.

—Pero ¿cómo lo harémos, sin tener iglesia, ni sacerdote, ni misa?

—¡Ah! en cuanto á esto, dijo Ernesto, creo que nuestras oraciones llegarán á los piés del trono del Señor dirigidas bajo la bóveda del cielo, lo mismo que bajo de la de un suntuoso templo; á más que podrémos rezar todas las devociones que sabemos y cantar los himnos que nos ha enseñado mamá.

—Sí, hijos mios, contesté, Dios está en todas partes, y en todas se le puede servir, bendiciendo su infinita bondad, alabándole en sus obras, y ejercitándose de corazon y de buen grado en actos de piedad. Celebrarémos este dia como nuestra posicion lo permite, y como conviene á vuestra edad y respectiva inteligencia. En vez del sermon que acostumbrabais á oir en semejante dia en la parroquia, os glosaré una parábola del Evangelio, que iluminando vuestro espíritu, haga germinar las preciosas semillas de virtud que vuestra madre y yo hemos sembrado en vuestros corazones para que fructifiquen en su dia como principio y garantía de vuestra felicidad en este mundo y en el otro. Pero cada cosa á su tiempo, añadí, notando la impaciente curiosidad que habia dispertado en mi tierno auditorio el anuncio de la parábola; por de pronto dirijamos al Señor las preces matutinas de cada dia con fervor y recogimiento especial; despues cuidarémos de los animales, almorzarémos en seguida, y reunidos luego sobre el verde césped y á la sombra de los árboles que rodean nuestra morada continuarémos lo demás.

Solté la escala del todo, bajando el primero para sujetar el último barrote á una raíz, y toda la familia me siguió. La mayor parte de la mañana se empleó de la manera que yo dispusiera, y sentados luego sobre la yerba mis hijos y su madre, me coloqué en un altillo, frente á mis oyentes que aguardaban mi voz con el más silencioso recogimiento, y despues de un corto silencio, recité una historieta alegórica ó apólogo apropiado á la situacion en que nos encontrábamos, y en la que traté de desenvolver algunas importantes verdades fundamento de la moral cristiana.

—Hijos mios, comencé, allá en tiempos hubo un rey muy poderoso, cuyo reino se llamaba el país de la *Realidad* ó de la *Luz*, porque esta imperaba allí constantemente unida á una perpetua actividad. En su más lejano confin, próximo al mar Glacial, existia una comarca, regida por el mismo rey, cuya dilatada extension y especiales circunstancias eran de él únicamente conocidas.

por conservar desde tiempos remotos su mapa en los archivos; este otro reino tenia por nombre *Pasibilidad* ó de la Noche, porque allí todo era sombrío y sumido en la inmovilidad más completa.

«En el más fértil y ameno punto del imperio de *Realidad* poseia el gran rey un magnífico sitio de recreo, llamado *Villa celeste*, donde generalmente residia acompañado de su córte la más suntuosa y espléndida que se pueda imaginar; miles de sirvientes ejecutaban sus voluntades, y millones de súbditos estaban prontos á cumplir sus órdenes. Entre estos, unos vestian túnicas más blancas que el ampo de la nieve y más brillantes que la bruñida plata, porque el color blanco era el del rey; miéntras que otros estaban cubiertos de piés á cabeza con armaduras resplandecientes y con una espada de fuego en la mano. Cualquiera de ellos, á la menor señal de su señor, se apresuraba á cumplir su mandato con la rapidez del rayo. Todos estos servidores fieles, vigilantes, intrépidos, y sobretodo llenos de celo por el servicio del rey estaban tan unidos entre sí, y tan contentos y satisfechos del favor que les dispensaba su señor, que no podia imaginarse felicidad mayor en la tierra que el ser admitido en su número, haciéndose por consiguiente digno de su benevolente amistad. En la villa ó residencia real existian además infinitos ciudadanos de inferior categoría, pero todos ricos, buenos y dichosos gozaban al igual de los más encopetados los contínuos beneficios del monarca, y á más, la inapreciable dicha de verle diariamente y ser tratados por él como si fueran sus propios hijos.

«Poseia tambien el gran rey, lindando con las fronteras de su imperio de *Realidad*, una considerable y desierta isla, la cual deseaba poblar y cultivar con el objeto de que fuese por cierto espacio de tiempo como estancia provisional de los súbditos que debieran ser sucesivamente admitidos á los derechos de ciudadanos en su residencia real, favor que su magnanimidad anhelaba conceder al mayor número posible.

«Esta solitaria isla se llamaba *Mansion terrestre*. El que por su buen comportamiento en esta morada de prueba, y por su constante aplicacion en mejorarla se hiciera acreedor á una recompensa, obtenia el derecho de ser admitido en Villa celeste y al goce y dicha de sus afortunados moradores.

«Para conseguir su objeto el gran rey mandó aprestar una flota numerosa destinada á transportar colonos á esta isla, sacándolos de las sombrías y frígidas regiones del reino de la Noche, proporcionándoles así gozar de la luz y de la vida activa, ventajas de que no habian disfrutado hasta entónces. Cualquiera se figurará lo alegres y contentos que se pondrian aquellas pobres gentes al saber el destino que les aguardaba. La isla que habian de cultivar no solamente era amena y fértil, sino que estaba dispuesto que cuantos á ella abordaran encontrasen ya preparado cuanto pudiera serles necesario para pasar grata y apaciblemente el tiempo de su estancia en ella, con la circunstancia además de tener cada uno la evidencia de que sus trabajos y sumision á las órdenes del gran rey

serian recompensados con la admision á la categoría de ciudadano de su espléndida residencia de Villa celeste.

«En el momento del embarque el afectuoso y benévolo monarca se presentó en persona á los nuevos colonos y les habló de esta manera:

«Hijos mios, ya veis que os he sacado del reino de la Noche y de la inaccion é inmovilidad en que estabais sumidos para haceros desde luego dichosos por el sentimiento, la actividad y la vida: vuestra dicha futura dependerá en gran parte de vosotros mismos, y del libre ejercicio de vuestra voluntad. Jamás olvideis que soy vuestro rey, mejor dicho, vuestro padre, y observad fielmente mis instrucciones respecto al cultivo del suelo cuya explotacion os confio. Cada uno recibirá á su llegada la parte de terreno que deberá cultivar; todas mis disposiciones respecto á vuestra conducta, las hallaréis clara y terminantemente trazadas; y por si en su ejecucion se os ofrece alguna duda, los hombres sabios que allí encontraréis os ilustrarán acerca de su verdadero sentido. Deseo igualmente que podais adquirir la necesaria luz para la interpretacion de mis decretos, para lo cual os prevengo que cada cabeza de familia tenga una copia fiel de mis leyes para que leyéndola diariamente se grabe en la memoria de sus hijos. A más, el primer dia de la semana se consagrará á mi servicio, es decir, que en cada casa, todos, padres, hijos, amos y criados se reunirán en determinado sitio para leer y explicar mis mandatos, con el objeto de que reflexioneis sobre los deberes que teneis que cumplir y medios de alcanzar la recompensa que os está destinada. Así podréis instruiros en la manera más ventajosa de acrecentar el valor del terreno que os quepa en suerte, enterándoos de las épocas y labores, tales como cultivo, siembra, extirpacion de malas yerbas y zizaña que pudieran impedir el medro de las semillas. Cuantas preguntas sobre el particular hicieseis con sinceridad y deseo de acertar pasarán por mi vista, y las contestaré cuando las encuentre razonables y conformes al fin que os hayais propuesto.

«Si vuestro corazon os dicta que son dignos de reconocimiento los beneficios que os dispensaré á cada paso; si para demostrármelo palmariamente en ese dia os absteneis de cualquier otro trabajo consagrándolo á la expresion de vuestros sentimientos hácia mí, me será tan grata esta prueba de afecto, que ese mismo dia que me concederéis cuidaré muy particularmente de que, léjos de perjudicar vuestros intereses, os sea ventajoso, ya bajo el aspecto del natural descanso que deis á vuestro cuerpo, como por la ilustracion que alcanzará el espíritu, resultado que os alentará á emprender de nuevo las tareas acostumbradas. Deseo igualmente que los animales domésticos que generosamente os doy para que os sirvan de ayuda descansen tambien en ese dia de sus fatigas, y que los silvestres gocen de su existencia sin que el cazador los moleste.

«El que durante su estancia en la isla haya dado mayores muestras de atemperarse completamente á mis mandatos y llenado todos sus deberes; el que haya

conservado su hacienda en el mejor órden y estado, aumentando su valor y productos, obtendrá la mayor y más señalada recompensa, la cual consistirá en llamarle á disfrutar de mi soberbia residencia, gozando para siempre el título y prerogativas de ciudadano de Villa celeste. Pero por el contrario, el perezoso que no haya querido trabajar; el negligente que tenga en mal estado y deteriorada su propiedad; el mal súbdito, que en lugar de ocuparse en lo suyo, estorbe á los demás en sus útiles tareas, será condenado al penoso servicio de los arsenales, ó segun sus acciones, por toda la vida á labrar las minas sumido para siempre en las entrañas de la tierra, á cuyo efecto de vez en cuando mandaré buques á la isla, que abordando ya en un punto, ya en otro, siempre de improviso y sin que nadie lo sepa, embarquen cierto número de colonos para premiarlos ó castigarlos segun sus merecimientos. Ninguno será osado á embarcarse en los referidos buques con ánimo de abandonar la isla sin que medie órden expresa mia, y el que lo intentase bien caro pagaria su atrevimiento. Como nada puede ocultárseme de cuanto ocurra en la isla, porque todo lo estoy viendo por un maravilloso anteojo que tengo á mi disposicion, nadie podrá engañarme y todos serán juzgados segun sus obras.»

«Quedaron los colonos satisfechos de oir el discurso del gran rey, y se mostraron dispuestos á trabajar y cumplir todo lo que se les habia prevenido.

«Se levó el ancla, y llegaron felizmente y henchidos de alegría y esperanza á su destino. En la travesía les incomodó el mareo propio de aquellos mares, el cual consistia en un sueño profundo y como una especie de letargo ó embotamiento de sentidos, cuyo resultado les debilitó hasta tal punto la memoria, que al llegar á la isla ni uno solo se acordaba de su estado precedente ni de sus relaciones con el gran rey, ni siquiera de haberle oido mentar.

«Afortunadamente el monarca habia previsto el suceso, y grandísimo número de sus reales servidores se presentó al efectuarse el desembarco de los colonos tomando cada uno á su cargo uno de los forasteros, le acompañó á una posada, y por espacio de muchos dias se dedicó á repetir al nuevo colono que tomara bajo su direccion todo lo que el gran rey les habia encargado ántes de su embarque, de lo que todos se alegraron.

«Despues que se concedió á los colonos el descanso necesario para que se repusiesen de las fatigas de la travesía y recobraran las fuerzas, designóse á cada uno el terreno que debia cultivar, se le suministraron las semillas de plantas útiles y vástagos de buenos árboles frutales para ingertarlos en los silvestres que producia aquel suelo, y se les dejó en absoluta libertad de obrar y aprovecharse de lo que se les habia confiado.

«¿Pero qué sucedió? la mayor parte de los colonos, al cabo de algun tiempo, en vez de seguir las instrucciones que se les comunicaran tocante á las labores, instrucciones que diariamente les repetian los leales servidores del rey, que secretamente permanecian siempre adictos á sus personas, cada cual hizo lo que

se le antojó; uno en vez de hacer que su terreno produjese semillas alimenticias, lo dispuso á estilo de jardin ingles, muy bonito, pero de ninguna utilidad; otro en lugar de plantar buenos árboles frutales, cuyos piés le proporcionaran para ingertar, cultivaba especies raquíticas con fruto escaso, insípido ó amargo; un tercero sembraba candeal; pero como no habia querido aprender á distinguir la zizaña del de la mies, la arrancaba ántes de granar, y casi nada cosechaba. La mayor parte dejaban el terreno completamente inculto por haber perdido sus plantas y simientes, ó dejado pasar el tiempo oportuno para las labores, por descuido ó por pereza que no trataban de vencer; no pocos se desdeñaban de aprender las órdenes del gran rey, miéntras que varios á fuerza de pretextos y subterfugios trataban de eludirlas torciendo ó variando su sentido.

«Pocos fueron los que trabajaron con constancia, ateniéndose á las instrucciones que recibieran. La tierra confiada á estos se encontraba en el más floreciente estado, y á más de la natural alegría que les resultaba por haber empleado bien el tiempo en aquel lugar de prueba, la esperanza de ser al fin admitidos en Villa celeste tomaba cada vez más cuerpo y les alentaba en sus tareas.

«La desgracia de los más provino de no haber querido creer en lo que el gran rey les habia dicho por medio de sus enviados, ó bien de ligereza ó culpable indiferencia por la escasa importancia que daban á sus mandatos. Los cabezas de familia que conservaban copias de las voluntades del monarca no se cuidaban de leerlas, diciendo y propalando unos que semejantes leyes, muy buenas para los tiempos pasados, eran inconvenientes en el estado actual del país, y otros que por su escasa inteligencia creian encontrar en aquellas contradicciones inexplicables, se guardaban muy bien de acudir á los sabios para que les ilustraran; otros afirmaban la existencia y bondad de esas leyes, pero sin más fundamento que su dicho aseguraban que eran muchas las supuestas y adulteradas, figurándose por consiguiente árbitros de interpretarlas á su capricho y conveniencia. En fin, llegó la audacia y espíritu de rebelion de varios hasta el punto de manifestar que semejante rey jamás habia existido, pues de lo contrario, añadian, alguna vez se habria hecho visible á sus súbditos; los habia que opinaban de distinto modo diciendo: Verdad es que existe; pero es tan feliz en su imperio, tan rico y poderoso, que para nada necesita nuestros servicios: y á más ¿qué le puede interesar esta pobre y miserable colonia? Tampoco faltaba quien decia que lo del anteojo mágico era fábula, así como lo de los arsenales y minas subterráneas; que el gran rey era demasiado bondadoso para castigar de esa manera, y que buenos, malos y medianos, todos serian al fin y postre ciudadanos de Villa celeste.

«Dispuestos así los ánimos no era de extrañar que en el dia de la semana consagrado al gran rey nada se observase de lo que aquel prescribiera; muchos colonos se creian dispensados de acudir á la asamblea general alegando, que sabiendo

de memoria las ordenanzas del rey ¿qué necesidad tenian de oirlas repetir tanto? Los más se eximian de una manera más culpable, pretextando las faenas y cuidados que les retenian en su casa, y casi la totalidad opinaba que aquel dia llamado de descanso estaba destinado á los placeres y diversiones; que el mejor modo de servir al gran rey era gozando de sus beneficios en toda su plenitud, y hasta entre los pocos colonos que celebraban ese dia con arreglo á la prescripcion, se les veia distraidos y poco atentos á la verdadera y sólida instruccion que se les daba.

«Invariable en su plan el gran rey, seguia su marcha: de tiempo en tiempo aparecian en las costas de la isla diferentes buques á los que seguia en conserva un navío de tres puentes llamado *Grab* (1) con las insignias del almirante *Tod* (2) que lo montaba. Esa enseña era verde y negra, la cual demostraba á los colonos, segun la disposicion en que se encontraban, ó el color de la esperanza ó el de la desesperacion más negra.

«Esta flota se presentaba siempre de improviso, y su aparicion era temida de los habitantes de la isla.

«Por escondidos que estuviesen, el almirante en seguida encontraba á los que tenia órden de llevarse. Infinitos colonos sin saber cómo ni cuándo súbitamente se vieron presos y embarcados en el fúnebre navío; otros, que desde largo tiempo estaban dispuestos á partir para cuando este llegase, cuyas tierras, mieses, huertas y plantíos se encontraban florecientes, se embarcaban con cierta resignacion, alegres y esperanzados; miéntras que aquellos iban de mal talante y tan á remolque que era preciso á veces emplear la fuerza para conducirlos, siendo inútil su resistencia. Una vez cargado el navío zarpaba encaminando el rumbo de la escuadra el almirante *Tod* al puerto de Villa celeste.

«El gran rey estaba en el muelle para recibir á los recien venidos y repartir con la más estricta y severa justicia los castigos y recompensas ofrecidos á cada uno segun sus obras. Cuantas excusas alegaron los colonos negligentes para su justificacion fueron inútiles, y sobre la marcha se les mandó á los arsenales ó las minas, miéntras que aquellos cuya conducta se ajustara á las miras del gran rey durante su permanencia en la isla, entraron con él en su espléndida residencia, donde gozaron de todas las dichas y felicidades reservadas á sus moradores.»

He concluido mi parábola, hijos mios, ¡ojalá, añadí, hayais podido penetrar su sentido y aplicar la moral cristiana que encierra!

Mi esposa contestó con una señal de cabeza, y mis hijos, cuya atencion y recogimiento al escucharme me indicaron que todos habian comprendido la alegoría, comenzaron á discurrir acerca de lo que habian oido.

—Es preciso convenir, papá, dijo Federico, que la bondad del rey no fue ménos que la ingratitud de los colonos.

(1) La tumba.

(2) La muerte.

—Me asombra, repuso Ernesto, cuán tontos fueron los colonos; ¿cómo no se figuraban que al conducirse de esa manera caminaban á su perdicion infalible; miéntras que trabajando y venciéndose un poco, podian aspirar al porvenir más brillante?

—Bien empleado les estuvo, respondió Santiago con su prontitud ordinaria, que el gran rey les mandase á presidio, pues se lo habian merecido.

—Lo que es yo, dijo Franz ¡con qué gusto veria tan soberbia ciudad y esos soldados con armaduras de oro y espadas de fuego! ¡Qué hermosa debe ser!

—No tengas cuidado, hijo mio, contesté, llegará dia en que veas todo eso y mucho más si continúas como hasta aquí siendo bueno y obediente á tus padres.

En seguida desenvolví más el sentido de la parábola, aplicando su moral de un modo más directo á mis hijos.

—Tú, Federico, piensa alguna vez en los labradores que plantan árboles silvestres, cuyos frutos intentan hacer pasar por dulces y sabrosos; estos son hombres orgullosos que por carácter y sin violencia ejercitan algunas virtudes que quieren sobreponer á las verdaderamente cristianas, las cuales sólo se alcanzan por la gracia de Dios, como premio de su laboriosidad, perseverancia y paciencia. Tú, Ernesto, acuérdate de los cultivadores del jardin ingles, y de los bonitos árboles sin fruto; estos son los que se entregan de lleno al estudio de ciencias infructuosas é inútiles para hacer el bien á sus semejantes, que al mismo tiempo desdeñan la vida activa y la mejora de costumbres, y encerrados en su egoismo no piensan sino en los goces de la vida y en sí mismos. Tú, Santiago, que tan vivo eres de genio, no olvides los que dejaron sus tierras incultas, ó no supieron distinguir el trigo de la zizaña; estos son los desaplicados y aturdidos que ni quieren estudiar, ni discurrir, ni aplicarse á discernir el bien del mal, para hacer el uno y evitar el otro, y que por un oido les entra y por otro les sale cuanto se les enseña, malogrando así los buenos sentimientos para que en su lugar germinen los malos. Vosotros todos y yo tomemos por modelo á los buenos trabajadores, aunque nos cueste fatiga imitarlos: cultivemos el alma, que es el terreno que Dios nos da para que por medio del trabajo crezcan y se desarrollen en ella las celestiales semillas de bondad, justicia y moderacion, cuyos frutos son las acciones cristianamente virtuosas, á fin de que, cuando tarde ó temprano llegue la muerte á sorprendernos, nos embarquemos en el sombrío buque del almirante Tod, con la esperanza de que llegando á la presencia de nuestro juez y soberano Señor oigamos su voz remuneradora que nos diga estas consoladoras palabras: Venid á mí, mis buenos y fieles servidores, ya que no me habeis olvidado por tan corto espacio de tiempo, yo cuidaré de vosotros por toda la eternidad: venid y entrad en el goce de vuestro Señor (1).

(1) Este apólogo es una exposicion ó glosa de la parábola que en boca del Salvador trae el Evangelio de San Mateo, cap. XXV, versic. 14 y siguientes. *Nota del Trad.*

Este discurso causó profunda impresion en mi auditorio; rezámos despues algunas oraciones en comun, terminando así esta solemnidad religiosa y celebracion del santo dia del domingo.

En su trascurso pude conocer la benéfica influencia de mis palabras. Mis hijos, á quienes permití que se entregasen luego á sus diversiones inocentes, cuando más engolfados en ellas estaban noté que no perdian de vista los saludables consejos que de mis labios habian escuchado; su dulzura, la circunspeccion de unos, el deseo de complacer en otros, y un no sé qué de tierno y formal á la vez en todos, me dieron la consoladora evidencia de que mis palabras no habián sido perdidas. Para que se adiestrasen les dí el arco y flechas que labré para la colocacion de la escala; y Ernesto, que preferia esta arma á la carabina, se ejercitó tanto en ella que derribó varias docenas de pájaros, de los infinitos que á bandadas acudian á posarse en el árbol que nos servia de habitacion. Este árbol, que al fin reconocí ser una higuera de especie particular, estaba cargado de una fruta bastante sabrosa y cuya próxima madurez atraia los pájaros llamados hortelanos.

Mucho me agradó este descubrimiento porque sabía que estos pájaros, de suyo sabrosísimos, se conservaban muy bien despues de asados en manteca, y así podríamos abastecernos abundantemente de ellos para la estacion de las lluvias.

Al ver la destreza de Ernesto en el arco y sus buenos resultados, Santiago y hasta el pequeño Franz me pidieron que les hiciese otros iguales. Cedí con tanto más gusto á su deseo, cuanto que no me pesaba ver á los niños adiestrarse en un arma que fue la única de nuestros antepasados y de casi todos los pueblos ántes de la invencion de la pólvora, y que á falta de esta, lo cual más tarde ó más temprano habia de suceder, podia suplirla en caso de defensa y aun para nuestra manutencion. Les hice, pues, sus correspondientes arcos y aljabas para colocar las flechas, labrando las últimas de un pedazo de corteza delgada y flexible, enrollada y cerrada por bajo con un tapon de corcho, con sus correspondientes correas para llevarlas á la espalda, quedando así armados á lo indio los dos pequeñitos muy contentos con su nuevo equipo.

Federico se dedicó á preparar la piel del gato montés que habia muerto dias ántes. Contaba con ella para labrarse un cinto como el de Santiago; mas cómo todavía exhalaba mal olor le hizo discurrir en dar mayor perfeccion á su obra, y aprovechando mis indicaciones lavó muchas veces la piel con una especie de lejía compuesta de ceniza y manteca, que acabó por curtirla sin mal olor con la suavidad y blandura propias para lo que la destinaba.

En estas y otras ocupaciónes se pasó el tiempo, y la oracion de la noche terminó dignamente este dia festivo, durante el cuál nada habíamos hecho que nos fatigase, y á la hora oportuna nos recogímos á descansar en nuestro gran nido.

CAPÍTULO XII.

El paseo.—Nuevos descubrimientos.—Denominacion de las diferentes localidades.—Las patatas.—La cochinilla.

Las primeras horas del otro dia se dedicaron exclusivamente á una porcion de menudencias precisas para mejorar el bienestar de la colonia. Santiago y Franz siguieron ejercitándose en tirar el arco, y Federico en acabar de curtir la piel. La buena madre nos llamó para comer: los hortelanos cazados por Ernesto el dia anterior, algunos huevos que habian puesto las gallinas en sitios que mi esposa dispusiera al efecto, y varias lonjas de jamon asado á la parrilla hicieron el gasto de esta comida delicada y suculenta. Como ya era tarde para emprender algo importante, prolongámos la sobremesa, departiendo sobre futuros proyectos para mejorar nuestro establecimiento, y como preliminar hice una proposicion á los niños que les agradó muchísimo, y fue la de dar nombres á los puntos principales de la isla.

—En cuanto al nombre de la misma, añadí, como lo ignoramos, no se lo pondrémos. ¿Quién sabe si algun navegante haya aportado á estas costas y se nos ha adelantado en esto? Quizá figure ya en el mapa bajo la advocacion de algun santo, ó con el nombre de algun personaje célebre, y así nos limitarémos á designar los diferentes lugares que nos sean necesarios ó nos parezcan más notables, para que al hablar de ellos en lo sucesivo nos podamos entender fácilmente y hacernos la ilusion de que vivimos en una region habitada.

—Muy acertado, exclamaron los niños; pero mi opinion, añadió Santiago, es que busquemos nombres muy dificultosos y extraños, como *Zanguebar, Coromandel*, *Monomotapa*, etc., de difícil pronunciacion para los que algun dia lleguen á estas playas.

—¡Buena ocurrencia! ¡Como tuya! contesté, ¡así nosotros seríamos los primeros en sufrir la dificultad de repetir á cada paso los raros nombres que tú inventases! Contentémonos con dar á los sitios que nos rodean una denominacion clara, fácil de expresar y adecuada á sus particulares circunstancias.

10

—Teneis razon, papá, respondió el aturdido; ¿y por dónde vamos á comenzar?

—Por la bahía en que tomámos tierra. ¿Qué nombre os parece más apropiado?

Cada uno dijo el suyo, arreglado á su carácter y modo de juzgar. Mi esposa emitió igualmente su voto, diciendo:

—Me parece, que en reconocimiento de que Dios nos salvó en esa playa, deberíamos llamarla *Bahía del Salvamento*.

Este nombre agradó á todos, y quedó por unanimidad aprobado. En seguida se procedió á la designacion de los demás puntos ya conocidos, aprovechando cualquier recuerdo ó circunstancia natural ó fortuita que se relacionase con ellos. De este modo la altura desde la cual buscamos en vano las huellas de nuestros compañeros recibió el nombre de *Cabo de la Esperanza malograda*, el riachuelo el de *Arroyo del chacal*, porque el cadáver de esta fiera allí arrojado nos proporcionó el hallazgo de uno de nuestros más preciosos recursos, los cangrejos de agua dulce. Al puente se le llamó *Puente de la família*, en memoria de que toda la nuestra contribuyó á su construccion; al pantano donde Federico se atascó, *Pantano del flamenco*, y *Vega del Puerco espin* á la llanura donde se encontró este animal. Pero el punto más difícil de nombrar y que ofreció más variedad de pareceres, fue el de nuestra vivienda en el árbol gigante: uno queria llamarle *Castillo de árboles;* otro, *Villa de los higos;* Federico fue de opinion se le llamase *Nido de águila;* pero el sabio Ernesto, que no toleraba impropiedad alguna, se opuso á esta denominacion, observando juiciosamente que las águilas nunca anidaban en los árboles.

—Pues yo lo conciliaré todo, repuse á mi vez; se le llamará ***Falkenhorst*** (nido de halcones), que al fin estas aves son de noble raza, susceptibles de instruccion, de obediencia, dotadas de gran viveza é instinto, y maese Ernesto nada tendrá que objetar contra esta denominacion, porque es sabido que los halcones generalmente hacen su nido en la cima de altos robles.

Mi idea prevaleció. Unicamente nos quedaba por designar el sitio de nuestra primera residencia á orillas del mar, al cual se le puso el nombre de ***Zeltheim*** (casa bajo la tienda) (1).

De esta manera, por via de entretenimiento y sobremesa se echaron los jalones á la geografía de nuestra nueva patria. Despues de la comida, Federico y Santiago volvieron á su faena de curtidores; el uno para acabar el cinto y unas pistoleras que queria hacerse con la piel del gato, y el otro para aderezar la erizada piel del puerco espin y sacar de ella una especie de coraza que sirviese

(1) Observarán los lectores que en adelante conservamos en el curso de esta traduccion los nombres alemanes de ***Falkenhorst*** y de ***Zeltheim***, porque no puede aplicárseles como á los demás la denominacion española. Lo mismo que nosotros hizo un traductor francés (***Nota del Trad.***).

de defensa al perro. El bueno y paciente animal se dejó buenamente disfrazar con ese aparato guerrero, con el que estaba ya en situacion de habérselas aunque fuera con un tigre ó una hiena. A su camarada Bill no le agradó mucho el ensayo, porque cuantas veces el valiente alano se acercaba á ella, aquel bosque de puas la mortificaba cruelmente, sin saber cómo evitarlo. Santiago terminó su tarea, haciéndose con lo que le restaba de la piel del puerco una especie de capillo tan extraño y formidable como la cota del pobre Turco.

La tarde era apacible, habia calmado el calor sofocante del dia, y todo convidaba á dar un paseo. Los pareceres disintieron en cuanto á su eleccion; pero como se iba vaciando la despensa, se convino que iríamos á Zeltheim, donde estaba el almacen para reponerla, enderezando los pasos por camino diferente para que el paseo fuese más ameno. Esta determinacion agradó á todos, pues mi primogénito carecia de pólvora, mi esposa, de manteca, porque en el curtido de las pieles se habia invertido mucha; Ernesto queria traerse de Zeltheim una pareja de gansos y otra de patos para que criasen en el arroyo; hasta el pequeño Franz llevaba sus miras, las de pescar algunas docenas de cangrejos en el Arroyo del chacal, para lo cual llevaba su caña y demás avíos correspondientes; Santiago era el que no tenia proyecto fijo; pero se alegraba al oir los de sus hermanos, y engalanado con su erizado casquete se pavoneaba ufano llamando la atencion de todos.

Emprendímos la marcha, Federico con su cinto ya concluido de la piel del gato; Ernesto con un lio de cuerdas á cuestas; Santiago con su capillo de erizo que le daba el aire de un caribe, todos armados con carabinas, excepto Franz que llevaba solamente su arco y aljaba llena de flechas; mi esposa no cargó mas que con una olla vacía y un gran saco que pensaba llenar de comestibles. Turco y Bill rompian la marcha, el primero, gravemente, por impedir algo su agilidad natural el formidable aparejo con que iba revestido; su compañera, que no habia olvidado los pinchazos que le costara el aproximarse, se mantenia á respetable distancia. Maese Knips (este era el nombre que los niños pusieron al mono, por su poca talla y gesticulaciones), quedó desconcertado al reparar la espalda de Turco cubierta con tantas puas, y viendo que allí no tenia cabida y que le era indispensable una cabalgadura, dió un salto y se acomodó guapamente sobre el lomo de Bill, que no puso ningun reparo. En fin, para que nada faltase, hasta el flamenco quiso ser de la partida, y despues de haber caminado un rato junto á mis hijos, disgustado sin duda de ser blanco de sus travesuras, se fué á colocar bajo la proteccion de mi esposa, bien seguro de que esta no le incomodaria durante el viaje.

El camino que tomámos siguiendo la corriente del arroyo fue amenísimo; por do quiera grandes y frondosos árboles nos prestaban sombra, y el alfombrado piso cubierto de menuda y espesa yerba más bien incitaba á andar que á pasear. Los niños se dispersaron cada uno segun su capricho; pero cuando salímos

del bosque al campo raso, por si hubiese algun peligro, les llamé para reunirlos. Todos acudieron corriendo, y el primero Ernesto que, jadeando y casi sin aliento, venía gritando:

—¡Papá! ¡papá! ¡qué hallazgo!

Y mostróme un tallo verde con sus hojas y flores, del cual pendian unos pequeños tubérculos de un verde claro.

—¡Son patatas! exclamé ¡la flor, la hoja, la raíz, todo me indica que indudablemente tengo en las manos tan preciosa planta! ¡Loado sea Dios, hijos mios! ya no nos faltará que comer en este desierto, puesto que su bondad dispuso que se criase en él esa planta! Tú, hijo mio, puedes decir que has asegurado el porvenir de la colonia. ¿Pero dónde, dónde has encontrado este tesoro?

—Allá abajo, tras del bosque, toda la vega está llena.

Impacientes como cualquiera puede figurarse, apretámos el paso en la direccion indicada, y hallámos en efecto un vastísimo campo cubierto de patatas, unas ya en sazon, otras todavía en flor; flores, que á pesar de su humilde apariencia nos parecieron más hermosas que las más bellas rosas de la Persia. Confiesa, querido Ernesto, le dije entusiasmado, que tú mismo aun no has alcanzado á comprender el inestimable valor del descubrimiento que has hecho.

—Pues bien fácil ha sido, respondió Santiago algo picado; todo consiste en que se fué por ese lado, porque si yo hubiera ido.....

—No trates de rebajar el mérito de tu hermano, díjole la madre, pues tan atolondrado como eres, de seguro, aunque atravesaras de un extremo á otro el campo, no hubieras conocido las patatas. Es preciso que te convenzas que eres muy diferente de tu hermano, que tú eres un aturdido, y él por el contrario reflexivo, observador, que todo lo investiga y compara, y que sus descubrimientos raras veces son casuales.

—Pues bien, si no he sido el primero en encontrarlas, lo seré en arrancarlas, exclamó Santiago riéndose.

Y con un ardor por todos imitado, comenzámos á escarbar la tierra con las manos á falta de otro instrumento; el mono se asoció tambien al trabajo, y mucho más conocedor y diestro que nosotros en esa faena, en un momento con las patas desenterró gran cantidad de patatas, con la circunstancia de ser las mejores y más maduras. Llenáronse los zurrones, y continuámos caminando hácia Zeltheim.

El nuevo descubrimiento no tenia precio para nosotros: por de pronto aseguraba nuestra subsistencia, y con el tiempo reemplazaria al pan, cuya falta se sentiria cuando se agotase el repuesto que habia de galleta.

—Hijos mios, dije, este nuevo beneficio de la Providencia es el mayor y más importante que Dios nos ha otorgado hasta ahora, despues de salvarnos del naufragio. ¡Alabémosle y bendigamos sus obras!

—¡Sí, sí, bendigámosle con toda nuestra alma, añadió mi esposa, por esta nueva bendicion!

Todos mis hijos repitieron en coro estas jaculatorias, sin exceptuar el pequeño Franz, que á pesar de su poca edad unió su tierna voz á la de los demás.

Entretenidos en esto llegámos, sin sentirlo, hasta las rocas donde tenia su orígen el arroyo formando una cascada, y salvando con dificultad las junqueras y crecidas yerbas que la humedad aglomeraba en este sitio, llegámos á un punto encantador en que la montaña quedaba á la izquierda, y el mar en lontananza á la derecha.

Este muro de peñascos unos á otros sobrepuestos, presentaba el espectáculo más sorprendente y pintoresco. No parecia sino que estábamos ante el más rico y variado invernadero de Europa, con la sola diferencia, que en vez de estrechos y mezquinos bancales, y en lugar de unos cuantos tiestos en simétrica forma repartidos, de todas las grietas, de todas las hendiduras de las rocas brotaban con profusion las plantas más raras y variadas. Encontrábase allí la vegetacion del Nuevo Mundo en todo su esplendor y riqueza. Confundidos en agradable mezcla, ostentábanse los gruesos arbustos de espinosos y floridos tallos, al lado de las más tiernas y delicadas flores; la chumbera de las Indias, con sus anchas y carnosas palas; el aloe cargado de racimos de blancas flores; el cactus, irguiéndose altivo, guarnecido de florones purpúreos; la serpentina, dejando caer cual espesa cabellera sus entrelazadas y largas hojas; los jazmines blancos y amarillos; la vainilla con sus mazorcas perfumadas, presentando al traves de los grandes vegetales sus festones elegantes, y para completar el cuadro, la reina de las frutas, el anana ó piña americana crecia con abundancia. Comímos de ella hasta que nos hartámos, por que aun no la conocíamos sino por sus descripciones, y en efecto nos pareció delicioso, tanto por su aroma como por su agradable ácido. Atenta siempre mi esposa por la salud de mis hijos, les recomendó que no comiesen con tanta avidez ese fruto, temiendo que su crudeza les perjudicase. Más dificultoso era contenerlos, y más con la compañía de Knips, que como práctico les presentaba las piñas más grandes y maduras, ahorrándose el trabajo de alcanzarlo y de pincharse con las espinas de los arbustos que las rodeaban.

Miéntras que la familia menuda se regalaba á su placer yo hice otro descubrimiento. Entre los espinosos tallos de los cactus y aloes, reparé en una planta grande, cuyas largas hojas remataban en punta, y tanto por su forma como por otros indicios reconocí el karatas, precioso vegetal de cuyas hojas se saca hilo, del tallo yesca para encender, y machacada con agua, formando masa, sirve de cebo al pescado, á quien entorpece en términos de poderlo coger con la mano.

—Aquí teneis, dije á los niños, una cosa que vale más que esa piña que

tanto os embelesa; reparad en sus flores, ¡qué lindas son! ¡y cuánto mayor es su utilidad!

—Verdad será, contestaron los golosos con la boca llena; cuando dé fruto, entónces juzgarémos; lo que es por ahora nada hay mejor que la piña.

—¡Ah glotones! pensais como la generalidad de los hombres, y no juzgais las cosas sino por las apariencias. Por vuestros ojos mismos os vais á convencer de la positiva utilidad de esta planta. Díme, Ernesto, tú que eres el más sabio, ¿cómo te compondrias para obtener lumbre si no tuvieses eslabon ni pedernal?

—¡Oh! haria como los salvajes; frotaria dos pedazos de madera uno con otro hasta que se encendiesen.

—Pesadito es el medio, y de seguro no lo has ensayado aun; además, se necesita una madera especial que no en todas partes se encuentra, miéntras que con esta planta que tanto despreciais tendré lumbre en un momento, como lo vais á ver.

Corté uno de los tallos más fuertes del karatas, le saqué una especie de médula que tenia dentro, y machacándola entre dos piedras, salieron chispas que encendieron la mecha en un instante. Atónitos quedaron los niños al presenciarlo, y más todavía cuando les expliqué las demás propiedades de tan precioso vegetal. Mi esposa sobre todo recibió una grande alegría cuando supo que le proporcionaria hilo. Para hacerlo más palpable arranqué unas cuantas hojas del karatas, las partí por la mitad, y empecé á sacar gran cantidad de hilos fuertes y flexibles. Unicamente objetó mi esposa que sería operacion pesada ir extrayendo las hebras una á una, á lo que respondí que, dejando secar las hojas al sol, los hilos se desprenderian por sí mismos (1).

—¡Qué felicidad para nosotros, me dijo entónces la buena madre, que hayas leido tanto, y con tanto aprovechamiento! En nuestra ignorancia, todos hubiéramos pasado delante de este tesoro sin conocer su valor.

—Ahora conozco que tenia V. razon, papá, dijo Federico; el karatas vale infinitamente más que la piña; pero dígame ahora, ¿de qué pueden servir todas esas otras plantas llenas de espinas, sino para lastimar á las gentes?

—Juzgas muy á la ligera, le respondí, esos vegetales prestan su respectiva utilidad; unos contienen jugos ó resinas, que tienen su aplicacion en la medicina, otros sirven para las artes ó la industria. El nopal ó la higuera chumba, por ejemplo, es un arbusto de los más interesantes. Crece sin el menor cultivo en los terrenos más áridos, y á más del fruto que da, que es una especie de higo de buen sabor y refrescante, sirve de vallado para cercar los campos y las casas.

(1) El nombre de carata ó karata dado á esta especie de aloe silvestre es privativo del idioma indo. Pertenece á la familia liláceа, porque sus tallos se componen de filamentos, que se pueden hilar. El autor no hace aquí mencion del aloe ohino cuya madera es aromática y sirve para perfumar las habitaciones y vestidos (*N. del Trad.*).

No habia concluido de pronunciar la última palabra y ya Santiago comenzó á hacer provision de los higos que acababa de elogiar; pero el imprudente no reparó que esa fruta, así como toda la planta, estaba llena de espinas tan finas y agudas como puntas de aguja, que le acribillaron las manos cruelmente. Se vino á mí llorando y renegando de los tales higos para que remediase su apuro. Le ayudé á quitar las espinas, y le enseñé el medio de aprovechar el fruto sin herirse. Partí uno, y lo dí á probar á los niños que lo encontraron exquisito. Ya adiestrados todos ellos, prepararon otros de la misma manera, y fue un nuevo regalo para la pequeña tropa. Miéntras los demás corrian, noté que Ernesto examinaba uno de estos higos con especial atencion.

—¡Papá, qué cosa tan rara! Este higo le veo todo cubierto de unos insectos encarnados, tan pegados que no he podido separarlos. ¿Sería esto acaso la cochinilla?

En efecto, lo tomé en manos, y reconocí el precioso insecto que tiene ese nombre, y cuyo empleo y naturaleza expliqué á mis hijos.

—Este es un insecto, dije, que seco y hervido en agua sirve para obtener un magnífico color encarnado muy apreciado en el comercio, llamado comunmente grana. En América es donde abunda más, y los europeos lo pagan á peso de oro (1).

Atentos los niños á mis explicaciones y excitada su curiosidad, dirigiéronme un sin número de preguntas sobre cada una de lse plantas que encontrábamos, queriendo saber su utilidad y propiedades.

—Queridos mios, dije, solo Dios es el que sabe el objeto y fin que se propuso al criar tantas y tantas cosas que nos parecen buenas unas, malas ó inútiles las otras. Lo que con el estudio y la experiencia hemos podido averiguar és una muy pequeñísima parte de lo mucho que queda por saber; pero la razon nos dicta que nada ha salido de las manos del Criador sin una razon suficiente, y que no ha dado el sér á una planta ó á un animal cualquiera sin asignarles al propio tiempo un destino ó funcion necesaria en el órden admirable de la creacion universal.

Departiendo y discurriendo acerca de las maravillas de la naturaleza y necesidad de aumentar sus conocimientos por el estudio y observacion, llegámos insensiblemente al Arroyo del chacal que vadeámos con precaucion, saltando por las piedras que sobresalian del agua, sin hacer uso del puente que estaba mucho más arriba, llegando á Zeltheim y á nuestra antigua tienda, donde todo lo encontrámos tal como lo habiamos dejado. Federico se fué á buscar municio-

(1) La cochinilia *(coccus)* es un insecto de la familia de los *gallinsectos*, análogos á los *kermis* con que suelen confundirse. Sus diferentes especies viven á expensas del naranjo, del olivo, de la higuera y otros árboles, á los que causan no poco daño. La de que aquí se trata es la que se cria en el nopal y la que dá más cantidad del precioso carmin ó grana. A esta especie particular se la llama *cochinilla silvestre*, originaria de Méjico de donde ha sido trasladada á toda la América, á las Indias orientales y á las islas Canarias *(N. del Trad.)*.

nes, y yo á destapar la barrica de manteca para que mi esposa sacase la que necesitase. Ernesto y Santiago se dirigieron á la bahía con intencion de atrapar los patos y gansos; mucho trabajo les costó conseguirlo, porque con nuestra ausencia se habian vuelto un poco ariscos, y al fin no lo hubieran alcanzado si á Ernesto no se le hubiese ocurrido una astucia para cogerlos. Al extremo de un cordel de pescar puso un anzuelo con un poco de queso por cebo, y lo echó al agua. En cuanto olieron el queso gansos y patos se abalanzaron á él tragándose el anzuelo, y tirando los niños de los cordeles, se apoderaron de los pájaros rebeldes, que ataron luego por las patas para que no huyesen. No dejó de agradarme la invencion, si bien fue preciso emplear gran cuidado en sacar el anzuelo á los glotones sin lastimarlos gran cosa. Nos abastecímos de sal, y como los zurrones de todos estaban casi llenos de patatas, se colocó el más pesado encima de Turco, despojándole de la armadura. Los niños cargaron con los dos pares de aves acuátiles, que con discordes graznidos demostraban quizá su pesar y repugnancia al abandonar el sitio que las vió nacer.

Puesto todo en órden y cerrada la entrada de la tienda, emprendímos la vuelta, que se hizo más pesada que la ida por la carga que traíamos encima. Tomámos el camino de Falkenhorst por el Puente de familia, y como era cuesta abajo no tardámos en llegar á nuestra habitacion, sin que ocurriese novedad ó incidente alguno notable.

Mi esposa encendió lumbre en seguida, preparó las patatas para la cena, y despues se fué á ordeñar la vaca y las cabras. Soltáronse las aves en las junqueras del arroyo, teniendo ántes la precaucion de cortarles las grandes plumas de las alas para que no pudiesen volar. La mesa se dispuso luego, y sentados á ella con buen apetito, se nos puso delante una fuente de patatas cocidas, un lebrillo de leche, manteca salada y queso, con lo cual resultó una opípara cena, que el cansancio del viaje y el buen humor que reinaba hicieron más deliciosa.

Despues de dar gracias al Señor por los nuevos beneficios que su piedad nos dispensaba, subímos la escala, y pasámos la noche en profundo y tranquilo sueño.

CAPÍTULO XIII.

El trineo.—La pólvora.—Visita á Zeltheim.—El canguró.—La mascarada.

Durante mis excursiones por la playa, entre varias cosas útiles, reparé en unos maderos corvos, restos quizá de alguna lancha que el mar habia arrojado. Estos me sugirieron la idea de construir con ellos una especie de trineo ó rastra que me sirviese de vehículo para acarrear de Zeltheim á Falkenhorst barriles, cajas de comestibles y otros objetos voluminosos y pesados, que ni á cuestas, ni aun con el auxilio del asno era posible transportarlos. No bien amaneció, levantéme callandito, y despertando sólo á Ernesto, que deseaba llevar conmigo para acostumbrarle á dominar el sueño, pues era indolente, bajámos la escala dejando á los demás durmiendo; desatámos el pollino y emprendímos la marcha, llegando sin novedad á la playa, término de nuestra expedicion matinal, y sin tener que andar mucho, en poco tiempo encontré, medio cubiertos con la arena, los maderos más adecuados al objeto que me proponia; atámoslos con cuerdas que llevábamos al efecto, y agregándoles una caja media rota que por allí rodaba, se cargó al asno con todo encaminándonos á Falkenhorst.

Al llegar al alojamiento mi esposa me reconvino por mi salida clandestina; pero explicándola la causa y objeto de ella y la esperanza de hacernos pronto con un trineo, que la iba á ahorrar muchos viajes, trayéndola de una vez lo que todavía nos faltaba, se apaciguó algun tanto; en seguida se abrió la caja que habíamos traido y en ella no se encontró mas que varias prendas de vestir propias de marinero y alguna ropa blanca, todo averiado y echado á perder por el agua del mar. Sin embargo, aunque malos y deteriorados, agradaron mucho á mi esposa que preveia el momento en que hubiese necesidad de renovar, ó al ménos recomponer nuestros vestidos.

Durante mi ausencia Federico y Santiago se entretuvieron cazando hortelanos; pero con tan poca suerte, que, despues de haber gastado gran cantidad de pólvora y perdigones, mataron únicamente como unas cuatro docenas. Al presen-

11

tármelos no pude prescindir de decirles que semejante prodigalidad llegaria á sernos perjudicial dado caso de no poder renovar las municiones, las cuales debian servir y reservarse más para nuestra propia defensa que para emplearlas en la caza. Para suplirlas en cierto modo y ahorrar su consumo, les enseñé á hacer varias clases de lazos y trampas para coger pájaros; y los hilos que yo saqué de las hojas del karatas la víspera, sirvieron perfectamente en esta ocasion.

Miéntras mi esposa y los dos niños menores se ocupaban en esta faena, yo, con los mayores, emprendímos la construccion del trineo, sin dejar de trabajar hasta que nos llamaron á comer lo que estaba preparado, que consistia en los pájaros muertos por la mañana, una sopa de leche, y queso fresco que mi esposa habia hecho: novedad que fue un gran regalo para la familia.

Despues de comer Santiago subió al árbol para colocar los lazos que se acababan de disponer; y al bajar nos dió la buena noticia de que las palomas habian anidado allí y que estaban en huevos, diciendo:

—Al ver esto, no he creido oportuno colocar los lazos, no fuera que cayeran en ellos las palomas; mejor sería, si le parece á V., papá, que ahuyentásemos de este árbol los pájaros para que se fuésen á otros donde podrian prepararse los lazos.

Aprobé el parecer de Santiago, con la sola diferencia de que, en vez de ahuyentar los pájaros disparando al aire como él proponia, se emplease otro medio para no malgastar la pólvora.

—Pero, papá, exclamó con la mayor inocencia Franz ¿por qué no siembra V. un campo de pólvora, como el que hemos visto de patatas? Entónces ya no temeria V. que llegásemos á carecer de ella.

La candidez de la pregunta hizo reir á todos sus hermanos, lo que desconcertó enteramente al pobre que creia haber puesto una pica en Flándes con su observacion.

—¿Pero no sabes, díjole Ernesto, que la pólvora no es semilla que se siembra?

—¿Y de dónde quieres que lo sepa? le contesté. Quizá tú mismo ignoras aun de que se compone la pólvora.

—Yo sé que se fabrica, el cómo no puedo decirlo positivamente; pero estoy en que es una mezcla de carbon, porque la veo negra, y de azufre, porque cuando arde despide el mismo olor.

—Y añade el salitre, que es su base; combinado este con el carbon reducido á polvo, se inflama fácilmente y despide con la mayor fuerza y velocidad el aire que contiene, concurriendo el azufre, que es el que lo liga todo, á producir este resultado.

De aquí vino luego el explicar á mis hijos la teoría de la combustion, ó al ménos darles algunas sencillas nociones adaptadas á su comprension.

En esto oí un grande alboroto en el corral: el gallo se despepitaba cacareando, y las gallinas huian azoradas. Acudímos todos á ver lo que era, y no encontrámos sino al mono en medio del asustado gallinero. Ernesto, que no le perdia de vista, le vió escurrirse y esconderse bajo una rama de la higuera: siguióle, y ahuyentándole se encontró un huevo roto, que sin duda el ladron se preparaba á comer. Registrando los rincones, se encontraron otros cuatro huevos.

—Ahora sí que ya comprendo, dijo mi esposa al verlo, porque apénas encuentro huevos, sin embargo de que diariamente oigo cacarear las gallinas como cuando van á poner.

Resolvímos en vista del latrocinio atar al mono cuando se creyese que las gallinas iban á poner.

Apaciguado el cotarro, volví á emprenderla con mi trineo, y ántes de que acabase el dia tuve el gusto de rematarle. Dos piezas de madera arqueadas y unidas por cuatro travesaños bastaron para su construccion; la parte delantera presentaba como dos especies de cuernos, y la de atras, tambien un poco levantada, impedia que rodasen los toneles ó cualquiera otro objeto que se colocase en el trineo. Le até varias cuerdas para que, sirviendo de tirantes, lo pudieran arrastrar el pollino y la vaca, con lo cual obtuve un medio de transporte que nos alivió muchísimo.

Al dejar el trabajo encontré á todos ocupados en pelar una gran cantidad de hortelanos que se habian cogido en los lazos, miéntras que dos docenas de ellos ensartados en un florete que servia de asador, se estaban asando á la lumbre. Este espectáculo no dejaba de ser agradable; mas creyéndole por el pronto una prodigalidad intempestiva, pedí explicaciones á mi esposa, dejándome altamente satisfecho cuando me aclaró que aquella operacion era para conservarlos en manteca, segun mis anteriores indicaciones, recordándome al mismo tiempo la promesa que la hiciera de traerla la restante que en la barrica permanecia en Zeltheim, con tanta más razon, cuanto que por medio del trineo habia ya más facilidad para trasladarla. Ernesto añadió que los hortelanos eran aves de paso, y que era preciso aprovechar la época en que acudian al árbol, proveyéndonos de ellos abundantemente para cuando llegase el mal tiempo (1).

Nada habia que replicar á esto, y así quedó resuelto que al dia siguiente, muy temprano, iríamos á Zeltheim. Entre tanto, la cena de aquella noche fue deliciosa. Los pájaros asados hicieron el mayor gasto, y en seguida nos retirámos á descansar para estar listos al amanecer.

No bien comenzaba á clarear el dia ya estábamos de pié y dispuestos á par-

(1) El hortelano es un pajarito pequeño de cabeza negra, parecido al gorrion. Se cria mucho entre los arrozales, y por eso le llaman hortelano del arroz. Llámase tambien *agripenno* y por algunos *verdaula*. Su carne es delicada como la de los estorninos, á la que se parece mucho. (*Nota del Trad.*).

tir. A Ernesto le tomé tambien esta vez por compañero de viaje, dejando á Federico como mayor y de más resolucion para estar al cuidado y proteger el resto de la familia. En el momento de partir mi hijo mayor nos dió á cada uno un cinto de piel de gato, del que pendian, á más del cuchillo de monte, un cubierto completo y una anilla para colgar un hacha pequeña, lo cual me pareció ingenioso, y así recibímos el presente con demostraciones de agradecimiento, de las que quedó tan pagado Federico, que dió por bien empleado su trabajo. Uncímos al trineo la vaca y el asno, y echámos á andar seguidos de Bill, dejando á Turco por guardian de la casa.

En vez de seguir el camino pintoresco de otras veces, nos fuímos por la playa donde el trineo se deslizaba mucho mejor por la arena que salvando matorrales, y así llegámos luego al puente y á Zeltheim. Desuncidas las bestias procedímos al cargamento del trineo. Se colocó primero el barril de manteca, asaz aligerado por las grandes excavaciones que en él se practicaran, luego la provision de queso y galleta y el resto de las herramientas, municiones y otros objetos que creímos de más perentoria necesidad.

Miéntras ambos estábamos atareados en el acarreo, el asno y la vaca se desviaron algun tanto, y guiados por su instinto se separaron del sitio árido en que nos hallábamos, atravesando el puente para buscar la yerba fresca que crecia en abundancia al otro lado del arroyo. Mandé á Ernesto y Bill que fuésen á recogerlas, y en tanto volvian me entretuve buscando á orillas de la bahía un lugar á propósito para bañarme; no tardé en encontrarlo entre unas rocas salientes que formaban como una especie de gabinetes dispuestos exprofeso para ese objeto. Allí esperé que mi hijo trajese los fugitivos, y cuando le oí venir, advertíle que arrendase las bestias á la tienda para que no se largaran otra vez; pero en lugar de atenderme se vino donde yo estaba muy contento.

—¡Pero hijo, qué haces! exclamé, ¿no ves que si no atas los animales se volverán al prado y habrá que ir á buscarlos otra vez?

—Ya se guardarán bien de irse, respondióme; he levantado las primeras tablas del puente, y no pudiendo pasar, no hay miedo que se descarrien.

Alabé su prevencion que no se me habia ocurrido, y tranquilos ya sobre este particular, pudímos descansadamente tomar un baño á nuestro placer. Ernesto salió primero; y en cuanto se vistió le encargué que quitase las alforjas al asno y las llenase de sal, de la que deseaba proveerme abundantemente. Se fué á cumplir el encargo, y tardando más de lo regular, estaba ya con algun cuidado por su tardanza, cuando oí su voz en opuesta direccion que reclamaba mi ayuda.

—¡Papá! ¡papá! ¡Venga V. pronto, que aquí hay un pez grandísimo que tira mucho, y me va á romper el sedal!

Acudí asustado hácia donde sonaba la voz, y encontré á Ernesto que, despues de haber llenado de sal las alforjas, se habia puesto á pescar en una len-



Fritz hizo saltar de la yerba un animal que brincaba, en vez de correr.

gua de tierra que sobresalia en el arroyo, y le ví tendido boca abajo forcejeando por sacar un gran pez que cayera en el anzuelo y cuyas violentas sacudidas amenazaban arrastrar al aparejo y al pescador que lo tenia.

Eché mano al sedal, y tirando y aflojando para cansarle más pronto, pude al fin, haciendo un supremo esfuerzo, atraer el pescado hácia la orilla y hacerme dueño de él. Era un salmon lo ménos de quince libras. En el acto lo matámos de un hachazo en la cabeza.

—Esto sí que gustará á tu madre, dije al niño, y de seguro te celebrarán la ocurrencia que has tenido en prevenirte de tus arreos de pescar.

Alentado Ernesto por el elogio, me contó que esta idea se le habia ocurrido la otra vez que pasó por este sitio, al ver que abundaba en pescado, y como prueba, me enseñó en seguida cosa de una docena de pescadillos que cogiera ántes que el salmon mordiese el anzuelo.

Para que la pesca pudiese llegar fresca á Falkenhorst la abrí toda, y la salé bien para que el calor no la dañase.

Uncímos luego las bestias al trineo ya preparado, poniendo encima el pescado que iba metido en una banasta, y dímos la vuelta á Falkenhorst.

A medio camino, Bill, que nos precedia, se lanzó de repente hácia la yerba que bordeaba el arroyo, y sus aullidos hicieron saltar de la espesura y á poca distancia de nosotros un animal raro y bastante grande que echó á huir dando brincos. Por pronto que quise echarme la carabina á la cara, la marcha irregular de la bestia desconcertó mi puntería: hice fuego, mas no le dí. Ernesto, que habia tenido más tiempo de prepararse, tuvo más suerte que yo, dejándole muerto en el momento de esconderse de nuevo en la espesura. Fuímos corriendo á verle, y quedámos asombrados al encontrarnos con una bestia tan extraña, que no acerté á conocer su especie. Sería del tamaño de una oveja: la piel y la cabeza de rata, las orejas de liebre, aunque mayores; una bolsa bajo el vientre como la vulpeja; la cola gruesa y redonda, como la del tigre; las patas delanteras armadas con fuertes uñas, muy cortas, y las de atras largas y dobladas como zancos. Por de pronto no pudímos adivinar lo que era; pues Ernesto, orgulloso con su caza, en lo que ménos pensaba era en la ciencia, gozándose de antemano en las alabanzas y sorpresa que con ella causaria á su madre y hermanos. Pero reconociendo con más detencion al animal, y examinando la forma de sus dientes y patas, persuadíme que pertenecia á la especie de los roedores.

—Debe ser, dije á Ernesto, lo que llaman canguró, originario de la Nueva Holanda, y no es de extrañar que no haya podido clasificarlo á primera vista, porque aun es poco conocido, si bien la especie de este debe ser mayor que la citada por el capitan Cook, que fue el primero que le encontró en esa parte de la Oceanía.

—¡Vaya por el canguró! exclamó Ernesto, pues yo en mis libros jamás he

visto la descripcion de semejante animal; pero sea lo que quiera, la piel es magnífica, y puede aprovecharla mamá para abrigarse los piés.

Liámos la bestia por las cuatro patas, y colgada de un palo, entre los dos la llevámos hasta donde estaba el trineo, abriéndola ántes y llenándola de sal para que se conservase intacta hasta nuestra llegada. Este aumento de carga, sobre la que ya habia, no agradó mucho al tiro; pero aliviándolo algun tanto nosotros, alzando por detras el trineo en los malos pasos, llegámos en breve á Falkenhorst.

Durante nuestra ausencia mi esposa se habia ocupado en lavar la ropa de los niños, y para reemplazarla durante esa operacion, aprovechó los vestidos de marinero de que estaba llena la caja que pocos dias ántes se trajo de la playa, y aunque no estaban en relacion con la edad y estatura de sus hijos, sin embargo prefirió verles interinamente cubiertos con ellos, aunque de un modo ridículo, que dejarles, durante su jabonado, enteramente desnudos.

Llegámos á Falkenhorst un poco tarde, y de léjos percibímos las exclamaciones de alegría por nuestra vuelta, á las que contestámos desternillándonos de risa al presenciar el burlesco espectáculo que teníamos delante. Uno de los niños se habia arropado con una blusa de marinero que le envolvia dos ó tres veces, y apénas le dejaba andar cubriéndole los talones; otro se habia puesto unos pantalones que le llegaban hasta la barba, y Franz una chupa que le bajaba hasta los piés. Ufanos todos con su disfraz, se paseaban gravemente como actores de teatro.

—¿Pero qué farsa nos vais á representar? exclamé riéndome cada vez más.

Mi esposa explicóme la causa, y pasado este incidente, comenzámos á sacar del trineo y á poner de manifiesto las riquezas que traíamos de la excursion. La manteca, los comestibles y sobretodo el pescado, entusiasmaron á mi esposa, y el canguró fue objeto de admiracion general; y si bien en los parabienes que Federico dirigió á Ernesto por su destreza y acierto, noté cierta envidia, que si los demás no advirtieron, no pasó desapercibida á la perspicacia de un padre; sin embargo felicitó á Ernesto con buen modo, tomando luego parte en la conversacion y alegría general; únicamente cuando quedámos solos, no pudo ménos de decirme:

—Espero, papá, que en el próximo viaje, en vez de dejarme aquí, donde no hay más que codornices y hortelanos, me dé V. permiso para acompañarle con el objeto de ver si encuentro mejor caza.

—Con el mayor gusto, hijo mio, le respondí, y aun cuando no fuese más que como recompensa de la victoria que has alcanzado sobre tí mismo, dominando un mal sentimiento respecto á tu hermano. Todo lo veo, Federico, y lo mismo tengo en cuenta tus esfuerzos que tus debilidades. Unicamente te haré observar, que al dejarte aquí como guardian y protector de tu madre y tus hermanos, te doy una prueba de confianza que te honra, y por la cual, ántes que pesaroso, de-

bes estar enorgullecido. Un corazon noble en el cumplimiento de su deber halla su recompensa y la alegría más pura; te alabo por lo tanto, y como se merece, el sacrificio que has hecho resistiendo tu pasion por la caza, guardando fielmente el puesto á tu vigilancia encomendado; mañana vendrás conmigo y á expedicion más importante, que será otra visita al buque, añadí quedo á fin de que mi esposa no lo oyese, y para la cual te necesito.

Esta promesa serenó completamente á Federico; procedímos en seguida al arreglo y colocacion de todo lo que se habia traido; se llevaron los animales al establo, donde les aguardaba un buen pienso de yerba fresca; mi esposa aderezó parte del pescado para la comida, y el resto bien salado quedó en reserva. Despues de comer comencé á desollar el canguró, faena que no pude terminar en el dia, y así lo colgué de una rama, al fresco, dejando para el siguiente preparar su carne y ahumarla: En esto llegó la noche, y una excelente cena compuesta de patatas, pescado y hortelanos, cocidos con su misma grasa, nos reunió al rededor de la gran mesa. Dímos gracias á Dios por los nuevos beneficios dispensados en este dia, y subímos en seguida á buscar en las hamacas un sueño dulce y profundo que reanimó nuestras fuerzas.

CAPÍTULO XIV.

Segundo viaje al buque.—Saqueo general.—La tortuga.—El cazabe.

Al primer canto del gallo ya estaba fuera de la hamaca, y sin despertar á los chicos bajé la escala algo inquieto, temiendo que el canguró que dejara colgado del árbol hubiese incitado á los perros á catarlo ántes que nosotros. No me engañó el presentimiento, pues al acercarme conocí por sus gruñidos que estaban en faena; en efecto, saltando pudieron alcanzar la cabeza del animal, y como buenos hermanos se la repartian guapamente. Un par de palos bien dados les hizo abandonar la presa y huir más que de paso á esconderse en lo más oscuro del establo, aullando lastimeramente.

El ruido que movieron despertó á mi esposa, que bajó alarmada, temiendo no hubiese sucedido alguna desgracia. Tranquilizóse cuando se enteró del caso, aprobando el que castigara á los que respetaban tan poco la propiedad ajena; mas, siempre buena y compasiva, la ví á poco dirigirse hácia donde estaban refugiados los pobres animales y darles algo de las sobras de la cena, como para consolarlos.

Sin reparar en eso, me puse á desollar el canguró con el mayor cuidado para no estropear su hermosa piel; dividí en seguida la carne, parte para comerla fresca, y la restante para conservarla despues de salada. Como no estaba muy ducho en el oficio de carnicero, esta tarea larga y repugnante me entretuvo hasta la hora del desayuno, llenándome de tal manera de sangre, que me ví obligado á lavarme y mudar de ropa para presentarme á la familia.

Concluido el almuerzo, anuncié la nueva expedicion que íbamos á emprender, y encargué á Federico que preparase lo conveniente para ir á Zeltheim y embarcarnos allí para hacer otra visita á la nave. Mi pobre esposa presenció los aprestos con tristeza; pero se resignó como de costumbre á lo que no podia impedir.

Cuando llegó el caso de marchar, supe que Ernesto y Santiago hacia tiempo que habian salido, y pregunté á mi esposa dónde podria hallarlos; mas respondiéndome que indudablemente habrian ido á buscar patatas, cuya provision estaba á

punto de acabarse, tranquilizóme algun tanto. Sin embargo, la encargué les reprendiese á la vuelta, ya por no haberme esperado, ya por alejarse de esa manera, sin contar con nadie, ni decir á dónde iban.

Despues de las despedidas, y de persuadir á mi esposa que no tuviese cuidado por mi ausencia, poniendo su confianza en el Señor, que tan bondadosamente nos había protegido hasta entónces, Federico y yo nos encaminámos hácia Zeltheim, sin más bagaje que las armas, sin las cuales no salíamos jamás. Pasado el bosque, y cerca del arroyo del Chacal, con gran sorpresa vímos salir de entre unas matas, gritando á más no poder y corriendo hácia nosótros, á Ernesto y Santiago, quienes nos confesaron que, habiendo oido hablar del proyecto de ir al buque, contaban con aquella estratagema para que los llevásemos con nosotros á la expedicion.

Los recibí con cierta severidad que los dejó desconcertados, diciéndoles:

—Si me lo hubierais pedido en Falkenhorst, quizá uno de vosotros me hubiera seguido; pero ahora es imposible; vuestra madre queda sola con Franz; y ¡cuál sería su inquietud si no volvieseis pronto! Habeis obrado muy de ligero y pagais vuestra imprudencia: con que, largo, y corriendo, llegad cuanto ántes á Falkenhorst; contaréis esta escapatoria á mamá diciéndola de mi parte, que como tendrémos mucho que hacer, lo que no he tenido valor de manifestarla al despedirme, pasarémos regularmente la noche á bordo; pero que no se inquiete, porque he tomado las precauciones convenientes.

Escucharon los dos rapaces mis palabras entre confusos y avergonzados.

—Y para que el viaje de vuelta no sea inútil, añadí, pasaréis por el campo de patatas, de las cuales llevaréis á casa cuantas quepan en los morrales, pero pronto, y sin distraeros, pues sabeis que vuestra mamá se alarma fácilmente. Llegad ántes de medio dia.

Así lo ofrecieron con aire compungido, y ya se disponian á partir, cuando se me ocurrió decir á Federico entregase á Ernesto el reloj de plata que llevaba, para que supiesen la hora, prometiendo darle en cambio otro de oro cuando estuviésemos en el buque, donde sabía existia toda una caja llena. Este arreglo y la inesperada alegría de poseer un reloj, consoló un poco á los niños que se alejaron prometiendo cumplir fielmente cuanto les prescribiera.

Cuando los perdímos de vista continuámos la marcha, llegando en breve donde estaba amarrada la balsa de tinas: nos embarcámos, y con el auxilio de la corriente y los remos, á poco llegámos junto á los restos del buque naufragado.

Mi primer cuidado despues de afianzar la balsa, fue ocuparme en acrecentar los medios de transporte, porque las tinas eran insuficientes para contener la gran cantidad de objetos que trataba de llevarme en aquel viaje, que, segun las apariencias, me imaginába sería el último. Sugirióme Federico una idea que aproveché: me recordó que los salvajes construian una especie de balsas ó al-

madías muy sólidas con troncos de árboles bien trabados, colocándolos encima de odres henchidos de aire, los cuales sostenian sobre el agua cualquier peso por grande que fuese. Verdad es que carecíamos de pellejos; pero sobraban barricas vacías, que llenas de aire y bien tapadas, podian servir lo mismo. En seguida comenzámos la tarea. Arrojámos al agua entre el casco del buque y la balsa hasta doce barricas bién tapadas y calafateadas henchidas de aire, sobre las cuales colocámos tablones horizontales y muy unidos para que formasen un plano, y otros perpendiculares al rededor formando muro para asegurar la carga, y así nos encontrámos con una gran balsa capaz de contener triple volúmen y peso que las tinas.

Necesitóse todo el dia para llevar á cabo esta construccion, apénas interrumpida para tomar un bocado de fiambre á la ligera debido á la solicitud de mi esposa que tuvo la prevencion de poner en los zurrones de caza. Cansados hasta más no poder, cuando llegó la noche nos retirámos al camarote del capitan, no sin haber recorrido ántes todo el buque y estar seguros de que no nos amenazaba ningun peligro inminente, y acostados en mullidos colchones de viento, dormímos perfectamente sin despertar hasta mucho despues de salir el sol.

Nuestro primer pensamiento al levantarnos fue dar gracias á la Providencia, que habia protegido nuestro sueño y reparado nuestras fuerzas para proseguir la comenzada tarea.

En seguida nos ocupámos en cargar la balsa. Por de pronto arramblámos con cuanto habia en la cámara que habitáramos ántes del naufragio, pensando en el gusto que tendria mi esposa en volver á poseer objetos que nos habian pertenecido. Lo mismo hicímos con el camarote del capitan en donde habíamos pasado la noche. No quedó rincon ni escondrijo del buque que no fuese escudriñado y recorrido. Puertas, ventanas, cerraduras, cofres y maletas llenas de buena ropa, que pertenecian sin duda á los oficiales del buque, todo fue declarado de buena presa, porque todo podia sernos útil con el tiempo. Aunque los pasajeros y tripulacion del buque naturalmente llevasen consigo los objetos más preciosos al trasladarse á los botes que fueron su sepultura, sin embargo, en el camarote del capitan encontré multitud de objetos preciosísimos, que aquel destinaba sin duda á los ricos colonos de la mar del Sur, en cambio de otros productos. Allí habia cajas de bisutería fina, de relojes, y otras joyas de oro y plata; talegos de moneda, y muebles de exquisito primor por su materia y hechura. Tentados estuvímos á cargar con todo eso; pero objetos de mayor interes se llevaron la preferencia. Unicamente permití á Federico tomar de una caja algunos relojes, ya para reemplazar el suyo, ya para regalarlos en tiempo oportuno á sus hermanos, y varios paquetes de cubiertos de peltre que debian acabar con el escrúpulo que tenia mi esposa de servirse de los de plata del capitan. Los cajones de herramientas del carpintero y armero del buque me parecieron más preciosos y preferibles para ser llevados, que esas brillantes bagate-

las y estériles riquezas que para nada nos servian. Lo que encontrámos más precioso para nosotros, y que más me regocijó, fue una gran caja llena de arbolitos frutales de Europa esmeradamente envueltos en paja y musgo. No pude ménos de enternecerme al ver los manzanos, perales, castaños, etc., tiernos vástagos y producciones de mi amada patria, que con el favor de Dios esperaba aclimatar para que nos acompañasen en esta tierra extraña. Todo pasó á la balsa, así como algunas barras de hierro, plomo en galápagos, piedras de afilar, ruedas de carro, rejas de arado, palas y otros instrumentos de labor, y sobretodo, sacos de avena, algarroba, lentejas, cebada, trigo y otras semillas. Encontrámos tambien un pequeño molino desmontado, pero que podia muy bien armarse, pues sus piezas estaban exactamente numeradas. ¡Qué eleccion cabia entre todos estos tesoros! Dejarlos en el buque era exponerse á que desapareciesen al primer golpe de mar; cargar con todo, imposible, y así nos decidimos á abandonar todos los objetos de lujo, completando el cargamento con cuantas armas y municiones encontrámos. Únicamente añadi por remate una gran red nueva de pescar, la brújula del buque con su caja, y un soberbio cronómetro que serviria para arreglar los relojes. Federico halló tambien en un rincon un arpon con sus correderas y cuerdas correspondientes para la pesca de la ballena. Federico me pidió que le diese el arpon y una de las correderas para fijarla en la balsa de tinas, por si llegaba el caso, decia, de tener que arponear algun tiburon que se presentase. Aunque semejante encuentro no podia esperarse tan cerca de las costas, sin embargo, no quise oponerme á su capricho.

Era ya cerca de medio dia cuando se concluyó la carga de ambas embarcaciones, las cuales quedaron atestadas hasta el borde. Antes de partir, atámos sólidamente la nueva almadía á la antigua que debia remolcarla; cortámos las amarras que las retenian, desplegámos la vela, y despidiéndonos del pobre buque despojado, nos pusímos á remar penosamente hácia la costa.

Ayudados por un viento favorable que nos alivió mucho el trabajo, avanzábamos, si bien lentamente. La gran masa flotante que venía á remolque retardaba la marcha. Habiendo Federico percibido un cuerpo extraño que flotaba en la superficie del agua, me instó á que virase un poco de costado, á fin de averiguar lo que era. Con efecto, por medio del timon efectué el movimiento que él deseaba, en cuya rotacion al descorrerse la cuerda por la corredera la hizo chirriar, y la balsa recibió una fuerte sacudida, á la cual siguió otra todavía mayor.

—¡Santo Dios! exclamé ¡qué has hecho! ¡Corta por Jesucristo la cuerda, que vamos á zozobrar!

—¡Ya es mia! ¡Ya la tengo! gritaba Federico, ¡ya no se me escapará!

—Pero ¿qué hay?

—¡Qué ha de haber, papá! ¡una tortuga enorme! la he tirado el arpon, y con tan buen acierto, que la tengo cogida por el cuello. En efecto, ví brillar á lo léjos el mango del arpon así como la tortuga, que herida huia rápidamente ar-

rastrando la balsa por medio de la cuerda, á que aquel estaba fijado. Temiendo algun peligro, acudí á la popa con ánimo de cortar la cuerda de un hachazo, y dejar á la tortuga que se fuése; pero Federico me suplicó no lo hiciera, asegurándome que no corríamos riesgo alguno, y que si llegase á haber el más mínimo, él la cortaria. Aunque con repugnancia consentí en darle gusto, pues veia nuestra embarcacion arrastrada velozmente por el animal, á quien el dolor de la herida prestaba nuevas fuerzas; pero como nos llevaba hácia la costa, lo cual era una ventaja, cuidé únicamente, por medio del timon, de conservar derecha y no se ladease la balsa, á fin de que una vuelta repentina no la volcara.

Pocos minutos habrian trascurrido cuando la conductora que nos remolcaba cambió de direccion, como para engolfarse en alta mar, lo cual no nos tenia cuenta; y como el viento soplaba hácia la tierra tendí la vela, y á su vez arrastrada la tortuga por la balsa no pudo resistir su impulso, y tomó de nuevo el rumbo hácia la playa. Atravesámos entónces la corriente, y bogando un poco á la izquierda fuímos á abordar en sitio donde afortunadamente no habia escollo alguno. Cansada la tortuga de nadar, se paró junto á la costa. Arrojéme al agua, y con el hacha que llevaba terminé de un golpe la angustia de la pobre bestia, que tan milagrosamente nos habia conducido á buen puerto. Corté en seguida la cuerda, y quedámos dueños absolutos del animal que tan buen servicio nos prestara.

Loco de alegría Federico, anunció nuestra llegada con un arcabuzazo al aire en señal de triunfo para avisarlo á nuestra gente. Todos acudieron en seguida, sorprendidos y asombrados al vernos desembarcar en aquel punto con tantas riquezas, y más aun por la gran tortuga que no cesaban de contemplar.

Cuando todos se enteraron del modo singular con que se habia efectuado el viaje, la admiracion creció de punto dando lugar á un sin número de preguntas, que Federico se encargó de satisfacer.

Despues de haber recibido las felicitaciones de la familia, encargué á mi mujer y á los niños que sin perder momento fuésen á buscar el trineo para trasladar cuanto ántes una parte de la carga. Se llevó consigo los dos pequeños mi esposa, con intencion de uncir ella misma el asno y la vaca; y como la marea menguaba, aguardé á que dejara en seco las balsas, para amarrarlas sólidamente á la orilla por medio de unos cables sujetos á dos pesados lingotes de plomo, que á costa de grandísimos esfuerzos logré desembarcar de la almadía. Esta amarra me pareció por el momento suficiente para impedir que cualquiera alteracion del mar ó fuerte marea se tragara de un golpe tesoros con tanto afan adquiridos.

En cuanto llegó el trineo, se cargó primeramente en él la gran tortuga, que no pesaba ménos de trescientas libras, y luego algunos otros objetos de poco peso, como colchones, cajas pequeñas, etc., acompañando todos alegremente este primer convoy hasta Falkenhorst. Durante esta corta travesía, los niños no ce-

saron de hacer preguntas acerca de lo que traíamos, y con especialidad sobre el contenido de las cajas de bisutería y alhajas preciosas que se quedaron en el buque. Cuando se persuadieron que habíamos preferido á estas otras cosas de infinito ménos valor, pero de mayor utilidad real y positiva, Santiago sintió que Federico no hubiera tomado siquiera algunas tabaqueras de oro y plata para las semillas que empezaba á coleccionar, y Franz añadió:

—¡Si al ménos me hubieras traido algun dinero, de tantos talegos como dices que habia, para comprar cuando venga la feria turrones y pan de higos!

Todos se rieron del pobre niño, y él mismo hizo lo própio, cuando cayó en la inocentada que se le habia escapado.

Al llegar á nuestra vivienda me ocupé como lo más urgente en separar la tortuga de su concha. Para facilitar la tarea, la volví boca arriba, y á fuerza de precauciones logré separar enteros el caparazon del peto. Corté entónces la carne que podia bastar á una comida, encargando á mi esposa que la cociese simplemente sin más condimento que sal; las patas, entrañas, cola y cabeza se dieron á los perros, y el resto de la carne se destinó para conservarla en salmuera.

Mi esposa, que no conocia este manjar, queria quitar toda la grasa verdosa y trasparente de que estaba llena la carne, por repugnarla su aspecto; pero me opuse manifestándola que era justamente lo más delicado y exquisito, como lo veria por experiencia. Creyóme, y se fué á la cocina con Franz para arreglarlo todo.

—Y ahora, dije á los niños, ¿qué harémos de esta gran concha?

—¿Me la da V., papá, para convertirla en un barquito que haré andar por el arroyo? ¡Qué bonito estará!

—Si me la dieran á mí, dijo Ernesto, la haria servir de rodela para defender mi cuerpo, en caso de que nos atacasen los salvajes.

—Todos echais la cuenta sin la huéspeda, añadió Federico, y nadie se acuerda de que en buena ley el despojo de la tortuga pertenece exclusivamente al que la ha muerto.

—Y tienes razon, hijo mio, le respondí, tuyo es. ¿Y en qué piensas emplearlo?

—Para pilon de una fuente que tengo ideada construir cerca del arroyo y de nuestra habitacion para que mamá tenga el agua cerca siempre clara y cristalina.

—Bien ideado, hijo mio, eres el único que ha pensado en el bien general, y no en tu interes ó diversion particular. Pierde cuidado, yo mismo te ayudaré á hacer la fuente, cuando encontremos la arcilla que se necesita para construirla, la cual debe de existir por ahí cerca.

—¡Ya la tenemos, papá! exclamó Santiago, yo la descubrí ayer, y por cierto que al pisarla se me fuéron los piés y caí cuan largo era.

—Y yo, papá, tambien he hecho otro descubrimiento, dijo Ernesto, todavía

más interesante segun creo. He encontrado unas raíces que se parecen á los nabos; la planta más tiene aspecto de arbusto que de yerba. Aun no me he atrevido á probarlas, á pesar de haberlas visto comer á la marrana con mucha ansia.

—Has obrado cuerdamente, hijo mio, respondí, porque hay plantas que, sin ser venenosas para el puerco, pudieran ser nocivas para el hombre. Pero veamos ese hallazgo.

Examiné unas cuantas de aquellas raíces cuya forma y color las asemejaba á las remolachas.

—¡Qué fortuna, hijos mios! exclamé. Si la ciencia no me engaña en esta ocasion, creo se ha alcanzado un descubrimiento de la mayor importancia, que unido al de las patatas, nos preservará para siempre de padecer hambre. Esta raíz, querido Ernesto, es la yuca, con la que en las Indias se hace una preparacion llamada cazabe. Comida en su estado natural como sale de la tierra, la yuca es un veneno y de los más activos; pero cuando por medio de la presion despide el jugo ponzoñoso que contiene, queda una fécula farinácea tan nutritiva como sustanciosa y agradable al paladar. De esto nos ocuparémos más tarde; lo que ahora urge es acabar de almacenar las provisiones y trasladar los demas efectos que quedan.

Volvímos con el trineo ó rastra á la playa para traer un segundo cargamento ántes de finalizar la tarde, miéntras mi esposa aderezaba la cena.

Por el camino Federico, á quien no se le olvidaba la tortuga, me preguntó algunos detalles sobre ese crustáceo, y por lo que yo sabía, y podia juzgar del que cogiéramos, informéle que no podíamos sacarle la escama trasparente conocida por concha, que tanto sirve para los objetos lujosos de arte, y que tan precioso producto se debia á otra especie de tortuga llamada carey, cuya carne no se comia.

Llegados donde seguian amarradas las dos balsas, trasladámos desde estas al trineo las cajas y paquetes que contenian nuestros propios efectos, los cajones de herramientas, ruedas de carro, rejas de arado, y otros objetos, sin olvidar el molino que creí de utilidad inmediata, despues del descubrimiento, presunto al ménos, de la yuca. Terminado el cargamento, regresámos con él á casa ya casi de noche; una cena exquisita nos estaba aguardando. Sentámonos á la mesa; la carne de tortuga asada y aliñada con su misma grasa nos pareció deliciosa, y las patatas cocidas y humeantes sustituyeron al pan. A los postres, mi esposa me dijo sonriéndose:

—¡Cuánto has trabajado, amigo mio, en estos dias! es preciso que te dé algo para reanimar tus fuerzas.

Se levantó en seguida y se dirigió á un rincon oscuro y fresco en busca de una botella y copas pequeñas que llenó hasta el borde de un vino de color de ámbar que á todos nos hizo catar. Era vino de Málaga, del más exquisito, descubrimiento que habia hecho la víspera paseándose por la playa, en la que ha-

lló medio enterrado en la arena un barril bien cerrado, que rodando con la ayuda de Ernesto, pudo trasladar al pié de nuestra morada aérea y guardarle en sitio fresco. Madre é hijo guardaron el secreto para darme el placer de la sorpresa.

El precioso néctar reanimó de tal manera nuestras fuerzas, que ántes de acostarnos pensé en trasladar á la habitacion los colchones de viento que se habian traido; se izaron por medio de la polea, y mi esposa, que subió la primera escala, los colocó sobre las hamacas. Dímos gracias á Dios por los beneficios de este dia, y acostados en blandos lechos pronto nos cerró los ojos un sueño reparador y benéfico.



CAPÍTULO XV.

Tercer viaje al buque.—Los pájaros bobos.—La yuca y su preparacion. —El cazabe.

Al clarear la siguiente mañana, sin despertar á ninguno de los niños, me levanté y bajé la escala sin ruido, con intencion de ir á la playa por ver el estado de las dos embarcaciones que se quedaron á merced de las olas. Cuando estuve al pié del árbol encontré que los animales habian madrugado más que yo; los perros saltaban alegremente á mi alrededor, los gallos cantaban y batian las alas, las cabras pastaban la yerba aun cubierta de rocío, y solo el asno, que únicamente era el que necesitaba en aquel momento, estaba todavía sumergido en las delicias del sueño, y no le halagó en verdad la preferencia que le dí al despertarle, para que me acompañase en el paseo matinal que proyectaba; pero á pesar de su repugnancia le uncí al trineo, y seguido de los perros me encaminé hácia la costa, fluctuando entre el temor y la esperanza; hasta que al llegar, ví alborozado que á ninguna de las dos embarcaciones le habia sucedido el menor percance. Los lingotes de plomo que las sujetaban fueron bastantes para protegerlas contra la marea, y si bien el oleaje las habia movido un poco, se conservaban sin embargo en buen estado. Sin perder tiempo cargué moderadamente el trineo para no cansar demasiado al asno y llegar más pronto á Falkenhorst. El animal agradeció sin duda mi consideracion hácia él, y para recompensarle trotó de manera que llegámos á casa ántes de la hora del desayuno. Mas juzgad de mi sorpresa al no ver á nadie levantado ni oir el menor ruido. Inquieto, trepé por la escala más que de paso, y al estrépito que causé al entrar en la habitacion, mi esposa fue la primera en despertar asombrada al ver el sol tendido por todas partes.

—Es preciso, me dijo, que estos colchones tengan oculta alguna mágica influencia, que me haya hecho dormir tanto y tan profundamente; y no es lo malo eso, sino que parece que es contagiosa, porque los niños, que ordinariamente se despiertan con el dia, no parecen muy dispuestos á dejarlos.

—¡Arriba! ¡arriba! ¡holgazanes! les dije á voces, despabilarse pronto, fuera

pereza, pues no hay cosa peor, hijos mios, que acostumbrarse á la molicie; el hombre ha de ser todo vigor y fortaleza, y así es como triunfará de cuantos obstáculos se le presenten, ó prescindirá de ellos sino le es dado vencerlos.

Féderico fue el primero que abandonó el lecho; Ernesto, el último, segun costumbre.

Cuando toda la familia estuvo en pié se rezaron las oraciones matinales, tomando un desayuno frugal, y nos encaminámos todos á la playa para acabar de descargar la balsa. El trineo hizo dos viajes en poco tiempo; mas al ver que la marea iba creciendo y pondria las embarcaciones á flote, dispuse que mi esposa, Ernesto y Franz regresaran á casa con el equipaje, quedándome yo con Santiago y Federico para cuando se pudiese navegar y conducir la balsa de tinas á su puesto ordinario en la Bahía del salvamento. Poco tardámos en vernos solivianlados por las olas, y en vez de dirigirme al punto designado atendido lo bonancible del tiempo y la tranquilidad del mar, varié de pensamiento, y tomé el rumbo hácia el buque. La corriente nos trasladó pronto á su bordo. Era ya demasiado tarde para pensar en hacer un cargamento considerable, y nos dispersamos únicamente para tomar cada cual lo primero que le viniese á mano. Santiago, que era la primera vez que hacia esta visita que tanto anhelaba, no dejó rincon que registrase, y lo que más le llamó la atencion fue una carretilla de mano, la cual me presentó diciendo, y no le faltaba razon, que nos serviria para acarrear patatas á Falkenhorst. Federico acudió luego con las manos vacías; mas por el aire satisfecho con que se presentó, conocí que habia topado con algo de importancia. En efecto, dijo que en la bodega y en un sitio cerrado habia encontrado una pinaza (1) desmontada, provista de todo su aparejo, con dos pedreros para armarla. Lleno de júbilo por tan buena noticia, dejélo todo para cerciorarme por mi mismo del dichoso hallazgo, y ví en efecto multitud de piezas de madera labrada, numeradas y con órden sobre la quilla del barquito al que nada faltaba. Conocí entónces las grandísimas ventajas que nos proporcionaria semejante embarcacion. ¿Pero cómo lograrlo? El subir á cubierta esa máquina era un trabajo prodigioso y de muchos dias, y caso de poderla armar en el sitio en que se encontraba, ¿por dónde y cómo la botaríamos al mar? El recuerdo de lo que nos costó arreglar una miserable almadía de tinas comparada con la reconstruccion de un buque en toda forma, acabóme de convencer, al ménos por el mo-

(1) El nombre de ***pinaza*** que se da aquí al barco encontrado en el buque, y que en España es poco conocido, corresponde á una embarcacion larga, estrecha y ligera que navega con vela y remo. En otro tiempo se construian en Europa grandes y pequeñas, que estaban aparejadas, ya de goletas, ya de balandras. Las mayores pinazas se ven en la actualidad en la India, y son unos buques chatos que sirven para transportar los ricos viajeros por el Ganges hasta Benarés. Así se explica muy bien la existencia de ese barco desarmado dentro de una nave destinada á las colonias, la cual habria sido mandada construir en Europa por algun rico colono para su uso (*N. del Trad.*).

mento, de la imposibilidad absoluta de llevar á cabo ésta empresa y utilizar el descubrimiento de mi hijo, y así dejé de pensar en ella para dedicarme al cargamento que estaba preparado, el cual se componia de utensilios propios para el ajuar de casa, tales como una gran caldera de cobre, sartenes y cacerolas, varias planchas de hierro colado, y dos ralladores de tabaco. Á esto se añadió un barril de pólvora, otro con piedras de chispa; la carretilla de mano que encontró Santiago, y otras dos que parecieron despues, todas con sus correas para llevarlas, y alguna otra cosa de escasa importancia. Dueños de esta nueva riqueza, y sin detenernos siquiera á tomar un bocado, nos hicímos á la vela para evitar el viento de tierra que se levantaba por las tardes, que hubiera retardado el regreso.

Miéntras que tranquilamente nos íbamos acercando á la playa, quedámos de repente asombrados al divisar á la orilla del agua, formados como en batalla, unos que parecian seres humanos muy pequeñitos, vestidos de blanco y negro, que inmóviles en su puesto alzaban y bajaban los brazos con cierto abandono, como si fuesen señas con las que nos demostrasen su afecto y el deseo de abrazarnos.

—¿Si estarémos, dije riéndome, en la tierra de los pigmeos, que al fin nos hayan descubierto, y nos salgan al encuentro á darnos su bienvenida?

—No, papá, respondió Santiago, serán lilliputienses, si bien me parecen más grandes que los que cita Gulliver en sus viajes.

—Qué viajes ni que calabaza, si todo eso es un cuento, dijo Federico con tono burlon.

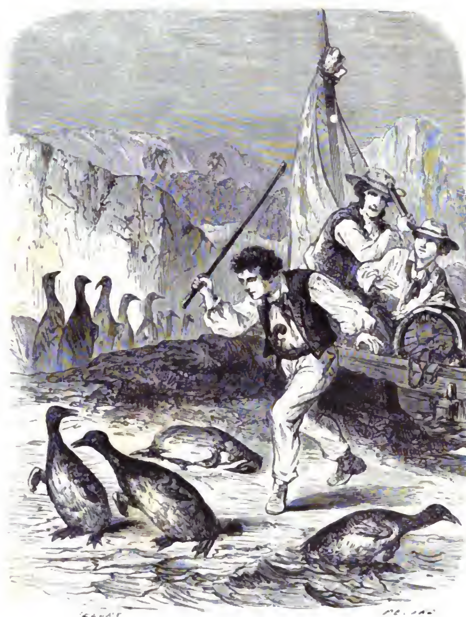
—Pues serán pigmeos, como dice papá.

—Ni una cosa ni otra es cierta, respondí, todas las relaciones que se cuentan de pueblos excesivamente pequeños no son más, ni habrán tenido otro orígen, que invenciones de antiguos navegantes, que probablemente vieron por primera vez los monos, á quienes, quizá de buena fe, unos tomaron por hombres, y gratuitamente otros trataron de hacerles pasar por tales á fin de referir algo de maravilloso.

—Pues eso es lo que va á suceder con nuestros pigmeos de ahora, papá, dijo Federico, porque ya comienzo á distinguir que son pájaros, y que los tales brazos que suben y bajan son alas, aunque un poco cortas.

—Y tienes razon, hijo mio, los decantados lilliputienses se han trasformado en una bandada de pinquinos llamados mancos ó pájaros bobos por otro nombre. El pinquino es gran nadador, pero incapaz de volar, y estando en tierra no tiene ningun medio de defensa.

Con esta conversacion fuí dirigiendo la balsa hácia la orilla, pero despacio y sin hacer ruido para no asustar aquellas aves. Todavía faltaban algunas varas para llegar á tierra, cuando impaciente Santiago, sin encomendarse á Dios ni al diablo, salta del barco, y con el agua hasta la rodilla corre hacia donde



Jack á palos tumbó una docena de pinguinos.

estaban los pinquinos aun quietos y como atontados; y á este quiero á este no quiero, comenzó á repartir palos á derecha é izquierda sobre aquellos imbéciles animales. En un santiamen derribó media docena, y el resto, éstupefacto con tan brusca acometida, se echó al agua y desapareció en el instante á nuestra vista. No pude ménos de reprender á mi hijo por su precipitacion en arrojarse al agua con riesgo de ahogarse por tan poca cosa, pues la carne del pinquino, si bien de mucha gordura, no es manjar agradable (1). A Federico no le agradó mucho la hazaña de su hermano, pues le impidió lucir su puntería; pero al fin se tranquilizó, recordando las de más valía que ya le habian acreditado.

Miéntras atábamos á la balsa las aves que solo estaban atontadas, otras se levantaron encaminándose con gravedad por la arena hácia el mar; á lo cual nos opusímos: Federico las echó mano fácilmente, y las ató por las patas para que no se volviesen á menear.

Una vez desembarcados repartímos entre todos la carga, sirviéndonos desde luego las carretillas de mano, donde se colocó lo más fácil de llevar, sin olvidarnos de la caldera, los ralladores de tabaco, las sartenes y cacerolas, las planchas de hierro, y encima de todo los pinquinos de Santiago, dejando lo demás para otro viaje; y echando cada cual mano á su carretilla, nos encaminámos hácia Falkenhorst.

Cuando llegámos cerca, los dos perros salieron á recibirnos manifestando tan á las claras su alegría al vernos, que á fuerza de caricias derribaron al suelo al pobre Santiago, que no pudo contenerlos. Mi esposa, Ernesto y Franz, que venian detras, nos salieron al encuentro. Todo cuanto traíamos fue objeto de prolijo exámen. Mi esposa aplaudia sobretodo el hallazgo de las carretillas, y se chanceó un poco al ver los ralladores de tabaco y las planchas de hierro cuya aplicacion ignoraba; mas como yo tenia mi proyecto en ciernes, la dejé reir sin aclarárselo hasta que llegase la ocasion.

Los niños se entretenian con los pinquinos vivos, y con el deseo de agregarlos á nuestra volatería y se habituasen á la vida de corral, les encargue los fuésen atando por una pata á otra de uno de los gansos para que se domesticasen, formando sociedad con sus nuevos compañeros acuátiles, arreglo que estos no llegaron á comprender aunque no mostraron oposicion.

Mostróme mi esposa gran cantidad de patatas que recogiera durante mi ausencia, así como otra considerable de raíces, iguales á las que el dia anterior habia yo anunciado ser de yuca. Ayudada por los niños, habia hecho la buena madre todo eso, y no pude ménos de elogiar como se merecia la actividad de todos.

—Más nos alabará V. despues, dijo Franz, cuando al volver del buque vea una huerta con maíz, calabazas y melones.

(1) El pinquino pertenece á la familia de las aves palmípedas ó zancudas. Llámanle tambien *pájaro bobo* por su poca malicia. Vive en los agujeros de las rocas y no fabrica nido. Se alimenta de pescados y plantas marinas (*Nota del Trad.*).

—Asombrada estaba, exclamó mi esposa, que el parlanchin no hiciese de las suyas; en efecto, tenemos sembrado algo de eso en los hoyos de las patatas que se han arrancado, con lo cual deseaba causarte una sorpresa á su tiempo.

Díla gracias por su continuo afan en complacerme y contribuir al bien comun, asegurándola que me cabia entónces igual satisfaccion que la que me hubiese proporcionado más tarde.

Cenámos en seguida, y hablé de lo que todavía quedaba en el buque, inclusa la pinaza que sentia abandonar. Poco la lisonjeó esta nueva que la anunciaba futuros y más frecuentes viajes á la nave, que cada vez más la repugnaban; sin embargo, convino conmigo que si al fin pudiésemos contar con otro barco sólido y bueno como el que yo la describia para que reemplazase á la miserable almadía de tinas, la ahorraria no pocas inquietudes.

Como la noche se venía encima, se fuéron disponiendo los preparativos para recogerse; pero ántes de hacerlo, dije á los niños.

—Mañana es dia de madrugar mucho, porque quiero enseñaros un oficio nuevo.

—¿Y cuál, papá? ¿qué oficio? exclamaron todos á un tiempo.

—Mañana lo sabréis; ahora, á acostarse.

La noche se pasó tranquila, y al primer albor del dia la curiosidad ya tenia en pié á los chicos, incluso Ernesto, cuya pereza era ya proverbial entre nosotros. En seguida acudieron á mí:

—¿Y el oficio, papá? ¿cuándo empezamos?

—Pronto; lo vais á ver en cuanto bajemos.

En ménos que se dice ya estábamos todos al pié del árbol, y entónces dije á los niños que seguian importunándome:

—Señoritos, el nuevo oficio que vais á aprender es el de panadero.

Al oirme se quedaron estupefactos.

—¿Panadero has dicho? exclamó asombrada mi esposa, que ignoraba mis proyectos. ¡Ah pobre hombre! y ¿á dónde está el horno para cocer el pan, el molino para sacar la harina, y sobre todo la harina?

—Todo irá pareciendo poco á poco, la respondí; por de pronto arréglame dos medios sacos de lona; lo demás corre de mi cuenta.

Se puso al momento á hacerlos; pero ántes de comenzar la costura, la ví arrimar al fuego una olla llena de patatas, lo que me dió á conocer que no tenia la mayor fe en mis promesas. Interin se hacian los sacos, mandé traer las raíces de yuca bien lavadas y enjutas. Tendí en el suelo un gran paño, y entregando á cada uno de los niños un rallador, que tambien habian lavado, y un manojito de raíces, les dí el ejemplo; en seguida todos se pusieron á raspar las raíces apoyando el rallador sobre el paño, y á los pocos instantes tenian todos delante una especie de fécula que más que otra cosa parecia serrin blanco y húmedo.

Miéntras así estaban atareados con el ardor propio de la infancia por todo lo nuevo, decian riéndose:

—¡Si parece moyuelo! dijo Ernesto, no dejará de ser bueno el pan que salga de estas raspaduras.

—Vaya, dijo Santiago en el mismo tono, que al fin comerás pan de nabos.

—¡Qué mal huele esto! añadió Franz, que era el que rallaba con más afan.

Su madre, que participaba de la misma prevencion aunque callaba, cuando concluyó los sacos se fué á cuidar de las patatas, con las que contaba más que con el resultado de nuestros esfuerzos. Impasible á las chanzonetas é incredulidad de todos, dije á los niños:

—Podeis reir y burlaros cuanto querais; ya lo veréis despues; pero me extraña que tú (dirigiéndome á Ernesto), que la echas siempre de sabio, seas tambien de los incrédulos, constándote como te consta, que la yuca es una de las sustancias alimenticias más preciosas, puesto que es la base del sustento de una gran parte de la América, y preferida por muchos europeos al pan ordinario. Pero sigamos adelante.

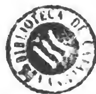
Cuando las raíces quedaron desmenuzadas, llené los dos sacos que mi esposa habia concluido con lo que los niños rallaron. Pero era indispensable una prensa para extraer el jugo de la yuca, que como ya queda dicho, es un veneno activo.

Recordando las que habia visto en los lagares para prensar la uva, hice una cosa parecida. Coloqué en el suelo dos ó tres tablones juntos por bajo de una de las arqueadas raíces del árbol y sobre los sacos de fécula bien cosidos y cerrados, poniendo encima de ellos otro tablon. Hecho esto, de las que teníamos apartadas elegí una viga gruesa y larga, que puse atravesada encima de todo, cuya extremidad adelgacé un poco para que pudiese entrar bajo la raíz que la sujetaba, miéntras que sobre el otro extremo cargué cuantas piedras grandes, plomo, hierro, etc. encontré, lo que hizo inclinar la viga hasta el suelo, formando palanca y apretando los sacos por el medio, en términos que el jugo de la yuca brotaba á chorros por todos los poros de la tela, quedando reducido el volúmen de los sacos á ménos de la tercera parte. Asombrados quedaron los niños al presenciar el poderoso efecto y resultados de esta operacion mecánica.

—Yo creia, dijo Ernesto, que la palanca no tenia más uso que levantar peso ó mover cosas de gran volúmen.

Para responderle le demostré que la presion es consecuencia natural de esa misma propiedad de la palanca, pues si la raíz hubiese sido ménos fuerte, aquella la hubiera arrancado de cuajo, y su resistencia es lo que ha producido tal efecto.

—Los salvajes, proseguí, que no conocen aun los efectos de esta potente aunque sencilla máquina, para extraer de la yuca el jugo pernicioso que contiene, despues de bien majada la meten en cestones de corcho, más largos que anchos, y á fuerza de llenarlos y apretarlos, por la tension de la corteza llegan



á ponerse tan anchos cuan largos ántes eran. Los cuelgan despues de las ramas de los árboles, suspendiéndoles por bajo grandes piedras, y el peso natural les hace insensiblemente recobrar su primera forma. Si bien es algo lento el sistema, los resultados son los mismos.

Mi esposa quiso saber si el jugo que estaba viendo correr podria tener alguna aplicacion.

—La tiene efectivamente, la respondí, dejándolo reposar en vasijas, se obtiene un almidon muy fino.

Cuando conceptué suficiente la presion porque los sacos ya no despedian más zumo, saquélos de debajo de la viga, y abriéndolos cogí un puñado de su contenido, todavía húmedo, semejante á la harina de maíz.

—¿Veis cómo ya tenemos harina? dije á los niños, gozoso por ver el resultado de la operacion. Ahora extendedla toda sobre un paño limpio para que se enjugue bien al sol, y cuando llegue á estar completamente seca, harémos con ella pan, que si bien no tendrá el sabor ni la forma del de trigo, obtendrémos unas tortas que tendrán su mérito especial; ahora me voy á ocupar del horno.

Con antelacion habia dispuesto se encendiesen varias hogueras en diferentes puntos; cuando ya no quedó sino el rescoldo, puse encima las planchas de hierro colado procedentes del buque, y cuando estuvieron bien caldeadas, se extendió sobre el cazabe (este es el nombre que se da á la harina de yuca) para completar su desecacion, y resultaron tortas compactas y cocidas que volvímos de uno y otro lado para que el calor las penetrase por igual.

Mi esposa y los niños quedaron asombrados; todos á porfía querian probar cuanto ántes las informes tortas que mostraban su corteza doradita y de aspecto seductor. Contuve su impaciencia manifestándoles que aquello no era aun en cierto modo mas que la harina, y que se requeria otra preparacion para convertirla en verdadero pan.

—Además, añadí, como de tres especies de yuca que se conocen, una es más venenosa que las otras, y cuya especial preparacion no sé de fijo, bueno será para evitar desgracias que la prueben ántes el mono y las gallinas, y así no corremos peligro que nos envenene ó nos haga daño.

—En resumidas cuentas, exclamó Santiago, mi pobre mono pagará por todos. ¡No es una lástima envenenarle!

—¡No será una crueldad, añadió mi esposa, si mueren las gallinas!

—No hay que asustarse, respondí, el mono, las gallinas y todos los animales se hallan dotados de un instinto de que carece el hombre, y si queda algun veneno en esta yuca, se guardarán muy bien de tocar, cuanto más comer, la que les presentemos.

Viendo ya á todos más tranquilos, desmigajé un poco de cazabe y lo eché á dos gallinas y á maese Knips; este se lo comió despacio, aquellas en un instan-

te no dejaron ni chispa. Esto me demostró el buen éxito de mi experimentó; sin embargo, quise aguardar algun espacio más de tiempo el efecto, y suspendiendo por un rato los trabajos de panadería, nos pusímos á almorzar las patatas que mi esposa habia tenido la precaucion de cocer. Miéntras estábamos en la mesa, la yuca y sus diversas preparaciones fueron naturalmente el objeto de la conversacion. De aquí se siguió hablar de los venenos, sus diferentes especies y efectos, y acerca del particular previne á todos que en la isla donde estábamos quizá podrian encontrarse con uno de los más violentos, el fruto de un árbol llamado manzanillo, cuyo aspecto es seductor y parecido á una manzana, y hasta hay quien asegura, añadí, que basta dormir bajo su sombra para causar la muerte (1). Por lo mismo volvíles á recomendar lo que tantás veces repitiera, de que no tocasen ni probasen fruto alguno sin enseñármelo ántes.

A más de las patatas, presentónos mi esposa un pinquino asado. Su carne por casi unanimidad fue desechada como detestable; Santiago la probó únicamente por no desairar su caza.

Al levantarnos de la mesa fuímos á reconocer los animales en los cuales se hiciera la prueba de la yuca. Santiago silbó á Knips, á cuya señal en tres saltos bajó el mono de un árbol donde quizá estaba dando cuenta de algun nido. Mi esposa llamó á las gallinas, las que encontrámos sin la menor novedad, lo que nos acabó de convencer que el cazabe habia perdido enteramente cuanto pudiera contener de nocivo. Entónces no tuve reparo en conceder á los niños la satisfaccion de hacer las tortas y comerlas. Se encendió de nuevo el fuego y se caldearon las planchas de hierro. Miéntras tanto deshice los panes de cazabe y desleí la harina en leche. A cada uno de mis hijos dí una escudilla de coco llena de esta especie de masa líquida, previniéndoles que imitaran lo que me viesen hacer; tomé una cucharada de aquella papilla y la eché sobre la plancha caliente; cuando la masa se fué hinchando y tomando color de un lado, la volví del otro con un tenedor, y á poco nos encontrámos con una porcion de panecillos muy doraditos por fuera y cuyo exquisito sabor corria parejas con su buena traza, sirviendo de delicioso regalo para la familia. Los pinquinos, los patos, las gallinas y el mono participaron tambien de las primicias del nuevo pan, pues mis aprendices tahoneros dejaron quemar algunas torías, que á los animales les supieron grandemente.

Quedó resuelto desde entónces el cultivo de la yuca, que iba á constituir en adelante uno de nuestros principales alimentos.

El resto del dia se pasó en hacer algunos viajes á la playa y conducir en las

(1) Esta planta tan temible es de la familia de las euforbiáceas. Su especie típica es originaria de las Antillas, y sobre sus propiedades deletéreas hay diversidad de opiniones; pero más ó ménos exageradas, todos convienen en que son sobremanera nocivas *(N. del Trad.)*.

carretillas y en el trineo lo que habia quedado por recoger el dia anterior. El descubrimiento del nuevo pan, que considerámos como un beneficio inmenso, y que nos llenaba de júbilo, dió motivo á que al llegar la noche, á nuestras oraciones cotidianas añadiésemos particulares gracias al Señor, cuya piadosa mano no cesaba de ampararnos.



CAPÍTULO XVI.

La pinaza.—La máquina infernal.—La huerta.

Al dia siguiente me decidí á volver de nuevo al buque. La idea de la pinaza no se me quitaba de la mente, y el deseo de hacerme con ella á toda costa me tenia inquieto y desasosegado. Pero cada viaje era un motivo de disgusto y zozobra para mi esposa, y sólo á fuerza de instancias y reflexiones pude recabar de ella hacer esta excursion llevándome á los tres niños mayores, para que me ayudasen, pues habria trabajo para todos, y prometiéndola regresar ántes de la noche. Bien provistos de cazabe (que así llamarémos en lo sucesivo á nuestro pan) y patatas cocidas, y sin olvidar los salvavidas para un caso de necesidad, con gran alegría de los chicos salimos en direccion de la Bahía del salvamento. Allí nos embarcámos, y como ya era práctico en la travesía, en poco tiempo abordámos el buque que se mantenia siempre en la misma posicion encallado entre las rocas.

La primera operacion fue trasladar á la balsa y á su almadía adjunta cuanto útil se nos vino á la mano, registrando hasta el último rincon del buque. Pero el gran negocio, la obra magna, era la pinaza, la cual se hallaba en una especie de almacen en la bodega bajo la cámara de los oficiales. Las diferentes piezas de que constaba estaban dispuestas y numeradas con tanta exactitud é inteligencia, que creí sin presuncion encontrarme capaz de armarla, empleando el tiempo necesario y la gran paciencia que semejante operacion requeria. Pero la grande, la insuperable dificultad que se presentaba era sacarla de la especie de jaula en que se encontraba encerrada, y botarla despues al mar. La reconstruccion no podia verificarse sino en el mismo sitio en que las piezas estaban, y ni bastaban nuestras fuerzas, ni habia espacio ó boquete suficiente para trasladarla á otra parte una vez armada. Cien y cien veces apelé á mi inteligencia para que me sugiriera un medio; y ninguna solucion me deparó. Entre tanto, contemplaba aquellas piezas esparcidas y tan bien acabadas, y cuanto más las examinaba, más me convencia de la inmensa utilidad que nos reportaria poseer una embarcacion sólida y ligera, que reemplazase á la balsa de tinas, que tan poca seguridad ofre-

cia. En el presuntuoso atrevimiento propio de la poca edad, al verme los niños mohino y discursivo despues de conferenciar entre sí, dijeron:

—Papá, lo que no se empieza no se acaba; pues comencemos por despejar el espacio donde se encuentra el barco, derribando cuanto nos estorbe para trabajar; y puesto que sólo se trata de ajustar y poner cada pieza en su sitio con clavos ó tornillos, armemos la pinaza, y luego Dios dirá; quién sabe si entre tanto aguzando el ingenio no encontremos medio de sacarla de aquí y botarla al agua.

En cualquiera otra circunstancia hubiera demostrado á mis hijos lo descabellado de este proyecto; pero en la desesperada situacion en que me hallaba, su sencillo lenguaje infundióme una vaga esperanza de acierto que me hizo acceder á sus instancias.

—Pues bien, les dije, ¡Dios sobre todo, y manos á la obra! En seguida el hacha, la sierra, las tenazas y la palanca hicieron su oficio, y tal fue el ardor, que á media tarde los tabiques del alrededor yacian derribados, con lo cual quedó espacio suficiente, alentándonos este primer ensayo á proseguir la empresa. Pero se hacia preciso pensar en la vuelta; nos reembarcámos con el firme propósito de volver al dia siguiente y cuantos más fueran necesarios hasta llevar á feliz término el proyecto.

Al desembarcar en la bahía nos estaban aguardando en la playa Franz y su madre, quien me manifestó que, para estar más cerca de nosotros, habia resuelto establecerse en Zeltheim, ínterin se repitiesen los viajes al buque, para estar á la mira y ahorrarnos camino.

No pude prescindir de agradecerla su previsora muestra de afecto y abnegacion, constándome lo bien que se encontraba bajo las umbrías copas de Falkenhorst; y así, en recompensa, ostentámos en su presencia las provisiones y demas efectos recogidos en esta correría, que consistian en dos barriles de manteca salada, tres de harina, algunos costales de trigo, arroz, judías, y varios utensilios indispensables que pasaron al almacen, y que alegraron sobremanera á nuestra ama de gobierno.

Una semana entera se pasó de esta suerte ántes que se terminase nuestra tarea. Todas las mañanas temprano nos dirigíamos al buque, regresando puntualmente al ponerse el sol. Mi esposa, á quien no veíamos hasta la noche, se fué poco á poco acostumbrando á estas excursiones que tanto la repugnaban al principio, y auxiliada de Franz, proveia á todas nuestras necesidades, yendo de cuando en cuando á Falkenhorst á buscar patatas y demas que fuese menester, y siempre á la vuelta la encontrábamos sentada en un altillo para divisarnos más pronto.

Por la noche contábamos siempre con una buena cena, animada con la relacion de lo sucedido durante el dia, y la alegría de vernos reunidos recompensaba nuestras fatigas.

A fuerza de trabajar, de colocar muescas, de clavar clavos y ajustar tornillos, la obra adelantaba, y la pinaza al fin quedó montada, como si hubiera salido del astillero. Su forma era graciosa, y con sólo verla se la podia juzgar por muy velera y de buen gobierno, construida por la plantilla de un bergantin. Habíamos tenido buen cuidado de calafatearla con esmero, rellenando todas las junturas y rendijas con estopa y pez derretida. Tenia alcázar en la popa, en el centro un mástil de quila y pon, y todo el aparejo de jarcias, entenas, trinquete y demas necesario al velámen. Por último, como complemento, sujetos con cadenas, colocámos á la proa dos pedreros con su correspondiente dotacion de municiones.

Hasta aquí todo iba bien; mas el lindo buquecillo, ya en estado de botarse al mar, permanecia inmóvil sobre su quilla; le mirábamos y remirábamos con el placer que un niño sus juguetes; pero ni remotamente se entreveia el medio de ponerle á flote. Las dificultades para abrir un anchuroso boquete, cual se necesitaba, al traves de las costillas y tablones que formaban el costado de la nave forrada de planchas de cobre, cada vez se me figuraban tan insuperables; que se hubiera reputado por locura el solo pensamiento de desafiarlas. Por otra parte, no podia resignarme, ni siquiera soportar la idea de haberme atareado tanto y por tan largo tiempo inútilmente, temiendo á cada paso que sobreviniese una tempestad ó un viento recio que en un instante confundiese en los abismos el buque y la pinaza. Al cabo la desesperacion me sugirió un medio tan atrevido como peligroso, en el que jugaba el todo por el todo, y sin revelarlo á los niños, á quienes deseaba evitar el sentimiento de un mal resultado si por casualidad acaecia, determiné ponerlo en ejecucion.

Registrando una vez por la cocina, reparé que habia un mortero grande de hierro, y calculé que podia servir á mi proyecto; rellenélo bien de pólvora cerrándolo luego herméticamente con un tapon de roble, que sujeté fuertemente á sus bordes y asas con ganchos y abrazaderas, dejando un agujerito en el cual introduje una mecha de cañon tan larga, que segun mi cálculo se necesitasen dos horas para que, despues de encendida y consumirse, el fuego llegase á la extremidad metida en el agujerito; calafateé bien con pez la circunferencia de la tapa, y sujeté fuertemente el mortero con cadenas de hierro para mayor solidez, y obtuve así una especie de petardo, cuyo efecto, si bien podia corresponder á mis esperanzas, temia sus consecuencias.

Dispuesta de tal suerte esta máquina infernal, la coloqué, suspendida de las cadenas, en la parte de la bodega donde estaba la pinaza y junto al costado del buque que pensaba destrozar. Calculé la distancia del retroceso del mortero para que aquella no sufriese avería, y cuando todo estuvo listo y preparado á mi gusto, dí la señal de embarque á los niños, que, atareados en trasladar objetos á la almadía, nada habian visto de mi operacion; quedéme el último para dar fuego á la mecha, y encomendando á Dios el éxito de la empresa, me reuní con ellos en la balsa de tinas.

Mi primer cuidado al llegar á la playa, fue alijar la almadía y la balsa, pues abrigaba la intencion de dirigirme hácia el buque en cuanto oyese la explosion. Estábamos en lo más fuerte de la faena, cuando oimos de repente un espantoso trueno; mi esposa y los niños se asustaron de tal modo que soltaron lo que tenian entre manos.

—¡Papá! ¿qué será esto? decian los pequeños.

—¿Será quizá señal de pedir socorro algun buque que esté en peligro? dijo Federico.

—No, respondió mi esposa, no me parece eso; ántes creo que el estampido ha venido de la parte del buque encallado. Es una explosion; quizá por descuido habréis dejado alguna chispa de fuego, la cual se habrá comunicado á algun barril de pólvora.....

—Quizá tengas razon, interrumpí; no sería malo averiguarlo en seguida. Vamos, ¿quién quiere ser de la partida?

La contestacion fue saltar los tres niños en la balsa, y despues de haber prometido á la madre, que estaba inquieta, que volveríamos inmediatamente, partímos. Jamás se hizo la travesía en ménos tiempo: la curiosidad impulsaba los remeros, y yo mismo estaba impaciente por ver el resultado de la operacion. Al acercarnos al buque noté con alegría que de ninguno de sus costados salia llama ni humo, y que apénas habia variado de posicion. En vez de atracar al sitio de costumbre, le hice virar hácia la parte opuesta, y nos encontrámos delante de un grandísimo boquete abierto en el costado por la explosion del petardo, que dejaba ver la pinaza entera, aunque un poco ladeada. A la vista de esta destruccion, que dejó á mis hijos consternados y á mí trasportado de júbilo, exclamé con sorpresa suya:

—¡Victoria! ¡victoria! ¡la pinaza es nuestra, hijos mios! mi plan ha salido bien; ¡ya veréis con qué facilidad la vamos á poner á flote!

—¡Ah! ya caigo, dijo Federico. ¿Con que á V., papá, le deberémos poder sacar nuestro lindo bergantin? ¡Y qué bien!

—Ya os lo contaré despacio, respondí amarrando la balsa á una costilla del buque. Ahora registremos despacio la nave para ver si ha quedado algo encendido.

Atravesando por entre las tablas y costillas rotas, penetrámos en las cámaras que iluminaba la claridad del sol; registrámos hasta el más oscuro rincon y ví que por ninguna parte habia fuego; pero ¡cómo describir la alegría de los niños al contemplar la pinaza desembarazada completamente, y con esperanzas de verla pronto surcar las ondas! Todo eran exclamaciones de admiracion, subir, bajar, dar vueltas, y sobretodo, preguntas sobre preguntas.

Víme precisado á explicarles el procedimiento que habia empleado para obtener este resultado. En efecto, al descargarse el mortero chocando contra el costado del buque, su gran peso, así como las cadenas que le rodeaban, hicieron

á la vez el oficio de hacha y de bala rasa; tablas, vigas, maderas, costillas, todo quedó roto y destrozado, y la pinaza se encontraba á pocos piés del nivel de las aguas. Fácil nos fue despejar los alrededores de la quilla, y como habia tenido la precaucion de colocar esta sobre rodillos ántes de la construccion para poderla botar al agua, como anteriormente habíamos hecho con la balsa, por medio de las palancas y adelantando siempre los rodillos fuímos poco á poco deslizando el casco de la ligera embarcacion desprovista de todo aparejo; á cada uno de sus costados se ató un cable para sujetarla é impedir que al caer se alejase del buque, y pronto nuestros esfuerzos aunados la pusieron en movimiento y la botámos al mar con toda felicidad, donde comenzó á balancearse muellemente.

Era ya demasiado tarde para adelantar algo más; contentéme únicamente con amarrar bien nuestra conquista, y asegurada de la impetuosidad de las olas; dímos la vuelta para no prolongar la inquietud de mi esposa, quedando todos convenidos en que nada se la diria de la dichosa aventura, á fin de que gozase de lleno el placer de la sorpresa cuando llegase el caso de vernos arribar á Zeltheím surcando las ondas en el buquecillo. En efecto, á sus reiteradas preguntas únicamente se le respondió que por feliz descuido habia quedado algo de fuego en el buque, y habiendo saltado una chispa á un barril de pólvora, fue causa de la explosion; pero que afortunadamente no habia causado otro daño que abrir un boquete más, por el cual se facilitaria la descarga de lo que quedaba en la nave.

Al oir estas palabras, suspiró mi buena esposa, y creo que para sus adentros hubiera dado cualquier cosa por que el barril de pólvora hubiera causado la sumersion completa de un casco que nos obligaba á hacer tantos viajes, y que tantas zozobras la causaba.

En el aparejo de la pinaza empleámos aun varios dias; por último, cuando quedó lista con sus masteleros, velámen y jarcia, la cargámos con una multitud de cosas que jamas la almadía hubiera podido contener.

Dímonos por fin á la vela con viento favorable, y la linda embarcacion se deslizó por las ondas con la rapidez de un ave. Mis hijos estaban locos de alegría, y me suplicaron, como una gracia especial, les permitiese saludar á su madre al llegar á la costa con dos cañonazos. No creí deber rehusarles esta inocente satisfaccion, como justa y merecida recompensa de su laboriosidad, y sobretodo de su celo y discrecion. Federico, que fue capitan del bergantin, ayudó á sus hermanos á colocar las dos piezas con que estaba artillado, y cuando estuvímos cerca de la costa, Ernesto y Santiago, mecha en mano, atentos á la voz de su jefe, dieron fuego á sus respectivas piezas, y repitiendo á lo léjos el eco del peñasco la detonacion imponente, llamó la atencion de mi esposa y del pequeño Franz, que acudieron á la playa asustados con semejante aparicion; pero al oir las alegres voces con que los saludámos nos reconocieron, y mi esposa

correspondió al saludo agitando su pañuelo; Franz se quedó estático contemplando el buquecillo.

Cuando por fin atracámos á la roca que nos servia de muelle, y junto á la cual quedaba aun agua suficiente para que la pinaza flotase, madre é hijo nos salieron al encuentro.

—¡Bien venidos seais! nos dijo la primera. ¡Y á qué ha venido espantarnos con vuestra artillería! Creí que el casco entero del búque habia volado por completo; pero, gracias á Dios, os veo sanos y salvos.

Federico entre tanto tendió la plancha, y mi esposa pasó por ella á visitarnos. El asombro no la cabia en el cuerpo, todo lo alabó, todo lo admiró, y más que nada nuestro valor y perseverancia.

—¡Cuánto habréis trabajado, amigos mios! dijo; pero no os imagineis que durante vuestra ausencia mi hijo y yo hemos permanecido ociosos; y si no nos es dado anunciar nuestras obras del modo tan estrepitoso como lo habeis hecho con las vuestras, á los buenos platos de legumbres y verduras que á su tiempo aparecerán sin ruido y recrearán vuestro paladar, se les concederá tambien su mérito. ¿Quereis ver lo que hemos hecho? Pues seguidme.

La invitacion no podia venir de mejor parte para excitar la curiosidad que nos prometia. Salímos del barco que amarré fuertemente á la costa, y seguímos á la buena madre que nos condujo al pintoresco sitio donde el Arroyo del chacal se precipitaba formando cascada. Allí nos hizo ver, abrigada del viento del mar por las rocas, una magnífica huerta dividida en cuadros separados por bien alineados senderillos.

—Hé aquí, dijo mi esposa, mi obra, mejor dicho, nuestra obra, añadió con cierta especie de orgullo abrazando á su hijo Franz, porque este niño que veis ha trabajado en ella casi tanto como yo. Esta tierra ligera que pisais, que no es sino un abono de vegetales descompuestos, yo la he labrado fácilmente. Aquí he sembrado patatas, allí raíces de yuca, acullá guisantes, habas y lentejas. A este lado, repara y verás otros cuadros que contienen toda clase de ensaladas, rábanos, coles y otras berzas de Europa. A la izquierda queda reservada una parte para las cañas de azúcar, donde por de pronto he trasplantado las piñas de América y sembrado pipas de melon que medrarán; y para concluir, al rededor de cada plantacion la tierra encubre abundantes granos de maíz, cuyas altas y espesas cañas resguardarán las tiernas plantas de los ardores del sol.

No encontré palabras bastantes para felicitar su laboriosidad y exquisita prevision. Estaba asombrado y apénas daba crédito á mis ojos. No cabia en mi cabeza que una mujer y un niño de edad tan tierna como Franz hubieran podido en tan corto tiempo y con solos sus recursos efectuar empresa semejante, y sobretodo con tanta reserva y discrecion.

—Te confieso con franqueza, díjome mi esposa, que al comenzar esta faena, no creí poderla terminar tan felizmente, y por eso nunca te he hablado de

ella. Más tarde ocurrióme la idea de causarte una agradable sorpresa, por cuyo motivo el secreto que Franz y yo hemos tan bien guardado no tiene gran mérito, pues presumiendo ya de tu parte algun misterio por las continuas idas y venidas al buque, y el silencio que guardabas sobre tus ocupaciones, siempre me imaginé alguna sorpresa de tu parte; y por si salia cierta, no he querido quedarme en zaga proporcionándote otra; y te la he dado, ¿no es cierto?

—Y tan cierto, la respondí abrazándola, así como á Franz, cuyos ojos brillaban de alegría al oir á su madre las explicaciones que acabo de referir.

Visto y revisto todo, y elogiado nuevamente, volvímos hácia donde estaba la embarcacion. Por el camino mi esposa, preocupada con la horticultura, me recordó los piés de árboles frutales de Europa que, encajonados hacia más de ocho dias, estaban en Falkenhorst.

—Mira, me dijo, he abierto el cajon cubriendo los piés con tierra provisionalmente, y los riego todos los dias para que se mantengan frescos; pero no basta, pues es preciso trasplantarlos cuanto ántes en sitio conveniente, si no quieres que esa riqueza inmensa se pierda.

La prometí formalmente ocuparme de eso desde el dia siguiente y establecer un criadero junto á la huerta.

Descargada que fue la pinaza, la dejámos anclada y bien sujeta al punto que nos servia de muelle. La mayor parte de los efectos que contenia, trasladados por la rastra y las carretillas, quedaron interinamente depositados en la tienda, y los demas preparados para llevárnoslos á Falkenhorst, á donde mi mujer habia ido sola varias veces en todo ese tiempo para cuidar de los animales, que ya comenzaban á resentirse de nuestra prolongada ausencia.

No habiendo más que hacer emprendímos el regreso á nuestra umbrosa residencia, que anhelábamos volver á ver cuanto ántes, mi esposa por librarse del sol abrasador de la playa de Zeltheim, y los demas por descansar de tan continuas fatigas.

CAPÍTULO XVII.

Otro domingo.—El lazo.—Excursion al bosque de los calabaceros.—El cangrejo de tierra.—La iguana.

Durante nuestra permanencia en Zeltheim y á pesar de las contínuas ocupaciones que traian consigo los repetidos viajes al buque, no dejámos de santificar los domingos. El cuarto, caia el dia mismo que llegámos á Falkenhorst, y lo celebrámos con ejercicios religiosos y piadosas lecturas, que desarrollasen cada vez más en el alma de los niños los sentimientos de amor y de reconocimiento á Dios.

Conociendo la necesidad de que estos se distrajesen, por la tarde les permití entregarse á sus juegos favoritos, y como entraba en mis principios utilizar estas mismas diversiones, les recordé los ejercicios gimnásticos que tanto les agradaron el primer domingo, con los cuales queria desarrollar en ellos la fuerza y agilidad, convenientes en todo tiempo, y necesarias en la situacion en que nos encontrábamos. Al ejercicio del arco añadí los de la carrera, el salto, la subida á los árboles, ya escalando su tronco, ó ascendiendo por medio de una cuerda como los marineros cuando trepan á los mástiles. Cuando se agotaron estos juegos, en los que desplegaron mis hijos su destreza, les propuse otro enteramente desconocido para ellos, el del *lazo,* arma poderosa muy usada en la América meridional, y en particular en la caza del tigre. Para explicárselo prácticamente dispuse que me trajesen dos balas de plomo del más grueso calibre: las taladré con un punzon, y ensartándolas en una cuerda de unos seis piés de longitud, fijé cada una de las balas á su extremidad.

—Aquí teneis, dije á los niños, que miraban lo que hacia llenos de curiosidad, un arma sencillísima y que os podrá ser útil en algun caso. Como veis es una especie de honda; pero el peso que en sí lleva, en vez de golpear el objeto contra el cual se despide, retrocede sobre sí mismo, y enlaza y sujeta de una manera indisoluble el punto que alcanza. Con este motivo les conté el uso que hacen los mejicanos de estos lazos para coger caballos montaraces; mas como



Excursion al bosque de los calabaceros.

todavía no acabasen de comprender los efectos del lazo, hice en su presencia la prueba, y con la mano derecha despedí una de las balas á un arbusto poco distante, reteniendo la otra con la izquierda; y ya fuese casualidad ó destreza, la bala, revolviéndose sobre sí misma, enlazó el tronco como si fuera con nudo corredizo, que se apretó cada vez más tirando de la cuerda cuya extremidad tenia cogida.

—Ya veis, les dije, haciéndoles aproximar al arbusto, si este tronco hubiera sido la cabezá de un tigre ó el cuello de un caballo, lo mismo los hubiera sujetado.

Este experimento bastó para que el ejercicio cayese en gracia. Federico adquirió en él grandísima habilidad, que deseé imitasen en lo posible sus hermanos, pues esta arma podia llegar á ser un gran recurso y suplir las de fuego si las municiones llegasen á agotarse.

Como al dia siguiente el mar estaba agitado y el viento y oleaje eran muy fuertes, no tuve por conveniente embarcarme, y permanecímos juntos todo el dia, empleándole en mejorar nuestro establecimiento. Mi esposa me hizo ver cuanto habia hecho durante mi ausencia, consistiendo en haber llenado un barril de hortelanos asados con la correspondiente manteca para la provision de invierno, y hecho panes de harina de yuca; advirtiéndome además que las palomas habian ya ánidado en la copa de la higuera, cuyos nidos habia resguardado con un tejadillo para que estuviesen abrigados los pichones; por último, volvióme á recordar su pesadilla de los arbolillos de Európa que tenia al fresco. En seguida busqué terreno á propósito para disponer el criadero, preparándolo en surcos con ayuda de los niños, y plantámos los frutales, con lo que quité un peso de encima á mi esposa.

Casi todo el dia se invirtió en esta tarea, y cuando fuímos á cenar noté que escaseaban las vituallas, pues no habia en la mesa mas que patatas, yuca y leche, por lo que resolví que al dia siguiente saldríamos á caza, por si la suerte nos favorecia para proveer la despensa. No bien amaneció ya estábamos de pié, porque esta vez todos quisieron ser de la partida, incluso mi esposa, pues además de no conocer la tierra, tenia gusto en dar ese paseo. Despues del desayuno, bien armados, y llevándonos el trineo tirado por el burro, para traer más cómodamente el producto que esperaba sacar de la cacería, emprendímos la marcha. Turco, con su coraza de puerco espin, rompia la marcha; mis tres hijos mayores, armados con carabinas, seguian despues; la madre, conduciendo el asno del diestro, y el pequeño Franz, formaban el centro; y á alguna distancia, seguia yo cerrando el acompañamiento que hacia más grotesco maese Knips cabalgando en la pacientísima Bill.

Seguímos desde luego costeando el Pantano de los flamencos. A cada paso mi esposa se entusiasmaba ante la admirable vegetacion que por doquiera se desplegaba, y la grandísima elevacion de los árboles que crecian en este sitio. Cosa de

una hora habria que caminábamos, cuando oímos un arcabuzazo. Era Federico que habia disparado á un pájaro grande, que cayó herido á corto trecho de nosotros entre la yerba. Aun en este estado no se dejaba coger, defendiéndose valientemente con las patas y las alas de las embestidas de los perros que le acosaban; pero al fin hubieran estos acabado con el ave rebelde á no llegar yo á tiempo de echarla con precaucion un pañuelo por la cabeza. Privada así de la luz cesó en su resistencia, y nos hicímos dueños de ella. Examinéla con atencion, y reparé que sólo estaba herida en un ala. Se la sujeté con un cordel, así como las patas, y la llevámos en triunfo hasta el trineo, donde nos aguardaba el resto de la familia.

—¡Qué ave tan hermosa! exclamaron á la vez mi esposa y los pequeños al vernos tan cargados, porque el pajarraco pesaría á lo ménos treinta libras.

—¡Lo ménos es un águila! dijo Santiago.

—Papá, preguntó Ernesto, que la examinaba con curiosidad, ¿si será un ganso-avutarda?

—Buen ganso te dé Dios, respondió con cierta mofa Federico; díme pues, ¿dónde tiene las membranas que á tu parecer son peculiares á los *palmípedos?*

—No te burles así de tu hermano, Federico, añadí; Ernesto tiene razon: es una avutarda; carece sí de las membranas que dices, y por eso se llama tambien pava-avutarda, aunque no tenga el espolon que caracteriza á las gallináceas.

—¡Ah! ya me acuerdo, dijo Santiago; este es uno de aquellos grandes pájaros que al pasar por aquí otra vez nos saltaron casi á las narices, y ni Ernesto ni yo pudímos matar ninguno. ¿Se acuerda V., mamá?

—En efecto, respondió la madre, tal vez sea uno de aquellos; pero es lástima cogerle porque quizá la pobre bestia tenga los polluelos entre estos juncos. Si por mí fuera, la soltaria.

—No pases cuidado por la cria, añadí; los pequeñuelos ya podrán por sí solos bandeárselas; además, deseo domesticar esta ave que cuando se cure hará buen papel en el corral; y en todo caso, si no se queria conservar, nos proporcionaria un buen asado.

Hecha mal ó bien la primera cura á la avutarda, se la colocó sobre el trineo; seguimos nuestra marcha, y llegámos al Bosque de palmeras, que ya se quedó con el nombre de Bosque de los monos, en recuerdo de la abundante provision de cocos con que estos nos regalaron en otra ocasion. Riéndose Federico contó de nuevo los detalles de aquella aventura á su madre y sus hermanos, que hubieran deseado se repitiese, y así los llamaban á voz en grito; pero ninguno acudia, y no habia medio de suplir su falta para hacer caer los cocos de los árboles, que eran altísimos; cuando de repente vímos caer uno á nuestros piés, luego otro, y despues otro. Alzámos la cabeza y dirigímos la vista á todos lados para ver quién nos alargaba aquellos frutos; pero nada se percibia y las hojas permanecian inmóviles.

—Esto es cosa de brujería, dijo Santiago; se parece á aquellos cuentos de hadas, donde, no bien se deseaba alguna cosa, ya la tenia uno delante, sin que se viese quien la traia.

No bien acabó la última palabra, cuando otro coco le rozó la cara, y otros siguieron cayendo, sin poder nadie atinar el enigma y causa del desprendimiento de este fruto, que estando más bien verde que maduro, no podia caer por sí mismo.

—Vamos, ya no queda duda, dije sonriéndome á los niños; en ese árbol hay un mágico oculto que se está divirtiendo con nosotros.

Federico, que se refugiara bajo del árbol para librarse de los proyectiles, exclama de repente:

—Ya está descubierto el mágico, y por cierto que es bien feo; venga V., papá, y le verá; tiene la cabeza larga, redonda, tan grande como mi sombrero, y unas garras que dan miedo; ya va bajando por el tronco.

Al oir esto Franz se agarró á la falda de su madre; Ernesto, que no las tenia todas consigo, miraba á todos lados con cierta inquietud. Santiago, el más valiente de todos, cogió la carabina por el cañon á guisa de maza, y todos llenos de curiosidad aguardámos la aparicion del mónstruo que nos anunciaba Federico. El tal, por cierto bien asqueroso, era un enorme cangrejo que empezó á andar sin asustarle al parecer nuestra presencia. Santiago le asestó al pasar un culatazo, pero no le dió, y la bestia, sin hacer caso del ataque, desplegando sus formidables garras, se fué derecho á su agresor, que espantado echó á correr chillando á más no poder. Burlándose sus hermanos de tan intempestivo miedo, se resintió el amor propio del chico, y volvió con nuevos brios. Queriendo suplir esta vez la astucia á la fuerza, se quitó la chaqueta, é hizo frente al enemigo; y cuando este estuvo cerca, se la tiró cubriéndole casi del todo. Conociendo que no corria peligro le dejé obrar; pero eran tan limitados los recursos del pobre Santiago para contrarestar los de su adversario, y como ya veia el momento en que el animal se iba á retirar tranquilamente llevándose por botin el vestido de mi guerrero, acerquéme para dar fin á la escena, aplicándole un hachazo que le dejó muerto en el acto.

—¡Qué bestia tan repugnante y horrible! exclamó Santiago recobrando la chaqueta. ¿Qué clase de mónstruo es este, papá?

—Es lo que se llama un cangrejo de tierra, y mónstruo ó no, le debemos los únicos cocos que se han podido coger. A pesar de sus fuertes garras y tenazas, este animal no puede partir el fruto que tanto codicia, y así lo corta á medio sazonar para comérselo despues tranquilamente, y con la esperanza además de que cayendo de tan alto se abra el coco y pueda más á su placer regalarse.

La fealdad del animal y el terror y luego la valentía de Santiago nos entretuvieron buen rato; colocámos al difunto mágico y los cocos en el trineo, y siguió la caminata; pero el bosque se espesó cada vez más, siendo preciso emplear el

hacha para separar los bejucos y demás maleza que cerraban el paso al vehículo. El calor se iba haciendo insoportable por falta de ventilacion, y así caminábamos silenciosos y cabizbajos, impidiéndonos la sed que nos secaba las fauces el uso de la palabra. Ernesto, ocupado siempre en sus observaciones, que nos seguia á alguna distancia, nos hizo detener de pronto exclamando:

—Alto. ¡Otro nuevo é importante descubrimiento!

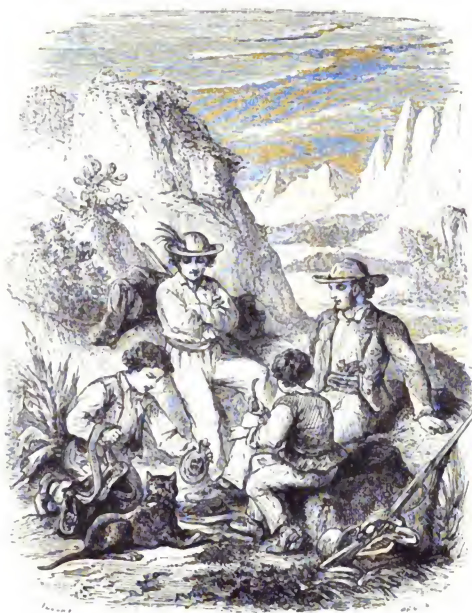
La caravana se paró, y acercándonos á Ernesto, este nos mostró, entre la maleza que se acababa de cortar para abrir paso unos bejucos de cuyo tallo manaba agua pura y cristalina; era en efecto la planta preciosa llamada bejuco de agua, que en América es un recurso precioso para apagar la sed de los cazadores. Trasportado de júbilo mi hijo por su hallazgo, tomó una taza de coco, la llenó de esta agua que brotaba de los tallos como el caño de una fuente, y corrió á ofrecerla á su madre, asegurándola que podia beberla sin reparo. La pobre, lo mismo que nosotros, estaba sedienta, y este don inesperado nos vino de molde.

—¡Ahí teneis, amigos mios, dije á todos, lo sabia y acertada que es la Providencia de Dios! Ordinariamente crecen estos bejucos en los sitios más secos y desprovistos de agua. Pues bien, el Señor la ha depositado en esas plantas para que el hombre que atraviesa esos desiertos pueda apagar su sed. Démosle pues gracias por ese nuevo beneficio, agradeciendo al propio tiempo el afan investigador de Ernesto; pues á no ser por él, quizá nadie hubiera reparado en este bien.

Refrigerados por la bebida, y con nuevas fuerzas para andar, torciendo un poco á la derecha, llegámos al Bosque de las calabazas y sitio en que nos detuvímos en otra ocasion. Federico, que se acordaba de cuanto le dijera al pasar por delante de tan extraños árboles, cuyo fruto sale del mismo tronco, repitió la leccion á sus hermanos, explicándoles el uso que se hacia de estas calabazas, y el partido que de ellas sacaban los salvajes de la América, así como los negros que no tenian otra vajilla; y uniendo la teoría á la práctica, comenzó á cortar y modelar algunas, labrando para su madre, que estaba cada vez más asombrada, varios utensilios que la agradaron muchísimo, tales como un canasto para los huevos, y una espumadera para sacar la nata de la leche.

A la sombra de estos árboles hicímos alto tanto para descansar como para comer, porque el hambre comenzaba á sentirse más de lo regular. Con las provisiones que traíamos y que se tendieron sobre la yerba, quedó satisfecho el apetito. Santiago bien hubiera deseado que se encendiese lumbre para cocer en una calabaza y asar luego el cangrejo al estilo de los salvajes, valiéndose de las piedras candentes en vez del fuego; pero, á más de los preparativos que esta operacion requeria, la incertidumbre de si gustaria cocido de esta manera, y sobre todo la falta de agua, le hicieron desistir de su proyecto.

Ernesto, que no se amañaba, ni adelantaba gran cosa en hacer platos y escu-



El hambre se hacia sentir y nos dimos por muy contentos con comer los restos del asado.

dillas, ántes por el contrario echaba á perder cuantas calabazas cogian sus manos, á pesar de mis instrucciones, que ya habian amaestrado á sus hermanos, con mi permiso salió á dar una vuelta por el bosque á ver si encontraba agua. De repente le ví acudir azorado y gritando:

—¡Papá! ¡papá! un jabalí, ¡un jabalí enorme!

Al oir semejante anuncio Federico tomó su carabina, yo le imité, y corrímos hácia el punto que nos indicara Ernesto, precediéndonos los perros. Los aullidos de estos, mezclados con un sordo gruñido de diferente especie, nos hicieron creer que se habia trabado la pelea, y ya me regocijaba con la importancia de la presa que nos iban á proporcionar, cuando sorprendido ví efectivamente á los alanos traer por las orejas á un animal de cerda, no al supuesto jabalí, sino á nuestra marrana, cuyo genio indócil y montaraz nos obligara á dejarla en el bosque para vivir á su antojo. Este incidente dió lugar á muchas bromas; Federico sintió el chasco y verse privado de la gloria de matar una fiera como se habia figurado. Ahuyenté á los perros, y libré al animal de lo que le sujetaba, poniéndose á comer ansioso una especie de fruto que abundaba sobre la yerba que allí crecia. Recogí uno, parecido á una manzana pequeña semejante al níspero en el buen olor y lo grato al paladar; y á pesar de la predileccion de la marrana por esta fruta, no me determiné á catarla hasta analizarla. Recogímos buena cantidad de la que estaba caida por el suelo, y una rama del árbol que la producia; y cuando observé al mono que la devoraba sin reparo, entónces se me quitó la aprension y la guardámos para postre, pareciéndonos muy sabrosa y delicada.

—Entre unas y otras, papá, dijo Federico, el dia se va pasando, y todavía no hemos hallado ninguna caza importante; y así me parece que convendria que mamá nos aguardase aquí con los pequeños, miéntras nos adelantábamos algun tanto.

Aprobé la idea; Santiago únicamente quiso acompañarnos; Ernesto se quedó con su madre, quien nos encargó no nos alejáramos mucho, y sobretodo que diésemos pronto la vuelta.

Nos internámos en el bosque, y Santiago, que iba delante, se detuvo de pronto exclamando con acento del más vivo terror:

—¡Papá! ¡un cocodrilo! ¡he visto un cocodrilo!

—¿Estás en tu juicio? le respondí, ¡cocodrilos en un sitio donde no se encuentra una gota de agua!

—Pues lo estoy viendo, continuó el pobre chico con los ojos fijos en un punto. ¡Allí está sobre una piedra, tendido al sol! Sin duda duerme, porque no hace el menor movimiento. Toda la facha es de cocodrilo, y sino...

Nos aproximámos con precaucion al punto donde señalaba mi hijo con el dedo, y al punto reconocí en el reptil que efectivamente estaba como aletargado al grandísimo lagarto verde que los naturalistas llaman iguana; animal de todo punto inofensivo, y cuya carne y huevos son un manjar exquisito. Tendria

unos cinco piés de largo, y estaba dormido sobre una roca. Al ver el mónstruo Federico iba ya á dispararle, cuando le detuve, haciéndole observar que la bala resbalaria por la escama del reptil sin herirle, exponiéndose sin fruto á que irritado pudiera hacerse temible:

—Déjame hacer, añadí; voy á ensayar un medio muy sencillo y sin exposicion para apoderarme de él.

Corté una rama bastante recia y otra delgada; até á la primera un bramante con un nudo corredizo á la extremidad, la cual empuñé con la mano derecha, miéntras que en la izquierda por toda arma llevaba la varita; fuíme aproximando despacio y callandito, y cuando estuve cerca del reptil, empecé á silbar á compas; primero débilmente, luego con más fuerza, hasta que despertó el animal; abrió los ojos, y escuchó al parecer con embeleso creciente estos sonidos acordes, que le produjeron una especie de letargo, durante el cual, sin moverse lo más mínimo, le eché el nudo al cuello, y continuando el silbido para que conservase el sopor, dí al cordel una leve sacudida que lo hizo caer de la roca, púsele el pié encima, y ayudado por los niños lo sujeté. Federico quiso entónces dispararle un tiro en la boca, porque, ya despierto el reptil, intentaba defenderse; pero deseando llevar hasta el extremo mi designio, dije á Federico que retirase el arma; y miéntras que la iguana, víctima de su aficion á la música, volvia hácia mi la cabeza, introdújele por la nariz la varita que llevaba, de donde empezó á salir tanta sangre, que á poco murió sin estremecimiento alguno.

Asombrados mis hijos del resultado preguntáronme si yo era el inventor de este medio de fascinar y adormecer las serpientes, á lo que les respondí que habia leido en varias obras de viajes aquel arte de matar la iguana, como muy usado en América; pero que nunca creí me saliera tan bien. Se trató luego de llevarnos el animal, y me lo eché al hombro con la cabeza por delante, miéntras los niños sostenian la cola detras, y así llegámos donde quedaran los bagajes, en cuyo lugar encontré á mi esposa inquieta por nuestra dilatada ausencia. La relacion de nuestra caza y la vista del monstruoso reptil la interesaron poco; mas el modo singular de capturarlo alimentó la conversacion por algun tiempo.

En esto se iba el sol poniendo, y se pensó en tocar retirada á Falkenhorst, ántes que la noche nos sorprendiese en el camino. Como el trineo tenia ya demasiada carga, y el asno no podia tirar de él sino muy despacio por lo desigual y escabroso del terreno, resolvímos dejar el vehículo, y cargar el asno con la iguana, el cangrejo y un saco de guayabas. En cuanto á la avutarda, como se la habia curado el ala lo mejor posible, con un cordel atado á la pata y con el aliciente de algunas migajas de pan de yuca, que mi mujer la daba de vez en cuando, consintió en seguirnos andando.

El camino nos pareció más corto á la vuelta, y aun no se habia ocultado el sol cuando llegámos á Falkenhorst. Miéntras que yo abria y preparaba la igua-

na los niños descargaron el asno, y dieron su lugar correspondiente á la avutarda al lado del flamenco. Mi esposa se puso á aderezar la cena, que no tardó en estar lista. La carne del reptil pareció á todos deliciosa; no sucedió lo mismo con el cangrejo de Santiago, que estaba correoso y de mal sabor, y hubo que dárselo á los perros. Hice en seguida la ronda de costumbre; se dió de comer á los animales, y despues de calentarnos al rededor de una buena lumbre, subímos al nido á disfrutar el reposo de que tanto necesitábamos.



CAPÍTULO XVIII.

Nueva excursion.—Gallo silvestre.—El árbol de la cera.—Colonia de aves.—El cautchú.—El sagotal.

Con facilidad se comprenderá que mi primera diligencia al siguiente dia fue ir en busca del trineo; más como al mismo tiempo tenia deseos de hacer una excursion al otro lado de la montaña por la curiosidad de saber hasta donde se extendian los límites de nuestro imperio, y si era verdadera isla ó cabo de algun continente el punto donde nos encontrábamos, llevé conmigo á Federico, el jumento y el perro, y bien armados y con un morral de comestibles á cuestas, partímos de Falkenhorst despues del desayuno, no sin cierta repugnancia de mi esposa, que se afligia siempre que alguno de nosotros se alejaba.

Al cruzar por un bosque de encinas, cuyas bellotas eran dulces, encontrámos á la marrana regalándose á su placer con tan sabroso cebo, y al aproximarnos se vino á nosotros demostrando á su manera la satisfaccion que tenia en vernos, reconocida sin duda del favor que la habia hecho la víspera librándola de los perros. Más adelante encontrámos muchos pájaros á cual más hermosos: Federico mató algunos, entre los que reconocí al grajo azul de Virginia, papagayos de dos especies, un guacamayo colorado, y una cotorra verde y encarnada. Miéntras que los examinábamos, oímos á poca distancia un ruido extraño parecido al de un tambor destemplado, junto con el de la lima al aguzar una sierra. La primera idea que nos ocurrió fue si aquello serian ecos de música guerrera de alguna horda de salvajes, lo cual por prudencia nos impulsó á emboscarnos en la espesura. Apénas nos habíamos internado, cuando, separando algo el ramaje que nos impedia la vista, descubrímos la causa del ruido; y juzgad de nuestro asombro al ver, en vez de los salvajes que temíamos, un gallo silvestre encaramado sobre el tronco de un árbol medio seco, ocupado en servir como de espectáculo á cosa de veinte gallinas de su misma especie que habian acudido á su reclamo,

admiradas al parecer de su gallardía y los recursos de que se valía para cautivar su atencion. Jamás habia visto ni leido descripcion alguna de escena semejante; cacareos modulados, movimientos de alas, y giros de cabeza, todo lo ensayaba de mil maneras el singular actor para agradar á sus oyentes; tan pronto agitaba las bellas plumas de su cuello con tanta violencia cual si augurase tempestad, como se quedaba en majestuosa quietud, dejando oir su canto agudo, y tornando á reproducir su pantomima, sin más objeto que atraer las hembras del contorno que iban acudiendo en tropel, hasta que impaciente Federico apuntando al pájaro coqueton en medio de su triunfo, y dejándole muerto en el acto, puso fin á la comedia, con que todas las gallinas huyeron despavoridas.

Reprendí á mi hijo tan inconsiderado ardor por la caza, diciéndole con aspereza:

—¿A qué viene ese prurito de destruir siempre y sin utilidad? Nos es permitida la caza, especialmente contra los animales dañinos, y para procurarnos alimento; pero matar por matar, hé aquí lo que no concibo ni puedo perdonar.

Federico se sonrió al oirme, si bien conoció la fuerza de mi reconvencion; sin embargo, como el mal era irremediable y el hecho estaba consumado, creí deber sacar el mejor partido posible, y le permití que recogiese su caza.

—En efecto, dijo el niño al traerla, es un soberbio galló que hubiera hecho un gran papel en el corral, á no ser por mi inconsiderada viveza.

—Y tan verdad como es, respondí; pero todavía se puede remediar esa pérdida. Cuando alguna de las gallinas esté clueca, traerémos aquí al mono: su instinto le guiará sin duda hácia algun nido de estas aves. Recogerémos los huevos y los confiarémos á las gallinas de casa para que los empollen, y así introducirémos en el gallinero otra especie de volátiles.

Se colocó el gallo encima del asno, y continuámos la ruta. Llegados al Bosque de los calabaceros, encontrámos el trineo tal como lo dejámos; y sin ocuparnos de él entónces, como aun quedaba bastante tiempo, resolví trasponer la montaña á fin de reconocer la parte de territorio que todavía no habíamos visitado. A la otra parte de aquella masa de rocas encontrámosnos en una frondosa vega, cuya vegetacion se asemejaba á la del ótro lado de la montaña. ¡Por do quiera árboles gigantescos y yerbas de una altura prodigiosa! Caminábamos con precaucion ojeando á derecha é izquierda, ya para que nada pasase desapercibido, ya para estar prevenidos contra cualquier peligro. Turco iba siempre de avanzada, el asno seguia con paso grave, y detrás nosotros con el arma sobre el hombro. De vez en cuando teníamos que salvar arroyuelos procedentes de la montaña que fecundaban el terreno, del cual brotaban planteles de yuca ó patatas. Manadas de agutis pacían tranquilamente, sin que les asombrase ni ahuyentase nuestra presencia. Adelantando algo más, en un pequeño monte bajo cuyos arbustos en su mayor parte me eran desconocidos, descubrí uno que llamó particularmente mi atencion. Sus ramas estaban sobrecargadas de bayas

blancas del tamaño de un garbanzo (1) cubiertas de una substancia pegajosa; y apretando una entre los dedos reconocí que era cera, y en la planta, el *myrifica cerifera*, ó árbol de la cera que la produce buena para hacer bujías. Celebré el descubrimiento, por lo que me lo agradeceria mi esposa, quien diariamente se lamentaba de la falta de luz durante la velada, qué nos obligaba á acostarnos á la puesta del sol, como las gallinas. Por lo tanto ántes de ir más léjos, entre Federico y yo recogímos las suficientes bayas para llenar un saco, de cuya conduccion se encargó el asno.

Prosiguiendo el camino mil interesantes objetos que á cada paso se nos presentaban hacíannos olvidar el cansancio; ora eran flores de belleza sin igual, que hubieran lucido en los más ricos jardines; ora mariposas cuyos variados colores competian con los de las flores; y por último, aves de todas formas y especies con los más pintados y brillantes plumajes. Habiendo Federico visto por casualidad un nido, trepó al árbol donde estaba, sacando de él un papagayo pequeñito de la última cria, que estaba ya para tomar el vuelo, y lo guardó en el seno con designio de criarle y enseñarle á hablar con el tiempo. Algo más léjos, vímos una especie particular de aves, que al parecer viven juntas en un grandísimo nidó. Aquel estaba esmeradamente labrado en el nacimiento de las ramas principales, y compuesto de paja, yerbas secas, musgo y tierra amasada, al abrigo del sol é impermeable á la lluvia. Tenia la forma de una grande esponja, á causa de las numerosas aberturas que daban entrada á las viviendas de cada pareja respectiva. Multitud de papagayos mezclados con los habitantes de esta colonia revoloteaban, disputando á los propietarios la entrada y posesion de sus nidos. La curiosidad me incitó á examinar de cerca tan interesante tribu para reconocer su especie, y asi dije á Federico que trepase al árbol para ver si podia coger vivo alguno de aquellos pájaros, como asi lo hizo, metiéndoselo en el bolsillo. Permanecímos largo rato admirando aquella nueva maravilla, y como se iba haciendo tarde, se estuvo en el caso de pensar seriamente en aprovechar el que restaba, suspendiendo la contemplacion de aquella colonia plumífera. Este encuentro hizo recaer la conversacion por el camino sobre lo que la historia natural refiere acerca de otros animales que viven igualmente en sociedad: trajímos á colacion la industria de las marmotas, y sobretodo la de los castores que edifican casas y pueblos, y aun diques y murallas capaces de resistir á las inundaciones hasta el punto de hacer variar el curso de los rios, para establecerse en las lagunas y pantanos que deja el agua al retirarse. Tambien se mencionaron las abejas, y lo que es más portentoso, los inmensos y artísticos hormigueros de América, que con increible paciencia lleva á cabo la especie de hormiga llamada *cephalote;* hormigueros que son otros tantos laberintos de más

(1) Se da el nombre de *baya* en botánica á todo fruto carnoso desprovisto de huesecillos. En lenguaje vulgar se limita esta denominacion á los frutos pequeños, pero en el científico se comprenden todos (*Nota del Trad.*).

de seis piés de profundidad, por otros tantos de extension, cuyas paredes y compartimientos están construidos con tal arte y solidez como si la inteligente mano del hombre los hubiese edificado.

Esta leccion de historia natural que mi hijo escuchaba con el más vivo interes, nos distrajo en términos que no reparámos en que así se retardaba la vuelta. Llegámos á ver otros árboles para nosotros desconocidos: tenian de cuarenta á sesenta piés de elevacion, y de su resquebrajada corteza salian globulillos de una goma espesa. Federico desprendió uno con trabajo porque la goma se habia endurecido con la accion del aire; sin embargo, conservándolo en la mano, el calor lo fué dilatando; quiso despues romperlo, mas no pudo, y al soltar una de sus partes, el todo recobró su primera forma. Sorprendido del descubrimiento se vino hácia mí diciendo:

—¡Papá! ¡he encontrado goma elástica!

—¡Será posible! dije; si es cierto, has hecho un descubrimiento bien precioso.

Mi hijo creyó que hablaba en broma.

—Ya veo, prosiguió. ¿Para qué nos puede servir la goma elástica? como no tenemos que dibujar, nada hay que borrar con ella.

—Te he hablado formalmente, le dije; el árbol que tienes delante es el que llaman del cautchú.

Referíle las diferentes aplicaciones de esta goma, que no sólo sirve al dibujante, sino que con ella se labra un tejido impermeable, añadiendo que nos podria servir para obtener calzado á propósito para la estacion de las lluvias, impenetrable á la humedad.

Como estas palabras llamaron la atencion del niño, fue preciso explicarle el medio de llevarlo á cabo.

—El cautchú, proseguí, es la misma goma desprendida del árbol que estamos viendo; cae gota á gota, y se la recibe en vasijas, donde no se la deja solidificar, trasladándola á otras de barro, que se ponen al humo de un fuego de leña verde, por lo cual toma el color negro con que se conoce en Europa. Despues por medio de moldes se la da la forma que se quiere, uniendo capas sucesivamente, por cuyo sencillo procedimiento, que la experiencia te demostrará, verás como obtenemos calzado y ropa impermeables, que nos será de la mayor utilidad.

La esperanza de poderse calzar pronto botas con las que impunemente se pudiesen hollar los cardos y otras plantas espinosas, dió nuevo ardor á nuestras piernas. Nos internámos algun tanto más por un bosque sin fin, donde se hallaban reunidos árboles de mil especies. Por los cocoteros brincaban y gesticulaban infinidad de monos de todos tamaños, que nos fuéron arrojando cocos hasta hacer una regular provision. Entre las palmeras que los producian reparé en algunas de menor elevacion, cuyas hojas cubiertas de una especie de polvillo

blanco me hicieron presumir que aquellos árboles serian verdaderos sagotales; y para cerciorarme, hice con el hacha una cortadura ó incision en uno de los troncos que el viento habia derribado, y encontré dentro una médula blanca harinosa, que era efectivamente el tan celebrado sagú, que de las Indias se transporta á Europa (1). Gozoso con el descubrimiento, como con cualquier otro que se relacionase con nuestra subsistencia, entre mi hijo y yo acabámos de abrir el tronco en toda su longitud, y sacámos cerca de veinte y cinco libras de tan preciosa fécula. Esta tarea nos ocupó más de una hora; y como el hambre y la sed nos aquejaban, y era menester pensar en el retorno, juzgué prudente fijar allí el límite de nuestra investigacion. Nos encaminámos hácia el mar, y atravesando el promontorio ya conocido, nada nuevo encontrámos sino lozana y rica vegetacion por todas partes; los mismos sitios ya vistos, la misma soledad, y ninguna huella que revelase la existencia de algun sér humano. Volvímos por donde habíamos ido, llegando al Bosque de las calabazas en que dejáramos las provisiones. Nos detuvímos en él para comer y reposar un rato; y despues de colocadas en el trineo nuestras riquezas, y de uncir el asno al vehículo, emprendímos el camino de Falkenhorst, reuniéndonos á poco con la familia que nos aguardaba, inquieta por tan prolongada ausencia.

Al vernos mi esposa sin la menor novedad, recibió como un especial favor la nueva harina que la traíamos. El lindo papagayo encarnado y verde que Federico puso de manifiesto; la historia de las aves que vivian en sociedad; la del gallo silvestre, y sobretodo, la del cautchú, que con el tiempo nos proveeria de calzado impermeable, y lo demás ocurrido, fue el objeto de conversacion durante la cena que no tardó en ser servida. La buena madre no se cansaba de dar gracias á Dios por sus inefables bondades, prestando particular atencion sobre las bayas de cera, contenta con la idea de tener al fin luz para las veladas.

Despues de la cena, y al cerrar la noche, subímos á la habitacion aérea, y retirando la escala como de costumbre, nos entregámos al apetecido descanso.

(1) Más adelante vuelve á hablar el autor de este árbol y de su preciosa fécula y allí darémos una sucinta explicacion en otra nota (*Nota del Trad.*).

CAPÍTULO XIX.

Bujías.—Manteca de vaca.—Ornato de Zeltheim.—Último viaje al buque.—Arsenal.

Apénas amaneció el siguiente dia, cuando mi esposa y los niños no me dejaron á sol ni á sombra, como suele decirse, hasta no emprender la fabricacion de bujías. Erame desconocido el oficio de cerero; sin embargo, alguna que otra vez habia visto hacer velas, y apelando á mis recuerdos me propuse salir airoso en mi empeño.

Dispuse que se mondasen perfectamente las bayas, las cuales iban los niños echando en una caldera puesta al fuego. El calor del agua derritió la cera que las envolvia, cayendo por su propio peso al fondo de la caldera, miéntras que la cera se mantenia en la superficie del agua, y con un cucharon la pasé á un puchero vidriado inmediato á la lumbre para que la cera no se cuajase. Cuando estuvo casi lleno mi esposa fuéme dando las mechas que hiciera con hilachas de lona, las cuales iba sumergiendo en la cera líquida, colgándolas luego en las ramas del árbol para que se secasen, y repitiendo diferentes veces la misma operacion logré dar á las bujías un grueso regular. Aquella misma noche encendímos una, y si bien la luz no era completamente pura y las velas carecian de la igualdad y lisura de las de Europa, al ménos prestaban su servicio, y nos permitian prolongar la velada y dilatar la hora de acostarse, hasta más tarde de lo que se acostumbrara hasta entónces.

El buen éxito del ensayo alentóme á emprender otra fabricacion. A mi esposa la pesaba se malograse diariamente la nata de la leche que producian la vaca y las cabras. De buena gana la aprovechara convirtiéndola en manteca; pero la faltaba un utensilio absolutamente indispensable: el batidor para cuajarla. Como no me juzgaba con habilidad bastante para labrarlo, ocurrióseme suplirlo con un procedimiento empleado por los hotentotes para lograr ese objeto, y que recordaba haber leido en no se qué parte. Estos salvajes sacan la manteca llenando de nata un odre, dándole muchas vueltas á fuerza de brazo con movimien-

lo regular. Al odre sustituí una gran calabaza dividida en dos mitades iguales, llenelas casi de nata, cerré herméticamente la vasija, y atando por sus cuatro puntas á otras tantas estacas fijas en el suelo un pedazo de lona cuadrado, coloqué en el centro la calabaza, encargando á dos de los niños movieran lenta y regularmente el lienzo, como si mecieran una cuna. Este ejercicio les sirvió de diversion, y al cabo de una hora de traqueteo, al abrir la calabaza encontrámos la nata convertida en manteca consistente y exquisita, que mereció la aprobacion de todos, reputándola como un nuevo regalo.

Pero era nada en comparacion de otra obra que emprendí, y que más de cuatro veces estuve por abandonar. Fue la construccion de un carro destinado á sustituir al trineo, que por su conformacion no podia servir para toda clase de terrenos, y con especialidad cuando eran escabrosos. Eché á perder mucha madera, y al fin, al cabo de muchos dias de trabajo y de estropearme las manos poco acostumbradas á manejar el hacha y la azuela, obtuve un carreton informe de cuatro ó cinco piés de longitud y anchura proporcionada, al que adapté dos ruedas de una cureña de los cañones del buque, con una baranda de cañas de bambú para sostener la carga. Aunque tosco, pesado y mal perjeñado, aquel vehículo nos prestó grandes servicios en lo sucesivo.

Miéntras así me ocupaba en el acrecentamiento y mejora del ajuar, mi esposa é hijos no estaban ociosos. Sin más que vigilar de vez en cuando y dirigir sus trabajos, fuéron poco á poco hermoseando los alrededores de la habitacion, trasplantando del criadero, donde provisionalmente yo los pusiera, los árboles de Europa procedentes del buque, colocándoles con inteligencia en parajes donde prosperasen más según su naturaleza. La parra, por indicacion mia, se plantó al pié de nuestro gran árbol para que sirviese de enredadera y nos guareciese de los rayos del sol; los castaños, nogales y cerezos se plantaron en dos hileras, formando calle desde el Puente de familia á Falkenhorst. El centro de esta alameda, destinada á paseo, se dispuso lo mejor posible, arrancando la yerba, nivelando el piso y construyendo con grava y arena que el arroyo proporcionaba una calzada sólida y permanente, con poyos de trecho en trecho para descansar.

Como la naturaleza habia desheredado la residencia de Zeltheim, nuestros esfuerzos se dirigieron á mejorar y embellecer este punto, que podia llegar á ser un sitio de refugio en caso de peligro. A fin de conseguirlo, nos trasladámos allí por algun tiempo. Para suplir la aridez que allí reinaba, guardando siempre cierta simetría agradable á la vista, se plantaron los árboles que más calor necesitaban, como cinamomos, limoneros, manzanos, granados, alfónsigos, almendros, morales é higueras chumbas. Con esto varió completamente el aspecto de aquel suelo agreste y desolado, convirtiéndose en ameno y florido vergel la estéril y abrasadora playa que allí ántes se encontraba. A más, como Zeltheim para nosotros no era solamente un sitio ameno, sino lugar de asilo en caso de necesidad, don-

de estaban los repuestos de armas, municiones y comestibles, no contentos con la parte de recreo pensámos igualmente en lo respectivo á su defensa, haciendo allí una especie de plaza fuerte, para lo cual se cercó con una valla impenetrable compuesta de zarzas y otros arbustos espinosos, que al mismo tiempo que favoreciesen con su sombra la vegetacion del pasto, sirviesen de defensa, no sólo para impedir la entrada á las fieras ó cualquier otro animal dañino, sino hasta para sostener un asedio formal, si las circunstancias obligasen á encerrarnos contra los salvajes que pudieran atacarnos y á quienes fuera dificultoso salvar aquella muralla natural. Igualmente se fortificó el puente cuyas tablas se levantaban para interceptar el paso, y en un collado que dominaba ambos puntos se construyó una batería que se artilló con los dos pedreros de la pinaza. Zeltheim quedó pues convertido desde entónces en verdadera ciudadela.

La ejecucion de estos trabajos nos ocupó más de tres meses, sin que se nos olvidase suspenderlos los domingos y demás dias festivos que la Iglesia prescribe. A los ejercicios piadosos de costumbre añadí especiales gracias al Señor por la salud y robustez de los niños, que léjos de alterarse por tan continuadas fatigas, por el contrario se desarrollaban cada vez más proporcionándoles el suficiente vigor, de tal manera que despues del rudo y asíduo trabajo de la semana, los dias de fiesta se entregaban á sus juegos y ejercicios gimnásticos, de saltar, correr, trepar por los árboles y echar el lazo; y así pronto me convencí de que el cambio de ocupacion sirve más de descanso que el reposo y sosiego.

Todo iba á pedir de boca en nuestra reducida colonia; contábamos con alimento sano, seguro y abundante; una sola necesidad era la que ya se iba haciendo sensible y la que más me inquietaba, que era el mal estado de la ropa tanto interior como exterior, y el modo de reemplazarla. A pesar del cuidadoso esmero de mi laboriosa esposa, todos los vestidos y ropa blanca se iban deteriorando á toda prisa. Sin embargo recordé que en el buque naufragado que tantas cosas nos proporcionara, quedaban todavía cajas de lienzo, paños y otras telas; pero la continuacion de tantos trabajos diferentes y en cierto modo indispensables me habia impedido hasta entónces hacer otro viaje. El deseo de saber el estado en que se encontraba el pobre buque y las necesidades apremiantes me decidieron á hacer con la pinaza una excursion marítima, que anuncié á mi esposa añadiendo que sería la última.

Aprovechando el primer dia de calma, puse el proyecto en ejecucion. Encontrámos el casco del buque casi en el mismo estado en que lo habíamos dejado despues de la explosion. Seguia encallado entre las rocas, con algunas tablas ménos que el viento y las olas habian desprendido y arrojado á la playa.

Recorrímos las cámaras en donde encontrámos cosas de provecho que fueron trasladadas á nuestra embarcacion; las piezas de tela y de paño no quedaron olvidadas, así como otros efectos que por falta de tiempo en los viajes anteriores habian sido postergados. Luego descendimos á la bodega, donde hallamos, como

ya me figuraba, barricas de brea, sebo y alquitran; barriles de pólvora y balas, dos cañones de regular calibre, y calderas grandes destinadas para un refino de azúcar. De estos objetos se embarcaron desde luego los de ménos peso y volúmen; los restantes se condujeron á remolque por medio de cables encima de toneles vacíos fuertemente trabados unos con otros. Fueron precisos muchos viajes diarios y emplear cerca de una semana para el trasporte de tanta riqueza. Por último, despues de haber hecho un alijo completo, y arrancado lo que era fácil desprender y podia utilizarse, como puertas, ventanas y sus marcos; cuando ya sólo quedó el casco pelado sin la más mínima cosa en sus entrañas, determiné volarle de una vez para que las olas nos trajesen á la playa toda su madera, logrando utilizar de ese modo hasta sus últimos restos. Los preparativos de esta operacion definitiva fueron bien cortos y sencillos; en la Santa Bárbara coloqué un barril de pólvora con la correspondiente mecha encendida para que durase algunas horas y nos preservara de la explosion. La corriente y la vela nos condujeron pronto á la Bahía del salvamento, donde se hallaban depositadas todas las riquezas últimamente adquiridas. Al desembarcar propuse á mi esposa llevase la comida á lo alto de la batería, desde donde á la simple vista distinguia el mutilado casco del buque. Accedió, y nos sentámos alegremente á la mesa esperando con ansiedad el momento de la voladura; y al oscurecer vímos de repente alzarse sobre las olas una inmensa columna de fuego, cuya claridad alumbró un gran espacio de mar; siguióse luego una detonacion tremenda: ¡era el postrer grito de agonía de la nave que se sumergia en el abismo, la rotura del postrer lazo que nos unia con la Europa...! A lo cual se siguió la mayor calma y el más profundo silencio, infundiendo en nuestros corazones una súbita tristeza en vez de la alegría con que contábamos presenciar la desaparicion del buque que habia sido nuestra habitacion, arrancándonos á todos copiosas lágrimas. Entónces conocimos lo arraigado que se encuentra en el corazon del hombre el sentimiento que se llama amor á la patria, que le adhiere y hace pensar siempre en el punto donde nació y pasó su infancia. Pensativos y cabizbajos nos volvímos á Zeltheim. La desaparicion de la nave nos impresionó tanto como si acabásemos de presenciar la muerte de un antiguo y querido amigo.

El descanso de la noche disipó en parte las lúgubres impresiones de la víspera. Levantámonos al rayar el dia, y sin perder momento nos encaminámos á la playa: el mar estaba cubierto de los restos del buque, por do quiera se veian vigas y tablones rotos ó enteros, los cuales fuímos recogiendo. Las grandes calderas de cobre así como los cañones flotaban tambien con el auxilio de los toneles vacíos que los sostenian. Todo se fué poco á poco acaparando. Las calderas nos sirvieron para guardar la pólvora, que así quedó más asegurada, vaciando en ellas con la precaucion indispensable cuanta contenian los barriles; eligióse sitio resguardado por las rocas para un arsenal de construccion, dispuesto en términos, que aunque acaeciese una desgracia no pudiera causarle el menor daño; se abrió

tambien un foso al rededor del polvorin para preservarlo de la humedad, rellenando con alquitran y musgo seco el espacio que quedaba entre las calderas y la tierra en que aquellas asentaban, precauciones sugeridas por mi esposa, á la que causaba espanto sólo imaginar los funestos resultados que pudiera tener una explosion.

Miéntras tan importantes trabajos absorbian nuestra atencion, mi esposa advirtió que los gansos y los patos habian hecho cria en la junquera por la turba de polluelos que en pos llevaban. Este aumento de volátiles causó gran satisfaccion á todos, y los niños los domesticaron pronto echándoles migajas de pan y desperdicios de la mesa.

Otra semana nos detuvieron en Zeltheim las últimas disposiciones que se tomaron para la completa seguridad de aquel punto y de los abastos y demás efectos que en él se custodiaban. Cuanto ántes deseábamos todos regresar á la morada aérea para encontrar el descanso y bienestar que allí nos aguardaba, y así, apresurando la salida, en alegre caravana partímos para Falkenhorst.



CAPÍTULO XX.

Viaje al interior.—Vino de coco.—Fuga del asno.—Búfalos.

Al pasar por la alameda que conducia desde el Puente de familia á Falkenhorst, encontrámos la mayor parte de los árboles torcidos y hasta algunos tronchados por el viento, y para sostenerlos y evitarlo en lo sucesivo, determiné ir al dia siguiente al otro lado del promontorio á buscar cañas de bambú para hacer estacas que asegurasen los troncos demasiado tiernos para resistir la violencia de los vientos. Cuando anuncié mi proyecto para el otro dia, todos quisieron ser de la partida. La relacion que hiciéramos de lo hermoso y pintoresco de esta comarca aun desconocida del resto de la familia, tenia excitada la curiosidad general. Cada cual inventó un pretexto para acompañarme; mi esposa, el de buscar para las cluecas huevos de pava silvestre y renovar la provision de cera para hacer bujías; Santiago deseaba comer guayabas, y Franz cañas dulces: en una palabra, todos alegaban su razon más ó ménos especiosa para ser admitidos en la expedicion, la cual quedó fijada para la mañana siguiente.

Salímos en caravana; el asno y la vaca uncidos á la carreta condujeron las provisiones y una vela para que nos sirviese de tienda de campaña, previendo que la ausencia se prolongaria algunos dias. Puestos en marcha atravesámos campos enteros de yuca y patatas, y luego el bosque de los guayabos, donde los niños se regalaron á su placer. La carreta considerablemente resentida por el continuo acarreo que habia sufrido rodaba dificultosamente por aquel terreno escabroso: el eje giraba con pesadez y con un rechinamiento capaz de lastimar el ménos delicado tímpano que nos obligaba á detenernos á menudo para untar con sebo los cubos que el grandísimo calor resecaba á cada instante, y á veces, no bastando esto, empleábamos el hacha y la paciencia para superar los obstáculos. Llegámos por fin al sitio donde se hallaba la colonia de aves, de que arriba hice mencion, que fue objeto de admiracion para mis hijos, y para Ernesto ocasion de lucir su erudicion, diciéndonos que los habitantes de ese nido se llamaban segun el sistema de Linneo *loxia socia,* y segun el de otro naturalista, *loxio gregoria;* nos hizo

además admirar la prevision de esas aves, cuyo principal alimento consistia en los tiernos frutos del árbol de la cera, por lo que habian fijado su domicilio en un paraje donde tanto abundaban. Mis hijos lo probaron, pero no les gustó, y así sólo se hizo provision de él para bujías, llenando dos sacos, y otros dos de guayabas, que mi esposa se proponia confitar. Pasámos luego por junto á los árboles del cautchú, y tuve buen cuidado de seguir haciendo en su corteza grandes y profundas incisiones, colocando al pié medias calabazas para que fuésen recibiendo el jugo gomoso que salia, del que pensaba sacar gran partido para la construccion de calzado impermeable.

Llegámos al bosque de las palmeras, y doblado el cabo, nos encontrámos con una vega la más fértil y deliciosa que se pudiera imaginar; á una parte se veía un espeso cañaveral de azúcar, y á otra, una alameda inmensa de bambúes y de palmeras; delante, el promontorio, y cerrando el horizonte el anchuroso mar y el azul del cielo que completaban la magnificencia del cuadro.

Tanto nos agradó aquel sitio que unánimemente se eligió por centro y punto de partida para las futuras excursiones, y estuvo en poco el establecernos en él abandonando la morada aérea de Falkenhorst; pero como no ofrecia la seguridad de que allí se disfrutaba, pronto se renunció al proyecto inspirado solamente por el capricho de un momento.

Descargáronse las bestias, y se tomaron las oportunas providencias para pasar la noche y quizá más de un dia en aquel ameno valle. Despues de una ligera refaccion, cada cual la tomó por donde mejor le vino; unos á coger cañas dulces, otros á cortar bambúes, objeto primordial de la excursion, mondarlos, reunirlos en haces y echarlos en la carreta. Esta tarea y el cansancio natural que en sí llevaba fué aguzando insensiblemente el apetito de la familia menuda, y como aun no estaba lista la comida, tuvieron que contentarse con la caña dulce y cocos de que estaban atestados los árboles. Desgraciadamente faltaban entónces el mono lleno de coraje y el cangrejo hábil que hiciesen la recoleccion como en otras ocasiones; el fruto codiciado estaba á más de ochenta piés de elevacion, y no habia medio de alcanzarlo. Federico y Santiago intentaron subir á uno de los árboles, pero llegados á cierta altura, cansados lós brazos que no podian abarcar tan gruesos troncos, se escurrieron dejándose caer al suelo avergonzados de su poca destreza. Sin embargo pensaban repetir la ascension, cuando acudí á su auxilio, supliendo con mi experiencia la poquedad de sus fuerzas. Les dí unos pedazos de piel de tiburon, que previendo el caso traia, para que se los liasen á las piernas, enseñándoles al mismo tiempo el modo de ayudarse para la subida con cuerdas que rodeasen el tronco con un nudo corredizo, medio que emplean los negros en América, y que sirvió á los niños para trepar con facilidad hasta lo más alto de la copa del cocotero, desde donde, valiéndose del hacha corta que llevaban al cinto, hicieron caer una lluvia de cocos que sirvieron para postres.

Federico y Santiago, únicos que treparon á las palmeras, ufanos al bajar de su exclusiva hazaña, echaban en cara á Ernesto con chanzonetas su pereza, pues el doctor se habia entretenido en contemplar á sus hermanos; y como discursivo dejaba sin respuesta las pullas que aquellos á menudo le soltaban, picados cada vez más de la indiferencia con que las recibia. De repente se levanta y dirigiendo su vista á las copas de las pálmeras, toma una hacha, un vaso de hojalata y una taza de coco, viniendo á pedirme que la hiciese un agujero para colgársela de un boton. A todos admiró tan extraño como al parecer ridículo deseo, y más cuando nuestro hombre con aire grave se adelantó, dirigiéndose primero á su madre y luego á todos nosotros:

—Señora y caballeros, dijo, confieso que trepar á un árbol es muy trabajoso y nada grato; pero puesto que honra tanto á los que á esto se ejercitan, deseo ser uno de tantos, y ver si por este medio puedo granjearme la benevolencia general y hacer algo que redunde en beneficio de todos.

—¡Bravo, respondí, bien por Ernesto!

Sin cuidarse de mi exclamacion aproximóse á una de las más altas palmeras que habia estado examinando, y atándose á las piernas la piel del tiburon comenzó á escalar el árbol. No pudo ménos de asombrarme la agilidad y destreza con que trepaba. Sus hermanos se echaron á reir viéndole elegir un árbol que no tenia fruto, y tuvieron la malicia de no advertirlo hasta que le vieron en lo más alto. Sin responderles Ernesto llegó á la copa, y sentado entre las palmas sacó la hachuela é hizo caer á nuestros piés gran cantidad de cogollos de hojas tiernas y apretadas, que conocí al instante ser el sagu palmista, manjar delicadísimo, que se aprecia mucho en América.

El hábito reflexivo de Ernesto le habia hecho recordar lo que habia leido en la historia natural. Sabía que existian infinitas clases de palmeras, unas que producian cocos y otras que criaban en su parte más elevada cierto ramillete de hojas que contenian una fécula muy apetecida de los indios, la cual acostumbra comerse en América como ensalada.

Los demás de la familia, no tan entendidos como Ernesto en historia natural, redoblaron las bromas al ver los ramos que nos enviaba el doctor.

—¡Vaya una gracia! díjole su madre; como no has encontrado cocos, te vengas en mutilar ese pobre árbol.

—Despacio, mamá, despacio, respondió sosegadamente Ernesto; lo que he cortado vale la pena y tiene su mérito; y emplúmenme si lo que voy á bajar no vale más que todos los cocos habidos y por haber.

—Tiene razon Ernesto, añadí; lo que acaba de hacer es una prueba del fruto que ha sacado de sus lecturas, y en vez de burlaros de él deberiais admirarle y darle gracias encima. No es tan vivo como vosotros, continué dirigiéndome á sus hermanos, ni llega con mucho á nuestra fuerza y destreza, si bien acaba de dar una prueba de ella; pero en cambio es más reflexivo y estudioso: todo lo exami-

na y compara, y así es como casi exclusivamente le debemos los más preciosos descubrimientos con que la Providencia nos ha favorecido. Desconfiad, queridos mios, proseguí, y por Dios no déis entrada en vuestros pechos al espíritu de envidia y rivalidad que tiende á desarrollarse entre vosotros, y que os hace desatender lo que no está á vuestro alcance. De esa manera os exponeis á mostraros injustos á cada paso, y lo que es aun peor, ingratos. Bien unidas y conformes vuestras buenas cualidades respectivas, y confundiendo, por decirlo así, en un solo y compacto grupo todas las facultades físicas é intelectuales, es como lograréis triunfar siempre de cuantos obstáculos se presenten y tengamos que vencer en nuestro aislamiento y soledad. Espero que en adelante Ernesto sea la cabeza y vosotros los brazos de la colonia. Para él, el pensamiento; para vosotros, la accion. Pero ante todo, unidos siempre, unidos; en la union consiste la fuerza.

Durante mi pequeño sermon que creí oportuno en aquella coyuntura para cortar de raíz un mal gérmen que descuidado hubiera sido difícil de extirpar, Ernesto permanecia impávido, sentado en la palmera y como esperando algo, que desde abajo no podia distinguirse.

—¿Qué diantres estás haciendo? le dijo Federico en tono formal, ¿nos vas á echar algo más de los palmitos?

—Nada de eso, respondió riéndose; únicamente espero traeros con qué remojarlos, un vinillo excelente que juzgaréis luego; pero lo malo es que va más despacio de lo que deseo.

Al oir esto noté en el auditorio nueva incredulidad y risas, aunque reprimidas, recordando mis anteriores palabras; pero Ernesto, para acallar á sus hermanos, se apresuró á descender, y una vez en tierra, tomando la taza de coco vertió en ella un licor transparente y sonrosado del que estaba medio lleno el vaso de hojalata que se llevara. En seguida con ademan atento me ofreció la taza, invitándome á probar el contenido. Era en efecto el vino que produce la palmera parecido al de Champaña y que conforta sobremanera cuando se toma moderadamente. Pasó luego la taza á su madre y despues á sus hermanos, que al probarle, avergonzados de las pasadas burlas, dirigieron mil cumplidos y satisfacciones á Ernesto, á quien el voto universal de aprobacion y las caricias de su madre recompensaron ámpliamente la mofa de que fuera objeto.

El sol entre tanto iba declinando y se hacia preciso pensar en disponer la tienda para pasar la noche. Miéntras fijábamos las estacas y se ataba la vela que habíamos traido de Falkenhorst, el asno, que pacia tranquilamente al pié de un árbol, de repente echó á correr como asustado por aquellos campos, sin que nadie pudiera detenerle, y rebuznando espantosamente, dando saltos y repartiendo coces á derecha é izquierda, se internó en el bosque hasta que le perdímos de vista.

Sin comprender la causa del incalificable y súbito terror del cuadrúpedo, azuzé á los perros para que le persiguierán: hasta nosotros mismos fuímos de-

tras de ellos; mas sea que no nos comprendieran ó no acertaran á encontrar las huellas del fugitivo, lo cierto es que despues de mucho andar de una parte y otra y sin resultado, nos volvímos sin él. Esta fuga imprevista me desazonó, tanto por lo indispensable que nos era aquella bestia, como por la aprension que me entró de si su repentino vértigo pudiera atribuirse á la proximidad de alguna fiera que pudiese atacarnos.

Como medida de precaucion, mandé encender una hoguera delante de la tienda, con la prevencion de que ardiera toda la noche, y á falta de leña seca para alimentarla, eché mano de las cañas dulces que nos sirvieron de blandones que alumbraban al paso que nos protegian.

Con estas precauciones, y tener prontas las armas de fuego, cenámos y nos recogímos en la tienda, que cubierta de ramaje y musgo asemejábase á las de los salvajes de la América. La noche estaba fresca, y el calor que difundia la hoguera no nos venía mal; sin embargo, nos acostámos completamente vestidos, y como estábamos cansados, el sueño no tardó en presentarse, si bien lo ahuyenté velando gran parte de la noche. Cuando se apagó la hoguera encendí las cañas, y tranquilo por la brillante claridad que despedian, me eché á dormir hasta la madrugada; afortunadamente nada vino á turbar nuestro reposo.

El nuevo sol nos encontró ya á todos listos: dímos gracias al Señor por la proteccion que nos habia dispensado, y nos desayunámos con leche y queso de Holanda. En seguida pensámos en el pobre asno, que aun no se habia presentado, y como me era tan indispensable, determiné buscarle á todo trance, aunque fuera necesario abrirme paso por los enmarañados y espesos bambúes que tenia delante y por los cuales se entrara. Santiago no podia darse cuenta ni concebia el motivo que obligara al animal á dejarnos tan bruscamente y echar á correr al desierto, expuesto á que lo devorasen las fieras, diciendo que se habia hecho indigno de que nos molestásemos en buscarle. Sin hacer caso de sus razones, anunciéle que él era justamente el designado para acompañarme en esta expedicion, y como los perros debian tambien ir con nosotros, decidí que Federico y Ernesto se quedasen al cuidado de su madre y hermanito. La preferencia que dí á Santiago le envaneció, y ambos bien armados y con abundantes provisiones emprendímos la marcha.

Al cabo de andar más de una hora y de registrar infructuosamente los alrededores salímos á una anchurosa vega donde la casualidad nos deparó las huellas de nuestro fugitivo, mezcladas con otras que indicaban la pezuña de un animal más fuerte; mas á poco unas y otras desaparecieron entre la maleza y varios arroyuelos que obstruian el paso.

Caminábamos pues á la ventura, examinando atentamente la llanura que solitaria y silenciosa se extendia á nuestra vista; alguna que otra ave que cruzaba era el único ser viviente que se divisaba. Una majestuosa cordillera de montañas se elevaba á la derecha; otras, cuyos bajos presentaban variadas y caprichosas for-

mas, miéntras las más altas se confundian en las nubes. A la izquierda se prolongaba una serie de colinas tapizadas de verdura, y un arroyo cristalino surcaba por el centro como una ancha cinta de plata. Perdidas las esperanzas, estábamos ya para volvernos cuando reparé á lo léjos como una manada de cuadrúpedos al parecer del tamaño de un caballo, cuya especie no pude distinguir al pronto. Con la ilusion de que quizá el asno se hubiese juntado á ellos, dirigímonos por donde estaban; y para abreviar el camino atravesámos por entre unos bambúes, cuya caña gruesa como el muslo de un hombre no bajaba de treinta piés de altura. No me disgustó hallarlos sabiendo el gran partido que puede sacarse de tan precioso vegetal cuando llega á esa magnitud, con el que los indios hacen barricas, mástiles para las embarcaciones y otras cosas útiles. Sin embargo, el atajo pudo habernos sido funesto, pues al salir de él nos encontrámos de repente, y á distancia de treinta pasos, con una manada de búfalos, de aspecto formidable. Conocia la ferocidad de estos animales en su estado bravío, y estremecíme, quedando como petrificado al verme frente á frente con tan terribles animales. Dirigí una mirada al pobre Santiago, y no pude contener las lágrimas. No obstante, estábamos demasiado cerca para pensar en retroceder, y era ya tarde y peligrosísimo huir. Los búfalos no fijaron su atencion en nosotros; quizá seriamos los primeros hombres que habian visto.

Al notar su aspecto tranquilo entreví la posibilidad de escaparnos, retirándonos despacio y sin ruido, y vuelto ya de mi primer espanto, estaba preparando la carabina cuando llegaron los perros que se habian quedado atras y nos buscaban ansiosos. A pesar de nuestros esfuerzos para contenerlos, á la vista de los búfalos arremetieron á ellos ladrando furiosamente. La manada se levantó asustada, y los mayores se adelantaron escarbando la tierra con las patas, amenazando con los cuernos y dando terribles bramidos precursores de una lucha desigual y espantosa en la que inevitablemente esperábamos ser víctimas. Mas no por eso Turco y Bill se intimidaron, dirigiéndose en derechura al grupo; con su instintivo plan de ataque se abalanzaron á uno pequeño que estaba algo separado de los demás, y le hicieron presa en las orejas: el bruto, bramando á más no poder por verse así cogido, hacia los mayores esfuerzos para zafarse de sus enemigos; acudió la madre en auxilio suyo y con sus largos y afilados cuernos hubiera indudablemente traspasado á cualquiera de los perros, si en aquel crítico punto me hubiera faltado resolucion; pero Dios me la concedió, y haciendo una señal á Santiago, que tambien tenia su carabina preparada y estaba muy sereno, disparámos á un tiempo sobre el rebaño, prometiéndome que á la explosion echarian á correr, y no me equivoqué, pues con gran satisfaccion nuestra, al oir los disparos, como si hubiera sentido el efecto de un rayo, la manada huyó despavorida con tal velocidad, que atravesó á nado el riachuelo que venía muy crecido, y sin parar de correr, en pocos instantes la perdímos de vista.

El búfalo quedaba sin embargo sujeto por los perros que no soltaban la pre-

sa, y su madre, aunque atravesada por dos balas, conservaba la suficiente vida para que los alanos pudieran todavía ser víctimas de su desesperado coraje, por lo cual se hacia preciso salir del paso: acerquéme, y un pistoletazo disparado al testuz casi á boca de jarro acabó con sus sufrimientos y su vida.

Entónces comenzámos á respirar desahogadamente: ¡habíamos visto la muerte muy de cerca, y ¡qué muerte!

Alabé á mi hijo por la sangre fria que habia mostrado en esta ocasion; y en efecto, en vez de llorar y amilanarse, lo que para mí hubiera sido lo peor, sin dejarse dominar por el terror disparó la carabina con la mayor serenidad del mundo. Le exhorté á que obrase siempre lo mismo en lances semejantes, en los que la presencia de ánimo es indispensable; pero no estábamos en el caso de alargar la conversacion.

Los perros seguian á vueltas con el búfalo, y temiendo que cansados al fin soltarian la presa, no sabiendo que hacerme para socorrerlos, y deseando no matar al búfalo, sino apoderarme de él vivo, para que domesticado sustituyese al asno perdido, viéndole cada vez más furioso, Santiago me libró del apuro sacando de su faltriquera el lazo de balas que le enseñara á manejar y que siempre llevaba consigo; lo despidió con tal destreza y enredó de tal manera las piernas traseras del animal, que tirando con fuerza de la extremidad de la cuerda logró derribarlo en el suelo; entónces pude acercarme, y separando los perros le trabé con un cordel los cuatro remos, con lo cual quedó el pobre búfalo inmóvil y vencido á nuestra disposicion.

—¡Victoria! ¡victoria! exclamó el niño: papá, ya tenemos un hermoso cuadrúpedo que reemplazará con ventaja al estúpido burro, y uncido á la carreta hará buena pareja con la vaca. ¡Qué dirán mamá y los hermanos cuando vean ese nuevo cautivo!

—Paciencia, amiguito, paciencia, que falta el rabo por desollar. Aun no lo hemos visto uncido á la carreta. Le ves tendido, ¿díme ahora cómo lo sacamos de aquí?

—¡Toma! muy sencillo, ¿hay más que desatarle? y andará por su pié.

—Segun eso, crees que si lo soltamos nos seguirá obediente como un cordero.

—Los perros le harán entrar en vereda.

—¿Y si les pega una coz y echa á correr á escape? Buena la habríamos hecho. Tú no piensas que nos las habemos con un animal bravío, y me parece que lo mejor será emplear un medio usado en Italia para dominar los toros silvestres, el cual imagino saldrá bien; es cruel, pero la necesidad obliga.

Despues de sujetar más fuertemente al búfalo y azuzar á los perros que hicieron nueva presa en las orejas del animal que así no podia mover la cabeza, con el cuchillo de monte le taladré el hocico y pasé por el agujero una cuerda que sirviese de freno para gobernarle y moderar su fogosidad. La operacion sa-



Me adelanté, y á boca de jarro le disparé un pistoletazo.

lió bien, y cuando se le restañó la sangre, tomé los dos cabos de la cuerda que hacian las veces de bridas, y el búfalo, completamente sometido y libre de sus ligaduras, me siguió sin resistencia, arrendándolo interinamente á un árbol sin temor de que se escapase.

En seguida me ocupé en despedazar la madre como Dios me dió á entender, privado cual lo estaba de los utensilios necesarios al efecto. Comencé por la lengua, la cual salé, así como las partes más carnosas de los lomos y las piernas, con sal que llevábamos; abandonando el resto del cadáver á los perros, que se lanzaron con avidez para devorarlo. Miéntras disfrutaban del banquete dirigíme al arroyo para lavarme, junto al cual nos sentámos á descansar y tomar un bocado. Varias aves de rapiña acudieron á disputar á los alanos los despojos del búfalo; vinieron despues nuevas bandadas, y entre estas y los perros á poco no quedó sino el informe esqueleto.

Entre estas aves reconocímos el buitre real, que se distingue por su bello collar de pluma, y el *calao*, llamado tambien pájaro rinoceronte á causa de la excrecencia huesosa que tiene en el pico (1). Fácil nos hubiera sido matar á algunos de aquellos pajarracos, y Santiago estuvo á punto de dispararles; pero le disuadí atendido el ningun interes que nos ofrecia, prefiriendo emplease el tiempo que nos quedaba en cortar con una pequeña sierra que llevaba algunos de aquellos bambúes gigantescos que teníamos á la vista. Entónces no se eligieron los más gruesos, con los que podian hacerse vasijas bastante capaces cortando de un nudo á otro; nos contentámos con elegir un haz de los pequeños, que destiné para moldes de bujías.

Reparadas un poco las faenas, con el alimento y el reposo pensámos en dar la vuelta, no queriendo prolongar más la inquietud de nuestra gente con tan larga ausencia. El búfalo, enfrenado por la cuerda que le sujetaba el hocico é intimidado por los perros, que no le perdian de vista, nos siguió como un cordero, y partímos en seguida con el pesar de no haber encontrado al asno, objeto principal del viaje.

(1) Este buitre real, *vultur papa* en lenguaje botánico, ó *urubi* como lo llaman los indios, pertenece á la clase de rapaces llamadas *Sarcoranfos* que se reconocen por las carúnculas carnosas que cubren la parte superior de la cabeza hasta el pico. Es originario de la América meridional, y su tamaño no excede al de un ganso.

El calao, *buceros*, no es exclusivamente carnívoro y pertenece á la familia de los odontóranfos, que habitan en las Indias, Africa y Nueva Holanda. La conformacion de su pico, que abulta en gran manera su cabeza, le impide remontarse mucho á pesar de sus grandes alas, y generalmente se le encuentra posado en árboles secos para abalanzarse sobre su presa (*Notas del Trad.*).

CAPÍTULO XXI.

El chacal.—Aguila de Malabar.—Macarrones.

Regresámos por el sendero de las peñas sin el menor tropiezo. El búfalo, al que desde luego habíamos cargado con las cañas, respingaba de cuando en cuando; pero el freno, que tan sensible le era, le hizo cada vez más obediente. Durante la caminata divisámos un gran chacal que salia de su madriguera, el que tan pronto como nos viera echó á huir más que de paso, y habiéndole dado caza los perros, pronto lo alcanzaron: era una hembra. Santiago quiso desde luego penetrar en la cueva por si encontraba los cachorros; mas como temia que el macho pudiera estar con ellos, disparé ántes un tiro dentro de la cavidad por si salia. Conociendo que no estaba en ella, mi hijo penetró. Turco y Bill le habian tomado la delantera, y los encontró devorando una camada de chacalillos, de los que con gran trabajo pudo salvar uno, que permití conservase para criarlo, lo que le puso muy contento. Era tan grande como un gatito, con el pelo de color de oro, lo que le hacia muy vistoso..

Este suceso ocasionó otro descubrimiento interesante: miéntras el chacal nos tenia detenidos, caté al búfalo á un arbolillo que reconocí al punto ser la palmera enana espinosa, que hacia tiempo buscaba y deseaba encontrar para plantarla como vallado al rededor de Zeltheim.

Era ya casi de noche cuando llegámos al campamento, donde encontrámos á la familia que nos aguardaba inquieta é impaciente. La vista del búfalo, nuevo huésped del que tan buen servicio se esperaba, llamó la atencion, y dió márgen á varias preguntas que nos obligaron á contar minuciosamente nuestra peligrosa aventura. Santiago, siempre fanfarron, bien hubiera deseado atribuirse el exclusivo honor de la captura, sin embargo hice la debida justicia al valor y serenidad que demostrara en la jornada. El hallazgo del chacalillo dió pábulo igualmente á la conversacion, y tanto fue lo que se habló, que llegó la hora de cenar y aun

no me habia tocado el turno de informarme de lo sucedido durante mi ausencia.

Refirióme mi esposa que nadie habia estado ocioso. Los unos se habian ocupado en cortar leña y caña dulce para las hogueras de noche, y otros en cortar la gran palmera en que se encaramó Ernesto con el fin de extraer la preciosa harina del sagú, añadiendo que durante su ausencia habia penetrado en la choza una cuadrilla de monos haciendo grandes estragos en ella; el vino de palmera, los cocos, las patatas, todo lo habian comido ó destrozado incluso el cercado, en términos que al regresar la familia de la pequeña excursion la costó mucho reparar la avería. Federico, que por la tarde habia ido á dar una vuelta, alcanzó una caza magnífica logrando coger en el mismo nido situado entre elevadísimas rocas un ave de rapiña que, si bien de pocos dias, ya estaba del todo cubierta de plumas, manifestando al punto que la vió Ernesto ser un águila de Malabar, opinion que confirmé, aconsejando á Federico la criase con esmero, por cuanto despues de domesticada, lo cual era fácil, se la adiestraria para cazar al vuelo como el balcon. Mi esposa refunfuñó un poco al oirlo, diciendo:

—No sé verdaderamente cómo nos vamos á componer para alimentar tantos comensales como traeis diariamente, sin contar lo que me encocoran y entretienen.

La observacion estaba en su lugar; pero al fin pude tranquilizarla, demostrándola que los huéspedes, más bien que objeto de lujo, todos prestaban su especial servicio, y en caso de escasear los comestibles serian un gran recurso para la despensa; mas para conciliarlo todo y aliviar á mi esposa, que tan recargada de trabajo estaba, participé á todos que cualquiera que trajese algun nuevo animal á la colonia, el portador se encargase de mantenerle, so pena de que á la menor contravencion se soltaria el cautivo, castigando así la pereza ó indolencia de su dueño.

Tomada esta determinacion, que tranquilizó á mi esposa, dispuse se encendiese lumbre con leña verde para ahumar los trozos de búfalo salado que habíamos traido de la expedicion, los que estuvieron expuestos toda la noche para que se curasen bien. Llegó por fin la cena. Todos teníamos buen apetito y mejor humor. Mi esposa habia asado uno de los mejores trozos del búfalo; departióse acerca de las aventuras del dia y hazañas de Santiago, y despues de haber pasado revista á los animales, distribuirles abundante pienso y tomar las disposiciones necesarias para pasar la noche con seguridad, entrámos en la choza, donde los mullidos colchones de heno que el ama de gobierno habia tenido buen cuidado de preparar, nos procuraron el descanso del que tanta necesidad teníamos.

Federico, que por consejo mio habia tenido la precaucion de vendar los ojos al águila para amansarla, la colocó en una rama, sujeta por una pata. En cuanto al chacal de Santiago, al que se diera un poco de leche, no fue me-

nester atarle: se acurrucó como un gato junto al seno de su amo, y los dos nuevos y fieros huéspedes pasaron la noche tranquilos. Contento el búfalo con el pienso de patatas que le habia tocado, se le arrendó á un árbol cerca de la vaca para que se acostumbrase á su vista. Los perros quedaron de centinela, y todos dormímos profundamente, en términos que nadie se levantó para atizar las hogueras, que al despertar encontrámos enteramente apagadas.

Al despuntar el dia nos levantámos todos listos y corrientes, y despues de un ligero desayuno, estaba ya para dar la órden de regresar á Falkenhorst, cuando supe que la familia lo habia dispuesto de otro modo.

—¿Pues qué, dijo mi esposa, despues que nos ha costado tanto trabajo derribar la palmera del sagú la abandonarémos sin sacar de ella partido? Lo digo, no sólo por la harina que contiene, sino que si logramos partir el tronco á lo largo, conseguirémos al mismo tiempo una canal para conducir el agua del arroyo á Zeltheim. ¿Qué te parece la idea?

—Tan acertada como todas las tuyas, la respondí; y aunque la ejecucion no me parece fácil, sin embargo lo probarémos.

En efecto, la palmera, derribada por consejo de Ernesto, segun tuve lugar de convencerme, era de las que llaman sagotales, cuya médula debia contener el precioso sagú que mi esposa deseaba emplear como pasta para sopa. No era en verdad corta empresa hender el robusto tronco de un árbol de setenta piés de altura y de proporcionado grueso. No obstante, provistos de las escasas herramientas con que contábamos, nos trasladámos al sitio donde estaba, y tras cuatro horas de ímprobo trabajo, á pesar de su blandura, á fuerza de hachazos, é introduciendo luego cuñas en la hendidura que se iba haciendo, lográmos dividir el tronco por la mitad y sacar la médula harinosa, aunque mezclada con filamentos que impedian emplearla inmediatamente por mucho que lo desease mi esposa para hacer macarrones, pues debia prepararse ántes, operacion que nos veíamos obligados á aplazar por carecer de los utensilios necesarios. Lo más que pudo hacerse fue envolverla bien en un paño limpio para que no se ensuciase y colocarla en el fondo de la carreta. De todos modos, ya nos vímos desde luego poseedores de un alimento nutritivo y, en caso de apuro, capaz de suplir á los demás (1).

(1) El sagú que aquí se menciona es una fécula amilacea que se extrae de la médula de varias palmeras y especialmente del sagotal ó saguyero. Viene á Europa de las Islas Oceánicas ya preparada en globulillos de color blanco sonrosado, es inodoro, de sabor dulzaino, y como alimento agradable y ligero, muchos lo toman por sopa, y se recomienda especialmente para niños, ancianos y convalecientes, cuyas fuerzas digestivas se hallan debilitadas

El sagotal, que produce esta harina, pertenece á la familia de las palmeras, compuesta de tres especies que crecen aisladamente en los bosques de Asia, Africa y América intertropical, y de donde se arranca su fruto, que es alimento sano y agradable, fluye una savia que por fermentacion se convierte en licor alcohólico, que es el mismo que anteriormente cita el autor como descubierto por Ernesto y que tanto sorprendió á la familia (*Nota del Trad.*).

El resto del dia se empleó en cargar nuestras riquezas en la carreta. La carne de búfalo curada, los cocos y las pepitas del árbol de la cera componian el bagaje sin contar los animales, y entre ellos el búfalo que se iba aficionando á la vaca. Sin embargo, por mucha que fuera la impaciencia por regresar á Falkenhorst, todavía pasámos otra noche en la tienda. Al rayar el alba del siguiente dia la caravana se puso en movimiento. El búfalo uncido á la carreta juntamente con la vaca su nodriza, en lugar del asno, comenzó á hacer su aprendizaje de tiro; su ayuda nos fue tanto más necesaria cuanto que el cargamento era considerable, si bien hubo que renunciar á llevarnos las dos mitades enteras del tronco de la palmera por su excesivo peso y volúmen, pues solo un trozo pudo colocarse por bajo del carro, suspendido en el eje, impidiendo su longitud atravesár por ciertos puntos, vímonos precisados á tomar otro camino más directo y expedito para llegar á Falkenhorst, abandonando el proyecto de recoger al paso huevos de gallinas silvestres para que los empollasen las nuestras. No obstante, acompañado de Ernesto me desvié un poco de la familia para recoger el jugo gomoso de cautchú que contendrian las vasijas que dispuse al pié de los árboles para recibirlo. Aunque poco, encontré el suficiente para ensayar la fabricacion. Agrandé las hendiduras para que el líquido siguiera manando, y dejé otros vasos para recogerlo á su tiempo.

Reunido con mi gente, al llegar al Bosque de los guayabos oímos ladrar los perros que iban de vanguardia con Federico y Santiago. Sobresaltéme al pronto, temiendo que hubiese aparecido alguna fiera. Mandé hacer alto, y requeria la carabina disponiéndome á hacer fuego, cuando ví venir á Santiago riendo á más no poder.

—¡No hay que asustarse, papá! es la marrana. Está visto, este animal nos ha de estar siempre dando sustos con sus jugarretas.

En efecto, entre los desaforados aullidos de los perros se oia ya claramente un agudo gruñido que me tranquilizó. Llamé á Turco y Bill, y aproximándome, encontré en la espesura á la indómita y fugitiva marrana rodeada de ocho ó diez lechoncillos que comenzaban ya á imitar en todos sus tonos los melodiosos acentos de su madre, la que al vernos dió muestras de reconocernos como sus antiguos amos, y en pago de tan cariñoso recibimiento la regalámos algunas patatas, bellotas y la galleta que sobrara de la comida, justa recompensa del fruto que íbamos á sacar de aquella cria. Quedó pues resuelto que se la quitarian cuatro lechoncillos para asarlos y los restantes se quedarian con la madre para que siguiese lactándolos, logrando así con el tiempo que se multiplicase la especie en beneficio nuestro, los cuales nos proporcionarian abundante carne.

Nuestra llegada á Falkenhorst causó la mayor alegría. Los animales nos salieron al encuentro demostrándonos, cada cual á su manera, su contento por volvernos á ver. Los que traíamos se mezclaron con aquellos para que el hábito

de verse juntos los amansase como los otros. El águila lo fue igualmente; mas al atarla Federico con una cadenilla de alambre á una rama de la higuera donde ya se encontraba el papagayo, tuvo la imprudencia de descubrirla los ojos que tuviera tapados hasta entónces. La refraccion de la luz en sus pupilas causó en el ave de rapiña tal efecto, que nos llegó á asustar; se enfureció de tal modo, recobrando su voraz instinto, que en un instante el pobre papagayo, que se encontraba á su alcance, quedó despedazado, sin que pudiéramos socorrerle. Al verlo Federico montado en cólera disponíase á matarla, cuando Ernesto imploró indulto para la culpable, diciendo:

—Dámela, que la amansaré, y quedará tan dócil como un perro.

—Ni siquiera lo imagines, le respondió, es mia porque la he cogido; pero bien pudieras decirme lo que harias para domesticarla.

—¡Hola! Con que quieres conservar el águila ¿he? pues yo guardaré el secreto.

—¡Qué poco complaciente eres, Ernesto!

La cuestion seguia adelante, y mi intervencion se hizo necesaria.

—¿Por qué, dije á Federico, pretendes que tu hermano te ceda gratuitamente el secreto? ¿No tiene igual derecho con su estudio, que tú con tu habilidad y destreza? ¿Qué más justo que le cedas algo en cambio de lo que me maravilla?

—Tiene V. razon, papá, respondió Federico más sosegado. Pues bien, Ernesto, nos arreglarémos: yo te daré el mono, si me quieres decir el modo de amansar este fiero animal que deseo conservar. Ya ves, el águila vale mucho, ¡es animal heróico!

—Será todo lo que quieras, añadió Ernesto; pero como no me siento con vocacion de ser héroe, no insisto en poseer la emblemática ave; más deseo llegar á ser sabio, y así, prosiguió con ironía, me encargo de ser el cronista y poeta que cante las hazañas y altos hechos que llevarás á cabo con tu águila.

—Basta de broma, le respondí, burlon; dínos el secreto.

—Es muy sencillo, dijo Ernesto, si bien ignoro si se logrará el efecto: he leido no recuerdo dónde, que los caribes amansan las aves más fieras con sólo hacerlas aspirar el humo del tabaco.

Federico se echó á reir con aire de incredulidad; pero Ernesto fué al punto á buscar una pipa y tabaco que habíamos encontrado en el buque, y volviendo luego, se puso á fumar gravemente debajo de la rama en que se encontraba el águila cada vez más enfurecida. A medida que ascendian las bocanadas de humo, el águila fue apaciguándose, lo que visto por Ernesto se las dirigió á la cabeza, envolviéndola en sus espirales, y poco á poco, volviendo en sí de aquella especie de letargo, fijó en nosotros sus miradas con aire estúpido, acabando por quedar inmóvil y como embriagada, en términos que Federico pudo taparla los ojos

sin reparo alguno. Agradeció este á su hermano el favor que acababa de dispensarle, y en recompensa fuése á buscar el mono para regalárselo á Ernesto, quien se proponia sacar de él gran partido.

Terminado el incidente, nos acostámos en la blanda cama que tanto echáramos de ménos las noches anteriores.

CAPÍTULO XXII.

Ingertos.—Colmena.—Abejas.

Comenzámos la tarea del siguiente dia colocando las cañas de bambú junto á los troncos de los arbolillos del criadero para que no se torciesen, á cuyo fin llevámos en el trineo tirado por la vaca lo necesario para esta operacion. El búfalo quedó en la cuadra, pues deseaba que la herida del hocico se cicatrizase ántes de dedicarle al trabajo. Se le dió un buen puñado de sal para contentarle, y la pobre bestia, ya casi domesticada, lo recibió con tanto agrado que queria seguirnos.

Nuestros trabajos comenzaron por la calle de árboles que conducia desde Falkenhorst al Puente de familia. Casi todos, por la fuerza del viento, estaban en el suelo ó muy ladeados. Los fuímos poco á poco enderezando y sujetando á las estacas, con tallos que reuniesen la flexibilidad y consistencia requeridas.

La índole misma de la ocupacion dió lugar á que los niños suscitasen varias cuestiones relativas á la agricultura y botánica, que con el mayor gusto resolví para instruccion suya.

—¿Estos árboles, papá, preguntóme Federico, son bravíos, ó están ya ingertados?

—¡Cómo bravíos! dijo Santiago riéndose á carcajada, ¡si nos querrás dar á entender que hay árboles montaraces y árboles domesticados!

—Ahora has querido despuntar de agudo, pobre Santiago, respondí, y has dicho una simpleza; verdad que no existen árboles cuyas ramas se inclinen complacientes á la voz del hombre, lo cual no se opone á que los haya silvestres y otros que no lo sean. Para obtenerlos se emplea un medio que se llama ingertar, que consiste en la insercion de una ramita ó yema de un árbol que produzca buen fruto, en otro que lo dé ácido ó de mal gusto; más tarde os enseñaré prácticamente este procedimiento sencillo, que ofrece en sí mucho recreo, porque de esta suerte, no solamente el agricultor obtiene toda clase de frutos, aun-

que sean de extrañas regiones, sino aún variar y modificar sus especies. Pero debeis tener presente que los árboles deben ser de igual naturaleza; por lo tanto no podria ingertarse un peral en un cerezo, porque el fruto del primero tiene pepita y el del segundo hueso, por cuya razon el cerezo puede ingertarse en un ciruelo, el peral en el membrillero, el albérchigo en un albaricoquero, etc.

Estas explicaciones abreviadas interesaron vivamente á mis labradorcillos.

—¿Pero cómo, preguntóme el discreto Ernesto que apuraba más la materia, se pudo concebir la idea del primer ingerto, puesto que ha dicho V. que cuantos árboles producen buenos frutos fueron sometidos á esa educacion prévia? ¿Dónde encontró el hombre la primera rama de buen fruto para ingerirla en las silvestres?

—La pregunta está muy en su lugar, respondí; sin embargo, es inexacto sentar como regla general que todos los árboles tengan precision de ser ingertados para producir buenos frutos, cuando sólo sucede con los de Europa, porque como su clima no es tan favorable como el de otras partes de la tierra, no produce naturalmente buenos frutos, miéntras que en otras regiones donde aun no ha intervenido la industriosa mano del hombre encontramos á cada paso bosques enteros de frutales, como cocoteros, guayabos, naranjos, etc., que deben sólo á la naturaleza su exquisito sabor y aroma. Arrancados estos árboles cuando tiernos de su suelo natal y trasplantados en Europa, son los primeros ejemplares que han tenido para ingertar los silvestres. Los horticultores conservan á este efecto planteles de arbolillos que llaman criaderos, semejantes al nuestro, de donde sacan las estacas cuando las necesitan.

—Ya se conocerá pues el orígen de todos los buenos frutos de Europa, exclamó nuestro doctorcillo.

—Casi todos lo son, respondí, y puedo satisfacer tu curiosidad. Los de cáscara dura ó de hueso, como la nuez, el almendro y el castaño son originarios del Oriente; el albérchigo vino de la Persia; la naranja y el albaricoque, de Armenia; la cereza que sesenta años ántes de Jesucristo no se conocia en Europa, fue traida del Ponto Euxino por el gloton Lúculo; las aceitunas vinieron de la Palestina: los primeros olivos se plantaron en el monte Olimpo y de allí se extendieron por Europa; los higos son oriundos de Lidia; la mejor ciruela, excepto algunas especies que se suponen indígenas, se debieron á la Siria; la pera, que los antiguos llamaban fruta del Peloponeso, la debemos á la Grecia; el moral, al Asia; y el membrillo, segun opinion comun, á la ciudad de Cidon en la isla de Creta. Se cree igualmente que la manzana llamada por los romanos epirótica ó asiria, es fruto natural de estas comarcas; pero estoy más por que tuvo orígen en el Norte, donde todavía existen otros del mismo género que pueblan nuestros bosques y que jamás el arte ha mejorado. No pretendo decir que la Europa ha sido tan desheredada por el Criador en el reparto que hiciera de sus dones á todos los países de la tierra, y que si la mayor parte de los frutos conservan deno-

minaciones que les dan una apariencia de orígen extraño, más se usan para designar las diferentes especies que para indicar su procedencia.

Esta leccion dada en el terreno mismo produjo tanto mayor efecto en la imaginacion de mis alumnos de horticultura, cuanto que presenciaban su aplicacion.

Despues de haber arreglado los árboles del paseo, pasámos á hacer lo propio con los del otro criadero del Sureste, donde se hallaban los más preciosos arbolillos, siendo ya más de medio dia cuando se acabó la tarea. Volvímos á Falkenhorst con buen apetito, lo cual previera nuestra buena ama de gobierno, teniéndonos dispuesta una suculenta comida compuesta de búfalo en cecina, y natilla de harina de sagú y manteca fresca de vaca, con que nos deleitámos.

Varias ocupaciones domésticas me entretuvieron el resto del dia, y al caer la tarde empecé á madurar un proyecto que hacia tiempo se me ocurriera, aunque su ejecucion presentaba grandes dificultades. Consistia en sustituir á la escala de cuerda por la que jamás ascendia mi esposa sin zozobra, con otra fija para librarla de recelos. Verdad era que sólo la usábamos cuando nos íbamos á descansar á la habitacion aérea, pero cuando llegase el mal tiempo necesariamente nos obligaria á residir de continuo en aquellas alturas, y como consecuencia, á subir y bajar más veces para lo que fuese menester, acrecentándose así los riesgos, que algun dia tan fatales consecuencias podian acarrear. Nuestro nido se encontraba á tal elevacion que no habia ningun madero de los del buque, ni siquiera los mástiles, que desde el suelo llegaran hasta su puerta, en el dudoso caso que nuestras débiles fuerzas reunidas fuesen capaces de efectuar operacion tan ruda y arriesgada. Sin embargo, siempre que contemplaba el monstruoso tronco del árbol preguntábame cien veces si tan dificultoso era colocar una escalera por fuera. ¿Se encontraria quizá medio de disponerla por dentro?

—¿No me dijiste, pregunté á mi esposa, que en el tronco de este árbol se alberga un enjambre de abejas?

—Vaya si las hay, exclamó Franz; y si no, dígalo yo, que bien me picaron el otro dia: aun tengo la cara hinchada...

—Y debes añadir, respondió su madre, que si te lastimaron fue porque desde la escala introdujistes un palo en el agujero por donde salian.

—Lo hice para saber si llegaba al fondo.

—Ya está resuelto el problema, exclamé: como el hueco es suficiente para contener un enjambre, no sería extraño que la enfermedad que corroe el corazon de los árboles se haya corrido hasta bajo. Es menester asegurarnos; despues agrandarémos todo lo posible el hueco donde construiré la escalera: tengo ideado el modelo. Con que, ¡manos á la obra, hijos mios! ¡á trabajar!

Antes que tuviese lugar para enterarles de lo que debian hacer, impacientes los niños para secundarme, unos se encaramaron sobre las raíces, base del tronco, otros treparon por la escala, y todos con palos y martillos comenzaron á gol-

pear en diferentes partes para calcular por el eco hasta donde llegaba el vacío. Tan extemporánea tentativa pudo tener funestas consecuencias para uno de los asaltantes: este era Santiago, que precisamente, como el más atolondrado, estaba á la boca de la abertura por donde entraban y salian las abejas, las cuales le acribillaron con sus aguijones cara y manos al salir en tropel asustadas de sentir quizá bambolear el palacio artístico de cera. Aunque sus hermanos estaban un poco más abajo, quedaron tambien no poco maltratados; y únicamente Ernesto, merced á su indolencia habitual, fue el que salió mejor librado, pues como llegó el último, cuando vió el enjambre, se retiró más que de prisa; todo eran gritos, llanto, pataleo, hasta que llegó mi esposa, y con tierra desleida en agua cubrió las partes lastimadas de los chicos, lo que les calmó el dolor.

Este percance interrumpió la sonda, y miéntras mis imprudentes obreros se hallaban fuera de combate y sin poder ocuparse en nada, entretúveme en labrar una colmena para alojar á tan belicosas enemigas, así como en idear el medio de hacerlas abandonar el tronco sin riesgo de quedar ciegos. Entre las grandes calabazas que tenia, elegí la parte cilíndrica de una que coloqué sobre una tabla, pegándola con barro y dejando por debajo un agujero para dar entrada á las abejas. Otra media calabaza sirvió de techo á esta colmena; pero como las abejas aun no habian vuelto de su espanto, y faltaban brazos para hacer algo ántes de la noche, aguardé á que estuvieran todas en el hueco, y que el fresco, al entumecerlas, contribuyese tambien al éxito del proyecto.

Una hora ántes de amanecer ya estaba levantado, y desperté á los niños para que me ayudasen á la traslacion de las abejas á la colmena que les tenia dispuesta. Los dispersos entraron al fin durante la noche en su palacio. Carecia de mascarilla y demás preservativos que usan los colmeneros para guarecerse de sus picaduras, que suplí con mi industria: comencé por tapar con greda la abertura del árbol, dejando sólo el espacio suficiente para introducir la extremidad de una pipa que encendí, cubierto el rostro con un paño, y me puse á fumar, dirigiendo el embriagador humo del tabaco dentro para atontar el pequeño pueblo de que queria apoderarme. Al salir el humo, dejóse oir en el interior un gran zumbido, semejante al de una tempestad lejana, calmóse despues, y quedó todo en silencio sin que saliese abeja alguna. Entónces Federico y yo, valiéndonos del escoplo y el hacha practicámos una abertura en el tronco de cerca de tres piés en cuadro debajo de donde estaban las abejas, y repetí la fumigacion con una pelota de tabaco encendido para que el rumor y el aire no despertasen las abejas; pero nada debia ya temerse por los pobres insectos; narcotizados agrupáronse en racimos á las paredes de su morada, y no faltó más que recogerlos en escudillas de calabaza y trasladarlos á la nueva colmena situada en lo alto del árbol. Terminada la operacion pude examinar impunemente el hueco del árbol. ¡Cuál fue mi admiracion al ver los trabajos inmensos de tan industriosos insectos! Era tal la riqueza de miel y cera que allí habia, que temí carecer de suficientes vasijas

para contenerla. Todo el hueco del tronco estaba atestado de panales que fuí desprendiendo con precaucion y depositando en calabazas que me traian los niños.

Cuando quedaron fuera los habitantes de la higuera, á quienes se dejaron los panales superiores que aun estaban en fabricacion, y algunos llenos, para que las abejas se acostumbrasen á la nueva morada, se recogió el resto, que con lo anteriormente extraido, bastó para llenar un gran tonel de miel, quedando todavía para el consumo del momento. Tapóse el casco muy bien con tablas y lienzos para que las abejas atraidas por el olor no acudiesen; y para impedirlas que volviesen al antiguo nido, eché bastante tabaco encendido dentro, tapando las aberturas, excepto la superior, por donde comenzó á salirse el humo, lo cual me probó que aquella secular higuera, á semejanza del sauce de Europa, estaba hueca por dentro sosteniéndola únicamente la corteza, bien gruesa por cierto. Logré mi deseo. Cuando las abejas se encontráron en estado de volar y quisieron ir á su palacio antiguo, el mal olor las despidió de allí, y ántes de anochecer, despues de muchas idas y venidas se acomodaron en la nueva residencia. El órden y la paz volvió á reinar en aquella sabia república.

Invertido el dia en tan diversas ocupaciones, se dejó para el siguiente la separacion de la miel y la cera. Vaciado el tonel en una gran caldera con un poco de agua, se puso á fuego lento. Cuando se hubo derritido se coló por un saco, que estrujábamos, y despues se volvió al tonel que estuvo destilando todo el dia. Al anochecer la cera se habia solidificado, y flotaba formando un grueso disco, quedando debajo la miel tan pura como el mejor almíbar. Trasladada á un tonel á propósito, se puso al fresco en un hoyo, y la cera se derritió en seguida para hacer otras bujías más duras y de mejor luz que las que nos sirvieran hasta entónces.

Durante esta larga operacion fuímos disponiendo los materiales para la obra magna de la escalera; á eso de media noche todos los trabajos pendientes quedaron terminados, y pudímos entregarnos al sueño hasta el amanecer del otro dia.

CAPÍTULO XXIII.

La escalera.—Educacion del búfalo, mono y águila.—Canal de bambúes.

Apénas rayó el alba, nos levantámos mi hijo mayor y yo, preocupados con la idea de la gran tarea que íbamos á emprender. A la verdad, la empresa me pareció al principio superior á mis fuerzas; pero evidenciándome la experiencia que perseverando la inteligencia humana supera todos los obstáculos, y no careciendo de fortaleza de ánimo, no me pesó esta ocasion de infundirla en mis hijos, á quienes veia crecer y desarrollarse en medio de una actividad continua que borraba de su memoria hasta el recuerdo de Europa y los goces que allí hubieran podido disfrutar.

Examinado el tronco de la higuera, parecióme asequible labrar en el hueco la escalera de caracol que tenia en proyecto, una vez que tenia el espacio suficiente para fijar el pié derecho como eje de la espiral que girase á su alrededor.

Despues de haber llamado á consejo á los noveles operarios, pues Ernesto y Santiago no tardaron en presentarse, comenzámos por practicar en la base del árbol, por el lado que daba al mar, una abertura para que en ella encajara la puerta que se habia quitado del camarote del capitan en la nave, provista como estaba de picaporte y cerradura. Una vez hecho el boquete, no fue dificultoso desbastar la parte interior del tronco, que estaba casi apolillado, con auxilio de las herramientas. Despejado el espacio, fijámos en el centro un mástil de unos diez piés de altura, que debia formar el eje de la escalera; y aserradas ya desde la víspera las tablas triangulares para los escalones, con el escoplo y martillo se fuéron haciendo encajes ó ranuras al rededor del tronco, que correspondian á otras practicadas en la espiga central; y apoyados en ellos y sujetos con clavos se colocaron en espiral los escalones hasta llegar al extremo del pilar del centro. Llegados aquí, lo empalmámos con otro preparado al efecto, á cuyo alrededor se siguieron colocando peldaños, y reiterada esta operacion cuatro veces, llegámos hasta el piso de nuestra habitacion. Para precaver toda desgracia se fijaron

desde arriba dos maromas, una que corria á lo largo del eje de la escalera, y la otra en forma de pasamano seguia el contorno del tronco, sujetándola á trechos con grandes clavos doblados en forma de argollas. Para dar claridad á esta escalera de caracol, á medida que íbamos subiendo se practicaron varias aberturas en el tronco á iguales distancias, á las que adaptámos tres ventanas con marcos y cristales procedentes del buque, las cuales al paso que proporcionaban luz, en caso necesario facilitarian atalayar los alrededores.

La construccion de tan firme y cómoda escalera, cuya compendiada descripcion acabamos de dar, no se realizó por completo sino al cabo de mucho tiempo y no pocos é infructuosos ensayos; pero animados siempre de los dos grandes elementos que todo lo consiguen, que son constancia y paciencia, tuvímos ocasion bastante para ejercitarlas. Más de un mes se empleó en la obra, que si bien distaba mucho de ser perfecta, tal como era suplia la necesidad del momento, y esto era lo que se pedia. El amor propio quedó satisfecho, pues nadie nos hubiera exigido tanto.

En el intervalo del mes que acabamos de citar no fue la escalera la única tarea que se llevó á cabo. Para amenizarla se emprendieron otras de ménos importancia que, al propio tiempo que servian como de distraccion á la principal, interrumpian la monotonía de la vida ordinaria. Dueños absolutos como lo éramos de nuestro tiempo y sin tener que dar cuenta ni contentar á nadie, hubiera sido locura afanarnos como presidarios, sin tomar ningun descanso.

Por de pronto, Bill tenia seis cachorros, que los niños deseaban los criase todos; mas no juzgué oportuno aumentar tanto esta familia, decidiendo que se dejasen dos á la madre, macho y hembra, para que los amamantase, echando los demás al mar, como muerte más suave. El chacalillo de Santiago ocupó su lugar, y la perra se sometió sin gran pena á esta sustitucion amamantándole á la par que á sus dos hijuelos. Las cabras tambien nos dieron por el mismo tiempo cabritos, y corderos las ovejas, causándonos grande alegría el acrecentamiento del rebaño; mas por si les entraba á tan útiles animales el capricho de abandonarnos siguiendo el mal ejemplo del asno, les pusímos unos cencerros que hallámos en el buque, cuyo sonido nos indicara donde estaban en caso de fuga ó extravío.

La educacion del búfalo fue una de las principales distracciones durante la obra. Atraveséle por el agujero ya cicatrizado, que le habia hecho en el hocico, un palito corto redondo á cuyas extremidades até dos correas á guisa de bocado: medio más que suficiente para dirigirle á mi placer, pero al que no se prestó de buen grado sino al cabo de tiempo y de diferentes ensayos. Cuando Federico llegó á domarle hasta el punto de montarlo, le acostumbró al mismo tiempo á llevar carga, así como ya se prestaba á dejarse uncir á la carreta. Fue este uno de los mayores triunfos de la paciencia sobre dificultades al parecer insuperables; desde entónces, no sólo se le cargaron las alforjas y costales que se hi-



Ernesto enseña al mono á que lleve sobre la espalda un canastillo.

cieran expresamente para el asno, sino que toda la familia, incluso el pequeño Franz, se sirvieron de él para adiestrarse en la equitacion, en términos de cabalgar sobre el caballo más fogoso, cuando llegaron á dominar semejante fiera.

Federico tampoco descuidó su águila. El ave real, cuya educacion progresaba visiblemente, se fué acostumbrando á arrojarse sobre la caza muerta que el adiestrador le ponia delante, colocada unas veces entre los cuernos del búfalo, y otras encima de la avutarda ó del flamenco, para que aprendiese á abalanzarse á los animales como sobre cualquiera otra presa. Medio domesticada el águila obedecia á la voz ó silbido de su amo, si bien este no se atrevió á soltarla, temiendo que su instinto fiero y montaraz no la inclinase á recobrar la libertad privándole así de su conquista.

El indolente Ernesto no quiso quedarse atras en la instruccion del mono: maese Knips no dejaba de tener viveza y alguna maliciosa inteligencia como todos los de su especie; pero era un holgazan de á fólio y recibia las lecciones que se le daban con la peor voluntad del mundo. Sin embargo, la paciencia del filósofo habia conseguido acostumbrarle á cargar á cuestas una canastita, obligándole á llenarla y vaciarla cuando se lo mandaba, sirviendo así de peon á nuestro perezoso doncel. Superando la flema y teson del maestro la petulancia y ligereza del discípulo, la educacion triunfó al fin, y maese Knips, que al principio se enfurecia al ver la canastilla, la cobró despues tanto cariño que no se hallaba sin ella.

Santiago fue el ménos afortunado en sus tentativas pedagógicas: á pesar de haber bautizado al chacalillo con el nombre de *Cazador*, la bestia indómita y carnicera, como de mala ralea, no cazaba sino por cuenta propia, y si alguna vez traia algo á su amo, cuando más era la piel del animal que acababa de devorar. Sin embargo todavía conservaba esperanzas de obtener mejores resultados.

Miéntras los niños así se entretenian, yo tampoco permanecia ocioso. Desde que tuve cera natural perfeccioné la fabricacion de las bujías, mezclándola con la de las bayas de mirica (1), valiéndome de los moldes de bambú, cuyo invento pertenecia á Santiago, llegando á darles la redondez, lisura y brillo de las de Europa, de las que no se diferenciaban sino en su color más oscuro. Las mechas, lo confieso, me dieron mucho que hacer, porque no queria mi esposa emplease en ellas la escasa tela de algodon que nos quedaba, la cual guardaba como oro en paño; pensé al principio sustituirla con una madera resinosa que partí en astillitas como cerillas; pero se carbonizaba al instante, y la luz que producia era opaca. Mi esposa, como la más interesada, acudió en mi auxilio al verme tan perplejo, y recordóme el aloe, cuya médula y corteza compuestas de filamentos

(1) La mirica es un género de arbusto resinoso de la familia de las miriáceas, plantas dicotiledóneas de hojas alternas, entre los que figura el que aquí se cita, llamado cerero de la Luisiana ó árbol de la cera, en razon á la que cubre sus bayas ó frutos (*Nota del Trad*).

podian suplir la mecha de algodon, y me preparó algunas que dieron un resultado satisfactorio.

Luego traté de aprovechar el cautchú, del que podia disponer largamente, pues conocíamos bastantes árboles que lo producian. Para mi primer ensayo del oficio de zapatero, elegí un par de medias usadas, que llenas de arena bien enjuta constituyeron la horma con que me propuse hacer un par de botas, echando unas sobre otras muchas capas del jugo elástico, y cuando estuvo bien seco vacié la arena, proporcionándome el cuero de búfalo suelas, las cuales clavé con clavitos, cuyas puntas remaché por dentro, cubriéndolo todo exteriormente con otras dos ó tres capas de la misma goma, y así obtuve la última perfeccion de este calzado impermeable, que se amoldaba tan bien al pié como si el mejor maestro de obra prima me hubiese tomado medida. Los niños quedaron tan maravillados del éxito, que todos quisieron proveerse de la misma manera, privándose cada cual de un par de calcetas. Les dí ese gusto, y al cabo de pocos dias vi á toda la familia calzada sólida é impermeablemente.

Todas estas tareas en las que sólo se invertian dos ó tres horas diarias se llevaban á cabo al par de nuestra construccion, y así poco á poco se terminó otra que fue del agrado de mi esposa: el definitivo arreglo de la fuente. Para elevar el agua hasta cierta altura se dispuso una presa en el arroyo que la contuviese, obligándola á correr por la pendiente indispensable por los canales que labré del tronco de la palmera hasta la gran concha de tortuga, que junto á la casa servia de depósito ó mejor dicho de fuente cristalina de que hasta entónces careciéramos. Esta canal ó viaducto no ofrecia otro inconveniente que estar expuesto á los rayos del sol que calentaba demasiado el agua; mas para remediarlo sustituí la canal con un conducto subterráneo, valiéndome de cañas de bambú por tubos. En el ínterin agradecímos como se merecia lo presente, felicitando á Federico por habérsele ocurrido tan importante mejora.

Todo á nuestro alrededor tomaba cierto aspecto de civilizacion y cultura: los recursos y medios de subsistir, así como las comodidades y el bienestar, se desarrollaban. Por lo tanto, á cada paso se ofrecian ocasiones de alzar al cielo nuestras frentes por los grandísimos beneficios que con mano liberal nos prodigaba en este suelo extraño la Providencia, quien, no contenta con habernos preservado de la infalible muerte á que sucumbieran nuestros desventurados compañeros de infortunio, nos deparaba en aquella ignota playa la abundancia y las comodidades que hacen apetecer y amar la vida.

CAPÍTULO XXIV.

El onagro.—Phormium tenax.—Lluvias.

Una de las mañanas en que estábamos ocupados en dar la última mano á la escalera, cubriendo el hueco que mediaba entre los escalones con tablas horizontales que impedian se desvaneciese la vista ó se escurriesen los piés, oímos de repente unos aullidos lejanos y prolongados semejantes al ronco rugido de una fiera, mezclados con otros no tan temerosos, sin atinar qué clase de animales pudieran causarlos. Apercibidos los perros, estiraron las orejas y se prepararon al combate. Imaginándome siempre lo peor y preparado á todo evento, junté la familia en la morada aérea; se prepararon las armas, y bien atrancada la puerta de la escalera, azorados nos asomámos á las ventanas para reconocer el campo; pero nada parecia: los rugidos aumentaban, y cada vez se percibian más cerca, con lo que crecia el ardor y agitacion de los alanos, que escudados con las carlancas y corazas de puerco espin vigilaban el ganado.

Santiago opinaba si sería un leon el que motivaba la alarma; y el orgulloso niño, recordando la terrible aventura de los búfalos, deseaba la ocasion de combatir con el rey de los animales; Federico se rió no poco de la candidez del hermano, asegurando que los aullidos en nada se parecian á los del leon, y que quizá sería alguna manada de chacales ansiosos de vengar la muerte de sus compañeros; Ernesto temia que fuese el rugido de la hiena tan horrible é imponente como la fiera misma, y Franz, sin manifestar su parecer, porque el miedo embargaba su discurso, se aferraba á la falda de su madre, que de pié y apoyada en la baranda de la escalera escudriñaba la campiña, en tanto que murmuraba quedito algunas preces.

Miéntras en estas mortales congojas temíamos que sobreviniese una lucha cuya naturaleza y resultados eran incalculables, el extraño relincho que tanto extrañara se dejó oir solo, y muy cerca de nosotros. Federico, que estaba asomado á la ventana con la carabina apoyada en el marco, de repente la levanta desternillándose de risa, y se acerca diciéndome:

—Ya conozco el terrible enemigo que nos tenia alarmados. ¡Allí, allí está,

papá, el leon, la hiena y la manada de chacales! ¡Es nuestro buen amigo el asno, que arrepentido de su extravío, acude al hogar doméstico alegre y entonando su cántico ordinario por habernos encontrado!

En efecto, por los claros de los árboles, hácia donde mi hijo señalaba vímos todos al fugitivo que á paso lénto se acercaba, parándose á trechos para despuntar alguna yerba ó rebuznar con más descanso. Pero lo más gracioso era que no venía sólo: acompañábale otro animal de su raza, aunque de más esbeltas y agraciadas formas. Cuando estuvo cerca con satisfaccion conocí que era un onagro ó asno montaraz (1), cuya adquisicion con el tiempo nos sería de grande utilidad; y si bien los naturalistas afirmaban que de todo punto era imposible domesticarlo, quedó resuelto emplear todos los medios para cogerlo.

Como era factible que huyese al aproximarnos, encargué el mayor silencio; Federico y yo nos preparámos para alcanzar tan importante conquista. Dióme el mozuelo una cuerda, que até á las raíces del árbol, miéntras en el otro hice un nudo corredizo, hendí por medio hasta cierto punto un bambú de dos tercias de modo que formase como una tenaza para sujetar con ella el hocico del animal, si lográbamos acercarnos. En esto el asno doméstico y su compañero iban adelántandose, el primero, como conocedor del terreno, hacia al parecer los honores á su nuevo camarada, y ambos de paso pastaban la yerba.

Provisto del nudo corredizo y las pinzas, avanzámos, yo ocultándome en los troncos de los árboles para que no me vieran, y Federico á la distancia que le permitia la longitud de la cuerda. Á la vista del niño que iba delante, el onagro alzó la cabeza y retrocedió, demostrando más sorpresa que espanto, pues era sin duda Federico el primer sér humano que encontraba; y como este permaneciese inmóvil, el animal siguió tranquilamente paciendo; el asno, como más dócil y reconociéndome, merced tambien á unos cuantos puñados de sal que le ofreció, se vino hácia Federico, siguiéndole confiado su montaraz compañero, y cuando estuvo á alguna distancia, mi hijo le arrojó el nudo corredizo al cuello, y el bruto quedó preso, pues cuando quiso tomar el tole, dando un grandísimo brinco, este esfuerzo le apretó más el nudo, en términos que medio sofocado y con la lengua fuera cayó al suelo; acudí al punto, y le sujeté el hocico con la tenaza de bambú, atando los dos cabos para que no pudiera desprendérsela. El dolor que le causara aquella presion le domó lo suficiente para que pudiéramos estar cerca sin riesgo alguno, y trabarle como cuando se hierra un caballo resabiado. Corté el nudo, que reemplacé con el cabestro del asno, y despues de bien asegurado á un grueso tronco, le dejámos descansar un poco.

(1) Onagro viene del latin *onager*, que significa asno silvestre ó montaraz. Este es el tipo natural del doméstico, con la diferencia de tener los remos más largos y delgados, el pecho estrecho, la frente chata, las orejas más cortas, la cabeza pequeña y erguida, y el cuerpo manchado de diversos colores. El Asia fue su cuna, y allí es donde aún se encuentra esa especie. (*Nota del Trad.*).

La familia acudió cuando yá éramos dueños del onagro, causando general admiracion su hermosa estampa que más se asemejaba á la raza caballar que á la asnal, emitiendo cada cual su parecer acerca del empleo que se daria al corcel; pero todo era prematuro. Con su natural arrôjo Federico creyó que en el acto podia montarle, y le hice ver que no lo conseguiria sin domarle ántes, pues el animal era tan bravío que se enfurecia con sólo aproximarse cualquiera de nosotros, dando coces, saltos, y enseñando los dientes en actitud de embestir á cuanto se le pusiese delante. Por de pronto parecióme prudente dejarle en compañía del asno por algun tiempo sin que se le molestara, á fin de que la vista de un animal de su especie le fuése tranquilizando y consolando en su desgracia. En efecto, al dia siguiente al darle el pienso, la cautividad, la abstinencia y sobretodo sus anteriores esfuerzos le habian amansado en algun tanto. Satisfecho de este resultado, continué domesticándole con una paciencia que de seguro no hubiera tenido en Europa, y al cabo de un mes, depuesta su fiereza, estuvo ya en el caso de comenzar su educacion. Esta fue larga y dificultosa, acostumbrándole primero á soportar carga; pero ni esto, ni la falta de alimento, ni otros ensayos que discurrí pudieron reducirle á que aguantase ancas, y como deseaba convertirle en cabalgadura, no sabia como lograrlo, hasta que al fin recordé el medio que se emplea en América para domar los caballos montaraces, el cual puse en planta en seguida. Un dia, entre los muchos que más se oponia á dejarse montar, no obstante sus brincos y coces pude echarle los calzones encima, y así fuertemente con los dientes una de sus largas orejas hasta brotarle sangre. Esta prueba dió muy buen resultado, pues apaciguándose el bruto de repente se estuvo quieto Averiguado el secreto y repetido algunas veces, ya pudo entrar sin dificultad en picadero; los niños lo fuéron montando, sobre todo Federico, que con la nueva cabalgadura iba y venía á galope por el camino de Falkenhorst más veloz que un rayo. Sin embargo, para mejor manejarle, ya que no podíamos acostumbrarle al bocado, encarguéle le acomodase su correspondiente freno y bridas, con lo cual alcanzó hacerle variar de paso y direccion como el mejor domador de potros.

Desde entónces el onagro quedó considerado como uno de nuestros animales domésticos con el nombre de *Leichtfuss (pié ligero)*, y jamás ha existido bruto que con más derecho mereciera esa denominacion por su velocidad en la carrera y resistencia.

Con el ejercicio de equitacion conseguí desarrollar más á mis hijos, cuyo desarrollo unido á su instruccion moral algun dia les permitiria brillar, si estaba de Dios que algun dia volviéramos á pisar la Europa.

Miéntras duró la enseñanza de Leichtfuss, que no bajó de tres á cuatro semanas, el corral aumentó con nuevos huéspedes. Las gallinas sacaron más de cuarenta pollos, que con el continuo pio y movimiento causaban la delicia de mi esposa, gratamente ocupada en cuidarlos, más satisfecha con su manadita que nosotros con el chacal, el águila, el mono y el onagro, que, segun ella, no servian mas

que para comer, exceptuando el búfalo; los pollos eran sus predilectos á quienes mimaba con cariño y solicitud maternal; prodigábales sin tasa sus cuidados, y léjos de quejarse por el aumento de faena que la diminuta grey la causaba, la veíamos cada vez más contenta y satisfecha..

Aproximábase ya la estacion de las lluvias, ó lo que era lo mismo el invierno, y fue preciso pensar en construir una bien resguardada cuadra para abrigar los animales, que hasta entónces habian estado al raso, y preservarlos del rigor de la intemperie. Las raíces de nuestro árbol sirvieron de armazon al nuevo departamento; con cañas de bambú partidas, bien juntas, y rellenados los huecos con arcilla, musgo seco y encima una capa de alquitran bien espeso, arreglóse un techo tan firme, que pudo servir de azotea con la correspondiente baranda y entrada abierta en la misma escalera, en la cual colocámos una puerta, y hasta se podia pasear por ella. Por medio de tablones sujetos á las raíces se alzaron tabiques, y así conseguímos tener al pié de la habitacion una serie de piezas bien dispuestas y ordenadas para que cupieran las provisiones, con suficiente sitio para estar cómodamente los animales. Al lado se dispuso un pajar para conservar el heno, la paja y el pienso destinado á las bestias. Terminada la obra, no se pensó sino en el acarreo de provisiones. Las patatas y la yuca obtuvieron, como era de presumir, el local preferente.

Una tarde que regresaba con los tres hijos mayores de acopiar patatas y bellotas, miéntras Franz y mi esposa iban con el carro, maese Knips, compañero inseparable de Ernesto, desapareció de repente en un matorral espeso, de donde á poco oímos un pio pio extraño y aleteo como de aves asustadas; Ernesto acudió á ver lo que era, y nos llamó en seguida diciendo:

—¡Corra V., corra V., papá! el mono nos ha proporcionado un gran hallazgo; está á vueltas con una gallineta silvestre; todo su afan es comerse los huevos, y el gallo que tambien está, pugna para defenderlos. ¡Ven, Federico! verás qué gracioso es esto.....

Despues de arrendar á un tronco al onagro acudió presuroso, y á poco apareció con el gallo y su pareja seguido de Ernesto, que llevaba un nido de yerba seca colmado de huevos.

Era una adquisicion preciosa y debida á maese Knips, cuyo gloton instinto nos sirvió en esta ocasion. Liámos las patas á ambas aves, y los huevos se metieron en la copa del sombrero de Ernesto, sin que esto le hiciera abandonar el nido, admirado de la clase de yerba que lo componia, muy abundante en las cercanías, cuyas hojas relucientes y puntiagudas parecian espadas.

—Ya tendrá Franz con que divertirse, dijo al enseñarlas; de seguro que hará sables con ellas.

Preocupado con la importante captura, no paré atencion en lo que decia Ernesto, y ménos viendo que la noche se nos venía encima y que teníamos que andar de prisa para llegar con luz á casa. El saco á medio llenar de patatas se cargó so-

bre el onagro, que Federico montaba; Ernesto se hizo cargo de las dos aves, y yo como lo más delicado tomé por mi cuenta los huevos, que abrigué, para que conservaran el calor y pudiera la madre acabarlos de empollar, enriqueciéndose así el corral con otra familia. No salió fallida mi esperanza, y en el momento de llegar á nuestra morada, confié el precioso depósito á mi esposa, quien se dió tanta maña para tranquilizar á la pobre gallineta asustada cuidándola, que á pocos dias nos dió quince pollos, que se avinieron á vivir con los otros.

Trascurrió algun tiempo sin que nadie se acordase de la yerba que Ernesto trajera á su hermano para que jugase, hasta que intentando aquel un dia, estando yo presente, tejer con ella un látigo para Franz, acérquéme á ver lo que hacia, y noté la blandura y flexibilidad de las hojas, que abiertas y examinadas despacio conocí ser el verdadero *phormion tenax* ó lino de la Nueva Zelanda (1). Era un descubrimiento de la mayor importancia, y cuando se enteró mi esposa se puso loca de alegría.

—Vengan, vengan cuantas hojas encontreis, dijo; estoy enterada de todo lo concerniente á la preparacion del lino y cáñamo, y cuando lo vea en copos, y se haga rueca, ó al ménos huso, me veréis hecha una hilandera de primer órden, y tendrémos hilo de sobra para que el año que viene esteis provistos de camisas, calzoncillos y blusas de buena tela. ¡Por Dios, cuantas podais!

La prontitud con que mi laboriosa consorte se gozaba con los resultados del descubrimiento, no pudo ménos de hacerme sonreir. En cuanto á los niños, habituados desde la infancia á secundar cualquier deseo de su madre, montaron en sus corceles, Federico en el onagro, y Santiago en el búfalo, saliendo á escape y á las dos horas estaban ya de vuelta trayendo cada uno en la grupa un grandísimo haz de lino, que presentaron á su madre. Al ver tanta cantidad reunida dije:

—Será preciso que ayudeis á mamá en su preparacion.

Al dia siguiente tempranito todos estábamos en el Pantano de los flamencos. Detras venía la carreta con el lino á manojitos, que se sumergieron entre cieno y agua, sujetos con piedras para que permaneciesen en el fondo. A los pocos dias de esta operacion, cuando se habia descompuesto la parte herbácea, se sacaron los manojos y se pusieron á secar al sol. Un dia bastó para que se enjugaran, y ya no faltó sino quebrantar los tallos y reunir en copos la hilaza que los cubria. Terminada la faena se trajo el lino á Falkenhorst para conservarlo, prometiendo á mi esposa, para cuando llegase la estacion de las lluvias, época oportuna para las subsiguientes operaciones para su definitiva preparacion, máquina para tejer, peines para cardar, husos, ruecas y cuanto fuese necesario para sacar todo el partido posible del lino.

(1) Este lino (*linum perenne*), resiste al frio del invierno, y puede cultivarse en las regiones glaciales. Difiere del comun por lo grueso de sus raíces é infinidad de tallos; su hilaza no es tan buena como la del comun; pero sus productos son más abundantes, prosperando hasta en terrenos pobres (*Nota del Trad.*).

Pero lo más urgente en aquella sazon era proveernos de víveres sin demora, pues comenzaba á llover, y la atmósfera volvíase de dia en dia más fria y tempestuosa. Los pocos buenos que nos quedaban se emplearon en almacenar patatas, yuca, cocos, bellotas, forraje, frutos, caña dulce, y lo demás que creíamos sernos necesario miéntras el mal tiempo, cuya duracion ignorábamos. La carreta rodaba sin cesar, y apénas parábamos para comer. Aumentábase en Zeltheim el plantío con varias especies de palmeras; se sembró todo el trigo, cebada y demás granos de Europa que nos quedaban, con la esperanza de que la humedad apresuraria su germinacion y desarrollo, con el risueño porvenir de una cosecha abundante que nos proporcionase el pan de nuestra patria, cosa que tanto ansiábamos.

Varias semanas se pasaron en estas rudas faenas; mas al fin llegó á ser de todo punto imposible proseguirlas; el invierno se presentó de lleno: el viento silbaba espantosamente, la mar se presentaba embravecida, y densos nubarrones se cernieron sobre nuestras cabezas. Pronto descargaron, y el agua cayó á torrentes dia y noche sin la menor interrupcion, trasformando la costa en un lago interminable. Por fortuna el terreno de nuestra residencia estaba algo más elevado que el resto del valle; y las aguas sólo llegaron á doscientos pasos del árbol protector, formando una isla en medio de la inundacion general. Una profunda tristeza se apoderó de toda la familia á la vista de aquella infinidad de agua, que en vez de disminuir parecia acrecentarse. Mi esposa, apocada como mujer, con la continua zozobra no sabía qué hacerse; los niños perdieron su acostumbrado buen humor, y Franz sobre todo, llorando algunas veces, me preguntaba si sería aquello un segundo diluvio.

Por primera vez consideré comprometida nuestra seguridad personal en la morada aérea; la copiosa lluvia que caia con fuerza penetraba por todas partes y hasta nos calaba en la misma cama, pues la lona que servia de techo era insuficiente para guarecernos; y lo peor de todo era que las impetuosas ráfagas del huracan que bramaba amenazaban á cada instante arrancarla de cuajo. Permanecer allí era temeridad, y quedó resuelto trasladarnos bajo la bóveda formada por las raíces del árbol donde estaban las cuadras de las bestias. Lo reducido del espacio, la proximidad del ganado y el humo del hogar, que casi nos sofocaba en aquella madriguera sin salida, la hubieran hecho de todo punto insoportable, á no haberme decidido construir con las dos mitades de la corteza de un árbol bien unidas y calafateadas por fuera, un tubo que haciendo de chimenea facilitase la salida al humo, que era lo que más incomodaba. Reducí cuanto pude el espacio destinado á los animales, para agrandar el nuestro, y solté fuera los indígenas que podian soportar el rigor de la estacion y buscarse la subsistencia, si bien les trabámos las piernas para que no se alejasen demasiado. Las extendidas ramas del árbol podian servirles de abrigo.

Mediante estas disposiciones alivióse algun tanto la incomodidad, y como es-

taba expedita la comunicacion entre la bóveda de las raíces y el hueco de la escalera que se apoyaba en su centro, nos sirvió esta para colocar en sus gradas la mayor parte de objetos, entre ellos los utensilios de cocina más indispensables. Mi esposa se habituó á trabajar sentada en un escalon junto á una ventana, teniendo á su lado Franz, que era el que más se acobardaba. Por último, en aquellas estrechuras se excusó todo lo posible encender lumbre, porque á pesar del mal tiempo no era grande el frio, evitando así el humo que, no obstante la chimenea incomodaba, limitándonos á comer lo que no la necesitaba. Teníamos leche abundante, carne en cecina, y pescado curado; y los hortelanos conservados en manteca fueron un gran recurso, aunque mi esposa, como mujer de gobierno, cuidaba de no presentarlos sino por via de regalo. Sólo de cuatro en cuatro dias, y á veces cada ocho, se cocian algunas tortas de yuca ó se asaba algun tasajo de carne.

El cuidado de los animales nos precisaba á menudo tener que arrostrar la intemperie. Algunas veces teníamos que irlos á buscar al prado cuando no volvian al establo. Estas salidas eran terribles, pues debíamos hacerlas soportando horrorosos chubascos desconocidos en Europa. Volvíamos calados hasta los huesos y ateridos de frio, y merced á unos sacos con capuchones que dispuso mi esposa no nos mojábamos tanto. Para hacerlos se valió de las dos únicas camisas de marinero que restaban á las cuales dí varias capas de cautchú para que fueran impermeables. Con estos sayos de ermitaños llegámos á desafiar el agua impunemente. La facha que presentábamos no era la más seductora; sin embargo, todos hubieran deseado poseer uno; pero faltaba goma y tela para contentarlos.

Así se fué pasando lo ménos mal posible, echando por primera vez de ménos las cómodas y sólidas habitaciones de nuestra patria. Tocábame alentar á la familia, y para conseguirlo no perdoné medio alguno.

Los dias trascurrian repartiendo sus horas en las mismas tareas. La mañana se empleaba en el ganado, y despues en moler harina ó hacer manteca. A pesar de la puerta vidriera que cerraba la barraca, la oscuridad del cielo, encapotado siempre, y nuestra posicion bajo un árbol tan extenso y de tan espeso follaje, adelantaban la noche haciéndola más larga y pesada. Cuando esta llegaba, la familia se reunia al rededor de un blandon de cera verde colocado en un mechero de madera, fijo en la mesa del comedor. La buena madre cosia ó remendaba, yo escribia en borrador mi diario, Ernesto lo ponia en limpio, Federico y Santiago enseñaban á leer y escribir á Franz, ó bien leian en alta voz un rato en cualquiera de los libros de la biblioteca del buque, alternando con dibujar los animales ó plantas que más llamaron su atencion en las diferentes excursiones; y por último, despues de la cena, varias oraciones y ejercicios devotos cerraban el dia.

Cuando calmaba la furia del viento, se asaba entónces alguna gallineta ó penquino que se cogian en el arroyo, y por escasa que fuera la importancia de estos

incidentes, como interrumpian la monotonía de nuestra existencia, se consideraban como verdaderas fiestas.

Tal era á corta diferencia el método de vida que llevámos durante el primer invierno en esta isla, y á pesar de que no fue muy riguroso el frio, al ver lluvias tan copiosas y continuadas echábamos de ménos la nieve y los helados ventisqueros de nuestra tierra. Diariamente observaba la atmósfera esperando que aclarase, y cada dia que trascurria acrecentaba la impaciencia, especialmente á mi esposa, que no obstante su prediteccion por Falkenhorst, preveníame sin cesar que cuando llegase el buen tiempo tratase de construir una casa más sólida y abrigada, fuese donde fuese, ántes que pasar otro invierno como aquel. La experiencia triste por que atravesábamos me hizo conocer la justicia de su deseo.

Sin embargo, durante esta larga y forzada reclusion se emprendieron y acabaron algunos trabajos útiles, entre ellos una máquina para quebrantar el lino, que imperfecta como era llenó en lo posible su objeto. Consistia este ingenio en una larga cuchilla de madera, sujeta por un extremo á la mesa que subia y bajaba alternativamente como un martinete, agramando las aristas del lino y reduciéndolas á hilaza. Luego la emprendí con un cardador para separar la parte leñosa que en ella quedaba y dejarla en disposicion de poderse hilar. Si la cuchilla no me costó devanarme los cascos, no sucedió lo mismo con la carda, que requirió no pocos ensayos, hasta que dí en la dificultad. Reducíase el cardador á dos tablas de la madera más dura que encontré, la una con agujeritos, muy juntos y espesos, algun tanto sesgados para que no se deteriorase con el uso, por los cuales introduje clavos de cabeza chata sujetos por medio de una capa de cola fuerte que adhirió las dos tablas, dando por resultado una carda de fácil manejo, que hizo buen servicio. Mi esposa recibió ambas cosas con el mayor reconocimiento, si bien con la pena de no poderla emplear en seguida, porque el lino, que de prisa se habia almacenado, todavía no estaba bien enjuto, y por lo tanto tuvo que aplazar la faena, así como el hilado, para cuando saliésemos de la especie de calabozo en que estábamos sumergidos.

Las incomodidades y la precaria situacion en que nos encontrábamos nos obligaron á discurrir seriamente en edificar para el invierno siguiente una habitacion más abrigada y propia. A la verdad, con los escasos elementos con que contábamos, debia ser empresa larga y trabajosa en demasía, aunque no la creíamos del todo imposible. Este proyecto y los recursos para efectuarlo alimentó la conversacion por muchos dias; así se neutralizaba el fastidio del presente, ocupada la imaginacion en el porvenir. A lo ménos lográbamos distraernos, lo cual ya era mucho.

CAPÍTULO XXV.

La gruta de sal.—Habitacion de invierno.—Arenques.—Perros marinos.

Imposible fuérame explicar la alegría con que despues de tantas semanas de privaciones y fastidio comenzaron á desaparecer las nubes, despejarse el horizonte, brillar en todo su esplendor el sol, y apaciguarse el viento, cuya violencia nos habia tenido en continua zozobra y alarma. Saludando la vuelta del buen tiempo salímos al fin de nuestra huronera para disfrutar la vista de la rejuvenecida naturaleza y respirar deliciosa y libremente el fresco y puro aire que embalsamaba la atmósfera. Olvidáronse los sufrimientos anteriores, é imitando á los hijos de Noé cuando salieron del arca, entonámos un himno de reconocimiento al Señor.

Las plantaciones y sembrados se encontraban en plena prosperidad: aquellos ostentaban sus tiernas yemas y flores, y por momentos se cubrian de hojas, los tallos de estos asomaban alfombrando el suelo de abundantes yerbas y plantas, que inundaban el ambiente de perfumes; canoros los pájaros dejaban oir sus trinos y melodiosos conciertos; los que no lo eran, ostentando los variados y brillantes colores de su plumaje, piaban á su manera, y todos se atareaban en construir sus nidos. Estábamos ya por fin en la hermosa primavera en que la naturaleza pone de manifiesto los tesoros que amontona con laborioso afan en el invierno.

El primer domingo se celebró con más fervor y recogimiento que los anteriores; con cuanta efusion cupo en nuestra alma dimos gracias al Supremo Hacedor porque en su misericordia habia permitido que naufragásemos en una costa tan fértil, proveyendo así á todas nuestras necesidades. Ofrecímos amarle cada vez más, servirle fielmente, y dedicarnos al trabajo con nuevo ardor.

El primer cuidado fue desembarazar la habitacion aérea de la hojarasca que el viento y las lluvias habian allí amontonado. Permitiéndonos volver á residir

en ella la suave y blanda temperatura que se disfrutaba, abandonámos el infecto y ahogado domicilio en que pasáramos el invierno, instalando la familia por segunda vez sobre el árbol protector que afortunadamente se encontró sin el más mínimo deterioro.

Cuando todo volvió á su antiguo órden, mi esposa siempre activa y laboriosa mostró deseos de que me ocupase en la preparacion del lino. Durante la forzada reclusion ya la habia proveido de rueca, husos y correspondiente devanadera, y estaba cada vez más impaciente por manejar cuanto ántes esos útiles. Para adelantar la faena, enjugué muy bien al calor del hogar varios manojos de lino crudo, que repetidas veces pasé por la carda, logrando así presentarla copos á cuál más finos, que en seguida puso á la rueca de caña que la tenia preparada; comenzó á girar el huso entre sus dedos y pronto se cubrió de hilo consistente, que por completo colmó sus esperanzas. Encantada mi esposa con tan grata ocupacion que la recordaba las veladas de su mocedad, se entregó á ella con tanto ardor que iba y venia de una parte á otra con la rueca al costado y el huso en la mano sin soltarlos. Tomó por su cuenta á Franz, para que la ayudase, y miéntras hilaba, el niño hacia madejas.

Por su gusto hubiera ocupado á todos sus hijos en semejante tarea; pero hallándoles poco propicios sólo pudo recabar de Ernesto que hilase alguna vez, en particular cuando temia se le llamase para cosas de fatiga. Federico y Santiago, siempre activos, preferian correr en completa libertad.

Pero era menester utilizar sus correrías reconociendo el estado de las labores y edificios, ya para visitarlos, ya para reparar los estragos que pudiera haber causado el mal tiempo. Zeltheim por de pronto habia sufrido mucho más que Falkenhorst; la tienda de campaña estaba derribada, las estacas arrancadas, y la mayor parte de las provisiones deterioradas por la lluvia; la pinaza únicamente permanecia intacta; no así la primitiva balsa, que sin duda se hizo trizas, pues ni rastro encontrámos. La pérdida más sensible fue la de dos barriles de pólvora, que quedaron del todo inutilizados.

Estos contratiempos obligáronme á buscar para el inmediato invierno un sitio más á propósito para resguardar las provisiones y un lugar más adecuado para albergarnos.

Remediados los daños, comencé á discurrir el medio de efectuar el proyecto de Federico, el cual consistia en minar el peñasco para refugiarnos en la cavidad que resultara, á imitacion de Robinson, su modelo. Examinando despacio el granítico muro que ante nosotros se alzaba, veia difícil si no imposible aportillarlo, mayormente cuando habia resuelto no emplear ni un grano de pólvora en ensayos, que si bien diesen resultado, lo cual era incierto, nunca igualaban al positivo é indisputable valor de un artículo que, si no era alimenticio en sí mismo, constituia uno de los medios de proporcionar la subsistencia y otro más interesante todavía: el de la propia defensa. Sin embargo, como era preciso hacer algo

aunque sólo fuese un hueco suficiente para conservar la pólvora que nos restaba, que tanto convenia economizar, determinéme al fin, y elegí en lo más cortado del peñasco el punto de donde debian partir los trabajos. Estaba situado este en lugar más conveniente y con mejores condiciones que el de la tienda, abarcando la vista la Bahía del salvamento y gran trecho de las orillas del Arroyo del chacal. Tracé con un carbon la boca que trataba de dar á la cueva, y echando mano al cincel, picos, barra y martillos de cantero, comenzámos á trabajar de firme.

Los primeros golpes produjeron poco efecto: el sol y la intemperie habian endurecido de tal modo la superficie de la roca, que el acero apénas la desgranaba; pero el ánimo de mis obreros no desmayaba, los golpes redoblaban, y algunas pulgadas de hendidura conseguídas en todo un dia, estimularon á proseguir con nuevo ardor al siguiente, y al cabo de cinco ó seis, con auxilio de cuñas y palancas lográmos desgajar una gran piedra, tras la cual se presentó la capa calcárea que la servia de asiento y que el pico hizo desaparecer luego, con que sólo tuvímos que luchar con una tierra arenisca y movediza, que el azadon despejaba, y á medida que adelantábamos acrecentábase la esperanza del éxito.

Así proseguímos varios dias, y ya contaba siete piés de profundidad el hueco, cuando una mañana, Santiago, que á golpe de martillo hincaba en la arena una barra angular de hierro, dijo asombrado.

—¡Papá, papá! ¡he perforado la montaña! ¡no hay más tierra que sacar!

Acudió Federico presuroso donde estaba su hermano, y si bien era cierto el dicho de Santiago, no habia sabido explicarlo. Subido estaba yo en una escalera dando mayor elevacion á la boca de la cueva, cuando oí la algazara que movian mis dos hijos, y acercóseme Federico diciendo que en efecto la barra, moviéndola en todo sentido, probaba hasta la evidencia qué detras existia un hueco. Tan extraordinaria me pareció la noticia, que bajé aprisa, y llegando al fondo de la bóveda cercioréme de lo que anunciaban. Tomé la barra, y á fuerza de removerla é hincarla en varios puntos, ensanchóse la abertura en términos que uno de los niños cupiera en ella. Todos querian introducirse, pero me opuse á su deseo, porque acercándome al agujero para calcular la extension del hueco, una bocanada de aire mefítico me causó tal vértigo, que por poco me priva de sentido.

—¡Huid! ¡huid de aquí, hijos mios! ¡alejáos corriendo! les grité lleno de espanto. ¡Si os acercais podeis encontrar la muerte!

Cuando todos estuvímos á cierta distancia de aquel sitio, les expliqué las condiciones que debia contener el aire para ser respirable, diciéndoles:

—El aire por largo tiempo comprimido se convierte en gas deletéreo que priva instantáneamente de la vida al desgraciado que le aspira, y para conocerlo y preservarse de sus funestos efectos, el medio más sencillo y seguro es el fue-

go, que al absorber su parte dañina le devuelve la elasticidad que lo pone en movimiento.

Al punto nos dirigímos en busca de ramitas y yerba seca, formando haces, los cuales se fueron arrojando encendidos por el boquete, y como al instante los apagában los miasmas infectos de la caverna, tuve que apelar á otro medio para purificar la gran corrupcion de aquel aire.

Entre los objetos procedentes del buque teníamos una caja de cohetes para señales en alta mar. Fuímos por ella, y cuando la tuve á mi disposicion, abríla y saqué bombas y cohetes de iluminacion, que atados todos juntos con una cuerda, colgué dentro de la cueva, prendiéndoles fuego desde fuera por medio de una larga mecha. Algo alejados por precaucion, á los pocos minutos oyóse un estallido y un humo espeso salió de la caverna. Repetida ésta operacion hasta que se consumió el último cohete, y cuando creí purgada la caverna de los vapores que la infestaban, renové la prueba de los haces de leña encendidos, que viéndolos arder como si estuvieran al aire libre me evidenciaron que los gases mefíticos se habian consumido. Sin embargo, persuadido de que el aire no ofrecia peligro alguno, faltaba cerciorarme, ántes de entrar, del estado del suelo, por si andando en la oscuridad pudiéramos tropezar con alguna laguna ó abismo que nos sumergiese; por lo tanto, miéntras Federico y yo ensanchábamos el boquete dispuse que Santiago, caballero en el búfalo, fuése corriendo á Falkenhorst, para anunciar este maravilloso descubrimiento á la madre, y traerse á la vuelta cuantos hachones y bujías encontrase, á fin de explorar prolijamente la caverna.

No podia haber elegido mensajero más á propósito. No bien se lo dije montó en su corcel, y cogiendo una caña por látigo, partió con tal rapidez, que se me erizaron los cabellos de verle, pues no parecia sino que volaba.

Interin volvia, Federico y yo despejámos la entrada de la cueva para que pudiera entrar la familia. No habrian pasado tres horas, y ya vímos de vuelta á Santiago haciendo de batidor: tras él venía la carreta, y en ella mi esposa y Franz; Ernesto sentado en la delantera guiaba el tronco. La elocuencia de mi correo fue tal que obligó á todos á que abandonasen lo que estaban haciendo y se pusiesen en camino, unciendo el asno y la vaca al vehículo para llegar más pronto. Cuando estuvo cerca, acudió Santiago en auxilio de su madre para apearse del carro. La simple vista de los trabajos exteriores asombró á los recien venidos, y todos impacientes por penetrar en la cueva cuya profundidad no se podia calcular desde afuera. Al instante se encendieron las velas; cada cual tomó la suya, además otra apagada, y avíos de encender por lo que pudiera ocurrir, y armados entrámos dentro. Yo iba delante reconociendo el terreno con un palo por si encontraba algun obstáculo que impidiese el paso; seguian los niños algun tanto recelosos, y detras la madre llevando de la mano á Franz, que azorado asíase á su falda; hasta los perros que nos compañaban parecian asus-



Jack montado en el búfalo marchó á todo escape á Falken-Horst

tados, pues en vez de correr á todos lados, seguian despacio y con el rabo entre piernas. Cuando penetrámos como cosa de veinte pasos y la luz de las bujías iluminó la bóveda y paredes de la cueva ¡cuál fue nuestra sorpresa al contemplar el portentoso espectáculo que se ofreció á nuestra vista! El asombro nos selló los labios y creímos estar bajo la impresion de un sueño en vez de la existencia real. A nuestro alrededor todo brillaba con un lujo deslumbrante; el techo y muros de aquella gran cavidad parecian de cristal: columnas y arcos de caprichosas formas de trecho en trecho al parecer sostenian la trasparente bóveda, cuyos prismas, estalactitas y artesones de diferentes dibujos y colores hubiera envidiado la más rica estancia arábiga con todo su lujo oriental; reflejábanse y rielaban los rayos de las luces en los millones de facetas, los cuales se multiplicaban hasta lo infinito, produciendo el efecto de una iluminacion maravillosa que pudiera hacernos imaginar haber sido trasladados al palacio de las hadas, todo cuajado de diamantes, descrito por las mil y una noches, ó bajo el techo de una catedral gótica alumbrada por innumerables cirios en la misa de noche buena. Cuanto más nos internábamos más crecia nuestro asombro. Masas enormes y variadas presentaban un ornato y arquitectura indefinibles; tan pronto eran pilares y arcos aristados cubiertos de follaje de prolijo tallado, como estatuas colosales vestidas de plegados y anchos ropajes, ó monstruosos animales que al punto los cambiantes de luz transformaban en imponentes ruinas de un edificio suntuoso, brillando unas como el cristal de roca y otras con resplandor opaco parecido al que produce el alabastro. La imaginacion podia figurarse cuanto quisiese, y cada refraccion de la luz, imprimiendo continua vaguedad en las formas, trastornábalo todo á cada paso, sin dar lugar á que nada se fijara en la mente.

Cuando se desvaneció aquella primera impresion que suspendiera y embargara los sentidos, comenzámos á reconocer despacio el sitio en que nos encontrábamos. La cueva era espaciosa, de bastante profundidad é irregular figura. El suelo era firme, llano y cubierto de menudísima arena, sin la menor señal de humedad, lo que me infundió la esperanza de que la permanencia en aquel sitio además de salubre sería cómoda y agradable. Reparando de cerca en aquellos cristalizados prismas, que por la sequedad del sitio no podia ser producto de filtraciones de agua, arranqué un pedazo, lo llevé á los labios, ¡y cuál fue mi alegria al convencerme hasta la evidencia de que aquel palacio y su decoracion brillante era de sal gema, es decir, de la mejor y más pura de todas las sales!

Semejante descubrimiento era de imponderable valor. ¡Qué riqueza para nosotros y el ganado tener á mano y cuanto quisiésemos, sin más trabajo que cogerle el precioso condimento, que tan léjos, con grandes fatigas y prolijas preparaciones debíamos proporcionarnos! ¡Qué diferencia entre esta sal y la que usáramos hasta entónces!

No nos cansábamos de recorrer en todas direcciones el maravilloso recinto y

de admirar su natural belleza. Alguno que otro trozo de la materia salina quizá desprendido de la bóveda yacia en el suelo, y temiendo que cayesen otros de arriba ó de los lados, desde la entrada disparámos varias veces las carabinas con el fin de que se desprendiesen los fragmentos que estuvieran dispuestos á caer por la gravedad de su peso. Con igual objeto reconocímos la solidez en vários puntos que no parecian muy firmes hasta quedar persuadidos de que podíamos habitar sin riesgo la magnífica morada con que la naturaleza nos brindaba.

Quedó pues resuelto que miéntras durase el buen tiempo dormiríamos en Falkenhorst, y lo restante del dia se pasaria en Zeltheim como centro de operaciones, trabajando incesantemente en la cueva hasta convertirla en habitacion definitiva, clara, templada y cómoda.

Para disponerla del modo más conveniente admití el parecer de todos, y aprovechando las opiniones más acertadas, al dia siguiente volví á Zeltheim con los niños para ponerlos en ejecucion.

Comenzámos por arreglar la boca de la gruta, á la que provisionalmente se adaptó la puerta de la escalera de Falkenhorst, tratando de reemplazarla en adelante con otra más sólida para impedir la entrada á los salvajes, si es que alguna vez parecian. Dividímos luego el interior en dos partes, la de la derecha para habitacion nuestra; en la de la izquierda estarian la cocina, el gabinete de estudio y las cuadras, y el fondo quedó reservado para bodega y almacenes. Creyendo, y fundadamente, que dando ventilacion á la cueva la masa sálina se endurecia más con el contacto del aire, y que era preciso dar paso á la luz para que no pareciese un subterráneo, comenzámos á abrir ventanas en la fachada, ajustando á ellas las mismas de Falkenhorst. Los departamentos del interior se subdividieron en cuartos diferentes por medio de tabiques de tablas, comunicándose por puertas. En la parte que debíamos habitar se hicieron tres aposentos: el del centro y contiguo á la cuadra, destinado á dormitorio para mí y mi esposa; el segundo, para comedor, y en el restante se colocarian los lechos de los niños; á la primera y última de estas habitaciones se les pusieron vidrieras, y el comedor quedó con una sola celosía. Cerca de la ventana de la cocina se construyeron hornillas, y practicando un agujero en la bóveda, que salia al exterior, una caña de bambú nos suministró la chimenea para dar salida al humo. Destinóse para taller el espacio suficiente á fin de emprender una obra considerable, y la cuadra se dividió en compartimentos para cada especie de animales, lo mismo que los almacenes, adaptados á las diferentes cosas que allí habian de custodiarse.

Estos trabajos tan varios y complicados, el trasporte de todos nuestros efectos, su colocacion ordenada y metódica, y el trastorno de una mudanza completa, en la cual todos teníamos que hacer de obreros, ayudantes y peones, nos ocupó mucho tiempo, fijando nuestra residencia en Zeltheim como base de operaciones. La sola idea de poder en adelante pasar cómodamente y de una manera

agradable la estacion de las lluvias nos daba valor y hacia olvidar cada dia el cansancio y fatiga de la víspera.

Además, nuestro albergue de Zeltheim tenia ya sus atractivos; nos proporcionaba recursos para la subsistencia, y fue ocasion de aprovechar otros con los que no se contaba. Por de pronto allí habia el estanque y las junqueras, morada de los patos, ánades y gansos; la playa nos suministraba tortugas juntamente con los huevos que estas depositaban en la arena; y el arroyo, con sus cristalinas aguas, ostras, almejas y cangrejos, con otras especies de mariscos y variedad de pesca, que proveian nuestra mesa de manjares exquisitos y variados.

Una mañana que salímos temprano de Falkenhorst (donde ya no se permanecia sino para dormir) con objeto de verificar una excursion á la Bahía del salvamento, fuímos testigos de un singular espectáculo. Agitadas las aguas en determinado espacio con un movimiento extraordinario cual si en ebullicion estuviesen, revoloteaban por cima de ellas multitud de aves marinas que movian confusa algazara, y tan pronto se posaban en aquel hervidero como se levantaban á grande altura, cruzándose unas con otras en círculos como si obraran por un pensamiento uniforme ó se movieran guerra. A más de eso el fenómeno iba complicando su aspecto; sobre aquella superficie donde reflejaba el sol sus nacientes rayos, aparecian de vez en cuando luminosos puntos y como llamas fosfóricas que reproducidas y extinguidas succesivamente no daban lugar á conocer su orígen. De pronto aquella masa hirviente se dirige á la bahía donde estábamos observándola. Ni la aproximacion del fenómeno pudo sacarnos de la curiosidad en que estábamos. Cada cual lo explicó á su manera: Federico se imaginó que sería un volcan submarino; Ernesto opinaba que allí habria algun mónstruo ó cetáceo gigantesco como ballena ó cachalote (1), y que las aves le seguian con objeto de devorar los peces que el animal soliviantaba con sus movimientos. Los más jóvenes, en quienes tenia mejor cabida la idea de lo sobre natural y maravilloso, casi veian sirenas, hombres marinos, ú otros seres fantásticos habitantes de las ondas, cuyas fabulosas historias habian oido contar en las veladas.

—Si deseais conocer la causa del fenómeno, les dije, no es nada de lo que os figurais, sino pura y sencillamente un banco de arenques que baja todos los años de los mares del Norte. Suponiendo que tan corta explicacion no estará á vuestro alcance, responderé de antemano á las preguntas que me habiais de hacer.

«Llámase bancos de arenques á una grandísima multitud de estos peces, que yendo en columna cerrada semejan un banco de arena en medio de la mar, co-

(1) El cachalote *(physeter)* corresponde al género de mamíferos perteneciente al órden de los cetáceos. Es parecido á la ballena, y algunos son tan grandes; pero son más ágiles y están mejor armados. Este género contiene muchas especies cuyos caractéres aun no han sido bien determinados. En alguna existe una concrecion en sus intestinos de la que se saca la sustancia aromática llamada ámbar gris. (*Nota del Trad.*)

giendo á veces leguas cuadradas de extension y varios metros de profundidad, los cuales abandonan el mar Glacial, extendiéndose por la superficie del Océano para desovar en sus costas. Siguen á estos enjambres errantes peces grandes como salmones, doradas y otros por el estilo, que en la travesía consumen gran parte de la emigracion; las aves de rapiña y los mónstruos marinos merman igualmente el apiñado ejército, atacándole unos bajo las olas, y arrebatándole otros del agua causándole infinitas víctimas. Siempre perseguido por estas dos clases de enemigos, sigue sin embargo su camino la compacta columna de arenques hasta dar con su más temible y diestro adversario, el hombre, en cuyas manos caen la mayor parte de los que hasta entónces han podido librarse de sus perseguidores. Parecia que con tantos medios y ocasiones de aniquilamiento se hubiese ya extinguido esta raza; pero la Providencia que á todo atiende, y en particular á la conservacion de las especies, ha dispuesto que cada hembra fecunde al año de cincuenta á sesenta mil huevos. Otro pescado hay además destinado como el anterior por la naturaleza al mantenimiento del hombre: es el bacalao, que contiene cada uno más de tres millones de huevos.

Durante estas explicaciones, el escuadron resplandeciente como si le cubriera un pulimentado arnes de plata, penetró en la bahía dejando asombrados á mi esposa é hijos al ver tan prodigiosa muchedumbre de peces hacinados.

—No perdámos el tiempo en admirarlo, dije, y pues la Providencia nos envia estas riquezas, vale la pena de aprovecharlas.

Mandé á buscar los útiles necesarios, y comenzó la pesca. Federico y Santiago entraron en el agua, y tal era el espesor del banco, que sin necesidad de red, con las manos, pañuelos y de cualquier manera cogieron multitud de peces que iban arrojando á la arena; mi esposa y Ernesto provistos de cuchillos los iban abriendo y depositando en barriles despues de salados. Yo era el encargado de colocarlos formando círculos con las cabezas al centro y capas intermediadas de sal, hasta que se llenaron los cascos. Cubrí la última capa con hojas de palma, despues con un pedazo de lona, y luego con tablas encima de las cuales puse una gran piedra para que sirviese de prensa. Cuando un barril estaba lleno, el asno guiado por Franz lo conducia al almacen. Al cabo de algunos dias, cuando la pescada se impregnó de sal y se redujo á una masa compacta, cerré los barriles, calafateando las rendijas con estopa y arcilla, y los trasladé á la cueva contento y satisfecho de haber logrado esta nueva y abundante provision para el invierno.

Los desperdicios del pescado que se arrojaron al mar para no infectar el aire atrajeron á la bahía una bandada de lijas ó perros marinos de los que matámos hasta una docena, cuyo pellejo y grasa reservámos, el primero para curtirlo y la segunda para convertirla en aceite para las lámparas, economizando así las bujías; los perros, el águila y el chacal se aprovecharon de la carne (1).

(1) La lija ó perro marino, *Scillium*, pertenece al género de los condropterigios celáceos su

Tambien se hizo una gran mejora en la rastra para trasladar las provisiones. La coloqué sobre dos maderos, en cuyos extremos encajé dos ruedas de cureña que pertenecieron á la artillería del buque, con lo que obtuve otro vehículo, ligero y de poca altura.

carne es basta; pero el pellejo debidamente preparado sirve para cubrir baules, estuches, etc., pulir las maderas y metales y basta el hierro. La lija comun ó mayor se llama *perro de mar*, *squalus canicula*; y la pequeña, *Sq. catulus*. (*Nota del Trad.*)

CAPÍTULO XXVI.

Yeso.—Salmones.—Sollos.—Cabial.—Algodon.

El arreglo de la cueva vino á constituir el trabajo habitual de todos, y aunque los progresos eran lentos, porque cada vez nos distraian otros cuidados diversos, no desesperé de que estuviera dispuesta ántes de la estacion de las lluvias. Registrando escrupulosamente los muros de la cueva, advertí que entre la cristalizacion salina de que casi en su totalidad estaba revestida, habia muchas piedras de espato de yeso que podrian ser de grande utilidad para las construcciones. Como el recinto no era vasto, busqué el sitio más á propósito para desprender ese mineral sin conmover lo demás, y en efecto me salió bien la operacion empleando escasa pólvora, teniendo la suerte de encontrar despues otra veta de espato en el borde saliente de la roca bajo la cual establecí al principio el depósito de municiones de guerra. Calciné luego los trozos de mineral arrancados, y cuando estuvieron frios, los niños los redujeron á polvo con la mayor facilidad, y lo colocaron en toneles, lo cual me proporcionó yeso para dedicarme á la albañilería.

Empleélo primero en revestir exteriormente los barriles donde tenia conservados los arenques, para preservarlos del contacto del aire y de la humedad; y no lo hice sino con la mitad, pues el contenido de los otros, para complacer á mi esposa que le gustaban mucho, se destinó para curarlos al humo, segun acostumbran los pescadores holandeses y americanos, construyendo al efecto con ramas una choza para colgarlos ensartados en juncos; encendí lumbre con leña verde, hojas húmedas y musgo para que produjese mucho humo, cerré luego cuidadosamente la choza á fin de que no se saliese por ningun resquicio, y obtuve una buena provision de arenques secos, de color amarillento y muy brillantes, tan bien preparados como los mejores que se curan en Holanda.

Al mes de esta pesca el mar nos trajo otra visita que no fue ménos productiva. En un dia, la Bahía del salvamento y las costas inmediatas se llenaron de

grandes pescados que acudieron en tropel al Arroyo del chacal para depositar sus huevos entre las piedras de su álveo; Santiago fue quien primero divisó aquella irrupcion y me dió parte. Acudímos á la playa, y en efecto vímos aquella masa de pescado que se atropellaba por contrarestar la corriente. Por su aspecto y magnitud, aunque Santiago me anunciara ser ballenatos, unos me parecieron sollos y otros salmones de los mayores. Miéntras que discurria los medios de coger algunos, cuya pesca era más seria que la de los arenques, Santiago, siempre el más atrevido, se fué á la gruta y volvió en seguida provisto de su arco, flechas y un ovillo de bramante. Ató una de aquellas al extremo del cordel, y en cuanto echó el ojo á uno de los salmones mayores, tendió el arco y se la clavó en el costado. El pez herido bregaba por desasirse, de tal suerte, que si no acudieran pronto Ernesto y Federico, hubiera roto el bramante. Dándole cuerda y cansándole, al fin pudo sacarse á tierra y se le dió muerte. Al ver tan buen resultado tratámos de sacar más partido, ántes que los salmones se alejaran. Para esto acudímos todos, empleando cada cual su arma: yo con un tridente, como el dios Neptuno; Federico con su arpon, Ernesto con la caña, y Santiago con sus flechas. Cada uno hizo presa; mas yo tuve la suerte de coger entre las rocas dos ó tres. La gran dificultad era poderlos sacar del agua; Federico, que tenia clavado el arpon en nn sollo que mediria al ménos ocho piés, no acertaba á arrastrarlo hácia la playa, resistiendo á todos nuestros esfuerzos reunidos, cuando á mi esposa, que presenciaba la escena, se le ocurrió la idea de traer el búfalo; le hicimos tirar de la cuerda, logrando así hacernos dueños de tan importante pesca.

No fue mala la que se armó para arreglar sobre la marcha, abrir, limpiar y poner en salazon el pescado. Una parte se saló, y la otra se curó como los arenques. Mi esposa, siempre industriosa, cuidó de conservar algo en escabeche como se hace con el atun. El sollo, cuya carne se parece á la de ternera, era hembra y los huevos pesaban más de cuarenta libras. Estaban ya por tirarlos al arroyo, así como los desperdicios, cuando me opuse, recordando que los rusos aderezan un manjar muy delicado con los huevos del sollo, al que apellidan caviar (1). A cuyo efecto lavélas bien despojándolas de pellejo y fibras, y ligeramente saladas, las prensé en calabazas agujereadas para que se escurriera el agua. Al cabo de algunos dias se redujeron á una masa sólida, á manera de queso, y en seguida se pusieron á curar al humo junto con el pescado, lo que fue otro recurso para el invierno.

Para aprovecharlo todo traté tambien de servirme de la piel viscosa, las aletas y el resto de las entrañas del sollo para hacer con ello lo que se llama vulgarmente cola de pescado. Hervidos esos restos en una caldera y evaporada el agua, el remanente quedó con una consistencia espesa, parecido á la cola fuerte,

(1) El cabiar ó cabial es un manjar muy estimado que se sirve en muchas partes del Oriente, aderezándose segun aquí se indica.

y tan trasparente que se me ocurrió aplicarlo en lugar de cristal, extendiéndolo en hojas delgadas, sobre una losa de mármol, restos del ajuar del buque, y á medida que con el calor las hojas se endurecian, la quitaba y ponia otra, y así me encontré con quince ó veinte planchas sólidas y diáfanas que en caso de necesidad pudieran servirnos de cristales.

Entre tanto el huerto de Zeltheim se encontraba en estado floreciente, suministrándonos toda especie de legumbres y hortalizas exquisitas, y lo más admirable, sin abono alguno, sólo por la feracidad de aquella tierra vírgen, y en todas estaciones, pues en cualquiera producia sin interrupcion habas, guisantes, judías y demás legumbres. Las mazorcas del maíz tenian ya más de un pié, los melones y las sandias superaban nuestras esperanzas en magnitud y buen sabor, y la caña dulce y la piña eran riquísimas. En cuanto á patatas, yuca y batata, nó hay que decir; teníamos campos enteros á nuestra disposicion, sin más trabajo que ir recogiendo. Semejante prosperidad al redor de la casa nos hizo concebir la esperanza de que se extenderia á la de nuestras plantaciones más lejanas; y ántes que llegasen las lluvias propuse á los niños una expedicion para ir á visitarlas, y proveernos de cera, goma elástica, calabazas y otras cosas que nos hacian falta y era indispensable reponer.

Antes fuímos á pasar un dia en Falkenhorst. En la llanura inmediata, donde mi esposa sembraba cuantos granos tenia de Europa, encontré la mayor parte de las mieses en sazon, y pocas todavía verdes. Habia trigo candeal, cebada, avena, centeno, guisantes, habas, lentejas y otras legumbres. La cosecha más abundante fue la del maíz. Segámos y reunímos en gavillas lo que estaba á punto, cuidando de vigilar la granazon de lo restante, pues no faltaban pájaros de todas especies, á quienes al parecer agradaban mucho esas nuevas producciones, anidando cerca para cosecharlas sin duda ántes que nosotros.

De entre las cañas de maíz se elevaron con gran ruido como hasta doce avutardas, los perros levantaron al mismo tiempo del sembrado otras bandadas de pájaros de diferentes tamaños y especies. Como esta aparicion nos cogió desprevenidos, nadie pensó en las armas de fuego; mas Federico, deseando poner á prueba al águila, soltóla á las avutardas y montó en el onagro siguiendo su direccion. El águila, remontándose á grande altura, se colocó perpendicularmente sobre una, y cayendo como un rayo encima de ella, la cogió en sus formidables garras, hasta que su amo, que la seguia al galope, la salvó de ellas. Acudímos todos á ver el primer ensayo de docilidad del águila cazadora, excepto Santiago, que se quedó en el campo para probar la destreza del chacal, patentizando el resultado de los adelantos que habia obtenido su maestro, pues en ménos que se dice atrapó una docena de codornices, que el niño nos enseñó á nuestra vuelta.

Esta excursion á las nuevas posesiones fue señalada con una invencion de mi esposa. Cuando llegó la hora de la comida, ántes de servirla, para abrir el apetito nos tuvo preparada una bebida compuesta de harina de maíz destilada en



Fritz lanza su águila que al momento cojió en sus garras á una las abutardas.

agua y mezclada con miel de caña, que constituia un refresco muy saludable y nutritivo con la apariencia y dulzura de la leche.

La avutarda, que estaba levemente herida, quedó agregada al corral, y las codornices asadas nos proporcionaron un excelente principio. Empleóse el resto del dia en poner en órden la hacienda de Falkenhorst, trillar y aechar los cereales á fin de conservar tan preciosa semilla para otro año, y disponer lo necesario para la excursion proyectada. Tenia ideado formar una colonia con la mayor parte de los animales, cuyo número se acrecentaba de tal suerte, que ya me causaba embarazo tener que mantener tantas bocas, en particular cuando llegase la mala estacion, pues no podiamos cuidarlos. Por lo tanto urgia arbitrar medios de aclimatarlos en otro punto, librándonos así de ese cuidado, buscándose ellos mismos la subsistencia necesaria á su conservacion, pero de manera que los encontráramos cuando fuese necesario.

En consecuencia mi esposa eligió una docena de gallinas y un gallo, y yo saqué del establo cuatro cerdos, dos pares de ovejas, dos cabras y un macho cabrío, los cuales se colocaron en el carro donde ya habia provisiones de toda especie, víveres, herramientas y demás utensilios necesarios, y tirado por el búfalo, la vaca y el pollino, salímos todos de Falkenhorst para la nueva expedicion.

Federico, caballero en el onagro, iba delante á fin de reconocer el terreno para no meternos en algun atolladero, guiando por diferente camino al de otras veces, entre las rocas y la costa á fin de explorar los terrenos que aun no se habian reconocido de Falkenhorst al promontorio. Al principio costó no poco trabajo abrirse paso por la maleza é intrincados matorrales que cubrian el suelo; pero el hacha venció todos los obstáculos. Despues de una trabajosa hora de camino desembocámos en una llanura cubierta de matas del aspecto más singular del mundo, pues no sólo sus ramas y hojas, sino el terreno al redor parecia cubierto de copos blancos como si acabara de nevar. Franz, que lo vió primero, quiso saltar del carro gritando:

—¡Papá! ¡papá! ¡nieve! ¡nieve! ¡mamá! ¡deje V. que me apee para hacer pelotas!

Reímonos de la inocencia del niño al hablar de nieve cuando nos achicharrábamos de calor, no acertando nadie de pronto con lo que formaba aquella blanquísima alfombra; Federico aguijó al onagro, y volvió trayéndonos un ramo cargado de aquel vellon blanco, que alborozado conocí ser algodon del más fino. Era este hallazgo de precio inestimable, y ya mi esposa estaba echando cuentas de lo que con él pensaba hacer cuando tuviese lo necesario para emplearlo. Parámonos y recogímos cuanto se pudo; se llenaron tres sacos, conservando con especial cuidado la simiente que más adelante plantaríamos en las cercanías de Zeltheim, á fin de tener más á mano tan preciosa cosecha.

Terminada la operacion, seguímos adelante, dirigiéndonos á una colina que

lindaba con el bosque de los calabaceros, para atalayar desde allí todo un paraíso terrestre. Árboles de toda especie vestian la falda de la colina, y un cristalino arroyo corria mansamente por la llanura, contribuyendo á la belleza y fecundidad del sitio. El bosque que acabábamos de atravesar ofrecia un abrigo contra los vientos del Norte, y la espesa y fresca yerba que tapizaba la vega podia asegurar la subsistencia del ganado; de suerte que por la amenidad del paisaje, lo poco combatido del cierzo y la abundancia de pasto, parecióme este punto el más á propósito para la nueva granja, adhiriéndose todos á mi parecer.

Comenzámos por armar la tienda, disponer el hogar con grandes piedras, á fin de que se aderezáse la comida. Miéntras mi esposa y los niños se entretenian en eso, dirigíme con Federico para reconocer el sitio que debia ocupar la nueva casa. No tuve que andar mucho, pues bien cerca encontré un grupo de árboles bien dispuestos, y á proporcionada distancia unos de otros, para que sirvieran de pilares de la alquería. Fuímos trasladando allí las herramientas para comenzar la obra; mas como la tarde estaba ya adelantada y no podia hacerse ya gran cosa aquel dia, quedó aplazada la tarea para el siguiente. Encamínamonos á la tienda, donde mi esposa y los pequeños se ocupaban en desgranar la simiente del algodon. Cenámos sosegadamente y nos recogímos á descansar sobre los blandos haces de yerba que nos tenian dispuestos, los que en breve nos procuraron grato y apacible sueño.

CAPITULO XXVII.

La granja.—Fresas.—Ornitorinco

Los árboles elegidos para la construccion de la casa rústica formaban un paralelógramo casi rectangular de hasta veinte y cuatro piés de longitud por diez y seis de anchura. Como me proponia que el edificio tuviese dos pisos, á diez piés de elevacion, en los troncos de los árboles labré grandes muescas, en las que transversalmente encajé fuertes maderos, sosten de anchos tablones que me proporcionaron un piso sólido, repitiendo igual operacion á menor altura que la primera para formar el techo del segundo cuerpo, el que cubrí con ramas y pedazos de corteza en forma de tejas, sujetos con espinas de acacia, ahorrando así la clavazon artículo demasiado precioso para emplearlo en esto; y á fuerza de trabajo y dándole el declive necesario para las aguas, resultó un tejado semejante á la coraza de los antiguos romanos, que llenaba el objeto. Los niños estaban encargados de arrancar las cortezas, desprendiéndolas de cualquier árbol: las secaban al sol, con peso encima para que no se abarquillasen, y Franz, único que quedaba al lado de su madre para ayudarla en la cocina, recogia de paso las virutas, astillas y fragmentos que resultaban del labrado de las maderas y cortezas para alimentar el fuego del hogar. Esto, que al parecer sólo era un entretenimiento para el niño, proporcionóme dos nuevos descubrimientos. Un olor acre de resina que percibí me hizo abandonar el trabajo para reconocer la corteza que lo producia, y examinada resultó ser el terebinto, hallazgo que celebré, constándome que la trementina que produce, mezclada con aceite, proporciona una excelente brea aplicable á varios usos. De la misma manera tropecé con otro árbol, cuya goma, vulgarmente llamada almáciga, es de mucha utilidad (1).

Estaba de Dios que todo habian de ser hallazgos. El instinto de las ca-

(1) La almáciga es una materia resinosa de la que en el comercio se conocen dos variedades, una llamada en lágrimas, la más pura y estimada que se obtiene por medio de incisiones practicadas en el alfónsigo, y la otra, que es la comun, cae espontáneamente y se recoge del suelo. (*Nota del Trad.*)

bras nos hizo encontrar entre las cortezas que se arrancaban, la del árbol de la canela, cuyo sabor y fragancia no dejó la menor duda acerca de su identidad. Sin embargo, aunque de tanta estima este producto, al que tanto valor se le da en Európa, no me satisfizo en igual grado que los de la trementina y la almáciga, cuya aplicacion nos era más importante y positiva por el gran partido que esperaba sacar de esas materias resinosas en lugar de la brea, de la cual carecíamos por haberse consumido cuanta se encontrara en el buque.

Llegó en tanto la hora de comer, y la conversacion rodó naturalmente sobre cosas de actualidad. Deseoso siempre de aprender, Ernesto me preguntó la causa de mi alegría al encontrar el terebinto, y cuál era su aplicacion.

—De este árbol, hijo mio, respondí, se extrae un aceite, vulgarmente llamado trementina, de grande aplicacion en la industria. Sirve, liquidado, para hacer un excelente barniz; reducido á masa sólida, constituye lo que se llama pez griega, y mezclado con la almáciga resulta una especie de betun muy fuerte; así conocerás si aplicaciones tan útiles no son motivo suficiente para alegrarme de ese nuevo don de la Providencia.

Aficionado á golosinas Santiago, me hizo igual reflexion respecto á la canela, sintiendo que no la hubiese honrado con igual preferencia.

—La canela, dije, sólo sirve de recreo al paladar de los glotones como tú. Si la casualidad nos proporcionara que alguna vez tuviésemos tráfico con Europa, sacaríamos de tan precioso árbol buen partido. ¿Y no sabes, añadí, cómo se coge y trasporta para que conserve su aroma durante una larga travesía? Pues bien, te lo diré. Se juntan los trozos de corteza en haces bien apretados dentro de saquillos de tela de algodon, se les envuelve con juncos, y despues se cubren con piel de búfalo. Así enfardada la canela, llega á Europa sin la menor avería y con todo su aroma y sabor.

La comida y sobremesa pasaron en estos diálogos, y cuando estuvimos bastante descansados para volver á la faena, cada uno se puso á la suya. La conclusion de la casa todavía nos hizo invertir algunos dias. Listos los tejados, se levantaron las paredes con cañas y bejucos entrelazados y sujetos con ramas flexibles, cuya altura excedió cinco piés sobre el suelo. El resto hasta el alero se cubrió con un enrejado claro para que el aire y la luz penetrasen fácilmente. La puerta se situó en la fachada frontera al mar, y la division se hizo con arreglo á los huéspedes que debian alojarse. La entrada se destinó para los animales, reservando para corral un techo cerrado con palizada, para que únicamente pudiesen penetrar las aves. El aposento interior se enmaderó, todo para habitarlo cuando fuéramos á visitar á los colonos, y la puerta quedaria cerrada durante nuestra ausencia como resguardo del ajuar, el cual se compondria de lo más preciso por si ocurriera pasar allí algunos dias. Al piso superior, al que se subia por una escala de mano, se destinó para mirador.

Dejóse para más adelante el encalamiento exterior con yeso, bastando por el

momento dejar dispuesto para los animales un provisional abrigo. Para habituarlos á que volviesen por la noche á su nuevo domicilio, bastó prepararles buena cama con yerba y paja, y mezclar un poco de sal con el pienso.

Híceme la ilusion que bastarian pocos dias para llevar á cabo estos trabajos; pero más de ocho se invirtieron, de manera que tocaban á su fin las provisiones. Sin embargo, se me resistia volver á Falkenhorst sin dar la última mano al nuevo establecimiento, y así mandé á aquel punto á Federico y Santiago para que trajesen mantenimientos para dilatar nuestra permanencia y renovar el alimento de las bestias que allí se habian quedado. Los dos correos partieron á escape, cada cual en su montura favorita para cumplimentar mis órdenes. El asno arrendado para cargarle de provisiones á la vuelta, tuvo que seguirles más que de paso, y de seguro debió pasar mal rato atendida la velocidad con que caminaban los jinetes.

Durante su ausencia, Ernesto y yo dímos un paseo por las cercanías para recoger de paso algunas patatas y cocos. Seguimos la direccion del arroyo, el cual nos condujo á un anchuroso pantano que terminaba un lago de ameno aspecto, y en cuyas orillas revoloteaba naves de todos tamaños y géneros, creciendo en torno alta y espesa yerba de cuyos tallos salian aristas, y al examinarla quedé agradablemente sorprendido al reconocer el arroz silvestre, que si bien de menuda especie, parecia de buena calidad. En cuanto al lago, el que ha nacido en Suiza y ha visto desde su infancia el de Ginebra y la tersa superficie de sus tranquilas aguas, podrá comprender el inexplicable gozo que experimentámos al contemplarlo. ¡Aquí estaba la Suiza, al ménos una muestra de aquella tierra querida! La ilusion duró muy poco. ¡Aquella orilla con su vegetacion potente y sus gigantescos árboles nos evidenció que no estábamos en Europa, y que nos separaba de la patria una inmensidad desconocida!

Ernesto disparó á los pájaros que allí se encontraban, y con sorpresa mia desplegó en la caza, en la que por primera vez se ejercitaba, una destreza y serenidad sorprendentes. Mató algunos; pero no los hubiéramos encontrado á no ser por el chacal de Federico que vino con nosotros y se metió en el fango para traérnoslos.

El mono Knips, que era tambien de la partida, nos proporcionó otro descubrimiento interesante. De pronto le vímos hurgar en unas yerbas y separar las hojas con sus manos, comiendo al mismo tiempo algo que le gustaba mucho. Nos acercámos, y resultó una sorpresa agradable: eran fresas de las más ricas y aromáticas. En esta ocasion no desdeñámos imitar al mono; recogímos cuantas se pudo, cuyo delicioso perfume se parecia al de la piña americana. A más de la que podiamos llevar, el canasto de Knips se llenó tambien de fresa colocada con esmero y bien cubierta de hojas, sujetándoselo bien para que por el camino no le diese tentacion de apropiarse lo que destinábamos como regalo á la familia. Tampoco me olvidé de traerme una muestra del arroz, creyendo, y fundadamente, que mi esposa recibiria un buen alegron al verlo. Costeámos despacio el lago, cuyas férti-

les orillas cubiertas de espesas y floridas junqueras cambiaban de aspecto á cada paso. Allí abundaban aves de todas especies y de los más variados y brillantes colores, maravillándonos dos hermosísimos cisnes negros que se miraban en las azuladas y cristalinas ondas. Su pluma lustrosa y negra como el azabache contrastaba con la de la extremidad de las alas que era blanca, y en su tamaño y apostura se asemejaban á los de Europa (1). Ernesto deseaba probar en uno su destreza, lo cual impedí; ¡me hubiera creido culpable permitiendo se turbase á esos inofensivos seres la dulce y tranquila paz que disfrutaban!

Pero Bill, que no sentia por las escenas sublimes de la naturaleza la admiracion de que yo estaba poseido, partió como un rayo, y arrojándose al lago nos trajo un animal que estaba nadando. Era una bestia de lo más extraño que puede figurarse. Tenia membranas en las patas, como en general las aves acuátiles, una cola peluda y enroscada como la ardilla, y una cabeza á proporcion pequeña, con imperceptibles ojos y orejas, y un pico larguísimo como el del ganso, lo que le daba un aspecto tan ridículo que nos causó risa su aspecto. Toda nuestra ciencia de naturalistas no bastó para clasificar lo que al parecer era inclasificable, y persuadidos de que aquel animal era desconocido, nos creímos autorizados para ponerle un nombre de capricho, el de *bestia picuda*.

Cargado con él, que como cosa rara pensaba conservar embalsamado, subimos á un altillo para orientarnos y dirigirnos por el camino más recto á la granja. Hubiera podido elegir el que ya conocíamos; mas como la ausencia se habia dilatado más de lo que pensaba, lo cual impacientaria á mi esposa, cortámos por el atajo, y á poco nos reunímos con los nuestros.

Encontrámos á la buena madre, que por todo se alarmaba, algo inquieta por nuestra tardanza y por la de mis dos mensajeros, que afortunadamente llegaron de Falkenhorst casi al mismo tiempo que nosotros. Cada uno refirió sus proezas; Ernesto disertó sobre nuestros descubrimientos, realzando tanto las descripciones que me ví obligado á ofrecer á Federico que vendria otra vez. Supe con satisfaccion que todo estaba en buen estado en Falkenhorst, y que mis encargados habian tenido la buena idea de dejar á los animales comida para diez dias por si tardábamos en volver.

Por nuestra parte pusímos de manifiesto las fresas, el arroz, los pájaros y la bestia rara que dejó pasmados á los niños. Más tarde supe que el tal animal que yo creia desconocido á la historia natural era el ornitorinco (2), descubierto por primera vez en un lago de Nueva Holanda.

(1) El cisne negro, por una de las contraposiciones que, sólo se ven en la tierra de fenómenos zoológicos á cual más imprevistos, no se encuentra sino en la Australia. Fuera del color en nada se diferencia de los blancos.

(2) Este ornitorinco es del género de mamíferos comprendido en el grupo de los monotremos. No existe más que una especie, y esta rara. Se encuentran siempre á la orilla de los rios ó lagos. Viven comunmente en el agua, y exhalan un olor parecido al de los peces. Su alimento son gusanos que pescan como los ánades. (*Notas del Trad.*)



Bill, se arroja al agua y saca un animal muy extraño.

Despues que cenámos lo que los niños habian traido, nos fuimos á acostar. Cuatro dias permanecimos todavía en la nueva granja, á la que titulámos *Waldeck* (casa del bosque). En ese tiempo acabé de arreglar las puertas y ventanas que faltaban, miéntras mi esposa y los chicos amueblaban nuestro aposento para cuando se nos antojase pasar allí algun tiempo. Por último, despues de dejar á los colonos lo necesario para su subsistencia, llegó el momento de partir; se cargó la carreta con lo que debíamos llevarnos, y la caravana se puso en marcha. Mucha pena nos causó separarnos de los animales, hasta entónces inseparables compañeros nuestros, los cuales querian seguirnos á todo trance. Para contenerlos fue preciso que se quedase Federico con el onagro hasta que nos perdieron de vista; empero partiendo en seguida al galope tardó poco en alcanzarnos.

CAPÍTULO XXVIII.

La piragua.—Mejoras en la cueva.

Decididos á no ir directamente á Falkenhorst, tomámos otro camino que nos condujo á un bosque parecido á los de Suiza. Apénas penetrámos en él, multitud de monos encaramados en las ramas empezaron á arrojarnos piñas; pero un par de disparos con perdigones les hicieron huir, quedando dueños del campo. Franz cogió una, y examinándola ví que pertenecia á una especie de pino, cuyo piñon, á más de su buen sabor, produce exquisito aceite. Recogimos algunas y seguímos adelante.

Próximos al promontorio hicimos alto, indecisos sobre si salvaríamos ó no la colina que se elevaba á la derecha del cabo. Al fin nos decidímos por la afirmativa, y llegados á la cumbre dimos por bien empleada la fatiga que nos costó la subida. Descubríase un paisaje encantador. Abarcaba la vista una dilatada campiña fértil y risueña; todo eran prados de espesa y florida yerba, grupos de árboles en flor, arroyuelos que serpenteaban entre el césped, y aves que encantaban con sus armoniosos trinos. Plantámos tienda, y comenzámos como de costumbre por hacer lumbre, en la cual se echaron las piñas para que se abrieran á fin de desgranar los piñones. Mi esposa sólo los apreció por el aceite que esperaba sacar de ellos.

Terminado el desayuno, y convencido de lo adecuado del sitio para establecer otra granja, nos ocupámos en seguida en la construccion de la casa, que se dispuso como la de Waldek, pero mejor y en ménos tiempo que aquélla, porque la práctica nos habia convertido de aprendices en consumados maestros. Salió tan bien la obra, que tenia la apariencia de un cortijo de Europa. Seis dias se invirtieron en ella, resultando un albergue bien ordenado tanto para personas como para animales. Así íbamos dejando por do quiera huellas de nuestra permanencia en la isla, que eran otras tantas conquistas del hombre sobre la naturaleza, y muestras de la civilizacion en el desierto.

La nueva granja recibió el nombre de *Prospect Hill* (Buena Vista). Como buen aleman, habia yo ideado otra denominacion en mi idioma; pero el nombre inglés que le dió maese Ernesto, recordando haber visto en Port-Jackson una colina parecida á esta, y que se llamaba lo mismo, prevaleció sobre el mio, y *Prospect Hill* quedó definitivamente adoptado.

Terminada la tarea, nos echámos á buscar un árbol para labrar con su corteza una piragua en reemplazo de la destruida balsa de tinas. Hacia tiempo que me asediaba esta idea, y creí llegado el momento de ponerla en ejecucion. Despues de haber inspeccionado todos los árboles de las cercanías, encontré un roble gruesísimo cuya corteza era algo más lisa que la de los de Europa. Tendria el tronco como unos cinco piés de diámetro, más de lo suficiente para el objeto que me proponia; pero se presentó la gran dificultad de arrancar sin estropearlo tan gran rollo de corteza de hasta quince piés de circunferencia por veinte de altura. Despues de discurrirlo mucho, resolvíme al fin. Hice que Federico se encaramase al árbol, y que por bajo del nacimiento de las guias aserrase la corteza, miéntras yo siguiendo la misma línea paralela hácia lo propio al pié del tronco. Practicóse luego de corte á corte otro perpendicular, y á fuerza de cuñas, martillo, tenazas, barra y otros instrumentos, fuímos poco á poco desprendiendo, sin romperla, la corteza comprendida entre los dos cortes. La operacion salió perfectamente; el tronco quedó desnudo y á nuestra disposicion el rugoso traje que lo cubriera. Faltaba la segunda parte, que era darle la elegante forma de canoa, y era preciso hacerlo pronto aprovechando la flexibilidad que la savia y demás jugos, todavía no evaporados, comunicaban á la corteza. A cuyo efecto hice con la sierra dos profundos cortes triangulares de cinco piés en el centro de cada extremidad, y en seguida junté los bordes pegándolos con cola fuerte y clavos de madera, resultando quedar el medio tubo que formaba la corteza puntiagudo y algo levantado por los extremos, con lo que ofrecia ya la hechura de un barco con su correspondiente proa y popa. Para que al tiempo de la operacion el tubo no se ensanchase demasiado por el centro, lo até con cuerdas muy apretadas que lo estrecharon, formando un óvalo y dando por bajo la profundidad necesaria á la canoa. En este estado dejé la obra al calor del sol, para que al secarse quedase en la misma forma con que la trazara.

Restábame aun el labrado y perfeccionamiento interior y exterior de mi obra, y como carecia de las herramientas necesarias, Federico y Santiago fuéron á Zeltheim en busca del trineo para trasladar la piragua, lo que ya podia hacerse, montado como estaba el vehículo sobre ruedas que facilitaban su direccion y movimiento.

Miéntras volvian, ayudado de Ernesto, corté la madera necesaria para el barquichuelo, encontrando unas ramas tortuosas y duras, cuyas curvas naturales venian de molde para las costillas con que pensaba proporcionar mayor resistencia á la piragua. Encontrámos tambien un árbol resinoso que suministró

pez para calafatearla. Era ya casi de noche cuando los dos mensajeros llegaron de Zeltheim. Suspendióse el trabajo, y despues de cenar alegremente cerca de una hoguera que templaba el fresco que corria, nos acostámos dejando para el dia siguiente la prosecucion de la tarea.

No bien amaneció, despues de un ligero desayuno se trató de ponernos en marcha, colocando en el trineo la piragua, la resina, y toda la demás madera cortada, junto con algunos arbolillos para trasplantarlos en Zeltheim. Durante la travesía y al llegar al espacio que se encontraba entre el grande arroyo y las rocas, dejámos otra señal de nuestro tránsito, un lugar destinado á la cria de cerdos, cerrándolo á fin de que no perjudicasen las plantaciones inmediatas. Poco costó el cercado; las palmeras enanas espinosas y las higueras chumbas lo hicieron impenetrable, y para mejor seguridad se abrió una profunda zanja al rededor. Estos trabajos, que ya nos colocaban en el ramo de ingenieros, nos ocuparon cuatro dias, durante los cuales, con una gran caña de bambú labré un mastelero para la canoa; y sin más que hacer por entónces, tomando el camino más corto seguímos hácia Zeltheim, á donde deseaba llegar pronto para concluir la flamante nave. A la última construccion se la puso por nombre *la Ermita,* y para justificarle se alzó frente á la cascada una cabaña con asientos de corteza para descansar.

Sin detenernos más que dos horas en Falkenhorst para comer y echar una ojeada á la posesion y á los animales, llegámos temprano á Zeltheim.

Despues de descansar un rato, nos pusimos á dar la última mano al barco, y lo hicimos con tanto ardor que pronto estuvo á punto de botarlo al agua. Se reforzaron los costados con duelas y costillas trabadas á la quilla, guarneciendo además los bordes con listones de madera flexibles, á los que se fijaron anillos de cuero para los cables y remos; el mástil de bambú se elevó majestuosamente en el centro con su vela triangular, los bancos de los remeros atravesaban diagonalmente el espacio, sin que faltase el correspondiente timon. En vez de lastre rellené el fondo con piedras y argamasa, que cubrí con un entablamento sólido y bien unido donde se podia uno acostar sin temor á la humedad, como tampoco á la lluvia por el resguardo de la cubierta que se colocó en la popa. Se calafateó todo con pez, alquitran y estopa; de esta suerte tuve á mi disposicion una piragua sólida, con las posibles comodidades, aventajando á muchas de las que en mis viajes por América viera fabricadas por los indios.

Pero lo que más honraba mi inventiva fue la idea original que me ocurrió de colocar al rededor del barco vejigas de lija que aseguraban por completo la embarcacion contra cualquier siniestro. Nuestra flota, pues, estaba ya completa; para excursiones lejanas contábamos con la pinaza, y la ligera canoa nos servia para recorrer la costa y proveer á nuestra subsistencia.

Se me habia olvidado decir que durante la estacion de las lluvias la vaca nos dió un ternero, al que pasé la cuerda por la ternilla de la nariz como al bú-

falo, y en cuanto empezó á comer le acostumbré á la cincha y silla de montar que habia servido al búfalo su padre. Como le destinaba para montar, era preciso adiestrarle en el picadero; pensé al principio encargarme de ello, pero reflexionando que Franz no tenia como sus hermanos un animal que cuidar, siendo este su compañero y favorito, y no queriendo que se afeminase permaneciendo siempre pegado á las faldas de su madre como hasta entónces, le pregunté un dia si se atreveria á adiestrar al ternero que llegaria á ser toro valiente.

—¿Qué te parece? le dije, ¿te crees capaz de educar al ternero?

Se enardeció el niño al oir estas palabras, brillando en sus ojos la alegría.

—¡Y tanto como me creo! respondió. ¡Déjelo V. por mi cuenta, papá! ¿No me ha contado V. la historia de un hombre que creo se llamaba Milon (1), quien comenzó diariamente á cargarse á las espaldas un ternero recien nacido, y repitiendo la operacion por espacio de años, cobró tal fuerza con ese ejercicio que llegó á cargârselo cuando llegó á toro? Además, prosiguió el niño entusiasmado, aunque pequeño, yo haré que me obedezca mi discípulo, tratándole con cariño, y así alcanzaré que me quiera y esté pronto á mi voz como el onagro de Ernesto. Será lo mismo que un caballo y cabalgaré en él como Santiago sobre el búfalo.

Desde este momento quedó convenido que Franz se encargase de la educacion del ternero. Le preguntámos qué nombre trataba de darle, y eligió el de *Broum*, por analogía á su terrible mugido. Santiago aprovechó la coyuntura para que se sancionase el de *Sturm* (tempestad), con que denominó despues al búfalo.

Franz comenzó al punto su tarea con el nuevo discípulo: él era quien le daba de comer, le limpiaba y guiaba atado con una cuerda, reservándole siempre la mitad del pan que le tocaba; le prodigó tantas atenciones y cuidados que el animal reconocido le seguia por do quiera como un cordero.

Aun faltaban dos meses para las lluvias del invierno, los que se emplearon en adornar, embellecer y hacer cómoda y agradable la gruta de sal. Los tablones del buque nos sirvieron para los tabiques que dividian las habitaciones, cuyo pavimento cubrímos con mezcla de barro y yeso para que resultase una costra fuerte y lustrosa, y para que se conservara limpia y asêada, y para las alcobas y gabinete de estudio se construyeron con lienzo engomado unas alfombrillas, imitando al fieltro, para abrigar los piés.

De esta suerte la gruta de dia en dia tomaba mejor aspecto, adelantando siempre en el sendero de la civilizacion. ¡Separados completamente de la socie-

(1) Milon de Crotona, célebre atleta de la antigüedad, floreció cerca de seis siglos ántes de J. C., del cual se cuenta lo que aquí cita el autor, y otras proezas maravillosas dignas de un Hércules, tanto que llegó el caso de no presentarse antagonista alguno á luchar con él. Se fija su muerte por el año 500 ántes de J. C. (*Nota del Trad.*)

dad y condenados á pasar quizá el resto de la vida en aquella ignota y desierta isla, la misericordia de Dios á manos llenas nos concedia elementos para vivir dichosos en lo posible! En un año de repetidas excursiones nunca hallamos el menor rastro de alma viviente, salvaje ó civilizada, y como la perspectiva de un cambio de situacion era cada vez más improbable, poco á poco se fué borrando hasta el recuerdo de otros tiempos y lugares, sin ocuparnos sino en sacar el mejor partido posible de la posicion actual.

CAPÍTULO XXIX.

Aniversario de nuestra salvacion.—Ejercicios gimnásticos.— Distribucion de premios.

Una mañana que me levanté más temprano de lo acostumbrado, discurriendo en qué me entretendria, miéntras la familia estaba todavía acostada ocurrióseme la idea de averiguar el tiempo que habia trascurrido desde nuestra llegada á la isla, y con gran sorpresa vine á saber, computando las fechas con la posible exactitud, que aquel dia era justamente la víspera del aniversario de tan grande acontecimiento. Iba pues á cumplir un año justo en que Dios nos tendió su clemente mano salvándonos del naufragio. Este recuerdo despertó en mi alma un nuevo sentimiento de profunda gratitud, y resolví celebrar esta fiesta con la solemnidad que permitiese nuestra situacion.

Sin decir palabra á nadie de mi designio, hice que todos se levantasen temprano, y el desayuno pasó como de costumbre; la mañana se empleó en las faenas ordinarias, y por la tarde, despues de la comida, que hice anticipar como una media hora, cuando estábamos de sobremesa anuncié con acento grave la gran festividad del dia siguiente:

—Hijos mios, dije, es menester prepararnos para celebrar mañana dignamente el aniversario de nuestro desembarco en esta isla.

Estas palabras unidas al anuncio de una fiesta y por consecuencia de un dia de asueto, alborozaron á mis hijos. Su madre no quedó ménos pasmada que ellos al saber que ya habia trascurrido un año desde nuestro naufragio.

—Nada tiene de particular, la dije, pues el trabajo abrevia el tiempo. Para el hombre ocioso los dias corren con alas de plomo, y para el ocupado vuelan con la rapidez del águila.

Federico no comprendia el motivo de celebrar aquel recuerdo, y le hice comprender que iba encaminado á dar gracias á Dios por sus inagotables mercedes, en especial por la que nos dispensó en aquel memorable dia salvándonos

de tan inminente peligro. De aquí nació en todos la curiosidad de saber el medio de que me habia valido para ajustar la cuenta del tiempo trascurrido en la isla.

—Es muy sencillo, respondí. Encallámos el 30 de enero, faltaban pues once meses y un dia para otro año, y como ningun dia ha trascurrido sin que lo tuviera presente, van ya pasadas cuatro semanas del nuevo; por lo tanto, si son exactos mis cálculos, mañana será el 29 del mismo mes y por consecuencia el que finaliza el año de nuestro desembarco en este desierto suelo. Pero si mi memoria ha podido recordar estos veinte y ocho dias, quizá podrá fallarme con el tiempo. Realmente se me ha perdido el calendario, y como al parecer, añadí riendo, mi librero de Zurich no trata de mandarme el de este año, es preciso que compongamos uno para regirnos.

—Pues arreglemos uno á lo Robinson, dijo Ernesto, haciendo una raya en cualquiera tabla.

—Precisamente; pero no basta, añadí; las rayas nada representarán si al propio tiempo no sabes los dias que corresponden á cada mes y el órden que guardan las estaciones.

Picado el doctorcillo de mi réplica, dióme una leccion sobre la division del tiempo.

—Los meses, dijo, unos tienen 30 dias y otros 31, únicamente febrero consta de 28 ó 29. El año tiene 365 dias, el dia 24 horas, la hora sesenta minutos, y cada uno de estos otros tantos segundos.

—¡Bravo! exclamé, eso está bien para la inteligencia comun; ¿pero para tí, señor doctor, el año consta de 365 dias justos?

—Tiene 5 horas, 48 minutos y 45 segundos más.

—¿Y qué haces de esas horas, minutos y segundos?

—Los voy dejando, y cada cuatro años forman un dia más que añado al año que se llama bisiesto.

—Perfectamente; mas me parece que á pesar de la ciencia que ostentas, trabajo nos costaria orientarnos ahora sobre la medida del tiempo. ¿Quién nos dirá cuándo corresponde ser bisiesto el año, y cuáles los meses de 28, 29, 30 ó 31 dias? ¿No es probable que con tu calendario de madera se confundan el tiempo y las estaciones?

—De ningun modo, papá, contamos para diferenciar los meses y fijar su duracion con un almanaque vivo que jamás nos abandona, el cual bastará para regirnos de una manera cierta y conocer exactamente cualquier punto de partida que se adopte.

El doncel, que sólo deseaba ocasiones para hacer gala de su clara inteligencia, nos enseñó el puño cerrado, demostrándonos siguiendo las coyunturas de los dedos y las cavidades que alternativamente se suceden al nacimiento de aquellos el órden alternativo de los meses de treinta y treinta y un dias. Sus hermanos se

maravillaron de su ciencia, y yo le felicité por haber retenido en la memoria una cosa, al parecer tan pueril, y que en ocasiones podia ser útil.

Departímos todavía sobre otras cosas, hasta que se dió la señal de retiro. Tiempo habia que se acostaran los niños, y aun les oia calcular y preguntarse lo que el papá tendria dispuesto para solemnizar el dia siguiente. Hice como que no les oia, y á poco todos dormíamos profundamente.

No bien comenzó á clarear el dia, cuando nos despertó el estampido de un cañonazo que resonó en la costa. Saltámos del lecho preguntándonos qué podria ser aquello. Tranquilos los niños en apariencia estaban acostados, y Santiago, aparentando dormir roncaba á más no poder; pero no pudiendo disimular más, apénas estuve cerca, me dijo:

—¿Cómo es posible, papá, que una gran fiesta como esta dejase de anunciarse sin una salva? ¿No es verdad que hemos acertado?

—La idea no ha sido mala, respondí algo serio; pero has hecho mal en no prevenirnos ántes para evitar el susto, sin contar que no nos trae cuenta malgastar la pólvora en salvas, siendo tan preciosa para nosotros.

Tanto él como Federico, que estaban en el secreto, me pidieron perdon por su ligereza, y como no queria turbar la fiesta con ningun disgusto, olvidé la niñada.

Vestímonos aprisa, y aunque el tocador fue corto, sin embargo nos aseámos un poco. Rezadas las oraciones matinales, siguió el desayuno, que en honor del dia fue más selecto que de costumbre. La mañana se pasó en los quehaceres de la casa y varios ejercicios y devotas pláticas, trascurriendo así el tiempo dulcemente hasta la hora de comer. Entónces anuncié á los niños que el resto del dia se emplearia en diversiones, añadiendo:

—Llevamos ya un año, hijos mios, de estancia en esta tierra desierta, y este es el momento oportuno de hacer, aunque breve, una reseña de lo que hemos hecho en ese tiempo.

Y sacando del bolsillo el cuaderno donde estaba exactamente apuntado lo acaecido en cada dia, lo leí en alta voz, deteniéndome en las circunstancias más importantes de nuestra permanencia en la isla. Terminada la lectura, tanto yo como mi auditorio dimos de nuevo gracias al Señor por las mercedes que con pródiga mano habia derramado sobre toda la familia, prometiendo continuar siéndole fieles y sumisos, y cumplir los deberes que tiene prescritos.

Llenado tan sagrado deber, y dejando el tono grave que el asunto requeria, expliquéles el resto del programa para celebrar el dia, de esta manera:

—En el año que acaba de trascurrir habeis hecho grandes progresos en los ejercicios corporales, como son la lucha, carrera, honda, gimnasia y equitacion; ha llegado pues el momento de recompensar estos adelantos, mediando ántes las pruebas competentes en presencia de vuestros padres, quienes ceñirán la corona al vencedor; añadiendo con tono enfático: con que, bravos campeones, cumplidos caballeros, está abierta la liza, ¡á la lid, pues, á la lid! ¡Y vosotros,

heraldos de este torneo, proseguí dirigiéndome al arroyo donde estaban los patos y los gansos, ¡que suenen las trompetas! ¡llegó la hora del combate!

No pareció sino que los animales me entendieron: sea porque hablé fuerte y con cierta entonacion, ó no sé por qué, lo cierto es que las aves me contestaron con sus desapacibles graznidos. Puede cualquiera figurarse cuánto celebraríamos la oportunidad.

Señalé el órden de los ejercicios que iban á tener lugar: primero el tiro al blanco con carabina y pistola, y despues el arco, la carrera, la equitacion, el lazo, natacion y gimnasia. Dispuse al punto lo necesario para el tiro, es decir, un blanco consistente en una tabla figurando un canguró, muy á disgusto de Santiago, que hubiera preferido figurase un salvaje: Federico, apoyándole, lo encontraba más belicoso; pero yo no estuve por esos alardes de gloria, repitiendo á los niños lo que tantas veces les tenia inculcado, que la guerra entre los hombres era la mayor de las calamidades, debiendo limitarnos á ser diestros en la de los animales, ya para seguridad personal como para la indispensable subsistencia.

Cada cual echó mano á su carabina cargándola con bala, excepto Franz, que como más pequeño, no pudo tomar parte en el ejercicio. Federico puso el proyectil en la cabeza del canguró, Ernesto en el cuerpo, y Santiago derribó una de las orejas. Pasámos á otra prueba. Tiré al aire, tan alto como pude, un trozo de corteza, y cada uno de los niños disparó con perdigones á fin de dar en ella ántes de caer al suelo. Ernesto y Federico acribillaron el blanco; Santiago no acertó á tocarle. Se repitió la misma operacion con las pistolas, y el resultado fue el mismo á corta diferencia.

Siguió el ejercicio del arco, que tan indispensable nos habria de ser cuando faltase la pólvora. Noté que los mayores tiraban muy bien, y hasta Franz se lució en esta prueba. Con esto dió fin la primera parte. Al cabo de algunos momentos de descanso, comenzó la segunda con la carrera. Los competidores debian recorrer la distancia que mediaba desde la cueva hasta Falkenhorst, y para comprobacion de la victoria, el primero que llegase á este punto debia traerme un cuchillo que habia quedado sobre la mesa del comedor. Tres palmadas eran la señal. Puestos en ala los tres mayores, al oir la última, como una exhalacion desaparecieron de mi vista; y si bien Ernesto parecia ir más despacio con los codos pegados al cuerpo, pronto fué aumentando la velocidad. Auguré bien de su táctica reconociendo en ella como en todo la habilidad y prudencia del filósofo que jamás hacia nada sin haberlo reflexionado ántes. Pasaron très cuartos de hora y se presentó Santiago, montado en el búfalo, trayendo arrendados al onagro y al asno.

—¿Qué es esto? dije, ¡buen modo de correr tenemos! tus piernas y no las del búfalo eran las que deseaba ejercitar.

—¡Bah! exclamó apeándose, como conocí que me vencerian, no he querido cansarme, y como supongo que despues vendrá la equitacion, traigo las cabalgaduras para ganar tiempo.

No habia acabado de pronunciar la última palabra cuando llegó Federico jadeando y cayéndole el sudor á chorro, siguiéndole como á cincuenta pasos Ernesto con el cuchillo en la mano, que me entregó en señal de su victoria.

—¿Y cómo llegas el postrero, le dije, y eres el vencedor?

—Es muy sencillo, respondió Ernesto; mi hermano se imaginó que por correr mucho al principio adelantaria más, y se llevó chasco, porque no pudo sostener el paso y tuvo que pararse á descansar, miéntras que yo, con avanzar ménos, proseguí corriendo siempre y llegué mucho ántes que él. A la vuelta aprovechó mi leccion, y moderando su ardor, á la par que pegaba los codos al cuerpo y respiraba con la boca cerrada, se ha persuadido de que la victoria únicamente es cuestion de piernas y resistencia, y como cuenta tres años más, ha regresado ántes que yo.

Alabéles la respectiva agilidad, proclamando vencedor á Ernesto.

Algo picado Ernesto por haberse quedado á la cola, montado gallardamente en el búfalo, reclamó el ejercicio de equitacion; tal era su confianza en él.

—¡A montar, á montar, caballeros! dijo á sus hermanos; ahora conocerémos quién es el más diestro picador; á ver si sois tan hábiles en guiar un corcel como en menear las piernas.

Accedí gustoso á sus deseos; Federico montó el onagro, y Ernesto el asno. Santiago salió al galope con el búfalo, y le hizo maniobrar en todo sentido con la mayor destreza. Impulsarle á la carrera, parar de repente, andar de costado y alzarle de manos, era para él un juego, llegando hasta el punto de ponerse en pié encima del bruto como los volatines, evolucion que le prohibí repetir como peligrosa é inútil. Sus hermanos se condujeron bastante bien en esta prueba; pero nunca pudieron sobrepujarle. Hasta el pequeño Franz entró en liza con el ternerillo. Para mayor seguridad habíalo enjaezado con su correspondiente silla de piel de canguró labrada por su madre. Apoyaba los piés en estribos, y dos correas, pasadas por el aro que pendia de la nariz del animal, le servian de riendas para manejarle á su antojo. Sus hermanos se rieron al verle tan ufano, preguntándole si pensaba sobrepujar á Santiago; pero el niño, sin hacer caso de sus bromas, salió al trote con el torito, despues lo hizo correr circularmente como en un picadero, luego trotar, galopar, saltar, y cuando estaba en lo mejor de su carrera, obligarle á arrodillarse y hacer piernas como el más adiestrado potro. Todos quedámos asombrados al ver unos progresos que hasta entónces fueran un secreto, y Franz fue aclamado como acreedor al accesit en el ejercicio de equitacion.

Llegó su turno al lazo, y en esta prueba Ernesto y Santiago demostraron mayor habilidad que Federico, quien por demasiada violencia lo disparaba con ménos tino que sus hermanos. Terminóse despues la natacion, en la que Federico se llevó la palma. No parecia sino que las ondas eran su elemento natural, tal era su maestría en surcarlas; sin embargo, Franz dió tambien notables muestras de

llegar á ser gran nadador. Por último, hubo tambien su poco de gimnasia; cada cual hizo lo que pudo en el ejercicio de la cuerda y de escalar los árboles, con que dí por terminado el acto, y tributándoles el justo elogio que respectivamente merecian, anuncié que se iba á proceder á la distribucion de premios y coronas á los vencedores.

Era ya de noche cuando regresámos á la grutá, que estaba espléndidamente iluminada. Al frente se alzaba un estrado con un sillon muy adornado de ramos y flores, en el que mi esposa, como reina de la fiesta, se instaló majestuosamente, y yo, sentado á su lado, era el encargado de llamar á los laureados. La buena madre se prestó gustosa á tan inocente ceremonia, y conforme iban llegando los niños les distribuia los ramos y coronas, acompañando el acto con un tierno beso.

Vencedor en el tiro y en la natacion, Federico recibió por premio una magnífica carabina inglesa con adornos de plata y un cuchillo de monte, al que habia echado el ojo tiempo hacia.

Ernesto, por premio de la carrera, un reloj de oro igual al que tenia su hermano.

Santiago, el gran jinete, obtuvo un par de espuelas de acero lujosamente labradas y un látigo de ballena.

Y por último, Franz recibió un par de estribos y una bonita caja de colores forrada en tafilete, como accesit al premio de equitacion por la habilidad que habia demostrado en la educacion del ternero.

Concluida la distribucion, levantéme del asiento, y dirigiéndome á mi esposa ofrecíla con la mayor galantería un lindísimo estuche inglés con cabos de plata y nácar, donde estaban las chucherías que son el encanto de una mujer laboriosa, como tijeras, agujas, punzones, devanadores, etc.

—Recibe tú tambien, buena y dignísima compañera mia, la dije, el justo premio que mereces, y al que te han hecho acreedora tu paciencia, celo, constancia y los desvelos que te debe esta colonia en un año de destierro: recíbelo en mi nombre y en el de nuestros queridos hijos como débil muestra de gratitud, de cariño y tierno amor que todos te profesamos: ¡dulces sentimientos que para tí deben ser el mayor y más grato galardon!

Sorprendida mi esposa con esta demostracion, se arrojó á mis brazos con toda la efusion de su alma: estrechó de nuevo en los suyos á los niños, y en el apogeo de la emocion, lágrimas de ternura bañaron nuestros rostros, ¡desahogo del pecho que ya no podia soportar tanta alegría!

El dia acabó como comenzara: todo fue dicha, júbilo y contento, gozando todos de aquella pura y sin igual felicidad que prestan solamente una vida sin tacha, exenta de remordimientos, junto con el amor al trabajo que engendra la paz de un alma que todo lo dirige al Señor.

CAPÍTULO XXX.

El anís.—El ginsen.

A poco de esta fiesta, recordé que estábamos ya en la estacion de la caza de codornices y hortelanos, que tan abundante fue el año anterior en Falkenhorst, y así resolvímos dejar á Zeltheim, donde ya casi nos habíamos instalado desde algun tiempo, pàra renovar, si se presentaba ocasion, una caza tan productiva como aquella, y á la que debíamos una de las más preciosas y delicadas provisiones de invierno. Mis intrépidos hijos estaban ya dispuestos á partir con las más belicosas intenciones. Federico, el diestro tirador, y Santiago, que le iba en zaga, se regocijaban con las buenas perdigonadas que iban á aprovechar; pero no igualaba al suyo mi entusiasmo, recordando con pena la gran cantidad de pólvora gastada en el año anterior, prodigalidad que no me parecia oportuno repetir en el presente. Con todo, tengo presente haber leido en una obra de viajes, que los habitantes de las islas Pelew empleaban para ese fin unos palitos untados con una sustancia pegajosa, que llamaban liga, compuesta de goma elástica y aceite, con la cual cogian pájaros mayores que las codornices y hortelanos; resolví experimentarlo, y en caso de tener buen éxito la prueba ahorraria considerablemente las municiones de guerra.

La provision de cautchú obtenida en el último viaje estaba ya casi agotada con el calzado impermeable y otros objetos; urgia pues acopiarlo ántes de emprender cosa alguna. Federico y Santiago quedaron en el encargo de recoger cuanto pudiesen, pues á aquella fecha ya debia haber fluido de los árboles por las incisiones que en ellos se practicaron, colocando al pié calabazas para recóger el líquido que de ellas manara.

Los niños acogieron con gusto el encargo, y montados en sus corceles, bien armados y acompañados de los perros, se echaron á andar, y muy luego los perdímos de vista.

Poco habia que salieran, cuando mi esposa se presentó en la estancia donde yo estaba diciendo:

—¡Tonta de mí! ¡qué olvido! Tenia dispuesta para que se llevasen los niños una calabaza para traer la cosecha, pues como las que allí encontrarán llenas son chatas y sin asas, las derramarán por el camino. Debia haber visto el estado de mis calabaceras.

—Déjalo, no pases cuidado por eso, la respondí; ya verás cómo se salen del paso sin que nada se pierda: además, es menester acostumbrarlos á que discurran, y á contar con sus propios recursos y no con los ajenos. Pero volviendo á lo que acabas de decir: ¿dónde están esas calabaceras, que no las he visto?

—Calla, hombre, tú no sabes de la misa la media. Has de tener entendido que entre las semillas de Europa encontré pepitas de esa planta que he sembrado en la huerta del Arroyo del chacal, en los mismos hoyos de las patatas que se han arrancado. Ven, ven, que ya es hora que te enteres.

En efecto, seguíla, y ví entre varias plantas de que yo no tenia noticia numerosas calabazas de distintas maneras, en forma de botellas, cantimploras y diversas hechuras. Algunas estaban ya maduras y en disposicion de vaciarse, otras estaban en flor. Franz y Ernesto adiestrados por su madre habian sido los principales artífices de algunos utensilios que encontré ya terminados y otros á medio hacer.

—¡Vales un tesoro, mujer! exclamé al verlo, ¡cómo podré recompensarte!

—Eso es nada, respondió sonriéndose; quisiera tener fuerzas como vosotros para ayudaros en los trabajos pesados.

Con mis nuevas instrucciones la obra salió más bien acabada, y así nos encontramos con platos, soperas, botellas, copas y otras piezas de vajilla, empleando la sierra y el cuchillo. Ernesto, que ya se iba cansando de una ocupacion tan mecánica, pidió permiso para cambiar aquellas herramientas por la carabina para disparar unas cuantas perdigonadas á las codornices y hortelanos que á bandadas iban acudiendo á la higuera. Contuve sus ímpetus mortíferos, temiendo que este ardor intempestivo no ahuyentara los pájaros contra los cuales tenia ya meditada otra clase de caza de más efecto y ménos ruido.

Poco tardámos en ver de regreso á nuestros emisarios. Su algazara y aclamaciones los anunciaron.

—Y bien, les dije cuando llegaron, ¿qué tal? ¿habeis sido afortunados?

—Vaya si lo hemos sido, respondió Federico.

Apeáronse al punto, y pusieron de manifiesto todo cuanto traian, que se reducia á una mata de anís que Santiago habia metido en la alforja, una raíz envuelta en hojas, á la que habian dado el nombre de raíz de mono; dos calabazas llenas de cautchú, otra hasta á la mitad de trementina, un saco de bayas de cera, y por último, una grulla que el águila de Federico alcanzara cerca de las nubes; y conforme lo iban sacando, acompañaban la accion con tanta charla que me ví obligado á llamarles al órden para que hablasen por turno.

Santiago refirió el cómo y cuándo habia adquirido la mata de anís y la trementina. De estos dos objetos, uno al ménos lo consideraba supérfluo en nuestra posicion, pero el otro podia llegar á sernos de gran utilidad, pues la resina podia reemplazar al aceite en la composicion de la liga que intentaba hacer para cazar pájaros. En cuanto á la raíz que habian bautizado con el nombre de raíz de mono, pedí explicaciones, y Federico tomó la palabra.

—Ignoro, dijo, hasta qué punto nos puede ser de importancia esta raíz; mas lo que sí puedo afirmar, es que tiene un sabor muy agradable y que deja muy atras á la yuca en aroma y en sabor. La encontré á poca distancia de la nueva granja, y debo á los señores monos que se estaban regalando con ella semejante descubrimiento. Si viera V., papá; era cosa de risa ver el ánsia con que se afanaban por sacarla de la tierra: el hortelano más diestro no trabajaria con tanto acierto para arrancar intactos sus nabos y zanahorias; pero lo más gracioso es que lo hacian de una manera singular. Cada mono escarbaba primero la tierra con las patas al rededor de la raíz que se proponia sacar, y cuando ya estaba algo descarnada, la cogia por la extremidad con los dientes, y en seguida echaba atras el cuerpo violentamente sin soltarla, repitiendo la evolucion cuantas veces eran necesarias hasta que sus reiterados esfuerzos conseguian desprenderla. Gran rato estuvimos parados como unos bobos entretenidos en ver las extrañas contorsiones y gestos de tan feos animales; pero pudo más la curiosidad de juzgar el mérito de una produccion por la cual tanto aprecio mostraban, y resolvimos dispersarlos para que nos dejasen el campo libre sin necesidad de gastar municiones por no contravenir á las instrucciones de V.; bastáron unas cuantas carreras á galope por donde estaban para que echasen á correr, diciendo piés para qué os quiero, dejando varias raíces en el suelo. Probamos una y nos pareció deliciosa, y así tuve á bien recoger algunas que he traido envueltas en hojas para que V. las vea despacio y averigüe su verdadero nombre, ó si se han de quedar con el nuestro de raíz de mono.

Miéntras Federico hablaba examiné de nuevo la raíz, y despues de haberla gustado, dije:

—Hijo mio, este descubrimiento es casi un tesoro, si como yo pienso es el ginsen, planta que se reputa como sagrada en la China, donde la creencia popular la considera y estima como una especie de panacea que cura todos los males. El emperador es quien únicamente tiene el derecho de recolectarla en los sitios marcados donde se cultiva, los cuales están guardados por centinelas; mas esto no obsta para que los americanos introduzcan de contrabando en el Celeste Imperio gran cantidad (1).

(1) El ginsen es una planta de la familia de las araliáceas, que crece en la China y en el Japon. Su raíz, que tiene el gusto agradable, es aromática, amarga, y por lo tanto estimulante y tónica; pero á pesar de lo mucho que aquí la ensalza el autor, la experiencia no ha con-

—Pues si eso es cierto, respondió Ernesto, benditos sean los monos que nos han puesto en posesion de tan preciosa alhaja de mandarines.

—Bendícelos cuanto quieras, añadió Federico, que yo los maldigo de todas véras; ¡así no quedara uno por muestra! Aun falta lo mejor, papá. Despues de recoger las dichosas raíces, nos dirigímos á los árboles de la goma. Las calabazas estaban llenas, las vaciámos en otras más adecuadas para traerlas, y como el sol aun estaba bastante alto, se nos antojó llegarnos á ver qué tal lo pasaban sus colonos. Pero ¡qué lástima! ¡el alma se me cayó á los piés! ¡La casa en el mayor desórden y casi por tierra; las cercas arrancadas de cuajo, y las tablas esparcidas por todos lados; muchas de las gallinas muertas; las cabras y corderos dispersos, y por todas partes ruina y devastacion! ¡Nuestro bello establecimiento, aquella granja modelo habia sido saqueada y quedado por de pronto inservible; y todo, todo causado por los malditos animales que tú bendices! ¡Ah! cuánto me arrepentí entónces de la consideracion que poco ántes tuve en dispersar á esos perversos de la manera tan humana que lo hice, y no á tiros para que pagasen con la vida los daños que acababan de causar! Pero como ya no tenia remedio, en vez de lamentaciones inútiles procurámos reparar el daño en lo posible. Apriscámos como Dios nos dió á entender los pobres animales, que asustados vagaban errantes por las inmediaciones, que acudieron á nuestra voz; arreglé la puerta y las brechas del cercado, y en vez de descansar un rato y tomar siquièra un bocado en aquel albergue cuya devastacion nos partia el alma, dímos la vuelta por el Lago de los cisnes. Allí fue donde el águila apresó el pájaro que V. ve, y cuando la bandada estuvo cerca, conocí que eran grullas tan espesas que casi oscurecian el sol. Al principio las vímos posadas en el suelo cerca de nosotros, y ya esperaba hacer un buen agosto; mas al percibirnos, alzaron el vuelo á una altura prodigiosa. Solté el rapaz, por no perder el viaje y traer siquiera una muestra.

Sin más que hacer y creyéndonos suficientemente recompensados con el hallazgo de las raíces y demás riquezas que habíamos conquistado, pesarosos con la devastacion de la granja, y más el mal rato que iba V. á pasar al saberlo, dímos la vuelta y hénos aquí.

Federico concluyó su narracion.

La noticia que nos dió puso á todos de mal humor. Desde entónces resolví hacer tan grande escarmiento con esa raza de semi-hombres, que les dejase atemorizados, en términos de comprender con su instinto que se las tenian de haber con quienes podian y sabian más que ellos, pues de esto pendia la conservacion de cuánto emprendiésemos en la isla. Consolé á los niños prometiéndoles que pronto se repararia el desórden, y que para prevenir la vuelta

firmado en Europa las maravillosas propiedades que los chinos la atribuyen y de las que se hace cargo como ciertas Mr. Wiss. (*Nota del Trad.*)

de semejante enemigo, organizaríamos una batida contra esa horda de ladrones en la que todos podrian lucirse.

En seguida nos llamaron á cenar. Como era de esperar, no faltó en la mesa la raíz de ginsen que á todos pareció exquisita; pero como por su naturaleza aromática la consideraba más como remedio que como alimento, prohibí el uso frecuente de ese manjar que pudiera ser nocivo, si bien no me opuse á que mi esposa criase algunas matas entre las plantas de lujo.

La impresion de tristeza que causó la funesta hazaña de los monos se fué disipando, y nos separámos alegres y contentos despues de las oraciones de costumbre, pensando en lo que se habia de hacer al siguiente dia.

CAPÍTULO XXXI.

La liga.—Caza de monos.—Palomas de las Molucas.

Apénas amaneció nos desayunámos, y despues de pensar al ganado la familia me recordó la promesa de la víspera, impaciente como estaba por ver el efecto de la liga. Para confeccionarla me valí de cierta cantidad de goma elástica mezclada con trementina, y puesta al fuego, miéntras hervia los niños se dirigieron en busca de varitas, que despues de untadas con aquella composicion glutinosa se fuéron colocando en las ramas de la higuera donde habia más fruto, y por consiguiente más atractivo para que acudiesen los pájaros. Su abundancia era tal, que un ciego disparando á bulto al árbol hubiera muerto gran cantidad. Sugirióme esto la idea de emplear tambien para cogerlos una cacería nocturna con hachones de viento, á imitacion de lo que practican los colonos de la Virginia para coger palomas.

Miéntras lo discurria, los niños, que estaban afanados preparando las varitas, se embadurnaron de tal modo manos, cara y traje, que no podian arrimarse unos á otros sin pegarse.

—Bueno, dije al ver su apuro; eso es señal que la liga pega, y para que lo hagais con más limpieza, en vez de untar las varitas una á una, hacedlo en haces de doce ó quince. Por lo demás, continué, con un poco de ceniza se os quitará ese glúten.

Cuando ví que ya habia bastantes varitas, mandé á Santiago y Federico que colocasen en las ramas de la higuera tantas como pudiesen, y á poco empezáronnos á caer á los piés los desgraciados hortelános presos de las patas ó alas por la traidora liga sobre la cual se posaran. La caza fué tomando luego tal proporcion, que Franz, Ernesto y su madre apénas bastaban para recoger los pájaros é irlos matando, miéntras que los otros dos renovaban los lazos. Estos podian servir dos ó tres veces, pero era muy pesado reemplazarlos á sesenta ó setenta piés del suelo. Sin embargo, la diversion no cansaba á los niños que gozaban en sus buenos re-



Cuantos pájaros pasaron sobre la liga todos cayeron á nuestros piés.

sultados. No obstante, previendo su cansancio ocupéme en los preparativos de la caza nocturna, en que entraba la trementina como poderoso auxiliar.

En tanto se presentó Santiago con un pájaro mayor que los hortelanos, tambien enredado en la liga, diciendo:

—¡Qué bonito es, papá! ¿Y le hemos de matar tambien? ¡Es tan manso! ¡parece que me mira como si me conociera!

—Ya lo creo, contestó Ernesto, quien habia reconocido al ave; ¡qué maravilla prosiguió, si es una de nuestras palomas de Europa que habrá anidado en el árbol!

Tomé el ave de las manos de Santiago, y conocí que Ernesto tenia razon. La limpié con ceniza las partes donde le habia tocado la liga, y la conservé esperando aprovechar el descubrimiento, añadiendo un palomar á la propiedad. Fuéronse encontrando otras, y ántes del anochecer ya se habian juntado dos pares. Federico solicitó le permitiese disponerles un abrigo en el mismo peñasco para tenerlas á mano. Celebré la idea, y le prometí darle gusto cuando se presentara la ocasion.

Sin embargo del buen resultado de la cacería todos estaban ya cansados y apénas se habia llenado un barril.

—Debemos, dije á los niños, emplear otro medio más breve y ménos fatigoso. Para ello es menester observar cuáles son los árboles en que con preferencia los hortelanos pasan la noche.

Su estiércol nos reveló donde se juntaban. Cenámos sosegadamente, y despues comencé los preparativos para la caza nocturna, los cuales consistian en tres ó cuatro cañas largas de bambú, dos sacos, y algunos hachones de viento. Federico, que hacia de montero mayor, me contemplaba entre incrédulo é irónico, no pudiendo comprender cómo podrian realizarse los prodigios que yo anunciaba con tan insignificantes aparatos.

En esto llegó la noche repentinamente, sin crepúsculo, como acontece en las regiones del Sur. Llegámos al pié de los árboles señalados, encendiéronse los hachones, y con grande algazara comenzaron á golpear las ramas para espantar los pájaros. Apénas vieron la luz, los pobres hortelanos aturdidos y deslumbrados acudieron como las mariposas á la llama, y chamuscándose las alas caian al suelo donde se les iba cogiendo vivos, miéntras otros caian ya muertos al rigor de las cañas, con lo cual en ménos de tres horas se llenaron dos sacos de pájaros. Las mismas luces nos sirvieron para alumbrar el camino hasta Falkenhorst, y como la noche era oscura y caminábamos callados y de dos en dos, nuestra marcha tenia ciertos visos de fúnebre y misteriosa.

Al llegar á Falkenhorst se mataron los pájaros que todavía quedaban con vida y nos fuímos á acostar. Al dia siguiente se pelaron, abrieron y asaron, y guardados en barriles envueltos en manteca, proveímonos así de carne sabrosa para el invierno.

En medio de estas faenas culinarias no perdí de vista la expedicion contra los monos, y el otro dia quedó irrevocablemente fijado para llevarla á cabo. Nos levantámos temprano; mi esposa nos llenó las alforjas para dos dias, y salímos dejándola con Franz, bajo la salvaguardia de Turco. Federico y yo montámos en el asno, Ernesto y Santiago en el búfalo, que llevaba además las alforjas, y los perros nos seguian. Aunque íbamos provistos de armas, no era mi intencion hacer uso de ellas en esta batida; la resina y el cautchú eran los elementos que habian de hacer el gasto, y así cuidé de llevarlos en abundancia.

La conversacion por el camino rodó naturalmente sobre lo que la motivaba, y anuncié á los niños que la guerra iba á ser á muerte hasta ver si acabábamos con los monos.

—Hé aquí, añadí, la razon que he tenido para que Franz no nos acompañe, á fin de que no presencie tan sangriento espectáculo.

—Al cabo, respondió Federico, esas pobres bestias me dan lástima, pues no obran sino por instinto.

Agradóme esta reflexion tan humana, así como otras que se les ocurrieron sobre lo mismo á Ernesto y Santiago; mas no por eso cejé en la ejecucion del proyecto, y aun que abundara en iguales sentimientos dije:

—Debe haber entre esa raza y nosotros una guerra sin tregua; si ellos no sucumben, sucumbirémos nosotros por el hambre; ya es asunto de propia conservacion, y si es triste derramar sangre, en la ocasion presente se hace indispensable que corra.

Así entretenidos llegámos á orillas del lago. Elegí el sitio que me pareció más adecuado para acampar, y nos apeámos. Levantóse la tienda, se ataron las bestias, y quedámos esperando al enemigo. La Granja, ó mejor dicho sus ruínas, estaban totalmente desiertas, y al contemplar la devastacion que allí reinaba y la obra de tantos dias destruida en un momento, las puertas y ventanas desquiciadas, las cercas por el suelo, y toda la construccion derrumbada, mis humanitarias ideas desaparecieron de repente y cada vez me afirmé más en el severo propósito que allí me condujera. Federico se adelantó á explorar el terreno, y á poco vino á anunciarnos que habia descubierto la horda salteadora á corta distancia, jugueteando á la entrada del bosque. Inmediatamente se puso en ejecucion el proyecto que habia concebido. A trechos desiguales se colocaron al redor de la alquería estacas, las cuales se entrelazaron con bejucos largos y flexibles; y para que sirviese de cebo á los monos, se esparcieron nueces de coco abiertas, calabazas con maíz y frutas silvestres, y otras llenas de vino de palmera, por haberme demostrado la experiencia gustarles mucho, cuidando al mismo tiempo de untar bien con liga de goma y otras materias glutinosas el cercado, así como el techo de la choza, los árboles cercanos, y los puntos que habrian de recorrer en busca de los frutos, en términos que no pudieran dar un paso sin quedar aprisionados. Cuando todo estuvo preparado nos retirámos á la tienda para dar lu-

gar á que el enemigo se aproximase y cayese en el garlito. Pasó la noche, y los monos no parecieron, lo que me dió á pensar si los astutos animales habrian descubierto la emboscada. Cenámos los fiambres que traiamos, y nos acostámos esperando el alba.

La primera cosa que divisámos al amanecer fue un enjambre de monos que se dirigia á la casa. Nos escondímos en la tienda para no asustarles con nuestra presencia, y á poco les vímos presos en el laberinto dispuesto desde la víspera. Sucedió lo que habia previsto; en ménos que se dice, los monos no formaban sino un grupo compacto, pegados unos á otros por los bejucos, las estacas, las calabazas, y por cuanto rozaban. Era el espectáculo más extraño y grotesco ver los esfuerzos que hacian por desembarazarse de los cuerpos extraños que se les adherian; pero todo fue inútil, y no se oyó por todas partes sino espantosos ahullidos que demostraban su furor y rabia, con gestos y contorsiones horribles que los hacian más repugnantes de lo que naturalmente eran.

Cuando conocí que la desesperacion estaba en su colmo, mandé soltar los perros que se arrojaron como fieras sobre la horda, causando estrago y carnicería por todos lados. Salímos luego nosotros, y á palos secundámos á los alanos sin cesar la matanza hasta que el exterminio fue completo y no quedó uno siquiera. La sangre corria por dó quiera, ofreciendo el aspecto de un campo despues de una batalla. Los niños se horrorizaron de nuestra obra; más de cincuenta monos yacian muertos á nuestros piés.

—¡Papá! esto es terrible, exclamó Federico, ¡que sea esta la última ejecucion!

—Espero, respondí, que no habrá necesidad de otra; el escarmiento ha sido duro; y por lo mismo que este animal supera en instinto á los demás, temerán igual suerte.

Se abrió un hoyo de más de tres piés de profundidad donde se enterraron los cadáveres, rodeándolo con una empalizada para que no se acercasen nuestros animales domésticos, que fuímos reuniendo poco á poco; y despues de reparar á la ligera lo que se creyó más urgente en la Granja, se plegó la tienda y dímos la vuelta á casa.

Antes de partir se obtuvo una nueva conquista que en parte desvaneció la impresion que causara á los niños la sangrienta matanza de aquella mañana. Fueron dos aves mayores que la paloma de Europa, las que despues de bien consideradas reconocí ser palomas de las Molucas. Su pluma presentaba una mezcla de colores á cual más vistoso y agradable. Federico fue quien las encontró pegadas en una palmera. Deseando conservar su especie para aumentar la coleccion, se les quitó la liga que se habia pegado á las alas y patas, y las trajimos para soltarlas en el nuevo y artístico palomar que tenia proyectado establecer en Zeltheim.

CAPÍTULO XXXII.

El palomar.

Poco tardámos en llegar á Falkenhorst. Enseñé en seguida á mi esposa la nueva conquista que alcanzáramos, y aprobó el proyecto de hacer el palomar, si bien creia algo dificultosa la ejecucion de la obra; pero como habíamos llevado á cabo y con feliz éxito tantas otras, confié en que con esta sucederia lo mismo. Sin embargo, al anunciar á los niños la próxima construccion de un palomar, lo tomaron á broma.

—Ya veréis, dije, cuando le veais edificado si es broma ó realidad.

No queriendo dilatar la ejecucion de mi plan, al dia siguiente se cargó el carro con provisiones y demás efectos que pudieron necesitarse, y emprendímos el camino de Zeltheim.

Llegados á ese paraje, elegí entre las rocas el punto más cercano á la gruta para levantar el palomar, labrando en una de ellas un hueco de hasta diez piés de profundidad, para que cupieran veinte pares de palomas. A pesar de la práctica que teniamos, bastante costó realizarlo, para lo cual hubímos de desprender grandes peñas, asegurar los maderos del tejado, fijar las tablas, revocarlo con yeso por dentro á fin de evitar la humedad, colocar las cañas, disponer los nidos y abrir puertas y ventanas; en una palabra, tuvímos que apelar al gran secreto que nos habia facilitado vencer tantas otras dificultades: el teson y la paciencia. Mis infantiles obreros estaban yá persuadidos de la eficacia de estos grandes medios, y cooperaron á mis ideas con un ardor y perseverancia superiores á su edad. Terminada la obra dije á Federico:

—Ya ves como el palomar se ha construido, pero ¿y sus habitantes? ¡Aquí te quiero ver! Y no hay más remedio que poner en prensa la mollera para encontrar medio de que vengan á ocupar el alojamiento que las está preparado, tanto las palomas europeas como las indígenas; y no sólo que acudan, sino que se habituen á permanecer en él y hacer sus crias.

—Me parece, papá, que esto es demasiado, á no mediar alguna brujería.....

—Déjate de brujerías. Voy á intentar lo que te parece imposible, y espero salir airoso si me ayudas.

—Desde luego estoy dispuesto á todo, y ansío saber cuanto ántes lo que se va á hacer.

—A un recovero debo el secreto que vamos á poner en práctica. Ignoro si me saldrá bien; pero todo el busilis consiste en perfumar el palomar con anís. Segun me dijo aquel buen hombre, atrae tanto á las palomas el olor de esa planta, que por aspirarle acudieran mil veces al punto que se les designe. Con arcilla, sal y anís harémos una masa que se colocará en el palomar. Las aves irán á picotearla, y como al verificarlo se les sahumarán las alas con el aroma, bastará para que no sólo ellas sino todas las demás que lo olfateen lleguen á cambiar su errante vida del campo por la del palomar.

—Si no es más que eso, exclamó Federico, la suerte nos favorece, pues la mata de anís que nos ha traido Santiago vendrá de perlas; basta desgranarla y machacar los granos sobre una piedra, y si el aceite que destilen no es tan puro como si fuera por un procedimiento químico, no dejará por eso de ser bueno ni ménos fragante que aquel.

—Así lo creo, respondí, y ahora me alegro de haber permitido á Santiago el trasplantar la mata que en un principio juzgué como de escasa valía é importancia.

Sin demora procedímos á la extraccion del aceite de anís, y untámos la puerta y ventanas del palomar, las cañas donde se colocan las palomas, y todos los demás sitios en que pudieran posarse. Con el mismo anís, sal y arcilla dispuse una masa que, puesta á la accion de un fuego lento, se penetró bien del aromático olor de aquella planta, y colocada en medio del palomar, encerrámos en él las palomas que hasta entónces estuvieron metidas en cestos miéntras duró la obra.

Cuando los otros niños volvieron de la huerta, donde su madre los tuviera ocupados, ya estaba todo listo, y les anunciámos solemnemente que las palomas estaban ya en posesion de su palacio. Por los vidrios que se pusieron en la puerta vímos con satisfaccion la gran tranquilidad con que por dentro se paseaban los nuevos huéspedes, encontrándose al parecer muy á su gusto en el flamante domicilio, picoteando con placer el pan de anís; y cuando al cabo de un rato entré en el palomar, las sencillas aves me recibieron sin asustarse como si ya estuviesen domesticadas.

Dos dias trascurrieron de esta suerte. Al tercero, desperté á Federico muy temprano y le encargué que untase de nuevo el marco de la puerta del palomar y la cuerda que tenia para abrirla y cerrarla desde abajo. Hecho esto, con todo sigilo dispuse se reuniera la familia, anunciándola que era llegada la hora de libertar á los prisioneros. Santiago fue el encargado de abrir la puerta, y ántes de tirar la cuerda que la levantaba á manera de trampa, con una varita que tenia en



la mano describí en el aire unos círculos mágicos, y pronuncié por lo bajo palabras sin sentido á guisa de conjuro.

Cuando acabé mi algarabía, dije á Santiago que levantase la trampa, y en seguida asomaron las palomas la cabeza, posáronse luego en el alero del tejado, y á poco echaron á volar remontándose á tal altura, que mi esposa y los chicos, que no las perdian de vista, se imaginaron no volverian jamas. Pero como no tenian más objeto que descubrir terreno, satisfecho ese capricho descendieron y se posaron á la entrada del palomar.

Este incidente que no previera, valióme para mi papel de mago, y así dije con el mismo énfasis de ántes:

—Seguro estaba yo de que aunque llegasen hasta las nubes, la varita las haria volver.

—¿Pero cómo lo ha hecho V., papá? respondió Ernesto.

—¿No lo has visto? la varita mágica las ha traido al palomar.

Tal fue mi única respuesta.

—¡Mágica! añadió Santiago, ¿con que es V. encantador?

—Y tú un badulaque, respondí. ¿Acaso irás á creer que hay encantadores?

—Ya verémos si los hay, prosiguió Federico, y tales cosas podrá ver todavía el señor sabio que desmientan su ciencia.

Al terminar estas palabras, las dos parejas de palomas torcaces abandonaron á sus hermanas de Europa y tomaron la direccion de Falkenhorst, con tal rapidez, que en un instante se perdieron de vista.

—¡Buen viaje, señoritas! exclamó Santiago al verlas, quitándose el sombrero y haciendo ademan de despedirlas, ¡buen viaje, hasta más ver!

—Mi esposa y Franz comenzaron á lamentar la pérdida de aquel hermoso par, miéntras que yo fijos los ojos en las fugitivas, hice como que dirigia la palabra á algun espíritu aéreo, diciendo:

—¡Vivo, vivo, apresurad el vuelo! Pero cuidado conmigo; mañana sin falta estaréis con las compañeras ¿lo ois?

Mi pequeña familia estaba con la boca abierta, sin saber que pensar, perplejos sobre si hablaba en chanza ó formalmente.

—Por ahora, dije, dejad á las forasteras y ocupémonos de nuestras compatriotas.

Estas no parecian estar dispuéstas á imitar á las fugitivas. Satisfechas con nuestra compañía y picando aquí y acullá las semillas que encontraban por el suelo, considerando el palomar como su verdadera casa, entraron en él.

—Estas al ménos, dijo Santiago, no son tan necias como las otras; de algo las servirá haber nacido en Europa: prefieren un buen abrigo al viento y á la lluvia que sufrirán las otras.

—Lo mismo volverán al palomar unas que otras, respondió Federico; el espíritu familiar con quien habló há poco papá, las traerá de seguro.

—Dále con los espíritus, dijo Ernesto, encogiéndose de hombros; bueno soy yo para consejas...

—No juzgues tan de ligero, señor mio, le respondí: én mágia como en todo, obras son amores y no buenas razones, ¿y si sale lo que tú no crees, que dirás entónces?

No se atrevió á replicarme, y pasámos el resto de la tarde junto al palomar agradablemente entretenidos con la mágia y el espíritu que iba á acarrear las palomas. Llegó la noche, y nadie pareció. Las palomas domésticas la pasaron en el palacio, y nosotros nos fuímos á cenar y luego á la cama, esperando el nuevo dia que debiá alumbrar mi derrota ó mi triunfo.

Nos levantámos al amanecer, ocupándose cada cual en lo de costumbre; mas no calmaba mi curiosidad por ver en qué pararia el asunto de las palomas. Empezaba ya á desconfiar de que regresaran las fugitivas, cuando á cosa de medio dia vímos correr á Santiago muy contento diciendo á voces:

—¡Ya está aquí! ¡ya está aquí!

—¿Quién está aquí? le pregunté.

—¡Quién ha de ser! ¡la paloma azul! respondió.

—¡Bah! exclamó el incrédulo Ernesto; soñaba el ciego que veia..... ¿No sabes este refran? Lo que es yo no me muevo para encontrar el palomar vacío.

—¿Quién sabe? respondí al sabio. ¿No predije que el camarada volveria? Pues el segundo vendrá detras.

Federico preguntó á Santiago si con el palomo habia venido tambien su hembra; pero este, en su aturdimiento, no se habia tomado el trabajo de repararlo. Encaminámonos presurosos al palomar, y vímos no sólo á la paloma azul, sino á otra hembra silvestre que consigo trajera, á la cual arrullaba tierna para inducirla á que penetrara en el palomar. Despues de infinitas coqueterías, al fin se decidió la dama, y ambos se instalaron en la nueva habitacion.

Los chicos querian echar la trampa para asegurar á los nuevos prisioneros, pero yo se lo impedí.

—¿Por qué habeis de cerrar? dije ¿y por dónde entrarán las dos que esperamos esta tarde, si les damos con la puerta en el pico?

Cada vez más asombrada mi esposa, no podia darse cuenta de lo que estaba viendo; Ernesto decia que era casual.

—¡Casual! repetí riéndome; eso podrá ser bueno para una vez. Pero si el otro palomo vuelve tambien con su compañera, ¿tambien será casualidad?

—Si viene, respondió, no sabré qué decir, mas no es probable que se repita en un dia igual fenómeno.

Miéntras así departíamos, Federico, que estaba siempre con sus ojos de lince fijos en el cielo, exclamó:

—¡Hélos aquí! ¡hélos aqui! ¡Ya vienen!

En efecto, á poco vinieron á posarse á nuestros piés el otro palomo y su com-

pañera. Fueron recibidos con tanta alegría y algazara, que tuve que moderar un poco sus demostraciones, temiendo espantar á los recien llegados.

La familia menuda calló por un momento, y la pareja entró en el palomar con iguales ceremonias que la anterior.

—Y ahora, ¿qué dice el señor sabio? pregunté á Ernesto; ¿vino ó no vino el otro par?

—No sé cómo explicarlo, respondió, aquí hay algo de extraordinario; pero cosa de mágia... ¡qué disparate! Nunca he creido en eso.

—Veo con satisfaccion que no eres crédulo, añadí, pero si hoy mismo te encontrases aquí con otro par de palomas de las Molucas, ¿qué dirás de mi ciencia?

Callóse, si bien su silencio indicaba incredulidad.

Volvímos á nuestras tareas, dejando á Franz con su madre encargados de aderezar la comida. No habrian pasado dos horas cuando vímos llegar á nuestro marmitoncillo, que en tono grave y solemne nos dijo:

—Muy ilustres señores, os anuncio con toda formalidad y tengo el honor de invitaros de parte de nuestra buena madre para recibir como se merece á un nuevo príncipe palomo, que acompañado de su esposa acaba de tomar posesion del magnífico palacio que se le tenia preparado.

—¡Bravo! ¡bravo! le contestámos. ¡Bien por la buena noticia!

Fuímos en seguida al palomar, y llegámos á tiempo de presenciar una escena muy curiosa. Los dos primeros pares, colocados al umbral de la puerta, arrullaban y hacian como señas de invitacion al tercero que, columpiándose en una rama inmediata y como vacilando en lo que haria, decidióse á entrar.

—Ahora ya me rindo, dijo Ernesto, mi saber no alcanza á comprender esto, y aunque estoy persuadido de que nada hay aquí sobrenatural, suplico á V., papá, me diga cómo se ha compuesto para conseguir lo que parece un prodigio.

Me divertí un rato con él, aguijoneando su curiosidad, y apurándola con una prolija disertacion sobre mágia, hechiceros y encantadores, hasta que viendo impaciente al doctorcillo, acabé por descubrirle el gran secreto del anís, único autor de aquella aparente maravilla. Santiago se rió á más no poder al saber que su planta, de que tan poco caso se hiciera al principio, era el sortilegio que nos habia entretenido dos dias.

En los que se siguieron dióse la última mano al palomar, y seguímos observando lo contentos y bien avenidos que estaban los palomos nuevos y antiguos en su bien dispuesta morada, ocupándose en disponer sus nidos. Entre las yerbas que á ese fin recogian noté una especie de musgo verdoso parecido al que se ve pegado á las seculares encinas, con la diferencia que este se extendia en largos y fuertes filamentos semejantes á las crines de un corcel. Examinado detenidamente, hallé que era esparto, planta muy comun en España, con la cual se labran sogas, esteras, y sirve para fabricar papel. Mi esposa, á quien participé el hallazgo, lo celebró mucho, pues cuanto de una legua olia á hilo, te-

la ó cualquier clase de filamento ó tejido, lo miraba como un nuevo tesoro para sus futuros proyectos.

Entre el estiércol del palomar, que empleábamos para abonar las tierras, encontrábamos de vez en cuando nueces moscadas. Lás palomas de las Molucas eran generalmente los portadores de tan selecto aroma. Laváomoslas bien, y se sembraron á la ventura, por si la casualidad nos deparaba cosecha de tan apreciable especia.

CAPITULO XXXIII.

Aventura de Santiago

Por espacio de otras dos semanas el palomar atrajo casi toda la atencion. Los tres pares de palomas indígenas se habituaron á la vida civilizada, y se domesticaron lo mismo que las de Europa; pero estas, como inferiores en número, tuvieron que reclamar pronto nuestro auxilio. Las torcaces se fuéron acrecentando de tal modo, así por las crias que se sucedian con increible rapidez, como por los nuevos huéspedes atraidos por sus compañeras, que quisieron enseñorearse del campo, tratando de arrojar á los antiguos y privilegiados dueños, y lo hubieran conseguido á no impedírselo. Para atajar la inmigracion de forasteros, tendímos lazos al rededor del palomar, proporcionando este procedimiento abundante provision á la cocina y descanso en el ínterin al águila de Federico, á la vez que se contuvo la irrupcion de los salteadores, que escarmentaron en cabeza ajena.

La monotonía de nuestra existencia, repartida entre las nuevas construcciones pendientes, y el aprovisionamiento para el invierno que ya se iba acercando, se interrumpió con un incidente cuyo protagonista fue Santiago.

Habiendo salido este de mañana á una expedicion que emprendió de su cuenta y riesgo sin participarlo á nadie, volvió en breve en el más lastimoso estado, cubierto todo de cieno espeso y negruzco que le cogia desde los piés á la cabeza, con un zapato ménos, y un haz de juncos en la mano tan embarrado como él. Al verle con esa facha tragicómica, á pesar de notarle señales de haber llorado nos echámos á reir, excepto su madre, que le recibió con marcado despejo y frialdad.

—¡Ave María purísima! exclamó. ¿Dónde te has metido para ponerte de esta manera destrozando toda la ropa? ¿Sin duda has pensado que contamos con algun almacen de repuesto?

—¡Estás lindo! dijo Federico; pareces un perro de aguas de Berbería.

—Más se parece, añadió Ernesto, al dios Neptuno que sale de su imperio con todos sus atributos mitológicos.

—Reíos, reíos, señores graciosos, contestó Santiago algo cargado; á fe que si me quedara en el sitio ya habriais llorado.

Llamáronme estas palabras la atencion, y en tono severo reprendí á sus hermanos la poca caridad que demostraban con sus sarcasmos, diciéndoles:

—No debeis burlaros de esa manera, sea cual fuere la causa, del prójimo, de un cristiano, y más aun entre hermanos; igual desgracia pudiera haber acontecido á cualquiera de vosotros. ¿Os gustaria entónces que los demás se mofasen de vosotros? Ven acá, pobrecillo, ven, añadí tendiendo los brazos á Santiago. ¿Qué es lo que te ha sucedido, dónde te has puesto así?

—En el Pantano del flamenco, respondió, adonde se me ocurrió ir á cortar unos cuantos juncos para hacer un canasto para los pichones.

—La intencion era buena; no es culpa tuya que te haya salido tan mal.

—Y tan mal, papá, que á no ser por estos haces de juncos, de seguro dejo la piel en aquel fangal. Como los de la orilla eran muy gruesos y no me hacian al caso, pues los deseaba delgados y flexibles, empecé á saltar de mata en mata hasta que llegué á un punto en que no habia más que cieno blando y negruzco, donde se me hundieron los piés, tras estos las rodillas, y así por mi propio peso, sin poderlo remediar, fuíme enterrando en el fango; y como no podia salir, ni valerme de ningun medio, por no tener á qué asirme, me afligí dando voces á las que nadie respondia.

—¿Cómo habiamos de responderte, interrumpió Federico, si estábamos tan léjos? fuera de que el viento y el ruido del mar no dejaban oir tu voz; ya puedes imaginar que á oirte, hubiéramos volado á tu socorro.

—Pero ¿por qué no nadaste, dijo Ernesto, tú que eres tan buen nadador?

—¡Buena advertencia! extraño que lo digas, ¡echarme á nadar con más de medio cuerpo enterrado en el fangal! Pero ya verás cómo salí del atolladero. Cuando me persuadí de que llevaba mis voces el viento, y los aullidos de mi chacal tampoco surtian efecto, conocí que no habia otro remedio que contar conmigo mismo, y pronto, porque me iba sumergiendo cada vez más. Saqué la navaja que traia en el bolsillo y empecé á cortar unos cuantos juncos, y formando un haz con ellos, apoyé encima los brazos y pecho con tal fuerza que pude al fin desprenderme de la húmeda prision en que me veia encerrado. El chacal, que estaba á la orilla, sin atreverse á llegar á donde yo estaba, aullaba cada vez más fuerte, deshaciéndose para auxiliarme. Llamándole conseguí que se acercase, y asiéndome fuertemente de él y pinchándole un poco, mi bravo compañero, valiéndose de sus patas, á la par que yo ayudaba como Dios me dió á entender, salimos á tierra. Pero le confieso á V., padre querido, que en mi vida me he visto, ni espero verme, más comprometido que entónces. La aventura de los búfalos no me asustó siquiera. ¡Eso de morir enterrado en vida!

—¡Pobrecillo! ¡Bendito sea Dios, añadió la madre, mil veces bendito por haberte sacado con bien!

—Con ser mayor que tú, dijo Federico, quizá no tuviera tanta resolucion, ni se me hubiera ocurrido lo que á tí.

—Quién sabe lo que hubiera yo hecho en semejante caso, dijo Ernesto.

—Probablemente, respondió Santiago con socarronería, tu grande ingenio te hubiera sugerido algun recurso, y prestado tambien materia para hacer alguna disertacion sobre el cieno y los pantanos; lo que es tiempo no te hubiera faltado, y si te detienes, no quedas para contarlo. ¡Ah! la necesidad y el apuro son los que más inspiran y hacen inventár al más tonto.

—Siento, hijo mio, dijo la madre, no te hayas acordado que lo primero que la necesidad enseña es acudir á Dios y pedirle su proteccion, pues sin su voluntad, ¡qué valen nuestros esfuerzos!

—Sí, mamá, ya lo sé, y no lo olvidé, respondió Santiago; tambien me acordé de Dios entónces, y recé cuantas oraciones sabía, implorando su auxilio, sin que se me pasase por alto lo acaecido el dia del naufragio, en que el Señor nos socorrió porque acudímos á él.

—¡Bien! hijo mio, ¡muy bien! exclamé entónces, Dios te ha oido sin duda, concediendo fuerza á tus brazos é instinto al chacal para que acudiera á tu voz, y sugiriéndote la feliz idea que te ha salvado. La oracion fervorosa siempre encuentra á los divinos ojos su recompensa. Demos pues á Dios las gracias, y alabémosle, no sólo con los labios, sino con el corazon.

Fue preciso ocuparse en seguida en el aseo de Santiago, buscando uno zapatos, otro medias, otro ropa, miéntras su madre se afanaba por limpiarle del lodo que le cubria, operacion que hubo que hacer en el arroyo. Cuando estuvo vestido se me presentó con el haz de juncos, que tambien fue preciso lavarlos, preguntándome:

—Quisiera saber, papá, cómo se teje una cesta.

—¡Todavía no lo has discurrido! respondí; vamos, te lo enseñaré, pero no con esos juncos, que son demasiado recios, y así los puedes dejar para otra cosa; mas ya que están aquí, haré con ellos un ensayo.

Elegí los más iguales y comencé un telar para tejer, que hacia tiempo deseaba mi esposa. Dos juncos partidos en toda su longitud y atados con un cordel para que se secasen en la misma posicion sin torcerse, compusieron las cuatro barras que necesitaba para la parte titulada *peine*. Encargué á los niños cortasen varias astillas de madera para labrar con ellos los dientes, y cuando estuvieron dispuestos todos estos materiales, los guardé sin decir á nadie para qué los destinaba, con objeto de causar una sorpresa á mi esposa, cuando llegase el caso oportuno; é insensible á las bromas á que dieron lugar los palillos, que los niños calificaban de mondadientes, encerréme en mi propósito de no descubrir el secreto.

—Pero ¿qué vas á hacer con todo ese aparato? decia mi esposa.

—Es un capricho, le respondí riéndome; quizá saldrá de aquí un instrumento de música parecido al que los hotentotes llaman *gom-gom*. Déjame el gusto de acabarlo, y me darás las gracias cuando seas la primera que bailes á su són.

—¡Yo bailar! para bailes estamos. ¡Vaya una ocurrencia! ¡como si no hubiera otra cosa que hacer! ¡Justamente en eso estaba pensando!

—Si realmente, papá, dijo Ernesto, pretende V. hacer un *gom-gom*, son inútiles, porque tal instrumento consta sólo de cuerdas tirantes y fijas á una media calabaza y se toca con el cañon de una pluma.

—¡Gracioso estará el instrumento! añadió Santiago, ¡buena música para despedir perros y gatos!

Mi esposa, á quien no la entraba lo del *gom-gom*, volvia de nuevo á la carga, y á riesgo de que acertase lo que era, le dije que tuviera paciencia y me dejase acabar el instrumento, porque nadie más que ella me lo habria de agradecer, y á su cadencia moveria piés y manos acompasadamente.

Se calló por fin, y no se habló más del asunto.

En aquella sazon el onagro (que era hembra) nos dió una cria, que fue recibida con el mayor alborozo, pues contábamos con otra acémila tanto para carga como para cabalgar. Se le puso el nombre significativo de *Rosch*, que quiere decir *rápido:* porque le destinaba á la equitacion, y con el tiempo ví con placer que sus bellas formas, al desarrollarse, correspondian al intento.

La aproximacion de las lluvias y el recuerdo de lo mucho que nos costó el año anterior recoger diariamente al ganado que soltábamos para que paciera, sugiriéronme un medio para hacer más llevadero ese servicio, acostumbrándolo á volver al establo con el sonido de un cuerno marino, á cuyo efecto le adapté una boquilla de madera como la de un clarinete. Los primeros ensayos acompañáronse con un abundante pienso revuelto con sal, que aseguró el buen éxito de la invencion. Los puercos fueron los que se mostraron más renitentes y deseosos de libertad; pero al fin hicieron lo que los demás.

Entre las mejoras que proporcionaron mayores comodidades á nuestra habitacion de invierno, faltaba otra indispensable, la de un depósito destinado al agua potable que á menudo debiamos ir á buscar al Arroyo del chacal, y si bien la distancia era corta en tiempos normales, se hacia larga y pesada en la estacion de las lluvias, y así traté de remediar este inconveniente ántes que llegase el invierno. Al efecto dispuse una cañería que condujese el agua desde el arroyo hasta la misma cueva, vertiéndola en una taza como ya se habia practicado en Falkenhorst. Cañas de bambú encajadas unas en otras, y apoyadas provisionalmente en horquillas, sirvieron de tubos conductores, y un tonel vacío hizo las veces de pilon, proponiéndome cuando hubiera ocasion dar á la obra la perfeccion y solidez de que por de pronto carecia. Sin embargo, tal como era, llenaba el objeto, y mi buena esposa la agradeció más que otra monumental hecha de mármol y adornada de caballos marinos, delfines y nereidas.

CAPÍTULO XXXIV.

Segundo invierno.

Estaba ya casi encima el segundo invierno que íbamos á pasar en la isla, y no podíamos desperdiciar los momentos que restaban de buen tiempo para abastecernos de cuanto pudiera sernos útil, especialmente de granos, fruta, patatas, arroz, guayabas, bellotas, cocos, anís, yuca y piña, que era el gran regalo de los niños. Confiáronse á la tierra, como el año anterior, las semillas de Europa, creyendo que, por hallarse removida aquellá, la humedad de la estacion las fecundaria más pronto.

Mi esposa hizo nuevos costales que acarreaban llenos al almacen los sufridos animales, donde se vaciaban en barriles para conservar la cosecha. Este acarreo, así como la recoleccion, no dejaban de fatigarnos, pues las mieses, por haberse sembrado en épocas distintas, no estaban todas en igual grado de sazon, siendo preciso irlas eligiendo, y para remediar este inconveniente el próximo año, pensé en hacer una labranza en regla. Al efecto contábamos con una yunta de búfalos, y aunque careciéramos de colleras y tirantes, proponíame hacerlos durante la reclusion de invierno. En una palabra, era menester hacernos labradores en forma, así como sucesivamente habíamos ejercitado los oficios de carreteros, carpinteros, canteros, albañiles, cesteros y otras profesiones á cuyo aprendizaje, la necesidad que es la mejor maestra, nos habia obligado.

La prevision que tuve no fue en vano. Aun no estaba concluida la faena proyectada cuando el horizonte se presentó cargado de oscuras y espesas nubes, precedidas de fuertes ráfagas de viento que nos obligaron á apresurar los últimos trabajos. Las tempestades se sucedian unas á otras; el huracan silbaba espantosamente, y el estampido del trueno repetia sus ecos en las quebradas de la montaña. El mar tomó tambien parte en este general desequilibrio de la naturaleza,

y sus furiosas y encrespadas olas que parecian elevarse al cielo, amenazaban tragarse en sus profundos abismos cuanto se les oponia. Por espacio de veinte dias presenciámos el espectáculo más majestuoso é imponente que el hombre puede imaginar. Era un verdadero cataclismo de todos los elementos; la naturaleza entera parecia trastornada; los árboles más robustos se tronchaban con estrépito; los relámpagos y las exhalaciones eléctricas se mezclaban con el ruido del viento y de los torrentes de agua que sin cesar vomitaban las abiertas cataratas del cielo; en una palabra, era el concierto más monstruoso y sublime de las voces todas de la naturaleza, concierto inarmónico que aterraba en vez de embelesar el oído.

Al recordar los preludios del pasado invierno, ya porque la memoria no los retuviese bien, ó lo que es más cierto, porque el riesgo presente aparece siempre más terrible que el que ya ha pasado, figurósenos que la naturaleza no habia sufrido tan violenta conmocion el año anterior. Por fin apaciguáronse un poco los vientos y se sucedió la lluvia lenta y constante que nos obligó á permanecer encerrados diez ó doce semanas en la cueva.

Los primeros momentos de nuestra reclusion fueron tristes; pero como la necesidad y extension del sufrimiento nos eran ya conocidos, acudió en nuestro auxilio la resignacion, y para matar el fastidio nos ocupámos en las disposiciones de nuestra morada subterránea.

No nos habíamos quedado en la cueva más que con la vaca por la leche, con la burra que estaba criando, y con el becerro, el búfalo y el onagro, destinados á servirnos en las excursiones á que nos obligase la necesidad. El reducido establo no nos permitió encerrar las ovejas y cabras. Estas, así como los cerdos, se quedaron en Falkenhorst con abundante pienso, lo cual no obstaba para que cualquiera de los niños, arrostrando la lluvia y el viento, tuviese precision de visitar casi diariamente á los pobres animales para darles algunos puñados de sal y ver si carecian de algo. Excuso añadir que los perros, el chacal, el mono y el águila estaban con nosotros, y su compañía, no sólo no nos causaba molestia, sino que en parte nos distraia durante las muchas y largas horas de los interminables dias que tuvímos que pasar encerrados.

En la absoluta imposibilidad en que estábamos de hacer nada al raso, se terminaron varios trabajos que no habian sido previstos, los cuales ahora se encontraban de primera necesidad. Estando ya en el caso de tomar definitiva posesion, faltaba mucho que hacer para que la morada salina correspondiese á nuestras necesidades y exigencias, que como era natural, habian de ir siempre en aumento.

Lo primero que se hizo fue nivelar el piso de la cueva para no tropezar á cada paso. La fuente se trasladó á la cocina, donde llenaba su objeto; se labraron bancos y mesas: en una palabra, se procuró que no faltasen las comodidades más indispensables para hacer llevadera la larga permanencia en la cueva. Todavía faltaba remediar un inconveniente, la falta de luz. Cuatro eran

las aberturas que tenia la gruta, contando la puerta; una en la cocina, otra en el taller, y la restante en el dormitorio. Los demás departamentos, inclusos los de mis hijos y el fondo de la habitacion, estaban sumidos en la oscuridad más profunda, y si bien en los tabiques intermediarios existian varias ventanas con persianas ó ligeras cortinillas, la luz que entraba por la puerta y demás aberturas era tan débil, que gran parte de la habitacion quedaba sumida en la mayor oscuridad. Con otras dos ó tres ventanas grandes practicadas en las paredes de la gruta se hubiera remediado todo; pero siendo impracticable la obra ántes del buen tiempo, y como la necesidad urgia y la privacion acrecentaba el deseo, hé aquí el medio que adopté para dar luz á nuestra morada.

Entre los efectos procedentes del buque hallábase un farol que, pudiéndolo colgar del techo en el centro de la gruta, derramaria su luz por todas partes. La dificultad estribaba en poderlo suspender en aquel punto; pero la agilidad de Santiago sacóme del apuro. Un grueso bambú que sobrara de los empleados en la cañería de la fuente, y que justamente tenia la altura necesaria para el objeto, bien fijado en el suelo, sirvió de escalera á mi hijo, y trepando por él como si fuera una cucaña, pudo clavar en el centro de la bóveda una polea y pasar por ella una cuerda á la que se ató el farol para colocarlo á la altura que nos conviniera. Una vez encendido, irradiaba la suficiente claridad para alumbrarnos. Mi esposa y Franz quedaron encargados de su entretenimiento, que por el punto céntrico que ocupaba surtia el mejor efecto, reflejando sus rayos en las mil facetas cristalinas que tapizaban la gruta.

El conseguir esta gran claridad fue para todos un inmenso beneficio para activar los trabajos pendientes y los que se emprendieron de nuevo. Ernesto y Franz se ocuparon en arreglar la biblioteca y colocar ordenadamente en estantes, dispuestos al efecto, los volúmenes que se salvaron del naufragio; Santiago ayudó á su madre en el arreglo de la cocina y de su batería junto con la vajilla, y yo tomé á Federico por mi cuenta en lo relativo al taller, por ser el mayor de sus hermanos y más apto por su robustez para las pesadas fatigas que exigian sus tareas.

En ese importantísimo departamento, inmediato á la ventana coloqué un magnífico torno inglés provisto de todas sus herramientas, que habia encontrado en el camarote del capitan; verdadera alhaja que sin duda conservaria como aficionado por recreo. Cuando mozo por diversion aprendí yo á tornear, y ahora me hallaba en el caso de utilizar los escasos conocimientos que adquiriera en ese género de trabajo. Construímos además una fragua; los yunques se fijaron entre unos tajos, y en tablas sostenidas por palomillas y llenas de agujeros se pusieron ordenadamente las herramientas pertenecientes á carpintería y herrería que se sacaron del buque. Los clavos, tornillos, espigones, tenazas, martillos, sierras y barrotes, todo ocupó su lugar conveniente clasificado en términos de encontrarse cuando se necesitaran, tomando así nuestro taller improvisado una

apariencia de órden y regularidad que me enorgullecia. Entónces fue cuando me alegré infinito de la aficion que tuve en mi mocedad á toda suerte de artes mecánicas, á la cual debia la gran ventaja de conocer los útiles que poseia para valerme de ellos con alguna destreza y con utilidad positiva, pues ninguna me era desconocida.

La cueva fué tomando un aspecto de comodidad y órden que iba haciendo cada vez más grata su forzosa permanencia en ella hasta que el sol nos devolviese la libertad. Además del taller, teníamos pieza expresa para comedor y gabinete de estudio, donde podíamos descansar, con los goces del espíritu, de la corporal fatiga que nos causaban las tareas industriales. Entre las cajas extraidas del buque encontrámos varias que contenian gran cantidad de libros, destinados unos para uso del capitan, y otros para el de los oficiales á quienes habian pertenecido. Entre ellos se contaban obras preciosas y del mayor mérito, impresas en diferentes idiomas y que trataban de toda clase de materias, en especial sobre marina, viajes y los diferentes ramos que abraza la historia natural, y algunas de ellas con magníficas láminas que daban nuevo valor á este importante tesoro, aumentando así los recursos para salir de muchas dudas, como nos sucedió con la célebre raíz de mono que Federico y Santiago encontraron en su excursion, y que hojeando uno de los volúmenes, vieron exactamente grabada, reconociéndola al instante por el ginsen de los chinos, tal como yo la habia calificado. Poseíamos además, y de la misma procedencia, mapas y cartas geográficas, varios instrumentos de astronomía, física experimental y matemáticas, y una esfera terrestre de invencion inglesa que se henchia como una máquina aerostática.

Entre las obras abundaban diccionarios y gramáticas de casi todos los idiomas, lo que constituye ordinariamente el fondo de las bibliotecas pertenecientes á grandes buques. Esta rica variedad y el afan de aprovecharnos de aquellos tesoros de ciencia inspiró el deseo á los niños y hasta á mí mismo, no sólo de cultivar las lenguas que conocíamos, sino el de aprender otros idiomas que ignorábamos. Poco ó mucho todos poseíamos el frances, idioma casi tan usado como el aleman en la Suiza; Ernesto y Federico habian comenzado en Zurich los primeros rudimentos del inglés, y como yo lo sabía regularmente, encontréme en estado de dirigir y acrecentar aquellos primeros conocimientos, tanto más necesarios, cuanto que el inglés es hoy dia el idioma general en los mares, y rara sería la embarcacion donde no se hallase entre la tripulacion ó pasajeros alguno que lo entendiese. Santiago, que aun no conocia mas lengua que la suya, optó por aprender la española y la italiana, cuya pompa y melodía se avenian con su carácter enfático. En cuanto á mí, no encontré cosa mejor que el estudio del idioma malayo, pues la inspeccion atenta de las cartas marítimas y derroteros, así como la posicion y particulares circunstancias de nuestra isla, me hacian creer y persuadirme cada vez más de que los primeros hombres á quienes, si

estaba de Dios, habríamos de dirigir la palabra, pertenecerian á esa raza tan numerosa y extendida.

Quedámos pues convenidos que cultivaríamos en comun y al mismo tiempo el frances y el aleman, que yo enseñaria el inglés á mi esposa, á Franz y á Federico; y que los demás estudiarian solos el idioma que mejor les pareciese. Así era que en ocasiones nuestro gabinete de estudio se parecia á una Babel en pequeño, cuando por distraer el estudio cada cual se ponia á recitar en alta voz trozos ó extractos de sus libros favoritos. Este ejercicio, extraño y casi ridículo á primera vista, no dejaba de proporcionar una ventaja, y era provocar explicaciones de las que resultaba aprender toda la familia una palabra ó frase de un idioma que habia ignorado hasta entónces.

En estos ejercicios intelectuales Ernesto era siempre el primero y el que se llevaba la palma, superando en memoria é inteligencia, y sobre todo en perseverancia y ardor por el estudio, á sus demás hermanos. No contento con aprender el inglés, se dedicaba al propio tiempo al latin, que le era indispensable para satisfacer su pasion por la historia natural. Su afan por el estudio era tal que á veces me ví obligado á quitarle el libro de la mano, mandándole se ocupase en algun ejercicio corporal provechoso á su salud.

Nada he dicho hasta ahora de otros mil objetos ricos y de lujo que encontrámos en el buque naufragado, sin concederles grande importancia. Poseíamos por lo tanto variedad de muebles, como cómodas, consolas, sillerías, espejos, adornos para encima de las mesas, relojes y entre ellos un soberbio cronómetro de campana que daba las horas. Entre todo esto elegí lo que me pareció mejor para decorar nuestra morada, que ya iba tomando el aspecto de un palacio, como la llamaban mis hijos.

Entónces fue cuando resolvímos cambiarle el nombre. La primitiva y reducida tienda de campaña que ántes nos cobijara representaba ya un papel muy secundario para conservar el nombre de Zeltheim, y despues de muchas discusiones animadas, se adoptó el de *Felsenheim* (casa del peñasco).

CAPÍTULO XXXV.

Primera salida despues de las lluvias.—La ballena.—El coral.

En medio de tantas y tan variadas ocupaciones que se sucedian sin interrupcion, el tiempo corria dulcemente. Dos meses habia que duraban las lluvias, y todavía no habia tenido tiempo de hacer el yugo para la yunta de búfalos, ni otro par de cardas finas que mi esposa reclamaba casi diariamente para la preparacion del algodon.

Los últimos dias del mes de agosto se despidieron con huracanes espantosos que llegaron á atemorizarnos. Agua, viento, truenos y relámpagos se juntaron formando un conjunto aterrador; el Océano se conmovió hasta en sus más profundos abismos, rompió sus límites, inundando la costa de una manera pavorosa, y hasta me pareció haber experimentado algun temblor de tierra en la cueva salina. ¡Cuántas gracias dímos en aquella ocasion al Señor por habernos proporcionado casi milagrosamente la sólida y abrigada habitacion de Felsenheim! ¡Qué hubiera sido de nosotros en la morada aérea de Falkenhorst! ¡y cómo hubiera esta podido resistir al desencadenado furor de los elementos!

Por fin, el cielo se fué poco á poco serenando; las nubes se disiparon, cesó la lluvia y apaciguóse el viento, y creímos poder aventurarnos á salir de la cueva para ver siquiera si el mundo estaba tal como lo habíamos dejado.

Lo primero que á nuestros ojos se ofreció fueron las recientes huellas de la devastacion consiguiente á tan general trastorno de la naturaleza, la cual se esforzaba en renacer brillante y espléndida de entre sus ruinas. Recorrímos alegremente la cadena de rocas que se extendia á lo largo de la costa, y como nos encontrábamos ávidos de libertad y esparcimiento, complacíamonos en escalar hasta los picos más elevados para tender la vista á la llanura que se desplegaba á nuestros piés. Federico, como el más intrépido, cuya penetrante mirada podia

compararse con la del águila ó del lince, subió á la cumbre más alta, desde la que divisó en el islote de la Bahía de los flamencos un punto negro inmóvil, cuya forma y naturaleza no pudo precisar, figurándose al pronto que sería un barco encallado. Ernesto, que subió despues, lo creyó un leon marino, de la clase descrita por el almirante Ausou en sus viajes. Curioso yo tambien, determiné lo más acertado para salir de dudas: dirigirnos al sitio donde se encontraba lo que nos tenia perplejos. En efecto, nos encaminámos á la playa, vacióse el agua que inundaba la chalupa, y lastrada de nuevo y aparejada con lo necesario, nos embarcámos en ella todos, excepto Franz y mi esposa, cuyo humor aventurero no estaba al nivel del nuestro para emprender viajatas.

A medida que avanzábamos, los cálculos y conjeturas se sucedian rápidamente. Cuando nuestros ojos pudieron descubrir y reconocer claramente el objeto que tanto nos llamaba la atencion, juzgad de nuestra sorpresa al ver una disforme ballena varada en la playa que se nos presentaba de costado.

Dudoso aun sobre si el mónstruo estaria muerto ó simplemente dormido, creí prudente aproximarnos con precaucion, poniendo ante todo á cubierto la frágil navecilla de cualquier movimiento que pudiera hacer el animal, y así virámos á la izquierda, costeando el islote y abordándole al opuesto lado. El islote era un banco de arena muy poco elevado sobre el nivel del mar, pero cuya vegetacion era de una fuerza y riqueza extraordinarias, si bien no se encontraban árboles, quizá porque los vientos del mar se opondrian á ello. En su mayor anchura contaria medio cuarto de legua, que á poca costa pudiera duplicarse á expensas del mar. Estaba cubierto de pájaros marinos de diferentes especies, cuyos nidos encontrábamos á cada paso, recogiendo los niños abundantes huevos para no volver, como decian, con las manos vacías sin llevar nada á su madre.

Dos eran los caminos que podíamos elegir para acercarnos á donde se encontraba la ballena: uno indirecto, pero cortado á cada paso por escabrosidades que le hacian casi intransitable; otro, costeando la playa, y aunque más largo, era llano y ameno. Sin embargo, elegí el primero, dejando á los niños que siguieran el segundo con el fin de reconocer el interior de la isla, á la que no faltaban sino árboles para ser un punto delicioso. Cuando estuve en lo más elevado de ella mi vista abrazó la costa entera desde Zeltheim hasta Falkenhorst, espectáculo que me hizo olvidar la ballena, y al llegar donde estaban los niños, encontrélos muy divertidos con las conchas y corales que recogieran por el camino, de los que habian llenado sus sombreros y pañuelos.

—¡Ah! ¡papá! exclamaron al verme, ¡mire V. qué coleccion tan hermosa hemos hecho de conchas y corales! ¿Quién los habrá traido aquí?

—¿Quién ha de ser? respondí, la fuerza de las olas que, elevando las aguas y estrellándolas contra las rocas, los ha arrancado de su puesto habitual; y extraño mucho que desconozcais así el poder de este elemento cuando ha sido capaz, co-

mo veis, de traer hasta aquí una masa tan grandísima como la que tenemos delante.

—Y tan grande como es, añadió Federico; no concibo cómo os entretienen semejantes bagatelas y no habeis acudido á contemplar á esa reina de los mares.

—Tiempo queda de sobras, respondió Ernesto riéndose, pues de seguro nadie se la ha de llevar, ni se necesita microscopio para examinarla; poco me interesa ese monstruoso cetáceo, y de seguro no le cambio por estas lindísimas conchas. ¡Mire V., papá! prosiguió mostrándomelas, ¡qué formas tan extrañas! ¡qué colores tan brillantes y variados!

Este diverso modo de apreciar las cosas ocasionó una disputa científico-burlesca entre Ernesto y su hermano sobre la belleza absoluta. Cada uno defendia su causa tan bien como supo; pero Federico no se encontraba en el caso de poder luchar con su hermano en una discusion de esta clase. En las palabras de su adversario, llenas de fogosa admiracion por las maravillas de la naturaleza, notábase ya aquel discernimiento profundo, aquel amor y prediIeccion del sabio que, con un microscopio en la mano, para verificar un análisis ó descubrir una verdad pasa dias y dias en hallar una fibra ó determinar una nillo en el diminutísimo cuerpo de un insecto.

Despues de dejarles hablar un rato, terminé la discusion dejando acordes á ambos contendientes, persuadiéndoles de que todo era igualmente bello y admirable en la inmensa obra de la creacion, desde el arador (1), imperceptible á la más perspicaz vista, hasta la ballena y el elefante, cuyas formas toscas, pesadas y sin gracia en nada pueden compararse á la delicada organizacion que admiramos en el mosquito ó el insecto. Cada cosa es bella en sí misma, proseguí, puesto que ocupa el lugar que el supremo Criador la ha asignado, teniendo además en cuenta que infinitos objetos que excitan la admiracion y aparecen como de gran valor á los ojos y consideracion del sabio, deben sólo á su rareza el mérito y preferencia que gozan. Esas conchas, esos corales, por ejemplo, que en Europa serian uno de los mejores adornos de un museo, nadie repararia en ellos si fuesen tan abundantes y se encontrasen á cada paso como los guijarros del Arroyo del chacal que huellan vuestros piés con desprecio; sin embargo, bueno es conservarlos porque servirán tambien para formar nuestras colecciones y promover su estudio. Reembarquémonos ahora, que á la tarde, cuando el flujo nos ayude á aproximarnos al islote, volverémos provistos de lo necesario para utilizar la pesca que el Océano, ó mejor dicho la Providencia, nos ha deparado en esta playa.

(1) En la escala de los seres animales el arador se toma generalmente como punto de comparacion cuando se quiere marcar el último grado ó punto más mínimo de la existencia. Es un insecto que se insinua algunas veces bajo la epidérmis del hombre, principalmente en las manos. En el siglo X ya era conocido por Avenzoar como causa de la enfermedad llamada sarna, y su nombre de arador le viene porque ara, socava y ahonda en la carne. (*Nota del Trad.*)

Los niños me siguieron, si bien noté que Ernesto estaba algo rehacio en imitar su ejemplo. Preguntéle la causa, y confesóme francamente que hubiera deseado, si yo se lo permitia, quedarse solo en el islote donde viviria como otro Robinson. Esta idea tan rara é inesperada del filósofo nos hizo sonreir á todos, y como conocí que hablaba formalmente, y que aquello podria ser principio de una monomanía, procuré desvanecerla de la imaginacion viva y algo romántica de mi hijo.

—¡Pobre loco! le dije. ¡No sabes que la vida de Robinson sólo es buena en el libro y espantosa en la realidad! No vivirias largo tiempo en tu soledad sin arrepentirte de tu soñado propósito; el fastidio, el trabajo, la molestia, la enfermedad te cercarian bien pronto, y el dia ménos pensado se encontraria al ermitaño muerto en la costa, como la ballena que acabamos de ver. Por el contrario, da gracias al Señor porque no te separó de nosotros en el naufragio. Dios ha criado al hombre para vivir en sociedad con sus semejantes, puesto que necesita de ellos y de su asistencia, desde que nace hasta que exhala el último suspiro. Somos seis en la isla, y sin embargo ¡qué trabajo tan inmenso nos ha costado y aun nos cuesta procurarnos lo más indispensable para conservar la existencia y un reducido bienestar! ¡Qué hubiera sido de tí, si desgraciadamente hubieras quedado solo, y qué hubieran podido hacer tus débiles brazos contra obstáculos que todos los nuestros juntos apénas han conseguido superar!

El nuevo Robinson se convenció con mis razones, y llegámos á la ensenada donde quedara amarrado el esquife. Entrámos en él, y mis pequeños remeros, que á la sazon encontraron en las olas grande oposicion, se lamentaron del pesado oficio á que estaban condenados.

—Bien pudiera V., papá, arbitrar un medio que facilitara tan penosa faena.

—Os imaginais, les respondí, que soy algun omnipotente que todo lo remedia; sin embargo, si me proporcionais una rueda de hierro de un pié de diámetro, haré un ensayo para aliviárosla.

—Si no es más que eso, añadió Federico, al instante, no una, sino dos hay en el depósito de hierro que creo pertenecieron á un asador, si mamá no ha echado mano de ellas.

Sin comprometer mi palabra, por si acaso no salia con la mia, les dí alguna esperanza, alentándoles á que redoblasen sus esfuerzos, hasta que la piragua aprendiese á deslizarse sola por ellas.

Sin hablar más de esto, tomó la conversacion otro giro, y Santiago me preguntó á qué reino pertenecia el coral, y á qué uso se le destinaba.

—El coral, respondí, se forma de nidos ó celdillas de pequeños pólipos que viven agrupados en numerosas familias. Aglomeradas unas á otras van formando capas que con el tiempo se parecen á las ramas de un árbol, admirando ver cómo la naturaleza con pequeñísimas causas produce grandes efectos, pues el trabajo continuado de estos diminutos insectos al cabo de años ha dado por

resultado rocas grandísimas que interceptan la navegacion, tanto más peligrosas para los buques cuanto que están á flor de agua. Antiguamente, proseguí, el coral gozó de grande estima en Europa como objeto de lujo y adorno mujeril; pero hoy dia ha decaido mucho esa moda, y por lo tanto ha bajado á proporcion el valor. Sin embargo, cuando llega á encontrarse una rama grande y bien formada, se la aprecia como objeto curioso en un museo, que es lo que harémos con las nuestras, que se colocarán en la biblioteca al lado de otros raros productos de la naturaleza.

Entretenidos en esto se levantó la brisa, que ayudando á los remos, nos condujo brevemente á la cueva, donde Franz y la buena madre aguardaban el resultado de la expedicion. Los niños contaron cuanto habian visto y hecho, y las conchas y corales dejaron embobado al pequeñuelo, que no se cansaba de mirarlos. Mi esposa admiró todas esas riquezas con cierta indiferencia, pues en nada aumentaban el ajuar de casa; mas cuando anuncié el propósito de volver por la tarde al islote para sacar una buena cantidad de aceite de la ballena, mi laboriosa compañera quiso tambien seguirnos y participar de los peligros de la expedicion. Tanto me agradó su idea que la encargué preparase agua y comestibles para dos dias, pues podria bien suceder que como caprichosa dama la mar nos obligase á permanecer en la isla más tiempo del que nos proponíamos, y así era bien contar con todas las eventualidades.

CAPÍTULO XXXVI.

Destazado de la ballena.

Terminada la comida, cuya hora tuve cuidado de adelantar empleando en ella ménos tiempo que de costumbre, nos preparámos á tornar á la isla; pero ántes me eché á buscar barriles para conservar la grasa de la ballena que íbamos á recoger, no queriendo destinar á ese uso los vacíos que habia de reserva en Falkenhorst y en Felsenheim, por constarme el olor infecto que siempre conservarian, lo cual era equivalente á perderlos. Sin embargo, como aquella grasa me era indispensable para dar pábulo á los faroles que alumbraban la habitacion, recordóme mi esposa que aun quedaban sin destino cuatro tinas de las que habian servido para nuestra primitiva almadía, las cuales podian llenar el objeto. Me pareció bien la idea: se limpiaron, y despues de proveernos de cuchillos, hachas, sierras y demás instrumentos cortantes y contundentes que pudiéramos necesitar, levámos ancla dirigiéndonos al islote donde habia embarrancado la ballena. La mar se encontraba tranquila, y no obstante el natural peso de la embarcacion que iba cargada hasta los topes, pudímos abordar muy pronto al costado de la ballena.

Mi primer cuidado fue poner á buen recaudo la canoa y las tinas por si el mar se alborotaba. Mi esposa quedó asombrada al ver aquel mónstruo marino, y Franz se asustó tanto que estuvo á punto de llorar. Pareciase la ballena exactamente á las de Groenlandia; la espalda era de color verdinegro, el vientre azulado, las aletas y cola negras. Midiéndole á ojo de buen cubero, vine á sacar que tendria sobre unos setenta piés de longitud por treinta y cinco en su mayor anchura, y que pesaria cosa de sesenta mil libras. Sin embargo, no podia considerarse sino como un ballenato que aun no tenia la mitad del tamaño de los de su especie. Su enorme cabeza no guardaba proporcion con los ojos, que eran pequeñitos y parecidos á los del buey; pero lo más asombroso eran las quijadas, que no bajarian de doce piés de extension, pobladas de barbas que en Europa

llaman vulgarmente *ballenas*, de las que se hace objeto de comercio, y que por su flexibilidad sirven para dar forma al traje femenino, paraguas y otros mil usos. Estos apéndices debian ser para nosotros otra nueva riqueza, y me propuse no desperdiciarlos. La lengua por sí sola pesaria como unas mil libras. Quedó admirado Federico de la desproporcion que existia entre la anchurosa boca del cetáceo y su gaznate, que tendria á lo más el diámetro de su brazo, diciendo:

—Si este animal es voraz, como debe serlo, trabajo le mando para mantenerse, pues bien poco será lo que pueda tragar de una vez.

—Tienes razon, le respondí; y así no se alimenta sino de pescadillos, de los que consume multitudes, prefiriendo á todos una especie que se encuentra en los mares del polo. Anegado en el mismo mar, absorbe al mismo tiempo que los peces gran provision de líquido, y quedando aquellos en su estómago, arroja luego el agua por dos conductos que tiene encima de la nariz. Pero basta de conversacion, añadí, dejemos para otro dia las disertaciones, y manos á la obra, que es preciso no desperdiciar el tiempo, si se desea sacar partido de este leviatan ántes que anochezca.

Federico y Santiago se subieron por la cola, y tomando por su cuenta la cabeza de la ballena, con el hacha y la sierra comenzaron á cortar las barbas que yo iba recogiendo, las cuales no bajarian de seiscientas; pero sólo se eligieron unas ciento veinte de las mejores. Entre tanto Ernesto y yo la emprendímos con el cuerpo, arrancando á tiras la piel de los costados con la grasa que tenia adherida, lo que no dejó de costarnos, pues tuvímos que hacer cortes de tres ó cuatro piés de profundidad.

Poblaron en breve los aires pájaros de todas especies, ladrones alados que intentaban asociarse á nuestros trabajos; al principio contentáronse con revolotear á nuestro al rededor; pero cuando fueron más en número, se aproximaron con tanto atrevimiento, que hasta llegaron á arrancarnos de las manos los pedazos, posándose á veces bajo las mismas hachas. Sin embargo de que estas aves nos interesaban poco, á instancias de mi esposa, que como buena ama de gobierno todo lo deseaba, matámos varias para aprovechar la pluma, así como yo destiné las tiras de piel del cetáceo para hacer arneses al asno y á los dos búfalos. De buena gana hubiera aprovechado tambien parte de los intestinos y tendones de la cola si el dia no hubiese ido de capa caida, siendo preciso pensar en la vuelta sin quedarme más tiempo que para cortar un gran trozo de la lengua, que además de estar reputada como buen manjar, presta mucho y buen aceite. Todo se envasó cuidadosamente en las tinas, que despues ocuparon su lugar en la piragua.

Una vez cargada esta, nos embarcámos, dirigiendo el rumbo hácia la costa y sufriendo en la travesía el mal olor que exhalaba el cargamento. Llegados á la playa, alijámos la nave, y entre el asno, la vaca, el búfalo y el onagro, se trasladó la carga á la habitacion.

Al dia siguiente tempranito volvímos á la tarea comenzada, sin permitir que nos acompañasen mi esposa ni Franz, porque la faena proyectada era demasiado asquerosa y repugnante para que la presenciasen, pues me proponia penetrar hasta el vientre de la ballena y sacar partido de sus sólidos y enormes intestinos. Partímos pues solos, y con viento fresco llegámos al islote, encontrando al mónstruo medio devorado por una nube de gaviotas y otras aves carnívoras de mar que, sin hacer caso del paño con que se tuvo cuidado de cubrir las partes desolladas, habian hecho su buen agosto, viéndonos precisados á recurrir á las armas de fuego para ahuyentarlas.

Antes de empezar nos quitámos hasta la camisa cubriéndonos con blusas hechas expresamente para el caso, y en esta forma, convertidos en mozos de matadero, rompiendo á hachazos las costillas del cetáceo, llegámos hasta su vientre. Recogí las tripas que podian convenirme, y las corté en trozos de seis á doce piés de longitud, volviéndolas del revés para que se lavaran y descarnaran con agua del mar y arena, trasladándolas despues al barco.

—¡Ah! dijo Ernesto al verlas, ¡qué buenos salchichones podria hacer mamá con estas tripas!

Al mismo tiempo se esforzaba por henchir una soplándola, la cual tendria pié y medio de diámetro.

El resto lo abandonámos á las aves despues de sacar cuanta grasa pudímos, haciéndonos luego á la vela, pues el sol estaba ya muy bajo y no era posible detenerse.

El preparar como lo hiciera las tripas de la ballena, fue con el designio de que sirviesen de pellejos para conservar el aceite que debia producir su misma grasa. A mis hijos les pareció tan peregrina y oportuna la invencion, que desearon saber quién me la habia sugerido.

—El autor de ella, como de otras muchas, dije, ha sido la necesidad, gran motor de la industria humana, que ha enseñado á los pueblos que habitan en puntos donde no se conoce madera alguna, á suplirla por cualquier otro medio; la que por lo mismo ha hecho aprender á los samoyedos y esquimales (1) á convertir las tripas de la ballena en toneles y depósitos de líquidos que de otra manera no hubieran podido conseguir, y ha puesto de manifiesto en los despojos del cetáceo multitud de tesoros inapreciables para ellos, y de los que no se hace caso en climas más favorecidos.

Las tripas de la ballena y su preparacion fueron el tema de la conversacion durante la travesía, que así nos pareció más corta. Hablámos de otros diferentes usos en los que se emplean las tripas de los animales, desde la cuerda del

(1) Los samoyedos y esquimales son los pueblos que están más al Norte de la Rusia, confinantes por el estrecho de Behering con la América septentrional, donde casi siempre reina perpétuo hielo: unos pertenecen al imperio ruso, y otros son independientes y comercian con las posesiones inglesas del Canadá y de los Estados-Unidos. (*Nota del Trad.*)

instrumento que produce los más bellos sonidos, á cuya cadencia baila la delicada doncella, hasta el globo aerostático, por cuyo medio se eleva el hombre á la region de las nubes. Ernesto, que era tan buen físico como naturalista, aprovechó esta coyuntura para explicar á sus hermanos el fenómeno de la ascension aerostática.

—Los globos de los aeronautas, les dijo, se elevan y sostienen en el aire por la única razon de ser más ligeros que el volúmen atmosférico que ocupan.

—¿Y por qué lo son? le pregunté.

—Porque el igual volúmen del aire que contienen tiene ménos peso que el que les rodea por de fuera, fenómeno idéntico al de las burbujas de aire comun que flotan en la superficie del agua sin sumergirse, porque el aire es más ligero que el agua.

—¿Y cómo se obtiene esa menor pesantez para los globos?

—Por medio del calor que, dilatando las moléculas atmosféricas, las reduce á menor cantidad en igual espacio, lo que se consigue por medio del gas hidrógeno.

—Papá, añadió Santiago, ¿no podria V. hacerme un globito con un pedazo de esas tripas tan gruesas? ¡Cuánto mejor que caminar por tierra sería viajar montado en un pellejo henchido de gas, y atravesar rios y bosques volando por el espacio como el doctor Fausto montado sobre su capa (1)!

—Sólo hay un corto inconveniente, respondí al aeronauta, y es que una vez sentado en el caballo aéreo, aun cuando lo hinchases de gas hidrógeno, léjos de elevarte en el espacio, se quedaria inmóvil bajo tu cuerpo, atendido que tu peso, aunque no sea más que de sesenta libras, necesitaria la cantidad de aire correspondiente á un globo de ochenta piés de diámetro. Además, añadí, no te ilusiones por los viajes aéreos, porque la ciencia aereostática será siempre para el hombre un triste recurso, miéntras no encuentre un punto de apoyo á fin de dirigirse por el aire, problema que no se ha resuelto todavía.

Departiendo así llegámos á la playa, donde mi esposa nos aguardaba impaciente.

—¡Gran Dios! exclamó al vernos. ¿Y cómo os habeis atrevido á presentaros en semejante estado? ¡Qué hedor tan insoportable! ¡Llevaos todo eso á cien leguas de aquí!

En parte tenia razon. A nosotros mismos nos daba asco mirarnos. Además, el lavado y reparacion de nuestros vestidos era un recargo más sobre sus faenas ordinarias, que no eran pocas, y no extrañé el mal recibimiento que nos dispensó.

—Cálmate, mujer, cálmate, la respondí; á buen bocado, buen grito; y no se

(1) El Fausto que aquí se menciona es el personaje fantástico y protagonista del célebre poema de Goethe que lleva ese mismo nombre, y que tan popular se ha hecho en Alemania. (*Nota del Trad.*)

pescan truchas á bragas enjutas. Hazte cargo que te traemos los mejores frutos, pues en nuestra posicion todo lo que aquí viene, á pesar del hedor, no tiene precio.

Tranquilizóse á poco y nos permitió abordar. Nos mudámos el traje de jiferos, y despues de lavarnos en el arroyo nos pusimos la ropa limpia que la prevision de mi esposa tenia preparada, y nos trasladámos á Felsenheim, donde en breve una abundante y buena cena hizo olvidar la asquerosa ocupacion de todo el dia.

CAPÍTULO XXXVII.

Aceite de ballena.—Visita á la granja.—Tortuga mónstruo.

Apénas despuntó el siguiente ya estábamos en pié. Al punto se colocaron en el trineo los cuatro barriles de grasa, y por medio de la presion que se obtuvo con piedras grandes y palancas, fué saliendo la parte más pura y refinada del aceite, que se envasó en pellejos debidamente secados al sol. El de inferior calidad se echó en una caldera, y á fuego lento se fué derritiendo y convirtiendo en líquido. Por medio de un cazo de hierro destinado á un ingenio de azúcar, se trasladó este aceite de segunda clase á otros barriles y pellejos. Para esta operacion, de suyo repugnante, nos alejámos de Felsenheim á fin de que el mal olor de la grasa derretida no infestase nuestro albergue.

Cuando me pareció haberlo apurado, arrojóse el sebo sobrante al Arroyo del chacal, sirviendo de regalado pasto á los patos y gansos. El mismo destino tuvieron las aves de mar despues de aprovechar su pluma, pues su carne era demasiado enjuta y desabrida.

Miéntras nos ocupábamos en guardar el aceite hízome mi esposa una proposicion muy razonable, la de fundar otra colonia en el islote de la ballena. A la verdad, aquella reducida lengua de tierra era tan fértil y frondosa que hubiera sido lástima no aprovecharla.

—Si quieres creerme, añadió, podrémos crear allí otro establecimiento para las aves, pues las pobres gallinas estarán al abrigo de los monos, chacales y otros infinitos enemigos que tienen. Respecto á las de mar, pronto nos cederán el campo ahuyentándolas de una vez.

Este proyecto agradó sobremanera á los niños, que ya deseaban ponerse en marcha para comenzar la obra; pero contuve su ardor aplazándolo para cuando las olas y aves de rapiña nos hubieran desembarazado de los despojos de la ballena, que por necesidad todavía infectarian el ambiente. Para consolarlos, anun-

ciéles que ántes deseaba cumplir la promesa que les hiciera de construir una máquina que les aliviase la tarea del remo, de la que tanto se lamentaban.

—¡Ah! exclamó Santiago ¡qué gusto! la piragua surcará sola el agua.

—¡Cómo surcará sola! respondí, eso ya es demasiado. Lo más que puedo alcanzar, si me sale bien el proyecto, será ahorrar un poco de molestia, y que el barco camine más aprisa.

En seguida puse manos á la obra, sin más recursos que una rueda de asador y un eje dentado en que aquella engranaba. Con semejantes elementos no pude construir ninguna obra maestra, si bien resultó una máquina sencilla que funcionaba en el sentido que deseaba y me hacia falta. Un manubrio fijo á la rueda la daba movimiento: dos largas paletas de ballena, puestas en cruz y fijadas á cada extremidad del eje, hacian las veces de ruedas de vapor. Al dar vueltas al manubrio las aletas se sumergian en el agua, y sirviendo esta de punto de apoyo impulsaban la piragua, cuya velocidad estaba en razon directa á la del manubrio.

Es imposible describir el júbilo y trasportes de alegría de los niños y lo que saltaron y brincaron cuando Federico y yo ensayámos la máquina en la Bahía del salvamento. Apénas volvímos á tierra, todos entraron en la canoa, y sin querer abandonarla se empeñaban en hacer una excursion al islote de la ballena. Por el pronto me opuse por estar el dia bastante adelantado; pero les ofrecí que al siguiente se ensayaria solemnemente la máquina, yendo por agua á la granja de Prospecthill á ver el estado en que se encontraba la colonia de animales europeos y trasladar algunos al islote.

Al rayar el alba todos estábamos listos. Mi esposa quiso tambien acompañarnos. Se dispuso lo necesario sin olvidar las vituallas, entre las que como plato escogido iba, envuelto en hojas frescas, un trozo de lengua de ballena, cuyo condimento nos recomendara el doctor Ernesto como manjar especial y delicado.

Embarcados en la boca del Arroyo del chacal, su corriente nos llevó rápidamente al mar, dando en breve vista á la Isla del tiburon y al banco de arena donde aun estaba el esqueleto de la ballena. La brisa era favorable, y todo prometia un viaje feliz, pues la máquina funcionó tan bien, que en poco tiempo nos encontrámos á la altura de Prospecthill, el cual distaria cosa de trescientos pasos de la costa, divisando á lo léjos nuestro palacio de Falkenhorst y el vergel de frutales que se alzaban á la otra parte, cerrando el horizonte de tan vistoso panorama una faja de rocas que, confundidas con las nubes, iba descendiendo en forma de macetas colmadas de flores y hojas. Costeámos el islote, cuya vegetacion frondosa contrastaba con la monótona uniformidad del terrible y majestuoso Océano. Era imposible, al ver ese espectáculo, dejar de elevar el corazon a Sér supremo, tributándole un homenaje de amor y reconocimiento.

Al pasar por frente del Bosque de los monos orcé á la derecha, abordando

en una ensenáda de fácil acceso, donde saltámos en tierra para abastecernos de cocos y plantones para llevarlos al islote. Con singular placer oimos los lejanos cantos de los gallos y los balidos del ganado que nos anunciaban la proximidad de la granja, dulce recuerdo de nuestra cara patria, donde el caminante extraviado, al percibir esos acentos, bendice la Providencia porque le anuncian hospitalidad y abrigo en alguna cabaña oculta en el bosque. Esta coincidencia infundióme tristeza, y así procuré distraer con la conversacion los recuerdos á que naturalmente dió lugar.

Despues de un corto descanso, volvímos al mar, no sin haber arrancado ántes en la misma playa algunos piés de nopal para trasplantarlos en la isla como dique para contener el ímpetu de las olas. De aquí á la colonia no habia sinó un paso. Todo se encontró allí en el mejor órden, extrañándonos únicamente que las ovejas y cabras huyesen á nuestra aproximacion. Los niños dieron en perseguirlas; pero como corrian más que ellos, echaron mano á los lazos que siempre llevaban en el bolsillo, y los despidieron con tanto acierto, que cogieron tres ó cuatro, á las cuales se acarició y regaló con una buena racion de patatas y sal, llenándonos ellas en cambio sendos jarros de leche que nos supo bien. Mi esposa quiso recoger algunos pares de gallinas, y con sólo desparramar por el suelo un poco de arroz y avena, acudió á su al rededor todo el gallinero. Eligió las que quiso y un gallo, y atados por las patas se depositaron en la canoa.

Llegó la hora de comer, y como no hubo tiempo para encender lumbre, los fiambres hicieron el gasto; pero la ponderada lengua de ballena que tanto recomendara maese Ernesto, fue declarada detestable y sólo buena para comer en caso de necesidad extremada. Al chacal de Santiago, único de los animales domésticos que nos acompañaba, debió agradarle mucho segun el ansia con que la devoraba. En cambio, los arenques y repetidas tazas de leche nos fuéron quitando del paladar el sabor de aceite rancio de la dichosa lengua.

Mi esposa se encargó de los preparativos del regreso, miéntras Federico y yo fuimos á cortar cañas dulces, que tambien pensaba trasplantar en el islote.

Provístos de lo necesario para la nueva colonizacion, nos reembarcámos y se viró en direccion del Cabo á fin de penetrar en la bahía y examinarla; pero un banco de arena que arrancaba de su mismo pié y se extendia muy adentro del mar me hizo retroceder sin conseguir mi objeto, dándome por satisfecho de que el viento y reflujo nos llevasen hácia fuera, evitando así que encallásemos. La vela desplegada y las paletas de la máquina puestas en movimiento redoblaron la fuerza, y llegámos al islote en la mitad del tiempo que empleáramos la primera vez. Esta prontitud nos sirvió de mucho, pues junto al banco divisámos una respetable bandada de mónstruos marinos, que al parecer entre sí batallaban. Les veíamos agitarse, maniobrar y chocarse mútuamente. Este espectáculo nos in-

fundió más temor que curiosidad, alegrándonos de haber evitado su encuentro (1).

Al pisar tierra, mi primer cuidado fue plantar en seguida los arbustos que habíamos traido de Prospecthill; pero los ayudantes con quien contaba para la operacion, creyéndola sin duda de poca importancia para ellos, en un abrir y cerrar de ojos me dejaron solo con mis árboles, para ir á buscar conchas. Mi buena esposa suplió su falta, y ambos emprendímos la faena. Apénas comenzáramos á remover la tierra, cuando vímos venir á Santiago asustado y sin aliento, diciendo á voces:

—¡Papá! ¡mamá! ¡vengan VV. pronto! acabo de descubrir un prodigio ¡un esqueleto de un mammuth! ¡un fósil! ¿no es verdad?

No pude prescindir de reirme al oirle esa expresion, y le dije que su pretendido mammuth sería el esqueleto de la ballena.

—¡Qué ballena, ni qué ocho cuartos! replicó, no son espinas de pescado, sino huesos, huesos, y grandísimos, que deben ser de cuadrúpedo.

Tantas eran sus instancias que al fin me determiné á seguirle; pero estaba de Dios que todo habian de ser incidentes para detenerme. Miéntras el niño me tiraba del brazo para que llegase más pronto, Federico me hacia señas para que me acercase donde él estaba. Creyendo su llamada más positiva é importante que la de Santiago, me fuí hácia él, y encontréle á vueltas con una monstruosa tortuga que tenia asida de una pata, y á pesar de todos sus esfuerzos, en vez de sujetarla, el crustáceo le iba arrastrándo hácia el mar. Llegué á tiempo, y con uno de los bicheros de la canoa, cuyo extremo introdujímos por debajo en forma de palanca, entre los dos lográmos volcarla patas arriba, quedando con su propio peso al caer medio enterrada en la arena. Prodigioso era su tamaño, no bajando su peso de ochocientas libras, y de ocho piés la longitud, con proporcionada anchura. Allí quedó por de pronto sin temor de que se escapase, dejando para luego ocuparnos de tan importante presa.

Santiago, sin distraerle este suceso de su tema del mammuth, seguia instán-

(1) Los mónstruos que aquí se citan, aunque no dice el autor cuáles sean, ó la clase á que pertenecen, es probable que se refieran á la de cetáceos, cuya primera familia son los llamados herbívoros, que á veces salen á las orillas de los rios ó islotes á pastar. La costumbre de sacar fuera del agua con frecuencia la parte superior del cuerpo, las ubres situadas en la region del pecho, y la soltura con que cogen sus hijuelos para amamantarlos, son otras tantas causas de analogía remota con la especie humana, y de ella tal vez procedieron en otro tiempo las fábulas de los tritones, nereidas y sirenas. Forman en cierta manera el eslabon entre los anfibios y cetáceos comunes, y constituyen un órden aparte al que modernamente se ha dado el nombre de *Sirenios*. En la familia segunda de los cetáceos, entran los así propiamente dichos, ó sopladores, como son los delfines, marsoplas y otros. Tambien puede referirse el autor, al citar estos mónstruos, á las focas y morsas, de las que hay varias especies, que los marinos vulgarmente han caracterizado con los nombres de *vaca marina*, *leon*, *caballo*, *elefante*, *oso marino*, etc., por la semejanza que han pretendido encontrar con dichos animales terrestres. (*Nota del Trad.*)



Fritz queriendo sujetar por una pata á una enorme tortuga.

dome á que le siguiese, y por darle gusto fuímos todos á reconocer el decantado fósil, que como ya me lo imaginara, era el esqueleto de la ballena perfectamente escamondado por las aves de rapiña, en términos de no quedarle ni el más pequeño resíduo de carne ó piel sobre los huesos, y para convencerle le hice ver las huellas de nuestros piés y algunas barbas del mónstruo que habian quedado por recoger.

—Pero ¿quién te ha metido en el caletre la extraña idea del mammuth?

—¡Ah! ya caigo, me respondió el chico; esta es una jugarreta del señor profesor Ernesto, quien me ha encajado esa bola para reirse de mí.

—¡Muy bien! exclamé, ¿con que tú caminas tan de ligero, que sin reflexionar ni pararte en nada, crees todo cuanto te dicen sin discernir si es chanza ó no? Por cierto, te hace poco favor.

—Pero, papá, podia yo muy bien creer, al verlo tan pelado, que las olas del mar eran las que habian arrojado á la playa este esqueleto.

—Precisamente en esto muestras tu tontería, y poca dósis de buen sentido se necesita para comprenderlo; es imposible que en un dia escaso se llevase el mar el esqueleto de la ballena, colocando en su lugar un mammuth.

—Verdad es, no caí en eso; y merezco por necio que se rian de mí.

—En castigo vas á decirme lo que sabes acerca de ese fósil.

—Segun dicen, respondió, es un cuadrúpedo monstruoso, cuya osamenta petrificada se encontró por primera vez en la Siberia, ó no sé qué otra region del Norte.

—Muy bien, señor naturalista; no te suponia tan sabio. Sin duda el maestro Ernesto, ántes de encajarte la píldora, al ménos se cuidó de darte una buena leccion.

Añadí otras noticias sobre la existencia problemática de este animal que, segun todas las apariencias, debe ser una variedad perdida de la especie de los elefantes. Pero la credulidad de Santiago le valió no pocas bromas por parte de sus hermanos, que sirvieron para hacerle más cauto y no mamarse tanto el dedo en adelante.

—¡Bravo! ¡bravo! decia Ernesto. ¡Vaya con tus tragaderas! Te has imaginado que el esqueleto disecado ayer era el de un animal antediluviano.

—¡Qué gracia! le respondió su hermano; yo no soy un sabio como tú, ni me he dedicado tanto á los libros; y así creia que los pescados sólo tenian espinas y no huesos como los cuadrúpedos.

—Verdad es, añadí, que no eres sabio, y difícilmente llegarás á serlo si no modificas algo tu carácter ligero y aturdido; y así debieras saber que la ballena, lo mismo que los demás cetáceos de su especie, tienen osamenta. Las aves, los hombres y todos los seres vivientes la tienen igualmente, si bien algun tanto modificada en su estructura y composicion, segun sus diferentes funciones. Los huesos de los peces están formados de una materia oleosa más ligera que el

agua que les ayuda á sostenerse en el elemento donde deben vivir. En cuánto á los animales terrestres, sus huesos son más sólidos y compactos, como destinados á servir de apoyo al cuerpo.

—¿Y no podríamos, preguntó Federico considerando el esqueleto de la ballena, sacar algun partido de esta montaña de huesos?

—Ignoro para qué nos podrian servir, le respondí. Los holandeses los aplican como estacas para cercar sus campos y labrar unas como sillas rústicas, de lindo aspecto; podríamos más adelante, cuando nos sobrara tiempo, hacer para el museo una tarima para disertar sobre historia natural. Pero nadie nos apresura, y ántes será bueno aguardar á que él y los vientos acaben de secar y blanquear esa inmensa osamenta, para irla empleando como mejor nos parezca.

Como ya era tarde, suspendí la plantacion de los árboles para el dia siguiente, dejando cubiertas con tierra las raíces para que no se secasen. La tortuga mónstruo nos iba á ocupar lo bastante hasta el regreso. Acercámos la canoa cuanto nos fué dable al sitio en que aquella se encontraba tal como la dejámos. Pero la gran cuestion era saber de qué medio nos valdríamos para trasladarla. A nadie se le ocurrió lo más mínimo para salir del apuro, y todos nos quedámos callados mirando al animal que estaba allí como un reo ante sus jueces aguardando su sentencia.

—¡Ya dí en el quid! exclamé al fin, dándome una palmada en la frente. En vez de llevarnos al mónstruo, ¿no sería mejor que él nos condujese á Felsenheim? Una tortuga de este tamaño es un excelente animal de tiro en el agua; Federico y yo podemos acordarnos de ello.

Acogióse mi idea, y en seguida se puso en ejecucion. Comenzámos por ir á la piragua y vaciar la pipa de agua dulce que traíamos para el consumo, y volviendo la tortuga á su posicion natural, atámosle el tonel encima á fin de impedir que se hundiera en el agua, y por un agujero que se practicó en la concha pasóse un cabo sujeto á la canoa, en la cual nos embarcámos al tiempo en que la tortuga entraba en el mar.

Coloquéme á proa con el hacha en la mano, dispuesto á cortar el cabo que retenia la tortuga al primer asomo de peligro; pero no hubo necesidad de recurrir á este extremo, y la travesía fue tan feliz como breve. Para que no variase de rumbo, de cuando en cuando le daba un aviso con el bichero; y remolcados por tan buen motor, aportámos á poco á la Bahía del salvamento. No cabian los niños de alegría al verse empujados á tan poca costa, y el sabio Ernesto nos comparaba con Neptuno, deslizándose por las aguas en su flotante carroza arrastrada por tritones y delfines.

Llegámos felizmente á Felsenheim, y despues de poner á recaudo la piragua, sujetóse la tortuga con recias cuerdas, despues de quitarle la pipa vacía que llevaba encima. Pero como no podíamos conservarla largo tiempo de esa suerte, hubo que formarla proceso, y dictar y ejecutar la sentencia al dia siguiente. Su

concha quedó destinada para taza de la fuente situada en el interior de la gruta. Era una pieza soberbia, que tendria ocho piés de longitud por tres de anchura. Partióse la carne á fin de sacar el mejor partido de tan opimo despojo. No dejó de ser trabajosa la operacion de someterlo á las indispensables preparaciones que exigia el uso á que se destinaba. Nos encontrámos con un tesoro que por largo tiempo nos iba á proporcionar sopa suculenta y en extremo sustanciosa. La carne era tierna y en el sabor asemejábase á la de ternera. Al considerar su magnitud, tanto el señor profesor Ernesto como yo convenímos en que esta tortuga pertenecia á la especie de las que se llaman verdes, las mayores en su clase.

CAPÍTULO XXXVIII.

El telar.—Los vidrios.—Costos.—Palanquin.—Aventura de Ernesto.—El boa.

Recordando las fatigas que nos costara la recoleccion de la cosecha, al aproximarse la estacion de las lluvias resolvióse que, en vez de sembrar la simiente sin concierto como hasta entónces se habia practicado, se labrase en regla un campo para que la siembra sazonase á un tiempo; mas como las yuntas no estaban todavía habituadas al yugo para emprender las labores, hubimos de aplazarlo para más adelante.

Entre tanto, como nunca faltaba qué hacer, ocupéme en construir para mi esposa un telar que me tenia reclamado hacia ya tiempo. La decadencia de nuestros vestidos y en especial de la ropa blanca, daban á esta máquina un precio inestimable. Despues de muchos ensayos logré terminarla; y aunque no era muy pulida, llenaba el objeto á que se le destinaba de proporcionarnos tela más ó ménos tupida; pero al fin era tela y nada más se necesitaba. Entónces celebré haber sido tan curioso en mi infancia, y recorrido los talleres de los tejedores, sorprendiendo á veces algunos de sus secretos qué ahora tuve ocasion de aplicar. A fin de no desperdiciar harina en el apresto que se emplea para dar consistencia ó con objeto de que no se enreden los hilos, eché mano de la cola de pescado, que entre otras ventajas tenia la de conservar más la humedad que el engrudo comun.

Esta misma cola, segun ya dije anteriormente, me habia proporcionado unas hojas trasparentes á manera de vidrios que, si bien no llenaban cumplidamente el uso á que estos se destina, sin embargo servian para cerrar las ventanas expuestas á la lluvia.

Alentado con el buen éxito de ambos ensayos, resolví intentar otro nuevo, ó por hablar más poéticamente, añadir un floron más á mi corona industrial. Los

niños me atormentaban habia ya tiempo, porque les hacian falta sillas y estribos, y los animales de tiro estaban además pidiendo á voz en grito yugos, colleras y otros arreos necesarios. Puse manos á la obra, y en un instante me convertí en guarnicionero-albardero, así como ántes habia sido vidriero. Las pieles de canguró y de las lijas me proporcionaron el cuero indispensable, y para el relleno sirvió la crin vegetal ó esparto que me hicieron descubrir las palomas de las Molucas. Pero como á la larga llegaria á apelmazarse en términos que no proporcionaria comodidad alguna al jinete, mezclélo con ceniza y aceite de pescado, conservando así siempre una elasticidad igual á la de la crin de caballo. Rellené con la mezcla las sillas, los yugos y coyundas, y no me paré aquí, sino que además labré con el mismo cuero estribos, cinchas, cabezadas y todo el correaje indispensable apropiado al tamaño y fuerza de los animales para quienes estaba destinado, teniendo á cada momento que suspender la obra para dirigirme á tomar las medidas. Todo, á la verdad, estaba mal concluido y pergeñado; pero servia para el caso.

Pero no era lo de ménos hacer el yugo; la dificultad estribaba en ponerlo á los pobres animales. El búfalo y el toro no se mostraban propicios; y á no haber sido por el aro del hocico que nos servia para guiarlos, excusados hubieran sido nuestros esfuerzos para ponerles semejantes atavíos. Sin embargo, para mayor comodidad, preferí el modo de uncir de los italianos, que ponen el yugo en el cuello en vez de fijarlo en el testuz como se acostumbra en Alemania y España, y encontré que era lo mejor.

Estas no interrumpidas faenas me ocuparon muchos dias, pues me propuse acabar de una vez esa clase de tarea. En tanto nos visitó, como en el año anterior, un banco de arenques, el cual nos proporcionó buena provision de ese pescado al que ya se le tomara el gusto.

A los arenques siguieron las lijas ó perros de mar, de cuyas pieles y vejigas necesitábamos continuamente, ya para arreos de los animales como para otros mil usos; y así no se despreció su pesca, cogiéndose hasta veinte y cuatro de diferentes tamaños que nos proveyeron de pieles y sebo.

Deseaban los niños con afan hacer un reconocimiento en el interior del país. Yo tambien abundaba en el mismo deseo; pero ántes pensé en otra obra que meditaba, y cuya necesidad se iba haciendo cada vez más imperiosa. Era la fabricacion de cestos y canastos de todas dimensiones, indispensables á nuestra ama de gobierno para recoger los granos, frutos y raíces, y acarrearlos á casa. Al efecto nos proveímos de mimbres á orillas del Arroyo del chacal, para no emplear en los primeros cestos los juncos, que tan caros hubieron de costar al pobre Santiago; hicímos bien, porque luego se vió que para nada servian. Nuestros primeros ensayos fueron bastante medianos, y no lográmos fabricar sino unos cuévanos imperfectos, que sólo podrian servir para transportar patatas ó cosas por el estilo; pero poco á poco nos fuímos perfeccionando y salieron cestos y canastos con sus

asas que llenaban nuestros deseos. Estos ya podian considerarse como preciosos muebles, que si bien carecian de la gracia y finura que da á esa clase de obra una mano hábil, al ménos eran sólidos y ligeros, cualidades que necesitábamos.

Entre otras cosas, los niños concluyeron bastante regularmente un ceston destinado á la conduccion de raíces de yuca, y como á cada paso se les ocurrian diabluras, metieron en él á Franz, y pasando por las asas dos bambúes, se lo echaron al hombro y emprendieron á correr con el pobre chico dentro, que, temiendo caerse, gritaba á más no poder; pero ellos sin hacer caso no pararon hasta el Puente de familia.

Federico, que les vió hacer esa jugarreta, dirigiéndoseme, dijo:

—Ahora se me ocurre, papá, que una vez que estamos metidos en esto podríamos hacer una litera para mamá; quizá esto la animaria á acompañarnos en las expediciones lejanas, pues no se cansaria.

—En efecto, no dices mal, le respondí; una litera es un medio de viajar más cómodo que ir montado en el asno, y de mejor movimiento que la carreta.

Acogióse la idea con la mayor alegría; pero mi esposa, riéndose, nos hizo la observacion del mal papel que haria sentada en un cesto en medio de la caravana. Sobre ese punto la tranquilicé prometiéndola que se daria á la litera una forma más elegante que la de un cesto comun.

—No, que harémos otra cosa mejor y más bonita, dijo Federico; un palanquin, parecido á los de Persia, ó como se usan en América.

—Y que suponen esclavos para su conduccion, añadió en seguida Ernesto; en ese caso no conteis con mis hombros.

—No te apures por eso, hijo mio, respondió la buena madre; jamás os tomaré por mis esclavos, ni permitiré que me lleveis en palanquin, porque de seguro me dejariais caer; y si alguna vez, por necesidad, consiento en aprovecharme de la máquina que proyectais, será cuando ya se haya encontrado el medio de que la sostengan portadores de más resistencia que la vuestra.

—A la verdad, dijo Santiago, que nos ahogamos en poca agua; ¿no tenemos á mano al búfalo y al toro? Tempestad, mi servidor, hará cuanto se exija de él; yo respondo de su buena voluntad, y creo que el toro no le irá en zaga: sus piernas no se doblarán fácilmente, é irá mamá como una princesa ó como el emperador de la China, pues la pondrémos tambien un dosel con cortinillas para que pueda ocultarse cuando quiera. Pero ante todo debemos hacer el ensayo con la cesta, para ver el resultado.

Reíame al considerar el empeño que tenian en su proyecto, dejándoles á su albedrío.

Al sonido de la trompa acudieron al punto los dos animales: Santiago y Franz, cuya voz conocian, se encargaron de disponer lo necesario. Las pacientes bestias se prestaron á la ceremonia. Sus arneses se reemplazaron por un sistema

de cuerdas y correas destinadas á suspender como una parihuela, sobre la que se colocó bien sujeto, el cesto oblongo, dentro del cual se arrellanó Ernesto por via de ensayo. Santiago montó el búfalo que iba delante, y Franz el toro, que sostenia la trasera, y entre los dos iba el filósofo metido en el canasto colgado de ambas bestias. En esta forma, á la voz de los jinetes echó á andar el vehículo de nueva especie, primero despacio, por no estar aun habituados los animales á aquel paso, y así mecido el cesto asemejábase á un carruaje de lujo montado en muelles de acero. Ernesto aseguraba que era el medio de viajar más cómodo, y que á la sazon no se cambiaba por el jefe del celeste imperio; pero no era esto lo que se propusieran sus hermanos, sino jugarle una mala pasada que les hiciese reir. A una señal convenida, los conductores, arreando de firme sus corceles, echaron al galope, y entónces comenzó para el pobre filósofo un suplicio grotesco, que consistia en sacudirle y marearle á saltos. El chasco era pesado; pero como no ofrecia peligro, no pudímos contener la risa al verle tan zarandeado.

—¡Parad! ¡parad! gritaba á sus hermanos.

A cuyas voces hacian oídos de mercader, y el pobre paciente tuvo que soportar su suplicio el trecho que nos separaba del arroyo. Cualquiera se hará cargo de lo encolerizado que se pondria el filósofo y de los denuestos que dirigiria á sus hermanos por la chuscada que tan de improviso le cogió. Fuera de sí por el paseo forzado, hubiera habido la de San Quintin, si no llego á tiempo de mediar en el asunto. Echóse á broma; Ernesto se fué calmando, y renació la paz momentáneamente alterada. Reprendí á Santiago, y esta satisfaccion bastó al pacífico Ernesto para sosegarse, en términos que ayudó á su hermano á desuncir el búfalo y conducirle á la cuadra; y todavía no contento, fuése á buscar un puñado de sal para regalar al animal, instrumento inocente de la mistificacion de que habia sido víctima.

Aplacada la tempestad, continuámos la tarea de cesteros, y estábamos con sosiego tejiendo, cuando Federico, cuya penetrante vista abarcaba á gran distancia, se levantó de improviso espantado por haber divisado, segun dijo, una nube de polvo al otro lado del arroyo en el camino de Falkenhorst.

—¡Papá! esa polvareda, dijo, deben causarla muchos animales de gran tamaño; y lo peor es que siguen esta direccion.

—Yo tambien la distingo, le respondí; pero no acierto lo que podrá ser: el ganado está recogido...

—Como no sean, dijo mi esposa, dos ó tres carneros que todavía no han parecido, ó quizá la marrana que vuelva á hacer de las suyas...

—¡Qué carneros, ni qué marrana! añadió Federico, cada vez más alterado; aquí hay algo de extraordinario; y ya distingo los movimientos de un animal, que se enrosca y desenrosca alternativamente para avanzar, irguiéndose á veces como un mástil, y otras se detiene y arrastra cual un reptil.

Asustada mi esposa con la descripcion del niño, no sabía ya dónde meterse. Me fuí á buscar un anteojo, otra de las adquisiciones del buque, y dirigílo hácia donde el polvo se alzaba.

—¡Papá! exclamó Federico, ahora sí que lo distingo claramente; es un animal de color verde oscuro. ¡Qué será!

—Ya lo sé, añadí al punto; debemos encerrarnos inmediatamente en la cueva, sin dejar el menor resquicio abierto.

—¡Pues qué es, papá! exclamaron todos.

—Una serpiente, hijos mios; y una serpiente monstruosa ¡huyamos, no hay que perder tiempo!

—¡Y por qué huir! la esperarémos á pié firme; armas no faltan, aunque sea necesario hacer jugar la artillería.

—Eso será á su tiempo, y no en campo raso como estamos. La serpiente es un enemigo cuya estructura le defiende, en términos de no poder luchar con ella sino desde lugar seguro.

Mi prudencia no satisfizo á Federico; sin embargo, entró con todos nosotros en la gruta, cuyas puertas atrancámos á fin de recibir al enemigo y apercibirnos á la defensa.

Cuanto más avanzaba el reptil más me persuadia de que era un boa. Entónces acudióme á la mente cuanto habia oido y leido acerca del poder de esta monstruosa serpiente que se nos venia encima tan de prisa, que ya no habia tiempo para levantar las tablas del puente, interponiendo entre ella y nosotros el Arroyo del chacal, no quedando otro remedio que resignarse á esperarla con las carabinas cargadas hasta la boca y las municiones á la mano, para ver si lográbamos matarla.

Estaba ya tan cerca, que podian observarse todos sus movimientos. Despues de haber pasado el puente, paróse olfateando sin duda la presa que creia cercana, y despues de vacilar, la vímos con espanto dirigirse hácia la cueva. De cuando en cuando levantaba la cabeza á la altura de quince ó veinte piés, y erguida la giraba en derredor como si examinase el lugar ó buscase una presa. La puerta y demás aberturas de la habitacion estaban atrancadas; y retirados nosotros al palomar, por una tronera acechábamos cuanto pasaba debajo. Con el dedo en el gatillo de las carabinas, los cañones apoyados en el enrejado que cerraba el palomar, estábamos considerando los movimientos del enemigo. Reinaba el más profundo silencio, causado por el terror.

El boa entre tanto conoció instintivamente la proximidad del hombre, segun pudímos notar en su perpleja marcha. Arrastróse por algun tiempo todavía, y ya sea casualidad ó que recelara al verse en un sitio en el que notaba quizá algun cambio, vino á tenderse cuan largo era y como á cosa de treinta pasos de la puerta de la cueva. A este tiempo, Ernesto, más por miedo que movido de un ardor belicoso, disparó su carabina, á cuya señal siguióse una descarga cer-

rada, haciendo fuego hasta mi esposa, que en aquella ocasion mostró un valor superior á su sexo.

El mónstruo se levantó en seguida; pero, ya por mala puntería, ó porque las balas resbalaran por las escamas del reptil, nos pareció que habia quedado ileso. Federico y yo volvímos á dispararle con tan mal éxito, que deslizóse la serpiente en seguida, yendo á esconderse en los cañaverales del Pantano de los gansos, donde desapareció en breve.

Una exclamacion de sorpresa general acompañó á esta desaparicion, comenzando á respirar libremente como si un grandísimo peso se nos quitara de encima. La sola presencia del mónstruo oprimia el corazon y embargaba el uso de la palabra. Recobrada el habla, discurrímos acerca de las formas de tan terrible enemigo; el miedo que nos embargara le dió mayores proporciones, y únicamente se discordaba sobre el color de la piel. Dejé á los niños que disertasen á su placer, miéntras recapacitaba el medio de conjurar el gran riesgo en que nos encontrábamos con semejante vecindad. Desazonábame sobremanera no encontrarlo, al considerar nuestras escasas fuerzas comparadas con las de tan terrible adversario. Por de pronto consideré como locura el solo pensamiento de combatirle en campo raso, y así encargué que nadie saliese de la cueva sin mi permiso, y permaneciesen todos alerta á los movimientos del boa.

CAPÍTULO XXXIX.

Muerte del asno y del boa.—Digresion sobre las serpientes venenosas.

Tres dias completos de mortales angustias que nos parecieron otros tantos siglos nos tuvo el miedo bloqueados en la habitacion sin que en su trascurso se permitiese salir sino por lo más indispensable, y esto con las mayores precauciones, y limitándonos á algunos centenares de pasos. El enemigo no daba la menor señal de su presencia, y hubiéramos imaginado que habia desaparecido, si la inquietud y agitacion que reinaban entre las aves acuátiles no nos revelaran su proximidad. Todas las tardes al anochecer se dirigian graznando desapaciblemente á la Isla del tiburon, como en busca de un asilo más seguro que el que les ofrecia la laguna y las junqueras donde ordinariamente moraban.

De dia en dia crecia mi embarazo, y la inmovilidad del adversario oculto entre la maleza y abrigado en un terreno pantanoso y por lo tanto inaccesible, acrecentaba el horror de nuestra situacion, imposibilitándonos de tomar ninguna resolucion. Eramos demasiado débiles para atacar de frente al reptil en su guarida. Semejante expedicion hubiera costado la vida á alguno de nosotros, cuando no á todos. Los perros en el caso presente eran tan impotentes como nosotros, y consideré como sacrificio inútil exponerlos ni por un instante. Lo más triste era nuestra cautividad forzada, funesta á nuestras ocupaciones y orígen de imprescindibles necesidades, pues las provisiones iban consumiéndose, y no habia medio de reponerlas.

Cuando la posicion se iba haciendo más crítica, el cielo vino en nuestra ayuda. El instrumento de que se valió para salvarnos fue nuestro pobre y viejo asno, holocausto de nuestra salvacion.

Como por momentos se iba agotando el forraje, al espirar el tercer dia se dió el pienso de la noche al ganado, y al observar que debíamos pensar en los siguientes, determinámos soltar las bestias para que proveyeran á su subsisten-

cia. Por dura que fuese y grandes los inconvenientes que ofreciese esta medida, siempre era ménos cruel que verlos morir de hambre encerrados en la cueva. Me pareció que trasladándolos á la opuesta orilla del arroyo, á más de encontrar pasto abundante estarian más seguros, miéntras el boa siguiese encastillado entre los mimbres del pantano. Para efectuarlo no quise seguir el camino ordinario del Puente de familia para no alarmar al enemigo, sino que conduje al ganado por el vado antiguo. Con arreglo á este plan, despues del desayuno del cuarto dia se dispuso arrendar las bestias formando reata: Federico, como el más valiente de la guarnicion, debia ir delante, montado en el onagro, miéntras yo detras cuidaba de la marcha para que se efectuase en buen órden. Recomendé al niño que á la menor señal que el enemigo diese de su presencia tomase la vuelta de Falkenhorst á toda rienda. Los demás animales los confié á la Providencia para que velara por ellos. En cuanto á mí, situéme encima de una peña que dominaba la Bahía de los gansos con objeto de observar sin ser visto los movimientos del boa, de donde, en caso necesario, podia retirarme á la gruta y tomar parte en la defensa, que esperaba fuese más afortunada que la vez primera.

Ante todo hice cargar las armas de fuego con bala: los dos niños menores se colocaron de atalayas en el palomar con órden de avisar cualquier movimiento del enemigo, y en seguida Federico y yo nos dirigímos á la cuadra para arrendar las bestias en la forma convenida. Por desgracia, ó mejor dicho por fortuna, mis disposiciones no fueron bien comprendidas, y una mala inteligencia hizo abortar el plan. Mi esposa, que estaba á la puerta para dar paso al ganado, ó no esperó la señal convenida, ó creyó haberlo oido ántes de tiempo y la franqueó ántes que todos los animales estuviesen arrendados. El pollino, á quien tres dias de descanso y abundante pienso infundieran brios superiores á su edad, viéndose suelto y con la puerta abierta, cansado sin duda de tanta reclusion y deseoso de gozar la claridad del dia, de que se veia privado, en dos saltos se plantó en el campo sin que lográramos contenerle. Espectáculo digno de risa era ver los brincos y corcovos que daba al considerarse en libertad. Federico, que se hallaba ya caballero en el onagro, quiso salir para meterle en fila; pero como el asno sin atender á las voces tomó el trote hácia la laguna y en direccion al pantano, contuve al niño para que no le siguiese, contentándonos con llamarle de cuantos modos estuvieron á nuestro alcance, ya dando voces, ya haciendo sonar la trompa de que nos servíamos para avisar al ganado; mas todo fue inútil, pues el indócil fugitivo, léjos de sospechar la suerte que le aguardaba, hacia resonar el aire con sus acentos de triunfo, y arrastrado como por una fatalidad, avanzaba placentero hácia el pantano. Pero ¡cuál fue nuestro terror cuando vímos de repente salir del cañaveral al monstruoso reptil, y que irguiendo la cabeza á ocho ó diez piés del suelo, se fué arrastrando en direccion al asno! El pobre cuadrúpedo comprendió entónces su falta, y quiso huir; pero sus piernas paraliza-

das por el espanto no se lo permitieron, y en ménos que se dice, la formidable serpiente le enlazó entre los repliegues de sus enormes anillos para contener las violentas sacudidas de la víctima que pugnaba por desasirse.

Mi esposa y los niños exhalaron á la vez un grito de horror al presenciar este espectáculo, y más que de prisa nos encerrámos en la gruta, desde donde contemplámos el horrible combate entre el boa y nuestro viejo servidor, disuadiendo á los chicos compadecidos de su suerte, que trataban de hacer fuego para salvarle, diciéndoles:

—¿Qué se conseguirá con una descarga? Atareado el reptil con su presa, ni se espantará ni la soltará; y si sois tan diestros que llegais á herirle, ¿quién os dice que no podrá tambien atacarnos y nos librará entónces de su furor? Desgracia es en verdad, continué, la pérdida del pollino; mas confio que ella nos salvará de otra mayor. Quietos aquí, donde estamos seguros; el enemigo no tardará en caer en nuestras manos sin fuerza y sin defensa, aguardando solamente á que haya engullido la presa que ahora sólo trata de ahogar.

—Pues largo va, exclamó Santiago, ¿cómo podrá tragarse la serpiente al burro de una vez? Será horrible vérselo despedazar ántes.

—No estás enterado, respondí, de estos reptiles que no tienen dientes para despedazar su presa, ni para masticarla, por cuyo motivo la sujetan entre sus formidables anillos, y cuando ya no tiene vida, poco á poco entera la van deglutiendo é introduciendo en su vientre; carne, huesos, pellejo y pelo, todo se lo tragan, y el vigor de su estómago les facilita digerirlo.

—Eso es imposible, replicó Santiago; jamás el boa, si es como V. dice, podrá quebrantar los huesos del asno ni ménos zampárselo de una sentada, siendo el cuadrúpedo mayor que el reptil.

—¡Sí! ¡imposible! dijo Federico. ¡Atiende! ¡atiende! ¡repara cómo el mónstruo tortura y prensa entre sus anillos á la pobre víctima ya espirante, y cómo la aplasta hasta reducirla á la dimension de su gaznate para írsela engulliendo lo mismo que nosotros un pedazo de pan!

En efecto, con impetuoso ardor, iba el boa preparando de ese modo el manjar para su horrible banquete. Mi esposa horrorizada no pudo asistir por más tiempo á tan dolorosa escena y se retiró al fondo de la gruta, llevándose á Franz, al que no queria habituar á ser testigo presencial de aquel espectáculo. No me disgustó esa precaucion, porque el drama iba haciéndose cada vez más repugnante, en términos de no poderlo soportar yo mismo. El asno estaba ya muerto; habíamos oido su postrer quejido, y percibíamos distintamente el crujimiento de sus huesos. El mónstruo comenzó entónces su tarea. Para cobrar más brios enlazó la cola á una roca para obrar á guisa de palanca, y le vímos heñir como si fuera una masa maleable aquel informe conjunto de carne, haciéndola perder tan por completo su primitiva forma, que sólo una parte podia reconocerse: era la informe cabeza, ensangrentada.

Cuando el mónstruo creyó concluida y en su punto la preparacion que tan laboriosamente habia ejecutado, se dispuso á gozar, por decirlo así, de su victoria y á engullir la presa que ya tenia aderezada. Para ejecutarlo con más comodidad, colocóse delante en línea perpendicular la masa que acababa de triturar; extendiendo en seguida toda la longitud de su cuerpo, dilató sus mandíbulas de una manera enorme, y despues de bañar la presa con su abundante baba viscosa, comenzó á tragársela, principiando por las patas traseras hasta sepultar del todo los restos del pobre asno.

De cuando en cuando daba tregua á su fatigosa tarea, no tanto por gozar y saborearse, como por dar lugar á que la glutinosa baba, que á torrentes derramaba, ablandase la presa y facilitase la deglucion. Sin embargo, á medida que avanzaba en su banquete, el animal iba perdiendo su pujanza, tanto que al llegar á la cabeza del asno, más dura y huesosa que el resto, y por lo tanto imposible de deshacer, no pudo acabar con ella, quedando aletargado y en inmovilidad completa.

Larga fue la operacion, pues duró desde las siete de la mañana hasta más de medio dia. Por fin llegó el ansiado momento.

—¡Ahora, hijos mios! ¡ahora! exclamé, ¡el reptil es nuestro; ya somos dueños de él!

Salímos todos de la cueva con las armas preparadas, primero yo, Federico en pos, y detras Santiago, aunque algo receloso; pero Ernesto se quedó prudentemente en su atrincheramiento; sabia precaucion, que hice pasar como desapercibida, no queriendo obligarle á vencer su natural timidez ante un enemigo tan formidable. Franz y su madre se quedaron en la gruta.

Cuando estuve cerca de la serpiente reconocí que no me habia equivocado. Era el verdadero boa llamado constrictor por los naturalistas (1). Su inmovilidad contrastaba con el terrible brillo de sus ojos. Al aproximarme alzó un poco la cabeza, y despues de dirigirme una ojeada de impotente cólera, la dejó caer en seguida.

A veinte pasos de distancia, Federico y yo hicímos fuego, y ambas balas le atravesaron el cráneo; pero aun no quedó del todo muerto. En sus ojos apareció la última expresion de su rabia, permaneciendo inerte el cuerpo. Dos pistoletazos á boca de jarro concluyeron con el mónstruo: los anillos de su cola golpearon el suelo, y al fin quedó cuan largo era y sin el menor movimiento. Sin embargo, Santiago quiso participar de la victoria, y acercándose al reptil le dis-

(1) Los naturales comprenden hoy dia bajo la denominacion de boas todas las desprovistas de veneno, así como de cascabel ó crótalo al extremo de la cola, que se distinguen además por sus dilatadas mandíbulas, cabeza cubierta de escamas y otras diferencias. Son las mayores de todas las serpientes, y hay boas de 30 á 40 piés de largo. Entre las especies de boas se cuentan tres principales: el *boa constrictor*, á la que pertenece el que nos ocupa; el *boa scytalo* ó *boa marino*, y el *aboma*, ó *boa cencloris*. En lo esencial todas son parecidas. (*Nota del Trad.*)

paró tambien á la region del vientre. Esta herida produjo en su cuerpo una como conmocion galvánica, retorciéndosele la cola, y al volver á su anterior estado, por una tension elástica, derribó al pobre chico, con lo cual acabó de perder el miedo.

Nuestras exclamaciones de triunfo atrajeron la demás familia. Ernesto fue el primero que acudió, siguiéndole Franz y su madre todavía aterrorizada.

—Tranquilízate ya, dijo á esta, y demos gracias á Dios por habernos salvado por segunda vez la vida.

—En cuanto á mí, dijo Federico, no las tenia todas conmigo, por más que tratara de disimular en estos tres dias de angustia. Por fin, empiezo á respirar; pero nunca olvidaré que debemos la salvacion al súbito acceso de independencia del pobre rucio que se ha sacrificado por nosotros, como lo hizo el famoso Curcio por el pueblo romano.

—Ahí verás, añadió Ernesto; lo que más se desprecia en el mundo, á veces presta el mayor servicio; y lo que tuvo su orígen en un vicio, ha producido un bien real.

—¡Pobrecito asno! exclamó Franz conmovido; ¡ya no podrémos montar más en él! A fe mia que lo siento.

—Bueno es, dijo su madre, que te compadezcas de él como todos lo hacemos; pero no cesemos de dar gracias á Dios por haber permitido que el sacrificio de su vida haya rescatado otras más preciosas; y suerte ha sido que no le cupiera la suya á otra de nuestras bestias, pues por su vejez era probable que nos hubiéramos visto precisados á deshacernos de él. El dragon no ha hecho más que adelantar su muerte algunos meses. Sin embargo, no pretendo decir que deje de deplorar su horrible fin.

Franz hizo alto en la nueva expresion de su madre para designar al boa, diciendo:

—Mamá, V. acaba de llamar dragon á este mónstruo. ¿Será este quizá un dragon como aquellos que me han contado existian ántes en Suiza?

—No deja de ser oportuna la observacion, respondí, para tu limitada inteligencia; pero has de saber que los dragones de que hablan las crónicas y las populares canciones de nuestros montañeses, jamás han existido sino en la imaginacion de los poetas y bardos que las han contado. Sus alas son tambien otra fábula apoyada únicamente en la ligereza de que están dotados ciertos reptiles como el que tenemos delante (1).

(1) Los dragones alados son una de las ficciones más frecuentes en las antiguas leyendas y romances, y constituyen el fondo de infinitas tradiciones populares. De esos séres fantásticos hablan tambien las memorias y recuerdos de los pueblos antiguos. Se encuentran en el Edda de los indios como destinados á devorar á los condenados en el último dia. Entre los japoneses existen pinturas de ellos, con crestas monstruosas, barba larga, grandes uñas, y vomitando fuego por la boca. Hoy dia la zoología reconoce unos pequeños reptiles del género de los lagartos con ese nombre, y ciertas membranas que tienen á los costados forman un modo de alas que

—Diga V., papá, añadió Franz, ¿y se comen las serpientes? porque en ese caso, con esta tendríamos para una semana.

—¡Qué asco! prorrumpió unánimemente la familia con el mayor disgusto.

—Creo que lo mejor será disecarla, llenándola de paja, dijo Federico.

—Sí, sí, añadió Santiago; y la pondrémos á la puerta de la cueva para asustar á los animales dañinos y á los antropófagos que vinieran á molestarnos.

—Verdad es, respondí; pero al propio tiempo asustaria á los animales domésticos, lo cual no tiene cuenta. Su verdadero puesto es en la biblioteca, donde hará muy buen papel al lado de lás ramas de coral y con las magníficas conchas que ya tenemos reunidas.

—Sí, y con el ginsen, interrumpió Ernesto riéndose; con esa yerba sagrada de los chinos.

Al oirlo no pude ménos de reprender al sabio el desden que demostraba por el museo naciente, y miéntras me esforzaba en probarle que las más ricas y bellas colecciones de Europa comenzaron como la nuestra, la madre volvió á traer á colacion la pregunta de Franz sobre si se podria comer ó no la serpiente.

—El boa, respondí, no es venenoso, y aun cuando lo fuera no habria riesgo alguno en comerle. Los salvajes se comen hasta la serpiente de cascabel, reputada como el más venenoso de todos los reptiles, y no tienen reparo alguno en alimentarse de animales muertos con sus flechas emponzoñadas.

—Igual es, añadió la madre; pero jamás tendria yo ese valor.

—¡Una preocupacion, la dije, como otra cualquiera! En cuanto á mí, careciendo de otro alimento más en armonía con nuestros hábitos, por aprension sola no dejaria de comer una buena tajada del boa.

Oportuna era la coyuntura para dar á mis hijos una leccion de historia natural sobre las serpientes; y así fuí respondiendo con el mayor gusto á cuantas preguntas me dirigieron acerca de este objeto; y á propósito, referíles que varios cerdos que de resultas de un naufragio quedaron abandonados en una isla de la América del Norte, infestada de tal manera de serpientes de cascabel, que nadie se atrevia á abordarla despues de haberse multiplicado, lograron aniquilarlas cebándose con ellas hasta que no quedó ninguna.

Ernesto quiso saber si era cierto que esta serpiente tenia la propiedad de fascinar las aves que volaban á su alrededor, atrayéndolas con su hálito.

—Autores graves, le respondí, sostienen esta opinion; pero es probable que la fascinacion que se supone en la serpiente de cascabel consista únicamente en el instintivo terror que causa á sus víctimas, y no en la fuerza de su hálito (1).

les permiten sostenerse algunos instantes en el aire. Hay cinco ó seis especies de ellos, y todas inofensivas.

(1) Las serpientes de cascabel ó *crotalos* son de muchas especies que pertenecen al grupo de los ojidios, cuya cola termina por una serie de piezas córneas múltiples sobrepuestas unas á otras, y que cuando las agita producen el sonido de un cascabel. *(Notas del Trad.)*

Además, en la América se encuentra un pájaro que se llama *secretario*, á causa de una pluma que tiene en la oreja, el cual persigue de muerte á esas serpientes y se las come, sin que ejerzan en él la menor fascinacion (1).

—¿Y en qué se distinguen las serpientes venenosas de las que no lo son? preguntó Federico.

—Se distinguen en los dientes que enseña al instante el reptil cuando le amenaza algun peligro. Si bien los tiene huecos, son tan duros y afilados que atraviesan el cuero más recio. Encima de cada diente, tiene una vejiguilla llena de veneno muy activo, que se abre á la menor presion, y derrama parte de la ponzoña por el hueco del mismo diente, la cual se infiltra en la herida, y al mezclarse con la sangre, produce lesiones más ó ménos graves, y á veces hasta instantánea muerte.

Con este motivo les hablé tambien de la serpiente llamada anteojos (2), á la que los indios hacen bailar al són de su música, irguiéndose el reptil y balanceándose al compas del instrumento. Los charlatanes para asombrar y sacar dinero á los espectadores, aparentan elevar su arte á gran secreto, pero ya se sabe que todo consiste en el olor de ciertas plantas que llevan consigo, el cual obra sobre esos animales en términos de amansarlos y conseguir de ellos cuanto quieren (3).

—¿Y se encuentra algun remedio para la mordedura de una serpiente venenosa? volvió á preguntar Federico.

—Esto sucede rara vez, respondí, porque son lentos sus movimientos miéntras no se la persiga ó hiera; pero si ocurriese la desgracia de que mordiera semejante reptil, no hay más medio que amputar al instante la parte herida, ó hacer uso del cauterio en la misma llaga, ya con un hierro candente ó con pólvora encendida.

(1) Se conoce más esta ave por el nombre de *mensajeros* ó *falco serpentanus* de Lineo. No hay más que una sola especie, y ataca impunemente á las serpientes venenosas. El llamar otros á esta ave rapaz *secretario*, es por el fleco de plumas tiesas que tiene en el colodrillo, que se ha comparado á la pluma que los escribientes colocan con frecuencia detras de la oreja. Generalmente habita en Africa, aunque se la haya visto en otras partes.

(2) Esta culebra se llama por los naturalistas *naya* ó *naja*. Hay dos especies á cuál más venenosas. La *naja vulgaris*, ó *cobre capello* de los portugueses, que aquí se cita, es célebre por la elegancia de sus formas, hermosura de colores, y sobretodo por el daño de su mordedura. La otra es el *haja*, indígena de Egipto, y es la que dicen sirvió á Cleópatra para darse la muerte.

(3) De los pescadores del Cairo se cuenta tambien como cierto que se hacen dueños y manejan á su placer el temible *hage* ó áspid de los antiguos. Para conseguirlo entreabren la boca de ese reptil, escupen dentro de ella, la cierran luego y comprimen fuertemente la cabeza, y sin más que eso el hage cae en una especie de catalepsia, en la cual hacen de él lo que quieren. El público ignorante atribuye este fenómeno á la saliva encantada del pescador, y no es sino á la compresion de la cabeza á lo que se debe el adormecimiento. (*Notas del Trad.*)

CAPÍTULO XL.

Disecacion del boa.—Greda de batan.—La gruta de cristal.

La precedente leccion, cuyo principal mérito consistia en darse en presencia del mismo boa, entretuvo las primeras horas de nuestra libertad. Justo era ese corto desahogo despues de tres dias de angustia. Era la segunda salvacion, casi tan importante como la del naufragio. Nunca se aprecia más la dicha de vivir que despues de haber pasado por un peligro real que haya amagado nuestra existencia.

Pero era menester hacer algo y concluir con el boa. Miéntras mi esposa acompañada de Federico y Santiago se fué á la gruta para traerse el búfalo y la vaca, Ernesto, Franz y yo nos quedámos á la mira del reptil para ahuyentar las aves de rapiña que ya le rondaban, pues deseaba conservar entera la brillante piel de que estaba revestido. Aproveché esta coyuntura de quedar solos para reprender con dulzura á Ernesto el exceso de prudencia, mejor dicho, timidez, que habia demostrado con la serpiente, y como por via de castigo, riéndome, le impuse la obligacion de componer un epitafio al pobre asno. Semejante castigo era casi un placer para el doctor que ya habia dado algunas pruebas de su poética aficion en varias décimas y redondillas que compuso, ya para el dia de año nuevo, ya como felicitaciones en los cumpleaños de la familia; y así, tomando el asunto por lo serio, y despues de diez largos minutos de recogimiento con la mano apoyada en la frente, se levantó de improviso, y como Pitágoras al resolver su problema, exclamó:

—He aquí el epitafio; pero cuidado con reirse.

Y entre tímido y satisfecho recitó los siguientes versos:

> Aquí yace en esta fosa
> un borrico que murió
> con una muerte horrorosa;
> mas con ella preservó
> de igual suerte desastrosa
> á un padre, una madre y cuatro hijos que Dios les dió.

—¡Bravo! ¡bravo! dije riendo á todo trapo: he aquí que el último verso tiene más piés que una oruga patas; mas no importa, pues como probablemente estos serán los mejores versos que desde la creacion se habrán hecho en esta isla, llenarán cumplidamente su objeto en el mausoleo del infortunado cuadrúpedo. Saqué entónces del bolsillo un lápiz encarnado, y en lo más liso de la roca tracé el susodicho epitafio que el poetilla fué dictándome con la mayor modestia.

Apénas habia acabado de trasladarlo, cuando Federico y su hermano se presentaron con el búfalo y la vaca. El epitafio del asno dió naturalmente márgen á la crítica, que fue poco favorable á su autor, quien al fin, aun que amostazado al principio por las pullas que le dirigieron sus hermanos, hubo que reirse como todos y burlarse de su misma obra.

En seguida nos pusímos á trabajar. A la cabeza del asno, que todavía asomaba por la boca de la serpiente, se uncieron el búfalo y la vaca, y miéntras sujetábamos al reptil por la cola, tirando la yunta logró sacar los informes restos de la víctima. Se abrió un gran hoyo al pié del peñasco, y allí los sepultámos, colocando encima grandes pedruscos que sirvieran de sepulcral monumento.

El búfalo y su compañera arrastraron al boa atado por la cola, hasta la cueva, ante la cual quedó el mónstruo tendido, sosteniéndole entre todos por la cabeza durante la travesía para que no se estropease al rozarse con las matas.

—Y ahora, ¿cómo lograrémos desollar este animalote para sacar entera la piel? exclamaron todos.

—Ahí está el busilis, les respondí. Ya veo que nada inventarán vuestras cabezas miéntras cuenten con el complaciente auxilio de un tercero que os saque siempre de apuro.

—Recuerdo, dijo Federico, haber leido en los viajes del capitan Stedman, que habiendo un negro matado á un boa, cuya piel deseaba conservar á todo trance, valióse de un medio muy ingenioso para desollar el reptil, pasándole una cuerda fuerte al redor de la cabeza, con objeto de izar la serpiente hasta la altura de la rama, quedando así colgada de ella. Encaramóse al árbol y con un cuchillo la atravesó el cuello, y descolgándose por el mismo reptil, siguió haciendo en la piel la misma incision de arriba á abajo, lo que le facilitó desprenderla entera.

—¡Magnífico! exclamaron todos á una; sólo hay la dificultad de que ninguno de nosotros probablemente pesará tanto como aquel negro, en cuyo caso lucidos quedarémos.

—Hay otro medio más sencillo, añadió Ernesto, y es el que he visto emplear en la cocina para desollar las anguilas; y la experiencia que nos ofrece lo que acabamos de practicar con la yunta para sacar del boa los restos del pobre as-

no, me lo ha revelado. Se corta la piel al redor de la cabeza y se vuelve del reves lo suficiente para ensartar en ella los tirantes de la yunta, y despues de sujetar la cabeza de la serpiente con una maroma al tronco de un árbol, arreando las bestias en sentido opuesto arrancarán la piel hasta la cola, volviendo lo de dentro á fuera.

—Pero no será tan divertido, dijo Santiago, como lo del negro. Yo me comprometo á ser el que se deslice á lo largo del boa.

—Cuando se trata de hacer algo útil, respondí, no deben emplearse chanzas, y como efectivamente encuentro que la idea de Ernesto es la más sencilla, asequible y la más adecuada al objeto, la vamos á adoptar. Con que ea, manos á la obra y componéos sin mi cooperacion, que así vuestra será la gloria de la invencion y ejecucion del pensamiento. En cuanto á preparar la piel que se destina como principal ornamento del gabinete de historia natural, nada es más sencillo; disecaréis como mejor os parezca el cráneo del animal, lavaréis en seguida la piel con agua salada, arena y ceniza, y despues de enjuta, coseréis los bordes con esmero, y la rellenaréis de paja, algodon ú otra materia seca y ligera, pudiendo así estar seguros de que la obra os hará honor.

Federico me aseguró que estaba bien penetrado de las operaciones que acababa de indicar; pero que temia diesen mal resultado. Alentéle, demostrándole qeu si el hombre se arredrase por las dificultades que se le ofreciesen, jamás emprenderia nada de provecho.

En fin, comenzaron la tarea, y cada cual empleó la destreza é inteligencia de que fueron capaces. La piel se sacó entera; se enjugó y preparó segun les indicara, y celebré el extraño medio que adoptaron para rellenarla. Despues de limpiarla bien por dentro, la izaron por medio de una cuerda suspendiéndola perpendicularmente de una rama de un árbol, y Santiago desde lo alto dejóse caer dentro hasta la cola, y allí enfundado, fué rellenando con los piés la paja y demás yerbas que sus hermanos le iban echando, y cuando aquella especie de saco animal se colmó, asomó la cabeza y parte del cuerpo exclamando muy ufano, como si estuviera en un púlpito.

—¡Yo! ¡yo he disecado el gran boa! que conste.

Cuando terminaron la faena que duró casi un dia, hubo que pensar en el sitio que se habia de destinar al mónstruo, impotente ya para hacer daño.

Se repararon los agujeros que causaran las balas en la cabeza; la cochinilla encontrada en las higueras chumbas nos sirvió para dar á la lengua y á las quijadas el color sanguíneo que la muerte borrara, y en seguida se colocó el reptil en un travesaño en forma de cruz, dándole la posicion más pintoresca, enlazando sus anillos al pié, é irguiendo por encima de los brazos la cabeza, con la boca abierta en actitud amenazadora. Al verla los perros se desgañitaron ladrando, y los demás animales de la casa huian espantados como si el boa estuviese aun vivo. Así dispuesto se instaló con la mayor solemnidad en la biblioteca, ocupan-

do un sitio preferente entre las varias curiosidades naturales de toda especie que constituian ya un museo.

Este notable acontecimiento digno de haberse referido con mayor extension, sugirióme la idea de cerciorarme de si aquel mónstruo tan temible sería el único de su especie que se criase en las inmediaciones, ó si estaria cerca el sitio donde se anidase su posteridad, que con el tiempo pudiera renovar nuestros terrores, y contra la cual quizá podríamos no salir tan bien librados. En consecuencia, resolví emprender dos reconocimientos, uno en el pantano y al rededor del estanque, y el otro en direccion á Falkenhorst, siguiendo la falda de la montaña, único punto por donde suponia que un animal de su corpulencia pudiera introducirse en la parte de la isla y valle donde habitábamos.

Se determinó comenzar por el pantano; pero en el momento mismo de salir, Santiago y Ernesto mostraron alguna repugnancia en acompañarme. Me pareció no deber tolerar un ejemplo que pudiera ser funesto, y recordé á los niños que el miedo sin fundado motivo y la pusilanimidad eran sentimientos indignos de un hombre destinado á figurar en la sociedad.

—La constancia y la firmeza, añadí, son cualidades más necesarias é indispensables que el ciego valor de un momento, nacido á veces de la desesperacion. Si el boa por casualidad ha dejado cria en el pantano y no se averigua y remedia, llegaria dia en que se repitiese la escena que acabamos de presenciar, y ¡quién sabe si el éxito no sería igual y nos hiciese arrepentir de nuestra flaqueza y cobardía!

Partimos en seguida, llevando, además de toda suerte de armas, algunos tablones y vegigas de lija, para el caso de tener que arrojarnos al agua y sostenernos en ella. Los primeros se destinaron para caminar por el fango del pantano, formando un firme pavimento sobre la tierra blanda y movediza que se tendria que pisar; y en efecto nos facilitaron poder registrar minuciosamente todos los cañaverales y alrededores de la laguna, convenciéndonos así de la no existencia ni rastro de huevos ni crias de la serpiente, pues el sitio mismo que habia ocupado el reptil se conocia por las cañas y yerba hollada en diferentes puntos que todavía conservaban los indicios de un nido que no podia asegurarse haber pertenecido al boa.

Cuando se iba á emprender la vuelta para la habitacion, por casualidad se hizo un descubrimiento de grande interes. Era una nueva gruta abierta en la misma roca, de donde manaba un arroyuelo cuyas cristalinas aguas se perdian en la laguna. La bóveda y paredes estaban tapizadas de hermosas estalactitas, formando columnas, capiteles, artesones y hermosos calados. Absortos permanecímos largo rato admirados ante esa maravilla de la naturaleza; y penetrando algun tanto más, noté que el suelo estaba cubierto de una tierra sumamente blanca y fina, que despues de examinada conocí era greda propia para batanar.



¡ Papá ! ¡ Es una nueva gruta de sal !

—Hé aquí una buena nueva para vuestra madre, dije á los chicos; ya no le costará tanto lavar la ropa, pues esto le servirá de jabon.

—Yo creia, respondió Ernesto, que el jabon era producto de la industria, y que por lo tanto no le habia natural.

—Te sobra la razon, añadí; el que comunmente se emplea en Europa se compone de ciertas sales, cuya acritud se corrige mezclándolas con materias oleaginosas, que atenuando su accion las apropian á su objeto; pero esta fabricacion es larga y dispendiosa, y ha sido gran fortuna encontrar una tierra que en sí sola reune gran parte de las cualidades del jabon. Esta es la que aquí se encuentra y la que principalmente se emplea para batanar las lanas, en lugar del jabon artificial. Ya verás qué contenta se va á poner tu madre.

Recogímos algunos puñados de aquella tierra, que guardé en el pañuelo, y así departiendo nos aproximámos al nacimiento del arroyuelo que brotaba de una abertura de la roca á pocos piés del suelo. Federico, que penetró por ella, gritóme desde dentro que la gruta tenia mayor extension de la que se figurara al principio. Trepé por el peñasco y encontréme en una caverna.

Comenzámos por disparar dentro un pistoletazo, y por la prolongacion del eco conocímos que la gruta se extendia mucho. Encendímos bujías que á prevencion iban siempre en los zurrones, y la pura y viva luz que despidieron me cercioró de la salubridad del aire. Federico y yo continuámos avanzando con la mayor circunspeccion, pues los otros se habian quedado fuera, y de repente descubrimos entre admirados y gozosos el brillante reflejo de las luces reproducido casi infinitamente en las paredes de la roca.

—¡Papá, exclamó Federico entusiasmado! ¡estamos en otra gruta de sal!

—Te has equivocado, le respondí, pues estas rocas no pueden ser de sal como las de nuestra gruta, porque si lo fuesen, el agua que chorrean sería salada y con la humedad se disolverian. No es sal lo que tenemos delante, sino cristal; en realidad nos encontramos en un palacio de cristal de roca.

—¡Pues todavía es mejor! ¡Un palacio de cristal de roca! exclamó Federico. ¡Es la realizacion de las mil y una noches! ¡Qué inmenso tesoro á nuestra disposicion!

—Sí, poco más ó ménos, añadí, del mismo valor que tuvo la mina de oro para Róbinson.

—Aquí tiene V., papá; prosiguió el niño, una muestra que acabo de arrancar. Efectivamente no es sal como dice V. muy bien; pero si es cristal, como V. asegura, es un cristal tan raro que no tiene trasparencia alguna.

—Cúlpate á tí mismo de ello, porque lo has empañado al desprenderlo.

Sorprendióse el niño, pues no atinaba que fuese posible hacer perder la trasparencia á un pedazo de cristal. Entónces tuve que explicarle la formacion de los cristales, haciéndole comprender el verdadero sentido de la palabra empañar de que me habia valido.

—Estas masas que tenemos delante, proseguí, forman, como ves, columnas ó prismas de seis faces. La tierra fina y casi tamizada sobre la que descansan, las sirve, por decirlo así, de alimento, y propiamente hablando, son la base del cristal y no el cristal mismo. Encima van aglomerándose las capas trasparentes que ya has visto en Europa, las cuales exigen grande habilidad para extraerlas. La violencia al arrancarlas determina en el interior del cristal una especie de opacidad que crece por momentos y produce la oscuridad que notas en el trozo que tienes en la mano. Entónces se llama cristal opaco. Para extraer el cristal primitivo de las moles empañadas que aquí ves, es preciso arrancar trozos considerables como lo habrás observado en los museos de nuestro país. En una palabra, es preciso comenzar por desprender estas masas petrificadas ántes de despojarlas del cristal puro y trasparente que contienen.

—Pues entónces, añadió Federico con visos de menosprecio, conozco que acierta V. al asegurar que este descubrimiento, que yo creia á lo ménos otro Potosí, de poco nos servirá, como no sea para enriquecer nuestro museo, añadiendo á las maravillas que ya contiene este pedrusco.

Excitóse la curiosidad del niño con lo que acababa de decirle tocante al cristal de roca, segun pude colegir de sus esfuerzos por darse cuenta de los milagros que la naturaleza le presentaba. Le enseñé además que los cristales se formaban de las emanaciones del agua, que adhiriéndose á la superficie de la roca se coagulaban, y con el tiempo concluian por adquirir una dureza mayor que la de los metales (1).

—En nuestras montañas de Suiza, añadí, se encuentran cristalizaciones en estado intermediario, delgadas y maleables, que atestiguan las diferentes fases por que atraviesan hasta llegar á su completa solidez. Los antiguos consideraban el cristal de roca como un pedazo de hielo endurecido; pero la ciencia moderna ha ido más léjos, pues lo ha estudiado en su mismo orígen y formacion, llevando sus investigaciones hasta el punto de que ya no sea la casualidad, como ántes sucedia, la que haga descubrir una mina de esa especie, sino que se va sobre seguro y de antemano se fija el sitio donde se encontrará. El cristal de roca es en grande lo que las piedras preciosas en pequeño; ambas son riquezas naturales, en las que por largo tiempo no ha encontrado el hombre sino objetos de lujo y vano adorno; pero ya van comenzando uno y otros á pagar su tributo á la ciencia. El arte ya está en disposicion de modelar á su placer el cristal de roca, y de tan dura materia saca instrumentos preciosos, que son otros tantos auxilia-

(1) El cristal de roca que se cita es el cuarzo hialino primitivo, que escasea bastante, así como el prismático, que rara vez se encuentra entero y perfecto. Estos cuarzos no forman montañas, hallándose esparcidos por la tierra, y entrando en la composicion de gran número de rócas que desempeñan uno de los papeles principales en la constitucion del globo. Comunmente su superficie está cubierta de una capa de color de orin que oculta su trasparencia, la cual es fácil separar. (*Nota del Trad.*)

res de la física y la química. El diamante ocupa su lugar en la relojería, y ha conseguido hacer dar á tan admirable industria un grandísimo paso, proporcionando una rigurosa exactitud que nunca se pudo conseguir de los metales más duros.

Respecto al material valor de esta mina, que es lo que primero te sedujo, le dije para concluir, no es cosa perdida. Es propiedad nuestra porque la hemos encontrado, y nadie podrá arrebatarnos este tesoro, que si por ahora nos es inútil, cuando el cielo nos envie la visita de algun buque europeo, nos encontrarémos con una riqueza inmensa, que se explotará en beneficio nuestro.

La conversacion llevaba trazas de prolongarse; pero las bujías se iban extinguiendo, y creí prudente emprender la retirada, mayormente cuando nada nos impulsaba á buscar el fin de la gruta. Antes de salir Federico quiso disparar otra vez su carabina, y el eco de la explosion se perdió en una profundidad cuya distancia era imposible calcular.

Cuando aparecímos á la boca de la gruta encontrámos al pobre Santiago hecho un mar de lágrimas. Al verme me saltó al cuello colmándome de caricias.

—¿Qué te ha pasado, hijo mio? le pregunté. ¿A qué vienen esas lágrimas?

—Son del gozo que me rebosa al volverles á ver, respondió; como tardaban VV. tanto en salir, estaba en la más cruel inquietud, y más cuando oí el ruido de dos detonaciones horribles, que me dieron á creer que VV. habian quedado sepultados para siempre en esa oscura caverna, y que nunca volveria á verles.

Miéntras hablaba el pobre chico volvíame á abrazar de nuevo con mayor fuerza, y lo mismo hacia con su hermano. Enternecióme su cariño, y le estreché contra mi corazon.

—Cálmate, hijo mio, le dije; y demos gracias á Dios porque nada malo nos ha sucedido. La conmocion que tanto te ha asustado la causaron dos tiros que Federico ha disparado en la gruta para purificar el aire y probar la solidez de su bóveda y extension de la cavidad. Vamos, alégrate, que hemos encontrado otro palacio más rico y brillante que el de Felsenheim: palacio inmenso cuya extension todavía no conocemos. Pero ahora caigo, ¿qué se ha hecho Ernesto, que no le veo? ¿dónde está?

Guiónos entónces Santiago á orillas del pantano donde encontrámos al flemático filósofo, que nada habia oido de las explosiones, sentado tranquilamente donde le habíamos dejado, entretenido en tejer un cesto de mimbres, semejante á los que usan los pescadores, dispuestos de tal modo que el pescado pueda entrar y no salir. Al vernos se levantó y vino á mostrarme una que él llamó pequeña serpiente, diciendo que la habia muerto con la culata de la carabina.

Tanto habíamos hablado de serpientes, de huevos y de crias que, alarmado el pobre chico, y con la mejor fe del mundo, convirtió en su mente una soberbia anguila de cuatro piés de largo en un pequeño boa, y estaba lo más ufano del mundo con su hazaña.

El exámen que hice del supuesto reptil abatió algun tanto el orgullo del vencedor; pero no por eso dejó de ser bien recibida semejante captura; y sin más detenernos, tomámos el camino de Felsenheim costeando el pantano, que era el sendero más corto. Encontrámos á mi esposa y á Franz aguardándonos en la fuente, y con la mayor satisfaccion se enteraron de los brillantes resultados de la batida, acrecentándosela el júbilo cuando le presentámos la preciosa tierra que la iba á servir de jabon para lavar la ropa. Durante la cena dímos detallada cuenta de nuestras aventuras, y el dia terminó tan felizmente como habia empezado.

CAPÍTULO LXI.

Viaje al desfiladero.—El cabiai.—El ondatra.—El gato de algalia y el almizcle.—La canela.

La mitad de mi proyecto estaba ya realizado: faltaba la exploracion de las cercanías de la granja, donde temia existiese el nido del boa, y por si no me equivocaba propuse á todo evento fortificar las entradas de la montaña para resguardarnos de las visitas de tan perjudiciales vecinos. La expedicion proyectada con este objeto obtuvo la aprobacion general y se hicieron los preparativos con el mayor ardor. Como se trataba de una ausencia de quince dias á lo ménos, tuvímos que acopiar abundantes municiones de boca y guerra. Recompúsose la tienda de campaña y el carro se cargó con cuanto creímos oportuno y necesario. De todos los viajes que hasta entónces se habian emprendido este fue el que nos ocupó más seriamente.

Llegada la hora de la partida, la buena madre se instaló en el carro; Santiago y Franz montaron en la pacífica yunta que iba á su lanza, y á la delantera la vaca; Federico, caballero en el onagro, se colocó á la cabeza á cosa de cincuenta pasos para reconocer el camino, miéntras que Ernesto y yo, caminando á pié tranquilamente, escoltábamos el vehículo. Este modo de caminar pausado acomodaba más á mi pequeño sabio que no la equitacion ó el carro, porque así podia dar rienda suelta á la conversacion y á las discusiones científicas á que se prestaban los varios objetos que se encontraban al paso. Los perros flanqueaban el convoy, y Rápido, que este era el nombre del onagrillo, brincaba alegremente á nuestro al rededor.

Las recientes huellas del boa, ya medio borradas por el viento, nos fuéron guiando hasta la alameda de Falkenhorst. Todo lo encontrámos en buen órden. La sementera y los vergeles prosperaban dando las mejores esperanzas de abundante cosecha. Las cabras y las ovejas nos recibieron cordialmente, acudiendo á saborear unos cuantos puñados de sal con que las regalámos. Pero esto sólo fue

de paso, pues urgia llegar temprano á la granja del lago, objeto del viaje, para tener lugar de recoger la cantidad suficiente de algodon para los lechos que debíamos ocupar aquella noche bajo la tienda.

A medida que nos alejábamos de Falkenhorst, las huellas de la serpiente iban desapareciendo hasta que se perdieron del todo. El silencio que por do quier reinaba no fue interrumpido en todo el camino, hasta que oímos el canto del gallo y el balido de las ovejas, que nos saludaban desde léjos. Al llegar á la granja, vióse con no poca satisfaccion que todo estaba allí en el mejor estado como si la hubiéramos dejado la víspera. Resolví, pues, pasar el resto del dia en aquel sitio delicioso, y miéntras la madre aderezaba la comida, nos dispersámos por las inmediaciones para hacer la provision de algodon que se proyectara.

Despues de comer, llegó el caso de la batida, para lo cual nos dividímos en tres cuerpos, con el encargo de explorar el terreno que respectivamente á cada uno le fuera designado. Ernesto y su madre quedaron al cuidado del bagaje y con el encargo de recoger en el arrozal inmediato las espigas maduras. Esta mision ofrecia tanto riesgo como las nuestras, y para prevenirlo y defender á quienes estaba encomendada, les dejámos á Bill como resguardo. Santiago y Federico, acompañados de Turco y del chacal, tomaron por la orilla derecha del lago, y yo seguí con Franz la izquierda con los otros dos perros daneses. Esta fue la primera vez que asocié al hijo menor á los peligros de una expedicion lejana, entregándole un retaco. Iba á mi lado con la cabeza erguida, ufano como un niño que se imagina haber ya llegado á la pubertad, no cesando de contemplar su arma, que manejaba tambien por primera vez, y así ardia en deseos de que se presentase ocasion de usarla. Fuímos costeando el lago despacio, y á competente distancia, gozando en ver los gallardos cisnes negros y otras numerosas aves acuátiles que jugueteaban en su tranquila y tersa superficie. Franz estaba sobremanera impaciente por hacer su primer ensayo y contribuir con algo útil para la comunidad, y ya se disponia á disparar á alguna de las aves cuando creímos oir, como si saliera de lo más intrincado del cañaveral, una especie de mugido sordo y prolongado. Paréme receloso; Franz hizo lo mismo, y ambos nos echámos á discurrir de dónde podria venir aquel ruido.

—Ya caigo, exclamó el niño. ¿Si será el onagrillo que nos habrá seguido hasta aquí?

—Es imposible, le respondí, porque quedó arrendado con su padre; y si fuera él, le hubiéramos visto pasar. Más bien creo que ese mugido es el de un pajarraco que se cria en las lagunas, que llaman alcaravan.

—Pero ¿cómo un pájaro puede berrear así? Si más bien parece ser un buey ó un asno.

—El alcaravan, añadí, es una como urraca, á cuya familia pertenece. Su canto le ha dado el sobrenombre de *buey de las aguas ó lagunas*. La voz de los animales, para que lo entiendas, no depende de su tamaño, sino de la conforma-

cion de sus pulmones y garganta, segun se observa en el agudísimo trino del ruiseñor y del canario, que son aves bien pequeñas.

—¡Con qué gusto dispararia yo á uno de esos alcaravanes! dijo Franz. Si su carne no es buena para comer, al ménos no es un animal comun y honrará mi primer ensayo.

—Pues bien, estáte alerta, y apunta bien al que te pase por delante, respondí.

Llamé en seguida á los perros para que levantasen la caza, y en el momento oí el disparo de Franz, quien, en vez de disparar al aire, apuntó á bulto al cañaveral, y al ruido emprendieron los pájaros el vuelo, sin tocar á ninguno.

—Buena la has hecho, le dije. ¿Así dejas escapar la caza?

—Al contrario, papá; me respondió lleno de alegría. ¡Mire V. lo que he muerto!

Acerquéme al mimbreral, y le ví salir de ellos arrastrando un animal parecido á un aguti, con cuyo nombre ya le bautizaba el novel cazador. Le examiné con atencion, y noté que se diferenciaba mucho del aguti que Federico mató el dia de nuestra llegada á la isla. Asemejábase más bien á un cochino, y al punto le califiqué por el cabiai, capibaza, cabiar, capybara, segun los naturalistas. Tenia cerca de dos piés de largo con dientes incisivos como el conejo, el hocico hendido, los piés como los acuátiles, pero sin cola.

—Hé aquí, dije, lo que se llama acertar por carambola. Sin pensarlo has muerto un animal raro y curioso. Su especie es muy extraña. Comunmente se cria en la América del Sur, y pertenece á la familia de los agutis y de las pacas (1). El bramido que yo atribuia al alcaravan nos ha inducido á error. Este animal aprovecha la noche para buscar su sustento, corre bastante y nada mejor, aguantando mucho tiempo bajo del agua. Come apoyado en las patas traseras, y su bramido tiene alguna semejanza con el rebuzno del asno. Su carne es muy sabrosa, circunstancia que celebró sobremanera Franz.

Pero el tiempo pasaba, y era menester pensar en la retirada. El novel cazador gozaba ya de antemano del triunfo que creia aguardarle al presentarse á su madre y sus hermanos con las primicias de su caza, y gozosísimo se echó á la espalda el cabiar, y seguímos la marcha. Desde luego conocí que sus escasas fuerzas no podian sobrellevar semejante carga; mas guardéme de acudir en su ayuda, deseando dejarle todo el mérito y las consecuencias del lance.

—¡A la verdad, me dijo á los pocos pasos, soy un tonto en ir cargado de

(1) El cabiar ó cabiai pertenece á los mamíferos roedores. Algunos naturalistas le han colocado en el número de los puercos, no siéndolo, pues si bien tiene con esa especie ciertas analogías, son mucho más notables los caractéres en que difiere, y nunca llega á ser tan grande como un puerco, por cuanto el mayor cabiar apénas llega al tamaño de un cerdo de diez y ocho meses. Su carne, á pesar de lo que dice el autor, segun otros es crasa y tierna, aunque tiene como la nutria el gusto de un mal pescado, excepto la cabeza, que tiene regular sabor. (*Nota del Trad.*).

esta manera! Si abriésemos este animal, sacándole las tripas, pesaria ménos y no me cansaria tanto.

—¿Por qué no lo haces? le respondí. A fe que lo que saques no se ha de comer, y á los perros les vendrá de molde.

—Pues ¡á ello! añadió el niño.

Y sin más rodeos sacó el cuchillo de monte y comenzó á abrir el cabiar. Durante la operacion, que no salió del todo mal, le dije:

—Hé aquí un ejemplo de lo efímeras que son las glorias de este mundo, y como al placer va siempre unida la amargura. Si no hubieras disfrutado del que tanto anhelabas ensayándote en la caza, seguirias ahora tan campante y descansado. Así se concibe que la pobreza tenga en sí misma un atractivo, lo mismo que la riqueza sus inconvenientes.

Supongo que se llevaria el viento mis reflexiones, pues atareado y bajo la influencia de la ilusion de la victoria, no me respondió palabra.

Concluida su tarea, seguímos andando; pero el cabiar, á pesar de lo que se le habia aligerado, aun pesaba más de lo que permitian sus débiles espaldas. Cansado y jadeante se le ocurrió una idea, la cual me participó, diciendo:

—Como es mucho peso este para mí, si V. lo permite, no seria malo que á ratos lo llevara el perro.

—Tienes razon, respondí, y has discurrido muy bien.

Así lo hizo, acomodando el cabiar sobre el lomo de uno de los alanos, quedando terminado el asunto.

Al llegar al pinar se nos ocurrió recoger unas cuantas piñas que ya estaban en sazon, y á lo léjos vímos alguno que otro mono que desapareció al aproximarnos, lo que nos dió á entender que si por el pronto el temor los habia alejado de nuestra habitacion, no por eso dejaban de rondar la comarca. En cuanto al boa, nada nos indicó que hubiera pasado por allí. Su huella quedó perdida.

Al llegar al campamento encontrámos á maese Ernesto sentado á orillas del arroyo, rodeado de un prodigioso número de ratas muertas, en cuyo exterminio se habia ocupado durante nuestra ausencia. El flemático filósofo nos refirió la historia de esta mortandad, diciendo:

—Estábamos ocupados mi madre y yo en recoger las espigas de arroz más maduras, cuando á pocos pasos del arroyo descubrí una especie de dique que tenia la apariencia de una calzada construida en medio de un pantano. De un salto me planté en ella; y Knips, que tambien era uno de los recolectores, se vino tras mí, y abalanzóse á un animalito, que más listo que él, se le escabulló, desapareciendo bajo una especie de bóveda que se encontraba junto al dique. En seguida noté que los montones de tierra eran bastante altos, de manera que formaban por ambos lados de la calzada como una no interrumpida serie de pequeños edificios de igual forma y altura. Quise averiguar lo que contenian, y por la boca de una madriguera introduje la caña de bambú que llevaba, y al

sacarla salió un enjambre de animales parecidos á estos, que en ménos que se dice desaparecieron como el anterior, guareciéndose en lo más espeso del arrozal. Knips corrió tras ellos como un desesperado, pero no pudo atrapar ninguno. Entónces se me ocurrió una buena idea. Vacié el saco en el que iba echando las espigas que recogia, y como si fuera una manga, lo coloqué tapando la abertura de uno de esos pequeños edificios abovedados; y dando palos de firme encima, causé tal espanto en sus moradores, que les obligué á refugiarse en el saco que até al punto con ánimo de matarlos despues. Pero cuando me disponia á ejecutarlo, de otros agujeros salió tal ejército de ratas que me arrolló, en términos que no bastaron las voces ni el palo, y no sé qué hubiese sido de mí si Bill no acudiera á auxiliarme. La perra se las compuso tan bien y se dió tan buena maña, que hizo en ellas una buena carnicería, y cooperando yo por mi parte, víme libre de sus embestidas. Las víctimas que V. ve las han hecho el palo y los dientes de Bill. El resto de la tropa se ha ocultado en sus escondrijos.

La relacion de Ernesto despertó mi curiosidad y reconociendo aquellas huroneras, con asombro encontré trabajos semejantes á los de los castores, aunque en menor escala. Con este motivo hice notar á mi hijo la conformidad que existia entre las ratas que acababa de matar y el castor de las latitudes septentrionales, pues ambas especies tienen su membrana en las extremidades para facilitar la natacion; la cola en forma de espátula, y dos bolsitas llenas de almizcle; y así por esta semejanza se las apellida ratas-castores. Tambien las llaman *ondatras,* siendo este quizá el nombre que llevan en la América del Norte, su patria. Las ratas nos proporcionaron excelentes pieles (1). Suscitóse, como era natural, la cuestion acerca del destino que se las daria, y quedó resuelto que se hiciera una alfombra para preservar los piés de la humedad durante la estacion de las lluvias, sin perjuicio de ver si más adelante nos atreviamos á ensayar la fabricacion de sombreros.

Al desollar las ratas, operacion que hubo de hacerse incontinenti, se cuidó mucho de limpiar y lavar esmeradamente con arena y agua del mar las pieles, poniéndolas luego á secar al aire cubiertas de ceniza, segun nuestra costumbre. Las dos vejiguillas de almizcle que les encontrámos dieron pié á varias preguntas de los niños sobre el modo de recoger este aroma tan buscado y del que los europeos hacen particular aprecio. Les indiqué los otros animales que disfrutaban de igual privilegio, así como les instruí de los procedimientos que se usan

(1) El ondatra pertenece á la familia de las ratas nadadoras. La que aquí se cita es la almizclada. Tiene el pelo lustroso y suave, con un vello muy espeso debajo del primer pelo como el castor, con el cual tiene muchos puntos de contacto, tanto que varias veces han sido confundidos. Al igual de los castores, los ondatras viven en sociedad durante el invierno, en cabañas como ellos. Su olor de almizcle es tan fuerte, que llega á ser intolerable y desagrada tanto á los salvajes, que á un rio del Canadá le han llamado *hediondo* sólo porque en sus riberas habita gran número de estas ratas. (*Nota del Trad.*)

para despojarles de esta produccion, y cómo los holandeses, que han llegado á domesticar algunos, especialmente los gatos de algalia, hacen un buen negocio, encerrándolos en épocas dadas en las que deponen en su excremento el contenido de sus vejigas, y luego los sueltan para repetir en su dia la misma operacion.

—El olor tan fuerte que despiden esos animales, continué, quizá tenga por objeto encontrarse mútuamente para atraer su presa y apoderarse de ella con facilidad, hipótesis que era verdadera respecto al cocodrilo, para quien el almizcle es un cebo así como para algunos pescados.

Las especies de cuadrúpedos que llaman almizcleros son numerosas, y en casi todos las glándulas que contienen la materia olorosa se encuentran cerca de la region del ano. El castor produce el *castoreum*, que emplea la medicina en el tratamiento de las enfermedades nerviosas. El gato ya citado de algalia posee idénticas propiedades. Pero el animal de este género más generalmente conocido es el desman almizclero, originario del Asia, que tiene el depósito del perfume debajo del ombligo.

—Ojalá encontrásemos uno de esos gatos de algalia, dijo Franz, pues haria lo que los holandeses.

—Y no te costaria gran trabajo, le respondí, encerrándole en el gallinero, porque este animal tiene mucha aficion á las aves.

—Más me acomodaria el desman, pues pudiéndolo domesticar, luego lo despojaria de su aroma.

—Ignoro, añadí, si todos los países serán adecuados para engendrar el almizcle, y si se ha logrado domesticar esos desmanes.

Estando en esta conversacion llegaron Federico y Santiago, que traian una gallineta silvestre y un nido de huevos. Pusímos estos en seguida á una de las gallinas que estaba clueca, y la campesina se agregó á las del corral.

Acto continuo nos reunímos al redor de un potaje de arroz que mi esposa nos presentara. El cabiar, del que tambien habia asado un trozo, pareciónos detestable, el cual se echó á los perros, que ménos delicados, lo prefirieron á las ratas, que les repugnaban á causa del acre olor á almizcle de que estaban impregnadas.

La comida fue alegre, y como habíamos recobrado nuestro buen humor, tranquilos en cierta manera por no haber encontrado el menor indicio del terrible boa, la familia menuda se desató en bromas y epigramas contra el vencedor de las ratas, como llamaban ya al pobre Ernesto por su hazaña en el arrozal.

Lo mucho que se habló en la mesa y las cuestiones que se reprodujeron sobre las dichosas ratas, sus pieles, el almizcle y otras mil cosas, no pudieron hacer olvidar el detestable sabor que en la boca nos habia dejado el cabiar.

—¡Qué lastima! dijo Ernesto suspirando. ¡Ah! ¡si tuviéramos siquiera algun postre para quitarnos el mal gusto!

Al oir esta exclamacion Federico y Santiago se levantaron, yendo á regis-

trar sus zurrones, poniendo sobre la mesa tesoros ocultos de que á nadie habian dado cuenta.

—Aquí tiene su señoría alguna cosa, dijo Santiago con aire burlon, presentando á su hermano un magnífico coco y algunas manzanas de especie desconocida, algo verdes, y cuyo perfume se parecia al de la canela.»

Quedóse Ernesto como avergonzado, miéntras sus hermanos se restregaban las manos con maliciosa alegría.

—¡Bravo, muchachos, exclamé, bravo! Pero ¿qué manzanas son estas, pregunté á Santiago, las has probado acaso?

—No por cierto, respondió, porque Federico me aconsejó que aguardase á que maese Knips nos diese ántes el ejemplo por si eran venenosas.

Alabé su prudencia, y despues de examinarlas y ver el gusto con que el mono se comia una, ya no me cupo duda de lo saludable de aquel fruto, que me pareció el que produce el árbol de la canela, ó mejor dicho, un arbusto que se cria en las Antillas.

Santiago no pudo darme más explicaciones porque se estaba cayendo de sueño. Dí la señal de retirada, y todos pasámos la noche en la tienda, durmiendo tranquilamente en blandos colchones de algodon, hasta que la aurora del dia siguiente nos despertó.

CAPÍTULO XLII.

Plantío de cañas dulces.—Peccaris.—Asado de Otaiti.—Ravensara. —Bambú.

No bien el sol apuntó en el horizonte ya estábamos en pié y seguímos la caminata á lo largo del reciente plantío de caña dulce, junto al cual dejáramos construida una choza donde pensaba erigir otra alquería. La cabaña estaba aun en pié, aunque asaz deteriorada, de manera que provisionalmente hubo necesidad de cubrirla con la tela de la tienda para que nos sirviese de abrigo; y no contando permanecer sino hasta despues de comer, no se hicieron otros preparativos.

Miéntras nos entreteníamos en chupar cañas, regalo del que hacia tiempo careciamos, los perros empezaron á aullar de repente y levantaron de entre las cañas una manada de cochinillos que huian á todo correr. Su color y el admirable órden con que efectuaban la retirada me hicieron creer que era una especie distinta del ganado de cerda de Europa. Disparéles, y cayeron dos; pero los restantes, sin asustarse, no trastornaron el órden de su marcha, siguiendo en columna como lo pudiera hacer el regimiento más disciplinado.

Federico y Santiago no se descuidaron, haciendo nuevas víctimas; pero ni por esas se descompuso la columna.

Todas estas circunstancias me demostraron claramente que aquellos animales pertenecian á la especie llamada *tasacus* ó cerdos almizcleros, á los cuales era menester sacarles al instante de su muerte la vejiga ó depósito que contiene el perfume ántes que se extienda por el cuerpo y comunique á la carne un gusto detestable. Verificóse así con los que se cogieron, y quedámos satisfechos de la buena caza que se habia hecho.

La operacion fue interrumpida por el ruido de otros dos disparos que oímos en direccion de la choza, donde se habian quedado Franz y su madre. Mandé á Santiago que fuése allá para anunciar nuestro regreso, y á la vuelta trajese el carro para recoger el botin de la mañana.

A poco vímos el vehículo con Ernesto que le guiaba, quien nos dijo que la

manada cerdosa se habia dirigido hácia el chozo y refugiado en el plantío de bambúes y que los dos disparos eran señal de nuevas víctimas.

La llegada del sabio provocó naturalmente una discusion sobre el verdadero nombre de estos animales. Federico pretendia que debian pertenecer á la raza de Otaiti, mencionada por el capitan Cook; Ernesto fue de otro parecer, y por último quedó resuelto que el nombre verdadero era el de *peccaris*, muy conocido en la Guayana y en toda la América (1).

Antes de cargar los muertos en la carreta resolvímos abrirlos y dejar sólo las canales para disminuir el peso, operacion que á pesar de nuestra actividad nos entretuvo hasta la hora de comer, tomando despues la vuelta del campamento. El convoy se convirtió en una marcha triunfal. Los niños adornaron la carreta con ramas verdes, lo mismo hicieron con las carabinas, y cantando un himno de victoria nos presentámos en esa forma ante la madre, quien nos recibió con su alegría acostumbrada, y nos dijo que como tardábamos tanto habia dado sus disposiciones para pasar allí el dia.

Se la puso de manifiesto el cargamento del carro, y mis hijos la presentaron un lio de cañas de azúcar, escogidas entre las mejores.

—Os doy gracias, hijos mios, por vuestro recuerdo, les dijo. Mas ¿qué hacemos ahora con tanta carne para conservarla?

—Se salará lo que se pueda, y lo que no, servirá para los perros, que bien lo merecen, la respondí. Además, no te dé cuidado que se hayan muerto más animales de los precisos para el sustento, pues esos ménos habrá que hagan daño á las plantaciones.

Federico pidió permiso para hacer un asado á la moda de Otaiti y ofrecer ese nuevo plato á la familia. Se aceptó su propuesta, aplazándola para el otro dia, pues lo que restaba de aquel era necesario invertirlo en disponer lo que se habia cazado.

En efecto, al punto nos pusímos todos á trabajar de firme. Se hizo una buena hoguera con ramas verdes para que despidiese mucho humo. Ernesto se puso á chamuscar el pelo de los peccaris, Federico y yo á partirlos, y los demás á ayudar á unos y otros. Salóse todo, y despues se ahumó hasta quedar bien curado y sin peligro de echarse á perder; las cabezas y los huesos quedaron para los perros. Comenzaba á anochecer cuando se acabó esta gran faena. Se hizo una ligera cena y se pasó la noche de la mejor manera posible.

Federico me recordó al dia siguiente mi palabra de la víspera sobre el asado otaitiano, y le dejé obrar cuanto quiso. Entre él y sus hermanos hicieron un gran hoyo en tierra. El nuevo cocinero preparó un cerdo entero que destinara al efecto, lavándole con cuidado, y con la suficiente sal. Despues lo cubrió de man-

(1) Las dos especies de estos peccaris, confundidas por Linneo con el nombre de *sus tafassu*, y distinguidas por Azarason el *tasafu labiatus*, y el *patira torcuatus*. *(Nota del Trad.)*.

teca, y añadió algunas patatas y varias raíces aromáticas. Entre tanto la fosa se llenó de materias combustibles que hicieron una gran llama, en la que se echaron muchas piedras para que se caldeasen. Mi esposa no hacia más que morderse los labios.

—¡Bonita cocina! exclamó esta al ver todo aquel aparato. ¡Por amor de Dios! ¡qué vais á hacer! ¡Un cerdo entero en un horno de tierra y con piedras por carbones! ¡bueno saldrá ello!

A pesar de estas reflexiones y de la poca confianza que tenia en el buen éxito de la operacion, no dejó de dar algunos consejos para que al ménos se presentase la res en la mesa lo más decentemente posible.

Terminados los preparativos, el cocinero envolvió el asado otaitiano con hojas y cortezas y lo colocó sobre el rescoldo; puso encima las piedras casi calcinadas, cubriéndolo todo con una gruesa capa de tierra para que no penetrase el aire.

Ya no pudo aguantar más la madre al ver la última ceremonia, y medio desesperada, exclamó:

—¡Ahora sí que la habeis emplastado! ¡Está graciosa la cocina! ¡Muy buena será para los salvajes, pero no para personas civilizadas! ¡Qué lástima de cerdo echado á perder!

—Con que es decir, mamá, repuso Federico, que mienten los viajeros que aseguran que este modo de asar es excelente.

—Si mienten ó no, le respondí, pronto lo sabrémos. Entre tanto ayudadme á recomponer esta choza, porque aun nos quedan cuarenta jamones para curar. Y volviéndome á mi esposa, dije:

—Si fueran tan grandes como los del Norte, tendríamos repuesto para dos años; pero es menester contentarse con lo que la Providencia nos envia, además de que á caballo regalado no se le mira el diente.

Merced á nuestros esfuerzos, quedó en estado de recibir la provision. Se prendió fuego en el hogar con gran cantidad de yerba fresca y ramas verdes y se cerró casi herméticamente el chozo para impedir la salida del humo. De cuando en cuando se alimentaba la hoguera, y en dos dias los jamones quedaron tan curados como pudieran estarlo los mejores de Westfalia. Con esto podíamos ya contar con un precioso recurso para la estacion de las lluvias.

El resultado de la operacion culinaria de Federico no se hizo esperar. Al cabo de dos horas se desenterró el maravilloso asado, y el delicioso olor que exhalaba conforme se iban quitando tierra, piedras y ceniza, nos probó que la empresa habia tenido un éxito superior á todas las esperanzas.

Al tratar de adivinar la causa del especial aroma que percibia mi olfato, descubrí que lo habian producido las cortezas empleadas como envoltorio al asado.

Federico habia triunfado. Presentónos un manjar exquisito y en su punto, que

pudiera honrar al cocinero más hábil. La madre confesó ingénuamente que quedaba vencida, y que los salvajes lo entendian. Ernesto hizo la maliciosa observacion de que habia contribuido mucho al buen éxito del asado la casual eleccion de las hojas y cortezas con que se envolviera.

Llegó pues la prueba positiva, y el asado otaitiano, despues de limpiar la poca ceniza y tierra que aun conservaba, de las cuales podia preservarse otra vez, fue aprobado por unanimidad.

Despues de comer, mi primer cuidado fue averiguar cuál era el árbol de donde se sacaron las hojas y cortezas aromáticas que habian comunicado al asado tan grato perfume. Federico me lo mostró, y en su vista tomé algunas hojas y las eché á la hoguera de la choza donde se curaban los jamones, lo cual me comprobó la identidad.

Despues de discurrir mucho y evocar mis recuerdos acerca del árbol desconocido que acabábamos de descubrir, vine en conocimiento que era una de las producciones de Madagascar llamada *ravensara ó buena hoja*. El nombre botánico es *agatophillum ó ravensara aromática*. Su tronco es grueso y fuerte, y la corteza y hojas exhalan un olor parecido al del laurel. Del mismo árbol se saca por medio de la destilacion un licor que reune los tres aromas, de la nuez moscada, del clavo y de la canela. Tambien se extrae de las hojas un aceite aromático usado en la cocina indiana. El fruto del ravensara es una especie de nuez cuyo perfume es más suave que el de las hojas. La madera es blanca, dura é inodora.

Encargué á los niños que recogiesen algunos vástagos de tan precioso árbol con objeto de trasplantarlos al redor de Zeltheim.

Todo el tiempo invertido en tan diferentes operaciones, que no bajó de tres dias, aprovechóse en explorar el país en todo sentido. Siempre que salíamos llevaba conmigo tres de los niños, quedando el otro con la madre al cuidado del campamento. No hubo correría que no ofreciese algun útil descubrimiento que contribuyese á mejorar nuestra existencia. Un dia, entre otros, me encontré con gran número de bambúes del grueso de un árbol comun y de cincuenta á sesenta piés de altura. Derribámos uno, y cortándole en trozos por los nudos, tuvímos vasijas de todas dimensiones, algunas de hasta dos piés de diámetro, que podian considerarse como toneles, y además pensé en que desembarazados los nudos, podian acomodarse como acueductos para dirigir los riegos. Cada nudo además estaba rodeado de puas durísimas que, sirviéndome de clavos, podian reemplazar los de hierro en muchas ocasiones. Noté tambien que las cañas más tiernas brotaban por los nudos una sustancia parecida á la de la caña dulce, que secada al sol tomaba la forma y cristalizacion del azúcar cande, de la cual tomaron los niños más de una libra para presentársela á su madre como un regalo.

Todos estos objetos, sobretodo el azúcar piedra, agradaron sobremanera á mi esposa, como igualmente las vasijas de bambú, utensilios que toda ama de gobierno apetece para la mejor administracion de la casa.

El último dia se consagró á una excursion hácia Prospecthill, á donde llegámos á las dos horas; pero con gran pesar me encontré con un destrozo y devastacion inesperada. Los monos todo lo habian trastornado y derribado, incluso la habitacion. Al verlo lamentéme de tan perversa raza y juré su exterminio. Cada paso me arrancaba una lamentacion; el ganado disperso por los alrededores; las gallinas huidas, y todas las cabañas por tierra. Se hacia indispensable acabar con esa canalla si no queríamos ver inutilizados nuestros trabajos. Sin embargo, tuve que resignarme á aplazar mis vengativos proyectos para otra ocasion, no juzgando prudente interrumpir la empresa que nos estaba ocupando.

Sin embargo, á pesar del natural desaliento que debia causarme este contratiempo, cuando paraba mi atencion en la prosperidad creciente de nuestras propiedades, aprecié como de poca monta aquel percance, compensado con tantas otras ventajas. Si la fortuna de vez en cuando no nos hubiera vuelto su rostro, haciéndonos pasar por algunas vicisitudes en nuestro paraíso terrestre, ¿quién sabe si al fin hubiéramos concluido por ser víctimas del orgullo ó la pereza?

Llegado por fin el cuarto dia y terminada la cura de los jamones y la salazon del tocino, rodeámos de tierra la choza en que lo dejámos, asegurándola con piedras y ramas entrelazadas para defender nuestra provision de invierno de las aves de rapiña y demás animales montaraces; y sin más que hacer, proseguímos la exploracion hasta el desfiladero que dividia la parte de la isla en que habitábamos desde hacia dos años, de la otra de allende, que aun nos era casi desconocida, y donde sólo penetrámos una vez Santiago y yo exponiéndonos á ser víctimas de los búfalos.

CAPÍTULO XLIII.

Llegada al desfiladero.—Excursion á la gran vega.—Avestruz.—Tortuga de tierra.

Sin el menor contratiempo llegámos á la extremidad del bosque de bambúes, y allí mandé hacer alto junto á una alameda inmediata al desfiladero. La union del bosque con una cadena de rocas inaccesibles hacia de aquel sitio una posicion inexpugnable y fortificada por la misma naturaleza. El desfiladero, ó lo que es lo mismo, una senda estrecha que mediaba entre el rio y la montaña y que separaba nuestro valle del interior, encontrábase á tiro de fusil de nosotros; el bosque nos protegia por ambos lados, y una pieza de artillería colocada en la cumbre podia dominar muy bien la llanura interior.

—Hé aquí, dijo Federico, un sitio á propósito para establecer un fuerte, y nadie podrá entrar en el valle sin nuestro permiso. Si me cree V., papá, esta altura debe ser un puesto militar. Pero ahora me ocurre una idea; más de una vez le he oido mencionar la Nueva Holanda. ¿Cree V. acaso que estamos cerca de esa parte del mundo?

—En mi sentir, la tierra que ocupamos está al Norte de la Nueva Holanda. Mi presuncion se funda tanto en la posicion del sol, como por los recuerdos que conservo acerca del derrotero que llevaba el buque. Otras circunstancias se agregan para corroborar mis cálculos, tales como las lluvias de los trópicos, las producciones que se encuentran en estas fértiles comarcas, la caña dulce, y las diferentes clases de palmeras. Pero cualquiera que sea la region donde nos encontramos, formará siempre parte de la gran ciudad de Dios, al que debemos estar infinitamente agradecidos por sus inagotables beneficios superiores á nuestros merecimientos.

Federico insistió en su opinion de construir allí una fortaleza, y aunque lo aprobé, aplacélo para la vuelta, pues ántes creí indispensable un reconocimiento en el interior del bosque á fin de cerciorarme de que por los alrededores no cor-

ríamos el menor riesgo. La investigacion se llevó á cabo; pero únicamente encontrámos dos gatos monteses, que huyeron ántes de hallarse á tiro.

El resto de la mañana se dedicó á diferentes trabajos en el campamento. Comímos; pero el excesivo calor nos impidió continuar la marcha, aplazando para el otro dia el reconocimiento de la gran vega.

Nada nos molestó durante la noche, y al rayar el alba todos estábamos listos para emprender la marcha. Los tres niños mayores debian acompañarme, porque para entrar en tierra desconocida debia contarse con fuerzas suficientes; Franz y su madre quedaron cuidando el carro, las provisiones y el resto del bagaje. Despues de un buen desayuno, de echar en los morrales un bocado para el camino y de despedirnos de la buena madre, que nos vió partir inquieta, emprendímos la caminata y á poco llegámos al desfiladero.

El lector recordará que en el año anterior, á la extremidad de esta garganta, se construyó una empalizada de bambúes y palmeras espinosas que constituian un verdadero atrincheramiento para cerrar el paso. Nada de esto existia. Por un lado las lluvias y los torrentes, y por otro los búfalos, los monos, los cerdos montaraces, y sobre todo el boa, cuya huella reconocímos sobre la arena, se aunan para destruir la primera obra del hombre contra su salvaje dominacion. Entónces concebí el proyecto de alzar en este sitio una muralla á prueba de animales y elementos; pero no podia ejecutarse en aquella sazon, y quedó aplazada para más adelante.

Antes de descender á la vega nos detuvímos á contemplar la gran llanura que la vista abarcaba. A la izquierda del riachuelo que cruzaba la vega por en medio, montañas desiguales todas cubiertas de palmeras; á la derecha, rocas peladas que se confundian con las nubes, cuya cadena, alejándose gradualmente del llano, descubria un horizonte sin límites. Santiago reconoció al instante el punto donde se cogió el primer búfalo, el rio cuyas dos orillas estaban cubiertas de la más rica vegetacion, y la caverna donde encontró el chacal. Siguiendo la corriente, y á medida que nos alejábamos de ella, el aspecto del suelo cambiaba visiblemente, la vegetacion desaparecia, y á la media hora de camino topámos un dilatado desierto cuyo fin no se alcanzaba. Los rayos de un sol abrasador caian á plomo sobre nuestras cabezas, y ni un árbol ni el menor arbustillo se encontraba para acogernos á su sombra. La tierra seca y tostada apénas producia una que otra agostada planta, y no podia comprender cómo en tan corto trecho se encontrase la naturaleza tan radicalmente cambiada.

La sed comenzó á molestarnos, y si bien al vadear el arroyo se habian llenado las calabazas de água, esta se habia calentado de tal modo que era imposible beberla sin causar náuseas.

—¡Qué diferencia de suelo, papá, dijo Santiago, comparándolo con el que dejámos atras! Pero supongo que no será el mismo que recorrímos cuando la primera expedicion.

—No, hijo mio, respondí, estamos dos millas más léjos y en medio de un desierto. Durante las lluvias tropicales, y algunas semanas despues, verias todo esto alfombrado de yerba; pero cuando cesa el rocío benéfico del cielo, y el sol ejerce su predominio, la vegetacion desaparece hasta la próxima estacion.

—Esta es la Arabia Pétrea (1), dijo Ernesto.

—Es una tierra, como quizá no se encuentre otra, añadió Federico como desalentado. ¡Qué lástima que el mar no se la tragase!

—Así no fuera un volcan como ahora; los piés me arden como si caminara sobre ascuas, exclamó Ernesto.

—¡Paciencia! hijos mios, dije, ¡paciencia! No todo ha de ser tortas y pan pintado. *Ad augusta per angusta*, dice el proverbio latino, y nosotros le traducimos: no hay atajo sin trabajo. Pero pronto llegarémos á aquella colina. ¡Quién sabe si detras encontrarémos algun nuevo Eden!

Para concluir, despues de una fatigosa marcha de dos largas horas, durante la cual apénas nos dirigímos la palabra, llegámos sin aliento al pié de la tan deseada colina. Componíala una roca que se elevaba en medio del desierto, y cuya cima, más ancha que la base, nos brindaba con un poco de sombra, en la cual nos tendímos abatidos para descansar, pues nos faltó el ánimo para ascender á la cumbre y explorar el terreno. Hasta los perros ya no podian más, y con la lengua fuera se tendieron igualmente á nuestro lado.

Durante más de una hora permanecímos en silencio contemplando el panorama que se desplegaba á nuestra vista. Nos encontrábamos aislados en medio de un vasto desierto, al parecer de quince ó veinte leguas de extension; la cadena de montañas cerraba el horizonte, y el arroyo, que aun se divisaba, se parecia á una cinta de plata extendida sobre un tapiz oscuro y uniforme. Era el Nilo, visto desde una altura, serpenteando en medio de las ardientes arenas de la Nubia.

Hacia ya algun tiempo que maese Knips, que era tambien de la partida, nos habia dejado de repente dirigiéndose hácia las rocas donde desapareció. Creímos desde luego que habria olfateado alguna caterva de compañeros suyos ó cualquiera golosina que le suscitase el apetito. Le dejámos marchar, y á poco notámos que los perros, así como el chacal de Santiago, seguian el mismo camino; pero el cansancio y abatimiento en que estábamos era tal que no pensámos en correr tras ellos. El cuerpo pedia reposo y los labios algo con que refrescarse. Algunas cañas dulces que llevaba de prevencion en el morral y que distribuí entre mi tropa aliviaron algun tanto esa necesidad; pero este refresco acarreó otra nueva, que fue despertar el apetito, y algunos trozos de peccari asado confortaron el estómago.

(1) La Arabia Pétrea es una de las partes en que dividió Ptolomeo esa region de Asia, llamada así por la antigua ciudad de Petra, punto intermedio de comercio entre los romanos y persas. Hoy dia la Arabia está dividida de otra manera. (*Nota del Trad.*)

—Hemos de convenir, dijo Federico más reanimado, que un buen pedazo de jamon asado á la otaitiana en el desierto es una gran cosa.

—Más vale esto, añadió Ernesto, que la carne cruda que comen los tártaros en sus viajes, manida bajo la silla del caballo. Al ménos, ya que no sea otra cosa, tienen la ventaja de llevar siempre consigo la cocina.

Este rasgo de erudicion de parte del sabio dió lugar á una discusion, y miéntras les explicaba las razones en que me apoyaba para creer fabulosa esa costumbre que tantos viajeros han dado por cierta, Federico, cuya vista alcanzaba muy léjos, se levantó de repente asustado.

—¿Qué es lo que has visto, hijo mio? le pregunté.

—Me parece divisar como si fueran dos hombres á caballo. Ahora se les reune otro, y galopan de frente... Deben ser árabes del desierto.

—¿Arabes? exclamó Ernesto; querrás decir beduinos.

—Dejáos de árabes y beduinos, respondí, y tú, Federico, toma el anteojo, y cerciórate de lo que es.

—Ahora distingo como rebaños que pastan, y como unos carros cargados de heno que se mueven á orillas del torrente... Ya no veo nada... De todos modos, prosiguió Federico, allá hay algo extraordinario.

—Tus ojos están á componer, sin duda, dijo Santiago; dáme el anteojo, yo miraré... Ya veo, ya veo, exclamó al cabo de un rato; efectivamente son unos hombres á caballo con lanzas y banderolas.

—Ya escampa, respondí á mi vez; desconfio de vuestros ojos que no ven sino visiones, y sino dígalo el mónstruo de marras que se convirtió en un banco de arenques.

Tomé el anteojo, y despues de mirar con atencion, dije:

—Ya está averiguado: los árabes del desierto, los lanceros, los carros de heno que andan solos, y los rebaños tan extraños ¿no sabeis lo qué son?

—¿Girafas, acaso? respondió Santiago.

—Cerca le andas, respondí, son avestruces, magnífica caza que la casualidad nos depara; y es menester no desperdiciar la ocasion de atrapar alguno de estos habitantes del desierto.

—¡Avestruces! exclamaron á un tiempo los dos niños, ¡qué dicha! Si pillamos uno y logramos domesticarle, tendrémos plumas bonitas para adornar las gorras. ¡Qué elegantes estarémos!

—Vaya si lo estarémos, añadió gravemente Ernesto; pero cuando contemos con el pájaro.

En tanto los avestruces iban aproximándose y era menester no descuidarse. Por de pronto, lo más sencillo era aguardar á que pasasen y cogerlos desprevenidos. Mandé á Federico y Santiago que fuésen en busca de los perros y el mono, miéntras Ernesto y yo nos escondíamos tras de una peña, para que no nos apercibiese la bandada, que forzosamente debia pasar por delante. Buscando al-

gun arbusto para ocultarnos, encontré una planta que se cria entre las rocas, que conocí ser el *euphorbium*, que los farmacéuticos llaman vulgarmente *leche de lobo*, cuyo jugo, aunque es uno de los venenos más activos que produce el Nuevo Mundo, tiene sin embargo aplicacion en la medicina (1).

Federico y Santiago volvieron á poco con nuestros compañeros de caza, que más diestros que nosotros, no habian perdido el tiempo, y por su pelo mojado conocí que habian apagado la sed y hasta recreádose con el placer del baño.

Los avestruces estaban ya tan cerca que pude distinguir la manada, compuesta de cuatro hembras y un macho, que se reconocia por el largo plumaje blanco de su cola.

Seguímos escondidos y silenciosos, reteniendo á los perros para que su arrojo no lo echase todo á perder.

—Ten preparada el águila, dije á Federico, por si acaso no nos bastan las piernas y las de los perros.

—¿Pues corren tanto los avestruces? preguntó Santiago: lo que es Federico y yo en eso de correr no somos nenes, y sino dígalo tambien maese Ernesto, que ganó el premio de la carrera.

—De poco servirán aquí las piernas de Ernesto por listas que sean, respondí; al avestruz no le alcanza ningun caballo.

—Entónces, dijo Federico, ¿cómo se componen los árabes del desierto para cogerlos? En las estampas siempre he visto los cazadores de esta clase de aves á caballo.

—Verdad es, añadí, pero tambien lo es que, más que por astucia, por ligereza consiguen su objeto: y hé aquí cómo se componen: el avestruz no ataca de frente ni por las espaldas, sino por el costado, y cuando se ve perseguido describe un círculo, volviendo siempre al punto de donde partió. Toda la ciencia del cazador consiste en reducir esa circunferencia. Cortando por los radios y adelantando siempre por donde indefectiblemente ha de pasar el ave, el jinete le fatiga y va sitiando en términos que le precisa á caer en sus manos. Como el círculo que describe á veces es extenso, no basta un solo caballo para hacérselo estrechar, á cuyo efecto se relevan los cazadores, habiendo ocasion en que un solo avestruz ha puesto en conmocion á una caravana entera.

—¿Es cierto, preguntó Ernesto, que cuando le persiguen esconde en la arena ó detras de una piedra la cabeza creyendo el estúpido que así se hace invisible?

—Nadie puede conocer, respondí, el pensamiento interior ni el móvil de un irracional; pero los que han atribuido al avestruz esa estupidez gratuita, de seguro no están enterados de las facultades que el Supremo Hacedor ha concedido

(1) Esta planta es del género de la familia de las euforbiáceas. Las especies indígenas tienen el nombre colectivo de lechetresnas, por el jugo blanco que desprenden y que se usa para extirpar las verrugas. Existe otra especie que llaman tártago los boticarios, la cual produce un aceite purgante, y la llamada ipecacuana, cuya raíz obra como emético. (*Nota del Trad.*)

al instinto de ese pájaro; y así, es más que probable, que en el caso á que te refieres, para mirar por su conservacion, es por lo que oculta la cabeza como más débil, tomando esa posicion para defenderse con las patas y cocear con ellas como hacen los caballos cuando se ven acosados. Esto es lo que creo, y no en la infundada fábula que nos han transmitido los siglos, calumniando á esa pobre bestia.

Miéntras hablábamos pude conocer que los avestruces nos habian sentido, porque noté cierta indecision en su andar; pero como permanecíamos inmóviles y silenciosos en nuestro escondite, es de presumir que al pasar por delante nos tomarian por alguna piedra ú otro objeto inanimado; mas no llegó ese caso, porque la impaciencia destruyó mi plan de emplear el lazo para coger alguno vivo.

Atacados de improviso los pobres animales por los alanos que se les abalanzaron ladrando á más no poder, emprendieron tan precipitada fuga que parecia que volaban. Sus largas zancas apénas tocaban al suelo, y tendidas las alas como vela henchida por el viento, prestaban mayor celeridad á su carrera. No habiendo ya otro remedio, tuvímos que recurrir al águila. Soltóla Federico, remontóse, y hendiendo los aires se puso perpendicular sobre el avestruz macho, cayendo á plomo sobre él con tanto ímpetu, que en breve el ave gigantesca yacia por tierra entre las convulsiones de la agonía. Acudímos por ver si aun sería tiempo de salvar la víctima; cuando llegámos, la reina de las aves habia consumado su obra.

Despues de contemplar con sentimiento el deplorable resultado de nuestra caza, como el mal no tenia ya remedio, se trató de sacar de ello el mejor partido posible. Desembarazados de los perros y del águila, despojámos al desgraciado pájaro de las mejores plumas de la cola y las alas, y como trofeos de la victoria adornámos con ellas nuestras gorras, dándonos la apariencia de caciques mejicanos. Pero el lujo era lo de ménos, pues el tamaño de las plumas nos proporcionó la suficiente sombra para amortiguar el ardor del sol.

Federico era el que más se admiraba de las gigantescas proporciones de esa ave del desierto.

—¡Qué lástima, decia, que no hayamos podido salvarla! ¡qué gran papel hubiera hecho en el corral!

—¿Y cómo pueden estas grandes aves, preguntó Ernesto, encontrar alimento en el desierto?

—Eso sería bueno, respondí, si lo que llamas desiertos y que realmente lo son respecto á nosotros, lo fuesen para los demás animales de la creacion. Es una preocupacion esta como tantas otras. En las más áridas llanuras nunca falta alguna que otra planta, palmeras y otras varias producciones que sirven de alimento. Además, debe tenerse en cuenta que el avestruz, así como los demás moradores de improductivas zonas, son extremadamente frugales y capaces de sopor-

tar la sed y el hambre por largo tiempo; y sobretodo persuádete de una cosa, hijo mio, de que el divino Autor de la creacion ha debido calcular exactamente sus medios para que los seres que aclimató en el desierto pudiesen satisfacer todas sus necesidades, lo mismo que los que colocó en las fértiles llanuras, en los espesos bosques, y en las frondosas orillas de los rios que disfrutan de riqueza y abundancia.

La conversacion versó por algun tiempo acerca de los avestruces, y en particular sobre las puas que tienen á la extremidad de las alas, que les sirven como de espuelas para acelerar el paso cuando se ven perseguidos; y de paso demostré lo infundado de la creencia en que estaban los niños, así como la generalidad, fiados en las falsas relaciones de los viajeros, de que el avestruz, para defenderse, arroja á los cazadores arena ó piedras; lo cual podria igualmente decirse del caballo, añadí, pues al galopar tambien despide con los cascos traseros cuanto pisan, y sin embargo á nadie se le ha ocurrido aplicarle un instinto particular respecto á lo que se quiere conceder al avestruz.

Federico quiso tambien saber si esa ave tenia un canto ó graznido especial; á lo que respondí, que particularmente de noche exhala una especie de lastimero quejido semejante al del buho, y á veces rugidos á imitacion del leon.

Miéntras así departíamos, Santiago y Ernesto, que siguieran al chacal, hicieron un descubrimiento, y á poco les vímos agitar las gorras emplumadas, llamándonos á voces para que acudiésemos á donde estaban.

—¡Un nido! ¡un nido! gritaron al acercarnos.

En efecto, al reunirme con ellos ví el nido, si tal puede llamarse un agujero en la arena, que contenia simétricamente colocados como hasta veinte y cinco huevos de avestrúz, tamaños como cabezas de niños recien nacidos.

—¡Cuidado! ¡cuidado! dije á los aturdidos, que ya iban á echarles mano; no los toqueis, ni trastorneis el órden en que están colocados, pues la hembra no entraria más en el nido, y no lograríamos desquitarnos de la desgraciada caza de esta mañana.

Preguntéles cómo lo habian encontrado estando tan oculto.

—Muy sencillamente, respondió Ernesto; pareciéndome que una de las hembras, la última que voló huyendo de los perros, habia saltado de repente del suelo, acudióme la idea de que se levantaria del nido; Santiago fue de la misma opinion; comenzámos á buscarle acompañados del chacal que, habiéndolo olfateado, dió con él de buenas á primeras, rompió un huevo del que salió un polluelo, el cual devoró al punto, y hubiera dado fin con todos si no se lo impidiéramos.

—Esta es otra de las hazañas de tu discípulo, dije á Santiago; por lo visto, aun te falta mucho para completar su educacion; y sólo á fuerza de palos conseguirás corregirle de esa voraz costumbre.

A pesar de mis observaciones, los niños deseaban apoderarse de los huevos,

con la esperanza, decian, de que puestos al ardor del sol, durante el dia y bien cubiertos por la noche, lograrian sacar á luz los hijuelos.

Sobre esto hice presente á Federico que, pesando cada huevo á lo ménos tres libras, el nido entero pesaria sobre ciento, lo que imposibilitaba su traslacion por un desierto donde apénas podíamos soportar el peso de las armas y morrales, y que además era muy dudoso que la influencia de la madre pudiera reemplazarse por un calor artificial. Sin embargo, como estaban preocupados con su idea, recordéles lo que habian leido acerca de los hornos de que se sacan los pollos en Egipto, quedando convenido, prévio mi consentimiento, que cada cual traeria un huevo envuelto en el pañuelo, previniéndoles únicamente que los sacasen con tiento del nido sin tocar á los que quedasen, pues de lo contrario al volver la madre y notar el menor desórden los romperia todos al instante.

Al irnos tuvímos la precaucion de dejar señalado el sitio do se hallaba el nido con una cruz de madera, para poderlo encontrar al dia siguiente.

El exceso de peso que sobrecargaba á mis hijos, poco á poco les fué siendo molesto, y á no ser por el bien parecer, de buena gana hubieran renunciado á los avestruces por no llevar los huevos; pero no dieron su brazo á torcer, y seguímos adelante.

Para ganar el tiempo perdido con tantas detenciones, acercámonos á las rocas, y al paso encontrámos una laguna, confluencia sin duda de numerosos manantiales que de ellas brotaban. Aquí encontrámos las huellas de los perros y del mono, por lo que quedó averiguado el cómo y dónde apagaron su sed y se refrescaron con el baño. Aprovechando el escaso ambiente que allí corria, hicímos alto para tomar un bocado y proveernos nuevamente de agua. Desde aquel punto divisábamos los rebaños de búfalos, monos y antílopes; mas estaban tan léjos que no nos daban el menor cuidado, si bien se encontraban huellas recientes por los alrededores de varios animales, sin reconocer alguna que pudiera ser de la serpiente, que era lo que más nos importaba.

Dispuestos estábamos á proseguir el camino, cuando el chacal de Santiago hizo un descubrimiento. De pronto le vímos escarbar entre la arena, y asomó un bulto redondo que se disponia á reconocer con los dientes. Santiago lo notó, se lo quitó y me lo trajo. A primera vista parecia una como bola informe de tierra húmeda; pero echándola en el agua para enterarme mejor, me encontré que lo que tomara por raíz ú otro objeto insensible era una criatura viviente, y nada ménos que una tortuga de la especie más pequeña, apénas del tamaño de una pera comun, y que echó á andar.

—¡Calla! exclamó Federico; no creia que existiesen tortugas sino en el mar. ¿Cómo habrá podido esta llegar hasta aquí?

—¿Quién sabe? dijo Ernesto; quizá en este desierto habrá caido una lluvia de tortugas, como en otro tiempo cayó en Roma otra de ranas.

—¡Alto ahí, señor sabio! respondí; la observacion irónica no revela tu cien-

cia, pues á pesar de lo que has leido afectas ignorar que hay tortugas de tierra y de agua dulce de la familia de esta, que no sólo se encuentran en charcos como el que ves, sino en estanques y jardines, destinadas á limpiarlos de caracoles, orugas y otras mil clases de insectos.

—Siendo así, añadió Ernesto, llevemos unas pocas á mamá para que desempeñen el mismo oficio en la huerta, reservando una para el gabinete de historia natural.

El chacal continuó en su operacion de escarbar la tierra, y en un instante nos encontrámos con doce tortugas, que metí en el zurron. Federico reiteró su pregunta sobre las diferentes especies de tortugas.

—Estas, dije, se crian ordinariamente en las llanuras, ya secas, ya pantanosas del Cabo de Buena Esperanza. Durante el rigor del estío, cuando el sol convierte en vastos arenales aquellos campos, cubiertos ántes de vegetacion, las tortugas se soterran en la arena á bastante profundidad, saliendo cuando sobrevienen las lluvias y con ellas el frescor de la temperatura. Sucede con estos animales lo que con otros varios de Europa, que pasan parte del año ocultos bajo la tierra. Las ranas viven durante el invierno sumergidas en el cenagoso fondo de las lagunas, y ¿quién ignora que las marmotas en nuestras montañas se sepultan miéntras dura la mala estacion en lo más profundo de sus vivares, durmiendo todo ese tiempo?

CAPÍTULO XLIV.

La pradera.—Terror de Ernesto.—Combate con los osos.—Tierra de porcelana.—El condor.

Despues de haber descansado un rato, se puso en pié la caravana y continuó la interrumpida marcha. Desviándonos de la orilla de la laguna, seguímos costeando un arroyuelo que de aquella procedia, y que directamente guiaba á las rocas donde por primera vez descansámos. Era delicioso aquel camino comparado con el anterior. Habia árboles, verdor; en fin, la fresca vegetacion que tanto anima y caracteriza las orillas de los rios. Era un oásis en medio del desierto de hasta dos leguas de extension, al pié siempre de la cadena de montañas que constituia los límites de nuestros dominios. Su anchura sería como de media legua, regado en toda su extension por el arroyo cuyo orígen acabábamos de ver, y engrosado despues por aguas subterráneas que daban vida y fecundidad á la comarca.

A lo léjos, y por todos lados, se divisaban manadas de búfalos y antílopes que pastaban tranquilamente; pero al acercarnos y ver á los perros, que siempre iban de vanguardia, huian despavoridos escondiéndose en la espesura del monte.

Sea que la amenidad del sitio distrajese el cansancio, que el calor fuese ménos intenso, ó que el deseo de llegar pronto á un asilo seguro hiciese más llevadero el camino, lo cierto era que nadie se detenia, ni se oian quejas ni suspiros; y si bien la única conquista obtenida hasta aquel momento se reducia á unos cuantos huevos de avestruz y algunos galápagos, la culpa no era nuestra, sino de la caza, que no se habia presentado á tiro.

Media hora escasa nos faltaria para llegar á la caverna del chacal, donde pensábamos pasar el resto del dia, cuando Santiago y Federico se pararon para



Fritz se encargó del otro oso y con su arma le atravesó el corazon.

mudar de brazo la carga. Paréme como ellos; pero Ernesto continuó andando sin hacer caso de nosotros, con ánimo sin duda de anticiparse á gozar de la sombra y reposo de la gruta.

—Mucha prisa lleva el sabio para encontrar sombra, dijo Santiago riéndose al verle tan presuroso; quizá cuando lleguemos estará ya durmiendo la siesta.

No bien acabó el niño de pronunciar la última frase, cuando oímos una voz de alarma seguido de agudos aullidos de los perros y de un bramido que el eco repetiá. La voz era la de Ernesto, que todo demudado y casi sin aliento llegó donde estábamos, y se echó en mis brazos diciendo:

—¡Papá! ¡papá! ¡un oso! ¡un oso! ¡Ahí viene!

Y el pobre chico, más muerto que vivo, no pudo pronunciar más palabra. El susto y la sorpresa de la noticia me impidieron tranquilizarle y reanimar su valor, y ménos cuando de repente se apareció un disforme oso, al que seguia otro á corta distancia.

Un frio glacial cuajó de pronto la sangre en mis venas, tal fue el instantáneo terror que me sobrecogió; sin embargo, prevaleciendo el instinto de la propia conservacion:

—¡Valor, hijos mios! ¡valor y serenidad! fue lo único que pude decir; y uniendo la accion á la palabra, me eché la carabina á la cara para recibir al enemigo. Federico hizo lo mismo, y con una resolucion y sangre fria muy superiores á su edad, se colocó á mi lado. Santiago preparó igualmente su arma, si bien quedándose á retaguardia; y Ernesto, que en su aturdimiento habia arrojado la suya para huir más ligero, se desvió á mayor distancia.

Los perros entre tanto habian ya trabado la pelea, y cuerpo á cuerpo luchaban con sus terribles adversarios. Federico y yo disparámos á un tiempo, y aunque los tiros no hirieron de muerte á ambas fieras, fueron bastante certeros para que la primera quedase con una mandíbula rota, y la segunda con tres costillas y un brazuelo ménos, lo que por de pronto impedia, al uno morder, y al otro echar la garra. Nuestros fieles compañeros seguian haciendo prodigios de valor: luchaban con inteligencia superior á su instinto, y la sangre teñia la arena. Bien hubiéramos querido disparar segunda vez, pero se hallaban tan revueltos los combatientes, que casi era seguro herir ó matar alguno de los perros. En este conflicto resolvímos avanzar, y estando ya á cuatro pasos de los osos, disparé á boca de jarro un pistoletazo á la cabeza de uno, y Federico hizo lo propio con el otro pasándole el corazon. Un imponente rugido siguióse á las detonaciones, rugido que aun nos hizo temblar, y tras una corta agonía espiraron á nuestros piés.

—¡Alabado sea Dios! exclamé al verlos caer, alzando al cielo las manos. ¡Demos gracias al Señor, que por tercera vez nos ha salvado la vida!

Mudos de espanto permanecímos sin articular palabra durante algunos segundos, contemplando el resultado de la victoria. Los perros, aunque heridos y

todos cubiertos de sangre, encarnizados en su presa, seguian cebándose en ella, cuando Santiago, que si no tomara parte activa en la lucha, al ménos no habia retrocedido un paso, trajo consigo al pobre Ernesto que aun temblaba como un azogado. Luego que le ví algo más sosegado le pregunté por qué se habia separado de nosotros, y prevínele que nos refiriese su encuentro con las fieras.

—¡Ah! respondió con temblorosa voz y apuntando las lágrimas á sus ojos; ocurrióseme adelantarme, no tanto por llegar el primero á la gruta como por asustar á Santiago, escondiéndome é imitando el rugido del oso cuando estuviera cerca. Dios, sin duda, para castigar mi mal pensamiento, ha permitido que me encontrase con verdaderos osos que me causasen el daño que trataba de causar á otro. No sé cómo tuve valor y fuerzas para llegar hasta donde V. estaba. El Señor ha tenido misericordia de mí.

—Hé ahí, respondí, cómo Dios castiga á tiempo hasta los malos pensamientos; y además ¿cómo no calculaste las consecuencias que pudieran haber surgido en perjuicio de tu hermano de tan pesada broma?

No quise extender más la reprimenda porque estaba á la vista su arrepentimiento; pero sí aproveché la ocasion para dar á conocer á mis hijos el riesgo en las absurdas sorpresas, que tomadas como diversion y para reirse despues, es fácil que acarreen funestos resultados.

—Vamos, que la caza de hoy no ha sido mala, dije á los niños variando de tono; pues vale tanto como la muerte del boa. Al ménos estos osos ya no podrán acercarse á nuestra morada.

Santiago fue el primero que me preguntó cómo se explicaba la presencia de esa clase de animales en un clima tan cálido como en el que habitábamos.

—Tampoco lo comprendo, ni sabré explicártelo, respondí, á no suponer que no pertenezcan á la familia de los de Europa, ó hayan venido de la América del Norte, ó bien sean originarios de una raza particular encontrada há poco en el Tibet.

Esta grave cuestion era de corta importancia para mis jóvenes é intrépidos cazadores que, llenos de alegría por tan notable victoria, con la mayor sangre fria se paseaban al redor de los mónstruos, examinando sus heridas, sus fuertes y agudas garras, pasando los dedos por los largos y afilados colmillos, y las manos por su áspera y poblada piel negra con manchas blancas. No ménos les admiró su corpulencia, pues el mayor tendria sobre ocho piés de largo y poco ménos el otro. El resultado del exámen fue que debíamos darnos por contentos y satisfechos con haber quitado de por medio y á tan poca costa semejantes alimañas. La victoria borra el miedo por grande que haya sido.

—Y ahora ¿qué vamos á hacer con estos animales? pregunté á mis compañeros.

Siempre raro en sus cosas, optó Santiago por que de la piel de las cabezas se hiciesen cascos para asustar con esa tremebunda facha á los enemigos que vinieran á ofendernos. Ménos belicoso Ernesto, propuso que las pieles se

empleasen como mantas de campaña, ó como alfombras para que hiciesen ménos sensible la humedad del suelo.

Era ya demasiado tarde para emprender nada, y cerré la discusion exhortándoles á que apresurasen los preparativos para el regreso que debia emprenderse al dia siguiente. Aprobóse el proyecto por unanimidad, ya porque despues de la brusca aparicion de las fieras nadie queria pasar la noche en aquel sitio, ya en consideracion á las grandes heridas de los perros que debian curarse pronto.

Los cadáveres de los osos se metieron en la caverna cubriéndolos con maleza para que las aves de rapiña no los devorasen, y los huevos de avestruz, cuyo peso retardaba la marcha, se enterraron en la arena hasta que hubiese ocasion de recogerlos, única manera de poderlos conservar.

La perspectiva de pasar una buena noche y la indispensable y suculenta cena dió alas á nuestros piés; y aun el sol no acababa de trasponer el horizonte cuando ya estábamos reunidos con la buena madre y Franz, que nos recibieron con las mayores demostraciones de alegría. El buen fuego y la mejor cena reanimaron nuestras fuerzas, recompensando superabundantemente los sustos y fatigas pasadas.

Como era natural, lo primero que se contó fue la gran victoria del dia; y maese Santiago, que era el que ménos á ella habia contribuido, desquitóse charlando más que siete. Los heróicos, aunque horrorosos detalles de esta aventura, á pesar de su felix éxito, no dejaron de estremecer á mi esposa, que no pudo ocultar las lágrimas que acudieron á sus ojos al pensar en el inminente riesgo en que estuviera nuestra vida; y por más que traté de tranquilizarla y distraerla encomiándola hasta las nubes la carne del oso que iba á acrecentar las provisiones de invierno, no alcancé á que la cobrase aficion, diciéndome que ántes bien la causaria repugnancia al considerar el riesgo en que nos pusieron. Sin embargo, convenímos en juntarnos todos al dia siguiente muy temprano en el campo de batalla para deliberar el mejor partido que pudiera sacarse de tan importante captura.

Mi buena esposa me contó su ocupacion y la de su hijo durante nuestra ausencia. Acompañada de este, habia descubierto á orillas del arroyo una tierra fina, blanca, arcillosa y grasienta que en su sentir podria servirnos para hacer porcelana; y los dos habian recogido entre las rocas en vasijas de bambú suficiente agua para abrevar el gánado, y por último, á fuerza de constancia y paciencia habian llevado á la entrada del desfiladero los primeros materiales para la edificacion del proyectado fuerte.

La agradecí, como se merecia, sus esmerados cuidados, de los que esperaba sacar partido á debido tiempo; y para comenzar los experimentos tomé un poco de la tierra recien descubierta y que se suponia ser de porcelana, y haciendo con ella dos bolas, las coloqué en una grande hoguera que debia durar toda la noche, agregando algunos hachones para que el resplandor alejase las fieras. Los

perros, cuyas heridas ya habia lavado y untado bien con manteca fresca mi esposa, echáronse junto á la hoguera. Luego entrámos en la tienda, y un sueño reparador nos cerró pronto los párpados.

Con bastante pereza nos levantámos al siguiente dia no muy temprano, pues como suele decirse las sábanas se nos habian pegado, y tuvímos que hacer un supremo esfuerzo para abandonarlas. Mi primer cuidado fue reconocer el fuego, donde encontré las dos bolas de tierra completamente vitrificadas, si bien la fusion habia sido demasiado rápida, inconveniente fácil de remediar cuando llegase el caso. Contaba ya pues con medios para hacer loza, que era lo principal. Concluidos los piadosos deberes y despues del desayuno, se uncieron las bestias al carro y tomámos el camino de la caverna, cuya entrada en breve divisámos.

Al aproximarnos la vimos ocupada por una bandada de aves, que por su forma, color y otras circunstancias, al pronto nos parecieron pavos, cuando de cerca no descubrímos sino aves de rapiña que aprovechaban los restos de los osos, entrando y saliendo de la caverna en confusa algazara, con buenos pedazos de carne en el pico. En vista de los numerosos entrantes y salientes colegí que ya eran dichosos y que el viaje iba á ser en balde, no encontrando sino la pelada osamenta de la gran caza de la víspera. Además, no sabíamos cómo penetrar en la gruta, pues por lo visto nuestra presencia no parecia inquietar á las rapaces bestias. De repente oímos un rumoroso aleteo sobre nuestras cabezas y una gran sombra negra en el suelo. Alzámos los ojos: era un pájaro disforme de prodigiosa fuerza, cuyas extendidas alas abrazaban un espacio de quince ó diez y seis piés; dirigíase á la caverna, y al descender, disparándole Federico la carabina, cayó al punto inerte á nuestros piés, herido mortalmente en el corazon, de donde la sangre salia á borbotones.

El estampido asustó á las aves que estaban dentro y fuera de la caverna, las cuales desaparecieron como el humo chillando á más no poder y dejándonos el campo libre. En seguida examinámos el mónstruo alado, y vímos que era un condor de la mayor especie (1).

Por fin entrámos en la gruta, donde encontrámos medio despedazado uno de los osos, y el otro casi vaciadas las entrañas, lo que nos ahorró parte del trabajo. Se aprovecharon las pieles de ambas fieras, desollándolas, la carne aun intacta, y el resto se echó á los perros.

Un dia entero se necesitó para la preparacion de la carne de los osos. Se cortaron primero los jamones, luego las patas que, cocidas y aliñadas, segun opinion de los gastrónomos, eran un plato exquisito; en seguida se cortó el resto de

(1) El condor ó gran buitre de las Indias es sin disputa la mayor ave que se conoce en nuestro continente. Habita en la América Meridional y anida en las nieves perpétuas de los Andes. Vive en bandadas numerosas y remóntase á más de mil toesas. Cuanto se sabe de su historia se debe al célebre Humbolt, que lo observó en la misma cordillera de los Andes. (*Nota del Trad.*)

la carne en grandes lonjas, ahumándolo todo á un fuego de leña verde preparado al intento. Sacáronse más de cien libras de grasa, la cual cuidadosamente se guardó en barriles de bambú. Mi esposa la apreció ante todo, porque á más de lo que podia servirla para la cocina, tampoco ignoraba que con ella se hacian tan ricas tostadas como con la manteca de vaca. Las pieles bien lavadas con agua del mar y restregadas con ceniza y arena quedaron regularmente curtidas, y aunque mis conocimientos en ese arte eran bastante medianos, no quedé descontento de mi trabajo. A lo ménos no tuve que recurrir al medio de que, segun dicen, se valen los groelandeses para curtir las pieles, que consiste en aderezarlas con los dientes. No quedó pues de ambas fieras sino el esqueleto, cuya limpieza quedó à cargo de los perros y aves de rapiña, dejando unos y otros en breve los huesos tan mondos, que desde luego pudieran labrarse y figurar en nuestro museo: honor que sólo se dispensó á los cráneos.

Mucho sentí hallarme tan léjos del sitio donde se encontraba el ravensara, cuyas hojas y corteza comunicó tan buen olor al asado otaitiano que hizo Federico; pero entre el abundante ramaje que los niños trajeron para ahumar la carne, reparé en una especie de bejuco cuya fragancia me llamó la atencion. Examiné su fruto y ví que era pimienta de la mejor clase, descubrimiento que me colmó de alegría. Seguro de que no me equivocaba, empezámos á rebuscar, y en breve se recogieron más de cinco libras de esa especia, verdadero tesoro para nuestra cocina y mayor para la conservacion de infinitos objetos que el excesivo calor echaba á perder á pesar del esmero con que se preparaban. Las pieles, los jamones y la carne en cecina recibieron la primera aplicacion del nuevo descubrimiento. Tuve buen cuidado de arrancar algunos plantones de aquel arbusto para el huerto.

Tras los osos llegó el turno al condor. Destinada esta ave gigantesca para adorno del museo, la descarnámos, y bien salpimentada por dentro se rellenó de algodon y musgo seco, con lo cual quedó perfectamente disecada, reservando para otra ocasion darla la actitud y forma adecuadas para figurar en la seccion zoológica del gabinete de historia natural.

CAPÍTULO XLV.

Nueva excursion.—Conejo de Angora.—Antilope.—Cuco indicador.—Vidrio fósil.

Más de dos dias empleámos en tan pacíficas y mecánicas faenas, poco adaptadas al inquieto y turbulento carácter de mis hijos, á quienes, no ocurriendo por de pronto más que hacer, iba ya fastidiando la inaccion; y así, tanto para interrumpir la monotonía de nuestra vida, como para ensayar su valor y resolucion, les propuse que solos penetrasen por segunda vez en la gran vega para entretenerse cazando ó haciendo algun nuevo descubrimiento.

Aceptaron la proposicion con alegría, excepto Ernesto, que pidió y obtuvo el permiso de quedarse con nosotros, pues Franz, á quien yo hubiera preferido conservar, me instó tanto para que le dejase ir con sus hermanos, que no pude ménos de acceder á sus ruegos.

En seguida los tres aparejaron las cabalgaduras que pastaban á orillas del arroyo, y dispuesto lo necesario para emprender la marcha, montaron en seguida, y despues de saludarnos con cierto aire solemne corrieron alegres al desierto.

—¡Hételos ahí, me dije, entregados en manos de la Providencia y de sus propios recursos! Verdad es que conocia la necesidad, en nuestra posicion, de habituarlos á ir obrando por sí y á guiarse por su prudencia. Un accidente imprevisto podia privarles de sus padres, y en ese caso ¡cómo hubieran podido habituarse á esa falta! Sin embargo, este primer ensayo me entristeció, y les ví con pena alejarse de nosotros. Me consolaba únicamente la confianza que tenia en el valor y serenidad de Federico; además, se encontraban bien montados y armados, y ya habian demostrado en otras ocasiones su valor é inteligencia. ¡Dios vaya con vosotros! añadí suspirando. El que por dos veces devolvió los hijos de Jacob á su anciano padre, hará lo mismo con los mios, y los guiará en el desierto.

Cuando no los alcanzaron ya mis ojos, entréme en la caverna á seguir ocupándome con mi esposa en las faenas domésticas que teníamos siempre entre manos, miéntras Ernesto, sentado tranquilamente en la arena, se puso á labrar unos vasos y tazas con los cascarones de los huevos de avestruz, habiéndonos asegurado, por haberlos sumergido ántes en agua caliente, que los polluelos que contenian, aun no del todo acabados de formar, habian ya muerto. Instruí al niño cómo se debia manejar para dividir por la mitad los cascarones sin romperlos, que consistia en rodearlos con un hilo bien empapado en vinagre fuerte. La accion del ácido en la costra calcárea del huevo iba poco á poco hendiéndola circularmente hasta que se separaban ambas partes; sin embargo, la película que se encontró debajo era tan fuerte, que fue necesario un cortaplumas para cortarla, pues tenia toda la dureza y elasticidad del pergamino.

Concluida la operacion, se emprendió otra. Al reconocer el interior de la gruta, en cuya cavidad no se veia mas que piedra, habia descubierto diferentes mezclas de productos minerales, entre otros una capa de amianto, especie de filamento pedregoso y bien conocido por su cualidad de incombustible. Al separarla hallé detras un gran trozo de talco trasparente ó selenita (1) de más de dos piés de alto por otros tantos de ancho, que con ayuda de Ernesto pude dividir en planchas del grueso de un espejo comun. Tan indiferente mi esposa por lo general á los más de nuestros descubrimientos, no pudo contener su alegría al considerar este precioso mineral que la proveia de vidrios, cuya falta sentia mucho.

Ocupada en esto gran parte del dia, al caer la tarde nos sentámos en el hogar, donde nuestra cocinera estaba muy atareada aderezando con todo el esmero imaginable una de las patas del oso, que habia tenido bastante tiempo en salmuera, y el apetitoso olor que despedia la cacerola daba ya idea de lo bien que sabria al paladar. Aguardando tranquilamente el regreso de los cazadores, nos pusímos á charlar.

—Papá, me dijo Ernesto, si le pareciese á V. bien, debíamos hacer de esta cavérna otra morada y fortificarla á lo Robinson.

—¿Qué quieres decir con eso de fortificarla á lo Robinson? le pregunté.

—Resguardar su entrada contra cualquiera clase de ataque á la manera que lo hizo Robinson sin emplear mampostería, plantando sólo árboles simétricamente al rededor, tan espesos que acabasen por enlazarse, dando por resultado una muralla impenetrable.

—Eso está muy bien; pero hasta que esos árboles se arraiguen, crezcan y se entrelacen, ¿qué defensa habrá?

(1) El talco es una sustancia mineral que se compone de silicato de magnesia mezclado con óxido de hierro y alumina. A veces se confunde el talco con ciertas variedades de serpentina. El de que aquí se habla cristalizado en prisma suele ser una variedad del mica que ha sufrido un principio de descomposicion. El talco se encuentra en forma de planchas y se divide en dos variedades principales: el talco laminar y el escamoso. (*Nota del Trad.*)

Mi objecion embarazó un poco al sabio; mas alabé su imaginacion diciéndole que tal vez algun dia se tomase en consideracion su plan por no dejar abandonada esta caverna, que considerada como apeadero, era importante como punto de partida para las incursiones en el llano.

La conversacion fue interrumpida por el regreso de los intrépidos cazadores, que alegres y contentos volvian de su expedicion. Mucho ántes de llegar oimos la algazara que movian. A pocos instantes estaban en nuestra compañía. Apearse, desaparejar las bestias y arrendarlas á los árboles fue obra de un momento.

Santiago y Franz traian cada cual al cuello un cabritillo, cuyas patas estaban liadas por delante, y el zurron de Federico me pareció repleto.

—¡Buena caza! ¡buena! exclamó Santiago; á fe que mi corcel se ha portado á las mil maravillas. ¡Si V. le hubiera visto, papá, ni un gamo corre más! Federico trae en el morral dos saltarines que nos han hecho rabiar mucho, pero al fin se han dejado coger... Mire V., mamá, aquí traigo corbatas á lo Robinson.

—Sí, sí, interrumpieron Franz y Federico, trae un par de conejos de angora en el zurron y un cuclillo tan complaciente que nos ha enseñado una colmena grandísima atestada de miel.

—Os falta lo mejor, añadió Federico; hemos hecho prisionera una manada entera de antílopes, obligándoles á entrar por el desfiladero en nuestros dominios, y así ya podrémos cazarlos cuando nos convenga.

—Vaya, celébrolo todo infinito, les respondí; pero lo más importante en este dia es que Dios haya devuelto sanos y salvos á un padre sus tres hijos abandonados en medio del desierto. Demos gracias al Señor, amigos mios, por este nuevo favor. Ahora ya podeis contar detalladamente vuestra expedicion para que me sirva de gobierno en lo sucesivo.

En seguida reparé en Santiago que traia la cara abotagada y colorada como un tomate.

—¿De dónde te ha venido, le pregunté, esa gordura repentina y ese color tan subido? Tus aventuras habrán sido un si es no es peligrosas. Cuéntanos, cuéntanos.

Federico se anticipó á hablar.

—Voy á referir, papá, punto por punto cuanto nos ha pasado. Dirigímonos desde luego al hermoso valle que vímos há pocos dias para atravesar el arroyo y penetrar en la gran vega. Galopando siempre, al cabo de un rato llegámos á descubrir dos grandes rebaños de cuadrúpedos pequeños sin distinguir su especie, pudiendo ser cabras, antílopes ó gacelas. Lo primero de que cuidámos fue llamar los perros y tenerlos siempre inmediatos, porque la experiencia me ha enseñado en nuestras cacerías que los animales montaraces más temen á los perros que á los hombres.

Cuando llegámos á conveniente distancia, decidióse por unanimidad apoderarnos de todo aquel ganado, y para conseguirlo dividí mis fuerzas á fin de mul-

tiplicar el ataque; Franz debia ir por la parte del arroyo, Santiago por el centro, miéntras yo sostendria el ala derecha impeliendo al centro los animales que tratasen de dispersarse por el llano. Colocados cada cual en su puesto, comenzó la batida; pero uno de los rebaños, que al parecer no hicieron alto en nosotros, pasó el arroyo tan tranquilamente como si un pastor lo guiara; otro quedó inmóvil, y sólo cuando estuvímos casi encima advirtió nuestra presencia. Los grupos más avanzados que estaban echados sobre la yerba se levantaron alargando el cuello y estirando las orejas, los demas les siguieron, y el rebaño entero apercibióse á emprender la fuga; mas ya era tarde: á una señal mia emprendímos todos el galope, y los perros se portaron tan bien en el ojeo que el ganado, en masas compactas, si bien arremolinado, retrocedió, pasó el arroyo, engolfándose en el desfiladero que separa el valle de la llanura, y con la mayor alegría le vímos desaparecer en sus gargantas. Lo más ya estaba hecho, que era conseguir el paso de los prisioneros del desierto á nuestros dominios; faltaba ahora acostumbrarlos á su nueva morada, á cuyo efecto discurrímos varios medios, que todos tenian sus inconvenientes, hasta que adoptámos el de poner atravesada á lo ancho del paso una larga cuerda y suspender de ella las plumas de avestruz que afortunadamente conservábamos en los sombreros. Con esto y añadir algunos jirones de nuestros pañuelos creímos, y con fundamento, que esa especie de espantajos bastaria para que animales tan tímidos como el antílope y la gacela no se les acercasen ni de cien varas.

—¡Bravísimo, Federico! ¡excelente invencion! dije interrumpiendo su relato. Tu expediente no puede ser mejor, al ménos durante la claridad del dia; en cuanto á la noche, cuya oscuridad evitará que se vean tus colgajos, ya buscarémos otro medio que surta el mismo efecto. Por de pronto el aullido de los chacales retendrá á los nuevos huéspedes en nuestro paraíso. Pero ahora pregunto: ¿es acaso de tu invencion esa idea?

—Francamente, no: la debo á Levaillant, que la consigna en su *Viaje al Cabo de Buena Esperanza*, donde dice que los hotentotes se valen de esa estratagema para retener al rededor de sus rancherías los antílopes que han cazado.

—¡Muy bien! respondí entónces á mi hijo; veo con placer que sacas fruto de la lectura. Con esto comprenderás la utilidad que á veces resulta de apropiarse lo que por deleite se ha leido en los libros. ¡Quién te habia de decir cuando leias á Levaillant, que llegaria dia en que pusieses por obra en una anchurosa soledad del Nuevo Mundo el sistema de los hotentotes para cazar antílopes! Pero díme: ¿qué piensas hacer de los conejos? Supongo que no los destinarás para la huerta: ¡pobre de ella si entrasen!

—No por cierto, pues tenemos dos islas á nuestra disposicion donde pueden alojarse sin causar daño. En la del Tiburon, por ejemplo, podria establecerse un magnífico vivar con sólo hacer una plantacion de nabos y coles y con las patatas que sobrasen del invierno se multiplicaria esa raza sin inquietarnos, propor-

cionándonos abundantes pieles para la sombrerería, y caza segura para la cocina.

—De esa manera no me opongo á que entren en nuestro reino esos señores. Tu plan es excelente, y como á exclusivo autor te confio la ejecucion. Pero ahora te repito: ¿cómo te has compuesto para cogerlos vivos?

—Al águila se debe la captura: ella fue la que se arrojó con tal impetuosidad sobre una porcion de ellos, que huian como desesperados al vernos, y obligados á entrar de tropel en la madriguera, con la mano pude coger un par miéntras ella devoraba otro.

Prolija encontraba Santiago la narracion de su hermano, y conociendo yo que se moria por hablar de sus aventuras personales, le concedí el uso de la palabra.

—Ahora me toca á mí, y por cierto que no seré tan difuso como mi hermano. Miéntras Federico estaba á vueltas con sus conejos, Franz y yo seguíamos andando, cuando de repente observámos que los perros corrian hácia una espesura cercana; los seguímos al galope, y saltaron dos animalejos que, segun la ligereza con que huian, tomé por liebres; empero al cabo de un cuarto de hora rendidos de fatiga pudímos cogerlos ántes que los perros se echasen encima. Hélos aquí, añadió el narrador poniéndolos de manifiesto; los que yo creia liebres me parece que son dos cervatillos.

—Pues á mí me parecen antílopes, interrumpí, y les podemos dar la bienvenida.

—Sean lo que se quiera, la caza ha sido interesante, y tanto los corceles como los jinetes han cumplido su deber. Despues de frotar con víno de palmera los entumecidos miembros de los prisioneros, nos los echámos á cuestas, y montando de nuevo nos reunímos con Federico, que abrió tanto ojo al ver nuestra captura.

—Pero si te fué tan bien en la caza ¿de qué proviene esa hinchazon en el rostro que me está llamando la atencion hace una hora? No parece sino que un enjambre de mosquitos se han cebado en él.

—Lo que V. extraña, papá, tiene un orígen digno y caballeresco. Al dar la vuelta á la habitacion, reparámos en un pájaro desconocido que revoloteaba precediéndonos algunos pasos, parándose y levantándose al acercarnos, como si quisiera guiarnos hácia un objeto desconocido ó burlarse de nosotros. Franz estaba por lo primero, yo por lo segundo, y sin andarme en chiquitas le apunté la carabina, cuando Federico me recordó que estaba cargada con bala, por lo que el tiro podia contarse por perdido. «Vale más, dijo, que sigamos al ave hasta ver donde se posa; ¿quién sabe si nos proporcionará algun descubrimiento?» Seguí su consejo; y en efecto, al cabo de un rato se paró sobre un nido de abejas artísticamente construido en la misma tierra, en torno del cual zumbaban los enjambres como si fuera una colmena. Hicímos alto para combinar un plan para apoderarnos de semejante tesoro. Cada cual dió su parecer y nada se deci-

dió; Franz se acordaba bien de lo mal librado que salió en Falkenhorst cuando la echó de valiente en la colmena de la higuera del palacio aereo, y no estaba por nuevas tentativas; Federico, como general más entendido en teoría que en práctica, mostrábase muy ardoroso en el consejo, pero algo tibio en la ejecucion. El medio más breve y sencillo era, segun él, destruir el enjambre arrimándole pajuelas de las que yo llevaba en el morral. Como nadie queria poner el cascabel al gato, como suele decirse, lo tomé por mi cuenta, é introduje una pajuela encendida por la boca de la colmena; pero ¡qué revolucion se armó entónces! Jamás imaginara que animales tan pequeños se convirtiesen en enemigos tan formidables. No parecia sino que la tierra los vomitaba á millares, embistiéndome con tal impetuosidad y acribillándome de tal manera la cara, que sin poder valerme pusiéronmela como V. lo ve, quedándome apénas tiempo para montar y huir á todo escape, sacudiéndome los bichos que tenia encima. Mis hermanos me siguieron; pero como se quedaron á prudente distancia, se libraron del chubasco.

—Ahí tienes, dije, el castigo de tu imprudente agresion, leccion práctica de historia natural, que estoy seguro de que no se borrará de tu memoria, aunque vivas mil años. Ahora avístate con tu madre, que te calmará la inflamacion con los remedios que conoce. En el ínterin soltarémos estos pobres prisioneros y decidirémos en definitiva cuál ha de ser su destino. Hubo discordancia entre si los conejos y los tiernos antílopes se quedarian en Falsenheim, ó si se les abandonaria, como Federico opinaba, en uno de los islotes de la costa. Los demas niños hubieran preferido conservar unos y otros para domesticarlos y divertirse con ellos; pero las consideraciones por su misma seguridad nos inclinaron al otro parecer, y acordóse que los animales tendrian por anchurosa morada la isla entera del Tiburon. Para trasladarlos arreglámos desde luego un jaulon de mimbres con heno en el fondo, donde encerrámos los antílopes, que eran lo más lindo que se podia ver. Apénas tendrian diez ó doce pulgadas de altura, y sus delicados miembros no dejaban la menor duda sobre su especie (1). Cerrado el canasto, se colgó provisionalmente de un árbol. Para los conejos de angora se empleó el mismo sistema.

En tanto no podia desterrar de la mente el extraño pájaro, que con tanta seguridad y confianza habia guiado á los niños hasta la colmena subterránea. Desde luego creí sería el cuco llamado indicador por los naturalistas (2); pero

(1) Los antílopes se parecen á los ciervos en el aspecto, ligereza, y lagrimales en la mayor parte de especies. La que aquí se cita es la del llamado antílope real, *Guevey*, ó rey de los cervatillos, la menor de las conocidas. La altura del cuarto delantero apénas pasa de doce á quince pulgadas. Se le cuenta por tan ágil que puede saltar á la altura de doce piés, lo cual parece exagerado.

(2) Este pájaro, que efectivamente se llama *cuco indicador*, tiene esa particularidad y á veces llama tambien á la zorra para que le ayude á descubrir los panales de que, por estar la colmena bajo tierra, ó por temor al aguijon de las abejas, no puede ó no se atreve á apoderarse. La más comun de estas aves es el *indicator major*, que habita en el Cabo de Buena Esperanza. *(Notas del Trad.)*

encontrándose la costa totalmente deshabitada, ¿cómo habia podido reconocer al hombre? ¿quién le habia enseñado á servirle de guia, y quién le habia dicho que la miel es para él como para el cazador un apetitoso hallazgo, y que debia asociarle á su descubrimiento para obtener recompensa? ¿Acaso el interior del país estaria poblado por la raza humana, ó bien el ave ejerceria su instinto en provecho de los monos, osos, ú otros animales tan codiciosos de la miel como el hombre? Era indudable que el volátil, creyéndose impotente para llevar á cabo su designio, instintivamente se valia de la ayuda de otro animal más vigoroso que le facilitase su conquista.

Estas reflexiones, á las que mi fantasía les daba quizá mayor latitud de la que merecian, no dejaban de ser de alta importancia; pero todas se reducian á un pensamiento único, á estar siempre precavidos y no aventurarnos mucho al interior sino con gran cautela, redoblando el celo y vigilancia para no ser víctimas de alguna catástrofe imprevista. En consecuencia, no contento con mis primeros proyectos de fortificacion, concebí otro plan más estratégico, que consistia en construir una especie de reducto sólido y elevado, que dominando la costa de Felsenheim, y protegido por una batería de dos cañones, nos defendiese la retirada, castigando cualquier invasion que viniese del interior de la isla. Como accesorio, determiné igualmente cambiar el Puente de familia, de fijo que era, en levadizo ó colgante para cortar el paso por ese lado. ¡Tal era la aprension que me infundiera la conducta extraordinaria de un pájaro!

Para concluir las maravillas de tan memorable jornada, llegóme el turno de probar á mis cazadores que tampoco el sabio y yo nos habíamos dormido en las pajas durante su ausencia, enseñando con orgullo las muestras del talco ó vidrio fósil desprendido de la roca, lo cual excitó la satisfaccion general, que se acrecentó cuando mi esposa nos vino á anunciar que la mesa estaba puesta y el famoso asado de pata de oso esperando comensales. Al principio mirámos con asco el plato á pesar del excelente olor que despedia, por habérsele acudido á no sé quién la intempestiva ocurrencia de que la pata se parecia á la mano del hombre; pero Santiago, más resuelto y ménos aprensivo, rompió la valla, y con mi permiso comenzó á trinchar el asado. El apetito triunfó, y depuesta la repugnancia, vinímos á confesar que jamas habíamos comido manjar más sabroso y delicado. Verdad es que la cocinera habia puesto sus cinco sentidos para quedar airosa en el condimento.

Despues de cenar se encendieron las hogueras de costumbre, se renovó la provision de combustible en el chozo para acabar de ahumar la carne de los osos, cuya preparacion, hecha de otra manera, nos habria entretenido más de lo regular, y tranquilos respecto á las improvisas asechanzas de las fieras, entrámos á descansar en la tienda donde dormímos sosegadamente sin que nada interrumpiera nuestro apacible sueño.

CAPÍTULO XLVI.

Captura de un avestruz.—Vainilla.—Euforbio.—Huevos de avestruz.

Al rayar el dia desperté á mis hijos para disponer los preparativos de la vuelta. Nuestros trabajos podian darse por terminados; la carne de los osos ya se encontraba ahumada y en sazon, los barriles llenos de manteca y grasa, y la proximidad de la estacion lluviosa nos debia hacer pensar en la retirada para que no nos cogiese á tanta distancia de nuestra morada y de los recursos que en ella se contaban. Sin embargo, ántes de tomar la resolucion definitiva determiné efectuar otra incursion en el desierto que acabábamos de explorar. Me quedaba aun pendiente otra visita al nido de avestruces para ver si la fortuna me favorecia más que en la primera, y no queria renunciar á la goma de euforbio que ya habia manado por las incisiones practicadas en el tallo en el viaje precedente.

Levantados los niños, resolvióse verificar la proyectada expedicion á caballo. Federico me cedió el onagro, y él se acomodó en el pollino; Santiago y Franz cabalgaron en sus ordinarios corceles. En cuanto á maese Ernesto, aficionado cada vez más al reposo, quedó de guardian habitual de los bagajes con su madre, y nos vió partir sin la menor envidia. Habia sustituido á Franz en la plaza de marmiton de cocina, el cual se congratulaba de haberla dejado para asociarse á las expediciones de los hombres.

Encamínámonos con Turco y Bill al Valle verde, cuyos lugares encontrámos ilustrados por recuerdos de nuestro anterior viaje: el punto donde se aparecieron los osos, el pantano de las tortugas, y la roca desde donde Federico descubrió á los avestruces. Ese altillo lo denominámos *Torre de los árabes*, aludiendo á las extrañas conjeturas á que dió lugar la aparicion de aquellas aves que al principio fueron gravemente saludadas con la belicosa calificacion de árabes del desierto.

Santiago y Franz se echaron á divagar por la llanura, á cuya diversion no me opuse con tal de no perderles de vista. Federico quedó conmigo para ayu-

darme á recoger la goma del euforbio, que los rayos del sol habian ya coagulado. Mi prevision quedó recompensada por la abundante cosecha que encontrámos, pues los tallos estaban cubiertos de goma solidificada que recogí en las vasijas de bambú preparadas al efecto.

—Esta goma, dije, es un veneno de los más activos y sutiles que el reino vegetal produce. Abunda en los alrededores del Cabo de Buena Esperanza, cuyos habitantes lo emplean para emponzoñar las aguas estancadas donde las fieras acostumbran abrevar; y para evitar que el ganado doméstico caiga en ese lazo, suelen abrir junto á los manantiales que encuentran una balsita á donde conducen el agua, aislándola con piedras y arcilla de la corriente viva, y allí es donde arrojan la venenosa planta. Respecto de sus ganados, jamas les permiten aproximarse al agua, do quiera que se encuentre, sin que ántes la examinen cuidadosamente, y á la menor señal de euforbio, ó si descubren en la superficie del agua una especie de hervor, claro indicio del tósigo, en seguida los alejan de aquel sitio.

La precaucion á veces no les sirve; pero en cambio hallan siempre ventaja los colonos, pues por cada cabeza que les cuesta, encuentran á las orillas de los abrevaderos, tigres, leones, hienas y antílopes muertos, cuyas pieles aprovechan. Más hacen todavía los hotentotes, que sin aprension alguna comen la carne de los envenenados animales, desechando tan sólo los intestinos y entrañas.

Al oir esto, preguntóme Federico cuál era mi designio al recoger tan cuidadosamente un veneno tan activo.

—Me servirá, respondí, para exterminar los monos en los parajes que habitamos; algo cruel es el medio, pero es fuerza emplearlo contra esa maldita raza, cuyas devastaciones no tendrian límite si se la dejase. Tambien pienso emplearlo con buen éxito en la preparacion de las pieles de los animales que se disequen con destino al gabinete de historia natural. Es una receta infalible contra los insectos que pudieran apolillarlas con el tiempo, y por último, y quiera Dios que no llegue ese caso, la goma de euforbio como vejigatorio puede suplir á las cantáridas; pero cualesquiera que sean las ventajas de esta planta, me guardaré muy bien de aclimatarla en los alrededores de casa, pues la menor equivocacion ó descuido podria acarrear funestas consecuencias.

Miéntras así conversábamos mis dos exploradores habian casi desaparecido y apénas se distinguia la polvareda que levantaban sus corceles. Segun mi cálculo, debian haber dejado atras el sitio en que se encontró el nido de avestruces, hácia el cual nos dirigímos con ánimo de ver si los huevos estaban abandonados, ó si las hembras habian vuelto á cuidarlos, pues acostumbran ponerlos en un solo nido y turnar en la incubacion.

A poco vímos saltar de las rocas cuatro avestruces de los mayores, y al verlos Federico, preparó el águila al combate; pero á fin de que no se repitiese la

catástrofe de la última cacería, ántes de quitarla el capirote tuvo la precaucion de atarla el pico, quedando así casi inofensiva, sin más armas que las garras que no podian causar grave daño; á los perros se les pusieron igualmente bozales para evitar que hiciesen presa, y así todo dispuesto, hicímos alto para no espantar á los avestruces que se acercaban con las alas extendidas corriendo velozmente. Sea que no nos hubiesen visto, ó que nos tomasen por objetos inanimados, tal era la inmovilidad en que estábamos, ó bien, y era lo más probable, que las aves viniesen ya ojeadas por la carrera de mis otros hijos, lo cierto es que sin desviarse se plantaron casi á tiro de pistola de donde las acechábamos. Entónces pude examinar el grupo á mi placer. Eran tres hembras y un macho, el cual las precedia como explorador para avisar cualquier riesgo. Las magníficas plumas de su cola flotaban majestuosamente al viento, y desde luego le elegí como la mejor presa que pudiéramos encontrar. Pareciéndome oportuno el momento, saqué el lazo embolado, y calculando la distancia con todo el tino y puntería que me fue dable, arrojé la cuerda contra el avestruz macho, con tan poco tino, que en vez de enredársela en las zancas como intentaba, las bolas del lazo le arrollaron el cuerpo sujetándole las alas. Esto en verdad era conseguir algo y dar alguna probabilidad al triunfo, todavía dudoso, pues espantado el avestruz por tan brusco ataque, huyó corriendo con la mayor velocidad, miéntras sus compañeros se dispersaban. Disparámonos á escape tras el macho, y perdíamos ya la esperanza de alcanzarle, cuando afortunadamente Santiago y Franz, que acudian en direccion opuesta, llegaron á tiempo de cortar la retirada al fugitivo. Federico entónces apeló á su supremo recurso: descaperuzó el águila y soltóla contra el ave, que se vió acosada por las fuerzas de todos aunadas. Santiago y Franz por un lado, Federico y yo por otro, fuimos estrechando las distancias y fatigándola incesantemente, lo cual junto con el águila, que se cernia sobre su cabeza y cuyo aleteo la aterrorizaba, dió en fin á conocer al desgraciado avestruz que entre los enemigos que le acosaban habia uno de su género, cuyo pico y garras jamás perdonaban. Furiosa el ave rapaz por no poder valerse del pico contra la víctima, se desquitó esforzando cuanto pudo las alas, con las cuales dió tal golpe en la cabeza del avestruz, que este tambaleó aturdido. Santiago, que no perdia ninguno de sus movimientos, aprovechando la oportunidad le enredó las zancas con el lazo, de suerte que tirando del cordel derribó al colosal pájaro. Todos cantámos victoria al ver esta caida, llegándonos al vencido para librarle de las embestidas del águila, é impedirle desembarazarse de los lazos que le oprimian. Forcejeaba el avestruz para romper sus ligaduras, y casi temíamos que se nos escapara. La posicion era crítica, pues, aunque abatido, el animal contaba todavía con medios de defensa que no podíamos contrarestar, decidido á no herirle en lo más mínimo. Entónces me ocurrió la feliz idea de que, privándole de la luz, disminuiria su furor; cubrímosle pues la cabeza con los pañuelos, y atándoselos al cuello quedó el avestruz vendado. Sucedió lo que habia previsto: en cuanto

perdió el uso del principal sentido quedó inerte y se dejó agarrotar de cuantas maneras quisímos sin oponer resistencia. Por de pronto lo sujeté con una ancha correa de lija, que le aprisionaba las alas, y á la que estaban prendidas otras dos que hacian de bridas, y le trabé las zancas con un cordel.

—Todo eso está muy bien, dijo Santiago al ver la operacion casi terminada; nuestro es ya el animal, pero ¿cómo lo llevamos á casa? y si lo conseguimos, ¿quién es el guapo que se encarga de domesticar este gigante?

—El instinto más feroz cede á la educacion, respondí; si grandes son los avestruces, mayores son los elefantes, y los indios los amansan al salir del bosque donde los cogen, de un modo muy sencillo: colocan al elefante entre otros dos ya domesticados; le privan del uso de la trompa atándosela fuertemente, y sujeto por cierto espacio de tiempo junto á sus dos adláteres, estos se encargan de modificar la fiereza del indómito animal, acostumbrándole á más suaves costumbres. El domador con una pica ayuda á los maestros, y con frecuentes correcciones reprime cualquier arrebato del discípulo.

—Está bien, papá, añadió Santiago riéndose á carcajadas. Y ¿dónde tenemos los avestruces mansos que acompañen á este? á ménos que Federico y yo les sustituyamos...

—¡Jesus! en poca agua te ahogas. ¿Quién te ha dicho que precisamente se han de necesitar dos avestruces para domar á otro? El toro y el búfalo ¿no podrian desempeñar ese cargo? ellos por una parte y vosotros dos con un buen látigo por otra, reemplazando á los domadores, le hariais entrar en vereda y caminar á la par de sus adjuntos.

—¡Ah! ¡qué divertido será! fue la exclamacion de los niños.

Para demostrarlo, hice aproximar al ave las dos bestias; arreglé las correas, y cuando me pareció que todo estaba en órden, y los dos jinetes armados cada cual de su látigo, desvendé al avestruz.

La prueba era decisiva. El gigantesco pájaro permaneció inmóvil algun tiempo, deslumbrado en cierta manera por la repentina claridad que le heria las pupilas; levantóse al fin con viveza, creyendo llegada la hora de su libertad; pero al verse sujeto por las correas que le ligaban con sus dos acólitos recibió una brusca sacudida, que se repitió cuantas veces intentó desembarazarse. Quiso batir alas, pero en balde, afianzadas como estaban por la cincha y por el lazo; y como se encontró con las zancas aprisionadas, conociendo al fin la inutilidad de sus esfuerzos, se fué dando á partido; se levantó, y sometiéndose á la voluntad de sus dos compañeros y maestros, partió con ellos al galope. Santiago y Franz estaban en sus glorias, gritando á cuál más como unos locos, y el avestruz, asustado de semejante algazara, corria cada vez más, hasta que el búfalo y el toro, ménos ágiles que el pájaro, al cabo de media hora obligaron al discípulo á moderar su ardor y á acortar el paso.

Miéntras los dos jinetes daban esta primera leccion al prisionero, Federico y

yo fuímos á reconocer el nido de los otros avestruces. La cruz de bambúes que pusiéramos por señal nos guió al sitio, y ántes de llegar, saltó de la arena una hembra, sin duda la madre, que á la sazon estaba empollando. Su aparicion me pareció de buen agüero, pues deduje que los huevos conservaban todavía el calor vital, que era lo que únicamente deseaba. Acerquéme al nido, y en un talego que á prevencion llevaba á medio llenar de algodon fuí metiendo uno á uno seis huevos, envolviéndolos con esmero para que no se enfriasen y no padeciesen en el camino, dejando los restantes en el nido con la esperanza de que la clueca no repararia en el hurto.

Coloqué el talego que encerraba el frágil y precioso tesoro delante de mí sobre el onagro; Federico montó en su rucio, y Santiago y Franz iban de vanguardia con el avestruz, insinuándole de cuando en cuando con el látigo los nuevos hábitos y costumbres á que habria de sujetarse en adelante. Atravesámos el Valle verde sin la menor novedad, y llegámos á la Caverna del oso, donde Ernesto y su madre nos recibieron con la admiracion y asombro que cualquiera puede figurarse.

—¡Qué es esto, caballero! exclamó mi esposa al encararse con el avestruz. ¿Qué intentais hacer con este pajarraco? No parece sino que la casa está tan llena que es preciso desahogar la despensa alimentando cuantos animales cria el desierto. Dicen que el avestruz digiere hasta el hierro, ¡ahí es nada! ¡Qué hará pues con lo demás! Todo el grano será poco para él..... Pero en suma, ¿para qué servirá ese animalote?

—Para correr la posta, mamá, respondió Santiago, y ¡qué caballo de posta! En pocos dias, con él, se podrá recorrer medio mundo; y así pienso llamarle *Brausewind (huracan)*, nombre que merecerá pronto. Cuando lo haya domado, será mi único y predilecto corcel zancudo, y entónces cederé el búfalo á Ernesto, que aun carece de montura.

—Por lo que á tí respecta, dije á mi buena esposa para sosegarla, no te inquiete ni desvele el alimento del nuevo huésped; la tierra proveerá, y cuando aprecies en lo que valen sus servicios, darás por bien empleada su racion. Si llega á domesticarse, ganará de sobras lo que coma.

Miéntras hacia á mi esposa esta corta apología del avestruz, Santiago y Franz controvertian sobre la propiedad del animal.

—Santiago quiere, díjome Franz mohino, adjudicarse el avestruz, como si él solo lo hubiera cogido, y eso no es regular.

—Pues bien, respondí para dirimir la contienda, en ese caso hagamos partes, ya que todos hemos contribuido á su captura. Federico se llevará la cabeza porque el águila fue la que le aturdió con un aletazo, yo me quedaré con el cuerpo, pues lo sujeté con el lazo, y á tí, compadre Franz, te darémos las plumas de la cola, pues si mal no recuerdo, fue lo que únicamente tocaste al pájaro para excitarle á levantarse cuando estaba tendido.

Esta distribucion de la víctima produjo el efecto que el juicio de Salomon en las dos madres sobre la propiedad de un hijo, y echándolo á risa, cada cual renunció á sus pretensiones prefiriendo la gloria comun de la conquista, si bien su usufructo quedó adjudicado á Santiago, una vez que álguien habia de aprovecharse de ella, y que él se encargaba de domarla.

La madre se enteró entónces minuciosamente de lo ocurrido en la cacería; y Ernesto, que todo lo escuchaba silencioso, y cuya brillante imaginacion trabajaba hacia una hora combinando un cuadro romántico de tan memorable jornada, no pudo aguantar más, y con aire de sentida tristeza exclamó:

—¡Que sea yo tan desgraciado que jamás esté presente en las ocasiones más divertidas y gloriosas!

—Amigo mio, le respondí, á nadie culpes sino á tí mismo; dice un proverbio que no se puede repicar y andar en la procesion; por gusto haste quedado en casa en vez de acompañarnos en la expedicion, y por otro lado no eres muy aficionado á las empresas arriesgadas, que tanto agradan á tus hermanos. No te pese: Dios otorgó á cada cual disposiciones particulares. Tu aficion y gusto predilecto son el estudio y la vida sedentaria; tus hermanos están por la activa y por cuanto se relacione con el desarrollo de sus fuerzas físicas; dejemos pues que cada cual se distinga en su parte respectiva. Tu camino es el más seguro y mejor, y en más de una ocasion te se proporcionarán dias de gloria, cuando descubras algun nuevo tesoro y pongas en juego tus no escasos conocimientos en historia natural; y si algun buque europeo, por disposicion de la Providencia, abordase á nuestras costas, serás el intérprete con quien se entenderá el capitan.

Estas palabras sirvieron de bálsamo para cerrar en el acto la leve herida que la alegría y satisfaccion de sus hermanos causaran en el corazon del pobre Ernesto, quien se consoló á la idea de ser útil á la comunidad de uno ú otro modo.

En esto iba trascurriendo el tiempo, siendo ya tarde para ponerse en camino. Sujeté al avestruz entre dos árboles, y el resto del dia se empleó en concluir los preparativos de marcha, que quedó definitivamente resuelta para el dia siguiente. No sobró tiempo, pues hubo que embalar y recoger las provisiones recien adquiridas y demás riquezas descubiertas, pues todo nos convenia y la imaginacion abultaba sus ventajas.

Al rayar el alba emprendímos la vuelta á Felsenheim. El avestruz ocupó su lugar entre el búfalo y el toro, bien arrendado con las correas. Maldito lo que le agradaba el forzado paseo que le impusímos; tan pronto torcia á derecha como á izquierda; pero sus dos acólitos eran como dos inmóviles rocas donde se estrellaban los esfuerzos del ave, contribuyendo no poco el látigo á llamarla al órden, cuando trataba de desviarse. Federico montaba el pollino, que ya tenia por nombre *Rápido,* y yo el onagro. Ernesto guiaba la carreta, á la que iba uncida la vaca, conduciendo á mi esposa majestuosamente rodeada de provisiones y otros efectos.

Como es de suponer, íbamos despacio; pero así y todo, nuestro escuadron ofrecia el pintoresco aspecto de una caravana.

Hicímos alto en el desfiladero, donde mis hijos habian puesto las plumas de avestruz y otros colgajos para espantar á las gacelas y antílopes. La cuerda de que pendia el tremebundo aparato sustituyóse con una empalizada de cañas de bambú, valladar seguro contra los animales no trepadores. Durante la obra, andando de aquí para allá, se obtuvo otro descubrimiento, el de la vainilla, especie de bejuco de hojas largas y estrechas, que reconocí al instante en el haba negruzca que produce, así como por su aroma y las flores blancas de seis pétalos que adornaban sus flexibles tallos. Estas habas encierran unos granos negros y brillantes como el ébano que contienen la sustancia odorífera, la cual se exhala al madurarse.

Antes de abandonar aquel sitio colocámos en la estacada haces de zarzas, cubriendo el terreno adyacente de menuda arena para en su dia reconocer por las huellas en ella impresas la clase de animales que intentasen ó consiguiesen saltar la valla.

Ya era de noche cuando llegámos á la cabaña de la ermita; intacta estaba, y la cecina de pecari tambien. No queriendo detenernos á pesar de la oscuridad, deseosos de llegar cuanto ántes á casa, cortámos suficientes cañas dulces, y encendiéndolas á modo de hachones, proseguímos el camino á la claridad de la luna, no obstante mi repugnancia por los viajes nocturnos.

Al fin, molidos y quebrantados de cansancio, á media noche llegámos á la granja de Waldek. Se desunció el carro, y atado el avestruz entre dos árboles como la víspera, sin descargar nada, tomámos una ligera refaccion y cada cual se fué á su lecho de algodon para el indispensable descanso.

Al salir el sol nos levantámos, colmándonos de regocijo el acrecentamiento de riquezas que tan sin pensarlo observábamos: entre las cañas y estacas del gallinero hormigueaban veinte y tantos polluelos, producto de los huevos que Santiago trajera en el sombrero y que se habian confiado á nuestras cluecas. Mi esposa quedó tan contenta con el hallazgo que eligió varios pares para llevarlos á casa.

Proseguímos la caminata, y era tal el deseo de vernos cuanto ántes en nuestro querido Felsenheim, donde todo respiraba comodidad, que resolvímos no parar hasta allá. A pesar de nuestra prisa, hasta la tarde no tocámos al deseado término. El cansancio y la fatiga nos agobiaba. Habíamos andado una buena jornada sufriendo el ardor del sol, por un terreno de arena blanca que deslumbraba, en el que se hundian los piés; y así en nada se pensó hasta el anochecer, á no ser en cuidar de los animales y darles el pienso que tanto necesitaban. Miéntras comian, entregámonos al reposo para recuperar las perdidas fuerzas.

CAPÍTULO XLVII.

Educacion del avestruz.—Aguamiel.—La tenería y la sombrerería.

Al dia siguiente de nuestra llegada á Felsenheim, mi esposa dió principio á sus tareas de ama de gobierno, abriendo las puertas y ventanas, y barriendo, limpiando, lavando y arreglándolo todo hasta dejarlo ordenado como ántes de nuestra salida. Miéntras desplegaba en esto una actividad maravillosa ayudada eficazmente por los dos pequeños, dirigíme con los mayores hácia donde habia quedado el carro para desembalijar las riquezas de que estaba atestado.

El avestruz quedó desde la víspera libre de sus dos guardianes, aunque bien sujeto y á la vista, atado entre dos columnas de bambú que sostenian el techo de la galería. Ese fue el sitio que se le asignó hasta terminar su educacion.

Los huevos de avestruz se sometieron á la prueba del agua tibia. Los que cayeron pesadamente al fondo se desecharon por inútiles; pero los que se agitaron al contacto del agua se conservaron por revelar que todavía contenian un principio vital capaz de desarrollarse al calor del fuego y del algodon. En consecuencia dispuse una especie de estufa donde los metí envueltos en algodon, cuidando por medio del termómetro que gozasen de la temperatura que aquel designa con el nombre de *calor de pollo*.

Procedímos en seguida á la instalacion de los conejos de angora en el islote del Tiburon. En vez de abandonarlos á su albedrío como al principio me proponia, quise sacar más partido del gran recurso que podian proporcionarnos. Construímos pues unos vivares, iguales á los que yo habia visto en varios sotos de Europa, atendiendo no sólo á la comodidad de los huéspedes, sino á la seguridad de encontrarlos cuando se necesitasen. Antes de franquearles las subterráneas galerías que iban á constituir su morada, tuve buen cuidado de quitarles el pelo que se desprendia fácilmente, disponiendo además que, tanto en el vallado que servia de límite á su territorio, como en las diferentes entradas de la madri-

guera, hubiese enrejados para que al pasar el animal dejase allí enredado lo superfluo de su pelo, que en adelante habria de convertirse en castor impermeable.

A pesar mio, pues, prefiriera conservarlos en casa; los dos tiernos antílopes quedaron instalados igualmente en el propio islote. El temor de que los perros ú otros animales los incomodaran me decidió á tomar esta resolucion, pensando tambien que, privados de la libertad, tal vez contraerian alguna dolencia mortal, miéntras que en su nueva morada se obviaban tales inconvenientes. Preferí pues salvarles alejándolos, y para hacer llevadero su destierro, construíles en el islote un cobertizo para que se guarecieran de la intemperie, añadiendo para alimentarlos á las naturales producciones del terreno aquellas que nos constaba ser más de su gusto.

Era de ver cómo saltaban y retozaban por la pradera; sus ligeros movimientos, la rapidez de su carrera, y sobre todo las graciosas y esbeltas formas de su cuerpo encantaban los ojos. El antílope es en general de color pardo que en varias partes tira á negro; una lista blanca le arranca del cuello hasta la cola, si bien está medio oculta entre el pelo de los lados; alguna que otra pinta blanca realza su cabeza y lomos; los remos son delgados, los piés brevísimos; en suma, son los animales más gallardos y graciosos que imaginar es dado.

El antílope lleva en sí una riqueza que codician los cazadores americanos: el almizcle; y el modo que comunmente emplean para despojarle de ese don de la naturaleza por cierto bien cruel. A fuerza de palos les levantan ampollas donde se les agolpa la sangre, las cuales ligan despues, apretando el nudo de modo que la sangre y pus extravasados no se extiendan; luego las dejan secar hasta que caen por sí mismas, y en ellas se encuentra la sangre perfumada, que con el nombre de almizcle tanto estiman los europeos.

Sólo nos restaban dos tortugas de las que habíamos traido del desierto, y acomodámoslas en el estanque de los patos. Al principio pensé admitirlas en la huerta para que diesen caza á los insectos; pero mi esposa temió que perjudicasen la berza, y así las relegué al pantano, entre el mimbreral y la laguna. Dos de ellas habian muerto en el viaje y los carapachos se guardaron para utilizarlos en su tiempo y lugar.

Encargóse Santiago de trasladar las tortugas al estanque, y apénas llegó le oímos llamar á Federico para que acudiese con un palo. Al principio me imaginé que el tarambana meditaba alguna jugarreta contra los mansos acuátiles, ó que la iba á emprender con las ranas para matarlas á palos; pero ¡cuál fue mi admiracion cuando á poco ví volver á los dos niños con una enorme anguila que habian encontrado prisionera en una de las nasas (1) de pescar que Ernesto dejó

(1) Estas nasas que usan los pescadores consisten en una cesta de mimbres, de forma piramidal, con una boca en forma de cono inverso, por la cual entra el pescado y no puede salir. Llámase técnicamente *buitron* y se acostumbra ponerlo en las bocas de los arroyos, en los torrentes, acequias de los molinos, ó en las bocas de las presas en los rios. (*Nota del Trad.*)

en el arroyo ántes del último viaje! Me contaron además que habian hallado rotas y vacías las otras, de donde deduje que los pescados lograron abrirse paso entre los mimbres de que estaban labrados los cestos. Nos consolámos de la pérdida con la excelente muestra que quedó.

La famosa anguila fue recibida con la distincion que se merecia. La cocinera aderezó sobre la marcha un buen pedazo, y el resto, puesto en salmuera, se escabechó y guardó en un barril de bambú.

La pimienta y la vainilla, como enredaderas, se plantaron junto á las columnas de bambú que sostenian una especie de galería que habíamos construido á la entrada de la gruta, á la cual servia de pórtico, y cuya parte alta se unia con la azotea del palomar. Al situar tan cerca las preciosas plantas abrigaba la mira de cuidarlas con más esmero para obtener mayor cosecha; pues aunque en lo general ninguno de nosotros tenia grande aficion á las especias, sin embargo, atendiendo á que en los climas cálidos como el que nos encontrábamos es indispensable usarlas como corroborante, resolví sazonar con ellas el arroz, el melon y sobretodo las legumbres, de suyo harto frescos.

La vainilla no tenia por de pronto la mayor aplicacion por carecer de cacao; no obstante, la conservé cierta preferencia por si más tarde podia utilizarla como artículo de comercio (1).

Las lonjas de tocino, los jamones de oso y de pecari, así como los barriles de manteca, pasaron á la jurisdiccion de mi esposa para que los almacenase en la despensa, la cual quedó tan provista, que por mucho tiempo podiamos desafiar al hambre, y más con la prudente economía del ama de gobierno, que no desperdiciaba lo más mínimo, sujetándonos en el seno de la abundancia á ciertas privaciones indispensables por no malograr su prevision.

Las dos pieles de oso se extendieron en la playa á orillas del mar para que el agua salada las fuése curtiendo, y para que no se las llevase la resaca las cubrímos de piedras gruesas que al propio tiempo las preservaban de los cangrejos.

La clueca silvestre y los pollos traidos de Waldek, por consejo de mi esposa, guardiana especial del gallinero, se colocaron debajo de una banasta dándoles de comer por de pronto huevos duros y miga de pan hasta lograr domesticarlos, estando siempre alerta para que maese Knips y el chacal de Santiago respetasen estos nuevos huéspedes como parte integrante de la familia, y no se les ocurriese ensayar en ellos alguno de los experimentos anatómicos ó de fisiología animal que les eran tan familiares. Más tarde pensaba agregarlos al resto del gallinero.

El condor, como brillante trofeo de nuestras victorias, quedó depositado en

(1) En el comercio se distinguen tres suertes de vainilla; la *bova*, cuya silicua es gruesa y corta y su olor muy fuerte y casi incómodo; la *alec*, que es más larga y delgada, y de olor más grato; y la *simarona* ó bastarda, de fruto desmedrado y olor escaso. Los usos de la pulpa de vainilla en perfumería, confitería y licores son bien conocidos. (*Nota del Trad.*)

el museo, para acabar de disecarlo en las veladas del invierno y emparejarlo despues con el boa.

En cuanto al amianto y al vidrio fósil ó láminas de talco, así como á la tierra de porcelana, se depositaron en el taller, no sólo como destinados á figurar cual objetos de curiosidad, ó muestra de productos naturales, sino con intencion de sacar de esos tres preciosos materiales una utilidad real y positiva. Con el amianto deseaba obtener mechas incombustibles para el farol de la gruta; el talco, proponíame convertirlo en cristales para las ventanas; y en cuanto á la tierra de porcelana, ya casi la estaba viendo salir de mis manos en mil formas diversas de utensilios tan útiles como variados. Mas para estas metamórfosis era preciso aguardar la estacion de las lluvias, para entretener el tiempo con tan amenas y variadas ocupaciones.

Restaba por último colocar en puesto reservado la goma de euforbio, la que se depositó en el museo bien empapelada con este rótulo en grandes letras: *Veneno*, á fin de precaver funestas desgracias.

Las pieles de las ratas-castores que Ernesto habia muerto nos apestaban con su excesivo olor de almizcle, y para evitarlo, recordando lo que hacian los marinos al traer del Asia el *asa fétida* (1), especie de goma hedionda, que la izaban al tope del buque, empaqueté las pieles y las dejé al aire libre sobre la galería para que así no nos molestasen.

Más de dos dias se pasáron en estas tareas, cuya diversidad agradaba sobremanera á Santiago, siempre amigo de la novedad, miéntras Ernesto, por el contrario, ménos sectario de la vida activa, no se prestaba sinó refunfuñando á tal alternativa de faenas. Mil veces nos aseguraba que se tendria por más dichoso con vivir tranquilamente recostado á la sombra de un árbol, leyendo un libro ó meditando, que no andando de ceca en meca, trasportando, arreglando y colocando lo que llamábamos riquezas. Cuando oía á mis dos hijos explicarse en tan opuestos sentidos, no podia ménos de rectificar sus ideas notando en qué claudicaban sus discursos é inclinaciones. Recordaba á Santiago que la vida humana no debia siempre parecerse á una linterna mágica donde los objetos se suceden y varian hasta lo infinito, y que á veces era preciso oponer á tal volubilidad la constancia de una ocupacion seria; y á Ernesto le hice observar que la inaccion acababa al fin por embotar y sumergir en vergonzoso letargo las nobles facultades de la inteligencia, reduciéndolas paulatinamente á un inerte egoismo, inútil para sí y el prójimo.

Yo, que pensaba de tan distinta manera, al verme pacífico poseedor de tantas cosas como la industria y el asiduo trabajo nos habian proporcionado para honesto pasatiempo, no pude prescindir de exclamar en un rapto de entusiasmo:

(1) El asa fétida es una goma resinosa, reputada como eficaz antiespasmódico, la cual se obtiene por incision del tallo y raíz de la planta denominada *ferula asafetida*. (*Nota del Trad.)*

—¡Divina Providencia, ya has enriquecido á los pobres y míseros náufragos!

Una vez arreglado lo más preciso, mi mente laboriosa meditaba nuevos proyectos, entre ellos uno que ocupando los brazos de toda la colonia no dejase ocioso al sabio. Siempre creí oportuno, ó mejor dicho, necesario, labrar un campo ántes de la estacion de las lluvias, para las semillas que hasta entónces se habian confiado á la tierra sin órden ni concierto. Ante lo árduo de la empresa comprendímos en toda su verdad la sentencia divina á que por culpa de nuestro primer Padre fue condenado el hombre: ganar el pan con el sudor de su rostro. Las bestias de carga se prestaron con la mejor voluntad á servir de yuntas; pero el sol las heria con sus rayos tan de lleno, que nos daba compasion verlas jadear bajo los yugos. Por nuestra parte cuatro horas podíamos dedicar únicamente á la labor, dos de madrugada, y las otras al caer la tarde. Sin embargo, á fuerza de constancia lográmos labrar dos acres (1) de tierra, lo bastante para recoger en su dia abundante cosecha de maíz, yuca y patatas.

¡Cuántas lamentaciones, quejas y suspiros tuve que oir durante tan penosa faena! Pero en medio de todo, el amor propio, ese natural estímulo y poderoso freno de la pereza humana, acudió en auxilio de mis hijos, y aun Ernesto ¡quién lo creyera! llegó á hacer gala de su laboriosidad, dando una saludable leccion á sus hermanos que no cejaron un ápice hasta la terminacion de las labores.

—¡Ah! exclamaba Santiago ¡qué bien nos sabrá este pan! ¡con qué apetito lo comerémos! ¡bien ganado será!

Yo me hacia el sueco á estas y otras jaculatorias, redoblando la energía y el ardor; y mi ejemplo produjo más efecto en mi tierna familia que cuántas filosóficas disertaciones pudieran hacerse sobre la conveniencia y perseverancia en el trabajo.

En los momentos de asueto por entretenimiento nos ocupámos en la educacion del avestruz, que hubo de sufrir no pocas tribulaciones. La empresa era tan difícil como nueva para nosotros; pero como recordaba haber leido, aunque no sabía cuándo ni dónde, que á fuerza de paciencia se llegaba á dominar la índole bravía de este pájaro, resolví ensayarlo como Dios me diese á entender.

El discípulo empezó por encolerizarse repartiendo á diestro y siniestro coces, picotazos y cabezadas; más esto duró poco, y lo mejor que se nos ocurrió para amansarlo fue tratarle como al águila, es decir, embriagándole con humo de tabaco, cuyo narcótico fue tan activo, que á pocos sahumerios vímos al majestuoso animal perder casi el conocimiento, tambalearse, y caer al fin desplomado. De este modo fué calmando su fiereza, y en recompensa de sus adelantos en la instruccion se iba alargando la cuerda que le retenia á las columnas de la galería, para permitirle echarse, levantarse, y dar alguna vuelta al rededor del pi-

(1) El acre es una medida francesa de superficie de 4840 varas castellanas y 52 piés y 39 milésimos; y como se ve, de mayor dimension de lo que nosotros llamamos fanega. *(Nota del Trad.)*

lar. Al mismo tiempo, mezclando lo dulce con lo amargo, se le mimaba en lo posible, atendiendo á su bienestar. En el recinto de que podia disponer, tenia su buena cama de cañas, calabazas llenas de bellotas dulces, de arroz, maíz y guayabas, regalos que debian hacer más grato el cautiverio y más tolerable la enseñanza. En resolucion, nada omitíamos para contentarle.

Punto ménos que infructuosas fueron tales atenciones durante los tres primeros dias, pues el cautivo recibió con insultante desden los sabrosos manjares que se le presentaron, rehusándolos con tal obstinacion que inspiraba serios temores. A mi esposa entónces la ocurrió afortunadamente una idea que nos sacó del apuro, la de hacer tragar al animal, quieras que no, unas albóndigas de maíz y manteca. El avestruz puso mal gesto al principio; mas despues que paladeó unas cuantas píldoras mostró acomodarse á nuestra cocina, y desde entónces se le abrió el apetito, sin necesidad de incitativos para engullir cuanto se le presentaba. La guayaba sobretodo era lo que más le gustaba, por lo cual augurámos bien del resultado de la educacion. El animal recobró las fuerzas, sacudiendo poco á poco la especie de nostalgía que le devoraba, así como su esquivez; dejábase manosear y á sus agrestes hábitos sucedió una incesante é inquieta curiosidad, que tenia sus puntas de grotesca. Despues de lamentar su abstinencia comenzámos á temer su voracidad, pues apénas bastaban las provisiones para el nuevo huésped, que digeria hasta los guijarros del arroyo, prefiriendo las bellotas y el maíz, con cuya golosina se fué amansando y sometiendo á nuestra voluntad.

A los diez ó doce dias de esta mudanza creímos que no habia ya inconveniente en permitirle dar algun paseo con la sola sujecion de un ronzal. Entónces comenzó el picadero en toda regla. Habituámosle primero á una ligera carga, que fué luego aumentando progresivamente; á arrodillarse y levantarse á nuestra voz; á volverse á la derecha y á la izquierda, y por último á dejarse montar por Santiago ó Franz, y correr, galopar, andar al paso, y pararse como un caballo. No diré que la pobre bestia se prestase siempre de buen grado á tantos manejos; mas cuando se mostraba indócil y rebelde para domarla sus maestros apelaban al látigo y la pipa, de reconocida eficacia. Una bocanada de humo ponia término á los conatos de independencia del discípulo.

Tal era al cabo de un mes la mansedumbre del avestruz, que se pensó formalmente en los medios de sacar más fruto de nuestra nueva conquista. Asociándole á los demás animales, le sometí como estos á una vida regular, á hacerle andar ó estarse quieto segun convenia á nuestras necesidades, para lo cual le proveímos de los correspondientes arreos. Lo que más me embarazó fue el bocado: ¿á quién se le habia ocurrido hasta entónces enfrenar á un pájaro? Confieso que jamás lo habia visto, y esta idea casi me tenia perplejo. Pero al fin salí avante.

En el curso de las lecciones habia notado que la oscuridad influia de tal mo-

do en el avestruz, que no queria andar sino cuando veia claro, cuyo descubrimiento sirvió de base al nuevo bocado de mi invencion. Con piel de lija confeccioné una caperuza por el estilo de la del águila, que cubriéndole la cabeza se cerraba por debajo del cuello; á los lados, y á la altura de los ojos, practiqué dos agujeros que se tapaban ó descubrian con sendos carapachos por medio de un muelle de ballena hábilmente dispuesto; y así, combinado todo con dos riendas, á vuelta de cabeza se podia hacer pasar al nuevo corcel de la luz á la oscuridad y viceversa. Cuando tenia los ojos descubiertos, el avestruz galopaba en derechura; tapándole ya uno, ya otro, caminaba siempre en direccion del descubierto, y tapados los dos, se paraba como si se le refrenase. El caballo mejor adiestrado no obedecia con más precision al freno que el avestruz á la caperuza.

Este primer ensayo me alentó, y como la vanidad humana suele ingerirse en todo, con los dijes que teníamos adornámos la caperuza del mejor modo posible, prendiendo en la parte superior plumas blancas, restos de la cola del otro avestruz muerto, y á los lados lazos de cinta y flecos, que cuando el pájaro corria vistosos flotaban.

Para mis hijos bastara esto; mas para mí, que atendia en todo más á la utilidad positiva que á la diversion, faltaba completar el equipo del lindo prisionero. El avestruz es un animal robusto y susceptible de soportar por largo tiempo la fatiga, y como queria acostumbrar al nuestro á servir para el tiro, así como de acémila y cabalgadura, díme á fabricar los arreos respectivos. Nada diré de los dos primeros; pero el tercero, ó sea la silla y accesorios para la equitacion, era todo un arnes con sus cinchas, correas y bridas, y estoy seguro que en el Cabo de Buena Esperanza, país favorito de los avestruces, si hubiera presentado mi obra, á más de obtener privilegio exclusivo de invencion, me hubieran conferido el pomposo título de primer guarnicionero de la colonia.

Debo sin embargo confesar que no obstante el mérito de mi invento y de la exacta combinacion de sus partes, atravesáronse no pocas dificultades para que el avestruz se sometiese al aparejo, tan extraño como complicado, siendo preciso que nosotros tambien nos ejercitásemos para acostumbrarnos á su uso, porque á cada instante olvidábamos que nos las habíamos con un avestruz, entorpeciendo así con frecuencia el manejo. Lo que me costó más fue hacerle correr la posta, lo cual no era muy de su agrado; pero como la paciencia y perseverancia son los principales elementos de buen éxito en materia de educacion, no perdí la esperanza, y á copia de ensayos más ó ménos dificultosos tuve al fin la satisfaccion de ver al nuevo corcel prestarse de buen grado á la silla, y de una carrera ir ó volver de Felseheim á Falkenhorst con satisfaccion general, empleando la tercera parte del tiempo que cualquiera de nuestros mejores correos necesitaria para recorrer igual trecho: tan ligero de zancas era.

Terminada la educacion del animal suscitóse de nuevo y con más calor que ántes la gran cuestion sobre su propiedad. Santiago, apoyado en la condescen-



Jack se pavonea orgulloso montado en su avestruz.

dencia anterior de sus hermanos, no cesó en sus pretensiones; Franz y los otros no estaban tampoco por abdicar las suyas, y así tuvo que mediar la autoridad paternal para dar fin al debate. Santiago era indisputablemente más listo y ágil que sus dos hermanos mayores, y más robusto que Franz; cuyas consideraciones me inclinaron á favor suyo, adjudicándole la propiedad del avestruz, á condicion que los demas tendrian derecho á montarle, y que se le destinaria más bien al provecho comun de la colonia que á la diversion de su nuevo dueño.

Esta sentencia, á pesar de sus restricciones, colmó de alegría á Santiago; los demas se sometieron, vengándose únicamente de la preferencia con pullas que á cada paso le dirigian.

—Ahí le teneis, decian al verle montado, ¿si pensará volar por los aires? ¡Cuidado que no pierdas la balija ó la cabeza!

El ufano jinete gozando de su triunfo no hacia caso de esos importunos desquites, sacudiendo las burlas y echándoselas á la espalda como hace el viajero con los copos de nieve que le cubren la capa, y se pavoneaba arrogante, gobernando con soltura y destreza su montura alada y dándose el pomposo título de correo de gabinete.

Pocos dias ántes del equipo del nuevo corcel, la nidada artificial de los huevos de avestruz que cubiertos de algodon sometiéramos al calor de la estufa, dió tan buen resultado, que de los seis cascarones salieron tres polluelos, lo más gracioso en los primeros dias, con su pelo pintarrajado y sus largas zancas que apénas podian sostener el cuerpo. Díles papilla de maíz, huevos duros, y cazabe hervido con leche. Uno de ellos murió á poco, pero los otros dos sobrevivieron, y nos dedicámos con asiduidad á reemplazar con el mayor esmero la previsora solicitud que para criarlos hubiera empleado su madre.

El avestruz grande por espacio de dos meses fue objeto de nuestra ocupacion principal; pero una vez vencidos los obstáculos de su educacion, y reducido á la condicion de animal doméstico, perdiendo el atractivo de la novedad cesó nuestra admiracion, y la costumbre de verle desvaneció su prestigio. Volvímos pues á nuestras antíguas tareas discurriendo otras que, si bien ménos importantes y engorrosas que la última, contribuian al bienestar y comodidades que en Felsenheim disfrutábamos.

El curtido de las pieles de los osos fue una de las primeras que se emprendieron. Despues que el mar las lavó, despojándolas del mal olor, las fuí descarnando, ablandándolas con vinagre, del que hablaré luego, y con una preparacion de ceniza y cebo, y adelgazándolas con una raedera que hice de la hoja de un cuchillo viejo, conseguí darles la flexibilidad que deseaba. Así nos procurámos dos cobertores magníficos y de un abrigo superior á cuanto se pudiera apetecer.

Nuestras únicas bebidas hasta entónces habian consistido en el agua pura del arroyo, algunas copas de vino de palmera, y el barril de vino del Cabo que se salvó del naufragio; mas como este no podia durar siempre y el recurso del de



palmera era precario, resolví suplirlos con la composicion de una bebida artificial. Habia oido hablar mucho del aguamiel de los rusos. La primera materia la teníamos abundante en la miel que proporcionaban las colmenas, y que no sabia qué destino darle, y así hice una tentativa á salga lo que saliere. Puse á hervir una cantidad de miel con otra porcion de agua, y llenando con esta mezcla dos barriles, eché en ellos un poco de levadura de harina de centeno para que fermentase el licor, y cuando hubo reposado puse en infusion nuez moscada, canela y hojas de ravensara, con lo que obtuvímos una bebida de grato sabor y aroma, y un ligero ácido, que para nuestra reclusion de invierno debia ser un grandísimo recurso. Los dos barriles de este licor artificial se colocaron en la bodega de la gruta, ó por mejor decir, en la cavidad que con tal nombre honrámos.

De aquí surgió una corta discusion sobre el nombre propio que habia de darse al nuevo caldo. Unos querian llamarlo vino del Cabo, otros de Madera; pero el sabio cortó la disputa, bautizándole con el de *vino de moscada*.

Llególe el turno al vinagre, que era de absoluta necesidad tanto para la cocina como para otros mil usos. Para conseguirlo bastó llenar otro barril de aguamiel, y hacerla fermentar dos ó tres veces añadiendo siempre nueva levadura, y despues de clarificado resultó una cantidad de excelente vinagre. Mi esposa recibió el nuevo producto de mi industria con especial reconocimiento.

Acopiadas casi todas las provisiones de invierno, pensámos en cosas de menor importancia. Viendo que el oficio de zurrador me habia salido bien, para aprovechar el buen tiempo que restaba discurrí la fabricacion de sombreros, comenzando por hacer el de castor prometido á Franz. En ese arte, tan nuevo como difícil para nosotros, de seguro no desplegámos la destreza y primor de los sombrereros de Lóndres y Paris; pero al ménos para satisfacer en parte el amor propio, nos consolámos con que el resultado de la industria llenó el objeto que nos propusiéramos.

La primera cuestion que se presentó fue la forma y color que convenia dar al primer sombrero, que habia de servir de modelo á los demas. Cada cual emitió su parecer, pero la necesidad, que es la principal consejera en esos casos, vino á decidir que el color y forma debia ser el más compatible con los recursos de que disponíamos.

Por de pronto, como era preciso pensar ántes en la materia que en la forma, los unos se encargaron de raer las pieles de ondatra con cuchillos, los otros de escarmenar las de los conejos de angora, y miéntras mi esposa mezclaba las dos clases, yo labraba los moldes de madera en dos mitades. Faltábanme aun las herramientas necesarias para prensar y enfurtir, pero me las arreglé como pude, y mezclando el pelo ya preparado con cola de pescado obtuve un fieltro, endeble si se quiere, pero que se acomodó al molde; y dejándolo una noche en el horno para secarse, al dia siguiente teníamos un casquete suizo que no habia más que ver.



El primer sombrero se adjudica á Franz por unanimidad.

A pesar del trabajo empleado, á la verdad ni mis hijos ni yo quedámos del todo satisfechos de nuestra obra; pero lo estropeado de nuestros sombreros europeos, y la necesidad de amortiguar los rayos del sol, que hubieran llegado con el tiempo, sin ese preservativo, á derretirnos las cabezas, nos hizo pasar por todo y contentarnos con la forma del adoptado modelo.

—Esto, decia riendo Ernesto, ni es gorra, ni es sombrero. Hé aquí una cuestion que podrá discutirse en la academia de Felsenheim.

—Sombrero, casquete, ó lo que sea, respondió Federico, lo que quiero saber es si ha de conservar el color tan feo é indefinible que ahora tiene. Soy de parecer que se le dé un tinte para realzarlo.

—Tienes razon, dijo Ernesto; yo adoptaria el encarnado, que es el color del poeta.

—Y tambien el de los cardenales y catedráticos, replicó Santiago. Tiñámosle de encarnado y vendrá de perlas al señor doctor Ernesto, que con su gran ciencia no parará hasta ser cardenal.

La oportuna ocurrencia del tronera nos hizo reir á todos.

—Yo estoy por el color gris, dijo Federico, porque es el más económico.

—El blanco sería mejor, repuso Franz, y es más adoptado al clima en que habitamos, porque rechaza los rayos del sol miéntras que los otros colores los absorben.

—Yo voto por el verde, dijo por último Santiago, que es el favorito del cazador, y el que más se acerca á la naturaleza.

—Todos os habeis explicado á las mil maravillas, respondí; siento únicamente no poder satisfaceros como desearia. Federico ha dado pruebas de economía votando por el color gris; Franz, de capacidad, eligiendo el blanco; y Santiago, queriendo una gorra de cazador, ha pensado más en el adorno que en la utilidad. Por lo que hace á Ernesto, no le supongo con humos de ponerse algun dia el capelo de cardenal votando por el rojo. Pero llegue á serlo ó no, fuerza será atenernos á este color, no precisamente por lo que tenga de doctoral ó poético, sino porque, hablando en plata, es casi el único de que podemos disponer.

En efecto, recurrí á la cochinilla, y fui bastante afortunado para dar al fieltro un brillante color de púrpura; cuyo buen éxito neutralizó en parte el mal efecto que habia causado lo indefinible y equívoco de la hechura. El nuevo sombrero se acreditó, y más cuando lo engalané con dos plumas de avestruz. La buena madre se encargó de rematar la obra, ciñéndolo con una cinta amarilla que encontró en su célebre talego encantado; y con tales alifafes, el desden con que ántes mirábamos el pobre fieltro se modificó de tal manera que todos de buena gana hubieran presentado la cabeza para calárselo.

Pero su destino estaba ya fijado de antemano como legítima pertenencia de Franz, á quien un incidente imprevisto pocos dias ántes privara de su viejo sombrero. Como el chico era de gentil talle y disposicion, la nueva montera le venia

á las mil maravillas. Sus rizados y rubios cabellos, su rostro infantil, sus ojos azules, y sobretodo la inocencia que en sus ojos resplandecia, dábanle cierta semejanza con el hijo de Guillermo Tell, tal como le representan las crónicas de nuestro país en el momento que su padre se sometió á la terrible prueba. Este recuerdo nacional fue el que más contribuyó á poner en boga el nuevo sombrero. ¡La Suiza! ¡Guillermo Tell! Tantos recuerdos encerraban ambos nombres, resumian tantos pensamientos tristes y gratos al par, que se nos humedecian los ojos.

Largo rato departímos acerca de la carísima patria. Ernesto narró la leyenda del héroe y libertador de Suiza; mi esposa recitó algunos cantares de nuestras montañas; la imaginacion con su mágico prisma nos representaba como en sueños las queseras, los lagos, montes, precipicios y aludes de nuestra tierra: de suerte que por espacio de dos largas horas olvidámos que tres mil leguas de mar nos separaban de la patria de Guillermo Tell; y así entretenidos pasámos una de las más gratas veladas que desde el naufragio nos deparara la Providencia.

CAPÍTUO XLVIII.

Alfarería.—Construccion del caiak.—Gelatina de algas marinas.—Conejera.

Claro está que teniendo como tenia cuatro hijos y hallándose uno solo con sombrero nuevo, los otros tres no querian ser ménos, y así no hubo más remedio sino tratar de que todos quedasen iguales. Prometí complacerles, con tal que corriese de su cuenta el proporcionar el material necesario, advirtiéndoles que al buscarlo recogiesen cardos ú otra planta parecida para pulir debidamente el fieltro. En seguida les proveí de ratoneras por el estilo de las que se hacen en Europa para coger ratas, nutrias, raposas y otros animales, de tan sencillo mecanismo, que sólo constaban de dos paletas cortas de hierro que al menor movimiento juntábanse por sí mismas, sugetando por el cuello al animal goloso que tenia la imprudencia de acudir al cebo que contenian las trampillas. Este cebo variaba segun la alimaña á que estaba destinado: para los animales terrestres y roedores, era la zanahoria de Europa, y para los acuátiles usábamos de una especie de sardina muy comun en nuestras costas, y cuya carne aprecian mucho los aficionados á la pesca. Por via de broma y para recompensar algun tanto mi trabajo y el privilegio de invencion, previne á los niños que de cuantos bichos cayesen en las ratoneras me reservaba la quinta parte como exclusiva propiedad.

Aceptaron los niños el trato á excepcion de Franz, el cual me preguntó si teniendo ya sombrero propio debia ó no sometérse al tributo, á lo que le respondí que era más noble agradecer un servicio que trabajar por merecer recompensa. Lo primero, añadí, debe considerarse como cumplimiento de un deber, miéntras que lo segundo es una especie de virtud.

Dispuestas las emboscadas, la caza fue segura y abundante, y en poco tiempo los niños me presentaron una cantidad respetable de ratas que habian caido en el garlito. Las más pertenecian á la especie que llaman ondatras ó ratas almizcleras, con cuyo motivo tuve ocasion de examinar á tan industriosos animales,

sus viviendas, su instinto, costumbres etc., lo cual es tan maravilloso que merece estudiarse detenidamente y hacer una breve digresion.

El ondatra es del tamaño á corta diferencia del conejo; su cabeza corta y gruesa se asemeja á la del raton de agua; tiene ojos grandes, orejas cortas, redondas y peludas por dentro y fuera, su cola es aplastada y escamosa, y la piel fina y lustrosa tiene un color rojizo oscuro. Por la forma, instinto y hábitos, estos animales se parecen á los castores. Construyen sus habitaciones con plantas secas y particularmente con mimbres que entretejen y revisten de barro formando techos abovedados. En el fondo practican agujeros para salir en busca de pasto, pues nunca se abastecen para el invierno. Cuando se les acosa en su madriguera se guarecen en escondrijos subterráneos.

Estas habitaciones únicamente destinadas para el invierno, se reconstruyen cada año al aproximarse los frios y escarchas. Muchas familias reunidas ocupan á veces un mismo recinto, y en las latitudes septentrionales suele estar cubierto de una capa de nieve de ocho ó diez piés de espesor, por lo cual debe de ser muy triste y monótona la estancia de los pobres reclusos hasta la primavera. En verano andan errantes por parejas, devorando yerbas y raíces, y al engordar adquieren el fuerte olor de almizcle que les da el nombre de ratas almizcleras.

Entre esta rata y el castor, como indiqué ántes, existen muchos puntos de contacto, tanto en la fábrica de sus guaridas como en otras mil circunstancias que dan márgen á que se hable algo del mismo castor, pues cuanto habíamos leido acerca de ese industrioso animal era el tema de nuestras pláticas miéntras nos dedicábamos al oficio de sombrereros. En efecto, pocos serán los seres de la creacion que se acerquen más al hombre, pues el castor siente más que ningun otro irracional la necesidad de asociarse con sus semejantes, debiéndose á su instinto resultados tan maravillosos como los de la industria humana con sus imponderables recursos.

El castor tiene á lo más tres ó cuatro piés de longitud. Todo su cuerpo, á excepcion de la cola, lo cubre un pelo finísimo y espeso, largo de una pulgada, y que sirve para conservar el calor del animal. La cabeza es casi cuadrada; las orejas, redondas y cortas, y los ojos pequeños; la boca está armada de cuatro dientes incisivos, fuertes y cortantes, dos arriba y dos abajo, únicos instrumentos de que se vale para cortar los árboles, derribarlos y arrastrarlos. Los piés delanteros le sirven de manos, moviéndolos con la destreza de la ardilla. Los dedos están bien separados y divididos, provistos de largas y afiladas uñas, miéntras que los de los traseros están reunidos por una fuerte membrana que, sirviéndoles como de aletas para nadar, se dilata como los de las aves acuátiles. Como las piernas delanteras son más cortas que las traseras, el castor camina siempre con la cabeza baja y el lomo arqueado. Sus sentidos son delicados, sobretodo el olfato, en términos de no poder soportar ningun mal olor, siendo muy limpio y aseado, tanto en su cuerpo como en su vivienda. Su cola es notable y adecuada

á los usos á que la destina: es larga, algo plana, escamosa, de buena musculatura é impregnada de cierta grasa que la preserva de la humedad.

Los castores son quizá el único ejemplo que subsiste como antiguo monumento de la peculiar inteligencia de los brutos, que aunque infinitamente inferior á la del hombre, supone miras y proyectos comunes, que teniendo por base la sociedad y por objeto la construccion de un dique, la fundacion de un pueblo ó de una especie de república, suponen tambien un medio cualquiera de entenderse y obrar de concierto.

Un individuo, considerado aisladamente al salir á la luz del mundo, no es mas que un sér estéril cuya industria debe limitarse al mero uso de los sentidos. El hombre mismo, en su estado natural, careciendo de luces y recursos sociales, nada produce, nada edifica. El castor igualmente, solo y aislado, léjos de tener superioridad marcada sobre los demas animales, es inferior á algunos por las cualidades puramente industriales; su ingenio y habilidad no los despliega sino cuando vive en sociedad, y generalmente sólo edifican en solitarias regiones donde no les moleste el hombre.

Así es que, si bien se encuentran castores en el Lenguadoc, en las islas del Ródano, y más en las provincias del Norte de Europa, como estos paises suelen estar poblados, los castores andan como los demas animales dispersos, solitarios, errantes ú ocultos en madrigueras.

El castor de suyo es inofensivo y familiar, algo triste y quejumbroso, carece de pasiones y vehementes apetitos; apático, por nada se afana, aunque ganoso de libertad roe siempre sin furor las puertas de su cárcel. Por último, la indiferencia predomina en su índole: nada hace para captarse la voluntad, pero tampoco hace daño. Inferior al perro en las cualidades relativas que pudieran asemejarle al hombre, no nació para servir ni mandar, ni siquiera para tratar con otra especie que no sea la suya; y su sentido, concentrado en sí mismo, no lo manifiesta por completo sino entre sus semejantes. Solo, es poco industrioso, pues ni acierta á defenderse, limitándose á morder cuando le cogen. En junio y julio comienzan los castores á juntarse á orillas de las aguas, formando á veces manadas de doscientos á trescientos. Si las aguas se sostienen siempre á igual altura como en los lagos, no construyen dique; pero si corren, fabrican una presa que siempre mantenga el agua á un mismo nivel, la cual por lo comun mide ochenta ó cien piés de largo por diez ó doce de grueso en la base.

Para construir el dique eligen los castores un sitio donde el rio tenga poca profundidad. Si á la orilla se encuentra algun árbol corpulento que puede caer en el agua, principian por derribarle para que sirva de base á la construccion, y para conseguirlo roen la corteza y la madera, cuyo sabor les gusta sobremanera, tanto que prefieren este alimento á cualquier otro, sobretodo cuando el árbol conserva su frescura. Trabajando de ese modo y comiendo al propio tiempo,

sin más auxilio que los dientes, en breve lo cortan y derriban al traves del rio. Cuando el árbol, á veces grueso como el cuerpo de un hombre, está caido, varios castores comienzan á roer y cortar las ramas hasta dejarlo igual de extremo á extremo, miéntras otros recorren la orilla del rio y cortan otros leños de diferentes tamaños, dividiéndolos en trozos de la longitud que se requiere para servir de estacas, y despues de trasladados á la orilla del rio, los conducen por agua sujetándolos con los dientes. Con estos palos que van clavando en el fondo entrelazándolos con ramas, forman una espesa estacada. Miéntras unos sostienen casi perpendiculares las estacas, otros se sumergen para abrir con las patas delanteras los hoyos correspondientes, rellenándolos luego para afianzar los maderos. A fin de impedir que el agua filtre por los intersticios de la estacada, los tapan con arcilla que amasan perfectamente con las patas delanteras, extendiéndola con la cola que hace el oficio de llana de albañil.

La posicion de la estacada tambien es digna de notarse: los piés derechos, todos de igual altura, están fijados verticalmente recibiendo la caida del agua, y el todo de la obra tiene una escarpa que sostiene el peso del agua, en sentido contrario, de modo que la presa, que en su base cuenta doce piés de ancho, se reduce en el remate á dos ó tres, con lo cual no sólo tiene la solidez necesaria, sino tambien la forma más conveniente para retener el agua y sostener su peso debilitando la fuerza de su corriente.

Cuando los castores han contribuido de mancomun á edificar la grande obra pública, cuya ventaja consiste en mantener el agua á igual altura, se dividen en brigadas para construir habitaciones particulares, cabañas ó casitas edificadas en el agua misma sobre estacadas rellenas cerca de la orilla de su estanque, con una salida para ir á tierra y otra para arrojarse al agua. La forma de estos edificios es por lo regular ovalada ó redonda. Los hay de cuatro, cinco, y hasta de diez piés de diámetro, y algunos tienen dos ó tres pisos. Las paredes miden dos piés de espesor y el techo guarda la forma abovedada. Toda la obra queda impenetrable al agua, á la lluvia, y resiste al más impetuoso viento. Los materiales que entran en su construccion se reduce á madera, piedras y tierra arenisca; los muros están por dentro y fuera revocados con una especie de estuco, con tanta igualdad y limpieza como si interviniera el arte humano. Cada casa tiene su despensa llena siempre de cortezas y madera blanda y verde, alimento ordinario del castor. Un derecho comun rige á los habitantes de cada domicilio; ninguno invade jamas el de su vecino; la cabaña más pequeña contiene de dos á seis, y las mayores de diez á veinte, siempre en número par, tantos machos como hembras, que viven en la mayor fraternidad. Se han visto algunas veces cabañales de hasta veinte y cinco moradas.

Por numerosa que llegue á ser la sociedad jamas se altera la paz. Amigos unos de otros, como dice Bufon, si notan enemigos, procuran evitar su encuentro avisándose unos á otros dando coletazos en el agua, cuyo eco resuena en las

bóvedas de todas las habitaciones; y así cada cual toma el partido que más le place, ó de sumergirse en el lago, ó de encastillarse en su morada.

La vida de estos animales debe naturalmente ser corta, llegando apénas á quince ó veinte años. Cada pareja vive contenta y satisfecha; casi siempre están juntos macho y hembra, y sólo se separan para buscar cortezas. La caza de los castores se hace principalmente en invierno, porque es cuando sus pieles están en sazon. Se les mata al acecho, se les tiende lazos con cebo de leña verde, ó se les sorprende en sus cabañas durante los hielos. Como anfibios que son, huyen entre dos aguas; mas como no pueden permanecer así mucho tiempo, salen á respirar por las aberturas hechas de intento en el hielo, y entónces se les mata á hachazos.

Cuando despues de destruir las cavernas, los cazadores llegan á apoderarse de un gran número de castores, encontrándose la sociedad muy debilitada ya no se restablece más. Los individuos que han podido librarse se dispersan para vivir en alguna covacha que labran en la tierra, sin ocuparse mas que de sus necesidades presentes. No ejerciendo ya sino sus facultades individuales pierden para siempre la cualidad social que tanto les distingue. Supeditado su industrioso ingenio al terror, no se desarrolla más; y este animal que nació dotado de tan superior instinto, muere al fin en un estado de abyeccion y abatimiento que le hace inferior á los demas. El comercio de las pieles de castor constituye la gran riqueza del Canadá. Los salvajes las llevan en invierno con el pelo á raíz de la carne, y estas pieles ya empapadas de sudor, son el castor graso que los sombrereros mezclan con el pelo de castor seco ó vírgen para darle elasticidad y consistencia.

Como el lector ha podido notar, nuestra disertacion sobre el castor iba siendo prolija; pero á más de la justa admiracion que merecia ese industrioso animal, era la conversacion más oportuna en el taller de sombrerería do trabajábamos. Raer las pieles, enfurtir el pelo, convertirlo en tejido sólido y flexible, darle la forma conveniente en el molde de madera para que resultasen las copas de los sombreros; añadir luego las alas, é ir acomodándolo todo hasta confeccionar un sombrero en toda regla, tal fue por espacio de diez dias la ocupacion de toda la familia. La cochinilla nos proporcionó un brillante y hermoso tinte encarnado que daba un aspecto extraño á los sombreros. Quien nos hubiera visto pasear gravemente por la costa como solíamos despues de los trabajos del dia, cubiertos con semejantes chapeos, tomáranos cuando ménos por cuatro cardenales. A Franz se le reservó el privilegio de llevar dos largas y hermosas plumas en el sombrero; las airosas y caidas alas, añadidas á nuestros gorros, las reemplazaban con ventaja.

El buen éxito de la fabricacion de sombreros nos alentó á emprender otro trabajo cuyo producto ya nos era sumamente indispensable. Estábamos enteramente desprovistos de vajilla sólida y otros mil utensilios de barro que mi espo-

sa echaba siempre de ménos para la cocina; con que fue preciso convertirnos de sombrereros en alfareros. Confiados en la experiencia y en mi sistema de ensayos que hasta entónces me habian dado los más felices resultados, no me arredró obstáculo alguno.

A la verdad no entendia gran cosa en alfarería, mucho ménos en la elaboracion de la porcelana, que es su parte sublime; y lo que más me embarazaba era ignorar de fijo la preparacion que habia de dar á la tierra destinada á ese objeto ántes de proceder á elaborarla. Sin embargo, como la pérdida en caso de no acertar no era mas que de tierra y tiempo, y ambas cosas nos sobraban, puse manos á la obra, estableciendo el nuevo taller en un rincon de la gruta.

Naturalmente comencé por lo más esencial, por la construccion de un horno con los compartimentos necesarios para las diferentes piezas que proyectaba labrar y que debian sujetarse á la accion del calórico más ó ménos segun su tamaño y el uso á que estaban destinadas, para lo cual tuve que discurrir un sistema de tubos de barro para la trasmision del calor de una manera uniforme y cual lo requerian los objetos de mi fabricacion. Estos preparativos no dejaron de absorber bastante tiempo por la sencilla razon de que siendo insuficientes mis escasas nociones en el arte á que me metia, la imaginacion y el cálculo habian de suplirlo casi todo, y así puedo decir que el flamante horno era de nueva invencion.

Concluido que fue, vino la segunda parte, ó sea la preparacion de la primera materia. Tomé cierta cantidad de tierra propia para la porcelana, que era una arena blanca y fina que como atras queda dicho se encontró cerca de las rocas en nuestra expedicion á la gran vega. Como era corto el acopio que de este artículo teníamos, empecé por un mero ensayo ántes de trabajar en mayor escala. Encargué á mis hijos entresacasen cualquier partícula extraña que contuviese, diligencia indispensable, no sólo para purificarla, sino para que al amasarla no me lastimase las manos con los fragmentos de pedernal con que estuviese mezclada. Añadí luego á la tierra una cantidad de talco, mineral vidrioso que hallámos bajo la capa de amianto en la gruta del Chacal; cuya sustancia á mi entender debia dar más consistencia á la masa, y cuando esta quedó bien trabajada, la dejé secar un poco ántes de emplearla.

No podia darla forma sin el auxilio del torno propio de alfarero, con el que se modela el barro y se labran las piezas. Con una rueda de cureña de cañon colocada horizontalmente sobre un eje, y encima otra rueda ó disco que giraba con aquella, me procuré el torno que necesitaba, y á fuerza de pruebas comencé á tornear con esa máquina imperfecta platos, fuentes y algun barreño ó lebrillo; luego fuí avanzando hasta hacer tazas con sus salvillas, jícaras, etc. Expuestos esos objetos á fuego vivo algunos se quebraron, pero quedaron intactos más de la mitad, hermosos y trasparentes. Mi esposa se volvia loca de contento al ver cómo se iba enriqueciendo la cocina, prometiendo en cambio regalarnos

el paladar con algunas golosinas que hasta entónces no habia podido hacer por falta de vajilla.

Satisfecha la primera necesidad, pensóse en el lujo. Los platos y tazas de loza de que ya nos servíamos, á pesar de su hermoso barniz blanco y trasparencia nos parecian ordinarios y de poco gusto. Santiago deseaba tuvieran las piezas esmaltes y dibujos de colores que tanto las realzan y embellecen; pero la pintura en porcelana era un arte de pura ostentacion que requeria conocimientos especiales y primeras materias apropiadas al caso de que carecíamos. Sin embargo, echando mano de los objetos que poseia, ya que no me era dado estampar flores y paisajes como en las vajillas de China, satisfice el capricho de mi hijo en lo posible, dando lujosa apariencia á algunas piezas.

Entre los objetos salvados del buque habia varias cajas de collares, brazaletes y otras bujerías de vidrio de diferentes colores, para trocarlos con los de América. Las reuní todas y reduje á polvo en el célebre mortero de hierro que sirvió para dar salida á la pinaza; y en seguida mezclé el polvo con el barro de porcelana, el cual puesto al fuego, segun habia previsto dió por resultado unos abrillantados matices y degradacion de colores junto con un esmalte que superó mis esperanzas. A pesar de tan imperfecto sistema el éxito de este ensayo me proporcionó un juego de café completo y otras varias piezas que hubieran podido figurar en cualquier mesa, pareciéndose más á la porcelana china que á la inglesa.

A los utensilios que podian labrarse con el torno sucedieron los fabricados con moldes de madera, y despues con otros de barro comun de caprichosas formas, que cocidos en el horno sirvieron para modelar vasos, jarrones, flores y otras piezas de lujo, enriquecidas con relieves y otros ornatos, que si bien distaban de rivalizar con los productos de China ó de Sévres, atestiguaban al ménos la intencion de imitarlos. Mi esposa é hijos iban depositándolo todo con orgullo en el escaparate del comedor, nuevo y artístico museo debido exclusivamente á nuestra industria, tanto más recomendable cuanto que al ingenio particular del individuo movido por la necesidad debia su orígen.

Viniéndosenos encima la estacion de las lluvias fue preciso renunciar á nuestras excursiones. Los vientos y aguaceros comenzaron á inundar la campiña como en los años anteriores, y el cielo, ántes tan puro y sereno, se cubrió de nubarrones, anunciando con la llegada del invierno terribles huracanes y frecuentes tempestades. Hubo que cerrar la puerta de la gruta y ocuparse exclusivamente en las pacíficas tareas reservadas para aquella época del año. El torno de alfarero siguió funcionando miéntras hubo tierra á propósito y hasta que fue imposible salir para otro acopio.

Los huevos de tortuga, cuyos cascarones se conservaban partidos por igual y con elegantes piés de madera esmeradamente torneados, se convirtieron en graciosas copas y jarrones destinados aquellos para beber y estos para floreros durante el verano.

El condor, cuya disecacion definitiva se habia dejado para entónces, fue otra de las ocupaciones que nos distrajeron. Lavámos de nuevo su pellejo con agúa tibia, cubriéndola de una ligera capa de goma para preservarla de los insectos. El cuerpo se rellenó y recosió perfectamente, barnizándose las patas para que brillasen. Sólo nos faltaban los ojos, pero con un poco de porcelana y dos cuentas de abalorio se suplió tan bien esta importante adicion, que no habia más que pedir. La gigantesca ave con las alas extendidas y fuertes garras fue uno de los principales adornos del gabinete de historia natural.

La educacion del avestruz tampoco se descuidaba y se iba perfeccionando á ratos perdidos. En todas estas tareas yo era el que tomaba más parte, y temia fundadamente que la ociosidad de los niños se convirtiese luego en pereza, engendrando lo peor de todo, el fastidio. La mayor parte de las ocupaciones que habíamos discurrido estaban ya terminadas, y todavía quedaba sobrado tiempo de encierro. Ernesto, á fuer de estudioso, se hallaba muy bien con sus libros, sin echar nada de ménos; pero sus hermanos, no tan aplicados, ni con tanta aficion á la ciencia, sólo entraban en la biblioteca cuando no habia otro sitio en la gruta en que pudiesen estar. Conocia pues que era indispensable buscarles un entretenimiento que halagase su curiosidad, y por más que discurria poniendo en prensa la imaginacion, no lo encontraba, cuando inopinadamente la de Federico me sacó del paso.

—El avestruz con su velocidad y ligereza nos puede servir para correr la posta en poco tiempo por todos los caminos de nuestro reducido reino; no nos faltan carros fuertes y otros medios de conduccion para las provisiones; esto por la via terrestre, y por la marítima contamos con una chalupa y una piragua que se mecen majestuosamente en la bahía; pero en medio de todo aun nos falta y deseara yo otra cosa, y es un vehículo, un medio de caminar sobre el agua tan veloz como el avestruz por tierra, el cual apénas roza la arena cuando corre; una especie de esquife tan ligero que en un santiamen nos trasladase de un cabo á otro de nuestros dominios ya rodeando las costas, ya internándose por el arroyo. Creo haber leido, no recuerdo dónde, que los groelandeses construyen unas navecillas ligeras como las aves, parecidas á lo que yo me imagino, y á los que si no me engaño dan el nombre de caïaks. Si tuvímos bastante ingenio para construir una piragua, ¿por qué no hemos de hacer tambien lo que los ignorantes salvajes alcanzan?

Como cualquiera puede figurarse, acogí como se merecia la oportuna proposicion de mi hijo, que agradó tambien á sus hermanos; únicamente mi esposa, que temia el mar y sus pesadas burlas, no se mostraba propicia, y la sola idea de otra embarcacion la indispuso contra el nuevo invento, siendo vanas cuantas razones y seguridades se la dieron para convencerla, pues si la piragua y la pinaza eran para ella ocasiones de naufragios, mal podria cuadrarla que se aumentase la escuadra. Fija siempre en su mente la horrible tempestad que nos arro-

jara á la isla, en tres años jamas habia podido vencer el terror y la ansiedad que la causaban las travesías por mar, al que llamaba siempre traidor y pérfido.

No obstante, razones más poderosas me estimularon á construir el caïak, siendo la principal el ocupar á los niños, y así todos pusímos manos á la obra, prometiendo á la buena madre presentarla un verdadero modelo que por su solo aspecto desvaneciese al ménos en parte la injusta prevencion que abrigaba.

El caïak, única embarcacion que usan los groelandeses, es una especie de canoa en forma de cáscara de nuez, labrada con dos ó tres grandes trozos de ballena y una piel de foca. Es tan ligera, que á veces el navegante que la usa para surcar un rio, en llegando á tierra se la echa á cuestas. Es increible el arrojo y destreza del groelandes cuando maneja su portátil esquife; con él efectua largos viajes, caza las focas, lijas y otros mónstruos marinos que abundan en sus costas, y ya esté quieta ó alterada la mar, su caïak nunca zozobra, sube y baja con las olas cual leve pluma, ó bien se balancea dulcemente cuando el agua está mansa y tranquila. El marino groelandes no conoce el miedo ni teme nunca el naufragio. Con las piernas cruzadas en el esquife y bogando, parece identificado con la embarcacion misma que le conduce. Al groelandes en fin con su caïak se le puede llamar el hombre-barco.

No tiene pretensiones de civilizado ni de conocedor de las artes: su esquife por demas tosco y sencillo, aunque de airosa forma, es incómodo para el navegante, por cuya razon me propuse hacer una cosa más acabada, pues el ingenio industrial que se habia desarrollado entre nosotros ya no nos permitia imitar ciegamente la obra de un pueblo salvaje, que el talento europeo podia mejorar á poca costa. En resolucion, nuestro caïak no debia parecerse al groelandes sino en la flexibilidad y ligereza.

Barbas de ballena, cañas de bambú, mimbres y pieles de lija fueron los materiales de que se echó mano para esta obra. Las ballenas más gruesas sirvieron para los costados, y otras más delgadas, entretejidas con mimbres y musgo bien embreado completaron el casco. El primer perfeccionamiento que dímos al botecillo fue disponerle de tal suerte que el remador pudiese permanecer sentado; miéntras que en los caïaks groelandeses habia de estar con las piernas cruzadas ó extendidas en el fondo del esquife: posiciones incómodas que privan al navegante de buena parte de sus fuerzas. A esto se añadieron otros ornatos, productos de nuestra invencion, como una forma más prolongada y esbelta, una ligereza y elasticidad suma, unidas á la mayor solidez. Al hacer la primera prueba, cuando se botó al agua, á pesar de estar muy cargado, caló sólo dos pulgadas. Cerca de un mes se empleó hasta la conclusion de esta obra maestra; pero salió tan bien, y lon niños se prometieron tanto de ella, que se dió por bien empleada la faena, á la que habia de sucederse luego otra.

Terminado el casco y calafateado por dentro con musgo y goma elástica, para forrarlo por fuera tomé dos pieles de vaca marina, enteras, ó sea sin rotura

lateral, en las cuales introduje por fuerza cada extremo del esquife, estirándolas hasta juntarlas en mitad del mismo y cosiéndolas con esmero, sin dejar abertura mas que la precisa para el conductor. Excusado es decir que ántes de emplearlas se aderezaron para poderse manejar como el mejor cuero que usan los guarnicioneros de Europa. Cuidé igualmente de engomar la costura para que el agua no penetrase; se cortaron remos de bambú, y se ajustaron á los costados del barco, teniendo uno de ellos al extremo una vejiga para apoyo del navegante en caso de necesidad; y por último, quedó dispuesto y aparejado el sitio para una vela, si en adelante se creyese oportuna.

Resultó pues que nuestra flota se aumentó con otro buque. Federico, como autor del pensamiento del caïak, el mayor de sus hermanos, y el más hábil y capaz, hizo valer sus derechos sobre la nueva barquilla, y unánimemente reconocidos, fue proclamado propietario exclusivo del navío en miniatura.

Quedaba aun por hacer otra cosa importante para el complemento de la navecilla groelandesa, y era el equipo del que habia de manejarla, para lo cual acudímos á la habilidad de mi esposa, que arregló un par de salvavidas, sin cuya precaucion jamas hubiera permitido á ninguno de los niños poner el pié en ella, porque el impulso de una ola bastaria para inundarla, en cuyo caso el navegante corria riesgo de sumergirse con el caïak. Por consejo mio estos salvavidas, aparatos especiales para los buzos, se hicieron de los intestinos de la ballena, formando una especie de camisa ajustada hasta medio cuerpo con sus aberturas correspondientes para que la cabeza y brazos conservasen toda la libertad de sus movimientos, y fuese imposible la completa inmersion del individuo.

Así invertímos el tiempo durante la estacion de las lluvias. El invierno, igual poco más ó ménos al de los años precedentes, iba pasando insensiblemente, y la lectura y el estudio de las lenguas, con los ensayos industriales, abreviaron amenizando los nebulosos dias que restaban hasta la llegada del buen tiempo.

Las tempestades y huracanes que amenazaron trastornar la naturaleza al comenzar la estacion reaparecieron á su fin como anuncio de la primavera. Poco á poco el sol fué mostrando sus rayos, el viento calmó su furor, el mar sosegó sus olas, y el verdor y la frondosidad brotaron de la tierra humedecida por espacio de tres meses. La naturaleza renacia. Salímos al fin de la gruta á gozar de la vida exterior, encontrando un placer indecible en respirar el aire puro de la costa, ver vestidos de verdes hojas los giganteseos árboles de Falkenhorst, y la exuberante lozanía de la vegetacion con que el Criador nos favorecia como para prevenir nuestras necesidades, aspiraciones y deseos.

Como el traje de buzo era el último que se habia acabado, acordóse que su ensayo sería la primera operacion que inaugurase el buen tiempo; y así, el primer dia que lució el sol, Federico se vistió solemnemente la blusa natatoria que le venía ajustada al cuello y se ceñia con cinturon y hebilla, un capuchon impermeable que se ajustaba igualmente á la blusa, con dos agujeros para los ojos,

cerrados con hojuelas de talco para poder ver, y un pedazo de caña sujeto á la cabeza para renovar el aire. Al contemplarle en tan estrafalario traje, no pudímos ménos de soltar la carcajada; pero él, sin hacer caso, con toda gravedad entró en el agua, y nadando se dirigió á la isla del Tiburon, adonde llegámos casi al mismo tiempo, merced á la rapidez de la piragua. El intrépido nadador tomó tierra, y despues de sacudirse como un pato le desembarazámos del capuchon. La prueba salió tan bien, y el traje de buzo dió tan feliz resultado, que todos quisieron uno. La buena madre prometió satisfacer los deseos de los niños, y en seguida recorrímos la isla, que no habíamos visto en cuatro meses, ansiosos de saber cuál habia sido en invierno la suerte de los nuevos colonos.

La primera visita fue para los antílopes, que huyeron al aproximarnos; pero notámos con satisfaccion que habian dado buena cuenta del maíz y bellotas aderezadas con sal que para ellos preparáramos. Por el estado del establo conocímos que los pobres animales lo habian aprovechado, y ántes de abandonarlos renovámos las provisiones, mejorando su albergue para que se aficionasen á su estancia.

Aproveché la ocasion para recorrer la isla á fin de que mis hijos recogiesen conchas, corales y otras curiosidades para enriquecer el museo. Mi esposa, que no hizo gran caso de un gran trozo de coral que la presenté, me sorprendió con ótro descubrimiento, consistente en unas plantas marinas cuyo nombre y aplicacion no nos quiso decir, contentándose con hacer un buen paquete de ellas, que juntas con otras que ántes recogiera en la Bahía del salvamento, bien lávadas y puestas á secar al sol guardó cuidadosamente y con cierto misterio en la despensa.

—¡Cáscaras! la dije riéndome, de seguro estás ocultando un gran tesoro, segun el cuidado que empleas; cualquiera diria que es tabaco y lo escondes para que no nos lo fumemos.

Sonrióse al oirme, manifestándome que más tarde conoceria el nombre y propiedades de la planta misteriosa, y yo sería el primero que la daria las gracias ensalzando su virtud y cualidades. Tal respuesta, si bien evasiva, me daba alguna esperanza, y con ella resignacion para no hablar más del asunto.

Miéntras la tierra con su demasiada humedad nos impedia volver á nuestras viajatas, se aprovechó el tiempo que quedaba de encerramiento arreglando en el museo las conchas, corales y demas riquezas minerales últimamente recogidas en el islote del Tiburon.

Esta ocupacion convenia sobretodo á Ernesto, que no despêrdiciaba la menor ocasion de merecer el nombre de sabio con que todos le honrábamos y justificar su título de bibliotecario y primer conservador del museo de Felsenheim. Como tal nos explicó la formacion del coral, diciéndonos cómo á veces, de su aglomeracion, se han formado islas en el mar que han hecho suponer á algunos que se originaban de terremotos ó erupciones volcánicas submarinas; disertaba sobre

las algas, los pólipos y las conchas; en fin, no desperdiciaba ocasion de hacer el profesor, y en honor de la verdad, aunque en boca de un padre parezca mal este elogio, á más de cuatro he visto con título desempeñar ese cargo con ménos erudicion y copia de doctrina.

—Los mariscos, dijo un dia, constituyen uno de los ramos más difíciles y ménos conocidos de la historia natural. Cualquiera diria que la ciencia ha retrocedido ante esas maravillas de la creacion, y que, propensa á describir el más pequeño fenómeno que se revela en la existencia de otros seres organizados, ha declarado inhábil é impotente su ojo investigador para sorprender el secreto de la vida que anima el interior de esas capas crustáceas que llamamos vulgarmente conchas. Se distinguen cuatro especies de mariscos: 1.° los de una sola pieza, que son los *univalvos:* 2.° los que constan de dos desiguales, y á veces de naturaleza diferente, siendo plano el que sirve de tapa: á estos se les da el nombre de *operculados;* 3.° los de dos piezas casi iguales, que se llaman *bivalvos;* y 4.° los formados por la reunion de muchas piezas de estructura y forma diferente, cuya denominacion es *multivalvos.* Los mariscos han servido para diferentes usos en varias naciones. La concha que vulgarmente se llama *moneda de Guinea* ó cauris (1), sirve en efecto de moneda en aquella region, y tambien en las islas de Cabo Verde, en Leonda, el Senegal, Bengala, y algunas de las Filipinas que aun no están del todo sometidas á España. En Bengala sirve para brazaletes, collares y otras galas mujeriles, costumbre generalizada igualmente en la clase principal del Canadá y varios puntos de Africa. Los griegos, reduciéndola á polvo, sacaban de ella una especie de afeite ó colorete para el rostro. Los antiguos tirios extraian del múrice (2) un finísimo color de púrpura que empleaban como tinte. Los turcos y levantinos ornaban con los cauris el arnes de los caballos y los incrustaban con primoroso arte en sus vasos, jarrones y otras piezas de porcelana. En la isla de Santa Marta se emplean tambien para adornar las colgaduras de palma y juncos con que tapizan las paredes de sus casas. Del burgans (3), ó caracol de las Antillas, se saca el más precioso nácar, llamado en el comercio *burgandina*, que sirve para las alhajas de más precio y delicadeza. Los denominados cames (4), que admiten el grabado, se incrustan en sortijas, por lo cual se llaman camafeos. Las ostras producen perlas, á las que el lujo y el comercio han dado inestimable valor, segun su tamaño, redondez, brillo y blancura. Como ramo de industria, tambien se emplean los mariscos en Europa

(1) El cauris es una concha del género llamado porcelana que se encuentra en el Mediterráneo y mar de las Indias.

(2) Múrice ó muria es el nombre de cierto marisco que cria la púrpura, color estimado de los antiguos.

(3) Llámase burgans á un caracol de las Antillas cuya concha es el mejor nácar.

(4) Came ó cama es un género de conchas bivalvas de los mares intertropicales, de cuyo nombre se deriva el de camafeo. *(Notas del Trad.)*

para hacer ramos de flores, cajas, tiestos y otros caprichos que ornan las cónsolas y tocadores, combinando el arte los colores para imitar los objetos naturales, que á veces se confunden con las copias. Entre los romanos, los grandes caracoles llamados bocinas (1) servian de clarines. Los salvajes de América, entusiastas por el canto y la danza, usan tambien de estos instrumentos, con los que modulan cadenciosas armonías, y juntando varios caracoles forman unas como liras que expuestas al aire prestan por sí solas extraño acompañamiento que anima las danzas. En otros países, las conchas llamadas *nautillos* (2) sirven de copas en vez del cristal. En las asambleas públicas, los mariscos sirvieron por largo tiempo para marcar los votos. La famosa ley del ostracismo deriva su nombre de la palabra griega que significa *ostra*. Notorio es que aquella ley se estableció para desterrar de la república ateniense por espacio de diez años á aquellos ciudadanos cuyas grandes riquezas ó demasiada influencia les hacian sospechosos al pueblo. En Córcega se fabrican tejidos con la seda que produce la ostra llamada *pena*. Hay quien afirma que en China, en las provincias de Kiam-Fi, se muelen las conchas para mezclar el polvo en la famosa porcelana. En la isla de Ciana las calcinan para cal. En Inglaterra emplean las conchas para blanquear la cera, y tambien como abono de la tierra. El animal contenido en varios mariscos es comestible, como el de las ostras, almejas, lapas, caracoles, etc. Los romanos del Bajo Imperio, buenos jueces en materia gastronómica, apreciaban sobremanera este manjar, que nunca faltaba en sus mesas, y uno de sus escritores nos ha dejado la curiosa receta para cebar los mariscos á fin de que sean más sabrosos.

Cuando estuvo enjuta la tierra é iban desapareciendo los aguazales que por mil partes la cubrian, volvímos á las acostumbradas correrías por nuestros dominios. Fue de las primeras una visita á Falkenhorst, á sus gigantescos árboles, á la huerta del ángulo cubierto de la roca que nos servia de invernadero, y á los otros sitios señalados por nuestra industria. Todo se encontró en el mejor órden y cada vez más mejorado.

Una tarde que nos retirábamos de Falkenhorst más cansados que de costumbre por lo excesivo del calor, al entrar en la gruta nos presentó mi esposa una gran compotera de jalea de cristalina trasparencia y sabor delicioso. Parecióme una mezcla de azúcar y jugos de varias frutas y yerbas aromáticas que despedian un ácido grato al paladar. A las pocas cucharadas sentímos restaurado el

(1) Llámase bocina á un caracol marino de un pié de largo y cinco pulgadas de ancho que termina en punta, por la cual agujereado y soplando suena como el instrumento del mismo nombre.

(2) El nautillo ó nautilo es una especie de molusco cuya hermosa concha univalva de lustre anacarado se llama vulgarmente *Taza de Vénus*. Los hay de cerca de ocho pulgadas y son comunes en el mar de la India. Se encuentran tambien especies fósiles. *(Notas del Trad.)*

estómago y apagada la sed, y ya sea por el apetito, ó bien por su mérito real, la tal gelatina, jalea ó lo que fuese, declaróse unánimemente manjar delicadísimo con el que nada podia compararse. Todo eran conjeturas para adivinar lo que podria ser, y mi esposa al oirnos se sonreia sin decir palabra.

—Es la dulce ambrosía de los dioses, exclamaba el sabio Ernesto.

—Es... es... decia Santiago como evocando un recuerdo.

—Es, señores, interrumpió la buena madre riéndose, para que no os rompais la cabeza, el extracto de aquella planta marina que me visteis recoger con afan en la isla del Tiburon, y que guardé con tanto esmero á pesar de vuestras chanzonetas. Ya veis que la cocinera no se descuida en aprender nuevas recetas.

—¿Será verdad? exclamé asombrado. Y ¿cómo has podido reconocer esa planta, cuando apénas recuerdo si he leido algo sobre ella?

—Así sois los hombres, respondió con toda la autoridad que la daba su descubrimiento. Vosotros creeis que las mujeres son de barro inferior al vuestro, incapaces de más ideas que las que quereis gratuitamente atribuirlas; y cuando por casualidad os enseñan alguna idea justa y beneficiosa, vuestra ciencia se desdeña de examinarla. Nos falta en verdad la instruccion que prestan el estudio y la lectura; pero en cambio nos sobra el buen tino y rapidez de observacion, que de veces sirve más que los libros. Hé aquí un descubrimiento que vale tanto como cualquier otro. Tú, prosiguió dirigiéndoseme, probablemente no hubieras caido en él. ¡Al fin es una pobre mujer la que lo ha hecho!

—Cierto, repliqué, nos damos por vencidos; pero ¿quién te sugirió la idea de extraer de aquella planta marina tan delicioso y nutritivo refresco?

—La primera idea no es mia, lo confieso; acordéme de la señora holandesa que nos acompañaba en el viaje y segun decia habia vivido largo tiempo en el Cabo de Buena Esperanza; la cual señora (que buen siglo haya) contó varias veces que aquellos habitantes recogian á orillas del mar una especie de alga, cuyas señas tambien me dió, que dejaban en infusion por espacio de cinco ó seis dias en agua, y bien cocida despues y mezclada con azúcar y limon, resultaba una gelatina parecida á esta. Yo á falta de azúcar he empleado la miel de caña, reemplazando el limon con hojas de ravensara, cáscara de vainilla y algunas gotas de aguamiel, y creo haber acertado en el cambio; y si no, vosotros podréis juzgarlo.

Agradecímos el singular obsequio de nuestra ama de gobierno colmándola de elogios y diciéndola, como es verdad, que un recuerdo á tiempo vale tanto como un invento.

Otra visita á la isla del Tiburon nos permitió examinar el estado de las plantaciones. Todas se encontraban en floreciente desarrollo. Los conejos tambien se habian multiplicado y les vímos alimentarse de las algas que crecian á orillas del mar, lo cual era una ventaja para la conservacion del plantío. Entre aquellas noté algunas diferentes de las que habia empleado mi esposa para la gelatina, que te-

nian sabor dulce y suave aroma de violeta, las que creí reconocer por el *fucus saccharinus* de que extraen azúcar los irlandeses. Los conejos se encontraban bien con este sabroso alimento; pero como á nuestra aproximacion huyeron escondiéndose en sus viveros, conocí que para utilizarlos era preciso construir un vivar cerrado con piedras y zarzas, donde les obligámos á entrar: obra que nos acupó dos dias, á mi entender bien empleados.

De aquí pasámos al islote de la Ballena, cuyos plantíos se hallaban tambien en buen estado. Todo era abundancia y creciente prosperidad, y nuestras posesiones terrestres y marítimas presentaban el más halagüeño espectáculo. Desde lo alto de las rocas que circundaban el islote contemplaba aquella tierra vírgen y fecunda, y el recuerdo de los tesoros que luego pondria á nuestra disposicion se enlazó con un agradecimiento profundo al Señor, dispensador de tantos bienes.

Un dia que me hallaba ocupado en el taller de la gruta reparé que tres de los niños habian tomado el portante sin decir nada, llevándose provisiones de boca, zanahorias y armas. Por las zanahorias, y por las expresiones que al salir les oyó mi esposa, conocí el objeto de su expedicion, que no debia ser otro que la caza de ratas de agua con el fin de proveerse de pieles para sombreros, de cuya nueva fabricacion se habia tratado varias veces. Les deseé buen viaje y mejor acierto, y proseguí mi tarea.

Ernesto, siempre casero, no fue de la partida por haberse quedado en la biblioteca ocupado en sus estudios; mi esposa andaba á vueltas con sus faenas domésticas; y cansado yo de trabajar, recordando que me faltaban tablones de madera para trillar el grano de la cosecha, y á más otra provision de arcilla, resolví imitar á mis tres aventureros y dar tambien un paseo. Fuí á la cuadra, y no encontrando sino el búfalo, lo uncí á la rastra ya restaurada, encaminándome con los perros al Arroyo del chacal.

De paso tenia intencion de visitar los campos de yuca y patatas de allende el arroyo. Hacia más de cuatro meses que no habia estado en aquellas tierras labradas con tanto esmero, y deseaba ver el efecto de las lluvias, esperando hallar una vegetacion abundante y grandes esperanzas para la cosecha inmediata; pero ¡cuál fue mi sorpresa y enojo al ver completamente devastada gran parte de aquel hermoso plantío! los tiernos tallos y hojas estaban rotos, hollados; las raíces arrancadas, esparcidas por el suelo; en una palabra, era el más completo estrago en vez de la abundancia y prosperidad que me prometiera. Por de pronto no atiné la causa de semejante desastre; pero al aproximarme y prestar más atencion, por las huellas recientes que examiné despacio vine en conocimiento que era ganado de cerda el que habia causado tal destrozo. La dificultad estribaba en conocer si sus autores eran cochinos silvestres, ó bien la familia y descendencia de nuestra antigua marrana, cuya insociabilidad la habia apartado siempre de nuestra compañía. Pero fuesen quienes fuesen, maldije á la raza destructora, la cual habia elegido precisamente para satisfaccion de su devastador

instinto las riquezas que tantas fatigas nos costaban y en que cifrábamos nuestras esperanzas.

Entre tanto los perros, que nada entendian de mis meditaciones filosóficas, se echaron á buscar á los devastadores, y á poco me acarrearon una manada de ellos, á cuyo frente reconocí á la vieja marrana, cuyos gruñidos denotaban su descontento. Tan irritado estaba del estrago que tenia á la vista, que sin poderme contener, de un tiro maté dos lechones, que pagaron por toda la familia. Los demas huyeron.

Llamé á los perros que les perseguian, y satisfecho en parte mi enojo, les recompensé con las cabezas de las víctimas. La decapitacion me pareció el medio más expedito para desangrarlos, y el tronco lo coloqué en el trineo. En seguida señalé los árboles que me proponia cortar para el objeto que deseaba, y dí la vuelta á Felsenheim poco lisonjeado de mi caza, debida á un acceso de cólera que, si bien disimulable, desdecia de mi habitual calma.

CAPÍTULO XLIX.

El molino de harina.—El calak.—La vaca marina.

La molestia que se toma el hombre para alcanzar un fin cualquiera es nada en comparacion de su pesar cuando se malogra el fruto de su trabajo. Mi situacion era análoga á la del labrador que pasa meses enteros labrando la tierra, y que en un dia de pedrisco ve arrebatadas todas sus esperanzas.

Relaté á mi esposa lo sucedido, y como era natural, se afligió sobremanera, en términos de no hacer el menor caso de los lechoncillos muertos. Sin embargo, la persuadí á considerarlos como caza que no debia desperdiciarse, y á prepararlos para la mesa, asando el más pequeño para la cena, en lo cual la ayudó Ernesto. Un lomo entero se espetó en el asador, y las patatas puestas en la grasera fuéron empapándose de la pringue que goteaba.

Al anochecer, y cuando ya me daba algun cuidado la prolongada ausencia de los niños, compareció Santiago montado en el avestruz, seguido á corta distancia de sus hermanos, encargados de traer todo el botin, porque como decia Santiago, el avestruz no aguantaba más peso que el del jinete. Federico y Franz llegaron luego con dos morrales llenos de caza, que por lo visto habia sido afortunada, consistiendo en cuatro pájaros grandes de los que ya bautizáramos con el nombre de picudos; veinte ondatras, un mono, un kanguró, y dos nuevas variedades de animales almizcleros encontrados en el lago. La primera era el castor *moschaten* (1), que no se diferencía del ondatra sino en el hocico, más prolongado y en forma de trompa. En la otra creí reconocer el *tolay* de Buffon. Venian ademas una docena de ratas de agua.

Federico presentó tambien una especie de cardos con puas corvas que podian sernos de grande utilidad para cardar el pelo de los fieltros y demas tejidos de lana. Todos estaban rabiando á cual más por contar los detalles de la expedicion; pero Santiago, segun su costumbre, se constituyó en narrador y comenzó así:

(1) *Moschaten* significa almizclero. (*Nota del Trad.*)

—Ante todo, loor al avestruz, al hipógrifo (1) más ligero que el viento. Corre tan rápido que las más veces tengo que cerrar los ojos sin poder apénas respirar. Lo primero que ahora necesito para cabalgar seguro es una careta con anteojos de vidrio. V. me la hará, ¿no es cierto, papá? Es preciso.

—Lo siento, señor mio, pero no te la haré.

—¿Por qué?

—Por dos razones: la primera, por el modo con que lo pides, olvidando que el *es preciso* nunca debes decirlo á tu padre; y la segunda, porque en vez de recurrir á la industria ajena debias valerte de la tuya. Cuando el hombre no ejecuta por sí lo que está al alcance de sus facultades, peca de indolente y perezoso. Con que así, si quieres careta, háztela.

—Dice V. bien, papá, respondió Santiago; perdone V. mi mal término, que ya procuraré enmendarme.

—Corriente, dijo Federico; cada cual mire por sí, así lo hemos hecho esta mañana; á nadie hemos necesitado para prepararnos la comida en el desierto. Pero, papá, ¿qué le parece á V. esta abundancia de pieles que traemos?

—Que las agradezco como se merece, le respondí; pero hubiera preferido que los cazadores contaran con su padre para ganarlas, en vez de marcharse á la francesa dejándome en cuidado.

—Ya lo pensámos luego, repuso Federico, cuando estábamos á una legua; esté V. seguro que no volverá á suceder.

La franqueza de esta confesion me calmó, y mudé plática invitándoles á descargar el ganado.

Miéntras los niños llevaban las bestias al establo donde les esperaba fresco heno, la buena madre pensaba en ellos dando la última vuelta al asador, y en breve nos sentámos todos á la mesa.

—Por cierto, dijo Franz al aspirar el delicioso olor del asado, el manjar que aquí se adereza en nada se parece á la comida propia de salvajes que hemos tomado esta mañana, y así ya me voy convenciendo de que no he nacido para la vida nómada, en la que la frugalidad es á la vez la virtud del comensal y la única salsa de sus platos.

—Me alegro, hijo mio, respondió la madre riendo, que ahora tengas ocasion de desquitarte.

Y de aquí tomóla para hacernos reparar con el mayor énfasis en los tesoros gastronómicos que estaban sobre la mesa. Al lado del cochinillo asado se veia un gran cuenco lleno de la más fresca y variada ensalada que producia la huerta; y armonizando con aquel ostentábase una tartera colmada de la celebrada jelatina que tan buena acogida tuvo en el último viaje á Falkenhorst. Flanqueando estos escogidos platos servian de postres varias frutas simétricamente colo-

(1) El hipógrifo es un animal fabuloso con alas, mitad caballo y mitad grifo (*Nota del Trad.*)

cadas, ricos buñuelos, una fritada de guayaba, canela en almibar y aguamiel. Una botella de vino del Cabo y otra de Canarias completaban el lujo semioriental de la opípara cena, que en vez de tener algo de rústico, brillaba por el refinamiento de la moderna civilizacion.

Durante el banquete y de sobremesa cada cual contó sus aventuras. Federico nos refirió su entrada en el gran valle inmediato á Waldek, los lazos y trampas que se habian dispuesto para coger los ondatras y ratas de agua con los cebos que más agradaban á estos animales.

—Uno de aquellos equivocado, añadió, ha sido causa de que cayesen en la trampa dos de las bestias picudas que forman parte del botin. Por toda comida hemos tenido algunos peces pescados con caña, y unas cuantas raíces de ginsen asadas al rescoldo. Ya ven VV. que hemos estado bien frugales.

El impetuoso Santiago tomó en seguida la palabra con su acostumbrada fanfarronería.

—Sí, buena caza la de mis hermanos: peces, ratas y cosas por el estilo. Mi corcel y mi chacal no se entretienen en esas fruslerías; á ellos debemos la mejor presa, una presa real, el noble y bello kanguró.

—Y por cierto, añadió Franz, que poco trabajo te ha costado atraparlo. A diez pasos de nosotros se hallaba pastando tranquilamente, y sin duda aun no habia sentido el olor de la pólvora.

—Pues yo, continuó Federico, he tenido la suerte de encontrar una planta que de seguro vale más que el kanguró. Examínela V., papá; vea la buena disposicion y solidez de las espinas de estos cardos. ¿No es verdad que podrán servir para cardar el fieltro, peinar y alisar el pelo de nuestros sombreros? Para que lo tengamos á mano he traido tambien algunos piés con raíz, que trasplantados en la huerta serán pronto arbustos.

—¡Qué cardos, ni qué niño muerto! replicó Santiago; más vale mi caza, y lo mejor es que se la debemos al chacal. ¡Y luego dirán que no está bien enseñado!

El variado botin que habian traido los niños yacia á nuestra vista por el suelo. Las ratas llamaron poco la atencion; el castor moschaten tuvo el honor de ser examinado más despacio. Los cardos de Federico cumplian efectivamente al objeto por él indicado; pero el kanguró se juzgó lo más selecto de la cacería. Era ya el segundo animal de esta especie que habíamos encontrado desde el naufragio. Maese Ernesto, ya más ducho en el ramo de historia natural, no desaprovechó la coyuntura de disertar algo sobre la tal bestia.

—El kanguró, dijo, es uno de los más raros animales del nuevo mundo. Los hay que tienen hasta nueve piés de largo desde la punta del hocico hasta la de la cola, y pesan sobre cincuenta libras. Su pelo es corto y suave, de color gris rojizo, algo más claro en los costados y el vientre. Tiene la cabeza pequeña y entrelarga; las orejas grandes y derechas, y un mostacho en la nariz; el cuello

es delgado y el lomo va gradualmente aumentando de volúmen hácia las ancas y el bajo vientre. Las patas delanteras de los mayores kangurós tienen á lo más diez y ocho pulgadas de largo, y sírvenles para escarbar la tierra, abrirse madrigueras y llevar á la boca el alimento. El movimiento para andar lo hace principalmente con las piernas traseras, saltando á distancia de siete ú ocho piés. Se le cuentan tres dedos en cada pata, siendo el de en medio mucho más largo y fuerte, y de notable estructura: examinándolo de cerca se reconoce que realmente está dividido en su mitad y tambien al traves del pulgar que le corresponde, de manera que la separacion parece hêcha con instrumento cortante. La cola del kanguró es larga, gruesa en su orígen y termina en punta; de ella se sirve para su defensa, y con un coletazo es capaz de romper la pierna á un hombre.

Los jóvenes aventureros siguieron dándonos otros mil detalles de la memorable expedicion, y hasta Franz, novicio como era, nos quiso persuadir de que se habia estrenado con verdaderas proezas. No les fuí á la mano en sus alardes, pues sin ser perjudiciales servíanles de noble estímulo, y pensé seriamente en el partido que podia sacar de los productos de la jornada. Los cardos de Federico me parecieron una conquista preciosa. Eran un instrumento más sobre los recursos industriales de que ya disponíamos. Entre esos cardos, sin saberlo el mismo que tanto se vanagloriaba de ellos, encontré algunos piés de manzano dulce, y un vástago de canela. La buena madre lo recibió toda alborozada, y al otro dia lo plantó en el huerto.

En seguida convenia buscar el medio más expedito para desollar el kanguró, é inventé una máquina que dió mucho que reir á los niños. La caja de instrumentos quirúrjicos del médico del buque me suministró la idea.

Entre otros instrumentos encontré uno muy sencillo y vulgar: una gran lavativa, la cual bastó para mi máquina. A los lados del cilindro hice dos válvulas destinadas á llenar las funciones de máquina neumática, y sin decir nada á mis hijos, que asombrados contemplaban mi operacion, les encargué que colgasen de un árbol por las patas traseras al kanguró, de modo que el pecho estuviese á la altura del mio. Dispuesta así la res, practiqué en la piel una incision; en seguida me adelanté solemnemente con la jeringa en ristre y con aire de enfermero, en medio de la risa general de que suele ser objeto este desgraciado cuanto útil instrumento.

A pesar de las risotadas no perdí la gravedad.

—Aguardad un instante, dije á los bromistas, y juzgaréis de mi obra por los resultados.

Introduje el cañoncito en la abertura practicada en la piel y comencé á empujar; aquella fué hinchándose en términos que se desprendia de la carne, bastando algunos minutos para terminar con la mayor limpieza una operacion que por el método ordinario hubiera costado mucho más tiempo y trabajo, sin salir tan bien. El kanguró así desollado era una masa informe. Con solo un corte hecho á

lo largo del vientre y algunos esfuerzos, la piel acabó de desprenderse.

—¡Bravo! ¡bravo! exclamaron los niños; papá es un verdadero brujo.

—Y bien, pregunté á Santiago, ¿comprende V. ahora, señor burlon, la eficacia de mi procedimiento?

—¡Y tanto! contestó aquel, como que lo estoy viendo. Pero no atino el por qué de esta maravilla.

—Pues te lo diré en dos palabras. Debes saber que la piel de los animales está adherida á la carne por fibras en extremo ténues y delicadas, dotadas de bastante elasticidad; pero si esta se apura demasiado aquellas se rompen y con ellas el lazo que une la carne y la piel. Tal ha sido el efecto de la jeringa sobre el kanguró; introduciendo entre cuero y carne cierto volúmen de aire, con la hinchazon de aquel y la tension de las fibras la piel se ha desprendido fácilmente.

—¡Vea V. qué cosa tan sencilla despues de explicada! replicó el aturdido.

—¿Quién le ha enseñado á V. eso, papá?

—Nadie; basta discurrir y razonar un poco. Lo que acabo de hacer lo ejecutan mejor que yo los groelandeses. En cuanto cogen una lija ú otro pez por el estilo, valiéndose de este medio hinchan la piel, con lo cual consiguen que el animal, ya más ligero que el agua por el aire que le han introducido, pueda ser remolcado por el caïak. Tambien hay quien dice que algunos tratantes de carne se valen de esta treta para dar más apariencia á las reses y sacar mayor ganancia.

Reiteré la operacion con los otros animales cazados y fuí adquiriendo más destreza con la práctica. Con esto y con destazar la carne, salarla y demas operaciones, se invirtió todo el dia.

A más de las numerosas tareas domésticas que en este tiempo se ejecutaron para acrecentar las comodidades de nuestra modesta y pacífica existencia, faltaba una de grande entidad, cuya realizacion se habia dilatado por los grandes preparativos que exigia; mas como la estacion la iba ya reclamando, fue preciso no demorarla más: reducíase la nueva obra á un mortero para majar el grano y reducirlo á harina.

En seguida se derribaron los árboles marcados en mi último paseo por el bosque; se dividieron los troncos en trozos de cuatro piés de largo unos, y otros más pequeños que sirviesen de mazas ó pisones, y eligiendo del esqueleto de la ballena entre las grandes vértebras de su enorme espinazo seis que me parecieron á propósito para morteros, se fijaron sobre los maderos para que no hiciesen movimiento. Los mazos que habian de machacar el grano, suspensos perpendicularmente sobre la boca de los morteros, al extremo de una báscula horizontal, subian y bajaban por medio de un contrapeso puesto al otro extremo, consistente en un pilon de madera vacío ó lleno de agua, con que ascendiendo y descendiendo las mazas, verificábase la molienda con la natural presion del peso.

Para que en este mecanismo no se necesitara fuerza de sangre, ahorrando trabajo á los niños, tuve que discurrir la segunda parte de la máquina, ó sea el

aparato hidráulico para que el agua por sí sola corriese desde el depósito que estaba cerca de la casa hasta llenar continua y uniformemente los pilones de las seis vásculas; á cuyo efecto, por debajo del salto de agua del arroyo coloqué un acueducto hecho de una gruesa caña de bambú, el cual se subdividia en otros seis conductos menores, destinados á llenar y vaciar sucesivamente los pilones como arcaduces de noria. De este modo, á fuerza de paciencia, de multiplicadas tentativas, y echando á perder mucha madera como tributo de mi aprendizaje, aunque imperfecta tuve á mi disposicion una aceña con honores de batan, la más conveniente en nuestra posicion, y que más se adaptaba á nuestros recursos, pues labrar una rueda de noria con sus accesorios y una muela lo juzgué superior á nuestras fuerzas. La lentitud de la máquina nos inquietó poco desde que estuvímos seguros de que iba bien por sí sola, sin más que estar á la mira, é ir poco á poco echando el grano en los seis morteros, desocupándolos despues de molido. El que en esto se invirtiese más ó ménos tiempo ¿qué nos importaba? En algo habia de emplearse; no teníamos que satisfacer ajenas exigencias, ni estar sujetos á campana, ó á la voz de algun maestro ó sobrestante, ni mercado alguno que proveer, y por consiguiente podíamos gastar en nuestros trabajos todo el tiempo que exigiesen.

La máquina se estrenó echando mi esposa arroz en los morteros, y tanto ella como mis hijos se estuvieron todo el dia embobados viéndola funcionar. Antes de anochecer el grano estaba ya reducido á harina y dispuesto para amasar. Durante la molienda las gallinas y el avestruz eran asiduos centinelas de los morteros, de los que no se escapaba un grano que inmediatamente no se lo echasen al buche; era de ver el avestruz con sus largas zancas, alargando el cuello y picoteando la tierra entre las otras aves lilliputienses en comparacion de su gigantesca talla. Así, todo era vida y movimiento á nuestro alrededor: la actividad de mis hijos, la presencia de los animales domésticos que se amansaban cada vez más, todo prestaba á la morada de Felsenheim el aspecto de una alquería donde por do quier se respiraba riqueza y abundancia.

—¡Esto sí que es bueno! exclamaron los niños al ver funcionar el molino por sí solo, ahora sí que tendrémos siempre harina para el consumo de casa, sin necesidad de la pesada mano del mortero.

Entre tanto, por los frecuentes viajes que los avestruces pequeños hacian á los sembrados y lo saciados que volvian dudé si las mieses estarian ya en sazon. No habian pasado mas que cinco meses desde la sementera, y bien que el tiempo me parecia corto, fuí á verlos y encontré las espigas en completa sazon, precocidad extraordinaria que me colmó de alegría. ¡Ya estaba seguro de poder recoger dos cosechas al año!

Si bien este descubrimiento me halagó sobremanera, abrumóme con la idea de que á la vez se me venian encima todos los trabajos de la colonia; el paso de los arenques estaba al caer; la caza de las lijas le seguia inmediatamente, y mi

buena esposa, aturdida, no sabía cómo dar vado á todo, pensando en las demas faenas que habrian de seguirse indispensablemente á las de la salazon y preparaciones de la pesca, como las del acopio de yuca, patatas, maíz y otras mil plantas y raíces para pasar el invierno; para todo lo cual, junto con la doble recoleccion de cereales, no creia bastasen los trescientos sesenta y cinco dias del año.

Tranquilicéla como pude, diciéndola que la yuca podia sin peligro quedar en la tierra, aun cuando estuviese madura, así como las patatas, sin temor de que se echasen á perder con los grillos que echan en Europa por poco que se tarde en arrancarlas despues de estar en sazon, cuanto más que su recoleccion era ménos trabajosa en esta tierra ligera que en la áspera y pedregosa de nuestro país; y respecto al grano, que haríamos cuanto estuviera á nuestro alcance para que se abreviase todo lo posible la cosecha, verificando la siega y trilla al estilo de Italia, y si por eso se perdia algo, con creces se recobraria en la temporada inmediata.

Acordóse pues comenzar por el trigo las faenas agrícolas; como era el principal y mejor de mis recursos, desde luego puse por obra un plan que tenia ideado y que ahorraba mucho tiempo y fatiga á los jóvenes labradores.

Principié allanando el terreno frontero á la gruta y disponiendo en él una era que cubrí con estiércol de nuestras bestias, apisonándola lo mejor que se pudo hasta dejarla firme y compacta. Cuando el calor de la atmósfera absorbió la humedad, quedó una superficie lisa y llana sin grieta alguna, tan impenetrable al agua como á los rayos del sol. En Suiza habia aprendido este modo de preparar las eras, el mismo que usan generalmente los colonos de nuestras montañas.

Concluido esto enganché el búfalo y el toro al célebre ceston de mimbres que con el pomposo nombre de palanquin fue para el pobre Ernesto un instrumento de suplicio y de crueles pullas. Santiago y Federico no dejaron de recordarle aquella triste escena y de invitarle á que se arrellanara de nuevo en el canasto entre las dos bestias de carga, prometiéndole formalmente no abusar de aquella posicion; pero el sabio no era de aquellos á quienes se engaña dos veces, y negóse al cortes ofrecimiento, llegando vacío el cesto hasta el campo que habia de segarse.

Llegados allí, mi esposa pidió ataderos para las gavillas, y mis hijos hoces y rastrillos para cortar y reunir las espigas.

—¡Pues no exigis pocas ceremonias! exclamé. Nada, nada; la recoleccion se hará á la italiana. Aquella gente, enemiga del trabajo y perezosa de sobra, se pasa sin ataderos y sin esas herramientas que encuentra demasiado pesadas.

—Entónces, replicó Federico, ¿cómo se componen aquellos haraganes para sujetar las gavillas y trasladarlas á la era?

—De la manera más sencilla del mundo, respondí; el italiano no se para en eso, no agavilla, y trilla el grano en el mismo terreno en que lo ha cogido.

—En ese caso debe ser originalísima una recoleccion á la italiana.

—Por tí mismo vas á juzgar.

Tomé en la mano izquierda cuantas espigas pude abarcar, apreté el puño, y con un cuchillo las corté á unas seis pulgadas de la raíz; eché en seguida en el ceston este primer puñado, y volviéndome á Federico, le dije riendo:

—Hé aquí el primer acto de la recoleccion italiana.

Este nuevo método agradó sobremanera á los nuevos segadores, y en ménos que canta un gallo el campo presentó una superficie desigual erizada de tallos cercenados, entre los que de vez en cuando se divisaba alguna que otra espiga olvidada, y el enorme ceston quedó atestado hasta las asas.

—¡Vaya una economía! exclamó mi esposa atribulada al ver aquel campo devastado. Confieso con toda mi alma que esa moda italiana no merece mi aprobacion. ¡Dios eterno! la sangre se le caeria á los zancajos al labrador suizo que viese el resultado de este estrago que llamais siega por mal nombre, y las infinitas espigas perdidas entre la paja.

—Poco á poco, no hablar tan de ligero, señora ama, repliqué sonriéndome; condenas con demasiada ligereza este método, y sería locura pensar que la haraganería del italjano llegase al extremo de desperdiciar esos preciosos restos, pues prefieren bebérselos á comérselos.

—Hé aquí un enigma que necesita explicacion.

—No extraño que no lo comprendas; á veces es preciso recurrir á enigmas para obligar al entendimiento á que pare más la atencion en cosas que expuestas en otra forma quizá se olvidarian con el tiempo; y para explicar el logogrifo, te repetiré que el italiano se bebe la parte de su cosecha que no come, con la simple diferencia de que no lo hace bajo la misma forma. La Italia es un país tan poco adecuado á la cria de ganado mayor como fértil en toda clase de productos agrícolas. La yerba, las dehesas son allí muy raras, y el italiano suple esta escasez convirtiendo en forraje los restos de su cosecha. Por espacio de algunas semanas deja en pié el rastrojo para que la frescura natural que dan á la tierra sus espesos tallos haga crecer la yerba, y cuando esta llega á la altura del rastrojo formando juntos una especie de sembrado igual y compacto, el segador entónces empuña la hoz, y entre paja y yerba recoge para el ganado un precioso pasto, debido no tanto á su inteligencia como á la próvida naturaleza. Las espigas anteriormente olvidadas y que van envueltas en el mismo forraje, las encuentra y saborea la vaca al rumiar su pienso, y compensa generosamente con su exceso de leche la presunta prodigalidad de su dueño. Con que ya ves cómo el italiano bebe la parte de la cosecha que no come.

—Comprendo, replicó mi esposa; pero empleando de esa manera toda la paja como pienso para los animales, ¿qué les queda para echarse?.

—Nada, ni lo necesitan; el clima de Italia es tan benigno que permite á las bestias echarse en el desnudo suelo sin el inconveniente que ofrece nuestro país por la humedad mal sana de la atmósfera. Pero no hay que perder tiempo

en discusiones, y al avío. Hecha la siega á la italiana, resta trillar la mies y aecharla por el mismo estilo de aquella nacion. Con que largo de aquí, añadí á los niños; volvamos á la gruta, y allá proseguirémos la faena.

Abandonámos en seguida el campo recien segado y los pacíficos portadores de la mies tomaron el camino de nuestra casa. En cuanto llegámos, Ernesto y su madre recibieron el encargo de extender por igual toda la mies en la extremidad del círculo de la era, miéntras mis tres correos aprestaban sus corceles y se disponian á montarlos á la primera señal. Semejantes preparativos para una trilla les eran enteramente desconocidos, y así preludiaban con bromas y risotadas la gran novedad que reputaban como una fiesta.

—¡Qué diferencia, decia Santiago, entre la ocupacion que ahora va á tener mi búfalo y la que yo le doy por la desierta vega!

—¡Trillar el grano á caballo! decia otro. ¡Eso sí que va á ser cómodo!

—¡No, que será á galope! exclamó el tercero.

Yo les oia con la sangre fria conveniente al que va á ensayar una idea nueva, y oponia á sus chanzonetas el aire de conviccion profunda que tenia en la infalibilidad de mi procedimiento. Cuando ví que la era estaba dispuesta á mi gusto y con bastante mies: ¡A montar, á montar! dije á mis hijos, indicándoles que su ocupacion estaba reducida á galopar, trotar y hacer toda clase de evoluciones hollando las espigas.

Puede cualquiera figurarse la algazara que se moveria con semejante órden; el toro, el onagro y el avestruz rivalizaron en ligereza, convirtiendo la era en picadero, miéntras mi esposa, Ernesto y yo, armados con horquillas, cuidábamos por la parte interior de meter en línea y bajo las pezuñas de los animales las espigas que desparramaban en lo violento de la carrera.

Todo iba á las mil maravillas, cuando dos incidentes imprevistos avivaron la verbosidad irónica de mi esposa, que aun no las tenia todas consigo con el método italiano. El toro olvidó su cortesía hasta el punto de hacer sus necesidades naturales sobre las espigas, y no contento con eso, de concierto con el onagro, atrapaban de vez en cuando alguna que otra espiga.

Federico, el primero que vió la indecencia del toro, me dijo:

—Papá ¿entra tambien esto en el método italiano?

—¿Y la racion más que mediana que se acaban de zampar esos señores, continuó la madre con aire satírico, será tambien economía italiana?

Fue preciso responder de contado á las maliciosas interpretaciones de madre é hijo.

—En cuanto al inoportuno desahogo del toro, respondí á Federico, es un percance inevitable, que á lo más debe causar risa, y el clima bajo cuya influencia estamos neutralizará sus consecuencias. Respecto al acto de gula que mi señora esposa acaba de echar en cara á esos pobres animales, creo poder justificarles, y por mi parte les perdono en virtud de aquel versículo de la Sagrada Escritura:

No atarás la boca al buey que trilla en la era tus mieses (1). Ademas, dice un proverbio: *A buey que trilla la boca llena.* Por otra parte, con la cosecha que el cielo nos ha concedido ¿por qué hemos de ser avaros y sentir la pérdida de unos cuantos granos?

La cita bíblica y el refran volvieron por la fama del método italiano, tan burlado y zaherido.

Trillado el trigo, era preciso limpiarle de polvo y paja, operacion la más difícil y trabajosa de todas. Colocámos la mies desgranada sobre una especie de cañizo tupido, y con palas de madera lo fuímos aventando para que el polvo y la paja menuda se fuése por un lado y el grano cayese en otro por su propio peso. Este aecho se hizo á costa de los ojos, boca y nariz de los pobres braceros que estornudaban á más y mejor, tanto que hubo que dividir el trabajo, relevándose unos á otros. Ya estábamos casi á la mitad de la faena, cuando me acordé de las caretas que nos sirvieron para llegarnos á los enjambres de abejas. Se aprovechó este recurso, y á los que estaban de servicio no les vino mal mi oportuna idea.

La colonia plumífera del corral, que durante estos trasiegos estaba apartada, acudió en masa á la era para cobrar grano á grano el diezmo de la cosecha que el toro y el onagro se habian ya adjudicado de una tragantada.

—Dejadlas, dije á los niños que las querian espantar; lo que nos quiten aquí lo encontrarémos en otra parte; y si el monton de trigo disminuye, en cambio las gallinas engordarán. Ademas, esta especie de abandono tiene algo de patriarcal y se aviene bien con nuestra nueva vida.

Pero mi recomendacion no obtuvo sino en parte la aprobacion de mi esposa, que poco conforme con los nuevos principios de economía doméstica que acababa de proclamar, con un varejon ahuyentó de la era á la familia cacareadora.

Cuando todos estos trabajos estuvieron terminados, quisímos ántes de encerrar el grano saber la cantidad á que ascendia, y nos encontrámos ricos y dispuestos á desafiar el hambre por largo tiempo. Habíamos recolectado sobre sesenta fanegas de trigo, ochenta de cebada, y más de ciento de maíz. Este último era el que habia fructificado más, por lo que deduje que el terreno le era mucho más favorable que á los otros granos de Europa que sembrados al mismo tiempo y en igual cantidad á proporcion habian producido mucho ménos.

La preparacion del maíz no fue igual ni se hizo á la italiana como con el trigo y la cebada. Las mazorcas se fuéron deshojando con las manos, poniéndolas luego á secar. Cuando estuvieron en sazon las desgranámos á golpes con latas de madera. La hoja, mas elástica y consistente que la paja, sirvió para rellenar los jergones, y el remanente de las cañas y mazorcas se redujo á ceniza, cuya calidad alcalina la recomienda para las coladas.

(1) Cap. XXV, vers. IV del Deuteronomio. (*Nota del Trad.*)



Montados mis hijos sobre sus cavalgaduras trillaron toda la mies.

Habíase recogido una cosecha, y no por eso se me apartaba del pensamiento obtener otra segunda ántes de concluir el año. Encerrado que fue el grano y la paja á cubierto de la intemperie, comenzámos á limpiar el terreno del rastrojo, á cuyo sencillo trabajo se reducia la previa labor para la nueva siembra.

Apénas llegámos al campo para principiar el trabajo, surgió del rastrojo una bandada de codornices y perdices mayores que las de Europa. Aprovechando los dos dias de nuestra ausencia, á la golosina del grano que habia quedado esparcido acudieron como buenas espigaderas á recogerlo para que no se desaprovechase. Como no esperábamos tal sorpresa, por pronto que se acudió, una sola codorniz pudo matar Federico, y eso de una pedrada. La presencia de estas aves de paso despues de la recoleccion fue para mí una indicacion preciosa para los años siguientes, prometiéndome para en adelante que el mismo campo que nos diese la provision de maíz ó de trigo, previniéndose ántes con buenas redes, nos proporcionaria infaliblemente á los dos ó tres dias abundante caza de codornices y perdices.

Desembarazado el terreno y limpia la rastrojera, lo sembré de nuevo; pero recordando lo que se practica en Europa para no cansar la tierra, si bien á esta como vírgen debia sobrarla sávia, me contenté, por lo que pudiera suceder, con sembrar esta segunda cosecha, cambiando el grano por otro más débil y de ménos arraigo, como cebada y avena que ya habia recogido el año precedente ántes de la estacion lluviosa.

No bien se acabó la sementera, cuando se apareció el banco de arenques á la altura de la Bahía del salvamento. Como contábamos con bastantes provisiones, por esta vez nos contentámos con aderezar y llenar un barril de arenques salados y otro de curados al humo. Cogímos tambien algunos otros peces vivos que se depositaron en albercas que se habian dispuesto en el Arroyo del chacal, donde podíamos ir á buscarlos cuando quisiésemos pescado fresco.

Las lijas acudieron á su vez inmediatamente. Su importante caza no quedó desatendida. La jeringa neumática ensayada en el kanguró siguió haciendo prodigios, y merced á ella las desollámos fácilmente, con mucha limpieza y brevedad. A más de las pieles, las vejigas y los intestinos se utilizaron igualmente, y adiestrados ya en el arte de preparar estas riquezas y aprovecharlas, todo se ejecutó con prontitud y destreza admirables. Entónces pudímos terminar el aparejo del caïak, del que nos ocupámos luego proveyéndole de más vejigas y tripas hinchadas para aumentar su ligereza y mantenerle siempre flotante.

Finido este trabajo, se trató de verificar la prueba de la nueva embarcacion. De hecho y de derecho Federico debia ser designado para obtener el honor del primer ensayo, que le conceptuó como una gran fiesta, á la que todos quisieron contribuir. Luego que se revistió á Federico con el traje de marino que ya conoce el lector, se le invitó á ocupar el asiento que le correspondia en el barco de cuero, ya provista la quilla de una ruedecita de cobre á cada lado, restos de una

polea doble de la nave, que en caso de necesidad permitian al tripulante convertir el caïak en ligero tílburi. Esta doble ventaja dió márgen á la familia menuda para hacer de las suyas y dar á los preparativos de la ceremonia una pompa inusitada. Federico se instaló en su barco con toda la arrogancia de un Neptuno que parte sobre el líquido elemento para algun viaje lejano. Hasta la forma del caïak se prestaba á la ilusion, pues poco se diferenciaba de las grandes conchas que la fábula convertia en carros de los dioses marinos. La gravedad del héroe que sujetaba con la diestra un remo á guisa de tridente, los esfuerzos de sus hermanos, que empujando el caïak y tocando los caracoles ó trompas representaban el papel de tritones y acompañantes de Neptuno; todo esto formaba un conjunto tan original como animado y pintoresco, que nos hizo desternillar de risa. Mi esposa únicamente, rencorosa siempre contra el traidor Océano, sin participar de la alegría general, disimulaba como podia las gruesas lágrimas que de sus ojos brotaban al considerar los para ella inminentes riesgos á que iba su hijo mayor á exponerse navegando solo en tan frágil esquife. Para tranquilizarla desamarré la piragua sujeta á la orilla, asegurándola que, dispuesta como ya estaba, volaríamos al instante en auxilio del navegante groelandes si fuese necesario, llegando á tiempo de evitar cualquier peligro real. Lo que es por mí, estaba sin inquietud, por constarme las buenas condiciones del bote, como lo buen nadador que era Federico, y porque podia contar con su vigor y serenidad en cualquier apretura.

Tomadas todas las precauciones, grité á Federico: ¡Al mar, al mar! Repitieron los niños mis voces, y el caïak se deslizó sobre las ondas con rapidez inconcebible. La superficie de la bahía se encontraba tersa como el cristal y tranquila como un lago, y luego meciéndose en su barco entonó mi hijo con voz firme y sonora el alegre canto del pescador groelandes. En seguida, como marino hábil, comenzó á ejecutar una serie de evoluciones á cuál más diestras y atrevidas; ora avanzaba en línea recta como un rayo hasta perderse de vista, ora virando de pronto, retrocedia hasta nosotros con la misma rapidez; ya desaparecia unas veces con espanto de su madre, envuelto en una nube de espuma, ya se le veia con la cabeza erguida levantando un remo como para demostrarnos que habia sabido triunfar del peligro.

Cada vez más entusiasmado con nuestros aplausos el jóven navegante, no contento con volar, si así puede decirse, por las olas, viró hácia la desembocadura del Arroyo del chacal, intentando remontar su corriente; pero esta tuvo más fuerza que él, y arrebatándole en alta mar cual disparada flecha, en un abrir y cerrar de ojos le perdímos completamente de vista.

Tan súbito y violento retroceso me alarmó sobremanera. Saltar en la piragua y volar al socorro del pobre groelandes todo fue obra de un instante. Santiago y Ernesto me acompañaron; Franz quedó en la playa con mi esposa, poseida en aquel momento del más profundo terror que el amor maternal es capaz de ins-

pirar á una madre en semejante circunstancia. La rueda de la piragua nos parecia muy lenta, y miéntras funcionaba llenándonos de espuma con sus paletas, mis dos hijos echaron mano de los remos. A pesar de la velocidad de la canoa que apénas dejaba surco en el agua, nada percibíamos todavía. Llegámos al banco de arena donde encalló nuestra nave, creyendo fundadamente que hasta allí arrastraria la corriente al aventurero pescador. Nuestros gritos eran sólo contestados por el eco de las rocas y escollos que se encontraban casi á flor de agua en tan peligroso sitio. Salvándolos nos engolfámos en un laberinto de islotes escarpados unidos á un lejano promontorio de aspecto salvaje.

Aquí se redobló mi zozobra. Limitada la vista por do quiera que la giraba á un estrechísimo horizonte, se dificultaba cada vez más descubrir el paradero del caïak, ¡y quién sabía dónde estaba!

Oprimido el corazon en términos que ya casi no podia respirar, esforzábame para ocultar á los niños la inquietud que me devoraba, cuando de repente ví alzarse á lo léjos sobre la punta de una roca una nubecilla de humo. Llevé la mano á mi pulso, y á los cuatro latidos se siguió una detonacion como de arma de fuego.

Sentí renacer mi valor y dilatárseme el pecho.

—¡Se ha salvado! exclamé, ¡se ha salvado! ¡Esta señal es de Federico, sin duda! ¡está allí cerca del humo que acabais de ver! ¡Antes de un cuarto de hora estarémos á su lado!

Un pistoletazo que disparé fue contestado inmediatamente por otra detonacion procedente al parecer de la misma parte que la primera. Correspondímos con otro disparo, y remando todos con ardor indecible, á los diez minutos distinguíamos ya á Federico, y segun el reloj de Ernesto, á los quince le alcanzábamos, conforme mi promesa.

Encontrámos al héroe del mar en su caïak entre las rocas, y delante de él una morsa ó vaca marina que el intrépido aventurero habia herido de muerte con su arpon, la cual tendida sobre la peña y bañada en sangre estaba agonizando.

En medio del inmenso júbilo que me embargaba al ver á mi hijo en salvo, no pude ménos de reconvenirle por el gran susto que nos causara su imprudencia.

—Papá, respondió, no tengo yo la culpa, la corriente es la que me ha arrastrado á pesar mio; los remos eran impotentes para contenerla, y sin repararlo me encontré á tanta distancia de VV. que ya no divisaba la costa ni la vela de la piragua. En medio de eso ni aun tuve siquiera tiempo para acobardarme, distraido como estaba viendo en torno una bandada de morsas que me seguian. Arrojar el arpon y clavarle en uno de esos cetáceos fue negocio de un instante; pero la herida que le causé no era mortal, y en vez de disminuir sus fuerzas aumentaban. El rastro de sangre que dejaba y la vejiga hinchada que flotaba en la cuerda del arpon me servian de guia para seguir y acercarme al mónstruo, en

términos de poderle clavar otro arpon en el costado, que fue el golpe decisivo que le ha traido moribundo sobre la roca en que le veis. Recordando sin embargo lo que aconteció á Santiago con el coletazo del boa que lo echó por tierra cuando ya le creia muerto, para asegurarme le traspasé con dos balas cuyos disparos son los que V. debe de haber oido.

—Tu victoria, dije, ha sido un hecho verdaderamente heróico, y aun ignoras tú mismo el gran peligro á que te has expuesto en esa lucha. La morsa es un mónstruo terrible, y si en vez de huir de tí como Dios ha permitido, se hubiera revuelto furiosa contra tu embarcacion, ¡quién sabe lo que hubiera sido de tí, pobre hijo mio, si llegan á tocar sus afilados y largos dientes el débil tejido de tu navecilla de cuero! Pero ¡bendito sea el Señor! Te has salvado, lo cual vale más que la caza de todos los cetáceos, y este sobretodo que acabas de matar no creo pueda servirnos de gran cosa á pesar de los catorce ó quince piés que tendrá de largo, que no es todavía la magnitud á que suelen llegar estas vacas marinas (1).

—Pues si no podemos sacar partido de ella, repuso Federico, al ménos consentirá V. que me lleve la cabeza, y disecada la fijaré á la proa del caïak como insignia del barco, que á más de causar grande efecto con su formidable dentadura, servirá para darle el pomposo y sonoro nombre de morsa.

—No hallo inconveniente, respondí; si algo merece aprovecharse de la morsa son los dientes, cuya dureza y blancura igualan al mejor marfil. Pero si has de hacer algo apresúrate, le añadí, porque veo muy cargado el horizonte y mucho será que no estalle una tempestad.

—¡Qué bonito estará el caïak con ese adorno! dijo Santiago, que no dejaba de mirar la vaca marina.

—Sí, replicó Ernesto, para apestarnos con el mal olor de pescado podrido.

—No pase el doctor cuidado por eso, repuso el navegante, yo adobaré de tal modo la cabeza del mónstruo, y será tal su disecacion que despedirá el mismo olor que los animales del museo de Zurich.

Sacó Federico su cuchillo de monte y se puso á cortar la cabeza al mónstruo.

—Yo creia, me dijo Ernesto, que las focas, las morsas y demas cetáceos de esta especie no se encontraban sino en los mares del Norte. ¿Cómo se explica su aparicion en estas ardientes latitudes?

—No hay duda, respondí, que estos anfibios pertenecen principalmente á los mares del Norte; pero el fenómeno de su presencia en estos climas se explica fácilmente. Una tempestad deshecha, un trastorno cualquiera en los abismos del

(1) La morsa, segun clasificacion moderna, pertenece á la especie de anfibios carniceros. La morsa del Norte, que es la que aquí se cita, es la más vulgarmente conocida con los nombres de *vaca marina*, *caballo marino*, *bestia del gran diente*, y á veces con el de elefante *de mar*. Llega á adquirir mayor corpulencia que el toro, y la extension de veinte piés; el marfil de sus colmillos, aunque áspero, tiene uso en las artes. (*Nota del Trad.*)

mar ha podido trasportar hasta aquí á estos animales. A más de eso, se sabe que existe otra especie á la altura del cabo de Buena Esperanza, á la que llaman los naturalistas dugon (1), y quizá este sea uno de ella. Son ligeras las diferencias que hay entre todos ellos, y viven poco más ó ménos de la misma manera, alimentándose de yerbas marinas ó mariscos, que con sus largos dientes consiguen arrancar de las rocas de la costa.

En esto Federico habia concluido su operacion, y miéntras cortábamos algunas tiras de la piel del mónstruo, de la parte del espinazo y los costados, pidióme unas cuantas adiciones al completo equipo de su caïak, tales como una brújula para el caso de extraviarse de la costa en una tempestad, y á más un hacha y una lanza para defenderse en lances como el reciente. Hallé justa y motivada la demanda, prometiéndole, en cuanto á la brújula, que le arreglaria una á la proa de su esquife para que pudiera guiarse en todo tiempo; y respecto al hacha y la lanza, accedí con tanto más gusto á dárselas, cuanto que ambas armas, sobre ahorrar municiones de guerra, favorecian más al abordaje que una pistola ó cualquiera otra arma de fuego.

Terminado nuestro trabajo ofrecí á Federico un puesto en la piragua, proponiéndole que esta remolcase el caïak hasta nuestra llegada á Felsenheim; pero lo rehusó, prefiriendo volver como habia salido y precedernos para anunciar cuanto ántes nuestra llegada á la buena madre, que debia estar doblemente sobresaltada por la prolongada ausencia de todos.

Le dejé pues obrar y salímos juntos; pero á poco el caïak nos tomó la delantera, alejándose rápido.

(1) Los llamados dugongos (que es su verdadero nombre) son una de las especies de cetáceos herbívoros clasificada por Cuvier. El más notable es el dugongo de las Indias, encontrado tambien en las costas de Nueva Holanda. Su talla es de 10 á 12 piés y á veces mayor. Este se alimenta de las yerbas que encuentra en el fondo del mar ó en las orillas. (*Nota del Traductor.*)

CAPÍTULO L.

La tempestad.—El clavo-especia.—El salmon.—El puente levadizo.—Marga salada.—El pemmican.—Elaboracion del azúcar.—La hiena.—Palomas correos.

Miéntras remábamos tranquilamente, Ernesto, á quien siempre se le ocurria algo que hablar, me preguntó cómo habia calculado con tanta exactitud la distancia que nos separaba de su hermano al presumir su paradero.

—De una manera muy sencilla, respondí, para el que está algo iniciado en los fenómenos de la naturaleza. Se sabe que la luz recorre el espacio con rapidez extrema, y que su resplandor refleja en la pupila del hombre casi instantáneamente, de suerte que se calcula que en el espacio de un segundo recorre el éter luminoso una distancia de ochenta leguas. El sonido, por el contrario, es mucho más tardo en su transicion, pues mide en igual tiempo ciento setenta y dos toesas ó sean trescientos treinta y ocho metros. Combinando estas observaciones con mi pulso, que regularmente en estado de salud da sesenta latidos cada minuto, y contando cuatro de estos en el intervalo que medió entre ver el humo y oir el estampido, deduje que debíamos estar separados de Federico sobre cuatro mil ciento sesenta piés, que es á corta diferencia un cuarto de legua; y hé aquí explicada la exactitud de mi anuncio, y de la distancia que nos separaba de tu hermano. Tambien es cierto que circunstancias atmosféricas imprevistas, como el viento y la lluvia, pueden á veces alterar estos cálculos; pero las diferencias que resulten serán siempre insignificantes.

—Un secreto más de la naturaleza que yo no conocia, repuso el doctorcillo con placentero acento; otra de las maravillas que sorprenden y parecen imposibles al ignorante. De esa manera, preguntó, ¿se podrá determinar el punto de partida de la luz celeste, y el tiempo que tarda en llegar hasta nosotros?

—Sí, ciertamente. La astronomía enseña con la más rigorosa exactitud la distancia que separa nuestro globo del sol y de los demas astros que lo iluminan, y así te dice que bastan á los rayos solares ocho minutos para llegar á la tierra, y que la luz de Sirio, estrella fija que se cree una de las más remotas, necesita

seis años de trascurso para que su resplandor nos hiera; y así, si posible fuera disparar un cañon desde aquel astro, hasta pasados seis mil años no se podria oir la detonacion, supuesta igual atmósfera en todo el tránsito.

—Esto aturde, papá... ¡es para perder la cabeza!

—Mas aun te asombraria si aplicase mi cálculo á todas las estrellas fijas, que están aun millares de veces más lejanas de nosotros que Sirio. Allí, hijo mio, allí, en aquel libro inmenso, donde cada página abraza el más sublime conjunto de las maravillas, allí debe aprenderse á conocer al Autor de todas las cosas; allí, ante el majestuoso concierto de tan grandes armonías, debe el hombre humillarse y reconocer su pequeñez, y más si atiende y considera que todas las estrellas que tachonan la bóveda azul del firmamento son quizá otros tantos mundos habitados, desde los cuales aparece nuestro globo como un grano de arena en el espacio.

Entretenidos con esta plática, y cuando apénas llevaríamos un cuarto de hora de camino, notámos que la tormenta se adelantaba mucho más de lo que presumiéramos. A la tercera parte de la travesía el horizonte se cubrió de negras y espesas nubes que se desataron á torrentes. El huracan, los truenos, los relámpagos y las olas embravecidas confundieron la naturaleza entera en el más horrible desórden. Federico y su caïak estaban demasiado léjos para reunirse con nuestra piragua, en la que me pesó de veras la condescendencia de no haber hecho entrar al niño, segun mi primera intencion. Pero en esto no habia que pensar, la lluvia era tan espesa que nada se divisaba. Por precaucion mandé á Santiago y Ernesto que se ciñesen los salvavidas y se atasen con correas al mástil de la piragua para evitar que les arrebatasen las olas. Yo tambien tuve que recurrir á iguales medios, y con el corazon traspasado de inquietud dirigí al cielo la profunda mirada de súplica que Dios comprende siempre, y encomendándome á él, y conociendo mi impotencia para gobernar la piragua, la abandoné y nos abandonámos todos en manos del Señor, completamente resignados con su voluntad divina.

Conforme la tempestad aumentaba en violencia, crecia mi ansiedad. Las olas se elevaban como montañas, llevándonos hasta su cumbre y precipitándonos despues cual si nos sumieran en los más profundos abismos. Centellas y siniestros resplandores cruzaban la oscuridad, alumbrando por momentos los montes de agua que por do quier nos rodeaban inundando la chalupa y amenazando á cada instante hacerla trizas.

Quiso Dios por fin que la duracion de la tormenta fuese en razon inversa de su violencia. El oleaje calmó como por encanto, y el viento aplacó su furia; pero los negros y espesos nubarrones que aun teníamos sobre nuestras cabezas continuaban alarmándonos. Sin embargo, en medio de tanta angustia tuve la satisfaccion de ver lo bien que se sostuvo la piragua durante la borrasca. El furor y las embestidas de las olas la habian dejado intacta; llevada cual leve pluma,

desdeñáronse al parecer de maltratarla, dejando siempre tiempo para desaguarla y seguir bogando.

Pasado el primer susto, nuestra primera idea fue la del reconocimiento. Dímos gracias á Dios porque nos habia salvado otra vez; pero todavía faltaba algo: Federico y su caïak me tenian en ascuas, siéndome imposible dominar mi inquietud sobre su suerte, debiéndole haber sorprendido como á nosotros la tormenta. Tan pronto la exaltada imaginacion me representaba al niño y su barco estrellados contra las rocas, como arrastrado hácia la inmensidad de un Océano sin límites. Quedáronme sólo fuerzas para implorar al Señor la necesaria para soportar con resignacion cristiana la afliccion en cuya intensidad ni siquiera pensar queria.

Redoblámos los esfuerzos para remar; yo me encargué del manubrio que hacia girar las alas mecánicas del barco, y trabajando todos de consuno en breve llegámos á la altura de la Bahía del salvamento. Aquí ya comencé á respirar, y cargando todo el peso de mi cuerpo sobre un remo, hice entrar á la piragua bruscamente en el canal y fondeadero de nosotros ya tan conocido. Los primeros objetos que se presentaron á nuestra vista fueron Federico, Franz y su madre arrodillados á la orilla de la playa. Ya habian dado gracias al Señor por la salvacion de Federico, y á la sazon le elevaban votos y súplicas por nuestra conservacion y retorno; y de cuán fervientes serian, cualquiera podrá formarse una idea, así como de la angustia y desesperacion de tan buena esposa y madre. La incertidumbre y la ansiedad la partian el corazon, y sólo la gran fe que la animaba la hubiera impedido sucumbir á tamaño sufrimiento.

Tomámos tierra entre las exclamaciones de alegría y reiterados abrazos de toda la familia. Nadie sabia lo que le pasaba, y la opresion del corazon se desahogó en todos con un torrente de dulces y consoladoras lágrimas. Temia alguna reconvencion de parte de mi esposa por nuestra imprudente temeridad; pero estaba demasiado conmovida y su gratitud á Dios la absorbia de tal modo que ni siquiera pensó en aguar el alborozo general con quejas intempestivas que ya para nada servian.

Tanto los recien venidos como los que aguardaban todos nos reunímos en un solo grupo para orar y dirigir al Eterno muestras inequívocas de inmensa gratitud, y cumplido este primer deber entrámos en la gruta para mudarnos de ropa, pues veníamos calados.

—¡Bendito sea el Señor! exclamó Federico, ¡ya estamos juntos y fuera de peligro! Ni yo mismo sé cómo he llegado hasta aquí. Faltaria á la verdad si dijese que no he pasado algun miedo; pero persuadido de que mi barco groelandes era incapaz de sumergirse, desseché todo temor. Cuando se derrumbaba una ola sobre mí aguantaba la respiracion, firme en mi puesto, sin más incomodidad que tener que arrojar á veces alguna que otra bocanada de agua salada que sin querer tragaba. Mi única inquietud era la contingencia de perder el re-



¿Que ves en la costa? á Fritz con Franz y su madre, pidiendo á Dios por nosotros.

mo; la posicion entónces se hubiera hecho más crítica; pero á todo tirar, la violencia del viento me hubiera llevado al canal con la rapidez de una flecha. Cada vez que el caïak se encontraba sobre una ola mis ojos veian la tierra, que desaparecia luego al sumergirme en uno de los mil abismos que me rodeaban. Al comenzar la última arremetida del chubasco desembarqué á buscar asilo en las rocas bajo el saliente de un peñasco, y pasada la terrible nube torné al caïak que la Providencia ha conducido salvo. Pero, papá, prosiguió el niño con entusiasmo religioso, creo que no han sido mis remos ni la calidad de mi esquife los que me han traido á la costa; sentia yo como que una mano más fuerte que la mia sostenia el caïak sobre las olas. ¡Era la del Dios omnipotente á quien se debe todo y á quien rindo homenaje!

—¡Qué dia, mamá, qué dia! exclamó Ernesto, á quien aun no le habia vuelto el color; nunca pude concebir lo terrible que es una tormenta.

—Lo que es yo, dijo Santiago, buena panzada me he dado de agua salada, y puedo asegurar por experiencia que es la bebida más detestable que puede entrar por gaznate humano.

—Fue descuido tuyo, respondió Federico, y proviene de que abrias la boca cuan grande era al venir la ola en vez de tenerla cerrada hasta morderse los labios si es menester para que no penetre.

—A la verdad, no sé lo que hice, repuso el interlocutor, pero jamas me hubiera ocurrido tal idea distraido como estaba en contemplar al señor Ernesto, que no sólo cerraba la boca, sino que el miedo le obligaba sin duda á hacer extraños gestos y contorsiones.

—¡Ah! replicó Ernesto con cierta acritud, pues me felicito sobremanera de haber proporcionado á mi digno hermano un rato de diversion en momentos en que debia ser difícil lograrlo. Por lo demas, sean cualesquiera mi facha y gestos, como dices, y mayor ó menor el miedo que me abrumase (y que nadie ha pesado todavía) lo cierto es que no he estorbado con mis acciones y palabras, ni con otra demostracion de terror que complicase la situacion.

—Verdad es, dije para cortar el mal giro que llevaba la conversacion; Ernesto habrá podido tener miedo, pero se lo ha guardado para sí, recordando lo que en otra ocasion dije que á veces las vanas exclamaciones nacidas de un terror pánico aturden y embarazan abultando el peligro. Una actitud tranquila presta por lo general un gran servicio, si bien es inútil cuando la ocasion exige resolucion pronta ó esfuerzos desesperados.

—Fuera comparaciones, interrumpió la buena madre, aquí no se trata de valuar el grado de miedo que cada uno ha tenido, y por grande que haya sido, á cualquiera se le ha podido permitir por más que diga el fanfarron Santiago. Por mí, confieso que á no ponerme enteramente en manos del Señor me hubiera muerto de ansiedad.

—Tú eres la que más lo entendiste, buena y piadosa esposa mia. Ahora, ya

que el riesgo ha pasado, no hablemos más de ello; pero sí podemos alabarnos de la solidez de nuestras embarcaciones; la piragua de corcho ha resistido á la tormenta como un navío de tres puentes, y ya sin cuidado iria con ella al socorro de cualquier buque por violento que fuese el temporal.

—¡Ah! bien por la piragua, contestó Federico, la concedo sin disputa el privilegio de solidez que reclama; pero el caïak no ha salido ménos triunfante de la terrible prueba, ni merece ménos el honor de la jornada; con él no me quedaria el último acompañando á la chalupa. Con ambas embarcaciones, papá, ya podrémos alargarnos á buscar los buques que pudieran hallarse en peligro, estacionándonos en tiempo tempestuoso en la isla del Tiburon, donde podria construirse una batería de socorro con una bandera que de léjos se divisase. El cañon serviria de aviso, y en los dias serenos el pabellon bastaria para anunciar nuestra presencia, y un buen anclaje en la Bahía del salvamento. ¡Quién sabe si por ese medio lograrémos algun dia abandonar esta playa desierta!

—¡Sí! ¡sí! excelente idea, así verémos hombres, ¡hombres como nosotros! repitieron los chicos entusiasmados por el dulce y natural instinto de sociabilidad que entre sí liga á todos los miembros de la raza humana.

—No hay duda que podrá suceder, respondí; pero esto seria bueno si contase con la fuerza de Sanson; entónces cogeria un cañon en cada brazo y los subiria á la cima de las rocas con la misma facilidad que aquel sacó de quicio las columnas del templo. ¡Ah, queridos! vuestra imaginacion todo lo arregla á medida del deseo, y tiene que ver la prontitud con que allanais las dificultades. ¡Pues no habeis dicho nada! ¡Construir un fuerte en medio del mar y artillarle con la sola fuerza de un hombre auxiliado de cuatro niños y de una mujer! ¡grande ayuda!

—¡Cómo grande ayuda! repitió mi esposa con ligera ironía, extraño mucho que así hables cuando hemos hecho cosas que te han parecido increibles. Creo que en vez de burlarte de la proposicion deberias aplaudirla, y ¡quién sabe si los obstáculos que la imaginacion de mi hijo te sugiera llegarán á convertirse en nuevos triunfos de que te glories!

—¡Está bien, mujer, está bien! si os parece bien, repliqué riéndome, aplazarémos ese último y glorioso triunfo que se me prepara, y por ahora nos dedicarémos á poner en seguridad nuestra escuadra por via de preliminar.

En seguida arrastrámos la piragua hasta internarla en la playa; el caïak se trasladó á la gruta, y la cabeza de la morsa ó vaca marina, así como las tiras de su piel pasaron al taller para recibir la preparacion necesaria ántes de adornar el barco groelandes.

Con el copioso aguacero la crecida del Arroyo del chacal habia inundado la campiña y destrozado en parte muchas de nuestras construcciones que exigian pronta reparacion, con especialidad la fuente y el acueducto.

Miéntras examinábamos los estragos la casualidad nos proporcionó un nuevo descubrimiento, encontrando sembrado el suelo de una especie de frutilla del tamaño de la aceituna; su apariencia seducia de tal modo, que mis hijos sin más recomendacion se la echaron á la boca; pero al hincarla el diente la arrojaron al punto; tal era su mal gusto que repugnó igualmente á maese Knips, que quedó como todos chasqueado. La curiosidad me picó para averiguar cuál sería el fruto, y por su olor conocí con placer el clavo especia, nuevo tesoro para la cocina que podia competir con la pimienta, canela y demas especias que ya figuraban en el aderezo y salsas de nuestros guisos.

Críase principalmente la clavera en las islas Molucas, situadas cerca del Ecuador; es de la forma y tamaño del laurel, y su duro tronco, de pié y medio de diámetro, tiene una corteza parecida á la del olivo. Sus extensas ramas de color rojo claro están guarnecidas de hojas semejantes tambien á las del laurel, venosas y de borde algo ondeado, con una pulgada de punta. Las flores que nacen arracimadas al extremo de los ramos, son rosadas con cuatro pétalos azules y despiden un olor penetrante. Gran número de purpúreos estambres con sus globulillos ocupan el centro de estas flores, cuyo cáliz cilíndrico, dividido arriba en cuatro partes, es de color de hollin y sabor aromático. La flor seca se convierte en un fruto oval parecido á la aceituna, sin mas que una cápsula de color verde que contiene una almendra oblonga, dura y surcada en su longitud. Si se deja en el árbol no cae hasta pasado un año; aunque su virtud aromática sea débil puede todavía servir para la plantacion, y al cabo de ocho ó nueve años forma un grande árbol fructífero. Los holandeses acostumbran confitar en el terreno mismo estos clavos recientes, y en los viajes marítimos los mascan despues de comer para facilitar la digestion y prevenir el escorbuto.

Los clavos se cogen ántes que las flores se deshojen; la estacion á propósito para ello es desde octubre hasta febrero, y la recoleccion se ejecuta en parte manualmente; el resto se hace caer con varas como la aceituna, sobre mantas tendidas al pié del árbol. Los clavos al cogerse son de color de rosa, y se van oscureciendo al secarse. Nadie sabe sacar más partido de esta especia que los holandeses de Ternate, donde ellos casi exclusivamente la cultivan, recolectan y preparan casi toda la que se consume en las tres partes del mundo. El clavo, la canela y la nuez moscada componen el círculo en el que indefinidamente se ejercita su actividad industrial y mercantil.

Por la parte de Falkenhorst ejecutámos varias obras para evitar nuevos estragos dado caso que se desencadenara otro huracan como el que acababa de asolar la costa. Durante esta ocupacion la pesca del salmon y del sollo renovó nuestra provision de pesca salada y curada al humo. No contento con eso, por variar probé á conservar vivos algunos salmones para regalarnos algun dia, á cuyo fin elegí dos de los mayores, á los que pasé un cordel por debajo de las agallas, sujeto á una estaca en el sitio más profundo y sosegado de la Bahía

del salvamento. Segun recordaba haber leido este procedimiento es muy usado en Hungría, donde da los mejores resultados, obligando de esta manera á remontar los sollos el Danubio hasta llegar á Viena.

—El salmon, me preguntó Franz, ¿no es un pescado de mar? Pues ¿por qué ya van dos veces que le pescamos en agua dulce?

—Calla, tontuelo, respondió doctoralmente maese Ernesto, el salmon es pescado que vive tanto en el Océano como en los rios. Es un soberbio pescado de carne tierna y sonrosada que merece atencion. Como ves, prosiguió, tiene la cabeza aguda, y pequeña relativamente al cuerpo; la boca es grande, y cuando cerrada, la mandíbula superior es más larga; la nariz tiene dos conductos inmediatos á los ojos; estos son redondos y están á los lados de la cabeza, con un íris plateado y algo verdoso, y pupila negra. La longitud total del salmon es de veinte y ocho á treinta pulgadas. Un naturalista que tú no conoces, por nombre Peyerces, ha hecho curiosas observaciones anatómicas sobre las entrañas del salmon. Suele encontrarse este pescado en el Báltico y en las bocas de los rios sus tributarios. Distínguese el salmon de los otros acuátiles en que al parecer se empeña siempre en luchar con la corriente de los rios. Salta con grande agilidad, se enrosca y salva trechos á menudo considerables. Su mayor enemigo es la sanguijuela, que le atormenta y rinde con sus continuas picadas, debiendo en parte á ella la agilidad y presteza de sus saltos. El salmon debe considerarse como uno de los mayores pescados de rio que se conocen, y en tamaño iguala á veces al atun; algunos pesan treinta ó cuarenta libras; el pellejo es algo grueso y la carne está entremezclada con grasa, sobretodo en el vientre. Antes de cocerse la carne es blanca, pero la sal y la accion del fuego la dan el sonrosado que tanto agrada á la vista.

Interrumpió Santiago la leccion con no sé qué chanza de mal género, echando en cara al doctor que era tan cocinero como sabio. Ernesto se contentó con sonreirse por toda respuesta, y en desdeñoso tono replicó:

—Verdaderamente es lástima que los tontos incapaces de elevarse hasta la ciencia se desquiten de su ignorancia denigrándola.

Su hermano calló y avergonzado procuró mudar de conversacion.

Habíamos vuelto al pacífico curso de las ocupaciones domésticas, cuando por esta época, en una apacible y serena noche de estío me despertaron furiosos y repetidos aullidos de nuestros guardianes, acompañados de un ruido de carreras y pataleo que me recordaron la terrible invasion de los chacales y el no ménos pavoroso encuentro de los osos. Como naturalmente sucede en las alarmas nocturnas la imaginacion me representaba una caterva de fieras invadiendo nuestra morada; mas resuelto á no permanecer por más tiempo en la incertidumbre, salté del lecho y á medio vestir cogí la primera arma que hallé á la mano y encaminéme á la puerta de la gruta que tenia costumbre de dejar entornada para que penetrase el fresco de la noche.

Apénas asomé cuando reconocí la voz de Federico, que ya estaba en la ventana inmediata.

—¿Qué será, papá? me preguntó asustado.

Disimulando el temor real y efectivo de que estaba poseido traté de tranquilizar á mi hijo, diciéndole que quizá los cochinos se habian dado cita para hacernos una visita nocturna. Sin saberlo decia la verdad.

—Pues si son ellos, repuso el niño, creo que les va á salir cara la broma, por que á lo poco que distingo los perros ya están á vueltas con ellos. Salgamos y evitarémos quizá una carnicería.

Salímos en efecto, saltando Federico por la ventana casi en paños menores, y fuímos al lugar del combate, donde vímos los perros y el chacal de Santiago revueltos con una manada de cerdos silvestres que habian cruzado sin duda el puente para hacer de las suyas en la huerta de mi esposa.

Mi primer movimiento fue de risa al ver el espectáculo que nos daban los combatientes; pero en seguida llamé á los perros, que sin querer obedecerme, ciegos de furor sujetaban por las orejas á dos puercos, de talla y fuerza prodigiosas. No haciendo caso de llamamientos ni amenazas para que soltasen la presa, fue preciso abrirles nosotros mismos la boca con las manos, y así cesó la lucha. Libres entónces los marranos, sin despedirse ni dar siquiera gracias tomaron soleta á escape repasando el arroyo.

Seguímos sus huellas, y creyendo la invasion hija de un descuido por nuestra parte en levantar las tablas del Puente de familia, llegué hasta él y noté con sorpresa que todo estaba en órden y que indudablemente la tropa cerdosa, con una destreza de que yo no la creia capaz, se habia franqueado paso por las vigas en que estribaba el puente.

Esto me convenció de la necesidad de convertirlo en verdadero puente levadizo, como ya ideaba hacerlo, el cual se levantaria todas las noches para precavernos de semejantes irrupciones.

La operacion, bien mirado, no era un grano de anis; pero el que habia construido ya dos barcos y llevado á feliz término tantas obras que atestiguaban no sólo capacidad, sino destreza en el arte de carpintería, no debia retroceder ante la de un puente.

Si bien conocia el mecanismo de los puentes colgantes, faltábanme las principales piezas de hierro para el caso, y teniendo que luchar con otras dificultades en las que se hubiera estrellado mi ciencia, me limité al más sencillo de todos los puentes levadizos, reducido á una báscula fácil de mover colocada entre dos vigas elevadas perpendicularmente por medio de cuerdas á falta de cadenas, de una palanca y de un contrapeso cualquiera; y combinando la fuerza y resistencia de todo esto, nos hicímos con un puente que se subia y bajaba con la facilidad necesaria para que los niños pudiesen ponerlo en movimiento. Así tuvímos una barrera contra las invasiones de las alimañas, ya que ni la profundidad ni la

anchura del arroyo podian servir de obstáculo real para el caso de una agresion más seria. Sea lo que quiera, nuestros dominios se habian enriquecido con una nueva obra maestra del arte militar, y á pesar de lo grosero de la ejecucion para nosotros reunia grandes ventajas estratégicas.

El puente levadizo siguió la suerte que corre todo lo nuevo. Por algun tiempo el bajarle y subirle sirvió de diversion á los chicos; pero como todo cansa, al cabo de dias se encaramaban á lo alto de las vigas para ver los antílopes y gacelas que retozaban en los llanos de Falkenhorst.

—¡Qué lástima, decia Santiago, que siendo tan bonitos y ágiles esos animales no podamos domesticar alguno ó al ménos aproximarnos á ellos, sin verlos huir á esconderse en lo más espeso del bosque! ¡Cuánto daria por verlos venir tranquilos á beber al arroyo miéntras estamos trabajando á la orilla!

—Para eso, respondió Ernesto, bastaria imitar á los georgianos en lo que hacen para llamar los búfalos.

—¡Ta, ta! repuso Santiago. ¿No ha encontrado el sabio otro punto más lejano para buscar un ejemplo?

—Para el mundo del pensamiento, arguyó gravemente el doctor, no hay distancias. Parecia lo regular que en vez de burlarte de mi idea porque se refiere á un país lejano, por curiosidad siquiera desearas conocerla.

—En buen hora, señor maestro, dános la leccion.

El profesor, que fácilmente olvidaba los sarcasmos y cuchufletas que con tanta frecuencia llovian sobre él con tal de tener ocasion de hablar el lenguaje de la ciencia, dijo con gran sosiego y mesura:

—En las desiertas llanuras de la América del Norte, hácia la vertiente de la larga cordillera de los Alleghanys, se encuentra cierta clase de tierra mineral en la superficie del suelo, la cual contiene sales tan apetecidas de los animales, que acuden en gran número á saborearlas, con especialidad los búfalos. Los naturales del país los aguardan en aquellos sitios, y hacen de ellos tan productiva como abundante caza. A falta de esa tierra, continuó el sabio, podrémos preparar á los antílopes y á las gacelas un cebo parecido, artificial, que los atraiga á nuestra sociedad, y mucho será que al fin no se acostumbren á ella; para lo cual bastaria hacer un amasijo de tierra de porcelana y sal, depositarlo en el punto que se quiera, y cubrirlo con hojas y verdura para engañar mejor á los animales. Ya veréis cómo acuden sin recelo ni desconfianza.

—¡Adoptado! ¡adoptado! exclamaron los niños entusiasmados. ¡Viva el sabio Ernesto, primer profesor de la academia de Felsenheim, doctor, bibliotecario, conservador del museo, naturalista, etc., etc.!

—Cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento, les dije; todo se andará, que aquí no estamos en la Nueva Georgia, y mal se aviene este entusiasmo y prisa con el desden con que al principio recibisteis las proposiciones de Ernesto. Por de pronto, ántes de ocuparnos en esto necesito tierra de porcelana, gruesos

bambúes para ejecutar otro plan más importante y algunas otras cosas, y así os concedo permiso para que hagais una excursion hasta el desfiladero á fin de distraeros un rato.

—¡Gracias, papá, gracias! clamaron todos. ¡Un viaje! ¡habrá caza larga, y nuevos descubrimientos! Es más divertido que construir puentes levadizos.

—Yo haré pemmican para el camino, dijo Federico, pues tenemos carne de oso á discrecion.

—Y yo, dijo Santiago con cierto misterio á que no estaba acostumbrado, llevaréme dos palomas..... Tengo un proyecto en ciernes.

—Y yo, añadió Franz, quedaré al cuidado del bagaje, y si Federico quiere creerme, hará bien en llevarse el caïak, que podrá botar en el lago, para coger siquiera un par de aquellos cisnes negros tan hermosos que vímos tiempo atras! ¡Qué bien estarian en el estanque de Falkenhorst!

La estacion era favorable, la atmósfera pura y serena, y todo prometia á los jóvenes aventureros un bonito viaje de recreo, tanto más conveniente para ellos, cuanto que convenia amenizar de vez en cuando la vida uniforme que se pasaba en Felsenheim.

Federico fué corriendo en seguida á ver á su madre ocupada en la huerta, y en el tono más humilde que pudo la pidió un buen pedazo de carne salada de oso para hacer un pemmican.

—Espero tendrás la bondad de decirme ántes, respondió la buena madre, qué cosa ès un pemmican.

—El pemmican, mamá, es un manjar que acostumbran llevar en sus viajes entre las tribus indias los tratantes de pieles del Canadá. Se hace con carne de oso ó de cabrito muy picada y batida hasta reducirla á escaso volúmen.

—¿Y de dónde te ha venido ese antojo canadiense?

—Mamá, se trata de una excursion que vamos á hacer por la gran vega, y el pemmican será el principal alimento en el viaje.

—¡Válgame Dios! ¡otro viaje! exclamó mi esposa algo mohina; y esto se delibera sin contar conmigo. ¡Vaya un modo de prevenir mis objeciones; pero ya que tu padre consiente en ello, sea en hora buena. Respecto al pemmican, será muy bueno para cuando se ha de atravesar desiertos ó comarcas inhospitalarias, incultas; pero tales precauciones para un viaje de dos dias y por un terreno tan fértil como este, paréceme algo risible.

—Hasta cierto punto tiene V. razon, mamá, respondió Federico; pero es capricho nuestro, y gran satisfaccion para nosotros eso de vivir dos dias sin pretensiones ni regalos, así á la ligera, sin pensar mas que en cazar...

—Está bien; pero ¿es requisito indispensable para satisfacer plenamente la imaginacion de un cazador el que la comida sea cruda?

Con nuestra llegada se interrumpió el diálogo; echóse todo á broma, y como el heróico proyecto de Federico contaba con el asentimiento general, mi esposa

no tuvo más remedio que acceder y sacar de la despensa la tan deseada carne de oso. La confeccion del pemmican comenzó inmediatamente bajo la direccion de su inventor. Majada la carne y reducida á la mitad de su primitivo volúmen, se sazonó con sal y especias, y negocio concluido. Catéla, y á pesar de los pomposos elogios de mi hijo, la encontré bastante desabrida.

Se reunieron sacos, cestas, alforjas, cuerdas y demas utensilios para el trasporte ó necesidades de la expedicion. Al viejo trineo le tocó tambien ponerse en movimiento cuando ya estaba arrinconado, y los chicos lo cargaron con lo que les vino en talante: el caïak, las armas, municiones de boca y guerra, la tienda de campaña, y qué sé yo cuántas cosas más; en resolucion, una caravana que ha de atravesar los desiertos de Arabia no hubiera hecho mayores preparativos.

Por último, como todo llega, llegó tambien el suspirado dia de la salida. Todo bicho viviente estaba en pié ántes de amanecer, y entre otras cosas noté que Santiago á hurtadillas, y como evitando que le viesen, se fué al palomar y cogió dos pares de palomas de Europa. Eran de las que tienen al rededor de los ojos un cerco encarnado y pertenecen á la familia que Buffon designa con el nombre *de palomas turcas*.

Sorprendiéndole miéntras las metia en un canasto para llevarlas al carro.

—Vamos, señor cazador, le dije, parece que los nuevos canadienses no se contentan con el fiambre de camino, y que toman sus precauciones para regalarse un poquillo si el pemmican hace fiasco. Lo que me temo es que la eleccion no esté bien hecha, y que la carne de esos pichones sea tan indigesta como el fiambre del Canadá.

Miróme Santiago sonriéndose, sin responder palabra; pero al momento de ponerse en marcha reparé que cuchicheaba con Ernesto, por cuya razon esperé alguna sorpresa de su parte, pues estaba ya en la conviccion de que me preparaban una, aunque no supiese de qué género.

Salieron finalmente: la buena madre les encargó y repitió mil veces que fuesen prudentes, y que por Dios no se aventurasen en cosa alguna arriesgada. Les abrazámos deseándoles próspero viaje, y en un instante desaparecieron de nuestra vista entre la polvareda con los corceles y el trineo. Ernesto y yo quedámos con la madre, y alegréme de que el filósofo se decidiese á no ser de la partida, porque así me ayudaria en una nueva construccion que tenia meditada y que mi esposa continuamente reclamaba con la mayor insistencia. Era una prensa de azúcar para extraer el jugo de la caña dulce de que tanto abundaba la isla. En seguida nos pusímos á trabajar. Componíase la máquina de tres cilindros verticales parecidos, aunque en ínfima escala, á los de las prensas comunes de los ingenios, con la única diferencia que arreglé su mecanismo de tal suerte que cualquiera de nuestros animales pudiese moverla. Sin entrar en la descripcion detallada de la obra, basta decir que me ocupó algunos dias á pesar de la activa cooperacion de Ernesto y la buena madre.

Estos trabajos naturalmente hicieron versar nuestras conversaciones sobre la elaboracion del azúcar.

—Con algunos perfeccionamientos más, decia Ernesto riendo, pronto tendrémos en Felsenheim un ingenio de azúcar en toda regla.

—Espérate un poco, respondí; entre un ingenio de los que dices, y aun entre la menor explotacion de azúcar y nuestra prensa mecánica hay una distancia inmensa que dudo lleguemos á salvar. Para esta clase de industria se necesitan talleres, máquinas y un conjunto de material de que en nuestra pobreza carecemos.

—Así lo pensaba yo tambien, repuso el sabio, aunque son muy imperfectas las nociones que tengo sobre el azúcar y los procedimientos que se emplean para trasformar el jugo líquido y espeso de las cañas en una materia dura, blanca y cristalizada.

Tales palabras en boca de Ernesto equivalian á un deseo formal de que, resumiendo cuantos conocimientos tenia sobre el azúcar y su elaboracion, le instruyese un poco en la materia. No aguardé á que lo manifestase más claro.

—El azúcar, comencé, proviene de la planta que ya conoces, la caña dulce, objeto ahora de nuestra industria. La caña dulce se cultiva y propaga con facilidad, bastando plantarla en surcos, tendida horizontalmente; de cada nudo brota un retoño que con el tiempo llega á ser raíz de otra caña. Nueve ó diez meses se necesitan para que llegue á su madurez. Entónces está en disposicion de ser cortada. Se arrancan las hojas, y la caña, bien pistada bajo la presion de rodillos de madera la más dura, suelta un líquido dulce y espeso que llaman vulgarmente miel de caña. De ella se saca el azúcar. La primera operacion que sufre esta miel, es cocerla desde luego, pues si se dilatase algo el hacerlo, al cabo de veinte y cuatro horas se acedaria, y tardando más se convertiria en vinagre. Puesta á cocer, hierve por espacio de un dia, echándola agua de tiempo en tiempo; el licor extraido y que sueltan las cañas sube, se espuma, y esta hez sirve de alimento á los animales. Para refinar más el azúcar se echa en la caldera una fuerte lejía de ceniza de leña y de cal viva, lo que aumenta más la espuma, y el líquido más depurado pasa por un colador de lienzo. El poso en algunas partes se aprovecha para cebar puercos, y en otras, mezclándolo con agua y dejándolo fermentar, lo convierten en aguardiente. El líquido colado se pone á hervir hasta cierto punto, y entónces se echa caliente en moldes de barro en forma de conos circulares en ambos extremos y horadados, cerrándose con tapon el agujerito de la punta. Como todas cuantas operaciones se practican en la preparacion del azúcar y arte de refinarle tienden á purificarlo de la melaza que le quita la blancura, solidez y brillo, formado el pilon en el molde se destapa el agujero para dar curso á la melaza, derramando sobre la base del cono una especie de papilla clara hecha con tierra blanca arcillosa. El agua se satura de una sustan-

cia glutinosa de la tierra, y filtrando por la masa de azúcar lo lava y purifica de la melaza.

Al cabo de cuarenta dias el azúcar está bastante seco y sólido. Si ha tomado un color algo rojizo, tiene un nombre; si resulta de un gris blanquecino, y fácil de desmenuzar, se le da otro, y de este azúcar, despues de pasar por nuevos cocimientos, colados y refinos, hasta que no le queda rastro de melaza, sale el azúcar moreno de peor ó mejor clase, que se llama terciado, y este, más depurado con clara de huevo y sangre de buey, produce el verdadero azúcar refinado, de primera clase ó real, el más puro y brillante. Este azúcar superior, cuando muy seco, tocado con el dedo produce una especie de sonido, y frotado en la oscuridad con un cuchillo despide un resplandor fosfórico. Mil doscientas libras de azúcar refinado no producen sino la mitad de azúcar real. La melaza que sale por la parte inferior de los moldes nunca pasa de la consistencia de la miel, y de aquí su nombre. El azúcar cande ó de piedra, es el superior, real ó de pilon, hervido varias veces y cristalizado: lo hay blanco y terciado (1). En Holanda se hace un comercio considerable de azúcar de todas clases, procedente de las Indias orientales, del Brasil, de las Barbadas, de las islas de Cuba, Santo Domingo, Martinica y Surinam. El del Brasil no es tan blanco como el de otros puntos (2).

Miéntras disertábamos nuestros aventureros seguian su marcha hácia el desierto. Les acompañarémos en su expedicion, cuyo exacto relato vamos á trascribir tal como luego lo contaron.

Despues de recorrer todo el trecho que separaba el Puente de familia de las cercanías de Waldek, la caravana se aproximó á la alquería donde pensaba pasar el resto del dia, y poco ántes de llegar oyeron cual si fuera á lo léjos acentos parecidos á los de una voz humana, una como risa prolongada de timbre siniestro. Los animales, que tambien lo percibieron, se pararon de repente asustados; los perros aullaron, y el avestruz, más atemorizado que los otros, echó á

(1) Estos métodos de fabricacion y refino del azúcar han experimentado grande variacion desde la invencion de las máquinas de vapor, cuya gran potencia y desarrollado mecanismo, á más de la economía de brazos ha permitido abreviar y dar nuevo giro á la elaboracion en los ingenios.

(2) El azúcar hoy dia se extrae de una gran porcion de plantas sacarinas y está generalmente admitido que existen cuatro especies: 1.° El *azúcar comun ó prismático*, que se encuentra en la caña de azúcar, la remolacha, el arce, las zanahorias, las calabazas, las ananas, las castañas, los tallos del maíz y en la mayor parte de los frutos de los trópicos. 2.° La *glucosa* ó *azúcar tuberculiforme* ó de *uva*, que constituye el principio sacarino de los frutos agrios y dulces á la vez, y en esta sustancia pueden convertirse el almidon, la fécula, la celulosa y todas las gomas. 3.° La *culariosa* ó *azúcar líquido* que existe en todos los frutos agrios. 4.° La *lactosa* ó *azúcar* de *leche* que se encuentra en la leche de los mamíferos. De todas estas sustancias se extrae el azúcar que explota el comercio. (*Notas del Trad.*)

huir con su jinete en la direccion del Lago de los cisnes, con una rapidez que los dejó asombrados.

Los mismos acentos continuaban cada vez más siniestros y espantosos. El toro y el onagro se sublevaron de tal modo, que Federico y Franz tuvieron que apearse, dejándoles arrendados á un árbol para quedar más desembarazados.

—Esto se va haciendo serio, dijo Federico; alguna fiera han olfateado los animales, y quizá sea un leon ó un tigre. Adelántate un poco miéntras acabo de sujetar las bestias para que no se escapen, y si notas algo que te alarme, vuelve en seguida, y concertarémos el partido que se ha de seguir; si es preciso, montarémos de nuevo y á toda brida escaparémos del peligro, ya que desgraciadamente nuestro hermano se ha dejado llevar al lado opuesto. ¡Dios sabe dónde estará ahora!

Franz, armado de carabina y dos pistolas, seguido de los perros, se dirigió al paraje de donde parecian salir aquellos extraños acentos. Apénas se habria adelantado ochenta pasos caminando con la mayor precaucion, cuando entrevió en la espesura una enorme hiena que devoraba uno de nuestros corderos; la sangre le chorreaba por los labios, y miéntras le despedazaba, soltaba á intervalos cierto aullido semejante á la risa medio reprimida.

La presencia del tierno cazador no distrajo á la fiera del sangriento banquete, y girando á todos lados las encendidas pupilas, continuó cebándose en la víctima. Conservando Franz toda su serenidad se atrincheró tras un árbol, y apuntando á la hiena disparó ambas pistolas á la vez con tanto acierto, que las balas la rompieron las piernas delanteras atravesándola el pecho. Al instante recobrados los perros y convertido su espanto en furor, acometieron á la fiera, trabándose un combate horrendo; los rugidos de la hiena, cuyas heridas más la enfurecian, se mezclaban con los formidables ladridos de los alanos; la sangre corria en abundancia, y aunque estrechada la fiera por sus enemigos, caras pagaban estos las ventajas que obtenian.

Federico, que oyera el doble estampido, acudió á socorrer á su hermano. Bien hubiera querido terminar con otro balazo el combate; pero era imposible por andar los perros tan revueltos con la hiena, que hiriendo á esta, alguno de aquellos hubiera sufrido igual suerte, y así ambos hermanos tuvieron que contenerse y aguardar el resultado de la lucha, que no se hizo esperar largo tiempo, sucumbiendo al fin la fiera debilitada por la pérdida de sangre. Con alegres clamores cantaban los niños victoria al ver los perros encarnizados sobre el cadáver de la hiena, los cuales no soltaron la presa hasta despues de la más violenta resistencia. Los valerosos animales á quienes casi exclusivamente se debia el triunfo fueron curados con esmero, frotándoseles las heridas con aguamiel y grasa de oso que los expedicionarios llevaban para la comida.

A poco compareció Santiago, á quien habia costado mucho salir del arrozal

donde se refugiara el avestruz, del cual no sin grandes esfuerzos consiguió que desandase lo andado.

Al ver el mónstruo que sus hermanos tan valerosamente habian vencido en su ausencia con la cooperacion de los alanos, no pudo ménos de retroceder asombrado ante un cadáver, que aun en ese estado imponia. Y no era de extrañar tal espanto, pues la hiena con su leonada melena, erizada de negro y cerdoso pelo, sus afiladas uñas, hocico agudo como el del lobo, redondos y centellantes ojitos, es una de las fieras más sanguinarias y feroces.

La hiena, bruto solitario, habita en las cavernas de las montañas, hendiduras de las rocas, y guaridas que ella misma se abre bajo tierra. Nada alcanza á domar su índole feroz, y aunque cogida cuando cachorro, jamas se domestica. Vive de la rapiña como el lobo, y más fuerte y astuta que él, ataca muchas veces al hombre, y persigue de muerte al ganado hasta en los rediles y establos. Sus ojos brillan en la oscuridad, y se cree que ve más de noche que de dia. Cuando le falta presa viva escarba hasta desenterrar y devorar los cadáveres de hombres y animales. Generalmente se la encuentra en los climas cálidos del Africa y del Asia. Se defiende contra el leon, no teme á la pantera, vence á la onza. Entre todos los cuadrúpedos tiene la particularidad de ser el único tal vez que carece del quinto dedo en las cuatro patas.

La captura de este animal fue sin disputa una de las hazañas más heróicas que se alcanzaron desde nuestro establecimiento en la isla. Franz le reclamó para sí como de su propiedad. Tan justa pretension no pudo ménos de ser reconocida por sus hermanos, y despues de conducido el bagaje á la granja de Waldeck, donde los expedicionarios pensaban detenerse algun tiempo, volvieron al campo de batalla á recoger la presa, que fue trasportada en el trineo. En seguida se ocuparon en desollarla, sacando entera la piel para aderezarla así como la cabeza para su conservacion.

En este importante trabajo, interrumpido de vez en cuando con la caza de algunos pájaros, invirtióse el resto del dia. Al anochecer, despues de una ligera cena, los aventureros se acostaron sobre las pieles de oso que á prevencion llevaban, y durmieron hasta la madrugada.

Miéntras esto sucedia en Waldeck, Ernesto, mi esposa y yo estábamos sentados á la entrada de la gruta.

—¿Dónde estarán ahora mis hermanos? preguntaba el filósofo. El corazon me da que pronto tendrémos noticias suyas.

—¿Y por dónde lo coliges? preguntó la madre.

—¡Serán manías! creo en los sueños, respondió el niño riéndose, y he soñado.....

—¡Bah! ¡Buena garantía la de tus sueños! caso de que revelasen algo, yo como mujer y madre debiera saber más que tú, puesto que mi corazon, mi alma toda está con los ausentes.

Durante este diálogo un ave, cuya especie no pudímos distinguir bien á causa de la oscuridad penetró por la puerta del palomar.

—¡Calle! dijo Ernesto. ¿Quién será el nuevo huésped que como Pedro por su casa se ha entrado en el palomár? Bueno será echar la trampa, y mañana se verá quién es. ¿Quién sabe? Quizá sea algun correo de Nueva Holanda y traiga partes de Sydney ó Port-Jakson. Papá ha dicho que tal vez no distamos de esos puntos.

—Pero ¿qué manía te ha dado de correos, partes y noticias?

—Nada, respondió con indiferencia, sino que la llegada de ese palomo me ha recordado lo que leí no sé dónde, de que los antiguos romanos y los griegos se correspondian por medio de palomas viajeras que desempeñaban el oficio de correos. ¿Es cierto el hecho, papá?

—Certísimo. De todos los habitantes del aire ninguno rivaliza con la paloma en salvar grandes distancias. Esta ave es esencialmente viajera. Ademas de las que servian de mensajeras, la historia natural menciona una especie particular de palomas que adiestradas al efecto van y vienen de los montes Alleghanys á los de Escocia. La historia de estas aves correos es curiosísima, y en vez de contártela de palabra te la leeré impresa en un libro frances que casualmente tuve en la mano esta mañana.

Fuí á la biblioteca, traje el libro y leí lo siguiente:

«Los ornitologistas han dado á estas palomas el nombre de *columba migratoria*, ó sea paloma viajera, y sus actos justifican completamente esta denominacion que aun no es bastante característica. Eǹ efecto, volando á veces desde el golfo de Méjico hasta las costas de la bahía de Hudson, andan más de setecientas leguas, siguiendo la direccion del meridiano; no se extienden tanto en longitud, pues no pasan de las montañas Peñascosas, límite de sus excursiones al Oeste. Algunas, más aventureras aun, ó arrastradas por las corrientes aéreas fuera de las regiones que más habitualmente frecuentan, atraviesan el Océano y llegan á veces hasta Escocia. Su pujante vuelo y la gran penetracion de su vista asombran. Desde la inmensa altura á que se elevan distinguen en los árboles los menudos frutos de que se alimentan, y nunca se paran sin causa ni en balde. Como vuelan siempre á numerosas y espesas bandadas que llegan á velar la luz del sol, hase podido calcular la velocidad de su carrera, comparada con la de las nubes; y está averiguado que recorren más de veinte y cinco leguas por hora. Si la industria humana pudiera asociarse tan rápidos correos, de más estarian los telégrafos, pues bastara una mañana para llevar un parte de Zurich á Berlin.

«La estructura y forma del cuerpo entran por mucho en esas aves para llevar á cabo los larguísimos viajes que emprenden. Sus alas proporcionalmente son más largas que en las demas especies de este género. Su cola hendida y extensa les sirve de timon proporcionado á la anchura y fuerza de sus alas. En

cuanto á los colores y su distribucion sobre el plumaje, adviértese en el respectivo sexo una notable diferencia; el exterior modesto de las hembras contrasta con la brillante gala de los machos, como el de la gallina comun comparada con el magnífico plumaje del gallo. Si pudieran acostumbrarse estas palomas viajeras á la sedentaria vida de los palomares, serian un nuevo adorno para las casas de campo. El macho supera en hermosura y tamaño á la hembra, y desde el pico á la extremidad de la cola mide dos piés. La cabeza es de un azul apizarrado; las alas y parte superior del cuerpo, del mismo azul con pintas negras, y el pecho de color de avellana. En el cuello sobretodo es donde campean los más bellos colores; el oro, verde, púrpura y una escarlata magnífica lo esmaltan con todo su brillo; el vientre iguala al ampo de la nieve; las patas y los piés son de un bello encarnado, y una ancha banda negra y lustrosa atraviesa la cola de largo á largo.

«El carácter distintivo y dominante de esta especie parece ser el amor á la sociedad. En sus lejanos viajes no hay individuos aislados ni rezagados. Sus bandadas alcanzan una extension prodigiosa cuando se ponen en camino para buscar en los bosques un paraje que les ofrezca medios de subsistencia. Un célebre naturalista estima en muchos centenares de millones uno de estos ejércitos alados que encontró á orillas del Ohío, y su cálculo, léjos de ser exagerado, quizá esté aun por bajo de la realidad. Segun refiere, aquella nube de aves tendria una extension de hasta dos mil metros, y como su paso duró tres horas, la longitud de la columna sería al ménos de setenta y cinco leguas ó trescientos mil metros. No contando sino dos aves por cada metro cúbico, la bandada se debia componer de mil doscientos millones de palomas; pero la masa estaba tan cerrada, que proyectaba sombra sobre la tierra. El ruido de tantas alas puestas en movimiento sólo podia compararse con el de las olas de una mar bravía. Estas columnas volantes se forman por la agregacion de un gran número de distintas bandadas, que llevando todas idéntico objeto eligen el mismo punto para descansar, á donde llegan al anochecer, á veces de muy léjos, abandonándolo á la madrugada para buscar que comer. El bosque en que se hospedan queda muy mal parado, pues se abaten en tan gran número y con tal ímpetu sobre los árboles, que las más fuertes ramas se tronchan y caen á veces con toda su carga. Una violenta tempestad no causara quizá tanto estrago.

«Hase calculado el alimento diario que consume una gran bandada de estas aves, reduciendo cada individuo á una racion exigua, pues necesitan comer mucho y á menudo. Parece increible el resultado de este cálculo: una sola de estas poblaciones aladas que fijase en el seno de los bosques su aérea residencia consumiria el cuádruplo ó quíntuplo de los víveres indispensables á la más populosa de las capitales de Europa, teniendo en cuenta únicamente el peso de las subsistencias. No es pues de extrañar que á la salida del sol se disperse esta poblacion, y tale, digámoslo así, un espacio equivalente al de varios cantones de

Suiza. Algunas divisiones de la gran bandada se segregan para buscar su racion á mayores distancias, lo cual no impide que á la hora de recogerse regresen todas con puntualidad al lugar de descanso. Este lo escogen siempre con el mayor sigilo, léjos de la ordinaria morada de sus mayores enemigos, los colonos americanos. Pero cuando estos llegan á descubrir uno de esos puntos de reposo, prepáranse para una larga expedicion que ha de ocupar á muchísima gente. Reunidos é instalados los cazadores, convienen entre sí varias señales de aviso; establecen una especie de policía para el bien y seguridad general, y la campaña se abre. Desde la puesta hasta la salida del sol duran las descargas cerradas de los escopeteros, y sólo cuando ha desaparecido la última paloma se procede á recoger la caza. Pero siempre preceden á los cazadores en el campo de mortandad las aves de rapiña y otros animales. La abundantísima caza se despluma, prepara y embarrila al dia siguiente, quedando siempre algunas piezas para los cerdos, que engordan con tál cebo. De aquí pasa á los mercados el producto de la matanza, muy estimado de los gastrónomos, y hasta se ven en Nueva York barcos enteros cargados tan sólo de semejante mercancía. La vida de las desgraciadas palomas es una continua serie de fatigas y peligros. Acosadas por el hombre en el lugar do se recogen, lo son igualmente en la época que destinan para las crias, durante las cuales el domicilio es más fijo y cesan las emigraciones, si bien la asociacion general aunque subdividida no se disuelve, y unidos unos á otros los nidos en lo posible, cubren los árboles todos de un bosque. En el estado de Kentucky se ha visto uno de estos establecimientos que ocupaba una legua de ancho por más de diez y seis de largo. En abril es cuando generalmente se ocupan los nidos; á fines de mayo los pichones están en disposicion de volar, y la bandada entera emprende sus excursiones. Crian tres veces al año, y por lo comun renuevan otras tantas los nidos. Cuando se llega á encontrar una gran nidada, lo que no es difícil, los medios de destruccion se preparan en seguida y los cazadores llegan al bosque pocos dias ántes de partir las palomas, armados y provistos como en la caza anterior de todo lo necesario. Se desgajan las ramas, derríbanse los árboles si es menester, y caen á la vez los nidos. Los acentos desesperados de las víctimas, el rumor del hacha que abate los árboles y el mayor aun que forman con su aleteo los padres y madres que no cesan de revolotear al rededor de su desgraciada prole hasta que el hambre les obliga á abandonarla, causan un estrépito que aturde.

«Los pichones á la sazon están muy gordos, y los indígenas americanos han enseñado á los colonos el modo de aprovechar su grasa, que derretida se conserva en barriles como la manteca. Un árbol grande cargado de nidos proporciona la suficiente para toda una familia durante muchos meses.

«Las palomas viajeras de América no pueden conservar sus hábitos sino en las inmensas selvas del interior, allende los montes Alleghanys, pues las bandadas que se aventuran á pasar al Este de esa cordillera, en vez de asilo seguro

no encuentran sino enemigos en todo el tránsito. Cuando el hambre las obliga á posarse en los campos cultivados, otra arma les es aun más funesta que las de fuego, y es la red que de una sola vez hace millares de prisioneros. Todas las poblaciones inmediatas corren á la cacería, y por espacio de algunos dias la carne de estas aves es el alimento general de sus habitantes. A medida que la poblacion aumente en el interior, las pobres palomas se verán reducidas á menor espacio; las grandes asociaciones no podrán continuar, y constantemente perseguida la especie con encarnizamiento disminuirá cada vez más, tendrá que variar de hábitos y costumbres, y morará en los bosques de América como las palomas torcaces de Europa, diseminada y confundida con las otras especies del mismo género, sin excitar tanta curiosidad.»

Aquí cerré el libro. Ernesto siguió aun hablando haciéndome otras observaciones sobre el instinto viajero de las aves cuya historia acababa de leer; pero noté que en sus reparos y frases se traslucia cierta reserva que me fue imposible penetrar, pues á todas mis preguntas respondia siempre:

—Hasta mañana, hasta mañana.

Nada más pude recabar.

CAPÍTULO LI.

Vuelta de la paloma mensajera.—Caza de cisnes.—La garza real y el tapir.—La grulla.—El ave del paraíso.—Gran derrota de los monos.—Estragos causados por los elefantes en Waldeck.—Llegada al desfiladero.

Al dia siguiente Ernesto se levantó al rayar el alba y fué al palomar, sin que por mi parte maliciara que ahí se encerraba un gran secreto. Nada le dije sobre eso, y cuando tras las primeras ocupaciones de la mañana le llamé para el desayuno, se me presentó gravemente con un pliego cerrado en la mano, y haciendo una profunda reverencia dijo:

—El correo de Felsenheim saluda á vuestras señorías, suplicando dispensen el retardo que hoy dia sufre la correspondencia de Sidney, Port-Jakson y demás puntos de la costa de Nueva Holanda. El paquebote llegó anoche, por lo cual no me ha sido posible hasta ahora poner en vuestras manos las cartas que á vuestras señorías vienen dirigidas.

Su madre y yo no pudímos ménos de reirnos al oir este exordio.

—Está bien, señor correo, respondí en el mismo tono; tenga V. la bondad de abrir y leernos el parte.

Al oir esas palabras maese Ernesto rompió la nema, abrió el pliego, y dando á su voz toda la entonacion de que era susceptible, comenzó la lectura en estos términos:

«*El general gobernador del nuevo Valle del Sur al gobernador de Felsenheim, Falkenhorst, Waldeck, campo de cañas dulces, y demas territorios inmediatos,* SALUD.

«Noble y fiel aliado, acabamos de saber con disgusto que tres hombres que suponemos pertenecen á vuestra colonia se han alejado de ella para vivir á sus anchuras y sobre el país en el desierto, lo que sin duda ha de causar no poco vejámen á la caza mayor y menor de la provincia. Igualmente ha llegado á

nuestra noticia que hienas espantosas y feroces han asolado los confines de nuestro territorio, causando grande estrago entre los animales domésticos de nuestros colonos. En su consecuencia os invitamos á que reunais vuestros afamados cazadores y tomeis las medidas necesarias para expulsar del distrito las hienas y demas bestias dañinas, dejando libre de ellas vuestros dominios, ó al ménos conteniéndolas en sus razonables límites.

«Dios guarde á V. E. muchos años.

«Dado en Sidney-Cove (Port-Jakson) á 12 del mes de casuar y año XXXIV de la colonia.

«*El gobernador* PHILIPP PHILIPPSON.»

Ernesto terminó su lectura sonriéndose maliciosamente al notar la extraña impresion que nos causaba. En toda esta broma, aunque parecia á primera vista sencilla, habia un no sé qué que picaba vivamente mi curiosidad. El mozuelo se gozaba en mi embarazo, y al hacer un movimiento se le cayó del bolsillo otro papel. Me bajé para cogerle y abrirle en seguida; mas me detuvo diciendo:

—Es otro pliego, señor, procedente de Waldeck. Quizá contenga noticias más exactas que la misiva del general Philippson, quien puede haberse dejado sorprender por datos exagerados.

—Hazme el favor, le dije, que de una vez te dejes de bromas y nos expliques estos enigmas. ¿Acaso tu hermano al partir te dejó alguna carta con la expresa prevencion de que no me la entregues hasta hoy? ¿Y qué significa lo de las hienas? ¿habrán tropezado con tan fieros animales, y tendrán el temerario proyecto de atacarlos sin contar conmigo?

—La verdad, papá, este papel es una carta autógrafa de Federico que trajo la paloma que vímos ayer.

—¡Gracias á Dios! Acabáramos.

—Dios te bendiga, querido sabio, exclamó mi esposa abrazándole. Aplaudo tu idea, que al fin nos sacará de dudas... Pero esas hienas... Lee, lee la carta de tu hermano.

—La leeré toda, sin cambiar punto ni coma.

En seguida nos leyó lo siguiente:

«Queridos padres, y tú, mi buen Ernesto: pongo en noticia de VV. que á nuestra llegada á las inmediaciones de Waldeck hemos sido recibidos por una hiena de las mayores, que ya habia devorado algunos corderos y una cabra; pero al fin ha sucumbido merced al valor é intrepidez de los perros, y á la serenidad de Franz, que se ha portado como un héroe, debiéndose á él principalmente el honor de la jornada. Los alanos han rematado al mónstruo y hénos aquí libres de él, sin que nos haya sucedido el menor percance. Toda la tarde la hemos empleado en desollarle y adobar la piel. Es alhaja magnífica y podrá servirnos de mucho.

«El pemmican es un manjar detestable. Me he llevado un solemne chasco.

«Sin más por ahora les abrazamos á los tres tiernamente.

«Su afectísimo hijo y hermano,

«Federico.»

—Esta sí que es una carta de cazador, exclamé; pero ¿por dónde habrá la hiena penetrado en nuestros dominios? ¿Acaso está derribada la empalizada del desfiladero? Sería una fatalidad.

—¡Pobres hijos mios! prorumpió la madre asomándole las lágrimas. ¡Dios vele por ellos y me les traiga sanos y salvos! ¿Debemos marchar inmediatamente ó esperar su regreso?

—Lo último me parece más acertado, respondió Ernesto, pues á no dudarlo hoy mismo recibirémos otra carta que nos dará más pormenores, y segun sean obrarémos.

En efecto, á la tarde entró en el palomar otra paloma, y Ernesto, que estaba al acecho, echó la trampa, quitó al correo aéreo la carta que traia debajo del ala, y gozoso vino adonde estábamos para leernos la segunda misiva, que decia así:

«La noche ha sido buena. El tiempo sereno. Paseo en el caïack por el lago. Captura de cisnes negros. Varios animales nuevos. Aparicion y fuga repentina de un anfibio cuya especie nos es desconocida. Mañana á Prospecthill.

«Pásenlo VV. bien.

«Sus hijos,

«Federico, Santiago, Franz.»

—Es casi un parte telegráfico, dije riéndome. ¡Vaya una concision! Sin duda les es más facil á mis hijos disparar un tiro que escribir una frase. No obstante, la carta me tranquiliza. La noche ha sido buena, y eso quiere decir que la hiena aparecida era la única que vagaba por aquellos alrededores.

Mi esposa se mostró ya ménos inquieta, y así resolvímos aguardar ántes de decidirnos á marchar. La carta era en verdad un extracto de lo acaecido desde su partida hasta el dia, pero tan lacónica, que tuve necesidad de explicaciones para comprender bien lo que nos anunciaba. Con que continúo la narracion de lo ocurrido á los niños en este viaje.

Libres ya de la mala vecindad de la hiena, determinaron los expedicionarios explorar la gran laguna de los cisnes para conocer los puntos navegables que se podrian recorrer sin encenagarse, á cuyo efecto Federico costeaba por la parte interior con el caïack, en tanto que sus hermanos le seguian por tierra acercándose á la orilla en cuanto lo permitian las junqueras.

Los cisnes negros fueron lo que más excitó la codicia de nuestros cazadores, y así tentaron el medio de coger algunos vivos, echándoles un lazo, fijo al extremo de un bambú, y con ese ardid, sin causarles lesion alguna ni perder una

pluma siquiera, se apoderaron de tres, jóvenes aun, porque los viejos tenian demasiada fuerza y se defendian con las alas.

Despues de los cisnes se presentó á la vista de los cazadores una ave de nueva especie, que á juzgar por su majestuoso porte y noble continente parecia ser la reina de la laguna. Ornaba su cabeza una corona, y gallardeábase ufana como quien se cree investido de reconocida superioridad. Tan noble ademan llamó la atencion de Federico, y el hermoso acuátil quedó pendido en el lazo cuando ménos lo pensaba. Se le sacó á tierra, y bien atado de patas y alas fué á hacer compañía á los cisnes.

Despues de tan soberbia presa, que Ernesto nos declaró ser una garza real (1), Federico continuó bogando con un remo hasta encontrar sitio conveniente para el desembarco, dando ya por terminado el reconocimiento del lago. Hallado que fue, saltó del caïack y reunióse con sus hermanos.

Miéntras los tres niños estaban embobados contemplando su botin, vieron salir de lo más espeso de la mimbrera una bestia del tamaño de un pollino, parecida al rinoceronte, si bien carecia del cuerno que aquel tiene en la frente y es su principal distintivo. Tenia el labio superior muy prominente, y el cuerpo de color pardo oscuro. Aunque los tres cazadores no eran naturalistas de primer órden, sin atreverse á dar nombre á la bestia que tenian delante decidieron que se parecia al *tapir* ó anta de América (2).

«El tapir es un animal que se encuentra por lo comun en la Guayana y en el Brasil. Su forma se acerca mucho á la del cerdo, y su cabeza termina en punta por arriba. El labio superior sobresale mucho al inferior. Sus mandíbulas están armadas de cuatro dientes; los ojos pequeños, las orejas redondas y lacias; la cola corta, piramidal y pelada. Las piernas se asemejan á las del jabalí; las delanteras tienen cuatro uñas negruzcas, y tres las traseras. El pelo del tapir es corto y cerdoso con pintas blancas en sus primeros años, que desaparecen con el tiempo. El tapir es uno de los cuadrúpedos que más saben nadar, recorriendo entre dos aguas espacios dilatados, burlando así la vigilancia del cazador que le persigue, y que á lo mejor le ve sacar la cabeza á gran distancia cuando creia tenerlo á los piés.

«Este animal es anfibio. Algunos naturalistas han afirmado que duerme

(1) La garza real es ave de rapiña parecida á la cigüeña con un surco en el dorso del pico, la nuca negra y lustrosa, el dorso azulado, el vientre blanco y el pecho manchado de negro. Tiene la particularidad de que cuando vuela lleva la cabeza encogida y oculta y los piés colgantes.

(2) Bluteau, en su diccionario latino-portugues, hablando de este animal dice lo siguiente; ANTA. Cuadrúpedo que los del Brasil llaman *tapijerete*. Es del tamaño de un becerro de seis meses. Su apariencia es de puerco, pero con la cabeza más gruesa. Tiene ojos pequeños y carece de rabo. En cada mano tiene cuatro uñas, en los piés tres y otra rudimentaria. (*Notas del Trad.*)

dentro del agua todo el dia, aprovechando la noche para cazar en los bosques.

«Los portugueses son los primeros que le dieron el nombre de anta. Los salvajes del Brasil estiman su carne tanto como la de vaca, y sacan gran partido de su piel, que secada al sol les sirve para forrar los broqueles.»

Federico saltó al caïack para dar caza al anfibio; pero el tapir nadaba con tal rapidez, que hubo de renunciar á su empresa.

En tanto Santiago y Franz, que se habian vuelto á la cabaña con los cisnes negros y la garza real, la cual aun aprisionada conservaba en su apostura algo de la dignidad de su categoría, encontraron en el camino una bandada de grullas que volaban con grande aleteo y algazara. Sin necesidad de acudir al arma de fuego hicieron caer algunas valiéndose del arco y flechas que llevaban, largas y de buena punta triangular; pero no era esta la que causaba más daño y hacia más eficaz el arma, sino varios bramantes untados con liga que flotaban pendientes del astil, y que volteando en el aire pegábanse á las alas y patas de las aves á quienes no tocara el hierro de la flecha; con lo cual caian dos ó tres pájaros juntos, heridos unos y enredados otros en los bramantes.

Al reunirse Federico con sus hermanos de vuelta de la malograda caza, vió con envidia lo afortunados que habian estado, y deseoso de un desquite por noble emulacion de cazador, preparó la carabina, y con su águila en el puño se introdujo en el bosque de los guayabos acompañado de los perros.

Apénas trascurrió un cuarto de hora, cuando estos levantaron un grupo de hermosísimas aves del género de los faisanes. Sorprendidas en su pacífico retiro, las que no voláron en direccion de la llanura buscaron asilo en las ramas de los inmediatos árboles. Al ver tan bellos pájaros Federico soltó el águila, que clavó la garra en uno de los fugitivos, miéntras otro petrificado sin duda por el terror vino á caer á los piés del niño. En seguida cogió otro escondido en un matorral, el cual descollaba sobre todos: dos piés largos tenia su cola, entre cuyas brillantes plumas campeaban otras dos muy largas y estrechas esmaltadas de vivos colores. Por la sola descripcion que en la carta hizo Federico de este pájaro, el sabio Ernesto le reconoció por el ave del paraíso, la *manucodiata*, el más galano y gentil de cuantos pueblan los aires de las costas de Nueva Holanda.

Y cuando el jóven naturalista, despues que volvieron sus hermanos, se convenció de la realidad de su suposicion, exclamó alborozado: ¡He aquí el ave singular cuya existencia ha dado lugar á tantas fábulas! Todo en ella, hasta su nombre, ha sido por largo tiempo un error. Vulgarmente se ha creido que, procedente del paraíso terrenal, ningun otro lugar era digno de hospedar á la que habia morado en el eden. Hase dicho tambien que no tenia piés para probar que su vuelo era perpétuo; que volaba aun durmiendo, y lo más increible, que la hembra ponia sus huevos en el aire y los incubaba en el mismo elemento, sin descansar en su vuelo, salvo algunos cortos momentos que se posaba en alguna

rama de árbol, sosteniéndose con los filamentos que adornan su plumaje. El alimento del ave del paraíso debia ser igualmente poético, adecuado á su casi inmaterial existencia; y así, lo han hecho consistir en sustancias aéreas, en perfumes, vapores, ó cuando más en rocío. Un sér tan misterioso no podia carecer de cualidades maravillosas: así, pues, al hombre cuya dicha llegaba hasta el punto de poseer un individuo de este género, conservándole con la veneracion que se merecia semejante objeto sagrado, se le consideraba acreedor á todos los dones del cielo y revestido de singulares facultades, como la de sanar enfermos, conjurar tempestades, etc. De él se hacian fetiques y amuletos (1), y desde entónces los cazadores dedicáronse á averiguar los sitios donde abundaban estas aves y á cogerlas. El pájaro del paraíso llegó á ser objeto de una especulacion lucrativa. Todo esto y mucho más, continuó el doctor, se creyó por espacio de largos siglos; pero la ciencia, cuya luminosa antorcha disipa en un instante las tinieblas del error, ha echado por tierra el prestigio y auréola semidivina de esta ave. La realidad ha sucedido á las fantasías poéticas y brillantes concepciones. Se ha visto que el pájaro del paraíso tiene piés, duerme y anida en los árboles, se nutre de alimento sólido, y comparada su plumaje con la de otras aves, sólo lo supera en finura, brillo y variedad de los tornasolados colores que matizan con diferentes visos las alas, garganta y largas ebras de la cola. El ave del paraíso vuela tan ligera como la golondrina, elevándose mucho más, y suele posarse en la copa de los grandes árboles. Su tamaño real es como el del grajo; pero la disposicion de su plumaje aumenta considerablemente el volúmen de su cuerpo. Las plumas que rodean la base de su pico son de color negro aterciopelado con viso verde oscuro, color que se extiende por el rostro y garganta, entre el amarillo que cubre la cabeza y parte posterior del cuello y el verde bronceado que matiza esta misma parte. El resto del plumaje es castaño oscuro en el vientre, y claro en la espalda. Las plumas están como recortadas gradualmente, y las más anchas no pasan de diez y ocho pulgadas, miéntras que los dos filamentos tienen dos piés y nueve pulgadas de largo. Créese que los de la hembra son más cortos, y que en este género de aves como en los otros, el plumaje del macho es más brillante y suntuoso, contentándose la hembra con más modesto atavío (2).

(1) El fetique es un ídolo ó genio que en opinion de ciertos pueblos africanos es capaz de hacer el bien y el mal. Les sirve de fetique un palo, una rama, un diente de perro y alguno que otro animal. Por amuleto se entiende una medalla, figura ú otro objeto cualquiera que se lleva al cuello ó en los vestidos en la persuasion supersticiosa de que es un remedio para preservar de enfermedades, curar los maleficios y librarse de las insidias de magos y encantadores.

(2) Segun Cuvier, los verdaderos paraíseos ó aves del paraíso están distribuidos en cuatro secciones. Las especies principales son: la *esmeralda*, que es la de que aquí se trata y de más tiempo conocida y actualmente más usada para adorno de las señoras. La *apoda*, que es roja; la *manucodiata* ó ave real del paraíso, llamada tambien *regia*, *magnífica*, *superba*, y el *sifleto* ó ave del paraíso dorada, *aurea*, cuyo plumaje tambien sirve de adorno. (*Notas del Trad.*)

Esta disertacion sobre el ave del paraíso trajo consigo otras en las que lució como siempre su erudicion el sabio Ernesto. Yo mismo al escucharle me asombraba de la aptitud y aprovechamiento del niño en su ciencia favorita, y de la facilidad con que desenvolvia, entre el confuso laberinto de clasificaciones, diversidad de géneros, especies, clases, excepciones, etc., capaces de confundir y amilanar al más entendido y aplicado en el estudio de la historia natural.

Pero ya es tiempo de anudar el hilo de la narracion interrumpida.

Despues de tantas proezas natural era que á nuestros cazadores les acometiese un vigoroso apetito, si bien la comida fue más frugal de lo que debiera haber sido, viniendo á reducirse á un poco de pecari en cecina, patatas asadas al rescoldo, cazabe y frutas. En cuanto al pemmican tan laboriosamente preparado, desde el primer bocado se declaró indigno de su usurpada fama, echándolo á los perros á quienes supo muy bien.

Antes de anochecer, á fin de aprovechar los exploradores el viaje llenaron un saco de espigas maduras de arroz, y otro de algodon, cuyas cosas sabian de otras veces que agradaban sobremanera á la madre.

Como su pensamiento era alargarse al dia siguiente hasta Prospecthill para poner en órden lo que hallasen desarreglado, Federico no olvidó proveerse de lo necesario para dar otra buena leccion á los monos que infestaban el contorno, y que tanto estrago causaran en los plantíos; y necesitándose vino de palmera para cebo y tazas de coco para llevarlo, por no trepar hasta lo más alto de las palmeras eligieron las que les parecieron más cargadas de fruto, y á imitacion de los caribes que echan por tierra el árbol para recoger aquel, derribaron dos soberbias palmeras de donde á la vez sacaron vino, cocos y sagu.

Cuando me refirieron esta particularidad no pude ménos de reprobar á los niños el empleo de ese medio destructor, prohibiéndoselo expresamente para lo sucesivo. La palmera era uno de los más hermosos árboles del país, de cuya riqueza vegetal podíamos siempre disponer como uno de nuestros principales recursos; y sacrificar los frutos del porvenir á la ventaja de un minuto, aniquilando la produccion, era una conducta bárbara, propia sólo de salvajes, cuyo defecto dominante es la pereza, á la que subordinan sus actos.

Para atenuar esa falta que la rectitud de su conciencia tambien les echaba en cara, dijéronme que en compensacion habian dejado sembrados ocho ó diez cocos que reemplazarian con el tiempo á los derribados árboles.

Segun quedó convenido los niños pasaron de Waldeck á Prospecthill, donde les aguardaban acontecimientos de mayor importancia, que para ser mejor comprendidos del lector dejarémos que los refiera el mismo Federico, reproduciendo la detallada narracion que nos hizo al regreso.

—Al entrar en el Bosque de los pinos, nos dijo, fuimos recibidos por un escuadron de monos posesionados de todos los árboles, desde los cuales comenza-

ron á arrojarnos piñas sin número, tan espesas como lluvia, que realmente nos hubieran molestado á no ahuyentar la obstinada tropa, la cual nó cejaba en sus hostilidades. Conseguímoslo en seguida con un par de buenas perdigonadas, que echaron por tierra á dos ó tres de los tiradores é intimidaron á los demas que no quisieron sufrir igual suerte, escapando hácia el llano ó encaramándose á lo más alto de las palmeras. Esta recepcion no hizo mas que aumentar la mala disposicion que ya traia y afirmarme en mi propósito de llevar á cabo el ejemplar escarmiento que preparaba y que de mucho tiempo atras tenia meditado contra la maldita raza de los monos. El bosque cuyo acceso ya nos quedaba franqueado terminaba en un campo de maíz ó mijo silvestre cuyos tallos tenian ocho ó diez piés de altura, sin contar la espiga cuajada de granos rojizos por la que desde luego reconocí la planta. Este campo extendíase á bastante distancia, y reconociéndole advertí que en varios puntos estaba devastado como por un pedrisco. Al traves de los grandes claros que habia divisámos nuestra habitacion de Prospecthill, que á pesar de su lejanía nos pareció algo arruinada. Aproximándonos más, nos convencímos de que los monos habian pasado por allí. En efecto, al llegar á la granja, término de ñuestro viaje, despues de descargar el carro nos encontrámos con la casa horriblemente maltratada, las empalizadas por tierra y todo el interior sucio y lleno de asquerosidades que los villanos animales allí acumularan. Las plantaciones y sembrados inmediatos apénas se reconocian, tal era el pillaje y devastacion que habian sufrido. En fin, era un espectáculo de ruina y desolacion que conmovia é irritaba, clamando venganza contra las infames bestias que tal desastre causaban. Toda la tarde se empleó en limpiar y medio arreglar lo más indispensable en la cabaña, para que pudiésemos siquiera pasar la noche sin temor de una invasion de los animales del desierto. En cuanto quedó habitable la parte necesaria, colocáronse en ella los jergones de algodon y las pieles de oso que traíamos para V. cuando se reuniese con nosotros, lo cual le causaria grata sorpresa.

Tambien me habrá V. de perdonar, papá, una falta que contra su expresa prohibicion he cometido, llevándome sin avisarle la goma de euforbio que creia necesaria para la ejecucion del proyecto. En mi indignacion contra los monos resolví atacarles esta vez con el arma terrible del veneno. Desde luego estaba persuadido de que mi proyecto desagradaría á V.; pero reflexionando que estando destinado ese veneno contra las ratas y otros bichos dañinos bien se me podria permitir usarlo contra esa raza destructora, á fin de aniquilarla si posible fuese, ó al ménos quitarla la gana de volver á talar nuestros sembrados. Para llevar á efecto mi plan llenámos una gran porcion de cáscaras de coco y calabaza de leche, víno de palmera y harina de maíz, echando en cada taza la dósis de veneno suficiente para que surtiese el resultado apetecido. Todos estos incentivos se colocaron en las ramas más bajas de los árboles, ó junto al tronco de los mismos para que estuviesen á la mano de los golosos animales que acudirian sin

falta á tragarse el contenido. Ya de noche retirámonos á la cabaña y nos disponíamos á descansar hasta la mañana siguiente en los blandos lechos, cuando de repente hirió nuestra vista una luz súbita parecida á la que pudiera producir el incendio de un buque en alta mar. Sorprendidos del fenómeno cuya causa nos era absolutamente desconocida y excitada hasta el extremo la curiosidad salímos á campo raso, y en dos brincos subímos al pico más elevado del promontorio. Apénas llegámos, cuando el aparente incendio que se alzaba sobre el Océano tomó una forma regular: era un gran globo de fuego que se alzaba poco á poco sobre las olas: la luna que al horizonte salia. Era una de las escenas más maravillosas de la naturaleza que habia visto en mi vida. El mar estaba quieto y apacible, balanceándose únicamente las olas con suave murmullo al pié del cabo, y trayendo á nuestros piés el pálido reflejo del astro nocturno. El viento fuerte de la tarde se cambió en ligera brisa; el más profundo silencio envolvia la tierra y el Océano; no parecia sino que la naturaleza entera iba á preludiar un cántico sublime, un himno de gloria y agradecimiento al Criador. Aunque nuestra esperanza nos engañase y en vez de un buque incendiado nos encontrásemos con la luna en el firmamento, no por eso dejámos de gozar ante el sublime espectáculo que nuestra vista abarcaba. Gran rato permanecímos absortos en religioso silencio. Nuestras almas se elevaron por sí mismas hasta el trono del Señor, é instintivamente dímosle gracias y humillámonos ante la omnipotencia y sabiduría eterna, autora de las maravillas que sin cesar presentaba á la admiracion de los hombres.

Sin embargo, la dulce y tranquila meditacion á que nos abandonábamos, por desgracia no duró largo tiempo, siendo en breve interrumpida por los sonidos más extraños que jamás habian llegado á mis oídos, los cuales formaban pavoroso contraste con el silencio de la noche: eran á la vez aullidos, rugidos, relinchos, á cuál más discordes y confusos, un estrépito infernal que al parecer salia del banco de arena que se extendia desde el pié del promontorio hasta el mar; y á pesar de eso nada descubríamos en el mar ni en la playa. Á los formidables acentos contestaron los perros con prolongados aullidos; el chacal de Santiago empleó toda la fuerza de sus pulmones para responder á aquel monstruoso concierto; otros chacales formaban coro con sus salvajes ladridos; allá, hácia la gran Vega, percibíanse como relinchos de caballos montaraces y mugidos de búfalos; pero en medio de todo, lo que causaba más terror era un rugido que dominaba los otros, sordo y terrible, que no podia provenir sino de un tigre ó leon. Dudábamos si bajaríamos ó no de la eminencia, cuando al fin oímos claramente un eco parecido á la carrera de un cuadrúpedo que huye despavorido. Entónces, no creyéndonos ya en seguridad, corrímos á la cabaña casi con la certidumbre de que rondaba las inmediaciones algun hipopótamo, elefante, leon, tigre ú otra cualquiera fiera que tenia alarmados á los moradores del desierto. Nada encontrámos que nos intimidase en derredor de nuestro albergue.

Atrancámos bien la puerta, y apénas comenzaba el sueño á cerrarnos los párpados cuando vino á distraerle un concierto de otra clase, procedente del inmediato bosque de pinos. Era un coro infernal de gritos y chillidos con modulaciones agudas y prolongadas, capaces de lastimar el tímpano más fuerte y de partir las piedras. Desde luego conocí que eran los postreros lamentos de agonía de los monos que sucumbian víctimas de su goloso y merodeador instinto. A fin de que la mortandad fuese completa y que el veneno ejerciese toda su mortífera influencia, até bien los perros á la puerta de la cabaña para que no se arrojasen contra el enemigo ántes de tiempo y malograsen mi plan.

Ocioso es decir que entre unas y otras cosas pasámos una noche toledana sin poder descansar un instante hasta la madrugada, que restablecida la calma, lográmos reposar dos ó tres horas. Las fieras, los chacales, los monos y los perros se conjuraron para robarnos el sueño, y gracias que el mal no pasó de aquí.

Cuando despertámos ya muy entrado el dia la curiosidad nos condujo en seguida á ver el resultado de la noche y el estado en que se encontraban los concertistas nocturnos del bosque. Sin entrar en detalles del espectáculo que se ofreció á nuestros ojos baste decir que la terrible goma de euforbio sumergió á todos los músicos en el sueño de la muerte. El vino, leche, maíz y demas cebos envenenados quedaron consumidos, apareciendo la tierra sembrada de cadáveres, que cargados inmediatamente en el carro fueron arrojados al mar, y recogidas las vasijas y demas utensilios que habian contenido la ponzoña para que no causase más estragos que los previstos. Satisfecha ya mi venganza y cansados de la repugnante faena que nos ocupó gran parte de la mañana, retirámonos á la cabaña. Entónces Santiago despachó su tercer correo á Felsenheim dando parte de las novedades ocurridas en la noche anterior y hasta la fecha de aquel dia. La misiva estaba redactada en el estilo pomposo y oriental que le era tan familiar y decia así:

«Prospecthill, entre nueve y diez de la mañana.

«La granja de Prospecthill está restablecida en su antiguo esplendor. Ha costado mucha sangre á nuestros enemigos, y no poco trabajo á nosotros. Némesis (1) preparó para la raza maldita la copa emponzoñada, y las olas del Océano ya han sepultado á las víctimas. El sol con sus resplandores alumbra nuestros preparativos de marcha. El mismo sol, al ponerse, será testigo de nuestra llegada al desfiladero.—*Salud.*»

La lectura de esta carta enfática y semiburlesca puso fin á la narracion de Federico, de la cual he suprimido largas digresiones para volver á tomar la palabra y enterar al lector de la impresion que nos produjo aquella epístola tan lacónica y cortada, así como de lo demas que se siguió hasta la reunion de toda la familia.

(1) Némesis. En la mitología se la reputaba como diosa de la venganza, hija de la Noche y del Erebo ú Océano, ó segun otros de Júpiter y la Necesidad. *(Nota del Trad.)*

En efecto, habíamos recibido la trascrita misiva de Santiago que entre las imágenes mitológicas de Némesis y de la copa emponzoñada revelaba cosas difíciles de comprender; mas á pesar de sus enigmas ya no experimentaba inquietud alguna porque anunciaba un triunfo, sea el que fuese, y así aguardaba tranquilo el pronto regreso de la caravana ó la aparicion de otro mensajero alado.

No tardó, trayéndonos otra carta que cambió enteramente la faz de las cosas y puso el colmo á nuestra ansiedad. Abríla y leí lo siguiente:

«El paso del desfiladero que conduce al desierto está forzado. La empalizada, por tierra; la Cabaña de la ermita, el cañaveral de azúcar y todos los sembrados inmediatos, devastados completamente. En el enarenado de la entrada se notan huellas recientes como de pié de elefante y otras menores parecidas á las del casco del caballo. Estamos sin saber qué hacer, si avanzar ó volver atras; y aunque hasta ahora no hemos corrido ningun riesgo, de todos modos urge que venga V. al instante á auxiliarnos. Hay aquí mucho que hacer para la seguridad de la colonia. Sobretodo no perder un instante.»

De concebir es la inquietud en que nos pondria semejante misiva. Ensillé el onagro y partí inmediatamente despues de prevenir á Ernesto que á no mediar aviso contrario madre é hijo al dia siguiente se reuniesen con nosotros en Prospecthill, llevando consigo el carro y provisiones para una larga estancia. Desde Felsenheim hasta donde estaban mis hijos mediaba un trecho de seis leguas que recorrí en tres horas, llegando al desfiladero ántes de la noche.

Sorprendidos los niños de mi pronta llegada recibiéronme con trasportes de júbilo.

La idea que ya tenia formada del desastre que Federico me anunciaba en su última carta distaba de la realidad, y en vez de exagerar mis hijos reconocí con dolor que se habian quedado cortos. Todos los árboles que cual barricada cerraban la entrada estaban tronchados como si fueran cañas, y los elevados troncos que sostenian la cabaña no tenian rama ni hoja. En el bosquecillo de bambúes los retoños estaban arrancados ó devorados. Pero en ninguna parte era tanto el estrago como en el plantío de caña dulce, donde no quedó un solo tallo en pié. El animal que habia causado tantos daños debia de ser un elefante, pues se necesitaba toda la destreza de esta bestia inteligente para ir arrancando á lo largo de las cañas las tiernas y delgadas hojas que las cubrian, así como salvar la distancia á que puede llegar su trompa para mutilar ramas de árboles que estaban á mucha altura. Sólo á este colosal cuadrúpedo era dado conseguirlo.

Pasando despues á más minucioso exámen de las huellas que existian en la arena convencíme de que eran exactamente de pezuña de elefante, y otras más pequeñas que se descubrian de trecho en trecho las de un hipopótamo. Recorrí á pié una buena parte del camino que habia traido para ver si alguna otra fiera se habia introducido en nuestro territorio por el franqueado pasaje, y no observé más huellas que me alarmasen, sino otras del grandor de las de lobo ó perro,

que supuse serian á lo más las de la hiena que Franz matara; con lo cual me sosegué en gran parte.

En seguida sin perder tiempo nos ocupámos en alzar la tienda y acopiar combustible para las hogueras nocturnas, que tuvímos buen cuidado de alimentar durante la noche, la cual trascurrió tranquila, al ménos por parte mia y de Federico que velámos hasta casi la madrugada. Para entretener y hacer ménos pesadas las horas de vigilia, sentados junto al fuego departímos sobre los elefantes, enemigos que quizá tendríamos de combatir, y en pocas palabras resumí cuanto sabía acerca de la colosal bestia que ya se atraia nuestra atencion.

—El elefante, dije á mi hijo, es uno de los cuadrúpedos más extraños por la conformacion de varias partes de su cuerpo. Considerándolo relativamente á la idea comun que tenemos acerca de las justas proporciones, el cuerpo de este cuadrúpedo es grueso y corto, las piernas derechas y mal formadas, las patas redondas y torcidas, y la monstruosa cabeza está cubierta de una piel dura, que hácia el testuz tiene hasta siete pulgadas de grueso. Las orejas cuelgan lacias; la trompa, los colmillos, los piés son órganos tan poco agraciados, como necesarios al animal. Los países cálidos de Africa y Asia son los puntos donde se crian con más especialidad los elefantes. Los de las Indias son mucho mayores y por consecuencia más fuertes que los de Africa. Cuando se contempla al elefante revestido con su carne y piel, los remos traseros parecen más cortos que los delanteros por estar ménos separados de la masa del cuerpo, asemejándose más á la pierna humana que á la de la mayor parte de los cuadrúpedos, en que el pié es más corto, y el talon descansa en tierra. La planta de aquel está guarnecida de un casco ó suela huesosa, sólida y dura, del grueso de una pulgada. La fuerza de las piernas del elefante es proporcionada á su disforme corpulencia, y en su andar ligero alcanza al hombre corriendo. Nada bien, tanto á causa del volúmen de agua que con el cuerpo remueve, como por las venas que hinchándole el vientre aumentan su mole. Algunos autores han sentado, y el vulgo participa en general de esta opinion, que la escasa flexibilidad de las piernas impedia al elefante levantarse cuando se echaba, lo cual es erróneo, pues se echa y levanta con la mayor facilidad. El órgano más admirable y particular del elefante es su trompa, en la que se notan movimientos y usos que no se encuentran en los otros animales; singularísima es su estructura: esta trompa que propiamente hablando es una nariz muy larga, se encoge ó extiende á voluntad del animal; es carnosa, nervuda, hueca como un tubo y en extremo flexible en todos sentidos y direccion; el cabo se ensancha como la parte superior de un jarron, formando un borde cuya parte inferior es más compacta que los lados, y el cual se alarga por arriba como la punta de un dedo. En el fondo de esta especie de pequeña taza hay dos agujeros que son la nariz, y por medio de aquel borde ejecuta el elefante todo lo que el hombre puede hacer con la mano. Cuando aplica el cabo de la trompa sobre cualquier objeto y aspira al mismo tiempo, aquel se pega

á ella y sigue sus movimientos. Así coge el elefante objetos muy pesados, hasta de doscientas libras. Esta bestia tiene el cuello demasiado corto para poder bajar la cabeza hasta el suelo y pacer la yerba con la boca ó beber fácilmente cuando tiene sed. Mete en el agua el extremo de la trompa, aspirando llena su cavidad, y en seguida la encorva para llevarla á la boca. Cuando quiere comer, arranca la yerba con la trompa y practica lo mismo: por supuesto que los elefantes de leche la maman tambien chupando con el mismo órgano. No sólo sirve este de habilísima mano, sino de robusto y poderoso brazo para derribar fácilmente los árboles más fuertes y tronchar las ramas cuando el elefante quiere abrirse paso en la espesura de los bosques. La boca es la parte más baja de la cabeza, con cuatro dientes en cada mandíbula. Como la trompa y los dientes serian aun para este animal poca defensa, la naturaleza le ha dado dos colmillos que nacen de la mandíbula superior, fortísimos, de algunos piés de largo y retorcidos hácia arriba, con los cuales ataca y se defiende de sus enemigos. Estos colmillos son huecos en su nacimiento hasta la mitad y aun más, pero sólidos y macizos hasta la punta, siendo la materia que conocemos con el nombre de marfil. El elefante tiene los ojos muy pequeños, con párpados pestañosos como los del hombre, el mono, el avestruz y el buitre. El cuerpo está cubierto de un pellejo rugoso como corteza de árbol y cerdoso en varias partes como el jabalí, particularmente en la parte convexa de la trompa, en los párpados y en la cola, que termina con un hopo bastante largo. Los indios atribuyen imaginarias virtudes á estos pelos, y los africanos los usan en sus adornos. El elefante se alimenta de yerba, frutos y tambien de ramas de árboles, comiéndose el palo. En agosto y setiembre invaden los arrozales y maízales, y los talan y destrozan. Los africanos para precaver tales daños encienden grandes hogueras cuyo resplandor los ahuyenta. No obstante su voracidad cuando tienen barro á mano, como suele decirse, pueden aguantar hasta ocho dias sin comer. Su bebida es el agua, que tienen buen cuidado de revolver préviamente, como lo hace el camello. Los elefantes invaden tambien y talan los campos sembrados de tabaco. Si la planta se encuentra aun tierna y abundantemente acuosa, no les hace daño; mas si ya ha llegado ó está cercana á su madurez, les embriaga, y entónces son de ver sus graciosas contorsiones; y si la dósis es algo fuerte, se duermen profundamente, sueño que aprovechan los negros para vengarse impunemente de los destrozos causados por sus piés y su trompa. El elefante es animal de grande instinto y docilidad. Cuentan que es susceptible de adhesion, cariño y agradecimiento, hasta consumirse de pesadumbre cuando ha perdido al que le cuida. Se le atribuye igualmente cierto valor intelectual y un noble orgullo que le estimula á exponerse á los más graves peligros para sobresalir entre los de su especie. Es fácil de domesticar, y los domadores que hacen de él un objeto de comercio le someten á tantos ejercicios diferentes que parece imposible que una bestia tan pesada adquiera los hábitos á que la acostumbran; pero en medio de su docilidad y

agradecimiento hácia el que le sirve y complace, es rencoroso con el que le juega una mala pasada. Su memoria le reconoce aun al cabo de mucho tiempo, y como tenga ocasion se venga. El elefante sirve de acémila en el Asia. En lo antiguo era á la vez máquina de guerra y combatiente, luchando unos contra otros en los ejércitos. En Siam está divinizado y se le tributa culto en templos destinados al efecto. En fin, sobre su historia se pudieran escribir volúmenes enteros, y no han faltado cronistas para esa tarea (1).

Luego que los otros niños se levantaron y reunieron con nosotros, dirigiéronme sobre el mismo asunto otras preguntas á las que tuve que responder. Así pasámos la noche y parte del dia siguiente.

Ernesto y su madre llegaron á eso de medio dia con el carro, la vaca, el borriquillo y las provisiones y útiles necesarios para un campamento que debia ser de alguna duracion.

Una vez instalados en este sitio, nuestro primer cuidado fue reparar las fortificaciones del desfiladero. Para ello se hubo de arreglar otra empalizada, ó mejor dicho, una valla más sólida y resistente que las construcciones anteriores. No cansaré al lector con los detalles de esta fastidiosa tarea, que nos ocupó á todos más de un mes sin poder casi hacer otra cosa. Mi buena esposa tomó parte tambien en tan ruda ocupacion en los ratos que la dejaban libres los quehaceres domésticos, comunicando con su ejemplo á los niños un ardor y perseverancia á su edad poco comunes.

En los breves ratos de descanso mi esposa cuidaba del arreglo de la casa, como tambien de dar de comer á los animales; yo recogia tierra á propósito para seguir fabricando porcelana; Federico hacia alguna que otra excursion en el caïack para proveernos de caza ó pescado fresco, miéntras sus hermanos, rondando aquí y acullá, casi diariamente traian alguna cosa útil. Así trascurrieron varios meses, en los que nuestra vida habitual fue siempre la misma á pesar de la mudanza temporal de domicilio, salvo el trabajo continuo y extraordinario que tratámos de metodizar en lo posible para que fuese más regular y ménos fatigoso:

(1) Ademas de los autores que como Buffon, Cuvier, Lacepede, etc., se han dedicado á la historia natural y han hablado por extenso de los elefantes, modernamente un autor frances ha escrito una historia detallada y exclusiva de esa raza desde los tiempos más remotos, resumiendo cuanto se ha dicho por antiguos y modernos hasta el dia sobre tan interesante cuadrupedo. *(Nota del Trad.)*

CAPÍTULO LII.

El cacao.—El plátano.—El gallo sultan.—El cocodrilo.—El té y las alcaparras.—La rana gigante.—Terror de Santiago.—Edificio de Falkenhorst.—Atalaya en la Isla del tiburon.

Las fortificaciones del desfiladero y sus adyacentes estaban ya concluidas á nuestra satisfaccion; mas tambien queria construir una habitacion sólida y cómoda donde albergarnos cuando nos viniese á cuento visitar estos parajes, y que sirviese al mismo tiempo de punto de apoyo y fuerte avanzado para aumentar la defensa. Carecíamos de brazos suficientes para levantar un edificio en regla, sin contar lo limitado de nuestros conocimientos arquitectónicos para dirigir la obra. Con todo, apelando á la memoria de cuanto se habia leido, Federico se acordó, y muy oportunamente por cierto, de las casas económicas que los kamtchadales construian, las cuales satisfarian nuestros deseos (1).

Estas casas rústicas constan únicamente de cuatro fuertes estacas sobre las cuales se cruzan en diversos sentidos vigas y tablones que forman un piso á quince ó veinte piés del suelo, con paredes de cañas entretejidas y un techo de ramaje y cortezas de árboles en forma de caballete.

Semejante obra no requeria grandes conocimientos en el arte de edificar, y en este concepto era lo que más nos convenia, pues si bien tal fortaleza no presentaba un aspecto formidable, bastaba para rechazar á cualquier huésped del desierto que se acercara, pudiéndole esperar á pié firme.

En lugar de estacas, que nos hubiera sido difícil fijar sólidamente en tierra, elegímos cuatro árboles cuya disposicion y natural separacion entre sí semejaban las cuatro columnas del edificio kamtchadal. Servímonos de las ramas para apoyar los travesaños y tablas del piso á la altura de veinte piés. Estos ár-

(1) La península de Kamtchatka que habitan estos pueblos está situada en la Rusia asiática, formando un distrito de la division política de la Siberia oriental. Ademas de aquellos indígenas, moran en la misma península los kuriles y los koriaks, todos aun en estado de barbarie. (*Nota del Trad.*)

boles se parecian al plátano de Europa, y por sus troncos trepaba la parásita vainilla, despojada del fruto por la hábil trompa del elefante.

Con medias cañas y bambúes entretejímos las paredes del nuevo castillo aéreo, coronándolo con un techo piramidal cubierto de hojas de *tallipot* (1), impenetrables á la lluvia. Este árbol es una especie de palmera cuyas hojas adquieren tal desarrollo que una sola puede cobijar diez hombres; tienen ademas la ventaja de poderse hacer con ellas un tejido grueso y compacto que escupe el agua pluvial sin deteriorarse. Sobrepuestas unas á otras sirvieron de tejas, bien ligeras por cierto, pero en armonía con el resto de la construccion y recursos industriales de que podíamos disponer. Ademas, las ramas superiores de los cuatro árboles caian airosamente en derredor, formando el conjunto una como cuna semejante á la habitacion de Falkenhorst.

Para subir á la reciente discurrímos un medio sencillísimo. La escalera se reducia á una viga cuadrada con entalladuras ó rebajos de trecho en trecho que servian de escalones, y para mayor seguridad, esta misma viga perpendicular fijada al extremo de otra horizontal que sobresalia de la pared, por medio de una rueda dentada podia subirse y bajarse á voluntad. Todo en fin tenia el aire y severidad de una obra militar.

Debajo de la cabaña y á pié llano rodeáronse los troncos de los árboles con una empalizada de cuatro ó cinco piés de alto que formaba una especie de corral donde podia encerrarse ganado y volatería; y por último, el espacio intermediario entre la empalizada y el piso de la habitacion cubrióse con una celosía de bambú que daba ventilacion y cerraba al mismo tiempo aquel recinto.

Federico y Santiago estaban pagados de la nueva fortaleza, que dominaba el fuerte muro del desfiladero y la gran vega hasta el lejano horizonte, así como el rio que serpenteaba por ella, distinguiéndose con el anteojo las manadas de búfalos y otros animales que acudian á apagar la sed en su corriente.

—Los salvajes que vengan por esta parte, decia uno, sufrirán nuestros fuegos sin saber de dónde parten los tiros.

—Los salvajes no me quitan el sueño, añadia otro; porque, ¡quién sabe si existen! Los elefantes é hipopótamos sí que nos deben dar cuidado; pero aqui bien podemos aguardarlos.

Interin venian ó no los salvajes é hipopótamos la fortaleza aérea sirvió de provisional albergue á los pacíficos animales que se habian adquirido últimamente. La garza real se acomodó en él muy bien, así como los cisnes negros y demas aves acuáticas que pasaban la mayor parte del dia chapuzándose en el arroyo, sin acordarse del gran lago de donde salieran. El pájaro del paraíso fue el que sufrió más que todos, pues limitada su estancia al estrecho recinto que le habíamos asignado, hallábase tan oprimido que para aumentar su espacio tuve

(1) El tallipot ó talipot es una especie de palmera que se cria principalmente en Ceilan y Malabar. Se distingue de las demas por el desmesurado grandor de sus hojas. (*Nota del Trad.*)

que cortarle su magnífica cola, que esperaba renaceria con igual esplendor al tiempo de la muda.

Las correrías de los niños que distraian de vez en cuando los trabajos de construccion nos proporcionaron algunos descubrimientos importantes. Un dia que Federico por via de paseo subió con el caïack el gran rio de la vega, halló entre los vegetales de las orillas arbustos desconocidos de que me trajo algunas muestras. Uno de ellos tenia pendientes grandes racimos de un fruto entre verdoso y morado, en forma de pepinillo. Otro estaba poblado de florecillas con una fruta gruesa parecida al pepino comun, cuyo sabor extraño desconcertó al pronto mis conocimientos botánicos.

Sin embargo, examinando despacio los pepinos, reconocí al fin dos de las más preciosas producciones de los trópicos; en los mayores, el cacao, del que se hace el chocolate, y en los otros el banano, más útil aun, porque en muchos puntos de América sirve de alimento á los negros. Probámos con afan estos frutos tan ponderados, pero su sabor no correspondió á la idea que de ellos teníamos. Las pepitas del cacao se hallaban dentro de una médula viscosa que parecia natilla espesa, ménos en el gusto; y tanto esta como aquellas tenian un sabor amarguísimo. En cuanto al banano ó plátano tampoco nos agradó gran cosa, pues si bien no disgustaba al principio comerle, dejaba luego un sabor parecido al de pera podrida.

—Hé aquí dos producciones, dije riéndome, de las que tanto se habla, y que nos han parecido tan mal á pesar de su gran reputacion, y eso consiste en que deben estar preparadas de algun modo para que se las juzgue mejor. En las colonias francesas el cacao cocido pasa por un plato delicado cuando se le mezcla jarabe y azahar. Su almendra que tan amarga os parece, despues de seca, pelada y tostada al fuego forma la base del famoso chocolate que tanto nos gusta. En cuanto á los plátanos, bien mondados y asados ó fritos son sabrosísimos, dándose cierto aire á la alcachofa.

—Pues bien, papá: ¡viva el cacao! ¡Hagamos chocolate! exclamaron los niños.

—Despacito, caballeros, respondí no con tanto entusiasmo; ántes de regalaros con semejante golosina lo más lógico es informaros de la planta que os la va á proporcionar, y de cómo ese amargo fruto se convierte en chocolate. Vamos á ver... ¿Quién de vosotros está enterado del orígen y preparacion de esa preciosa golosina?

Siguióse un breve espacio de silencio, tras el cual el doctor tomó la palabra en estos términos:

—El árbol del cacao es de un grueso y altura medianos, que varían algo segun la clase de terreno donde se cria. La madera es ligera y porosa, las hojas de hasta nueve pulgadas de largo por cuatro de ancho. Cuando caen unas, se suceden otras, de forma que nunca se ve despojado de ellas el árbol, así como

de multitud de flores parecidas á las rosas pequeñas, si bien las lleva más abundantes en la época de los solsticios. El fruto en sazon tiene el tamaño y forma de pepino puntiagudo por abajo y tallado por defuera en rajas como el melon; nace á lo largo del tronco y de las ramas madres, al contrario de la mayor parte de los frutos europeos.

El cacao constituye un objeto de comercio considerable en el nuevo continente, por lo que se cultiva con esmero, especialmente en la costa de Caracas, donde se produce el más apreciado. Los árboles se plantan á distancia de diez ó doce piés cada uno para que se nutran mejor, cuidando sobretodo de resguardarlos de los vientos. Prosperan mucho más en terrenos llanos y húmedos, llegando á su apogeo cuando se plantan en bosques quemados y roturados exprofeso. Como sólo nacen de semilla, se procura que la plantacion esté á la sombra en lo posible. Cuando se cree ya el cacao maduro, se encarga la recoleccion á los negros más expertos, quienes con pertiguillas van haciendo caer las vainas, teniendo gran cuidado con no tocar las verdes ni las flores. En los meses de más rendimiento esta operacion se repite cada quince dias, y en las estaciones ménos abundantes, cada mes. El fruto recogido se va amontonando, y á los cuatro dias se desgrana, pues si estuviesen más tiempo en la vaina, germinaria; de modo que cuando se han querido mandar simientes de la Martinica á otras islas vecinas para sembrarlas ha sido preciso hacer la recoleccion del fruto cuando el barco de trasporte estaba para darse á la vela, y emplearlas en seguida de llegar á su destino. A la mañana del quinto dia se sacan las almendras de las vainas y extienden sobre un tablado con hojas de caña encima y debajo, y aseguradas las de arriba con maderos para que el cacao fermente un poco. Estos granos así preparados son los que se exportan á Europa. Cuando los españoles descubrieron la América los indígenas ya hacian una especie de licor con el cacao desleido en agua caliente, sazonado con pimienta, mezclado con una infusion de maíz para aumentar su volúmen, y coloreado con achiote, de lo cual resultaba un brebaje de tan pésimo gusto que á duras penas se acostumbraron á él los españoles. Los indios llamábanlo chocolate, nombre del que se modificó despues añadiendo á la pasta de cacao varios aromas de Oriente y otras drogas del país, que quedaron luego reducidas al azúcar, canela y vainilla. La piel de la almendra del cacao se desprende tostándolo á fuego lento; se machaca luego en un mortero caliente y resulta una pasta oleaginosa, á la que se añade casi otro tanto de azúcar para dulcificarla.

—¡Lo que es la ciencia! exclamó Santiago interrumpiendo la leccion que estaba dando su hermano. Ya V. ve, mil veces he tomado chocolate y jamas me ha ocurrido informarme de su orígen ni de su composicion, y mi imaginacion no ha hecho más viaje sobre esto que el de la taza á la boca. ¡Cómo debe gozar Ernesto con su saber! Me humillo ante su ciencia, y voto que se le dé la primera taza de chocolate que se elabore en la fábrica de Felsenheim.

—¡Aprobado! dijeron todos, y el triunfo del doctor fue acompañado de una risa general.

El plátano llegó despues á ser objeto, como el cacao, de amplísima discusion.

—El árbol del plátano, dije á los niños, cuyo fruto os ha parecido que no corresponde á su renombre, segun un autor que ha descrito con igual tino las maravillas de la naturaleza y sabias previsiones de la Providencia (1), hubiera podido bastar por sí solo á todas las necesidades del primer hombre. Produce el más nutritivo alimento en sus frutos farináceos, suculentos, azucarados, aromáticos, del diámetro de la boca y agrupados como los dedos de la mano. Uno solo de sus racimos constituye la carga de un hombre. Su extensa y poco elevada copa semeja un magnífico parasol con las hojas verdes, largas y satinadas que encorvándose en los extremos forman como una gallarda cuna impenetrable al sòl y al agua. Aprovechando la flexibilidad y consistencia de estas hojas, los indios con ellas hacen toda clase de vasijas, cùbren sus chozas, y del tronco sacan hilo; tambien las emplean como sudarios para envolver los muertos: de suerte que el plátano suministra al hombre albergue, alimento, ajuar, vestido y mortaja. Ademas, este hermoso arbusto que en nuestros invernaderos apénas da fruto cada tres años, bajo la línea lo produce sucesivamente, pues cuando la caña principal muere, sus renuevos de diferente grandor y respectivo desarrollo lo siguen dando en todo tiempo, fructificando uno de aquellos mensualmente á imitacion de los racimos lunares del cocotero. Tales son los plátanos que crecen en las zonas cálidas á orillas de los rios, su elemento natural. Varias son las especies de plátanos que existen de diversos tamaños, desde los gruesos como el cuerpo de un niño hasta los que tienen el doble del de un hombre, observándose iguales proporciones en el fruto. En la isla de Francia se ven plátanos enanos y otros gigantescos originarios de Madagascar, cuyo fruto largo y retorcido se llama cuerno de buey. Un hombre puede alcanzarlo trepando por el tronco cuyos arranques de antiguas hojas caidas le sirven de escalones. Un solo plátano basta para una comida, y con un racimo sobra para las del dia. Hay plátanos de diferente sabor, y el de la especie enana se parece al del azafran. El de la especie comun llamada higuera-plátano es oleoso, azucarado y farináceo; tiene la consistencia de la manteca fresca en invierno, y así no es necesario mascarlo, de modo que pueden igualmente comerlo los niños y los ancianos sin dentadura. Esta especie tiene otras prerogativas no ménos especiales, como el no ser jamás atacada ántes de su perfecta sazon, á pesar de su sencilla piel, por los pájaros é insectos; y cogida en racimos un poco ántes, madura perfectamente en la casa y se conserva un mes en toda su bondad. Se encuentran plátanos en toda la zona tórrida, en Africa, Asia, en ambas Américas, islas de sus mares, y hasta en las más distantes del mar del Sur. Con razon han llamado los viajeros al plátano rey de los vege-

(1) Bernardino de Saint Pierre, en sus Estudios sobre la naturaleza. (*Nota del Trad.*)

tales, por haber observado que infinidad de familias de entre los dos trópicos no se alimentan sino de su producto. A su apacible sombra y sin otro sustento que su fruto renovado sin cesar por los vástagos prolonga á veces el brahman (1) más de cien años una existencia sin dolencias ni inquietudes. Un solo árbol de estos á la orilla de un arroyo provee á todas sus necesidades. Presumo, añadí cuando hube agotado lo que sabía del plátano, que los frutos del que tenemos á la vista, por no hallarse aun en completa sazon, han perdido algunas de sus preciosas cualidades, ó quizá su inmersion en el agua del mar haya alterado su sabor; mas sea lo que quiera, siempre hemos hecho una buena adquisicion, de la que conviene sacar el mejor partido posible.

Miéntras yo disertaba mi esposa se entretuvo en partir varios plátanos buscando aunque en vano en esos frutos alguna pepita ó grano para enriquecer la coleccion de plantas útiles de su huerta; pero la hice notar lo particular de esta produccion, que es el no contener semilla, y que el medio de reproduccion de este singular vegetal está únicamente en sus renuevos, con los cuales se multiplica plantándolos en terreno húmedo, do prenden y arraigan fácilmente. En cuanto á la almendra del cacao que á todo trance mi esposa queria sembrar en la huerta, tambien hubo de renunciar á ello, mediante una observacion de maese Ernesto, que nos demostró que el haba del cacao, para germinar y prosperar, debia sembrarse luego de recogido el fruto.

Acordóse pues que al dia siguiente Federico iria con el caiak á buscar los elementos necesarios para la reproduccion de estas dos preciosas plantas, así como muestras de algunos otros arbustos de la ribera. Hízolo así en efecto, miéntras por nuestra parte nos ocupábamos en los preparativos de marcha; y temiendo que su pequeña embarcacion no tuviese cabida para el cargamento que sin duda proyectaba, arregló con cañas entrelazadas una especie de balsa que puso á remolque del bote para aumentar los medios de transporte. Sería una vergüenza, decia, hacer un viaje exprofeso para traer únicamente piés de plátano y cacao. Un aventurero de mi clase no debe contentarse con tan escaso botin.

Estuvo ausente todo el dia, regresando al anochecer con el caïack y la balsa tan cargados que parecia un buque flotante de ramaje verde.

—¡Bravo! ¡bravo! exclamó toda la familia al verle con tanto aparato.

Franz y Ernesto se apresuraron á descargarlo todo, arrastrarlo á la cabaña más contentos y ufanos que el almirante Auson cuando atracó al muelle los galeones de plata de Acapulco (2). Santiago recibió de su hermano un saco, que á

(1) Llámase brahmanes á los filósofos y doctores de la religion de Brahma que componen la primera casta entre los indios y sólo se ocupan en el estudio de los Vedas ó libros sagrados de que son los únicos depositarios.

(2) Esta hazaña, ó mejor escandalosa piratería del almirante Auson que aquí se cita, acaeció en 1740, cerca de Filipinas, y la cantidad de plata que traian para España los galeones apresados ascendió á cerca de un millon de libras esterlinas. (*Notas del Trad.*)

juzgar por el movimiento de la tela, parecia contener uno ó más séres animados. Picada su curiosidad ocultóse con la carga tras un matorral, y echando una mirada furtiva al interior del misterioso zurron le volvió á cerrar más que de prisa diciendo á media voz:

—¡Bien! ¡bien! me alegro; Federico ha desempeñado mi comision.

Y sin dar parte á nadie del descubrimiento escondió el morral con la mayor precaucion en lo más espeso de la maleza.

Federico saltó el último, trayendo en la mano un gran pájaro cuyas patas y alas habia tenido buen cuidado de atar para que no se le escapase, y nos lo presentó como la mejor pieza del cargamento.

Era el gallo sultan de Buffon, el rey de las gallinetas por sus formas y belleza de su pluma. En seguida le reconocí por las largas zancas coloradas, el plumaje verde y morado y la gran cresta de escarlata.

Mi esposa regocijada quiso sobre la marcha asociarle á los demás habitantes del corral, y como era muy manso á pesar de ser silvestre, á poco tiempo se domesticó y entró en familiaridad con sus demas compañeros de gallinero, si bien estos se mostraron como envidiosos de la gentileza del nuevo huésped.

Refirió en seguida Federico su viaje con una pomposa descripcion de la fecundidad y espesas alamedas que poblaban las orillas del rio en cuyos árboles se anidaban tal multitud de aves, que sus cantos eran capaces de ensordecer á cualquiera. Allí habia visto numerosas familias de gallos de Indias, gallinazas, pavos reales, y otras especies que daban vida y animacion al paisaje. Más arriba cambiaba la decoracion de la escena, y ya no eran aves sino elefantes los que se veian en manadas de veinte ó treinta, entretenidos en echar por tierra tiernos árboles, en sumergir la trompa en el rio y rociarse mútuamente con agua como por via de juego, miéntras otros pastaban tranquilamente grandes haces de yerba que cogian y formaban con toda la destreza de una mano humana. Por último, tambien aparecieron varios tigres y panteras que se acercaron al rio para apagar su sed devorante, lo que sin duda ya habian hecho otros, que muellemente tendidos en el suelo, con su magnífica piel esmaltaban la verde alfombra como reyes del desierto. Ninguna de estas fieras aparentó reparar en el jóven navegante.

—Muy débil y pequeño me encontraba, continuó Federico, al verme solo frente á frente con tan terribles adversarios. La carabina, las balas y mi destreza eran bien pobre recurso en aquella ocasion, y así cuanto ántes viré de bordo huyendo con toda la fuerza de los remos. Aun ciabogaba, cuando á dos tiros de fusil noté en el agua una especie de remolino y á poco surgir una ancha bocaza que descubria los dientes más formidables que jamas se han visto, y que en actitud amenazadora se dirigia hácia mí. No sé cómo el terror me dejó fuerza y resolucion para huir; lo cierto es que apreté por la corriente remando con tal ardor que el sudor me inundaba la frente, hasta que me creí fuera del alcance del tremendo mónstruo. Recogí la balsa ya cargada, que dejara amarrada á la ori-

lla, y púsela á remolque, y aprovechando la corriente he llegado aquí en ménos que se dice con una buena leccion de historia natural, que vale tanto como cualquier otra y me enseña á no tomarla con frecuencia.

Tal fue en compendio el relato de la expedicion del atrevido navegante, que me dió en que pensar por tener ya la persuasion de que aquellas inmediaciones estaban pobladas de fieras terribles, haciéndose cada vez más necesario consolidar de una manera inexpugnable el paso del desfiladero por donde pudieran introducirse tan peligrosos vecinos, si bien me sirvieron de consuelo los preciosos descubrimientos debidos á esa excursion, y con especialidad la coleccion de plantas recogidas por el aventurero como muestra de la fertilidad de aquellas desconocidas márgenes.

—Y ¿qué clase de animal sería, preguntó Franz, el último cuyos dientes asustaron tanto á Federico?

—Probablemente un *alligator*, respondió Ernesto, ó para que mejor lo entiendas, un cocodrilo.

—¿Un cocodrilo? ¿El que los egipcios adoraban como á un dios?

—El mismo, repuso el doctor aprovechando la ocasion que se le presentaba de echarla de científico; el cocodrilo pertenece á la gran familia de los lagartos; pero es el mayor y más fuerte de todos, y se cree ser la bestia que la Escritura menciona con el nombre de leviatan (1). El cocodrilo, llamado en las Antillas caiman, es un mónstruo de extremada voracidad. Nace de un huevo muy pequeño, y parece imposible que luego alcance la longitud de veinte piés con el grueso proporcionado. Tiene el pellejo duro, escamoso, de color bronceado con manchas blancas y verdes, gruñe como el cerdo, y su grandísima boca, que constituye la tercera parte de su cuerpo se abre hasta las orejas y está armada de un sin número de dientes caninos, largos, redondos, blancos y puntiagudos, que encajan exactamente unos con otros. Sus ojos son parecidos á los del puerco, centelleantes á veces, y como si quisieran saltar de la órbita; sus patas tienen al extremo uñas afiladas, y la cola es redonda y tan larga como el resto del cuerpo. Encuéntranse los cocodrilos en el Gánges, en el Nilo, en el Niger, en Asia, Africa y en algunos grandes rios de América. Los que vemos en Európa proceden del Egipto, donde abundan. Generalmente habitan en el fango de las orillas de los rios, donde están inmóviles y siempre en acecho para arrojarse sobre la presa que se les presente. Comen mucho pescado, y son apasionados por la carne humana. Cógense los cocodrilos con anzuelos de hierro, pues su piel es una coraza tan dura, que ni flechas ni balas la mellan. Se han visto cocodrilos de treinta y tres piés de longitud.

El dia que empleó Federico en su expedicion no se perdió para el resto de la

(1) De este mónstruo con el nombre de Leviatan hace mencion la Sagrada Escritura en el libro de Job. cap. III, 8, y XL, 20; y en Isaías, cap. XXVII. (*Nota del Trad.*)

familia, completándose los preparativos para emprender la marcha al romper el alba y regresar á Felsenheim. Federico me pidió permiso para ir por agua en el caiack, siguiendo la costa y doblando el Cabo. Consentí en ello con tanto más gusto, cuanto que la destreza que habia demostrado en el manejo de su embarcacion no me dejaba la menor inquietud respecto á su seguridad personal, y ademas deseaba que reconociese por mar el promontorio que ya rodeáramos por tierra.

La salida se efectuó al mismo tiempo, verificándose ambos viajes sin novedad. Al doblar el Cabo el navegante halló entre los zarzales dos arbustos, uno cubierto de flores olorosas y rosadas con hojas largas, estrechas, y varetas espinosas; y el otro con flores más pequeñas, blancas y muy numerosas, parecidas como sus hojas á las del arrayan. Trajo una rama de ambos, en uno de los cuales mi esposa reconoció al instante el alcaparro, cuyo fruto sobremanera ácido da tan buen gusto á ciertos guisos (1); miéntras que el segundo me pareció una especie de té chino que recibímos todos con marcada distincion.

En efecto, la esperanza, aunque incierta siempre viva, de que algun dia se acercase una nave á nuestras costas, no nos abandonaba nunca, y guiados de este pensamiento procurábamos recoger cuanto útil ó precioso se encontraba en el país que habitábamos, á fin de poder entrar en tratos mercantiles con la gente que arribase, ó para pagar con nuestras mercancías el pasaje si se presentaba la ocasion de abandonar esta soledad y regresar á Europa. Con arreglo á eso, anualmente se hacia cosecha de algodon superior á nuestras necesidades, así como de frutas que se hacian secar ó aderezar para su conservacion, y toda clase de aromas y especias, como clavo, pimienta, vainilla, canela y nuez moscada de que las palomas torcaces tenian buen cuidado de proveernos, trayéndola de lejanos puntos en el buche, de donde con destreza la sacábamos cuando tornaban al palomar. Conformes en esa idea puede cualquiera concebir la importancia que daríamos al descubrimiento del té, reputándole como uno de los más importantes en este género de adquisiciones; y examinando de cerca los ramos cargados de hojas y flores que Federico puso en mis manos como muestra de ese precioso arbusto, conté á los niños cuanto sabía de más curioso sobre la historia del té.

—Este arbusto, les dije, que se cria especialmente en la China y el Japon, se cultiva con particular esmero, y con mayor todavía el que se destina al consumo de la familia imperial. Los campos donde crece están divididos en cuadros como los de un vasto huerto, cortados por canales y regueras de agua corriente que se limpian cada dia. Los encargados de recolectar el té imperial, que se compone de las primeras hojas que se abren en la extremidad de las ramas más

(1) El alcaparro es un género de planta de la familia de las caparideas, cuyos tallos son tendidos y espinosos, las flores blancas y grandes y el fruto en forma de higo. El boton de esta flor sin abrir es lo que se usa como comestible. A el alcaparro de Indias se llama tambien capuchina. (*Nota del Trad.*)

pequeñas, ejecutan esta operacion con guantes, absteniéndose de comer durante ella cierta clase de manjares; y por último se les obliga á bañarse dos veces al dia para que no se mezcle alguna impureza en la preciosa cosecha, que el intendente de la córte vigila, acompañado de guardias y criados. En la China, y generalmente en la India, la recoleccion y preparacion del té las hacen las mujeres. Hácia el mes de mayo las madres de familia, las hijas y esclavas salen á visitar los árboles del té á todas horas del dia, á fin de coger la hoja en el momento que se desarrolla. Por la noche llevan á casa lo recogido, y colocan las hojas amontonadas sobre planchas de hierro bruñido caldeadas hasta cierto grado; las revuelven con la mano hasta que comienzan á secarse; en seguida las extienden sobre esteras de junco, las aventan, refrescan y ponen á secar, y reiteran cuatro veces estas mismas operaciones. A medida que va pasando el té por las planchas la mano de las mujeres lo va arrollando cada vez más, hasta darle la forma con que se nos presenta en el comercio. Cuando el té está bien seco, se guarda en jarros de porcelana de cuello largo como las botellas, que se cierran herméticamente, ó bien, y es lo más comun, se conserva en cajas forradas de estaño y metidas en otras de madera barnizada. El consumo del té se aumenta anualmente de una manera considerable. En Europa no estaba ántes tan extendido como ahora, y sin embargo se consumian de ocho á diez millones de libras, cifra que casi ha triplicado hoy dia, pues en cuanto se introduce el uso de esta bebida en cualquier parte ya es difícil renunciar á ella. Los holandeses, los ingleses y todos los pueblos del Norte hacen de ella un consumo extraordinario. En Francia, donde há cuarenta años no se consideraba el té sino como objeto de lujo ó bebida medicinal, hoy dia va aumentando cada vez más su importancia; pero el que allí se consume es nada en comparacion de los Estados Unidos de América. El té es la gran pasion de los americanos, y su gran revolucion se debe en parte á la nueva contribucion que Inglaterra, ántes su madre patria, quiso imponer sobre la introduccion de esa hoja china.

Estos detalles interesaron vivamente á los niños y quedó convenido que al año siguiente, ó sea pasado el invierno, vendríamos á recoger el té que se criaba en estos parajes, y estableceríamos su preparacion en toda forma á la china, á fin de poseer para nuestro uso como para nuestros futuros proyectos un recurso tan útil como ventajoso en el trato mercantil.

Santiago llegó al puente levadizo casi media hora ántes que nosotros, pues las ligeras zancas de su avestruz dejaban siempre atras á nuestros corceles más modestos, y lo primero que hizo fue alargarse hasta el estanque de los patos, donde eligió un sitio conveniente para depositar el morral misterioso, sumergiendo en el agua la parte inferior, conforme á las formales instrucciones que le diera Federico.

Nosotros desembarcámos con toda la tranquilidad de un propietario que tras de una ausencia vuelve á su domicilio. Federico, á causa del retardo motiva-

do por la visita al Cabo, arribó con el caïack á Felsenheim una hora más tarde.

Alijado el cargamento y repartido en sus sitios convenientes, asignámos á los nuevos huéspedes, segun el órden de nuestra economía doméstica, el lugar que les correspondia por su clase, pues no convenia dejarlos despilfarrar á discrecion nuestras provisiones y riquezas. Los gallos silvestres, las gallinas del Canadá y las grullas quedaron confinadas en los dos islotes inmediatos á nuestra habitacion. A la garza real, al gallo sultan, los cisnes negros y demás volatería se les dió por morada, en atencion á su gallardo plumaje, la laguna de los patos para que se habituasen á hacernos compañía y compartir con las gallinas los relieves de la mesa cuando les viniese á cuento.

Esas disposiciones nos ocuparon gran parte del dia, miéntras mi esposa preparaba en la cocina una buena refaccion, y esperando el momento de que nos llamasen á comer entreteníamos el hambre oyendo la relacion que Federico nos hacia de lo observado en su expedicion marítima al rededor del Cabo, cuando de repente sordos y horribles aullidos comparables al lejano eco de un trueno ó un bramido de cólera nos dejó aterrados sin poder articular palabra. Los pavorosos acentos salian al parecer del estanque de los patos. Los perros comenzaron á ladrar, y el búfalo y el toro estremeciéronse en el establo.

—Tráeme volando la carabina, dije á Santiago, y vamos al instante á ver qué músico es ese que trata de asustarnos.

Mi esposa, que toda asustada salió de la cocina, Ernesto y Franz estaban poseidos de terror, miéntras Federico, que por lo regular era siempre el primero en tomar la defensiva, permanecia impasible recostado en una de las columnas de la galería, asomando á sus labios una imperceptible sonrisa. Su actitud tranquila contribuyó no poco á calmar mis temores, y más cuando dijo que me sosegase, que él sabia de dónde procedia aquel extraño rumor.

—No hay que asustarse, papá, prosiguió; son dos ranas monstruosas que há poco dejó Santiago en las junqueras de la laguna para asustar á V.

—Siendo así, dije, levantémonos, y cuando venga mostrémonos azorados. Mucho me engaño, ó al tal tarambana le va á salir cara la broma.

Santiago, que en efecto no adivinara la causa del súbito rumor, acudió con dos carabinas.

—Está bien, le dije, te portas como un valiente, pues te veo dispuesto á acompañarme en el momento del peligro.

Santiago se quedó cortado, y volviéndose á Ernesto que fingia honda ansiedad, con voz alterada le preguntó:

—¿No nos dirás qué animal es ese?

—Sí, respondió el doctor, acabamos de divisarle en las junqueras.

—¿Cómo se llama? añadió más alterado su hermano,

—Un jaguar.

—¿Qué clase de fiera es?

—El jaguar, respondió el sabio con gran calma, es el tigre más feroz de América. Su piel es soberbia; los naturalistas la llaman *felis concolor;* tiene..... (1).

—Tiene... le interrumpió Santiago á quien la palabra tigre le enteraba bastante; tendrá todas las cualidades que quieras, pero declaro formalmente que no voy á la caza del tigre.

Y eso diciendo apretó á correr hácia la gruta donde se entró precipitadamente sin atender á razones. A poco le vímos reaparecer en la galería pálido y trastornado, y soltámos la carcajada burlándonos de él. Maese Ernesto le declaró ser él mismo la primera causa de su terror.

—De tu morral ha salido el jaguar, del morral que por el camino nos has ocultado con tanto misterio, y por el cual no has querido venir con nosotros para llegar primero á Felsenheim. Allí, allí está el tigre de magnífica piel y el mónstruo que te ha hecho tomar soleta. Has caido en tu propio lazo, y te está bien empleado.

Este gracioso incidente amenizó algun tanto la monotonía de nuestra vida, y Santiago pagó lo principal de la fiesta, llamándole todos á cada paso el caballero del jaguar y el héroe de las ranas, vengándose de las pullas con que á veces abrumaba á sus hermanos.

Ernesto me preguntó entre comida si las ranas gigantescas de maese Santiago eran las mismas que en el Cabo de Buena Esperanza llevan el nombre de *opplaser*, tan celebradas por su fuerte graznido.

Despues de recapacitar un breve espacio respondíle que la primera especie era originaria de América, donde alcanza el tamaño de un conejo, miéntras que la segunda habita en el Cabo, y durante los fuertes calores apénas descansa un momento en su grito agudo y prolongado; pero que no podia aun decidir si el animal en cuestion era verdadera rana, ó una especie de cigarra (2). De todos modos, y como siguiesen taladrándonos los oídos los nuevos huéspedes del estanque hallados por Federico en la última expedicion y entregados por él á Santiago á sus repetidas instancias, añadí que semejantes músicos no eran muy de mi agrado, pues satisfecha la curiosidad del momento nos fastidiarian con su canto; pero que se les podria dejar en paz con la esperanza de que la garza pronto les impondria eterno silencio.

Al cabo de algunos dias, cuando quedámos algo libres de las ocupaciones inherentes al último viaje, mi esposa me hizo pensar en Falkenhorst y el castillo aéreo, que casi teníamos olvidado desde el descubrimiento de la gruta de sal.

(1) El jaguar es una especie de tigre originario de América, de una fuerza prodigiosa. Cuando se ha llegado á acostumbrar á la carne humana la prefiere á los demas alimentos. Se le considera más feroz que el tigre, y es de mayor tamaño. Su piel y demas accesorios son parecidos.

(2). La rana que aquí se menciona se llama en botánica *bulfroc* ó rana bramante. Tiene de longitud diez pulgadas y la fuerza de su voz es tal que puede compararse con el mugido de un toro. Es verde por encima y amarillo por debajo con manchas negruzcas. (*Notas del Trad.*)

—Es lástima, me dijo, y en cierto modo ingratitud que dejemos arruinarse la hermosa habitacion que nos cobijó por tanto tiempo, y que aun está por concluir. Si Felsenheim nos ofrece durante las lluvias sólido y seguro abrigo, ¿por qué hemos de olvidar el árbol gigantesco de Falkenhorst y su risueña verdura?

Mi esposa tenia razon, y la prometí que dentro de pocos dias serian satisfechos sus deseos, quedando ambas moradas en igual prosperidad. En efecto, bien ordenadas las cosas de Felsenheim dejámos sus playas y fuímos á instalarnos por una temporada en nuestra antigua residencia. Perfeccionámosla lo mejor que supímos, y adornámosla por cuantos medios nos suministraba la experiencia. Se igualaron las raíces encorvadas de cuyo centro partia el tronco ó base de la habitacion; el terrazo que estaba á medio hacer sobre las mismas raíces se concluyó del todo afirmándolo con una mezcla de brea, resina y arcilla, añadiéndole una baranda circular y una pequeña galería. La escalera de caracol sufrió tambien algunas reparaciones. En cuanto al piso superior, ó gran nido como llamábamos á la tienda de lona que lo habia resguardado hasta entónces, dispusímos un techo de cortezas bien trabadas con clavjias, guarneciéndole en derredor de balcones y enrejados, de modo que lo que ántes era un albergue rústico é impropio de racionales, llegó á ser una residencia cómoda y agradable que á primera vista revelaba inteligencia y gusto.

Los embellecimientos de Falkenhorst fueron el preludio de trabajos más considerables y difíciles. Federico nunca habia renunciado á la idea de fortificar la Isla del tiburon y de establecer en este punto una especie de fuerte avanzado para proteger la colonia contra cualquiera invasion. Tanto me instó sobre el particular, tantos fueron los planes y proyectos que me puso de manifiesto, que hube de complacerle, sin demorar por más tiempo la construccion que era su caballo de batalla. Cualquiera podrá figurarse los infinitos obstáculos que debian superar para tal obra un hombre y cuatro muchachos, animados sí del mejor deseo y de una actividad sin límites, pero con fuerzas y resistencia proporcionadas á su edad. El construir la plataforma fue lo de ménos; el gran busílis consistió en trasportar dos cañones de á ocho al islote, é izarlos á una altura de más de cincuenta piés sobre el baluarte. Muchas vigilias y esfuerzos de imaginacion me costó el discurrir medios para llevarlo á cabo, pero ¡qué no puede el ingenio humano obligado por la necesidad y estimulado por el amor propio! A fuerza de ensayos y trabajos inventé una máquina con báscula para la traslacion de los dos cañones, primero á bordo de la chalupa y luego al sitio que les estaba destinado en la plataforma. Sobre esto, que se hallaba en la parte superior de las rocas, asenté un cabrestante y una polea compuesta; y para acortar el trecho á los jóvenes obreros y evitarles subir y bajar tantas veces, fijé en su base un cable con nudos á proporcionadas distancias en toda la longitud que nos sirviese de escalera, trepando por él cuando habia necesidad. El cabrestante, de construccion particular, nos fué muy útil. Los cañones se ataron uno tras otro con maromas, y

por medio del manubrio y las poleas, despues de un trabajo pesadísimo que duró más de un dia se subieron las piezas á lo alto de la roca, donde se asentaron en las cureñas con la boca vuelta al mar. Terminada la batería se construyó con tablas y cañas de bambú una garita detras de la artillería, y sobre el remate de este fortin se fijó una asta con su pabellon, que podia cambiarse á voluntad por medio de un cordel y una garrucha. Esta bandera en circunstancias ordinarias y normales debia ser blanca, y encarnada en caso de apariciones sospechosas ó cualquiera otra tentativa hostil.

Esta para nosotros verdadera obra de romanos nos ocupó algunos meses, mas cuando vímos puesta la última piedra del fuerte que tanto sudor y fatiga nos costara, ufanos y orgullosos nos comparámos con el ingeniero más hábil.

Arreglada y pertrechada esta construccion puramente militar, el pabellon que al viento flotaba fue saludado con aclamaciones de júbilo, y á pesar de lo económicos que éramos en municiones de guerra, con seis cañonazos que el eco de las rocas repitió hasta lo infinito por el anchuroso Océano.

CAPÍTULO LIII.

Rápida ojeada sobre la colonia y sus dependencias.—El corral.—Los árboles y el ganado —Máquinas y almacenes.

Asómbrame á la verdad el gran número de páginas que capítulo tras capítulo he ido escribiendo y componen ya un abultado legajo, sólo para trazar la historia de una familia que vive en el desierto. Por mucho que me complazca en consignar el más minucioso detalle de cada una de sus aventuras, no puede ménos de ocurrírseme esta sencilla reflexion: tantos acontecimientos uniformes, tantos hechos casi idénticos, tantos episodios parecidos, acaeciendo cada dia con escasa variacion, ¿es posible que no fastidien al lector? Por lo tanto, para no apurar su paciencia justo será abreviar considerablemente el relato de nuestras aventuras.

Sin embargo, ántes de cumplir este propósito abrigo la esperanza de que al traves de las multiplicadas relaciones de cazas y viajes, descubrimientos é invenciones, combates y victorias, cualquiera puede sin gran trabajo adivinar la fundamental idea de este libro, cuyo objeto es demostrar que la vida activa y piadosa de familia es por sí sola capaz de desarrollar los buenos gérmenes y facultades de un niño, habilitándole para en su dia representar en la sociedad humana el papel que le tenga destinado la Providencia. Ademas, quizá los sencillos cuadros de nuestra vida de destierro induzcan á considerar los beneficios sin cuento y los medios de que el Criador puede valerse para que el hombre soporte sin esfuerzo una existencia pacífica aunque en cierto modo aislada, infundiéndole la idea de que nada existe en la naturaleza de que con constancia y firme voluntad no puedan sacarse grandes frutos en provecho propio y ajeno.

Ahora bien, para no llegar al desenlace de esta historia con una transicion brusca que causaria mal efecto, así como el caminante se sienta á descansar un rato para cobrar aliento y proseguir con nuevos brios el viaje, así yo, dando tregua á mi relato y sin pasar adelante, en vez de mirar al fin tenderé una ojeada

retrospectiva al principio y al medio, recopilando lo pasado como base y punto de partida de lo que resta por venir.

Diez años eran ya trascurridos desde que la voluntad divina nos arrojó sobre esta solitaria costa; diez años en que con escasa diferencia nos entregámos á las mismas ocupaciones: siempre campos que cultivar, cosechas que recoger, excursiones que practicar, tal era siempre el círculo uniforme con que trascurria nuestra existencia, y si alguna vez lo traspasámos fue para volver luego al mismo con más ardor y constancia.

Los que han tenido la paciencia de leer atentos hasta la página presente de este minucioso diario y tomádose cierto interes por la suerte de esta familia, estarán ya bien penetrados de los raros medios y vias de que se valió la Providencia para hacernos no sólo llevadera, sino en cierto modo grata y venturosa, la existencia concentrada en nosotros mismos, sin otro lazo social. En este décimo año de tan larga serie de pruebas, la divina misericordia descendió sobre nosotros para recompensarnos más de lo que merecíamos. ¡Quién sabe si para en adelante nos tiene el Señor reservadas otras más crueles, superiores á nuestras fuerzas! Suceda lo que quiera, sea próspero ó adverso, cúmplase su voluntad.

Por de pronto el Dispensador de todo dispuso que el teatro de nuestro primer desastre fuese uno de aquellos sitios más favorecidos con sus dones. Ni un dia dejámos de darle gracias por tan inefable bondad, y noté siempre con placer que las frecuentes dádivas que á cada paso nos prodigaba ni en un ápice amenguaba la gratitud de los niños al sumo Hacedor.

La trascurrida década debímos considerarla como época de conquistas y establecimientos. Nos habíamos hecho con dos cómodas habitaciones, asegurando nuestros dominios con una valla insuperable que nos preservaba de la invasion de alimañas; altas montañas por un lado y el mar por otro defendian la costa, proporcionándonos segura y tranquila morada; el terreno ademas nos era ya bien conocido, por haberlo recorrido infinitas veces en todas direcciones para convencernos de la no existencia ni ocasion de algun peligro. No restaba mas que perfeccionar y embellecer lo concluido; la piedra estaba labrada, faltándola sólo el pulimento.

Nuestras principales habitaciones á más de lindas eran cómodas y sobretodo salubres: Felsenheim, que contenia la mayor parte de los almacenes, nos ofrecia segura residencia de invierno, miéntras que Falkenhorst era la mansion de verano y el sitio de recreo para la buena estacion. Allí se habian construido establos y corrales para el ganado y la volatería, y otro corral especial para los animales domésticos. A corta distancia se hallaba la colonia de abejas, cuya laboriosidad nos suministraba abundante provision de miel y cera, superior á las necesidades de la familia. Numerosa grey de palomas europeas anidaba cerca de nosotros, y durante la estacion lluviosa un ancho cobertizo de paja preservaba de la humedad la estancia de esas mansas aves.

Los demas establecimientos, como Waldek, Prospecthill y el de la Ermita, sito junto al desfiladero, se consideraban como las pacíficas granjas que en nuestras montañas abren sus hospitalarias puertas al caminante extraviado. Mi buena esposa encontraba tan dulce esta comparacion que al visitarlos siempre se acordaba con placer de aquellas, sirviéndola esto de consuelo: ¡tierno sentimiento que comprenderá cualquiera que haya tenido la desgracia de verse arrancado de la tierra donde se meció su cuna! Al escuchar el canto de los gallos y el balido de las ovejas su imaginacion volaba hácia la Suiza y sus montañas queridas, y volviendo los ojos á las graníticas moles que terminaban el horizonte allende la gran vega:

—¿No ves allá, esposo mio, exclamaba, los Alpes con sus blancas crestas? Los árboles que balancean sus copas entre las pardas nubes son los pinabetes de la Selva Negra (1), y allá, mucho más allá: ¿no ves reflejar cual bruñida lámina de plata el lago de Constanza con su tersa y tranquila superficie (2)?

Nunca osé desvanecer tan gratas ilusiones: yo mismo participaba de ellas, ¡harto pronto las disipaba la triste realidad, sacándonos de nuestro enajenamiento!

El recuerdo de la patria es imperecedero; el amor al suelo natal donde se han gozado las primeras dichas nunca se extingue ni entibia, sobreviviendo á la edad, ardiendo vivísimo lo mismo en el tierno corazon del niño que en el casi yerto pecho del más decrépito anciano.

De todas nuestras riquezas las que más habian prosperado eran las abejas. Con el tiempo y la costumbre llevaba adquirida la destreza necesaria para sacar partido de tan ingeniosos insectos, que procreándose sin extraño estímulo no nos ofrecian mas trabajo que el de prepararles anualmente, despues de la estacion de las lluvias, nuevas colmenas donde establecerse. A la verdad este acrecimiento natural de abejas no tardó en atraer numerosos abejarucos, para los cuales son un manjar apetitoso. Pronto hubímos de poner coto á los estragos de los nuevos huéspedes, cuyo brillante plumaje nos sedujo al principio creyéndoles inofensivos, tendiendo lazos y varillas junto á las colmenas para desembarazarnos de tan peligrosos enemigos, muchos de los cuales, despues de disecados, enriquecieron nuestro gabinete de historia natural.

El estudio de esta última ciencia éranos cada vez más ameno y hasta ne-

(1) La Selva Negra es una cordillera de montes poblados de selvas que tiene cuarenta y ocho leguas de largo, y no sólo se extiende por Suiza sino por el ducado de Baden y parte occidental del reino de Wurtemberg. Estos dilatadísimos bosques han sido orígen de mil leyendas y tradiciones populares así como teatro de muchos crímenes.

(2) Este célebre lago, llamado *Bodensee*, en otro tiempo mar de Suavia, ó *Brigantinus* por los romanos, se extiende por Baden, Wurtemberg y Baviera. Tiene ocho leguas de largo y se divide en dos brazos ó ramales. Tambien, como la Selva Negra, ha dado orígen á cuentos y leyendas. (*Notas del Trad.*)

cesario. Para realizarlo con más fruto contábamos con numerosas obras que nos servian de guias en los diferentes ramos de esta ciencia interesante, y la próvida naturaleza, que á cada paso nos presentaba á la vista sus maravillas, aumentaba el cúmulo de las observaciones excitando la curiosidad á comprender hasta sus más misteriosos arcanos. Las abejas sobretodo, su inteligencia, sagacidad, amor al trabajo, y el exámen de sus curiosas costumbres solian fijar nuestra atencion, considerando el inmenso abismo donde la inteligencia humana se pierde al tratar de penetrar el misterio de ese instinto inteligente desarrollado en un sér tan pequeño y débil. Al contemplar ese espectáculo admirable con frecuencia exclamaba: no sólo eres grande, Señor y Criador de todas las cosas, porque suspendiste en la bóveda celeste esos globos luminosos cuya distancia de nosotros y magnitud nos confunden; porque poblaste los desiertos de esas fieras terribles, cuya poderosa fuerza y ferocidad indomable espantan; lo eres más aun, y tu grandeza se revela mejor en los pequeños séres. La abeja sola basta para probar tu existencia y la de una sabia é inteligente Providencia, cuya diestra ha repartido á todas las criaturas sus más preciosos tesoros. La abeja en su colmena, enseñada por tí á fabricarse su palacio y á confeccionarse su alimento, no es ménos admirable que el leon que haces rugir en las cavernosas montañas, y que la ballena, mónstruo descomunal cuyo movimiento agita los abismos del mar.

Tambien habíamos perfeccionado la galería que se extendia por la fachada de Felsenheim. Un cobertizo que descendia de las rocas se apoyaba en catorce columnas de bambú, que constituian un pórtico elegante y pintoresco. Gruesos pilares sostenian la galería, cuyas extremidades terminaban con un gabinete con enrejados y enredaderas. En medio se alzaba una fuente de agua viva que por una cañería caia en espumoso chorro sobre la gran concha de tortuga que servia de taza y receptáculo, para derramarla en un pilon del cual por otros conductos iba á perderse entre los surcos de la huerta. Plantas odoríferas y de hermosa flor se entrelazaban airosas formando espirales al rededor de las columnas; la vainilla y la pimienta eran casi las únicas á quienes se dió la preferencia, sintiendo que el excesivo ardor del clima no nos permitiese hacer lo mismo con la parra. No obstante, la galería de Felsenheim llegó á ser un sitio ameno, un lugar de reposo donde á todos nos gustaba reunirnos para disfrutar la frescura del ambiente. Los dos gabinetes que la terminaban y que servian como de resguardo á las fuentes, tenian los techos puntiagudos, y con las salientes de sus ángulos parecian pabellones chinescos, á los que se ascendia por tres gradas asi como al resto de la galería, cuyo pavimento era todo de losas hechas de una clase de piedras que habíamos encontrado, blanda al extraerla de la tierra y fácil de trabajar, pero endurecida luego al contacto de la atmósfera.

En este plácido sitio estábamos con frecuencia, ya almorzando, ya reunidos en conversacion amena despues de nuestro trabajo, discurriendo sobre las tareas del dia siguiente ó sobre cualquier objeto de instruccion ó recreativo.

Las dependencias de esta mansion estaban á la altura que permitian los exiguos medios de que podíamos disponer. Las plantaciones habian prendido, y un sin número de arbustos y árboles dispersos sin órden y en agradable confusion entre la gruta y la bahía presentaban todo el aspecto de un verdadero jardin ingles, formando romántico contraste con la pelada y agreste roca que dominaba la escena. La Isla del tiburon, que desde la playa se divisaba, ya no era como al principio un banco de arena estéril. Sembrada de palmeras, pinos y otros árboles corpulentos en el centro, y circuido de bosquecillos de mangles y cañaverales, encontrábase protegida de los embates del mar por tan impenetrable muro y por las numerosas raíces que afirmaban el terreno. En lo más alto de este escollo estaba una linda garita, sobre la cual á merced de los vientos flotaba una bandera que animaba la monótona uniformidad de la perspectiva.

En las orillas del lago, primer término del pasaje marítimo, pululaban aves acuátiles de toda clase, descollando los negros cisnes cuyo fúnebre plumaje contrastaba con el nevado de los patos y gansos que les hacian la córte, divirtiéndoles con sus juegos y bulliciosa algazara. De vez en cuando salian de las junqueras á presenciar el espectáculo el gallo sultan con su brillante manto de púrpura, el flamenco con su plumaje rosado, ó la garza real, triste y melancólica con su penacho de plata, persiguiendo las ranas y demas huéspedes de los charcos. Más adentro, en el espacio contenido entre las plantaciones y los zarzales de la playa, á la sombra de altos árboles y sobre el césped pasaban con cómica gravedad los avestruces, á ménos que el capricho ó terquedad de algun otro animal les hiciese tomar el trote para librarse de sus importunidades. Las grullas, los pavos y avutardas solian hacernos compañía al rededor de la casa, miéntras que el ave del paraíso se encontraba bien con las gallinas. Las del Canadá, así como los gallos silvestres, formando banda á parte, anidaban con preferencia en los matorrales de la otra parte del puente, y las palomas de las Molucas, aunque su principal residencia estaba en Falkenhorst, venian á posarse en el techo de la galería adornando su borde y alineándose á modo de animada cornisa de pluma. Por último, todo era en torno nuestro tan risueño y tanto nos entretenia en plácido sosiego, que contemplábamos nuestra morada cual un paraíso terrestre.

¿Quién habia ya de conocer el árido paraje que encontrámos, viéndolo ahora merced á tan reiterados afanes convertido en delicioso y amenísimo retiro? A la derecha lo limitaba el Arroyo del chacal, cuyas orillas escarpadas resguardaban las palmeras, los aloes, los karatas, las higueras chumbas y otros arbustos de igual género que constituian una impenetrable muralla; á la izquierda peñascos inaccesibles, en cuyas entrañas se halló la gruta de cristal de roca, aun no utilizada, pero que interinamente servia para tomar el fresco en los bochornosos dias del estío. Al frente estaba la mar con la costa que se extendia á la izquierda, de la cual nos aislaba el pantano ó Laguna de los gansos, en términos de ser excu-

sada cualquiera fortificacion por esa parte. El continuo y desagradable concierto de las ranas, que gracias á Santiago llegaron á poblar los pantanos, nos molestaban un poco, si bien llegámos á soportar con paciencia sus graznidos desde que á mi esposa la ocurrió la idea de servirnos de tiempo en tiempo platos variados y sazonados con aquellos músicos acuátiles.

La trasera de nuestra morada se encontraba igualmente protegida por un peñascal tan inaccesible que por sí solo era la mejor defensa, sin que en esta direccion pudiéramos temer sorpresa alguna. La única y practicada salida de este reducido eden era el Puente de familia sobre el Arroyo del chacal, el cual se alzaba y bajaba á nuestra voluntad, y fortificado en regla con dos sencillos baluartes, dos obuses de á seis y otras dos piezas del mismo calibre, situados tras un parapeto de piedras, quedaba estratégicamente resguardada la entrada de la bahía. Otros dos morteros y algunas otras piezas de artillería de nuestra marina de guerra quedaban todavía como auxiliares, donde la necesidad los llamase, montados en la pinaza con su dotacion de municiones.

El espacio comprendido entre la gruta y el arroyo le ocupaban por entero los jardines y demas plantíos protegidos en el único punto exterior por una empalizada de bambúes entrelazada con zarzas, que colocada en línea recta desde el arroyo hasta nuestra habitacion formaba otra valla de seguridad, por si no fuese bastante la aspereza y escabrosidad del peñascal. En el interior de este triángulo, como lo más precioso y escogido, se contenia: un sembrado de trigo, un plantío de algodon, otro de caña dulce, algunos piés de cochinilla y cierto número de hortalizas, todo en cantidad pequeña, con el único designio de tener más á la mano estos recursos. Por último, la huerta de mi esposa y un verjel de los mejores frutales de Europa acababan de llenar el espacio. Subterráneos conductos de bambú que tomaban el agua del arroyo regaban las plantaciones y la distribuian convenientemente.

Los árboles de Europa por dicha no sufrieron la misma suerte que la vid; por el contrario, más arraigados, medraron con tal rapidez y pujanza, que nos parecia increible; pero el sabor de sus frutos no era el mismo, y ya fuese el aire, ya la calidad del terreno, ó lo poco favorable del clima, perdieron gran parte de su dulzura y aroma. Las manzanas y las peras tenian cierta acritud y aspereza, y las ciruelas y albaricoques un hueso duro y macizo rodeado de carne sin jugo ni sabor. En desquite los productos indígenas nos recompensaban con creces. Las ananas ó piñas, los higos, las guayabas, el naranjo y limonero, único frutal de Europa que habíamos logrado aclimatar, hacian del rincon de la isla que rodeaba nuestra morada un verdadero eden donde se acumulaba la vegetacion más rica, sobretodo en el ángulo de union ó vértice donde las dos cordilleras se unian.

Pero como en el mundo no hay bien que pueda llamarse completo y del cual no se origine algun mal, esa fertilidad siempre creciente y la abundancia de frutos produjeron un inconveniente, y fue la inmensa concurrencia de pájaros de to-

da especie, que deseosos de explotar esa mina alimenticia que tanto les agradaba, se constituyeron en moradores perennes y usufructuarios de nuestros productos. La liga, los lazos y otra porcion de trampas nos fueron indispensables para ahuyentar en parte á los alados merodeadores, y á veces observámos entre las víctimas que las multiplicadas acechanzas causaban, aves desconocidas, extrañas á aquellos parajes, y que arribaban justamente cuando cierto fruto maduraba; así por ejemplo, la gran ardilla trepadora del Canadá, notable por su espesa y poblada cola, cubierta de pelo bermejo, comparecia únicamente cuando la nuez, la avellana y la castaña tocaban á su madurez. Los guacamayos y papagayos, con sus brillantes colores, escogian con preferencia los almendros, y numerosas familias de grajos azulados, pico-verdes, mirlos de varias clases, oropéndolas, gorriones, tordos, y otras bandadas salteadoras más vulgares se arrojaban á porfía sobre las cerezas, higos y ciruelas aun ántes que llegasen á su completa sazon. A más de los pájaros diurnos, que sólo á luz del dia robaban, habia otros que durante las tinieblas de la noche, miéntras los otros dormian, les reemplazaban en el saqueo para que así fuese continuo, costándonos gran trabajo desalojar de los árboles nidadas enteras de murciélagos de gran magnitud y horrible fealdad que en ellos fijaran sus reales.

Cuando la arboleda estaba aun tierna y escaseaban los frutos, así más preciosos para nosotros, no hubo medio de que nos valiésemos para exterminar á los rateros, que burlándose de mis afanes me obligaron á apelar á lo que yo hubiera querido economizar, que era la pólvora, cuya explosion les intimidó algun tanto; mas cuando los verjeles de frutales llegaron á su plenitud, fue tal la abundancia de comensales, que no hubo otro remedio que dejarlos compartir con nosotros las riquezas que la pródiga naturaleza hacia brotar para todos sin distincion alguna.

La época de los frutos no era la única que atraia los escuadrones alados á nuestro valle; la de las flores era igualmente fecunda en invasiones, festejando su advenimiento los pájaros moscas, ó colibríes por otro nombre; pero al ménos causaba no poca diversion el ver esos diminutos y lindos pajarillos saltar de flor en flor con increible rapidez, brillando al sol como piedras preciosas. Curioso era observar sus movimientos, sus contiendas, entre ellos mismos ó con animales de mayor tamaño, acometiéndoles con viveza y consiguiendo á veces arrojarles del florido distrito de que se habian posesionado; ó bien vencidos é irritados, vengarse en la inocente planta, objeto de la querella, cuando un insecto ú otro bicho codicioso de su miel se les anteponia ó cuando la influencia solar habia evaporado el néctar que saborear ansiaban. Furiosos entónces tronchaban los estambres y despedazaban los pétalos de la flor que frustraba su esperanza. Grandemente nos divertíamos con tal espectáculo, y así procurábamos atraer las tiernas avecillas, colocando panales de miel en los árboles y sembrando las flores que más codiciaban cerca de nuestra morada. Semejantes medios surtieron luego el mejor

efecto, pues numerosas parejas de colibríes aceptaron nuestra invitacion, suspendiendo sus redondos y blandos nidos en las olorosas guirnaldas de vainilla enroscadas por los pilares de la galería cerca de los naranjos y arbustos de pimienta y canela, cuyo aroma para ellos tan grato nos aseguró la permanencia de tan encantadores huéspedes (1).

Nuestros plantíos, en especialidad la nuez moscada, cuya primera semilla se debió á las palomas de las Molucas, prosperaban á más y mejor, recompensando con usura el esmero en ellos empleado. Varios piés de aquel árbol mezclados con bosquecillos de piñas americanas embellecian la entrada de nuestro palacio, y á la hora del descanso, sentados bajo el pórtico, su balsámico y penetrante olor nos deleitaba. Verdad es que la morada atrajo nuevos huéspedes, particularmente otras dos especies de aves llamadas tambien del paraíso, dignas por cierto de este nombre por su aterciopelada pluma color de oro, si bien á su peregrina belleza agregaban una voracidad sin límites y un agudo chirrío. Al fin fue preciso ahuyentarlas, y despues de coger con liga algunas de las más hermosas para enriquecer el museo, las restantes nos dejaron intimidadas al aspecto amenazador de algunos pájaros rapaces disecados que colocámos en las enramadas.

Entre los diversos plantíos, los olivos, de que teníamos dos especies, fueron los que ménos sufrieron de parte de los merodeadores. Al llegar á su madurez recogíamos las más gruesas y carnosas aceitunas, y despues de pasarlas por la lejía como se acostumbra en Provenza, las aderezábamos con sal y especias, y las restantes que se dejaban sazonar hasta que se volvian negras, iban al molino para la provision de aceite.

Nuestros recursos industriales se iban cada vez más perfeccionando. Como al cabo del año se recogia gran cantidad de nueces, almendras y piñones, el mortero y pilon de la cocina fue sustituido con ventaja por una sencilla prensa que nos proporcionaba cuanto aceite deseábamos sin fatigarnos demasiado.

La elaboracion y refino del azúcar que por tanto tiempo nos atarearan la imaginacion, fue siempre objeto de atencion especial; ya estábamos en vias de progreso y continuámos avanzando hasta rayar en la perfeccion, y si bien no llegámos á cristalizar el azúcar como en los ingenios de América, obtuvímos sin embargo los más satisfactorios resultados. Entre los restos del naufragado bajel se habian recogido varios utensilios destinados á un refino, algunos indispensables y preciosos, como cilindros de metal para moler la caña, tres grandes calderas para cocer el jugo, palas para removerlo, espumaderas para purificarlo, y con estos elementos accesorios se estableció la prensa sobre un husillo perpendicular que, girando sobre sí mismo y en combinacion con los cilindros, por medio de

(1) Los colibríes cuentan en su género gran número de especies que se han dividido en dos secciones, colibríes propiamente tales, y pájaros moscas, cuya diferencia consiste en que los primeros tienen pico corvo, y los segundos recto; pero unos y otros son casi las aves más menudas. (*Nota del Trad.*)

una palanca que horizontalmente atravesaba el mismo husillo, lo movia en rotacion una de nuestras bestias, y así, con algunas horas diarias de tan sencillo manejo obteníamos el azúcar necesario para el año. Inventámos ademas otra máquina del mismo género destinada á tres usos diferentes, cuales eran: machacar el cáñamo en vez de golpearlo como habíamos hecho hasta entónces; moler la aceituna y sacar el aceite fácilmente; y por último, reducir á pasta el cacao y otras sustancias de igual género. El fondo de esotra prensa constituíalo una gran piedra horadada con un gollete por donde el jugo ó los aceites encontraban salida; esta piedra tenia un borde de nueve pulgadas, con un hornillo debajo para cuando se prensaba algun fruto oleaginoso, como nuez, almendra ú otro semejante.

Al principio estas dos prensas se fijaron al raso, entre el puente levadizo y la parte del arroyo que llamábamos Punta de los arenques; pero más adelante se pusieron bajo un cobertizo, donde se podia trabajar cómodamente aun en tiempo lluvioso.

El Islote de la ballena en que se observaban tantos ó más embellecimientos y plantíos que en el del tiburon, estaban destinados expresamente para los trabajos más groseros. Allí se adobaban las pieles ó se verificaban otras operaciones de suyo hediondas, como la salazon de pescados, liquidacion de grasas y fabricacion de velas, para cuyas faenas se arregló un taller bajo el saliente de una roca.

El esmero empleado en estos establecimientos próximos á nuestra habitacion no nos hacia olvidar la conservacion y progresiva mejora de los más lejanos, y á los que llamábamos nuestras colonias. En Waldek se aumentó considerablemente la plantacion de algodoneros, y el pantano se vino á convertir en un magnífico arrozal que recompensó con extraordinarias cosechas el trabajo empleado en su desecacion. La canela floreció en aquellos alrededores, rindiendo abundante producto que sobrepujó nuestra esperanza.

Á Prospecthill le llegó tambien su turno. Aquí se estableció un plantío de algodon en toda regla, y anualmente se hacia una excursion á esa granja, sobretodo en la época de la florescencia del alcaparro, cuyo fruto echábamos en vinagre aromatizado. Al cesar la estacion de las lluvias y cuando el árbol del té brotaba las primeras hojas, íbamos tambien á recolectarlas, y luego en casa mi esposa y Franz se entretenian en secarlas, arrollarlas y encerrarlas en vasijas de porcelana con el mismo esmero que los chinos preparan esta preciosa mercancía. Antes del invierno se efectuaba la corta de la caña dulce y se recogia el mijo y alpiste, tan necesarios para el alimento de los volátiles. Para estas expediciones nos valíamos de la piragua, y al regreso visitábamos de paso los islotes de la ballena y del tiburon.

Estando en Prospecthill solíamos ir cada año una ó dos veces á la torre vieja del desfiladero, que cerraba la entrada de la gran vega, á fin de mirar desde allí

si algun elefante ú otro animal dañino habia invadido nuestro territorio, y para ese caso estaban dispuestos en las cercanías lazos y trampas con cebos para castigar su osadía. Miéntras explorábamos el terreno Federico subia con el caïack el rio, recogiendo al paso cacao, plátanos y ginsen, en tanto que por nuestra parte cargábamos el carro con los productos de las cosechas, caza y tierra de porcelana para completar la vajilla y reponer lo roto ó deteriorado de la misma.

En los bosques cercanos al desfiladero encontró un dia Federico señales ciertas de la existencia de unas aves que por su especie de cacareo adivinó ser del género de los pavos ó gallos de Indias, por lo cual resolvímos efectuar con ellos una gran cacería por el estilo de las de los colonos del Cabo. En consecuencia construímos con bambúes entrelazados con cañas y bejucos un grandísimo jaulon de diez piés de largo por seis de alto, con una puerta enrejada. Para atraer los pájaros al interior del jaulon se dispuso una especie de mina con entrada al extremo y salida al centro. Tanto en la entrada como en el conducto subterráneo se esparció un reguero de mijo y otras semillas, y en seguida nos ocultámos en un sitio cercano. Los pavos y demas volátiles se precipitaron en seguida sobre el cebo, siguiendo el curso del subterráneo hasta desembocar en el jaulon, donde quedaban presos sin encontrar la salida, porque esta, cuando los habia en suficiente número, cerrábase con una trampa exterior, y revoloteando sin saber lo que les pasaba, buscando libertad se daban contra las paredes, hasta que entrando nosotros por la puerta, con la mayor facilidad nos apoderábamos de todos.

Así fue cómo en varias correrías al desfiladero de la gran vega y á los cañaverales de azúcar nos hicimos con una especie gallinácea de lo más gallardo que puede figurarse, la cual sirvió para mejorar las razas que trajéramos de Europa. Estas aves tenian un espléndido plumaje matizado con los más vivos colores. El macho se daba un aire al pavo real; pero su altura era mayor, tanto que tomaba fácilmente del borde de la mesa donde comíamos las migajas de pan que se le daban. Si la memoria no me engaña estos preciosos animales eran originarios de Malaca ó de Java.

Entre los animales domésticos tambien habian sobrevenido importantes cambios. La prole de Turco y Bill se acrecentaba cada año, de suerte que debíamos echar al agua, en el momento de nacer, un buen número de cachorros que no obstante lo mucho que prometian era preciso extinguirlos para librarnos de inútiles bocas que al cabo nos hubieran empobrecido. Sin embargo, á las porfiadas instancias de Santiago accedí no de muy buen grado á que la familia canina se aumentase con un individuo más que por ciertas señales conocí llegaria á ser un buen perro de caza. Se le dió el nombre de *Coco* por la razon lingüística que alegó el niño de que, siendo la vocal *o* la más sonora, retumbaria en los bosques. El búfalo y la vaca anualmente nos daban un vástago; pero de todos los becerros sólo se criaron un macho y una hembra que se dejaron manejar como su pa-

dre. A la nueva vaca se la llamó *Rubia* en razon de su color, y al novillo *Trueno* por su formidable bramido. Nos encontrámos igualmente con dos buches, macho y hembra, á los que denominámos al uno *Flecha* y al otro *Rebato*, á causa de la ligereza de su raza.

Los cerdos eran ya más sociables. La primera marrana que trajímos á la isla habia muerto tiempo hacia, legando á su posteridad una inclinacion marcada á la vida independiente y montaraz que nuestros esfuerzos jamas consiguieron refrenar. El resto del ganado menor se habia multiplicado á proporcion, de suerte que de vez en cuando podíamos comer carne suculenta sin temor de que desapareciese la raza, y de tiempo en tiempo abandonábamos algunos individuos dejándolos en los bosques donde recobraban su primitiva índole cerril y multiplicándose en ese sentido daban pábulo á nuestras cacerías.

Tanto abundaban los conejos de Angora en la Isla del tiburon, que nos vímos obligados á diezmarlos varias veces para que no les faltase alimento, encomendando esta tarea á los perros adiestrados, quienes se aprovechaban de su carne que nosotros desechábamos á causa del tufo de almizcle que despedia. Sólo utilizábamos el pelo para ir entreteniendo la sombrerería y tapicería, pues con sus pieles alfombrámos algunas estancias de nuestra habitacion para mayor comodidad en invierno. En cuanto á los antílopes, á quienes prodigábamos los más tiernos cuidados, no pudímos domesticarlos hasta que trasladámos una pareja al aprisco de Felsenheim. Su multiplicacion fue lenta, pues el desapacible clima de la Isla del tiburon donde estaban relegados hacia que muriesen muchos anualmente.

Tal era poco más ó ménos el estado de la colonia á los diez años de nuestra llegada á la isla. Los recursos se habian acrecentado, las fuerzas y la industria habian hecho progresos; por do quier reinaba la abundancia, estando ya previstos casi todos los peligros que pudieran sobrevenirnos, pues conocíamos la parte de la isla que habitábamos como cualquiera propietario su hacienda. En una palabra, ofrecíamos el cuadro de la felicidad más completa. Era la nuestra como la familia del primer hombre, viviendo en medio de las delicias del eden, si pudiera llenarse el gran vacío que en nuestro interior sentíamos: la sociedad perdida. En medio de todas las riquezas y la abundancia en cierto concepto éramos los más pobres: nos faltaban los hombres, nuestros hermanos, para cuya compañía nacímos.

En estos diez años ni por mar ni por tierra percibímos el menor rastro de criatura humana. Nuestra vista se dirigia con frecuencia al Océano sin descubrir mas que el agitado movimiento de las olas. Esta esperanza continuamente frustrada, cuya realizacion se hacia cada vez más improbable y vaga, causábanos un secreto pesar que nadie manifestaba; pero la necesidad y el incesante deseo de encontrar otros seres de nuestro linaje era tan fuerte en nosotros, que no podíamos resistirlo, y confiando en que algun dia tornaríamos á la sociedad

humana, instintivamente obrábamos como si hubiese de llegar el caso, allegando las mercancías preciosas que la isla producia y que pudieran llegar á ser objeto de especulacion mercantil. En los almacenes acopiábamos cacao, especias, algodon, plumas de avestruz, nuez moscada, té, cochinilla y otros artículos que esperábamos vender algun dia á comerciantes europeos. Esta idea era ya una necesidad en nosotros, y yo el primero que la fomentaba como principal móvil de nuestra actividad, que limitada ya y sin objeto para el presente, no podia estimularse sino en consideracion al porvenir, el cual nos alentaba, nos daba valor, evitándonos el fastidio, que abre las puertas á la desesperacion.

Esta prevision, si se quiere exagerada, nos iba habituando á la idea de una futura libertad y alzamiento del destierro á que nos veíamos condenados, soñando con lás ventajas que desde luego nos reportaria, pues todo lo reunido ascendia á un valor considerable, más que suficiente para adquirir grandes bienes en Europa.

En medio de tanto como se aglomeraba mi única pesadilla era el ver disminuirse de dia en dia las municiones de guerra, á pesar de la juiciosa economía con que se consumian.

Tocante á nuestras personas, gracias al Señor nada hubo que lamentar. Lo pasámos muy bien de salud durante la década trascurrida, salvo algunas ligeras calenturas y leves indisposiciones que cedieron á sencillos remedios.

Mis hijos ya no eran niños: Federico era un hombre fuerte y robusto, si no todo un buen mozo, con los miembros bien desarrollados por el continuo ejercicio. Tenia ya veinte y cinco años.

Veinte y tres contaba Ernesto, y aunque bien conformado, no poseia las fuerzas de su hermano; pero su genio meditabundo y espíritu observador estaban en sazon. El entendimiento coronaba sus buenas disposiciones, y hasta cierto punto llegó á vencer la pereza que por tanto tiempo le dominara; en resolucion, era un mancebo instruido, de juicio recto y sólido que honraba á la familia.

Santiago habia cambiado poco, tan atolondrado y ligero de cascos á los veinte años como á los diez; pero era de buena índole y excedia á todos en agilidad.

Franz tenia diez y ocho años; era alto, robusto, y su carácter, sin ningun rasgo particular que le distinguiese, era, digámoslo así el intermedio entre sus hermanos, participando hasta cierto grado de sus cualidades físicas y morales; sensible y reflexivo como Federico y Ernesto, la viveza de Santiago en él se convirtió en prudencia, porque en su condicion de más pequeño habia sido objeto de las maliciosas jugarretas de los mayores: esto le habia hecho precavido. En general los cuatro eran apreciables por su bondad y valentía, que no rayaba en temeridad. Su conducta ajustábase á los sentimientos religiosos que yo procurara inspirarles, los cuales se manifestaban á veces de la manera más tierna y espontánea.

Mi buena y querida esposa habia envejecido poco, y se conservaba ágil y robusta sin perder un ápice de su ordinaria actividad.

En cuanto á mí, tenia la cabeza cana, ó por decir mejor, apénas me quedaban cabellos. El calor del clima y el excesivo trabajo, especialmente en los primeros años de nuestra residencia en la isla, los habia hecho caer ántes de tiempo; sin embargo, encontrábame fuerte y vigoroso, si bien no era ya el hombre emprendedor que diez años ántes habia dado principio al establecimiento de la pequeña colonia que se encontraba en plena prosperidad.

Estos cambios eran para mí un manantial de tristes y amargas ideas. Preveia para mis hijos un porvenir sombrío, y muchas veces, dirigiendo los ojos al Océano, los elevaba luego al Señor diciéndole: ¡Dios mio! ¡ya que por tu misericordia infinita nos libraste del naufragio arrancándonos de una muerte inevitable; ya que nos has colmado de toda clase de bienes, completa tu obra, no dejes perecer en la soledad á los que tu diestra ha salvado!

CAPÍTULO LIV.

Nuevos descubrimientos.—Afortunada expedicion de Federico.—Dientes de buey marino.—Bahía de las perlas.—Nutria de mar.—El albatros.—Regreso á Felsenheim.

Si los años habian naturalmente desarrollado en mis hijos sus fuerzas físicas y morales tambien engendraron en ellos sentimientos de libertad é independencia que no siempre estaban de acuerdo con mi solicitud paternal. A veces se pasaban dias enteros sin tener noticia de los dos mayores, pues hasta Ernesto salia de su indolencia habitual siempre que le incitaba su sed investigadora de saber. En estas ausencias y correrías penetraban en lo más espeso de los bosques, subian á las cumbres de las montañas, y cuando al caer la tarde se me presentaban rendidos de cansancio y me disponia á arengarles reprendiendo la vida errante que nos privaba de su compañía, participábanme tantos descubrimientos y hacíanme tan útiles observaciones en la relacion de sus aventuras, que ya se me quitaba la gana de regañarles.

Cierto dia Federico nos tenia muy inquietos con su prolongada ausencia. Por las provisiones que llevó conocímos que se detendria más de lo regular, y como si una excursion por tierra no bastase á su genio aventurero, al amanecer fuése con el caïack mar adentro.

Acercábase ya la noche sin que descubriéramos el menor indicio de su regreso. Mi esposa estaba en ascuas, y no pudiendo aguantar más trasladámonos con la piragua al Islote del tiburon, sobre cuyo fuerte izámos la bandera de aviso, disparando el cañonazo de alarma. A poco divisámos en el lejano horizonte como un punto negro que se destacaba sobre el agua, en la que rielaban los áureos rayos del sol poniente, y luego con el anteojo reconocímos claramente á nuestro aventurero, que en su frágil esquife dirigíase á la bahía de Felsenheim. Andaba despacio, remando con cierta dificultad como si su barco groelandes viniese sobrecargado.

—¡Fuego! dijo Ernesto en tono de mando y á fuer de oficial guardacosta. Santiago aplicó la mecha al cañon, y á su estampido nos reembarcámos para aprovechar la corriente y adelantarnos á Federico, llegando ántes á la playa de la bahía.

Una vez todos en tierra ví lo que habia retardado la vuelta del navegante. La parte delantera del caïack, decorada con la cabeza de la morsa y sus largos dientes de marfil, estaba cargada de varios objetos, miéntras remolcaba una gran cabeza peluda que más parecia pellejo hinchado que animal, y un saco al parecer lleno de algo pesado, los cuales hacian que el esquife apénas sobresaliese de la superficie del agua por lo mucho que calaba.

—¡Bendito sea Dios! exclamé abrazando á Federico. Su madre y hermanos le recibieron con iguales demostraciones.

—Vamos, Federico, dije pasada la primera expansión, parece que la jornada no ha sido mala; pero aunque trajeses el mejor botin del mundo, nada fuera en comparacion del placer de verte sano y salvo entre nosotros. Démos gracias al Señor por todo, y ahora, á descargar el caïack para que luego descanses de tus fatigas.

Desde que el esquife tocó en la playa todo era algazara y batahola, pudiendo apénas el viajero tomar aliento, tal era el cúmulo de felicitaciones y preguntas que sobre él llovian.

Por fin se restableció un poco el órden y se desataron el saco que estaba lleno á lo que parecia de ostras grandes y el animal marino que le servia de contrapeso. Entre toda la familia arrastraron el caïack por la arena con el piloto dentro, llevándole en triunfo hasta casa con vocinglero júbilo. Mi esposa y yo seguíamos el convoy. Luego que dejaron á Federico en la gruta, sus hermanos volvieron con unas parihuelas á recoger el resto del cargamento, y una vez puesto á recaudo, sentámonos en la galería aguardando en silencio la relacion del intrépido navegante.

Comenzó suplicando á su madre y á mí le perdonásemos su escapatoria hecha sin el competente permiso, hija del deseo de visitar la parte oriental del país, que aun nos era absolutamente desconocida, é ir en busca de aventuras que variasen la monótona uniformidad de nuestras ocupaciones harto sedentarias para su actividad de veinte y cinco años.

—Tiempo hacia que á la sordina habia preparado esta expedicion, añadió Federico sosegado con un abrazo de su madre y una indulgente mirada mia; habia provisto el caïack de víveres y municiones, juntamente con un odre de agua dulce y otro de agua miel; coloqué ademas sobre cubierta la brújula, una red, un arpon y un bichero á la derecha; una carabina, un áncora con su cable arrollado á la izquierda, previniendo ademas un par de pistolas, el zurron repleto de municiones, y el águila. Así aguardaba impaciente la ocasion de embarcarme sin conocimiento de VV., pues temia una justa oposicion por su parte. Esta madruga-

da me levanté ántes que nadie, y dirigiéndome á orillas del mar lo encontré tan tranquilo y bonancible que no pude resistir á la tentacion de aprovechar tan propicia coyuntura. Tomé una hacha, lo único que me faltaba, y salté en el caïack aparejado y listo para zarpar. No bien me adelanté un poco, cuando la corriente del Arroyo del chacal me arrebató hasta el escollo en que encalló nuestro buque, donde reparé sumergida á escasa profundidad una porcion de barras de hierro, balas, granadas y algunos cañones que desde luego creí podríamos aprovechar algun dia buscando el medio de recogerlo todo. Continuando al Oeste encontré hácia la costa occidental y entre mil escollos fragmentos de rocas de todas formas y tamaños que parecian ser restos de algun derrumbado promontorio. Una multitud de aves marinas tenian allí sus nidos y revoloteaban en derredor de aquellos arrecifes aturdiéndome con sus desacordes graznidos. En los puntos donde las rocas presentaban fuera del agua alguna planicie veíanse grandes animales marinos, ó tendidos al sol y durmiendo, ó yendo de un lado á otro y turbando el silencio con siniestros mugidos. Encontrábanse allí leones, osos, elefantes de mar, toda especie de focas y sobretodo morsas que apoyadas en los peñascos por los colmillos tenian en el agua la parte inferior del cuerpo. No parece sino que esta última especie habia fijado sus reales en aquellos parajes, pues costeando los bajíos encontré muchos sitios de su orilla sembrados de sus osamentas y colmillos de marfil, los cuales pueden recogerse cuando se quiera, así como alguno que otro esqueleto de cetáceo para colocarse en el museo.

—¡Sí, sí! exclamó el auditorio interrumpiendo al narrador. Irémos á buscar los dientes de marfil y con ellos harémos mangos á los cuchillos y otra porcion de cosas.

Franz, que se iba volviendo demasiado reflexivo, si en esto cabe demasía, y á quien siempre se le ocurria algo que observar, preguntóme de que les servian á ciertos animales los retorcidos colmillos que les salian de la boca y con los cuales ni podian morder ni masticar.

—Los dientes, respondí, no tienen todos igual destino como imaginas. Unos sirven á los animales como arma ofensiva y defensiva, como al elefante, al rinoceronte, á la morsa y al narval (1), miéntras que otros, como los del jabalí y la foca, les sirven como de herramientas para desenterrar los tubérculos y raíces de que se mantienen, arrancar los mariscos pegados á las rocas, ó bien atraer y desgajar las ramas de los árboles con cuyas hojas se sustentan. El hipopótamo únicamente tiene tal variedad de dientes y tan fuertes que no ha podido aun averiguarse en qué los emplea, alimentándose tan sólo de vegetales. Ademas ménos porosos que los del elefante los colmillos del hipopótamo y la morsa, su marfil

(1) El narval es de la familia de los cetáceos sopladores, caracterizado por su falta de dientes. Los narvales son muy voraces y rapidísimos nadadores. Una especie de estos es conocida con el nombre de unicornio de mar. Tiene 20 ó 22 piés de largo y suele encontrarse en los mares del Norte. (*Nota del Trad.*)

es más apreciado en el comercio á causa de su permanente blancura, empleándose con preferencia para las dentaduras artificiales.

Satisfecha la curiosidad de Franz, Federico prosiguió su relato.

—Debo confesar que cuando me ví rodeado de aquella caterva de mónstruos no las tuve todas conmigo, moderándose de tal modo mi belicoso ardor, que hice cuanto pude para pasar por los escollos, y conseguílo sin que ninguno de los cetáceos me estorbara el paso, tardando casi hora y media en salir de tan peligrosos parajes. A la media hora de travesía me encontré en una espaciosa bóveda de rocas que la caprichosa naturaleza habia construido con las formas más severas é imponentes. Parecíase á un grandioso arco al que la mano humana ó el trascurso de los siglos hubiesen despojado de sus sillares exteriores dejándole sólo el esqueleto de pedruzco informe y contornos irregulares que aun guardase trabazon y nivel. El mar entraba por aquel ojo inmenso como por un canal, miéntras el escarpado peñasco que servia de base iba descendiendo por cada lado, avanzando por el mar cual un promontorio. Sin reparar en nada determiné internarme por la oscura bóveda, á cuya extremidad una débil luz me indicó la salida. Impenetrable á los rayos del sol, reinaba en aquel sitio un fresco delicioso, volando de una parte á otra infinitas aves marítimas que allí anidaban. Al penetrar en la gruta rodeóme una caterva de pájaros chillando como para impedirme el paso; pero toda su algazara no obstaba para atajar mi curiosidad: amarré el esquife á un cabo de peña que se destacaba del arco de la cueva, y díme á examinarla. Los nidos podian contarse por millares, y los pájaros me parecieron del tamaño de los reyezuelos. La pluma del pecho era como el ampo de la nieve; la de las alas de un ceniciento claro, y las del lomo y cola de un negro como el azabache. Los nidos que tapizaban por decirlo así la bóveda y paredes de la entrada me parecieron fabricados como los de otras aves, de plumas, hojarasca y yerba; pero lo raro era que cada uno estaba fijo sobre una repiza parecida á una cuchara sin mango pegada á la piedra y formada al parecer de cera parduscа y lisa. Arranqué algunos que estaban vacíos y observé que estaban hechos de una sustancia sólida como cola de pescado. Empaquetélos con restos de otros nidos y yerbas secas y los puse en el barco dentro de la cabeza de la morsa para que conservándose bien pudiera V. examinarlos mejor y ver si pueden servir para algo.

—Verdaderamente, dije, estos nidos de golondrina de mar son apreciables, y si alguna vez llegásemos á tratar con la India ó con la China, donde este artículo se vende á peso de oro, obtendríamos pingües ganancias, porque en aquellas tierras se comen por millares, reputándose como manjar exquisito (1).

(1) Estas célebres golondrinas apellídanse tambien salangas ó salanganas. Son iguales á las de Europa. Llámanse tambien *esculentas*, y segun algunos, sus nidos gelatinosos se componen de plantas criptógamas y huevos de pescado; se comen en China aderezados como las setas de nuestro país y son demulcentes y corroborantes. (*Nota del Trad.*)

Al oir esto mi esposa y los muchachos demostraron un poco de asco á la idea de comer nidos de pájaros; pero advertíles que lo que de ellos se comia no eran las plumas ni la yerbecilla, sino la capa exterior, la cual separada del resto del nido, bien limpia y aderezada con especias producia cierta gelatina trasparente y sabrosa. La palabra gelatina recordó á mi esposa la que de vez en cuando nos hacia con algas del mar, sustancia por cierto poco susceptible á primera vista de ser considerada como golosina, y esta comparacion la hizo más indulgente con los nidos de pájaros, destruyendo su prevencion y conviniendo conmigo en que efectivamente podía servir para algo el descubrimiento de Federico.

—No lo extrañes, Isabel, la dije, pues hasta de las aletas del tiburon, de que nadie haria caso, hay quien se ha propuesto sacar un plato delicadísimo y de los más buscados. ¿De qué no sacará partido la necesidad ó la glotonería de la especie humana? Con que quedamos, señora cocinera, en que nos aderezarás algunos nidos para que podamos juzgar con conocimiento de causa si merecen ó no la fama que gozan.

—De mil amores, respondió el ama de gobierno; aunque no entiendo pizca de esas sublimidades culinarias, haré cuanto esté de mi parte, y si á mano viene pondré algo de mi santiscario para salir adelante con esa decantada gelatina; pero ante todo, lávenme bien esas que parecen tortas de barro cocido, que á la verdad están poco decentes.

Franz que aun no habia renunciado definitivamente su cargo de pinche de cocina aseguró á su madre que correria de su cuenta esa limpieza, primera cosa en que se ocuparia al dia siguiente, y dirigiéndose á mí me preguntó:

—Diga V., papá: ¿de dónde sacan las golondrinas la materia gomosa para sus nidos?

—Me interrogas sobre una cosa sobre la que aun no están de acuerdo los naturalistas; pero los más, siguiendo la opinion general en el Tonkin y en la península de allende el Gánges, territorios que suministran al comercio cantidades enormes de estos nidos, creen que esta materia procede de la espuma del mar. Al secarse esta sustancia toma la apariencia de cera, ó mejor, de cola de pescado, si bien otros afirman que proviene de una especie de molusco que sirve de alimento á este pájaro, y que despues de comido arroja su parte gelatinosa destinándola así para la fabricacion del nido como para alimentar luego los polluelos, y esto para mí es lo más cierto, atendiendo á las cualidades nutritivas y sustancia animal que se encuentra en este manjar. Pero basta ya de nidos; dejemos á Federico continuar el relato de sus aventuras.

—Avancé resuelto, prosiguió este, por las mansas aguas que bañaban el oscuro túnel, y á su salida encontréme con una magnífica bahía, cuyas orillas bajas y fértiles limitaban una extensa vega poblada de sotillos y guarnecida á la izquierda por altos peñascos, de los que era una prolongacion el que acababa de atravesar, y á la derecha por un rio majestuoso de corriente tranqui-

la, más allá del cual dilatábase una gran laguna hasta un espeso bosque de cedros.

Miéntras con mi esquife costeaba las sinuosidades de la orilla divisé en el fondo de las trasparentes ondas capas de conchas del género de las ostras, de las que se llaman bivalvas. Hé aquí, me dije, un marisco, que debe ser más sabroso que las raquíticas ostras de la Bahía del salvamento. Probaré algunas, y si son buenas las llevaré á Felsenheim. Desprendí varias con el bichero, las recogí con la red y las arrojé á la arena desde la canoa con ánimo de ir haciendo provision. Cuando desembarqué á la playa cargado con nuevas ostras hallé que las primeras se habian abierto por sí mismas y comenzado á corromperse con el ardor del sol. Abrí una de las frescas que traia, y en vez del marisco blanco y grasiento con que esperaba regalarme encontré una carne dura, áspera y desabrida. Al querer separar el animal de la concha, cuya superficie interior estaba cubierta de brillante nácar, la hoja del cuchillo encontró resistencia en varios granos duros y redondos pegados á la concha y mezclados con el cuerpo de la ostra. Los desprendí y noté que eran perlas de un grueso y redondez que me llenaron de asombro. Registré las demas ostras y en todas hallé una ó más de estas preciosas joyas, que fui guardando en una caja, la cual presento á todos para que examinen si son ó no verdaderas perlas.

—A ver, á ver, Federico, exclamaron los hermanos abalanzándose sobre la caja á riesgo de volcarla. ¡Qué hallazgo! ¡son perlas! ¡qué brillantes y redondas!

Tomé á mi vez la caja.

—No hay duda, dije, son perlas orientales, y de las más bellas. Federico, has descubierto un tesoro, pero tesoro que por ahora nos es todavía más inútil que los nidos. Sin embargo, como este hallazgo puede reportarnos grandes beneficios, harémos una visita á la bahía. Entre tanto continúa tu narracion.

—Despues de cobrar fuerzas con un frugal almuerzo, añadió Federico, seguí andando á lo largo de la costa, sesgada por varias caletas esmaltadas de flores y verdura, hasta llegar á la boca del rio, cuyas serenas aguas se confundian con las del mar. Allí encontré muchas aves acuátiles, que huyeron á mi aproximacion, posadas sobre una alfombra de plantas marinas que semejaba una pradera sobre la misma corriente. Recordando haber leido una cosa análoga sobre el rio de San Juan en la Florida, bauticé aquel con este nombre. Renovada allí mi provision de agua dulce, dirigíme al otro promontorio que termina la bahía, que denominé de las perlas. Esta podrá tener dos leguas de ancho; una cadena de rocas que corre de un extremo á otro la separa de la plena mar, cerrándola casi completamente, ménos por la única entrada que tiene, bastante ancha para franquear paso á buques de gran porte. Resguardádo lo demas de la circunferencia por escollos y bancos de arena inaccesibles á toda embarcacion, forma la bahía un puerto natural que sería de primera clase el dia que se fundara una gran ciu-



dad á sus orillas. Intenté salir de la bahía por donde habia entrado, pero el flujo comenzaba y hube de renunciar á mi proyecto, siendo preciso remontarme á lo largo de las rocas, donde encontré numerosos animales marinos de los que no veia más que las cabezas, y que me parecieron del tamaño de un becerro. Despues de observar algun tiempo sus juegos y diferentes evoluciones de un lado á otro, no quise exponerme á que se divirtiesen conmigo, y amarrando el caïack á una roca, salté en tierra, y con la carabina y el águila me preparé á apoderarme del primero que se acercase á la orilla, pues no queria regresar sin una de esas bestias que por su redondez semejaban maletas llenas, y cuya piel cubierta de pelo corto y espeso me pareció nos sería de alguna utilidad. Uno de los anfibios se aproximó más de lo que le convenia adonde estaba yo oculto, y le solté el águila, que elevándose majestuosamente abatióse luego sobre él clavándole las garras. Con el gancho del bichero pude atraerlo á la orilla, donde le rematé con el hacha. El resto de la tropa desapareció como por encanto.

En seguida juzgué absolutamente necesario destripar al animal, cuyo peso era excesivo para el caïack, y miéntras lo hacia me interrumpió una muchedumbre de aves marinas que me asaltaron con tal tenacidad é impaciencia, que me ví precisado á defenderme repartiendo palos á derecha é izquierda. Fatigado de esta lucha de nuevo género empuñé el hacha y á la ventura eché por tierra un gran pájaro de tamaño y fuerzas extraordinarios, que á lo que yo pienso era un albatros (1). Sus mayores plumas me sirvieron para terminar mi tarea, y con un cable até la nútria marina, pues tal creo que es el nombre de este animal (2), á la proa del caïack junto al saco de ostras para traerlo todo á remolque. Ya era tiempo de pensar en la vuelta. El reflujo me facilitó la salida de la bahía por entre las rocas, y en breve me hallé en paraje conocido, viendo flotar desde léjos nuestro pabellon, y oyendo el cañonazo que anunciaba mi bienvenida.

Tal fue la relacion de Federico; y en cuanto cesó de hablar, la turba de los oyentes se precipitó entusiasmada á examinar los ricos tesoros con que acababa de enriquecerse la colonia, miéntras la buena madre hacia lo mismo respecto de lo que pudiera atañer á sus talentos culinarios.

—Aquí teneis, decia Ernesto á sus hermanos, haciéndoles reparar en las perlas, una riqueza imponderable que en otras circunstancias nos igualaria á los más grandes potentados. La Europa paga grandísimas sumas por las perlas finas que el Oriente envia. El gobierno inglés, en 1804, vendió á una empresa en más

(1) Por albatros se entiende un género de aves palmípedas que comprende las aves acuáticas mayores y más voraces.

(2) Las nútrias son del género de mamíferos carniceros ditígrados cuyas especies son esencialmente acuáticas y nadadoras. Las comunes y más pequeñas se encuentran en los rios; más las grandes que forman otra especie habitan en el mar. La nútria es parecida y mama como el perro, y puede domesticarse. (*Notas del Trad.*)



de doce millones de reales el derecho de pesquería por una sola vez en el banco de perlas en la costa de Ceilan.

La pesquería, para que esteis enterados, comienza en marzo y ocupa á muchísima gente y numerosos barcos. Los orientales la ejercen con cierto misterio, y jamas la emprenden sin haberse preparado con abluciones y otras prácticas religiosas que en su creencia garantizan el buen éxito de la pesca, y sin las cuales darian por perdido el tiempo. La salida es por la noche, porque juzgan como requisito esencial anclar á la altura del banco que se va á explotar ántes de romper el dia.

A eso de las siete de la mañana, es decir, ántes que el calor haya permitido á los buzos sumergirse, se da principio á la pesca que se efectua de esta manera:

El buzo se mete en un cesto suspendido por una cuerda á una polea fija en un poste del mismo barco, y ayudado por el peso de una piedra desciende al fondo aguantando la respiracion y tapándose las narices, apresurándose á recoger todas las conchas que puede en un saquillo que lleva á la cintura. Si el buzo es diestro poco tiempo le basta para reunir de ciento á ciento cincuenta ostras. Al cabo de un minuto, ó á lo más minuto y medio, el buzo avisa sacudiendo la cuerda para que le suban, lo cual se verifica con la ligereza posible, y aparece aquel á la superficie con el rico botin, para aguardar á que de nuevo le toque el turno y sumergirse otra vez.

Los naturales de Ceilan y de la costa de Coromandél son aficionadísimos á esta pesca, la que por trabajosa que sea, consideran siempre como un entretenimiento agradable, y lo que únicamente sienten es que el banco esté poco provisto.

Despues de la pesca se depositan las conchas en grandes cercados donde se guardan con la mayor vigilancia por espacio de diez ó doce dias, para que se corrompa el marisco y puedan extraerse las perlas; en seguida se echan las conchas en un estanque de agua del mar, en el que permanecen doce horas, tras las cuales se abren y lavan de nuevo para que otros operarios con pinzas arranquen las perlas una á una.

Terminada la erudita explicacion del doctor Ernesto, cada uno de sus hermanos hizo sus observaciones particulares sobre la belleza, magnitud y número de las perlas encontradas en las pechinas que Federico trajera. Para responder á las preguntas de Franz, que deseaba saber si todas las perlas eran iguales en Oriente, á los detalles dados sobre el particular por Ernesto, añadí que la belleza y mayor estimacion de las perlas están en razon directa de la pureza del fondo donde se encuentran las conchas, y así, son oscuras y opacas en las aguas cenagosas, blancas y trasparentes en las que tienen por álveo grava ó arena, y varian igualmente en el color segun los sitios donde se pescan. Las del golfo de California son de un amarillo anaranjado; las de las costas de Africa, son más pulimentadas y casi negras, encontrándose algunas algo verdosas que son las más estimadas

por los árabes. En Escocia, Irlanda y en la Lorena se pescan grandes almejas que contienen perlas de tinte azulado y figura irregular (1).

—Y ¿cómo se forman las perlas? preguntó por último Franz.

—Por mucho tiempo, respondíle, se ha reputado su formacion como maravillosa. Los antiguos la atribuian á una especie de rocío que caia del cielo. Hoy dia los naturalistas han descubierto que la sustancia que entra en la formacion de las perlas es la misma que tapiza, por decirlo así, interiormente la concha de la ostra que las produce, la cual consistiendo al principio en un licor viscoso, este llega á concretarse y endurecerse en el cuerpo mismo del animal, cuando por alguna causa ó accidente se impide la secrecion. Igualmente se ha notado que en las ostras heridas ó dañadas se encuentran más perlas, sobretodo en las que han sido picadas por un gusanillo marino llamado phakas ó carcoma por otro nombre (2), que tiene el instinto y fuerza suficiente para ir royendo y taladrando la dura concha hasta que llega á chupar é ir consumiendo al pobre molusco. Este para defenderse tapa el agujero con una sustancia nacarada que se endurece tanto como la concha, adquiriendo idéntico brillo. Afírmase tambien que la ostra baña de igual manera y sobrepone unas á otras capas de este jugo nacarado á los granos de arena ú otro cualquier cuerpo extraño que á veces se introduce en la concha, y así dicen que los pescadores multiplican las perlas horadando las ostras, ó metiendo granos de sílice cuando ya están entreabiertas.

Despues de las perlas les tocó el turno á los nidos de salanganas; pero la nútria marina fue la que más llamó la atencion de los jóvenes naturalistas.

—¡Qué animal tan feo! exclamaba Franz examinándole. Y aun le hacen más estrafalario estos mostachos puntiagudos. Y ¿tú crees que es una nútria? preguntó á Federico.

—Y tanto como lo es, respondió el profesor; es en efecto una nútria marina, uno de los más inocentes animales á quienes sirve la mar de elemento, y está dotado de buenas cualidades, particularmente de un amor maternal á toda prueba que llega hasta el punto de dejarse morir de hambre cuando se ve privado de sus hijos. Si la atacan huye, y si no puede huir maya como un gato, se tiende en el suelo tapándose la cabeza con las patas delanteras y se prepara así á la muerte; mas si puede escapar y meterse en el mar, saca la cabeza y hace mil gestos y monadas como para burlarse del enemigo. Por último, la nútria es bue-

(1) La concha que vulgarmente lleva el nombre de *madreperla* es la *auricula margaritifera* de los naturalistas. El compuesto de la perla es una sustancia calcárea ligada con una albúmina glutinosa. En Europa tambien se pescan perlas en el lago de Tay (Escocia), del cual se han sacado algunas de magnitud enorme; pero su principal extraccion es en Ceilan, en unos bancos de los cuales el más considerable tiene veinte millas de extension.

(2) La carcoma es un género de insectos coleópteros. Se compone de quince y hay una de ellas que se llama barrena, porque materialmente va barrenando la madera royéndola circularmente. (*Notas del Traductor.*)

na caza, pues ademas de la piel que nos podrá ser útil, su carne es tierna y sabrosa, y hay quien dice que aventaja á la del carnero.

Concluida la investigacion de cuantos objetos habia traido Federico, y pasado el primer entusiasmo:

—¡Querida esposa, dije con una gravedad que no me era habitual, y vosotros, hijos mios! Este dia es uno de los que harán época en la historia de nuestra familia. Federico ya no es un niño. De algun tiempo á esta parte, y sobretodo desde su reciente expedicion se ha conducido con el valor y prudencia que pudiera exigirse de un mayor de edad. Por lo tanto, desde ahora le eximo de mi autoridad paternal, y declaro solemnemente que queda libre de toda subordinacion, considerándole no solo como á un hijo, sino como á un compañero y amigo, dispuesto á ayudarme con su actividad y consejos en el gobierno y administracion de nuestra pequeña colonia.

Siguióse á tan inesperada escena un momento de silencio general. El mismo Federico, á quien nada habia comunicado sobre este proyecto, quedó estupefacto y sin saber qué decir, hasta que su madre le tendió los brazos derramando lágrimas de verdadera alegría.

—Esta es ni más ni ménos, dijo al cabo de algun tiempo maese Ernesto, la ceremonia de la investidura viril. ¡Ya eres hombre, Federico! y ¡á fe que lo mereces!

Tan grave y seria fue esa escena de familia, que no admitia broma de ningun género. Santiago y Franz dieron tambien la enhorabuena á su hermano, quien les respondió como al doctor, con un abrazo.

Al dia siguiente mis hijos, para quienes las perlas constituian un objeto muy importante y trascendental para olvidarlo, rogáronme que fuésemos á la Bahía para hacer una pesquería en grande de tan preciosas mercancías, cuanto más que el viaje era corto y nada arriesgado.

—¡Despacio, señoritos, despacio! respondí; ántes de montar á caballo es preciso ensillarle y ponerle los demas arreos. Si deseais buen éxito á la empresa, conviene proveerse de las herramientas y demas objetos necesarios para efectuarla. Que cada uno de vosotros invente algo útil para la expedicion, y no sólo lo aprobaré, sino que tambien echaré mi cuarto á espadas en la tarea.

Ocioso es decir la general aclamacion con que se recibiria mi propuesta. Todos se pusieron en movimiento. Por mi parte, para cumplir mi promesa y dar ejemplo, labré dos grandes rastrillos y otros tantos garabatos de hierro. A los primeros les puse astiles sólidos y largos con sus anillas para poderlos fijar en la quilla de la chalupa, á fin de que arrastrándose por el fondo donde se encontraban las conchas de perlas pudiesen recogerlas desprendiéndolas. Los segundos estaban destinados para arrancar lo que los primeros no pudiesen. Ernesto fabricó, allá á su manera, una especie de podaderas con hojas cortantes para hacer caer los nidos de salanganas, de que queríamos proveernos por ser de fá-

cil conservacion. Santiago hizo una escala ligera y sencilla, consistente en una caña recta y fuerte de bambú, cruzada á iguales distancias por delgados troncos de lo mismo, de unas diez y ocho pulgadas, que servian de escalones por los que se podia ascender con tanta más seguridad cuanto que á lo alto de la caña principal habia un gancho de hierro para suspender la escala donde se quisiese, y al pié un cuento agudo del mismo metal para afirmarla en las rocas si convenia. Franz que era ducho en hacer redes, arregló todas las que teníamos, aumentándolas con otras más fuertes para armarlas en las perchas y recoger las ostras que estuviesen desprendidas. Federico se ocupó únicamente en el caiack, recomponiéndole y remediando los insignificantes desperfectos que habia sufrido en los últimos viajes al rozarse en las peñas.

Tambien se pensó en las vituallas. Se cocieron dos jamones, á lo que se añadió una buena provision de tortas de cazabe, panes de trigo, arroz, nueces, almendras y otras frutas secas, un barril de agua dulce y otro de aguamiel, cargándose todo en el esquife con los utensilios que habian de emplearse en la expedicion.

CAPÍTULO LV.

Nidos de golondrinas.—Perlas falsas.—Pesquería de las verdaderas.—Jabalí africano.—Apuro de Santiago.—La trufa.

Un dia entero se pasó en preparar y cargar de lo necesario nuestra embarcacion, y al romper de la siguiente alba el mar bonancible y un viento propicio invitáronnos á emprender el rumbo. Franz y su madre quedaron encargados de guardar la costa, y tras los abrazos de costumbre nos dímos á la vela saludándonos con los pañuelos hasta que nos perdímos de vista. Nuestra escolta se componia del pequeño Knips (nuevo mono sucesor del antiguo discípulo de Federico que hacia poco muriera de vejez), del chacal de Santiago, ya fuerte y vigoroso, y tres de los mejores perros que nos podían sacar de cualquier riesgo. El clima de la isla habia sido tan favorable á esta raza, adquiriendo sus individuos tal vigor y acrecimiento de fuerzas con su vida libre y continuado ejercicio, que pudiera comparárseles con los perros que Poro regaló á Alejandro, los cuales luchaban cuerpo á cuerpo con leones y elefantes (1).

Federico nos sirvió de piloto y Santiago fué á ocupar en el caïack otro puesto que aquel habia dispuesto en su esquife. Ernesto y yo conducíamos la chalupa con las provisiones y bestias de que iba cargada.

El caïack tomó la delantera para guiarnos, y seguímosle entre los escollos y rocas que aquel sorteaba con una ligereza y soltura que nuestra embarcacion, como más pesada, no podia imitar. A cada momento se nos presentaban á la vista restos de morsas, vacas y otros animales marinos cuyos colmillos y blancos esqueletos nos convidaban á enriquecer el museo; mas no queriendo perder tiempo decidí dejarlos para otra ocasion.

(1) Este Poro fue un rey indio vencido y hecho prisionero por Alejandro Magno por los años 327 ántes de J. C. Obtuvo la clemencia del vencedor, que le dejó la corona y hasta le hizo rey de las provincias indias que habia conquistado. (*Nota del Trad.*)

Traspuestos los arrecifes llegámos á un punto donde el sereno mar estaba trasparente como luna de espejo, deslizándose pléyadas de nautiles por su tersa superficie. La historia natural entiende por nautil un género de marisco de concha univalva en forma de gondolilla con popa algo elevada, y opinan algunos que del animal que la habita aprendieron los hombres el arte de navegar. Lo cierto es que la forma de la concha se asemeja en todo á la de un barco, y el molusco la dirige por el mar como el piloto un buque cualquiera. Cuando el nautil quiere nadar eleva dos de sus brazos y extiende á modo de vela la delgada y ténue membrana á ellos adherida, sumergiendo otros dos en el agua que le sirven de remos, y otro atras que hace las veces de timon. No permite más agua dentro de la concha que la conveniente como lastre, para caminar con prontitud y seguridad; mas cuando advierte la aproximacion de un enemigo, ó sobreviene una tempestad, recoge su vela, retira los remos y llena la concha de agua para que con su peso se vaya más presto á fondo. Cuando quiere subir á la superficie, vuelve la concha boca abajo, é hinchando ciertas partes de su cuerpo que dilata y comprime á voluntad, logra hender la columna de agua que sobre él gravita, y en llegando á flor de agua endereza su navecilla, la desagua, y desplegando las aletas boga tranquilo á merced del viento y las olas. El nautil es un navegante perpétuo, piloto y barco en una pieza.

La concha ó cubierta calcárea del nautil es delgada como el papel, blanca como la leche, estriada, y contorneada en espiral. El animal que contiene es un pólipo de ocho patas, con franjas que cubren los dos lados de la boca. Dividida cada una de aquellas en veinte dedos, sírvenle para extenderse, encogerse, coger la presa y llevarla á la boca.

Con tales explicaciones avivóse el deseo en los jóvenes naturalistas de pescar algunos de estos mariscos, y valiéndose de las redes en un instante recogieron media docena de los mejores, que en seguida vaciaron, guardando las conchas en una cesta para adornar nuestro gabinete de historia natural.

Acordóse por unanimidad que á este punto de la costa se le llamaria en adelante *Bahía de los nautiles.*

En breve alcanzámos un promontorio en forma de cono truncado, tras el cual debia hallarse, segun las indicaciones de Federico, la Bahía de las perlas. Asombrados quedámos ante la gran bóveda y pasaje descubierto por Federico en su última expedicion. Era una masa imponente con sus informes pilares, arcadas y pirámides aisladas. Por un lado parecia una obra de titanes formada con los restos y fragmentos de montañas de que se habian servido para escalar el cielo; por otro semejaba la ruinosa fachada de una antigua catedral gótica embellecida con los fantásticos ornatos de los artistas de la edad media, con la diferencia de que aquí las proporciones eran colosales: en vez de marmóreo pórtico, una superficie de agua en cuyo fondo descansaban las gigantescas columnas.

Siguiendo al piloto penetrámos en el umbrío túnel, donde no entraba la luz

sino á ¡raros intervalos por las hendiduras de la piedra, ó por alguna que otra abertura natural causada por el desprendimiento de las peñas.

Varias veces dímos la vuelta al singular edificio, sin hallar el menor rastro de seres vivientes; únicamente encontrámos osamentas de mónstruos marinos al pié de las rocas, lo que atestiguaba que se habian refugiado en ellas esas fieras, cuyos dientes debian representárnoslos como adversarios terribles caso de tener que combatirlos.

Si el exterior del agreste monumento se encontraba desierto, el interior del pasadizo estaba demasiado poblado: un ejército innumerable de golondrinas alborotóse al aproximarnos á la profundidad de la caverna, asustándolas tanto el rumor de los remos que apénas podíamos hendir los enjambres de pájaros que obstruian la bóveda; empero cuando la vista se fué acostumbrando á la oscuridad reconocímos con placer que el techo, muros y sinuosidades de las esculturas naturales estaban materialmente tapizados de nidos que parecian copas trasparentes como el carey, llenos como los nidos comunes de plumas y yerbecilla seca, con la diferencia de que esta aquí era olorosa. El ensayo que habíamos hecho con esta sustancia, que cocida y sazonada con sal y especias se convertia en cartílago sabroso y delicado, alentábanos á proveernos del artículo, mayormente sabiendo que los tales nidos constituian un importante ramo de comercio en la China; y como abrigábamos la esperanza de que un dia aportaria á nuestras costas algun buque con el cual pudiésemos entrar en relaciones mercantiles, creímos oportuno almacenar para entónces una respetable cantidad de semejante mercancía.

En su consecuencia, luego que la chalupa estuvo en la bóveda y sus inocentes huéspedes, tranquilizados por nuestra inmovilidad, desaparecieron de nuevo en sus oscuros rincones, á la curiosidad del primer exámen se sucedió una insaciable avidez bien fácil de satisfacer. Todos los instrumentos y aparatos disponibles se pusieron en juego, y los nidos caian por docenas á nuestros piés. Sin embargo, á instancias mias se tuvo la consideracion de escoger los vacíos, á fin de conservar los que tenian huevos ó crias. Franz y Santiago se mostraron los más activos en este género de saqueo, y sus redes no estaban un momento ociosas; Ernesto y yo procedíamos con más método, inclinándonos más á los nidos situados en las regiones inferiores del peñasco, y limpiando una por una cada pieza del botin ántes de meterla en el saco.

Cuando la provision me pareció suficiente, deseoso de terminar la obra de exterminio, dí la órden de suspension para tomar algun refrigerio y reparar nuestras fuerzas ántes de atravesar la gran bóveda del pasaje.

—A la verdad, dijo maese Ernesto á quien no agradaba la faena, el jaleo que hemos traido con los dichosos nidos no me ha divertido gran cosa, y es gracioso que estemos afanándonos por acumular un género y venderle á un buque extranjero, que quién sabe cuándo aportará á estas inhospitalarias costas. ¡Ya van diez años!

—La esperanza, hijo mio, le interrumpí, es uno de los más grandes bienes que el cielo ha dispensado á la mísera humanidad; es hija del valor y hermana de la actividad. El hombre animoso jamas se desespera, y el que espera trabaja siempre para conseguir el objeto de sus deseos y aspiraciones. Quédense en buen hora para la perezosa filosofía de los débiles las vanas esperanzas de los ilusos mortales. Trabajemos con perseverancia y dejemos á Dios que cuide del buen éxito de nuestros afanes.

Al acabar estas palabras dí la órden de partida y la pequeña escuadra se puso en movimiento.

Federico me habia asegurado que las aguas del canal que íbamos á cruzar eran navegables y que pasado el sombrío túnel llegaríamos más pronto y con más seguridad á la gran bahía. En efecto, la creciente marea nos condujo con tal rapidez á la otra extremidad de la bóveda marina que no fue necesario remar, pudiendo admirar á nuestro placer la magnificencia del pasaje. Á entrambos lados veíanse hondas grutas y cavernas que se confundian en las tinieblas. La bóveda presentaba á trechos cúpulas esclarecidas por entrelargas ojivas festoneadas de piedra, ó estalactitas que dejaban entrever techumbres artesonadas con informes rosetones floreados como los de un techo griego. En fin, para concluir de una vez, parecia aquello un gigantesco templo, cuyos cimientos ensayara el gran Arquitecto del universo, sin dignarse dar cima á su portentosa obra.

Los animales marinos se habian posesionado de las vastas galerías, donde á cada paso descubríamos nuevos indicios de sus extraños moradores.

Al salir de la bóveda nos encontrámos, como anunció Federico, á la entrada de una anchurosa bahía de aspecto encantador, y detuvímonos algun tiempo para contemplarla absortos. Tan quietas estaban las cristalinas aguas, que se veia bullir los peces á una gran profundidad. Entre ellos reconocí al llamado pez blanco ó breca, cuya reluciente escama sirve para la confeccion de perlas falsas, por lo cual se hace gran comercio de ese pescado en el Mediterráneo. Se lo enseñé á mis hijos, quienes al oir la expresion de perlas falsas trabaron desde luego una discusion (1).

Ignorando los valores convencionales que las sociedades civilizadas dan á ciertos objetos, no comprendian por qué se estimaba tanto la perla que se encuentra dentro de una concha y tan poco á proporcion la que se saca de un pescado, cuando el oriente y la belleza de esta igualan si no superan á veces á los de la otra.

—Aquí lo que se paga, les dije, no es el objeto en sí mismo, sino la dificultad de adquirirlo. Una perla fina ú oriental se apreciaria en muy poco si en to-

(1) Hay dos clases de perlas artificiales, unas que imitan más á las naturales por medio de una vitrificacion incompleta, y otras que son absolutamente trasparentes, pero cuya base interior se ha cubierto con una sustancia opaca: tales son las que aquí se citan como extraidas de ese pescado, y se llaman vulgarmente: *esencia* de *Oriente*. (*Nota del Trad.*)

dos los rios de Europa se encontrasen. La escasez y la dificultad de hallarlas es lo que las encarece.

—Ya comprendo, saltó Ernesto, es lo que se llama *pretium affectionis*.

—Espantábame yo, dijo Santiago, que al fin no salieses con algun latinajo para mayor claridad.

—Es un modismo técnico, repuso el doctor, que significa precio convencional, pues sin merecerlo realmente por su importancia el objeto se lo han dado los hombres por su gusto.

Entretenidos en esta conversacion llegámos al pedregoso arrecife donde Federico habia hecho su recoleccion de ostras. La costa presentaba de trecho en trecho pequeñas dársenas más ó ménos profundas, donde venian á confundirse cristalinos arroyuelos que fertilizaban el terreno. Espesos bosques se escalonaban hasta las altas montañas que cerraban el horizonte, ostentándose en la llanura la potente y rica vegetacion de los trópicos. Un majestuoso rio vertia en la bahía el caudal de sus aguas, descendiendo por las praderas que cortaba como argentina cinta. Todo convidaba á abordar en las orillas de tan vistoso estanque, y una ensenada próxima al banco de ostras fue el sitio elegido para el desembarco que efectuámos con la mayor facilidad. Los perros sedientos de agua dulce, de que carecian hacia horas, no bien llegó á sus oidos el murmullo de un arroyo, cuando saltaron impacientes de la chalupa y se lanzaron á nado en busca de refrigerio. Maese Knips como más tímido no acababa de resolverse á salvar el corto espacio de mar que le separaba de la tierra. Veinte veces hizo ademan de saltar, y otras tantas retrocedió como si tuviera delante la inmensidad del Océano. Al fin nos apiadámos de él y tendiéndole la amarra del barco se aventuró á pasar con no poca gracia y ligereza. Fuímos en seguida al rio, que de Federico recibió el nombre de San Juan, y vímos que no habia exagerado su grandeza y majestad. Apagámos todos la sed, y no contentos con eso el mono y los perros se bañaron segun su costumbre.

Como el dia estaba muy adelantado para emprender la pesquería, despues de dejar bien amarrados los barquichuelos nos pusímos á cenar buenas lonjas de jamon, patatas fritas, tortas de cazabe y el pan correspondiente. Encendiéronse hogueras para la noche á fin de ahuyentar las fieras, si es que hubiese alguna por el contorno. Los perros hicieron su rancho al rededor del fuego y nosotros nos retirámos á la chalupa. Desde luego creí que si habia que temer algo era por tierra y no por mar. Sin embargo, por precaucion se instaló á Knips de vigía en el mástil. Extendímos la vela como un toldo para preservarnos del relente, y envueltos en las pieles de oso tendímonos en el fondo del barco á descansar, durmiendo un sueño tranquilo, sólo alguna vez interrumpido por el aullar de los chacales y la contestacion amenazadora del nuestro.

Al rayar el dia todos estábamos de pié, y despues de un frugal desayuno se dió principio á la pesquería de las perlas, empleando para recoger las ostras

los utensilios que se trajeron á prevencion, con cuyo auxilio en poco tiempo reunímos una cantidad considerable, que aun hubiéramos podido acrecentar; pero nuestra avidez se hallaba satisfecha, y eran más que suficientes las perlas que ya podíamos allegar para absorber el caudal disponible del buque que aportase á nuestras costas. Amontonámos las ostras pescadas cerca de la playa, esperando que el calor del sol las abriese sin alterar su contenido.

En este dia descubrí en el propio banco una yerba salada muy preciosa, la misma que sirve para hacer la sosa. Recogí una buena cantidad, pues por escasos que fuesen mis conocimientos químicos entreveia el medio de sacar un ventajoso partido tanto para la fabricacion del jabon como para otros usos no ménos importantes (1).

Al caer la tarde y cuando el sol desmayaba, ante aquella vegetacion tan lozana y vívida no pude resistir á la tentacion de dar un paseo alargándonos hasta un cercano bosquecillo al cual habia visto dirigirse algunas aves. Para facilitar la exploracion nos separámos, acompañando á cada muchacho un perro como resguardo. Ernesto fue el primero que penetró en el bosque. Santiago le seguia de cerca entre la espigada yerba, miéntras Federico y yo nos entreteníamos en proveer los zurrones para ir en pos de los cazadores. No pasarian seis minutos cuando oímos un traquido junto con la voz de alerta de Santiago, á la que se siguió otro disparo. Federico previno en seguida el águila, yo mi carabina, y siguiendo á los corredores perros, llegámos al campo de batalla á tiempo de ver el fin del combate y la victoria conseguida por nuestra gente.

Lo primero que observé á corta distancia y entre los árboles fue al pobre Santiago, que se me acercaba sostenido por sus dos hermanos. ¡Gracias á Dios, exclamé, no ha sucedido la catástrofe que me temia!

El bueno de mi hijo, que en otras ocasiones habia demostrado un valor y sangre fria superiores á su edad, esta vez, sin duda por cogerle solo el lance, se amilanó como nunca, exagerando el peligro que corria y la posicion en que se encontraba. Realmente no habia recibido herida alguna; encontrándose frente á frente con un cerdo montaraz, que bien pudiera pasar por jabalí, echóle este por tierra bruscamente, con lo cual se dió Santiago por perdido. A pesar de sus veinte años conservaba todavía gran parte de la fanfarronería y cobardía de su infancia. Sus hermanos con mejores piernas acudieron ántes que yo á salvarle, y con dos pistoletazos casi á boca de jarro libertaron al desgraciado aventurero de su terrible enemigo.

Sin embargo, el héroe de la fiesta seguia haciendo contorsiones y quejándose á más no poder de que no tenia hueso sano. Le desnudámos en seguida, y des-

(1) La sosa se entiende más comunmente por barrilla. Es una planta de la familia de las quenopodeas, cuyas cenizas, reducidas por el fuego á una masa dura de color ceniciento oscuro, se emplean como aquí se dice en la elaboracion del vidrio, jabon y otros usos. (*Nota del Trad.*)

pues de un escrupuloso registro me persuadí de que no tenia mas lesion que el gran susto que le cogia de los piés á la cabeza. Su respiracion era desahogada y todo el mal se redujo á dos leves contusiones.

—¿A qué vienen, le dije, tales lamentos? Y ¿tú te precias de cazador valiente? Cualquiera ménos habituado á este ejercicio se riera del lance en vez de deshacerse en lastimeras quejas.

—¡Sí, sí! el caso no ha sido para ménos, repuso el quejumbroso. Si Ernesto y Federico no llegan pronto creo que no quedo para contarlo.

—¡Vaya! ¡vaya! eso no es nada, dije animándole; sosiégate y vamos al campamento donde te repondrás un poco.

El tal campamento se componia de dos bancos y una tosca mesa que dispusímos con piezas de la chalupa. Llevámos á ella al molido mancebo, y por si su terror le acarreaba algun mal resultado díle á beber un vaso de vino de Canarias de la fábrica de Felsenheim, y acostado en el banco sobre mantas de algodon poco tardó en quedarse profundamente dormido.

Dejándole descansar á su placer nos volvímos á la playa, y en seguida dije á Ernesto que me refiriese punto por punto lo ocurrido, porque aun estaba á oscuras sobre el particular.

—Lo que ha sucedido es lo siguiente, respondió el mozo. Encaminábame tranquilo al bosque, cuando olfateando sin duda el perro la proximidad de la caza me dejó para perseguir á un jabalí (al ménos por tal le tengo) que atravesando la espesura se paró junto á un árbol para aguzar los colmillos en el tronco, gruñendo al mismo tiempo de una manera espantosa. A esta sazon llegó Santiago, y su chacal que tambien habia husmeado á la fiera se precipitó furioso sobre ella, miéntras mi perro tambien la atacaba. Al ver la lucha me fuí aproximando con cautela, pasando de un árbol á otro, hasta ponerme á tiro de la bestia, que algo repuesta rechazó al chacal arrojándole á alguna distancia, Santiago entónces disparó contra el jabalí su arma, pero le faltó el tiro, y el bruto furioso reparando en el nuevo adversario dió en perseguirle; sin embargo, Santiago corria más que él y en breve se hubiera librado de todo riesgo á no tropezar en una mata y caer en tierra. Yo disparé igualmente mi arma sin más éxito que mi hermano, que iba á pasarlo muy mal, pues el jabalí estaba ya hocicándole, cuando acudieron los otros dos perros sujetando á la fiera por las orejas de tal modo, que por más que hizo no pudo desprenderlas de sus dientes. Entónces el águila de Federico cayó sobre la cabeza del jabalí espumajoso de rabia, y á los pocos picotazos le cegó. Llega en esto Federico y le descerraja un pistoletazo que entrándole por la boca lo deja muerto en el acto. Al espirar el animal cayó sobre el cuerpo de Santiago, que aun no habia podido levantarse, con lo cual se acrecentó su terror. Ayudéle entónces á incorporarse, y al fin se levantó en la forma que V. le vió haciendo exclamaciones y no acertando á dar un paso. Como en medio de todo me confesó que no estaba herido, encargué á Federico que

le condujese hasta donde V. estaba, quedándome cerca del sitio donde habia visto al jabalí escarbar la tierra, y no fue poca mi sorpresa cuando noté allí mismo al chacal y á maese Knips regalarse con una especie de tubérculos negruzcos de que estaba sembrado el terreno. Recogí algunos, guardélos en el zurron y hélos aquí.

Al pronunciar estas palabras el naturalista me presentó cinco ó seis tubérculos como patatas, cuyo penetrante olor me llamó la atencion; partí uno y llevándolo á la boca reconocí que eran excelentes trufas.

—Sin duda, dije á mi hijo felicitándole por su descubrimiento, el jabalí en cuestion (aficionadísimo á la fruta) se gozaba desenterrando estas para su cena, y su furor le provino de habérsele molestado en su placentera tarea. El hallazgo no deja de tener mérito, y tu madre de seguro lo sabrá aprovechar, pues ya tiene un nuevo medio para sazonar los platos, que envidiarian más de cuatro gastrónomos de Europa.

Mis hijos mostraron deseo de que les diese algunos detalles sobre esta singular produccion que no presenta ninguna apariencia vegetál.

—Los naturalistas, les dije, están acordes en considerar la trufa como una especie de hongo que brota sin raíces, sin hojas ni tallos que descubran su existencia. Sería difícil encontrarla sin el penetrante olor que despide, el cual nunca llegaria á herir los imperfectos sentidos del hombre como no apelasen á órganos más perspicaces, tales como los de los cerdos y los perros. Los cerdos no se contentan con reconocer y desenterrar la trufa, sino que se la comen considerándola como uno de sus mejores regalos, miéntras que los perros se satisfacen con indicarla, arañando con las patas la superficie de la tierra en el sitio donde creen se oculta el precioso tubérculo.

—Y ¿no hay otro medio, insistió Ernesto, de conocer el terreno donde se crian las trufas?

—Segun dicen, existe un indicio bastante seguro, y es la presencia de algunas moscas verdes que revolotean por encima de los prados secos donde se crian por lo comun las trufas. Esas moscas son crisálidas procedentes de unos gusanos que roen estos tubérculos y sobre los cuales ponen sus huevos. La especie y forma de tales insectos no os la podré indicar porque la ignoro.

Se encuentran trufas en casi todas las partes del mundo; pero con más abundancia en los países templados. La Francia y el Piamonte las producen, segun cuentan, en cantidad prodigiosa, siendo muy estimados de los conocedores su carne y perfume.

La trufa es redonda, de forma irregular, superficie negruzca ó parda, llena de asperezas tuberculosas, y la baya es una fécula dura, compacta y jaspeada con venas de colores. Está clasificada juntamente con el hongo entre las plantas criptógamas. Por largo tiempo ha sido un secreto su reproduccion; mas segun parece al fin se ha descubrierto el medio de procrearlas. Si es verdadero este hecho,

de modo que cualquiera pueda multiplicar á su placer un tubréculo cuyo principal mérito consiste en la rareza, la trufa decaerá de su gloria, oscureciéndose la auréola con que la han ceñido los inteligentes gastrónomos que vienen heredando la gula de los que florecieron en el antiguo imperio romano.

Entretenidos en esta conversacion tomónos la noche y con ella la hora de cenar y ocuparnos en los preparativos para recogerse; con que despues de encender las hogueras de costumbre tomámos un bocado y nos retirámos á la chalupa, donde á poco nos dormimos tan apaciblemente como en la gruta de Felsenheim.

CAPÍTULO LVI.

Visita al jabalí.—El algodon de Nankin.—El leon.—Muerte de Bill.

A la siguiente madrugada ya estábamos en camino para practicar el reconocimiento del jabalí muerto y decidir en pleno consejo lo que con él hacer debíamos. El pobre Santiago, fatigado con la aventura de la víspera, no daba aun señal de vida. Acompañados de los perros que adivinando nuestro objeto nos seguian contentísimos, dirigímonos al punto donde el animal yacia cadáver. Encontrámos una corpulenta masa de carne, cuyas formas y feroz aspecto me dejaron altamente pasmado; la cabeza era descomunal: á buen seguro que semejante bruto se las pudiera haber con un búfalo y hasta con un leon de los mayores.

—¡Cáspita! exclamó Federico, hé aquí con que suplir los afamados jamones de Westfalia. Este marrano los tiene colosales.

—Pues á mí, dijo Ernesto, poco me llaman la atencion los jamones, que á mi entender estarán más duros que una piedra y con tufo á monte que trascenderá á la legua. La cabeza sí que es una pieza magnífica para el museo. Pero en vez de elogiar las diferentes partes de este animal, mejor fuera discurrir el modo de trasportarle á la embarcacion.

—En cuanto á eso, repuso Federico, si papá quiere dejarme obrar, corre de mi cuenta, y á fe que el trasporte no será dificultoso.

—Por mí, respondíle, estás autorizado para hacer lo que se te antoje; advierto únicamente que, como ha dicho bien Ernesto, me temo que la carne de este africano entrado en años sea peor que la del viejo jabalí de Europa. En su consecuencia, sin privarte de hacer lo que quieras, mi opinion es que en vez de fatigaros en la conduccion de este cadáver, bastante mutilado ya por los perros, sería lo más acertado destazarle aquí y llevarnos los trozos que mereciesen la pena.

Acertada la idea, en seguida se cortaron los jamones y cabeza del jabalí. Con grandes ramas se improvisaron rastras, que tiradas por los perros sirvieron para

conducir á la playa el cargamento de carne. Algo costó dar á entender á los alanos y al chacal que su única mision se reducia á acarrear lo que se les encomendaba sin hincarle el diente; pero una continua vigilancia y alguno que otro aviso con un palo aplicado á tiempo suplieron la insuficiencia de las recomendaciones.

Miéntras atábamos á las ramas los restos escogidos de la res, la casualidad nos deparó otro descubrimiento más precioso; reparando Ernesto entre el ramaje de la rastra una clase particular de nueces, abrió una, y en vez de almendra ó pepita halló con sorpresa un algodon finísimo de color oscuro, que reconocí al momento ser el verdadero algodon de Siam con que se fabrica el mahon, cuya tela debe su nombre á la provincia de la China que lo produce con más abundancia, y á la naturaleza el color con que le conocemos. Hicímos pues una buena provision de nueces, cortando algunos renuevos para trasplantarlos en Felsenheim.

El convoy llegó sin novedad al campamento donde me estaba aguardando Santiago ya repuesto de la pasada borrasca. Al ver por segunda vez aunque separada del cuerpo la cabeza de su terrible enemigo, no dejó de sobrecogerse, si bien mostró luego el deseo de que como recuerdo del suceso se conservase en el museo; mas alegando Ernesto que sería sobremanera difícil la diseccion de esta pieza por su tamaño y estructura, y que por otro lado si se echaba á perder sin conseguir el objeto nos privaríamos de un plato exquisito que casi nunca falta en las principales mesas y apetecen sobremanera los gastrónomos, acordóse que en vez de disecar la cabeza del jabalí se asaria con trufas á la otaitiana como se hizo con el pecari en uno de los años anteriores; con que pasando del dicho al hecho, Federico y Ernesto se pusieron á cavar el hoyo correspondiente, encargándome yo de limpiar bien la cabeza, chamuscar la cerda y preparar los jamones para curarlos ántes de llevárnoslos. En seguida se rellenó la cabeza de trufas, y bien sazonada con sal, especias y nuez moscada se colócó en el hoyo sobre una capa de follaje; y cubriéndola luego con rescoldo y piedras candentes dejóse el resultado á la actividad del improvisado horno.

En tanto que esto se realizase se procedió á acecinar los jamones, encendiendo una hoguera sobre la cual se colgaron de la rama de ùn árbol á regular altura para que se ahumasen.

Todo el dia se pasó en tan variadas faenas, y al anochecer, creyéndole ya en su punto nos disponíamos á desenterrar el asado y ponernos á cenar cuando un prolongado y formidable rugido salió del bosque á herirnos los tímpanos. Era la primera vez que oíamos tal acento, que repetian los ecos de la montaña, llenándonos de terror inexplicable, en tanto que los perros y el chacal respondian con aullidos.

—¡Vaya un concierto diabólico! dijo Federico echando mano á la carabina para reconocer si estaba bien cargada. Esto parece serio, continuó, y será bien

que todos entren en la chalupa miéntras subo el rio con el cajack para indagar el peligro que nos amenaza.

El plan me pareció acertado y lo puse por obra; echóse cuanta leña se encontró á mano en la hoguera para que diese más resplandor, y sin perder tiempo nos embarcámos en el bote. Federico en breve desapareció en la oscuridad á la sazon completa.

Los rugidos entre tanto no cesaban y cada vez los íbamos sintiendo más cercanos. Los despavoridos perros sin abandonar su puesto cerca del fuego dirigian la vista inquieta al bosque, y su lastimero aullar más bien indicaba terror que audaz animosidad. Maese Knips estaba más asustado que ellos, causando lástima ver lo que sufria en tales momentos. En cuanto á mí la idea del peligro no me espantaba tanto, calculando que sería alguna pantera ó leopardo atraidos por los restos del jabalí que dejáramos junto al bosque.

Poco duró mi incertidumbre, pues á la luz que despedia la hoguera divisé al terrible animal, causa de nuestro terror. Era un leon, y no un leon cualquiera, sino mayor que los que habia visto en las casas de fieras y jardines reales de Europa. A la cuenta habia seguido el rastro del jabalí, salvando en dos ó tres saltos el trecho que mediaba entre el bosque y la playa, en la cual se detuvo inmóvil, mirando al mar con aire de majestad terrible; mas á poco, como acometido de súbita rabia, se levantó, y azotándose el cuerpo con la cola despidió sonoros rugidos, ora clavando los ojos en los jamones que estaban ahumándose, ora en los perros que por instinto de conservacion permanecian atrincherados tras la hoguera que servia de obstáculo á la aproximacion de la fiera. Demasiado lo conocia esta y bien lo demostraba en sus ademanes de querer salvar esa para ella insuperable valla y llegar hasta nosotros. Tan terrorífica pantomima se prolongó por algun tiempo, adelantándose el leon unas veces y retirándose otras hasta el arroyo, pero estrechando cada vez más los semicírculos que trazaba con sus movimientos. Por último, cual si meditara despacio la acometida, eligió una posicion cómoda extendiéndose cuan largo era con la cabeza apoyada en las patas delanteras, y nos miró de hito en hito como adivinando que éramos sus verdaderos enemigos. Iba á echarme la carabina á la cara cuando oímos una detonacion: simultáneamente el rey de los animales dió un salto prodigioso, exhaló un horrible rugido y cayó exánime.

—Este tiro es sin duda de Federico, dijo á media voz Ernesto, á quien el miedo casi embargaba el uso de la palabra. ¡Dios mio, salva á mi hermano!

—Creo esté ya salvado, exclamé con alegría. El tiro es de mano maestra y la bala ha traspasado sin duda el corazon de la fiera. Vamos á reunirnos con él.

A pocas remadas ya estábamos en la playa. Los perros al vernos ladraron con más fuerza volviendo la cabeza hácia el bosque, como para anunciarnos que aun habia algo más que temer por aquella parte. No desprecié la indicacion, y renunciando á mi primera idea, y arrojando de paso pábulo á la hoguera, más

què de prisa volvímos á nuestro retiro, tan á tiempo que al poner el pié en el barco apareció otro enemigo ménos fuerte que el primero, pero de igual aspecto formidable: era una leona, la hembra sin duda del soberbio animal que acababa de sucumbir.

Esta se dirigió al cadáver de su compañero, lamió la sangre que brotaba de su herida, y cuando llegó á convencerse de que ya no existia, rabiosa y sedienta de venganza comenzó á rugir echando espuma por la boca. El mismo cazador que habia rematado el macho hallábase igualmente á la vista de la hembra, y de un balazo la rompió el espinazo. Al sentirse herida se enfureció más la leona, revolcándose por la arena; pero los perros que aguardaban este momento arrojáronse los tres sobre ella al mismo tiempo, trabándose entónces el más horrible combate. La oscuridad, los rugidos de la leona y los espantosos aullidos de los perros encarnizados en la presa ofrecian una escena imposible de describir. Dos de los alanos se habian abalanzado á los costados de la fiera, y la valiente Bill la tenia cogida por el cuello. Con otro disparo por mi parte quizá hubiera terminado la lucha; mas no pudiendo ser la puntería segura á causa de la oscuridad, me exponia á herir ó matar algun perro. Sin embargo, no pude aguantar más: salté en tierra, y yendo derecho al animal que sujetaban los perros le hundí mi cuchillo de monte en el pecho traspasándole el corazon, y en seguida cayó inerte bañado en su sangre.

Cara nos costó esta segunda victoria: la pobre Bill, acribillada de mordeduras y desgarrada por mil partes espiró casi al mismo tiempo que la leona.

En este instante se presentó Federico, el cual animado de mi misma idea traia en la mano su ya inútil puñal desenvainado. Ambos fuímos á juntarnos con Ernesto y Santiago á quienes encontrámos llorando, y al vernos se arrojaron á nuestros brazos. El inminente riesgo que acabábamos de correr les habia causado una angustia mortal y apénas podian convencerse por nuestros reiterados abrazos de que estábamos ilesos.

Nuestro primer cuidado despues de los primeros arranques de alborozo fue atizar el fuego é ir con teas á reconocer el lugar del combate: desde luego observámos el inanimado cuerpo de la pobre Bill tendido sobre el cadáver de su adversario, víctima de su valor y ejemplar fidelidad, pero apénas pudímos reprimir un involuntario terror al ver la pareja real, que aun sin vida y por lo tanto inofensiva conservaba un resto de grandeza y majestad.

—¡Qué bocaza! decia Ernesto alzando la cabeza del leon. ¡Si cabe en ella el cuerpo de un hombre!

—¡Pues y las garras! añadió Santiago, ¡con razon le llaman el rey de los animales!

—Verdad es, hijos mios, dije, y por lo tanto mayor debe ser nuestro reconocimiento á Dios que se ha dignado salvarnos otra vez, y porque ha dado al hombre suficiente fuerza y energía para triunfar de semejantes enemigos.

—¡Desgraciada Bill! exclamaba Federico, separando el cuerpo de la leona del de nuestra vieja é inseparable compañera. Esta pobre se ha sacrificado por nosotros, como nuestro buen asno cuando la boa, con la diferencia de que aquel salió á buscar el peligro miéntras que la perra ha ido derecha á él. Hé aquí una nueva ocasion para que maese Ernesto componga otro epitafio, que bien lo merece la que tan gloriosamente ha sucumbido por la defensa comun.

—¡Ah! respondió el doctor, no está ahora el horno para rosquillas. Cuando me reponga un poco de los sustos que acabo de pasar me ocuparé de eso; ahora á duras penas encontraria consonantes.

—Si no es en verso que sea en prosa, insistió Federico, para el caso es igual. Miéntras tributamos los últimos honores á la pobre perra, pon en prensa el magin y á ver si tienes compuesto el epitafio para cuando esté colocada la piedra del monumento.

Acto continuo se cavó un hoyo profundo donde sepultámos el cadáver de nuestra vieja compañera. Se cubrió de tierra, y la primer lápida que encontrámos sirvió de losa funeraria. Apénas estaba colocada cuando compareció Ernesto con un papel en la mano.

—De buena gana hubiera querido ser poeta, dijo; pero la musa no ha querido soplar. Bill se contentará con un epitafio en prosa.

En seguida en tono patético comenzó á recitar lo siguiente:

AQUÍ YACE
BILL, PERRA ADMIRABLE
POR SU VALOR Y ACRISOLADA FIDELIDAD;
MURIÓ DESGRACIADAMENTE
BAJO LAS GARRAS DE UNA LEONA
QUE MATÓ ELLA MISMA.

—¡Bravo! exclamó Federico; te pintas solo en eso de epitafios, sean en prosa ó en verso.

Santiago, para quien era lo mismo una cosa que otra, varió la conversacion manifestando que la velada se habia prolongado más de lo regular y que estaba en el órden natural de las cosas hacer algo por la vida, cuanto más que la cabeza de jabalí á la otaitiana nos estaba aguardando.

—Lo que es por mí, añadió, ya he dormido bastante; aun me zumba en los oídos la música infernal de los leones, y no encuentro ocupacion mejor para el resto de la noche que una buena cena que repare el estómago desfallecido con tantas emociones.

La propuesta de Santiago aceptóse por unanimidad, y miéntras yo curaba las heridas de Folb y Braum, mis hijos desenterraban el asado quitando la triple capa de ceniza, carbon y tierra que lo envolvia. Pero desgraciadamente, en vez del suculento plato con que pensaban regalarse, se encontraron, lo que no

podia ménos de suceder por el descuido habido, con una informe masa de carne y huesos casi carbonizados. Estaban ya para dárselo á los perros, cuando les atajé diciendo que quizá podria sacarse de la parte interior algun provecho, á pesar de la desfavorable apariencia externa. En efecto, se fué separando de la cabeza el pellejo que era lo únicamente churruscado, y se halló un manjar delicioso saturado por las trufas con tan buen aroma y excelente sabor que no hubo más que pedir.

Despues de cenar dispuse que pasásemos á descansar en la chalupa las tres ó cuatro horas que faltaban hasta el dia. La noche habia sido agitadísima y era indispensable algun reposo. Siendo ya de madrugada, el fresco nos hizo apreciar la utilidad de las pieles que habíamos traido para abrigarnos. Los climas cálidos son peligrosos por el frio relente, y así se explica por qué los animales de la zona tórrida son tan peludos.

Luego de salir el sol comenzámos á desollar los leones para apropiarnos sus magníficas pieles. La jeringa, utensilio que ya se tenia buen cuidado de traer en todas las expediciones, nos prestó un gran servicio abreviando sobremanera la operacion. La piel del leon sobretodo era alhaja digna de un monarca, con su pelo espeso y fino, á excepcion de la melena, que le caia desde la frente hasta la mitad de la espalda. Arrancadas las pieles, lo demas de los cadáveres se abandonó á las aves de rapiña que acudieron á bandadas.

La ocupacion en que nos entreteníamos dió pié para que se hablase del leon y se combatiesen algunos errores y preocupaciones que mis hijos conservaban acerca de esa fiera.

—De todos los seres de la creacion, dije, pocos hay tan conocidos como el leon, y sin embargo, sobre ninguno se han escrito y forjado más fábulas. La misma soberanía que se le atribuye ha inducido á suponerle cualidades especiales basadas en la generosidad y grandeza de ánimo. Por más que digan, no es clemente ni magnánimo, sino una fiera terrible que devora su presa lo mismo que el tigre y la pantera, de los cuales difiere en ser ménos sanguinario cuando se encuentra satisfecho, en lo que le igualan otros animales.

El error que tanto favorece al leon data de la antigüedad más remota. De tiempo inmemorial el leon ha sido emblema de valor y nobleza, y los naturalistas modernos tambien le han conferido el título de rey de los animales.

El leon, dice Buffon, tiene un aspecto imponente, mirada penetrante y fija, andar fiero y voz terrible. Su cuerpo no es abultadísimo como el del elefante y rinoceronte, ni pesado como el búfalo ó hipopótamo, ni demasiado recogido como el de la hiena y el oso, ni harto estirado y jiboso como el del camello; sino que por el contrario por sus buenas proporciones parece ser el modelo de la agilidad y la fuerza. Tan riguroso como robusto, sin sobreabundar de gordura y carnes, todo en él son nervios y músculos que le dan la gran fuerza que demuestra en sus prodigiosos saltos, en sus coletazos capaces de derribar un hombre,

en la facilidad con que contrae la piel de su cara, y sobretodo de la frente, lo cual influye mucho en su fisonomía ó mejor en la expresion de su furor; y por último, en la facultad que posee de sacudir la melena, que no sólo se eriza, sino que se agita en todos sentidos cuando está furioso.

Si esa pintura es fiel, proseguí, y si segun ella el leon dista mucho de la decantada magnanimidad que quieren suponerle, no me sé explicar el empeño que ha habido en extraviar la opinion sobre este punto. Y si no dígalo la pareja que acaba de sucumbir.

—Vaya, papá, dijo Ernesto riendo, veo que V. se ha propuesto derribar del trono al rey leon. Yo reclamo en su favor, y con tanto más gusto, cuanto que VV. le han vencido; así será para VV. mayor gloria cuando un dia puedan decir: Hemos rendido á nuestros piés al rey de los animales, que no contar humildemente que han muerto una fiera.

Federico agradeció al doctor el interes que se tomaba por nuestra gloria, y la conversacion siguió rodando sobre las soberbias pieles que habíamos adquirido. Santiago, siempre romántico y novelesco, opinaba por hacer de a del leon un manto por el estilo del que supone la mitología que llevaba Hércules despues de su victoria en los bosques de Nemea (1); pero no siendo ocasion entónces de discutir ese punto, quedó para otra aplazado el destino que se daria á tan preciosos despojos.

Los rayos del sol comenzaron á ejercer su influencia sobre las ostras de las perlas, que ya hacia dos dias estaban amontonadas en la playa para que se abriesen, y era tal el mal olor que despedia aquel foco de corrupcion, que nos obligó á marchar sin demora á Felsenheim, quedando en volver para recoger las perlas. Los preparativos no fueron largos y aquella misma mañana nos dímos á la vela con el cargamento.

Esta vez Santiago rehusó efectuar la travesía en el calack de Federico, pretextando que el ejercicio del doble remo era demasiado fatigoso para él, y así se vino con nosotros á la piragua donde la vela y las ruedas mecánicas economizaban el trabajo, quedando Federico como único tripulante de su barco, que tomó la delantera como la vez anterior para guiarnos en aquel laberinto de escollos.

Luego que salímos de ellos y entrámos en el mar despejado, apreté á los remeros para que redoblasen sus brios y llegar á buena hora á Felsenheim. Mi buena esposa debia ya estar inquieta por nuestra ausencia de tres dias. Dirigiendo el rumbo á Levante, despues de atravesar felizmente el canal que desembocaba en la Bahía de las perlas, ántes de ponerse el sol desembarcábamos en la del Salvamento.

(1) La muerte del leon de Nemea fue uno de los doce trabajos impuestos á Hércules y que le inmortalizaron, en cuyo recuerdo se le representa cubierto con la piel de dicha fiera, que parece que llevó siempre puesta como trofeo de su victoria. (*Nota del Trad.*)

Allí nos aguardaban mi esposa y Franz, á quienes nuestra detencion ya habia parecido demasiado larga, con especialidad á la primera, á quien siempre sobresaltaban los viajes marinos; pero la zozobra se desvaneció cuando nos vió á todos reunidos y se la pusieron de manifiesto las riquezas que traíamos. Al ver las pieles de los leones el corazon la dió un vuelco acudiendo á su imaginacion la idea del inminente riesgo que habria mediado para conseguirlas.

La cena estaba preparada, y durante ella se contó lo acaecido. Las trufas, el nankin, y particularmente las pieles de ambas fieras fueron objeto de mil cuestiones y preguntas á las que satisfacímos por extenso hasta la hora del descanso que tanto habíamos menester.

CAPÍTULO LVII.

Otro viaje á la Bahía de las perlas.—Cachalote.—Lobos negros.—Esperma de ballena.—Horno de cal.—Barrilla.—Regreso á Felsenheim.—Nuevo invierno.

Antes que el calor echase á perder las pieles de leon ocupéme al siguiente dia en curtirlas, operacion que no quise confiar á nadie para que saliese más á mi gusto. Al efecto las trasladé á la tenería del Islote de la ballena miéntras el resto de la familia quedaba con el encargo de poner en órden para su mejor conservacion las nuevas provisiones adquiridas.

Con los cinco dias que se pasaron en estas diversas faenas y los tres trascurridos desde la pesquería de las perlas, eran ya ocho los que llevaban de estar al sol las ostras, tiempo suficiente para que se hubiesen abierto y se pudiese recoger tan inapreciable tesoro.

A la verdad como estas riquezas de pura apreciacion no nos eran de utilidad inmediata, no ocuparon tanto mi atencion que me hiciesen medir el tiempo; pero Federico, á quien embargaba más que á mí la esperanza del dia en que nuestra situacion cambiase, instóme á que cuanto ántes fuésemos á retirar aquel respetable caudal.

Quedó pues resuelta la partida para el dia siguiente, y á fin de no dejar en cuidado á mi esposa y podernos detener el tiempo necesario en la Bahía de las perlas hasta recogerlas todas, la rogué que nos acompañase en el viaje, fácil y seguro con la pinaza, donde cabíamos todos, ménos Federico que tripularia el caïack para guiarnos.

Aunque como repetidas veces llevo dicho la buena Isabel solia hacer ascos al mar, sin embargo, á trueque de vernos todos juntos y medio persuadida por las seguridades que se la dieron, consintió en ser de la partida, resolucion que llenó de júbilo á la familia, con especialidad á Franz, que segun me manifestó hubiera sentido quedarse por segunda vez inactivo, sin tomar parte en los combates y victorias que se libraban y obtenian.

Desde que la madre accedió á mi deseo, la familia cual laborioso enjambre de abejas se puso en movimiento para disponer la pinaza y allegar provisiones y utensilios, de modo que ántes de ponerse el sol todo estaba listo para el dia siguiente.

Claro y radiante amaneció, y embarcados con propicio viento y serena mar, en pos de Federico, que iba siempre de vanguardia, llegámos en breve á la altura de la tan deseada Bahía; pero ántes de entrar en ella un obstáculo en que no habíamos reparado por poco hace zozobrar el esquife, el cual chocando con una masa negra ladeóse más de lo que se quisiera. Mi esposa é hijos dieron un grito de espanto, pero la ligera embarcacion tardó poco en recobrar el equilibrio.

Dicho obstáculo no era un escollo como al principio me temia, sino un mónstruo marino de la familia de los cetáceos sopladores, pues á poco vímos sobre las olas dos surtidores de agua y sangre. Abocámos los cañones de la pinaza, y una andanada asestada al mónstruo no le dió tiempo para hacer volcar nuestra embarcacion, lo que indudablemente hubiera sucedido con las fuerzas que le quedaban á pesar del daño que le causó nuestro encuentro hiriéndole de gravedad. Gran gusto recibímos de verle á flor de agua arrastrado por las olas hácia un banco de arena situado cerca de la costa. Así nos entregaba el mar nuestra presa, que consistia en un cachalote de más de cuarenta piés de largo, el cual tendido en la arena semejaba un barco varado.

«Despues de la ballena, dice un naturalista, el cetáceo más notable por su tamaño es el cachalote, que disputa el imperio de las olas á aquella reina del Océano. El cachalote es más valiente y está más armado que la ballena; va siempre acompañado de otros de su especie, recorre casi todos los mares, persigue su víctima en cualquier paraje donde se refugie, lleva la devastacion hasta en los bancos de pescado, y ataca á la misma ballena con furor. Cachalote hay que llega á contar ochenta y más piés de largo; dotes suyas son la agilidad y el valor, miéntras que la ballena es tímida, viaja siempre sola y rara vez sale de su acostumbrado retiro. El cachalote es un cetáceo vagabundo que lo mismo se encuentra en el Ecuador que en los hielos del polo; vense caravanas de ellos que cruzan los mares en todos sentidos, y ningun punto del Océano se exime del tributo que la voracidad de estos mónstruos le impone.»

Se cuentan siete especies de cachalotes. Uno de los principales caractéres de este cetáceo es la gran cantidad de dientes de la mandíbula inferior, miéntras que la superior no cuenta más de tres. Tiene el hocico obtuso y descomunal atendido su cuerpo, y la cabeza compone casi la mitad de su masa. La lengua es pequeña, pero en cambio las fauces son tan anchas que por ellas entraria no sólo un pescado grande, sino hasta un buey entero.

El cachalote suministra ménos aceite que la ballena, pero esta diferencia se

compensa con el producto que se saca de su inmenso cerebro llamado vulgarmente esperma de ballena, materia lustrosa semitrasparente compuesta de una agregacion de copos muy ligeros, suaves y untuosos al tacto, inflamables y disolubles en el aceite. Esta sustancia cuando fresca da poco olor, pero tiene un sabor agradable y oleaginoso. Aplícase en medicina y con ella se hacen bujías cuya blancura iguala ó supera la más purificada cera (1). Se cree tambien que de este animal se saca el ámbar gris, especie de aroma tan conocido como de dudoso orígen (2).

El cachalote que la suerte nos deparara brindábanos con una riqueza que no era de desperdiciar abandonándola á merced de las gaviotas y aves de rapiña. Como no nos urgia recoger las perlas, y un dia más de detencion vendria quizá bien para que el calor acabase de abrir todas las conchas, determinámos aprovechar toda la sustancia oleosa que contuviesen el cráneo y la espina dorsal del cetáceo. Desgraciadamente nos encontrábamos sin barriles donde encerrar el precioso producto, y en tal embarazo Federico se acordó de haber leído en no sé qué libro un procedimiento usado en las Indias, que consistia en llenar de este aceite medio cuajado sacos de tela mojados. La idea no me pareció mala, y como nada se perdia en probarla, y á más la necesidad apremiaba, mojámos en el mar cuantos sacos llevábamos en el barco, ahuecándolos con aros interiores de rama.

Más de dos horas se invirtieron en estos preparativos, y como entónces la marea no se encontraba aun bastante alta para que nos aventurásemos á dirigirnos con la pinaza hácia el banco de arena donde estaba el cachalote, echámos mano de la piragua y del caïack de Federico. Mi esposa no tuvo á bien acompañarnos en ninguno de los dos barquichuelos, quedándose en la pinaza con Ernesto, y los demas muchachos y yo, junto con los perros y el chacal, trasbordámos y en pocos minutos llegámos al punto donde nos dirigíamos. El mónstruo se encontraba todavía sobre la seca arena, y los alanos se precipitaron sobre él con la mayor furia dándole la vuelta y ocultándose á nuestra vista; mas á poco siniestros y repetidos aullidos diferentes de los perros que á su vez respondian ladrando denotáronnos que estaba sucediendo algo extraordinario. Nos

(1) La esperma ó *blanco de ballena* es una sustancia particular blanquecina que se deposita en dos grandes cavidades situadas en la region superior del cráneo de los cachalotes. Consta de un principio craso llamado cetina, entra en la composicion de varios emplastos medicinales, y tambien se toma interiormente en polvo.

(2) Desde 1781 la mayor parte de los autores han creido con Swediacor que la sustancia llamada ámbar gris es un agregado de alimentos mal digeridos ó mezcla de excrementos y porciones descompuestas por la digestion en el intestino ciego del cachalote. Sin embargo, Pelletier y Caventon insisten en que el ámbar gris pudiera muy bien ser un cálculo biliario. Esta produccion viene de las Indias, y se encuentra una clase de ella flotante en los mares, cuyo orígen no es fácil adivinar. Se emplea este ámbar en perfumería y medicina, y rara vez se encuentra pura, en cuyo caso alcanza subido precio. (*Notas del Trad.*)

aproximámos y vímos á los perros luchando á brazo partido con una manada de lobos negros, á los cuales encontraron ocupados en destrozar un costado del cetáceo (1). Dos de estos parásitos estaban ya espirando en la arena, otros dos resistian aun á los alanos, y el resto huyó hácia la costa cruzando el mar por un sitio vadeable. Algunos chacales que les habian acompañado en la expedicion tomaron el mismo camino, costándonos trabajo contener al de Santiago, ansioso de seguir sus huellas y contento sin duda con el imprevisto encuentro de sus compañeros.

Los perros alcanzaron completa victoria. Cuatro lobos yacian por tierra; pero no se consiguió el triunfo impunemente: cosidos á dentelladas los pobres animales se hallaban en el estado más lastimoso. Santiago se encargó de la primera cura, miéntras Federico y Franz me ayudaban en mi ruda faena.

Encaramóse el primero como pudo sobre la espalda del mónstruo, y á hachazos le abrió la cabeza. Cerca de él estaba yo con uno de los sacos preparados, y Federico iba sacando los sesos como si fuera de una cuba y vertiéndolos en el saco, en tanto que Franz con barro desleido revocaba el exterior del talego, cuya costra endurecida luego al sol impidió que filtrase la grasa líquida. Así se fueron llenando los sacos, pues á medida que Federico vaciaba la cavidad del cráneo la médula de la espina dorsal se iba derramando en aquel, hasta que al fin, sin duda por la coagulacion, cesó de salir, no dejando nosotros de aprovechar cuantas vasijas teníamos en los barcos para que el acopio fuese mayor. Tanto estas como los sacos se cubrieron con ramaje para preservar su contenido de los rayos solares y del apetito de las aves marinas que comenzaban á acudir para devorar el cachalote.

Como esas tareas nos ocuparon toda la tarde, fue preciso pensar en la vuelta; la marea estaba alta, y no pudiendo nuestras embarcaciones por su escaso porte contener el cargamento preparado, dispuse que las vasijas pequeñas se llevasen á bordo así como los cuatro lobos muertos, y en cuanto á los sacos de esperma, bien cerrados y amarrados á un cable sólido, Federico lo sujetó al caïack, y así remolcados, como el contenido estaba semicuajado, flotaron como si estuviesen henchidos de aire.

Llegados á la pinaza trasbordáronse las nuevas adquisiciones sin olvidar los lobos, cuyas pieles, lo único que de ellos se podia aprovechar, tenian tambien su precio. La buena madre se alegró de todo, y en particular del aceite y esperma, que la venian de perlas para el alumbrado. Dispuesta ya la cena sentámonos alegremente á la mesa, donde se contaron las aventuras del dia. Excusado es decir que mi esposa se ocupó ante todo en la curacion de los perros por Santiago iniciada, lavando sus heridas con aguamiel hervida con varias plan-

(1) Estos lobos sin duda pertenecen á la especie llamada *canis lycaon* ó lobo negro, ménos comun en Europa y mucho más sanguinario que los otros. (*Nota del Trad.*)

tas aromáticas y dándoles una abundante sopa bien caliente que reanimó sus fuerzas.

A la siguiente alba levámos anclas, y guiados por Federico que iba delante con el caiack, enderezámos el rumbo á la Bahía de las perlas, término del viaje interrumpido por el encuentro del cetáceo. Despues de sortear los escollos que la formaban abordámos en el mismo sitio donde lo efectuáramos pocos dias ántes. Todo estaba tal como lo habíamos dejado: la mesa y los bancos de la playa, en pié; el hoyo donde se hizo el asado, y las piedras del hogar, intactos; pero la atmósfera se hallaba ya purificada, pues consumidas las ostras por el sol no exhalaban ya mal olor. Los cadáveres de los leones y del jabalí no presentaban sino un informe monton de blancos huesos: los buitres y demas aves rapaces, sin contar las alimañas del bosque, habian devorado hasta la más mínima partícula de carne.

Todo aparecia tranquilo en la costa, por lo cual juzgámos no habia inconveniente en sentar allí los reales para recoger las perlas que las conchas del todo abiertas nos permitian extraer. Con los utensilios de que íbamos provistos la operacion fue facilísima, si bien algunas perlas estaban tan adheridas al nácar de la concha que sólo rompiéndola podian arrancarse. Reunidas todas, contámos más de cuatrocientas, algunas muy gruesas y de oriente y redondez admirables.

Recogida esta inestimable riqueza en un saco, hubo que pensar en comer. Los cuatro hermanos salieron con las carabinas y zurrones á ver si cazaban algun pájaro de cuenta en el bosque de las trufas. No les vino á tiro ninguno grande, pero sí algunas chochas, perdices y gallinetas, que luego de peladas entraron á aumentar el caudal del puchero.

Cumplido ya el objeto del viaje sólo faltaba regresar á Felsenheim; pero un descubrimiento imprevisto nos detuvo más tiempo del que imaginábamos en el fondeadero de la bahía. En uno de mis paseos por la deliciosa costa reparé en unas piedras que por su aspecto me parecieron fáciles de convertir en cal, y sin más averiguacion dispusímos desde luego una sencilla calera á orillas del mar. La calcinacion de las piedras nos obligó á pasar allí parte de la noche; miéntras un fuego vivo ejercia su accion sobre la masa caliza, para envasar la cal fabricámos con cortezas de pino unos toneles parecidos á los corchos de las colmenas, con aros de bejuco.

Era ya entrada la noche, y como al dia siguiente habíamos de trabajar bastante, despues de echar un vistazo al horno y leña al fuego, nos fuímos á recoger, unos en la pinaza y otros á la orilla del mar, como en la noche anterior.

Al despuntar el dia todo el mundo, hasta mi esposa, puso manos á la obra. La cal estaba en su punto, y varios pedazos calcinados que sometí á la prueba del agua me aseguraron la bondad y excelencia de su clase.

Tampoco eché en saco roto la yerba de sosa encontrada anteriormente. Se

recogió gran cantidad, y la calera sirvió para reducirla á cenizas convirtiéndola en sal alcalina, propia para hacer vidrio y jabon.

Gracias á la actividad desplegada, cuando llegó la tarde y nos pusímos á comer, la pinaza estaba cargada de cuanto habíamos de trasportar, y aparejada cada cosa de la mejor manera en los tres buques de nuestra escuadra, leváronse anclas en direccion á Felsenheim. La vela de la pinaza, hinchada por el favorable viento, hacíala andar majestuosamente, y el caïack de Federico, en el que Franz por primera vez quiso tomar asiento, abria la marcha guiándonos entre los escollos. Cuando estuvímos á la altura de Prospecthill propuse descansar un rato en la Granja. Federico y su hermano nos pidieron permiso para continuar la ruta, y adelantarse á preparar el alojamiento en Felsenheim.

Todo se encontró en órden en la alquería. Las colonias de volátiles prosperaban cada vez más, así como los plantíos recien restaurados.

De Prospecthill fuímos á tocar en el Islote del tiburon, donde los conejos de Angora nos facilitaron buena provision de fino y sedoso pelo. Del islote singlámos con rumbo á la costa de Felsenheim, y apénas divisámos el techo del palomar cuando cuatro cañonazos saludaron nuestra llegada. Esta prevision de Federico y Franz causó grande efecto; únicamente el doctor Ernesto puso el reparo de que la salva debiera haber sido de número impar de cañonazos.

—Lo que han hecho, dijo magistralmente, es lo contrario de lo que prescriben los usos marítimos, y denota que nuestros artilleros los ignoran.

La observacion del sabio era fundada, pero por más que la exagerase la dímos poca importancia, si bien para compensar la falta de nuestros artilleros respondímos á su salva con otra de siete cañonazos.

Poco despues vímos venir á Federico y Franz en su bote, que nos recibieron á la entrada de la bahía, escoltándonos hasta la costa, y desembarcando ántes que nosotros facilitaron el abordaje, con especialidad á la buena madre que no cabia de gozo al verse otra vez en su cómoda residencia.

Entre tanto la mala estacion se venía encima, y alguno que otro repentino chubasco nos anunciaba que era menester activar el esquilmo de los frutos y poner á buen recaudo las provisiones de invierno, dándonos tanta prisa que cuando comenzaron el viento y las lluvias fue preciso cerrar la puerta de nuestra morada, ya todo estaba en cobro.

Diez años de estancia en la isla parece que ya debian habernos acostumbrado á los crudísimos inviernos de estas regiones; con todo, cada vez nos entristecian más, y no era extraño, atendido el completo trastorno de la naturaleza que precedia y terminaba los meses de reclusion forzosa. El mar se alborotaba y conmovia en sus profundos abismos; el viento, los truenos, los relámpagos, todo conspiraba á hacer temer una pavorosa crísis, cuyos límites pudieran alguna vez exceder lo que imaginar cabia.

Pero no habia más remedio que pasar por ello y aminorar en lo posible el

fastidio inherente á la vida monótona y sedentaria que por algun tiempo era menester sobrellevar. Por eso reservábamos por via de distraccion para el invierno trabajos mecánicos que podian hacerse en quietud y sin necesidad de salir para nada de la gruta, dedicándonos preferentemente al ajuar y á los utensilios necesarios para la casa, sin contar los ratos destinados al estudio ó la lectura. Empero ¡quién nos habia de decir que este invierno sería el último que pasaríamos reunidos de tal suerte! Así lo dispuso el Señor en sus impenetrables designios.

CAPÍTULO LVIII.

La nave europea.—El ingeniero y su familia.—Preparativos de regreso á Europa.—Separacion.—Fin de la historia.

¡Cuán variadas sensaciones embargan mi ánimo al comenzar este capítulo que terminará con la palabra *fin!* ¡Dios es grande! ¡Dios es bueno! Tal es el sentimiento que en mi corazon sobrepuja á todos cuando por última vez fijo la mente en esta parte de nuestra historia. La milagrosa salvacion de mi familia aun está presente á mis ojos, y en el tropel de ideas que agitan mi atribulado espíritu apénas alcanzo á coordinarlas para acabar dignamente este libro que luego quedará cerrado para siempre. Dispense el lector el desórden que notará en esta parte de mi relato, por no hallar palabras con que resumir los acontecimientos de mis últimas horas de destierro.

Mas el que desde el principio hasta el presente se haya interesado en el destino y porvenir de una inocente familia no podrá ménos de leer con cierta satisfaccion el inesperado desenlace de esta larga y quizá para algunos pesada historia.

Basta ya de preámbulos. El tiempo urge y deseo llegar á la conclusion de la obra en que he invertido diez años de mi vida.

Estaba para terminar la estacion de las lluvias, ó al ménos ya no eran tan frecuentes como al principio; la naturaleza parecia querer reanimarse más pronto que de costumbre, el cielo estaba despejado, todo en fin anunciaba el del mal tiempo. Las palomas salieron de su retiro y nosotros pudímos abrir la puerta de la gruta para desquitarnos de la reclusion de dos meses, estirando los miembros entumecidos por tan larga inaccion.

Nuestras primeras atenciones se las llevaron la huerta, los plantíos, los jardines y demas propiedades adyacentes maltratadas por los vientos y las lluvias. La familia pasaba todo el dia vagando aquí y acullá, gozando la libertad con tanto afan suspirada.

Ejecutáronse las reparaciones posibles, y cuando las inmediaciones de la gruta quedaron suficientemente arregladas pensámos en nuestras lejanas posesiones. Federico y Santiago se brindaron á practicar un reconocimiento previo en la Isla del tiburon para ver si las necesidades de la colonia reclamaban ó no nuestra presencia en aquel punto y si los huracanes habian menoscabado las construcciones militares. Consentí y partieron en el caiack.

Ya dejo atras dicho que habíamos convenido en entendernos desde el Fuerte del tiburon á la costa de Felsenheim por medio de ciertas señales. La bandera blanca izada en el punto más alto indicaba que no ocurria novedad, la encarnada significaba que se divisaba algo, y dos cañonazos de añadidura, que el objeto percibido se veia ya claro y venía hácia nosotros.

Los dos pasajeros llegaron pronto al islote, y despues de recorrerle por el interior y la playa se tranquilizaron al ver que el invierno no habia causado el menor daño en el establecimiento, ni en el fuerte, ni en las plantaciones del llano; únicamente mirando á lo léjos en el mar, se notaba tal cual árbol flotando; pero nada de ballenas ni otros mónstruos marinos en la costa.

Habia prevenido á mis hijos que al desembarcar disparasen dos cañonazos, tanto para anunciar el término de su travesía como para asegurarse de si la artillería se encontraba tambien en buen estado; pero mi gente, abusando del permiso, se divirtió grandemente gastando pólvora con una prodigalidad del todo contraria á la prudente economía que se debia observar con tan preciosa riqueza.

Pero ¡cuál sería su asombro y emocion cuando á los dos minutos de su último disparo oyeron distintamente hácia el Oeste y en direccion de la Bahía del Salvamento otros tres cañonazos que correspondieron á su señal! La sorpresa, la esperanza y el temor les dejaron por algun tiempo inmóviles y mudos; pero algo repuesto Federico rompió el silencio apretando la mano de su hermano entre alegre y ansioso.

—¡Hé ahí hombres, hermano mio, hombres! ¡A la mar, á la mar, sin perder momento!

Saltar en el caiack, llegar á la playa donde les aguardábamos y arrojarse en mis brazos todo fue obra de un momento.

—Y bien, les dije: ¿qué hay de nuevo?

—¡Papá, papá! exclamó Federico que apénas podia respirar. ¿No lo ha oido V.?

Iguales palabras me repitió Santiago.

—Sí he oido, respondí, y por cierto que la salva no ha sido escasa. No sé á qué venía ese gasto inútil.

—No es eso, papá mio, no es eso, repusieron. Lo que decimos es si V. ha percibido otros tres cañonazos que hemos oido sonar á lo léjos.

—Habrá sido el eco, interrumpió friamente Ernesto.

Picado Santiago de tan extemporánea observacion replicó con aspereza:



Nos pusimos á escuchar con atencion y á poco se oyó como un disparo á lo léjos.

—No, señor doctor, no ha sido el eco, y no nos haga su merced tan ignorantes. Harto sabemos lo que es eco y hasta dónde llegan sus efectos. Repito que hemos oido tres cañonazos claros, distintos y diferentes de los nuestros, y estoy seguro de que en este instante arriba á la altura de nuestras costas uno ó más buques.

Habia en su tono y en su ademan un no sé qué de verdad y tal aire de conviccion, que me fue imposible escuchar con indiferencia un suceso de tamaña importancia y gravedad en la historia de nuestra existencia, pues si bien anhelábamos que llegase el momento de anudar con los hombres las relaciones de tanto tiempo interrumpidas, debíamos obrar en este caso, dado que se verificase, con la mayor circunspeccion y reserva.

—Si realmente es un bajel lo que se acerca á nuestras costas, dije, ¿quién sabe si será mercante ó de guerra europeo, en cuyo caso nada hay que temer, ó bien algun buque de piratas malayos, á cuya aparicion en vez de regocijarnos debamos apercibirnos para defender contra una pandilla de bandidos nuestras posesiones y riquezas?

Estas prudentes razones calmaron un poco la irreflexiva é impetuosa alegría de Federico y su hermano. Resolví permanecer en espectacion, organizando un sistema de defensa y vigilancia para evitar cualquier sorpresa.

Como la noche se venía encima, decidí que uno de nosotros quedase de vigilante en la galería para atalayar cualquier señal que de nuevo anunciara la presencia de un buque en nuestras costas. Pero la noche pasó sin novedad, y á eso de la madrugada el viento y la lluvia sobrevinieron con tan insólita violencia que no parecia sino que los elementos se conjuraban para prolongar nuestra ansiedad.

Dos dias con sus noches duró la tormenta sin observar el menor indicio que confirmase el descubrimiento objeto de nuestro constante afan é incertidumbre. A la mañana del tercero el sol rompió la opacidad de las nubes, calmó el viento y el mar apareció sosegado. Llenos de impaciencia Federico y Santiago resolvieron volver á la Isla del tiburon para aguardar nuevas señales. Consentí á condicion de que se embarcasen en la piragua, en la cual entré tambien con ellos. Mi esposa, Ernesto y Franz se quedaron en la gruta. Al llegar al fuerte que como queda dicho estaba situado en lo más alto de la roca izámos la bandera para tranquilizar á los nuestros, y en seguida tendímos la visual por el horizonte. Nada se nos presentó de nuevo. Tras un breve espacio de espera, Santiatiago, no pudiendo aguantar más, cargó una pieza, y por consejo mio de dos en dos minutos disparó tres cañonazos, lo cual dispuse á fin de asegurarme si el eco de las rocas pudo ó no engañar la vez pasada el inexperto oido del jóven artillero. Cuando las postreras vibraciones del último cañonazo perdíanse ya en las quebradas del peñasco, nos pareció oir claramente y retumbar á lo léjos, como si viniese del lado del promontorio, el eco de otra descarga más sonora que las

nuestras. A esta siguieron otra y otra, hasta seis. Despues todo quedó en calma.

La sorpresa me sobrecogió en términos que no sabía qué hacer ni qué pensar de aquel acontecimiento. Santiago gritaba, bailaba é iba de aquí para allí como un loco, sin oírsele mas que: ¡Papá, papá! ¡hombres! ¡Ya vamos á ver hombres! Y ¿ahora dudará V.? exclamaba dirigiéndose á mí. Tal era su entusiasmo que me hizo participar de él, y al punto mandé izar el pabellon del mastelero como señal más adecuada para ser descubierta de léjos.

Dejando á mi hijo el cuidado de la batería, con la prevencion de que nos avisase con un cañonazo si descubria la menor cosa, me apresuré á regresar cuanto ántes á Felsenheim para participar la novedad á la familia, que habiendo visto flotar al aire el trapo aguardaba impaciente noticias ciertas y circunstanciadas.

—Y bien, preguntaron á nuestra llegada: ¿qué hay de nuevo? ¿son europeos? ¿ingleses, franceses? ¿es buque mercante ó de guerra?

Mal podíamos satisfacer la curiosidad general, y lo único que pudímos asegurarles como positivo era la presencia de un barco á lo largo de nuestras costas, lo cual bastó para que la alegría cundiese, desapareciendo todo temor y recelo respecto á semejante aparicion.

Sin embargo, para estar dispuesto á cualquier evento dí órdenes para que todo se pusiese á buen recaudo en la gruta, recomendando la mayor serenidad y vigilancia, anunciando mi resolucion de embarcarme, como lo hice en seguida, con Federico en el caïack y de seguir adelante hasta dar con el buque que rondaba las costas. Esta separacion fue á la vez triste y solemne. Mi buena esposa, á quien la edad cada vez inspiraba más desconfianza en cualquier empresa que se le figurase arriesgada, no pudo contener las lágrimas al vernos en el bote, y ántes de partir nos hizo prometer que no arrostraríamos el menor riesgo en semejante excursion.

A eso de medio dia nos dímos á la vela en nuestro frágil esquife, que deslizándose por las olas al Oeste de Felsenheim nos permitió ver puntos desconocidos hasta entónces á lo largo de la costa. A pesar del riesgo que ofrecia una navegacion con rumbo incierto por una mar erizada de escollos y bajíos, seguros de haber oido clara y distintamente los cañonazos en contestacion á los nuestros, nunca perdímos la esperanza, y al cabo de cinco cuartos de hora de fatigosa travesía para arribar á un promontorio escarpado que me propuse doblar, tras del cual creia, y no sin fundamento, hallar lo que con tanto afan se buscaba, llegados á su más avanzada punta, de repente se presentó á nuestra vista y á corta distancia un hermoso buque europeo majestuosamente reposado sobre sus anclas con la chalupa al costado y ostentando en sus mástiles la bandera inglesa.

No encuentro palabras para expresar los sentimientos que en aquel instante se apoderaron de nuestras almas. Embargada la voz elevámos las manos al cielo: muda pero ardentísima plegaria llena de fe y de agradecimiento al Señor. Pasada esta primera emocion Federico quiso arrojarse al mar y llegar á nado

hasta el buque; fue preciso interponer mi autoridad para contener su arrebato, haciéndole observar lo fatales que pudieran ser sus consecuencias, pues no había completa seguridad de que fuese un buque verdaderamente inglés el que teníamos delante, pudiendo acontecer lo acaecido algunas veces, que cualquier corsario malayo recurriese á la estratagema de enarbolar el pabellon de una nacion europea bien conocido en los mares para ejercer mejor y á mansalva sus piraterías, engañando con semejante apariencia y atrayendo con más seguridad su presa.

Quedámonos pues quietos y en observacion tras del peñasco, examinando con el anteojo cuanto pasaba en el buque. Sobre la playa reparé que se habian armado dos tiendas de campaña, y cerca de ellas se veia una mesa llena de frutas y un hornillo de piedras en el que ardia un fuego al que se asaban varios tasajos de carne. Al rededor de esta especie de campamento circulaban hombres, miéntras dos centinelas se paseaban gravemente sobre el alcázar del buque, los cuales sin duda debieron apercibirnos, pues el uno bajó á dar sin duda parte de ello al capitan, que subió en seguida al puente y dirigió su catalejo hácia nosotros.

—¡Son europeos! exclamó Federico, no hay sino ver el rostro del capitan; el color de los malayos es casi cobrizo, y aquel es blanco y muy blanco.

La observacion de mi hijo me pareció justa; sin embargo, no bastó para infundirme una seguridad completa, y así nos contentámos con acercarnos á la bahía, haciendo maniobrar nuestro caïack con cuantas evoluciones nos permitia la destreza adquirida especialmente por Federico en su manejo. Al mismo tiempo nos pusímos á cantar con toda la fuerza de los pulmones una cancion de nuestro país, y concluida, ya más cerca con la bocina pronuncié claramente estas tres palabras inglesas: *Englishmen good men* (ingleses buena gente), las cuales no obtuvieron respuesta; pero el canto, la extraña construccion del esquife y sobretodo el traje nos hicieron aparecer como salvajes en concepto del capitan y otros de la tripulacion, y en esta persuasion agitaban los pañuelos haciendo señas de que nos aproximásemos, enseñándonos al propio tiempo cuchillos, tijeras, collares, brazaletes de vidrio y otras bujerías que tanto aprecian los habitantes del nuevo mundo. Semejante desprecio no pudo ménos de causarnos risa; pero no juzgámos oportuno avanzar más por entónces, y una vez convencidos de las buenas disposiciones de los recien llegados quisímos presentarnos á ellos con más pompa y dignidad. Les saludámos por segunda vez con la palabra *englishmen* como para acabarles de persuadir que les conocíamos, y sin aguardar á más dí la señal de retirada y desaparecímos de la bahía con toda la rapidez que permitian nuestras fuerzas. El júbilo nos las daba cada vez mayores, pensando en que el dia siguiente sería para esta familia desterrada el primero de una nueva era, ensanchándose los límites de nuestra existencia desde el momento en que se renovasen nuestras relaciones con los hombres.

En poco tiempo llegámos á la altura de Falkenhorst, donde la familia nos

aguardaba en la playa, impaciente por saber el resultado de nuestro viaje. Fuímos recibidos con la mayor alegría, alabando mi esposa la prudente conducta observada en la primera entrevista, y que no hubiésemos querido presentarnos á los extranjeros con tan mezquino aparato como el del caïack groelandes.

—A la verdad, añadió riéndose, hubiera sido una vergüenza mostrarse tan miserables y pequeños cuando podemos representar el papel de una potencia. Es preciso aparejar el mayor de nuestros barcos y salir al encuentro de ese capitan inglés que nos toma por infelices náufragos ó por indios bravos.

Accedí sonriéndome á la oportuna vanidad de mi esposa, disponiendo que para el dia siguiente estuviese lista la pinaza á fin de trasladarnos todos al fondeadero donde se hallaba anclada la nave inglesa.

Estábamos en vísperas de un grande y solemne acontecimiento que iba á cambiar por completo nuestros futuros destinos. La mayor agitacion reinaba en la colonia. Unos á otros se sucedian los planes más extravagantes; era un conflicto de voluntades opuestas, de proyectos, de deseos cuya tendencia era la misma, pero cuyo desarrollo variaba hasta lo infinito. No parecia sino que dentro de un cuarto de hora nos daríamos á la vela para regresar á Europa.

Sin participar yo del general entusiasmo que enloquecia á los muchachos, mi posicion en semejantes circunstancias no dejaba de ser crítica por las naturales consecuencias del acontecimiento hasta entónces con tanto afan esperado. No era para mí indiferente renunciar de pronto á la vida tranquila y patriarcal á que estaba acostumbrado, en vista de la campiña y los plantíos que tantos afanes me costaban, de las construcciones que mis manos y mi ingenio habian elevado, de los numerosos establecimientos que ya me eran queridos y de los que me causaria honda pena desprenderme por considerarlos como otros tantos hijos de mi laboriosidad. A mi esposa por otra parte quizá la repugnaria aventurarse de nuevo á los azares de otra larga navegacion. En fin, ideas las más extrañas se agolparon á mi cerebro, hasta que por último, reconociendo mi insuficiencia para tomar una decision cualquiera, me puse en manos de Dios, á quien elevé una ferviente plegaria á fin de que me inspirase la resolucion más conforme con los intereses y venturoso porvenir de mi familia.

Sin embargo, en todo esto habia mucho de prematuro. Aun no nos constaban en definitiva las buenas disposiciones del buque inglés hácia nosotros, ni podíamos calcular los recursos y servicios que su venida nos proporcionaria.

Todo el dia siguiente se pasó en equipar de lo necesario la pinaza, cargándola de diferentes objetos destinados como regalo al capitan para mostrarle que los que juzgaba ignorantes y salvajes no eran extraños á los hábitos de la civilizacion. Algunas otras tareas ocuparon la mañana del otro dia, y al principiar la tarde se verificó el embarque, desplegando la escuadra majestuosamente sus velas. El tiempo era magnífico y el mar estaba tranquilo como una balsa. Federico en el caïack nos guiaba, con la piragua á remolque. Ernesto, Santiago

y Franz hacian de marineros, y yo iba sentado junto al timon. Los cañones de la pinaza estaban cargados, y sobre el puente de proa se colocaron á prevencion cuantas armas ofensivas y defensivas pudiéramos necesitar, como fusiles, sables, hachas, picas, etc. Lo más probable y casi cierto era que no llegaria el caso de hacer uso de ellas; mas por si sobrevenia algun engaño estábamos dispuestos á vender caras nuestras vidas.

La escuadrilla atravesó la bahía con precaucion y llegó felizmente á la punta del cabo que ocultaba el fondeadero donde se hallaba anclado el buque inglés.

Cuando le descubrímos claramente la sorpresa y el placer embargó el uso de la palabra á los tripulantes.

—¡Iza la bandera inglesa! les grité con voz estentórea.

Al instante flotó en los aires un pabellon igual al que flameaba en los mástiles de la fragata.

Si extraordinarias eran las sensaciones que nos embargaban en aquel momento al aproximarnos á un buque europeo, no lo eran ménos las de la tripulacion inglesa al ver la seguridad y confianza con que á velas desplegadas se les venía encima nuestro barco. Si hubieran sido piratas, de seguro les ganábamos la accion y hubiéramos llevado la mejor parte en la embestida; pero la satisfaccion y alegría reemplazaron la inquietud de los primeros instantes. Fondeada la pinaza á dos tiros de fusil del buque, de una y otra parte se cambiaron los saludos y salvas, y trasladados Federico y yo á la chalupa abordámos la nave británica.

Recibiónos el capitan con la franqueza y cordialidad que distingue á los marinos, y llevándonos á su cámara, un vaso de vino del Cabo cimentó la alianza establecida entre nosotros. En seguida nos preguntó afectuosamente á qué dichosa casualidad debia la satisfaccion de ver flotar el pabellon inglés en esta solitaria costa.

Referíle sucintamente la historia de nuestro naufragio y permanencia de diez años en la desierta isla. Él por su parte nos dijo que se llamaba Littlestone, que tenia el grado de teniente de navío en la marina real, y que dirigiéndose al Cabo de Buena Esperanza con despachos y correspondencia de Sydney y Nueva Holanda, una tempestad de cuatro dias le obligó á torcer el rumbo hácia nuestras costas, para él desconocidas, donde pensaba renovar su provision de leña y agua.

—Ocupados en eso, prosiguió, oímos vuestros cañonazos á los que respondímos en seguida. Al dia siguiente nuevas descargas vinieron á convencernos de que no estábamos solos en la costa que yo creia desierta; en vista de lo cual resolvímos aguardar á que la casualidad ó cualquiera otra causa nos pusiese en relacion con los que reputábamos desde luego náufragos, y como tales, compañeros de infortunio. Pero en vez de eso he tenido el placer de encontrar una colonia organizada con visos de potencia marítima, cuya alianza solicito en nombre del Reino Unido de la Gran Bretaña.

Esta última frase nos hizo reir á todos, y repitiendo los bríndis apretámos cordialmente la mano que el capitan Littlestone nos tendia.

Entre tanto, aguardándonos el resto de la familia á alguna distancia en la pinaza, nos despedímos del capitan invitándole á que pasase á bordo de aquella, lo cual aceptó con el mayor gusto suplicándome me adelantase para anunciar á mi esposa su visita.

Sin pérdida de momento nos reembarcámos en la chalupa y llegámos en breve al barco donde nos esperaban los nuestros. El mensaje que traíamos puso en conmocion á todos; pero restablecida la calma, en pocos minutos se preparó lo necesario para recibir dignamente al capitan de la marina inglesa.

No habia pasado media hora cuando la lancha de la fragata se dirigió hácia nosotros llevando al capitan, al primer piloto y á un guardia marina llamado Dunsley, á quienes mi esposa ofreció un sencillo refresco que fue aceptado con reconocimiento.

Pronto reinó la más cordial franqueza entre la familia y los nuevos huéspedes, acordándose que ántes de anochecer nos trasladaríamos todos al buque inglés para pagar la visita. El capitan nos participó que entre los enfermos se encontraba un ingeniero llamado Wolston, á quien cuidaban su esposa y dos hijas de doce ó catorce años, tan amables y finas como agraciadas. Grata nos fue con tal circunstancia la velada, prolongándose la visita hasta muy entrada la noche. La perspectiva de un regreso por tanto tiempo deseado y la confianza establecida entre colonos y recienvenidos, dieron á nuestras relaciones la apariencia de una amistad de veinte años. El capitan no permitió que pasásemos á descansar en la pinaza, tambien atracada en la bahía, y nos quedámos en las tiendas de campaña que ya tenia dispuestas.

No referiré la larga plática que mi fiel compañero y yo tuvímos esta noche. El capitan era por demas atento para abrumarnos con ofrecimientos y preguntas, y por nuestra parte no queríamos franquearnos con él ántes de saber si nos asistian poderosas razones para desear nuestro regreso á Europa. Asaltábanme á veces tentaciones de quedarme en la apacible morada que la Providencia nos deparara, renunciando para siempre á las dudosas ventajas que nos brindaba la vida civilizada. Mi esposa deseaba terminar sus dias bajo el hermoso cielo que habitábamos; yo me encontraba cada vez más apegado á mi nueva vida, y como los años iban corriendo, tocábamos ya á una edad en que los azares y aventuras carecen de atractivo y en que sólo se apetece el reposo y la quietud. Isabel hubiera deseado que yo partiese para Europa con los dos hijos mayores á fin de traer algunos compatriotas con quienes fundar una colonia floreciente que recibiria el nombre de *Nueva Suiza*.

Por último, quedó resuelto no decidir nada hasta explorar la voluntad de toda la familia, y confiar sobre la marcha nuestros proyectos al capitan Littlestone con intento de poner esta colonia bajo la proteccion de Inglaterra; pero el mayor

embarazo consistia en saber cuáles de mis hijos elegiria para el viaje, pues una razon igual militaba para todos, y así convinímos en aguardár algunos dias, gobernándonos de manera que dos de los chicos quedasen conformes y gustosos en nuestra compañía, miéntras los restantes partirian con el capitan á Europa.

Al dia siguiente tuvímos la satisfaccion de ver resuelto el problema. Durante el desayuno acordámos que el capitan nos acompañasé á Felsenheim con su piloto, el guardia marina y la familia del ingeniero, que despues de tantos sufrimientos y penalidades necesitaba la comodidad de una habitacion sana y agradable.

La travesía fue un viaje de recreo para la escuadrilla, pues todos los corazones rebosaban de esperanza en un porvenir dichoso, y la seguridad de su pronta realizacion animaba los semblantes.

¡Cuál fue la sorpresa de nuestros huéspedes cuando al doblar el promontorio se les apareció de repente en todo su esplendor é iluminada por los rayos del sol la deliciosa bahía de Felsenheim! El entusiasmo llegó á su colmo cuando la batería del fuerte de la Isla del tiburon saludó nuestra entrada con once cañonazos, ondeando majestuosamente á la brisa matinal el pabellon de la Gran Bretaña.

—¡Amena morada! ¡familia mil veces dichosa! exclamó la señora Wolston suspirando, miéntras la menor de sus hijas preguntaba si aquello era el paraíso.

El paisaje presentaba á cada momento escenas nuevas, animándose por grados con cuantos seres vivientes encerraba la mansion. A cada paso nuevos éxtasis, nuevos asombros. En medio de la confusion general dispuse trasladar al enfermo á mi cuarto, donde mi esposa reunió los más cómodos muebles, y donde lady Wolston encontró un lecho preparado junto al de su marido.

Breve fue la comida porque aun teníamos que visitar ántes de ponerse el sol las demas maravillas de nuestros dominios, enseñando luego á todos con orgullo la gruta de sal, el Puente de familia, el árbol gigante de Falkenhorst y su castillo aéreo, Prospecthill, las plantaciones, y cuanto nuestra laboriosa industria habia creado en la solitaria isla, animada al presente con una vida nueva. La más franca y cordial intimidad reinaba ya entre nosotros. La diferencia de idioma y la dificultad de comprenderse desaparecia ante las animadas señas é inteligentes miradas de los interlocutores. Mis hijos no parecian ya los mismos: sus modales y hasta el aire de sus fisonomías se presentaban como cambiados.

Al anochecer se restableció la tranquilidad, y nos encontrábamos reunidos en la galería cuando de repente se apareció ante todos lady Wolston que nos habia dejado para cuidar á su esposo, y dirigiéndose á Isabel y á mí nos dijo que venía en su nombre y de su marido á suplicarnos les concediésemos el permiso de quedarse en Felsenheim por algun tiempo hasta el completo restablecimiento del pobre ingeniero, juntamente con su hija mayor, miéntras la menor iria á buscar á su hermano al Cabo de Buena Esperanza para volver juntos y permanecer todos aquí quizá para siempre.

—Caballero, prosiguió apretándome la mano, no encuentro palabras para expresar la admiracion y entusiasmo que me inspiran las maravillas que en este eden ha llegado V. á realizar. La mano del Señor está con V. y á ella debe la verdadera felicidad que disfruta en tan deliciosa mórada léjos del mundano bullicio y en medio de las riquezas de la creacion. Mi esposo y yo partímos de Inglaterra en busca de calma y sosiego: ¿dónde se encontrarán mejor que aquí? Si no halla V. inconveniente, nos darémos por felicísimos estableciéndonos en un rincon de sus dominios.

Accedí de todo corazon á su ruego, añadiendo que sería para mí una gran satisfaccion que se quedasen para siempre en la *Nueva Suiza.*

—¡Viva la Nueva Suiza! respondió un coro de voces enternecidas.

—Ahora bien, proseguí en tono grave dirigiéndome á mis hijos: estais en vísperas de que se realicen vuestros dorados sueños de volver á la Europa civilizada, donde hallaréis cuantos recursos ofrece la sociedad á sus moradores. La ocasion es propicia y puede decirse providencial. En diez años este ha sido el único buque que se ha presentado en nuestras costas; solo Dios sabe cuántos pasarán hasta que aparezca otro, y así aprovechando esta coyuntura podeis decir libremente si preferis partir con el capitan Littlestone, ó veros quizá para siempre condenados á permanecer en esta isla. Vuestros padres están dispuestos á sacrificarlo todo por vuestro porvenir y felicidad; el cielo se ha anticipado á mitigar su soledad con la aparicion de una nueva familia. Gracias al Señor por todo, y cúmplase su voluntad.

Ernesto manifestó que permaneceria siempre con nosotros en sus puestos de primer profesor de historia natural de la Nueva Suiza y conservador del museo de Felsenheim. Santiago dijo que si el estudio no era capaz de entretenerle como á su hermano, la caza y sus hábitos campestres le agradaban más que todo lo que pudiera conseguir en Europa. En los semblantes de Federico y Franz conocí desde luego el embarazo en que se encontraban para hablar cuando les tocase, adivinando lo que pasaba en su ánimo; y habituado á penetrar sus más recónditos sentimientos, ántes que desplegasen los labios les dije:

—En cuanto á tí, Federico, penetro tu ardiente deseo de volver á Europa. Léjos de sentirlo, alégrome de ello: es justo que como el mayor de la familia la representes en aquella parte del mundo. Por lo que á tí hace, proseguí dirigiéndome á Franz, aun eres muy jóven para privarte de las ventajas que la civilizacion y el contacto del mundo pueden proporcionarte. Tu hermano será tu mentor, y Dios hará lo demas.

Arrojáronse ambos á mis brazos derramando copiosas lágrimas en respuesta á mis palabras, que colmaban los deseos del primero y último de mis hijos.

—No lloreis, díjeles enternecido, vuestras aspiraciones son las mias y siempre he contado con ellas. El universo entero pertenece al Todopoderoso, y la patria del hombre está en cualquiera parte donde pueda vivir dichoso y ser útil á

sus semejantes. Todo es cuestion de tiempo. Ahora sólo falta saber si el capitan Littlestone está dispuesto á favorecer nuestros proyectos.

Todos guardaron silencio, esperando con ansiedad la respuesta del capitan, que habló en estos términos:

—Debemos admirar los decretos de la Providencia y conformarnos con ellos. En el momento que varios de mis pasajeros abandonan mi embarcacion por su libre y espontánea voluntad, se presentan otros para reemplazarles. Me congratulo de ser en esta ocasion el instrumento de que la Providencia se ha valido para restituir á la sociedad una familia tan apreciable y proporcionar quizá á mi patria una colonia floreciente.

Esta respuesta alivió mi corazon del peso que le oprimia.

Así, pues, la familia del anciano pastor se iba á encontrar desmembrada: pronto sentiríamos la falta de dos de nuestros hijos, y la esperanza de volverlos á ver pudiera salir fallida. La fiel esposa y cariñosa madre tuvo que resignarse. ¡Era madre! Como tal se sacrificaba en aras del porvenir de sus hijos. ¡Su única objecion fueron las lágrimas!

El buque inglés en obsequio nuestro permaneció ocho dias más en la Bahía del salvamento con la tripulacion á bordo para evitar visitas importunas. Únicamente tuvieron en Felsenheim entrada franca el piloto y el carpintero del buque, que la galantería del capitan puso á nuestra disposicion para que ayudasen á la carga de los equipajes; pero de poco sirvió su cooperacion, pues fue tal la actividad que desplegaron los habitantes de la colonia, que ó faltaba trabajo ó sobraban brazos.

La pacotilla que habian de llevarse Federico y Franz y que iba á constituir su fortuna al llegar á Europa ocupó no poco mi solicitud paternal. Parte de las riquezas atesoradas en diez años, perlas, marfil, especias, pieles, corales y demas producciones raras de algun valor, fue inmediatamente embalada y trasportada al buque, el cual abastecímos de carne fresca, legumbres, frutas y salazon. De más á más, en cambio de algunas armas de fuego de moderna construccion, y de una regular provision de pólvora que debí á la generosidad del capitan, le regalé de los varios objetos salvados del buque náufrago los que pudieran ser útiles á un marino, entregándole al propio tiempo papeles pertenecientes al desgraciado capitan que mandaba aquel, por si los reclamaba algun miembro de su familia.

El buque inglés quedó completamente habilitado, repuestas sus averías, y en disposicion de darse á la vela.

Llegó la víspera de la partida, y despues de haber agotado en una conversacion que duró algunas horas, no el dolor que penetraba nuestros corazones á la sola idea de una separacion tal vez eterna, sino cuanto mi solícita inquietud y experiencia pudo inspirarme para ilustrar á mis hijos acerca de los peligros que debian arrostrar en la nueva carrera que iban á emprender entre el torbellino de

una sociedad para ellos nueva y desconocida; despues de representarles la vanidad del mundo, lo transitorio de esta vida, la grandeza de Dios, la importancia de los deberes del hombre, cuyo exacto cumplimiento proporciona la única felicidad verdadera; por último, despues de bendecirles suplicando al Todopoderoso que no les desamparase, entregué á Federico el manuscrito ó relacion de nuestro naufragio y el diario de lo acaecido hasta entónces en esta costa, recomendándole expresamente que en llegando á Europa lo mandase imprimir á la primera ocasion con las enmiendas y correcciones necesarias.

—No me guia la vanidad de autor, añadí, sino la esperanza de que la detallada relacion de nuestra vida en estas solitarias playas no quede inútil y perdida para el mundo, particularmente para la juventud de mi patria. Cuanto he escrito hoja por hoja para la educacion de mi familia puede aprovechar á los hijos de otras, y daré por bien empleado mi trabajo si este sencillo relato logra llamar la atencion de algun jóven ilustrado sobre los frutos del estudio y la meditacion, así como de la obediencia filial y tierno cariño entre hermanos. ¡Dichoso yo si algun padre de familia hojeándolas al acaso encuentra en las páginas de un desterrado palabras de consuelo, consejos oportunos, provechosas enseñanzas! En la posicion excepcional en que nos colocó la Providencia, mi libro no contiene ni puede contener teorías; es una narracion sencilla, sin pretensiones ni artificio, de los hechos y aventuras acontecidas en el decurso de diez años de sosegada vida á una familia cristiana sometida á los decretos del Altísimo. El continuo recuerdo del pasado siempre ha sido nuestro norte en el presente, inspirándonos ilimitada confianza en el supremo Hacedor, y desarrollando por medio de una instruccion variada la actividad de nuestra alma y el instinto observador que fija la atencion en todo, á fin de no incurrir en la absurda pregunta del vulgo ignorante y egoista: *¿Para qué quiero yo eso?*

Juventud de todas edades y naciones, no olvides que es bien aprenderlo todo ménos lo malo, y que el hombre nació para ejercitar su inteligencia en el campo que la Providencia se digna depararle.

Como el lector puede figurarse, nadie durmió aquella noche.

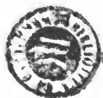
Al salir el sol del dia siguiente el cañon del buque dió la señal de embarque, y acompañando á nuestros hijos hasta el muelle, recibieron allí las últimas bendiciones y caricias, la postrera despedida. Subieron por fin á bordo, leváronse anclas, el viento comenzó á hinchar las velas, é izóse la bandera en el mástil. A los pocos minutos aun nos consolaba la vista de los pañuelos que se agitaban. ¡Otros tantos más, y el buque iba á desaparecer en la inmensidad del Océano!

¡Quién es capaz de describir la afliccion de mi esposa! Era el dolor de una madre, mudo, profundo, concentrado. Sin embargo, fijos los ojos en el cielo pudo terminar la ferviente plegaria que habia comenzado; despues rompió en amargo llanto. Santiago y Ernesto tambien lloraban. En cuanto á mí, encerrando en lo más recóndito del corazon la pena que lo desgarraba, y afectando un valor

de que carecia, tomé del brazo á Isabel y arranquéla del sitio de su contemplacion funesta, regresando á nuestra morada que nos pareció desierta y lúgubre. En seguida me puse á escribir estas postreras páginas, que la lancha del capitan todavía amarrada á la costa para llevarse lo que se haya olvidado, conducirá al buque ántes de una hora. Mis hijos recibirán en estas líneas empapadas de lágrimas mis últimas bendiciones. ¡Dios sea con ellos y con nosotros!

¡A Dios, Europa! ¡A Dios, querida patria que no veré mas! ¡Así la Nueva Suiza florezca como tú en mi edad temprana! ¡Ojalá sean tus habitantes siempre dichosos, pios y libres!

FIN.



ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

Pág.

INTRODUCCION. 5

PREÁMBULO. 9

Capítulo I.—Temporal y naufragio.—Salvavidas.—Balsa. 11

» II.—Cargamento de la balsa.—Personal de la familia.—Desembarco.—Primeras disposiciones.—La langosta.—La sal.—Correrías de Federico.—El agutí.—Primera noche en tierra. 15

» III.—Exploracion.—Cocos.—Calabaceros.—Caña dulce.—Monos. 21

» IV.—Regreso.—Captura de un mono.—Alarma nocturna.—Chacales. . . . 26

» V.—Visita al buque.—Principio del saqueo. 30

» VI.—Transporte de las bestias.—El tiburon.—Segundo desembarque. . . 33

» VII.—Narracion de mi esposa.—Carlancas.—Avutardas.—Huevos de tortuga.—Arboles gigantescos. 38

» VIII.—El puente. 44

» IX.—La emigracion.—Nuevo domicilio.—El puerco espin.—El gato montés. . 49

» X.—Establecimiento provisional.—El flamenco.—La escalera de bambú. . . . 55

» XI.—Construccion de la morada aérea.—Primera noche en el árbol.—El domingo.—Los hortelanos. 61

» XII.—El paseo.—Nuevos descubrimientos.—Denominacion de las diferentes localidades.—Las patatas.—La cochinilla. 73

» XIII.—El trineo.—La pólvora.—Visita á Zeltheim.—El canguró.—La mascarada. 81

» XIV.—Segundo viaje al buque.—Saqueo general.—La tortuga.—El cazabe. . . 88

» XV.—Tercer viaje al buque.—Los pájaros bobos.—La yuca y su preparacion.—El cazabe. 96

» XVI.—La pinaza.—La máquina infernal.—La huerta. 105

» XVII.—Otro domingo.—El lazo.—Excursion al bosque de los calabaceros.—El cangrejo de tierra.—La iguana. 112

» XVIII.—Nueva excursion.—Gallo silvestre.—El árbol de la cera.—Colonia de aves.—El cautchú.—El sagotal. 120

» XIX.—Bujías.—Manteca de vaca.—Ornato de Zeltheim.—Último viaje al buque.—Arsenal. 125

» XX.—Viaje al interior.—Vino de coco.—Fuga del asno.—Búfalos. 130

» XXI.—El chacal.—Aguila de Malabar.—Macarrones. 138

» XXII.—Ingertos.—Colmena.—Abejas. 144

» XXIII.—La escalera.—Educacion del búfalo, mono y águila.—Canal de bambúes. 149

» XXIV.—El onagro.—Phormium tenax.—Lluvias. 153

» XXV.—La gruta de sal.—Habitacion de invierno.—Arenques.—Perros marinos. . 161

» XXVI.—Yeso.—Salmones.—Sollos.—Cabial.—Algodon. 170

» XXVII.—La granja.—Fresas.—Ornitorinco. 175

» XXVIII.—La piragua.—Mejoras en la cueva. 180

» XXIX.—Aniversario de nuestra salvacion.—Ejercicios gimnásticos.—Distribucion de premios. 185

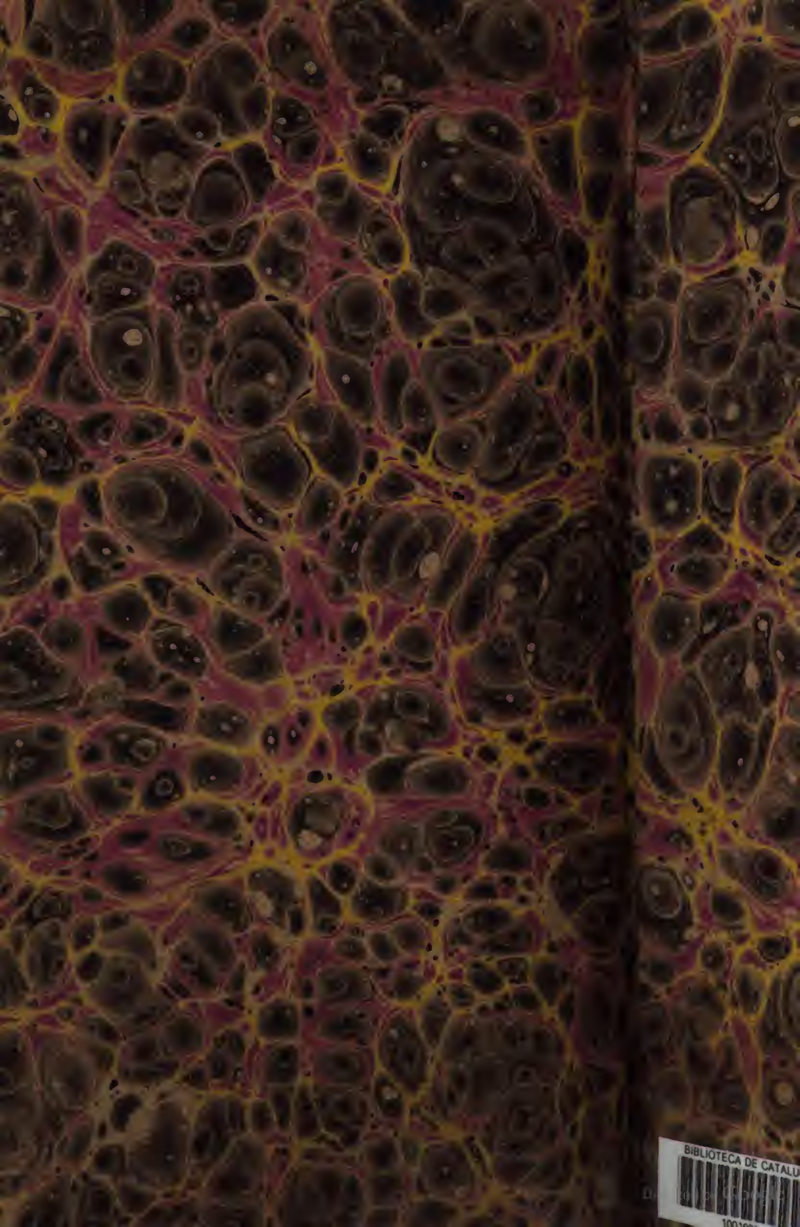
» XXX.—El anis.—El ginsen. 191

Capítulo XXXI.—La liga.—Caza de monos.—Palomas de las Molucas. 196
» XXXII.—El palomar. 200
» XXXIII.—Aventura de Santiago.. 206
» XXXIV.—Segundo invierno. 210
» XXXV.—Primera salida despues de las lluvias.—La ballena.—El coral. . . . 215
» XXXVI.—Destazado de la ballena. 220
» XXXVII.—Aceite de ballena.—Visita á la granja.—Tortuga mónstruo. . . . 225
» XXXVIII.—El telar.—Los vidrios.—Cestos.—Palanquin.—Aventura de Ernesto. —El boa. 232
» XXXIX.—Muerte del asno y del boa.—Digresion sobre las serpientes venenosas. 238
» XL.—Disecacion del boa.—Greda de batan.—La gruta de cristal. 245
» XLI.—Viaje al desfiladero.—El cabiar.—El ondatra.—El gato de algalia y el almizcle.—La canela. 253
» XLII.—Plantío de cañas dulces.—Peccaris.—Asado de Otaiti.—Ravensara.—Bambú. 260
» XLIII.—Llegada al desfiladero.—Excursion á la gran vega.—Avestruz.—Tortuga de tierra. 265
» XLIV.—La pradera.—Terror de Ernesto.—Combate con los osos.—Tierra de porcelana.—El condor. 271
» XLV.—Nueva excursion.—Conejo de Angora.—Antilope.—Cuco indicador.—Vidrio fósil. 280
» XLVI.—Captura de un avestruz.—Vainilla.—Euforbio.—Huevos de avestruz. . 287
» XLVII.—Educacion del avestruz.—Aguamiel.—La tenería y la sombrerería.. . 294
» XLVIII.—Alfarería.—Construccion del caïack.—Gelatina de algas marinas.—Conejera. 305
» XLIX.—El molino de harina.—El caïak.—La vaca marina. 321
» L.—La tempestad.—El clavo-especia.—El salmon.—El puente levadizo.—Marga salada.—El pemmican.—Elaboracion del azúcar.—La hiena.—Palomas correos. 336
» LI.—Vuelta de la paloma mensajera.—Caza de cisnes.—La garza real y el tapir. —La grulla.—El ave del paraíso.—Gran derrota de los monos.—Estragos causados por los elefantes en Waldeck.—Llegada al desfiladero. 355
» LII.—El cacao.—El plátano.—El gallo sultan.—El cocodrilo.—El té y las alcaparras.—La rana gigante.—Terror de Santiago.—Edificio de Falkenhorst.—Atalaya en la Isla del tiburon. 369
» LIII.—Rápida ojeada sobre la colonia y sus dependencias.—El corral.—Los árboles y el ganado.—Máquinas y almacenes. 383
» LIV.—Nuevos descubrimientos.—Afortunada expedicion de Federico —Dientes de buey marino.—Bahía de las perlas.—Nutria de mar.—El albatros.—Regreso á Felsenheim. 396
» LV.—Nidos de golondrinas.—Perlas falsas.—Pesquería de las verdaderas.—Jabalí africano.—Apuro de Santiago.—La trufa. 407
» LVI.—Visita al jabalí.—El algodon de Nankin.—El leon.—Muerte de Bill. . . 416
» LVII.—Otro viaje á la Bahía de las perlas.—Cachalote.—Lobos negros.—Esperma de ballena.—Horno de cal.—Barrilla.—Regreso á Felsenheim.—Nuevo invierno. 424
» LVIII.—La nave europea.—El ingeniero y su familia.—Preparativos de regreso á Europa.—Separacion.—Fin de la historia. 431



COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Pág.
Ví un animal muy grande que lentamente se iba alzando entre las ondas.	Portada.
Ernesto dejó su plato á los perros.	19
Fritz disparó contra el tiburon.	35
Até al flamenco de una pata con un cordel para que pudiera pasearse.	57
Fritz hizo saltar de la yerba un animal que brincaba en vez de correr.	85
Jack á palos tumbó una docena de pinguinos.	99
Excursion al bosque de los calabaceros..	112
El hambre se hacia sentir y nos dímos por muy contentos con comer los restos del asado.	116
Me adelanté, y á boca de jarro le disparé un pistoletazo.	136
Ernesto enseña al mono á que lleve sobre las espaldas un canastillo.	151
Jack montado en el búfalo marchó á todo escape á Falken-Horst.	164
Fritz lanza su águila que al momento cogió en sus garras á una de las avutardas. . .	172
Bill se arroja al agua y saca un animal muy extraño.	178
Cuantos pájaros pasaron sobre la liga todos cayeron á nuestros piés.	196
Fritz queriendo sujetar por una pata á una enorme tortuga.	228
¡Papá! ¡Es una nueva gruta de sal!	249
Fritz se encargó del otro oso y con su arma le atravesó el corazon.	275
Jack se pavonea orgulloso montado en su avestruz.	301
El primer sombrero se adjudica á Franz por unanimidad.	303
Montados mis hijos sobre sus cabalgaduras trillaron toda la mies.	330
¿Qué ves en la costa? á Fritz con Franz y su madre, pidiendo á Dios por nosotros. . .	338
Nos pusímos á escuchar con atencion y á poco se oyó como un disparo á lo léjos. . . .	433


BIBLIOTECA DE CATALU